Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 31

RUSIA

Manfred Hellmann
Carsten Goehrke
Peter Scheibert
Richard Lorenz

México
Argentina
España

historia
universal
siglo
XXI

LOS AUTORES

Manfred Hellmann

Nació en 1912. Estudió en Riga y en Königsberg. Se doctoró en 1938. Desde 1960 es profesor ordinario de Historia de Europa oriental en la Universidad de Münster. Entre sus publicaciones destacan las obras: *Das Lettland im Mittelalter* (1954); *Geschichte Litauens und des litauischen Volkes* (1966); *Ivan IV. der Schreckliche. Russland and der Schwelle der Neuzeit* (1968). Es autor de los capítulos 1 y 2 de este volumen.

Carsten Goehrke

Nació en 1937. Estudió en Tubinga y en Münster (1957-1962). Se doctoró en 1967. Docente en la Universidad de Münster y, desde 1971, profesor extraordinario y titular de la cátedra de Historia de Europa oriental en la Universidad de Zurich. Es autor de la introducción y del capítulo 3 de este volumen.

Peter Scheibert

Nació en 1915. Se doctoró en 1939. Autor de la obra *Von Bakunin zu Lenin* (1957), primer volumen de una historia de las ideas del movimiento revolucionario ruso. Desde 1959 es profesor de Historia de Europa oriental en la Universidad de Marburgo. En 1963 fue *visiting professor* en la Indiana University, y en 1972-1973 en la Columbia University. Es autor del capítulo 4 de este volumen.

Richard Lorenz

Nació en 1934. Estudió en Leizip (1952-1956), en Berlín Oeste (1957-1962), en Frankfurt y en Marburgo. Se doctoró en 1964. Desempeñó actividades docentes e investigadoras en el Seminario de Europa oriental, en Marburgo. Es autor de la obra *Anfänge der bolschewistischen Industriepolitik* (1965). Escribió el capítulo 5 de este volumen.

TRADUCTOR
María Nolla

DISEÑO DE LA CUBIERTA
Julio Silva



Primera edición, diciembre de 1975
Segunda edición, septiembre de 1979

Calle Plaza, 5. Madrid-33

En coedición con

Cerro del Agua, 248. México-20, D. F.

Av. Perú, 952. Buenos Aires, Argentina

Primera edición en alemán, 1972

Título original: *Russland*

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

ISBN: 84-323-0118-3 (O. C.)
ISBN: 84-323-0206-6 (Vol. 31)
Depósito legal: M. 24.651-1979
Closas-Orcoyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29

Indice

INTRODUCCION 1

1. CONDICIONAMIENTOS GEOGRAFICOS DE LA HISTORIA DE EUROPA ORIENTAL. PREHISTORIA Y PROTOHISTORIA ... 6

2. EL PERIODO DE KIEV 22

I. Orígenes del Principado de Kiev (siglo IX y primera mitad del X), 22.—II. El ingreso de Kiev en el sistema de estados europeos en la Edad Media (desde mediados del siglo X hasta mediados del siglo XI), 30.—III. El reino de Kiev entre el centralismo y el federalismo (de mediados del siglo XI a mediados del siglo XIII), 47.—IV. Decadencia y ocaso del reino de Kiev, 60.

3. EL PERIODO MOSCOVITA 65

I. La época del dominio mongol directo y sus consecuencias para la historia de Rusia, 65.—a) *La fase de consolidación del dominio mongol,* 65.—b) *El sistema mongol de dominio,* 67.—c) *El desplazamiento demográfico y sus consecuencias,* 70.—d) *Consecuencias económicas del dominio mongol,* 75.—e) *El dominio mongol: ¿Ruptura o continuidad en la historia de Rusia?,* 79.—II. La consolidación económica de la Rusia primitiva y el auge de los grandes duques de Moscú (desde mediados del siglo XIV hasta mediados del siglo XV), 85.—a) *Colonización campesina y vida económica del campesinado,* 86.—b) *Urbanismo, comercio y economía,* 92.—c) *Evolución de la política exterior e interior,* 96.—d) *Dominio político y propiedad inmueble,* 101.—III. Los comienzos de la autocracia y su repercusión sobre la sociedad (desde mediados del siglo XV hasta mediados del siglo XVI), 108.—a) *Final de la unificación de la Gran Rusia bajo el gobierno de Moscú y los comienzos de la agresión contra Lituania,* 109.—b) *Los comienzos de la forma autocrática de gobierno,* 113.—c) *Nobleza y autocracia,* 118.—d) *Transformaciones en la estructura económica y sus consecuencias sociales,* 123.—IV. Expansión imperial y transformación social

(desde mediados del siglo XVI hasta el año 1618), 126.—a) *La expansión imperial y la* smuta, 127.—b) *La autocracia y los principios de la representación corporativa,* 132.—c) *Las reformas internas, la crisis económica y el período de «la gran despoblación»,* 135.—d) *Cambios en la estructura social,* 140.—V. Tradición moscovita e indicios de la «europeización» (1618-1689), 145. a) *Reanudación de la política de expansión y entrada en el sistema de alianzas europeo,* 146.—b) *Nueva consolidación económica y endurecimiento social,* 150.—c) *Los comienzos de la «europeización»,* 158.

4. EL IMPERIO RUSO, DE PEDRO EL GRANDE A LA REVOLUCION DE FEBRERO ... ...

I. La construcción del Imperio, 162.—a) *Pedro el Grande y su obra,* 162.—b) *La época de Catalina II,* 177.—c) *Política exterior en el siglo XVIII,* 179.—d) *La problemática social,* 182.—II. El apogeo de la autocracia, 189.—a) *Rusia en la época de la Revolución francesa,* 189.—b) *La época de Alejandro I,* 192.—c) *Alejandro y Napoleón,* 196.—d) *El fin del reinado de Alejandro y el sistema de Nicolás I,* 199.—e) *La política exterior en la época de Nicolás I,* 203.—III. En el camino de la transformación, 205.—a) *Nuevas perspectivas,* 205.—b) *La época de las reformas,* 207.—c) *La autocracia a la defensiva,* 214.—d) *Transformaciones sociales tras las reformas,* 221.—e) *La política exterior en la segunda mitad del siglo XIX,* 227.—IV. El Imperio ruso en la época del imperialismo, 233.—a) *La revolución de 1905,* 233.—b) *Consolidación,* 246.—c) *Rusia en la primera guerra mundial,* 249.—d) *La revolución de febrero,* 254.

5. LA UNION SOVIETICA (1917-1941) ... ...

I. De febrero a octubre de 1917, 259.—a) *Las fuerzas políticas,* 259.—b) *Los movimientos sociales de masas,* 264.—II. El «comunismo de guerra», 269.—a) *Los comienzos del poder soviético,* 269.—b) *La dictadura en los alimentos,* 274.—c) *La economía natural proletaria,* 278.—III. La Nueva Política Económica, 285.—a) *La reconstrucción de la economía,* 285,—b) *La diferenciación social del campesinado,* 291.—c) *El programa de industrialización,* 297.—d) *La quiebra del mercado de cereales,* 303.—IV. El estalinismo, 310.—a) *La co-*

lectivización, 310.—b) *El sistema de la* ***empresa agrícola*** *colectiva,* 317.—c) *La* ***industrialización acelerada,*** 324.—d) *La nueva clase obrera,* 333.

NOTAS 341

BIBLIOGRAFIA CRITICA 360

INDICE ALFABETICO 363

INDICE DE ILUSTRACIONES 369

Introducción

Hasta el momento la mayoría de las exposiciones generales que han hecho de la historia de Rusia los autores alemanes no marxistas han sido concebidas teniendo en cuenta la historia política y cultural. Los autores del presente volumen han intentado, sin embargo, anteponer el aspecto de la historia social a cualquier otro, considerando que su cometido es el de exponer la historia de Rusia a partir de su organización social, renovando los resultados de la historiografía soviética, sin por eso aceptar sus esquemas ideológicos. Se trataba de poner de manifiesto la multiplicidad de acción de las fuerzas históricas, según la intensidad, intercomunicación y reciprocidad de sus distintos elementos —condicionamientos geográficos, factores económicos, sociales, políticos, religiosos e ideológicos—, así como también el impacto histórico de diversas y sobresalientes personalidades.

Un breve resumen de las principales fuerzas históricas y de los problemas básicos de la historia de Rusia derivados de ellas no sólo servirá al lector como introducción a la siguiente exposición, sino que fundamentará con mayor amplitud la concepción sociohistórica de los autores.

El hecho de que los condicionamientos geográficos hayan desempeñado a lo largo de todas las épocas un papel fundamental en la historia de Rusia no nos permite hablar de un determinismo geográfico. La localización de Rusia en el globo terráqueo, como lugar de paso entre Europa y Asia, ha favorecido principalmente, y según las relaciones de fuerza existentes, la agresión por parte de potencias extranjeras, a la vez que su propia expansión. El particularismo de los pequeños principados del último período de Kiev —que sin duda resultó beneficioso para la penetración y colonización de vastos territorios— fue, sin embargo, incapaz de contener, a mediados del siglo XIII, el ataque mongol. Si bien se han exagerado la importancia y consecuencias de estos acontecimientos, no debe olvidarse que éstos, junto a otros factores, han podido muy bien favorecer durante siglos el distanciamiento entre la zona eslava oriental sometida al dominio de los tártaros y Occidente. Tan sólo cuando en sus flancos meridional y oriental la autoridad se vio debilitada, debido a la progresiva descomposición del poder tártaro y a la simultánea consolidación del principado moscovita, comenzó a mediados del siglo XVI —favorecida

por la estructura geográfica— la expansión territorial que vendría a determinar a partir de este momento y de forma decisiva la historia de Rusia en todos sus aspectos. Por tanto, la existencia de amplios espacios como factor estimulante para la expansión es un fenómeno que marca una pauta importante en el estudio de la nueva historia social rusa. La rápida expansión del reino contribuyó precisamente, y de forma considerable, a que las tareas estatales eclipsaran el progreso del producto social, y a que el gobierno estableciera posteriormente los medios necesarios para el desarrollo interior de las fuerzas económicas y culturales. Es así como cuajó de forma progresiva una estructura económica y social; Rusia conservó su carácter de país agrario, cada vez más retrasado, hasta que la guerra de Crimea reveló finalmente a la opinión pública mundial el abismo existente entre las pretensiones imperiales y las posibilidades reales, tanto económicas como sociales, descubriéndose así que aquel gigantesco reino no era sino «un coloso con pies de arcilla».

Este abismo, que perduró desde la Alta Edad Media hasta entrado el siglo XX, entre los recursos económicos y los objetivos estatales, incide directamente en el problema del desarrollo económico y su importancia para la historia de Rusia. Pero tampoco en este caso puede ignorarse la importancia de su localización geográfica, ya que debido al lento avance de los eslavos orientales, dedicados a actividades agrícolas, y a la tardía consolidación estatal, la colonización alcanzó el mar cuando la actividad de comerciantes extranjeros, ya fueran escandinavos, árabes, armenios, griegos, búlgaros del Volga o posteriormente hanseáticos e italianos, ya había acaparado el comercio exterior de la Europa oriental. De aquí que Rusia fuera, hasta muy entrada la Edad Moderna, el pasivo *hinterland* continental de la activa Europa marítima.

Tuvo, pues, que renunciar en gran medida a los beneficios obtenidos de la exportación de sus productos en barcos propios, así como al control total del comercio de tránsito, beneficios que hubieran permitido fomentar la economía interior y el desarrollo urbano. Los autores han dedicado gran parte de este volumen al problema de la insuficiencia de capital y a su repercusión sobre el desarrollo económico del país, así como a cuestiones íntimamente vinculadas a él, como la correlación existente entre intercambio de productos naturales y economía monetaria, entre productos industriales y agrícolas, entre ciudad y campo.

El fenómeno del urbanismo, ya más débil durante la Baja Edad Media que en la Europa occidental, debido a una colonización tardía, a la extensión del terreno y a la relativamente escasa densidad demográfica, retrocedió aún más a causa del ataque mongol, y el problema de la insuficiencia de capital se agudizó tam-

bién por los elevados tributos que se mantuvieron hasta finales del siglo xv. Debido a esto, los Grandes Duques de Moscú se vieron obligados a recompensar con tierras a su nobleza militar en una época en la que en el resto de Europa ya casi se habían generalizado los ejércitos de mercenarios. Unido al reparto de las tierras entre grandes propietarios impuesto desde el siglo xvi, esto significaba que en adelante la vida económica y social se vería determinada por una coalición de intereses de la nobleza terrateniente y la autocracia, que el urbanismo y las clases medias burguesas económicamente más fuertes no podrían desarrollarse y que, en general, el nivel cultural seguiría siendo bajo. Sin embargo, cuanto más trataban de cimentar la autocracia y la nobleza terrateniente el *statu quo,* tanto más crecía la montaña de problemas a resolver si se pretendía alcanzar en economía, nivel de vida e instrucción a los estados más avanzados. El zarismo sucumbió finalmente en esta empresa, legándola, como pesada carga, a los bolcheviques.

En estrecha relación con los condicionamientos geográficos y con el desarrollo económico se halla la historia demográfica y social. La famosa —aunque sin duda conscientemente exagerada— frase de V. O. Ključevskij de que la historia rusa es «una historia de colonización» parte ya de este reconocimiento. Con la progresiva expansión de la zona de colonización de los eslavos orientales y más tarde del Estado de Moscú, y la incorporación de diferentes territorios agrícolas y económicos, cada vez resultaba mayor la tensión entre el bosque y la estepa, entre el campesinado y los pueblos nómadas, tirantez que ha determinado en gran medida el avance y retroceso de la colonización campesina hasta entrada ya la época moderna. Sobre la base de los condicionamientos geográficos y bajo determinados factores económicos y políticos el exceso de población, absoluto o relativo, se manifestó una y otra vez como una fuerza explosiva capaz de sacudir a la sociedad rusa, como, por ejemplo, en el caso de la adscripción definitiva de los campesinos a la gleba a finales del siglo xvi debido a la emigración demográfica hacia las tierras negras, o bien en el del problema agrario que tras la liberación campesina de 1861 seguía esperando solución.

Pero también el Estado, sus soberanos, impulsaban el desarrollo social, si bien se veían obligados, ya por la expansión territorial, ya por determinadas esferas políticas, a exigir de sus súbditos demandas cada vez más gravosas. La necesidad, originada por este problema, de un afianzamiento material de la cada vez más extensa nobleza de espada provocó, junto con el reparto de la tierra entre los grandes propietarios, la esclavitud campesina, del mismo modo que en su momento las reformas hécticas de

Pedro el Grande aumentaron el abismo que desde el cisma de 1666-1667 se había abierto entre partes del pueblo llano y las clases dirigentes. Fueron acumulándose las tensiones que desembocaron fatalmente en desórdenes sociales y finalmente —en la medida en que cada vez se hacía más patente la incapacidad del régimen zarista para superar las necesidades económicas sociales de la época industrial que se anunciaba— alcanzaron su punto culminante en las revoluciones de principios de nuestro siglo.

Por último habría que preguntarse sobre la importancia histórica de las fuerzas religiosas y espirituales, a su vez tan relacionadas con la vida social y constitucional. El hecho de que Rusia aceptara el cristianismo en su forma ortodoxa, entrando así en la esfera espiritual y cultural de Bizancio, ha tenido sin duda grandes consecuencias en el desarrollo del pensamiento político y constitucional ruso. En su evolución, la teología ortodoxa careció siempre de autonomía y originalidad, nunca conoció escolástica alguna ni creó los presupuestos espirituales necesarios para el nacimiento de una filosofía secular propia que llegara a formar el pensamiento abstracto. La historiografía y el «periodismo» tuvieron en Rusia un matiz religioso hasta entrado el siglo XVII, estando por ello al servicio de una autocracia ensalzada por la teología; hasta la época de la Ilustración no se acepta por primera vez el pensamiento secular de la Europa occidental sobre el Estado; pero con ello se agravan las diferencias entre los antiguos modos de vida y de pensamiento y las nuevas tendencias «modernistas». La ausencia de una tradición cultural enraizada en la antigüedad a través del humanismo explica en gran parte la fe en la ciencia y el radicalismo con el que, desde mediados del siglo XIX, la oposición espiritual y luego la revolucionaria declararon la guerra, una vez perdidas las ataduras religiosas, al Estado y a la sociedad vigentes.

Por otra parte, en la ideología de la Iglesia oriental la comunidad de creyentes desempeñó un papel mucho más importante que el del individuo responsable únicamente ante Dios, y con esta tradición no sólo enlazan en el siglo XIX los eslavófilos, sino también, de forma indirecta, las ideas de los socialistas y marxistas rusos sobre la importancia de la colectividad.

En Rusia el Derecho romano encontró aceptación tan sólo a partir de las reformas de Pedro el Grande, y por ello, al contrario que en el Occidente latino, no pudo establecerse una legislación que sirviera de defensa contra los abusos de los poderosos, y ni surgió un pensamiento corporativo ni aún menos un urbanismo basados en una auténtica y legítima autonomía administrativa como fuerza social y política independiente.

Es difícil distinguir las raíces y la evolución de la autocracia,

tan importante para la historia rusa, sin tener en cuenta al mismo tiempo el fondo religioso y espiritual sobre el que aquélla ha influido a su vez. De esta forma surge el problema de las relaciones entre Iglesia y Estado, entre las tradiciones espirituales y las nuevas premisas teóricas y revolucionarias tendentes a modificar las estructuras constitucionales ya fosilizadas.

En este contexto emergen determinadas personalidades históricas con una importancia capital. El problema consistirá en determinar hasta qué punto ciertos individuos, como, por ejemplo, Vladimiro el Santo, Iván III, Iván IV, Pedro el Grande o Lenin, encauzaron realmente la evolución histórica hacia nuevos horizontes y en qué medida refrenaron otros las tendencias ya existentes, como es el caso de los últimos zares con su política reaccionaria. También por esta razón se hace necesario estudiar, tanto en general como en sus distintos aspectos, el proceso histórico, haciendo hincapié en su continuidad y en sus rupturas. Tan sólo bajo esta perspectiva podrá verse en qué medida la historia de Rusia, incluso en los tiempos más modernos, sigue influida por acontecimientos que datan de siglos remotos.

De la relación continua y continuamente mutable de las fuerzas históricas que acabamos de detallar surgen algunos problemas fundamentales que acompañan al desarrollo histórico y se encuentran de nuevo, como hilos rojos, en el curso de la exposición que sigue. Se trata sobre todo de las tensiones entre las necesidades económicas y su superación por parte de los diversos grupos dominantes, de la relación entre inmovilismo y progreso, entre el poder del Estado y la libertad, tanto económica como política, del individuo, entre los elementos autocráticos y los comunitarios, entre el centralismo y el regionalismo, o mejor dicho, el particularismo, entre los elementos rusos y los no rusos. Finalmente, todos estos problemas se funden en uno más general: el de definir e indagar a fondo la vía particular de Rusia en el interior de la historia europea, en la que se contagia también del desarrollo de sus vecinos más próximos. Creen los autores de este libro que para alcanzar estos objetivos la historia social ofrece la base más fructífera, ya que abre paso a todos los demás aspectos parciales del desarrollo histórico.

1. Condicionamientos geográficos de la historia de Europa oriental. Prehistoria y protohistoria

Extensiones casi infinitas y gran profusión de gigantescas y uniformes llanuras caracterizan el territorio que constituye el escenario de la historia de Rusia. La altiplanicie de la Europa oriental limita al sur y al sudeste con macizos montañosos: el Cáucaso y los Cárpatos. Las costas septentrionales —el mar Blanco y el Antártico— y meridionales —el mar Negro y el Caspio— están desprovistas casi de accidentes. Hacia el sur la llanura de la Europa oriental, también denominada «océano de tierra», alcanza tan sólo mares interiores.

Al irse derritiendo poco a poco desde el sur hacia el norte, los glaciares dejaron tras de sí numerosos sedimentos, morrenas de fondo, morrenas terminales y superficies arenosas, de forma que, a pesar de la monotonía del relieve, resultó, sin embargo, una profusión de pequeñas formas paisajísticas. Al sur, sobre terrenos de marga arcillosa, las estepas y estepas boscosas se ven atravesadas por numerosos desfiladeros cuya red se ha extendido aún más por la intromisión del hombre y la destrucción que los campesinos colonizadores hicieran de la capa vegetal protectora. En la Rusia central los sedimentos de la época glacial se transformaron a lo largo de los milenios, y los contornos del relieve fueron desapareciendo. En las regiones montañosas más jóvenes del norte y el noroeste, donde el hielo tardó más tiempo en retirarse, es más frecuente la alternancia entre depresiones húmedas del terreno y altitudes secas, siendo también evidentes las pequeñas zonas claramente demarcadas.

La llanura de la Europa oriental está abierta hacia el este y oeste. Ni los terrenos pantanosos occidentales (pantanos del Pripet) ni los Urales representan verdaderos obstáculos para el tránsito; la zona pantanosa se ve atravesada desde el este por un puente de tierra seca que termina, pasando Smolensko, en el corazón del territorio central ruso. Los Urales, a pesar de sus cadenas montañosas, ofrecen cómodos pasos hacia la Siberia occidental, que, como zona de vegetación, constituye una prolongación continental de la Rusia europea. Junto a la zona montañosa de la Siberia central y oriental transcurre una frontera, difícil de atravesar y que separa la cuenca del Amur del oeste, de forma

que casi podría señalarse al Yenisei como río fronterizo [1]. Por tanto, no se contó, incluso después de que Siberia oriental quedara incluida en el Imperio ruso y se hubiera alcanzado la costa de Siberia oriental sobre el Pacífico, con ninguna base apropiada para la ampliación de esta posición en el océano abierto. Puesto que la llanura de la Europa oriental no está atravesada por ninguna montaña en dirección este-oeste y los Urales, al igual que las montañas del continente americano, transcurren de norte a sur, el clima también se ve determinado por el hecho de que a veces sople con gran fuerza un aire frío hacia el sur sin encontrar en su camino ningún obstáculo. Las irrupciones prematuras del invierno y las heladas estivales después de días lluviosos provocaban y siguen provocando de forma periódica malas cosechas que se ven acompañadas por movimientos de colonización y migración de norte a sur. Los inviernos son fríos, largos y con nieve abundante; los veranos cortos y calurosos, de no verse interrumpidos por repentinas olas de frío. En primavera y otoño las vías de paso se convierten en un barrizal de espeso fango que entorpece tremendamente el tránsito; y sólo cuando el hielo se ha derretido o bien ha alcanzado la consistencia necesaria para circular en trineo, medio universal de locomoción en todo el territorio, la circulación por los pasos se reanuda. Los ríos, que en general fluyen de norte a sur o viceversa, constituyen importantes vías de comunicación. Las líneas divisorias de aguas configuran a su vez zonas fronterizas. En general también las zonas altas y secas atraen el comercio, y las colonizaciones campesinas siguen el curso de los ríos, siempre que la calidad del terreno lo permita, hasta llegar a sus fuentes.

Estas circunstancias, junto a otras de carácter climatológico, han creado las tres grandes zonas de vegetación que cruzan de este a oeste la llanura de la Europa oriental: al sur, la zona esteparia que limita al norte con una zona de estepa boscosa; la zona de bosque de fronda y bosque mixto en Rusia central, y la zona de bosque de coníferas al norte de Rusia que se une a la tundra de la región ártica, lugar que no ofrece posibilidad alguna de subsistencia al colono campesino.

Los tipos de suelo son: la banda de tierras negras en la parte meridional; los suelos de tierra gris unidos a éstas por el norte y que a veces siguen apareciendo en zonas aún más septentrionales, y finalmente los suelos de podsol de las zonas boscosas que fueron ganadas consecutivamente por la colonización campesina. La densidad de población tenía límites naturales que la moderna técnica agraria apenas ha podido variar.

La llanura de la Europa oriental es tierra de paso. Las rutas comerciales que la cruzan, ya sea por tierra, ya sea a través de los

grandes ríos —el Dvina, el Dniéper, el Volga—, unieron el mar Báltico con el mar Negro y el mar Caspio, las regiones escandinavas y bálticas con Asia central y Persia, con Bizancio y Asia Menor. Los centros comerciales que pudieron asentarse y desarrollarse en las grandes rutas de tránsito, como, por ejemplo, y por nombrar algunos de los más importantes, Kiev junto al Dniéper (hasta 1240), Bulgar junto al Volga (hasta 1238), Novgorod en el nacimiento del Voljov, en el lago Ilmen (hasta 1462-1478), y Smolensko en el curso alto del Dniéper (hasta el siglo XVII), se convirtieron al mismo tiempo en centros políticos con un poder temporal importante; no sólo lograron vivir del comercio local y extranjero, sino también de su soberanía sobre un *hinterland* más o menos grande que supieron organizar económicamente.

La ciudad que más clara y persistentemente logró este objetivo fue Novgorod. Pero también Moscú, citada por primera vez en el año 1147 y que al principio carecía de importancia, supo acaparar paulatinamente el comercio de un territorio circundante cada vez más amplio, hasta que Iván IV, entre 1550 y 1560, abrió la ruta del Volga y mostró el camino por tierra hacia Siberia y el mar Blanco. Lo que viene a demostrar que en un país de paso abierto en todas las direcciones tan sólo la energía del hombre estaba y está llamada a establecer y modificar las fronteras. Únicamente en la región montañosa del Cáucaso la naturaleza dispuso las condiciones necesarias para que pudieran retirarse determinados grupos humanos. Si los eslavos orientales, en su proceso de colonización, lograron asimilar y hacer retroceder con relativa facilidad a pueblos y tribus anteriormente establecidos, ello se debe atribuir sin duda alguna también a la naturaleza de la zona.

El territorio de la Europa oriental ya estaba habitado por el hombre en el Paleolítico. Grupos de cazadores y recolectores, que conocían el fuego y empleaban la piedra y la madera para sus herramientas y armas, vivían en las zonas boscosas de entonces [2]. En el Mesolítico se produjeron diferencias culturales, formándose dos círculos culturales, uno al norte, relacionado con Europa central y Siberia occidental, y otro al sur (Crimea, Cáucaso y regiones contiguas de la estepa). En el Neolítico, caracterizado con respecto al Mesolítico superior por un auge cultural, se formaron las zonas de vegetación actuales y se transformaron las condiciones de vida del hombre. Nuevos grupos humanos inmigraron a esas zonas; se adoptaron formas de vida y técnicas hasta entonces desconocidas. Se generalizó la agricultura, la ganadería y la cerámica. Los cazadores y recolectores de las zonas boscosas del norte aceptaron tan sólo la cerámica y adornaron sus vasijas con dibujos de peines u hoyuelos (*kammkeramik* o cerámica de pei-

ne). Los grupos meridionales asentados junto al Dniéper y al Donetz, en la orilla septentrional del mar Negro y en Crimea, practicaban una agricultura primitiva, tenían animales domésticos (caballo, vaca, oveja, cerdo) y empleaban metales (oro, cobre) en sus joyas. Desaparecieron cuando desde la Europa sudoriental se extendió en la zona esteparia y boscosa al norte del mar Negro una cultura campesina (cultura de Tripolje, IV milenio a. C.) que conocía una agricultura y una ganadería totalmente desarrolladas y empleaba ya el cobre en sus herramientas. En el III milenio a. C. aumentó la población de la cultura de Tripolje, abriéndose paso hasta llegar al curso medio del Dniéper, donde se encontró con los exponentes de la cultura de la cerámica de peine. En las regiones esteparias del curso bajo del Dniéper y del Volga puede testimoniarse aproximadamente en esta misma época otra cultura relacionada con Oriente (mar de Aral, zona del Altai y del Yenisei), cuya característica fundamental son los llamados kurganes (túmulos de tierra y piedra), en donde se enterraban a las personas pertenecientes a una clase social alta. La base de la cultura de los kurganes, así como la de la cultura de las catacumbas —que apareció simultánea o posteriormente— fue la agricultura y la ganadería, apareciendo el caballo como animal doméstico. La diferenciación social y regional aumentó, especialmente allí donde entraron en contacto la cultura de Tripolje y la de los kurganes. En el Neolítico penetró desde Europa central la cultura de la llamada *Schnurkeramik* (cerámica de cuerda), cuyas vasijas de barro tenían adornos similares a las huellas de un cordel. A finales del Neolítico se produjo una división entre los cazadores y pescadores de las zonas boscosas del norte, que en parte también conocían y aceptaban la agricultura y la ganadería, y los agricultores y ganaderos de las regiones esteparias y boscosas del sur. Mientras que en los grupos mencionados en primer lugar se pretende ver a los antepasados de los pueblos fino-ugrios, se afirma que los portadores de la «cultura de la cerámica de cuerda» pertenecen a la familia lingüística indoeuropea, sin que puedan establecerse límites claros ni identificarse de forma unívoca los diversos grupos mixtos (por ejemplo, el grupo de Fat'janovo).

El empleo del bronce, atestiguado por primera vez en el Próximo Oriente en el III milenio a. C., también llega en el II milenio con la Edad del Bronce a la Europa oriental: se crean nuevos grupos, y las relaciones comerciales se extienden desde Europa central hasta Siberia, uniendo así territorios muy lejanos entre sí, mientras que en el cinturón boscoso la población cazadora y pescadora persevera en su modo de vida tradicional —incluso después de la adopción del bronce—, si bien paulatinamente se va transformando. Los grupos de agricultores y ganaderos de las

zonas esteparias o boscosas se vieron influenciados parcialmente por las culturas superiores del Oriente Próximo. Desde Oriente se abre paso una cultura de ganaderos (la llamada cultura de Karasuk), que mantiene relaciones con la China de la dinastía Shang. Se pretende identificar a la cultura de Andronovo, que abarca desde el norte del mar Caspio hasta el Altai, con grupos indoiraníes. Las regiones esteparias existentes entre el curso bajo del Volga, el Don y el Dniéper hasta el Dniéster, están pobladas por exponentes de la cultura de las tumbas de madera, que se desarrolló directamente a partir de la cultura de los kurganes: se practicaba la agricultura, la ganadería y la cría caballar, la metalurgia (cobre, estaño) y la fabricación de tejidos.

El siguiente período de la primera Edad del Hierro está ilustrado en cierta medida por las fuentes escritas (orientales y griegas). Desde el punto de vista arqueológico se caracteriza, por lo pronto, por una gran cantidad de diversos grupos de pobladores; la discusión en torno a su interpretación y clasificación étnicas se halla en plena actividad. Mientras que una parte de los investigadores identifica a los pueblos de la cultura de las catacumbas con los antepasados de los cimerios atestiguados por Heródoto, y a los descendientes de la cultura de tumbas de madera con los escitas, otros identifican a los portadores de la cultura de Kubán, en la zona septentrional del Cáucaso, con los cimeros. La cultura de Kubán (final del II milenio a. C.) hasta el siglo VII a. C. —algunos la datan hasta el siglo V/IV a. C.—, así denominada por un afluente del río Terek, abarca toda la cuenca del Terek hasta las regiones esteparias junto al mar Caspio y a la vertiente septentrional del Cáucaso central. Sus portadores eran jinetes nómadas, que mantenían relaciones con el Próximo Oriente, de forma que no deja de tener fundamento la hipótesis de que en ellos podrían reconocerse a los cimerios, también nómadas a caballo [3]. Tanto su lengua como su origen siguen aún en tela de juicio. Bajo su dominio unieron a diversos grupos culturales de la zona de las estepas boscosas. Estos grupos aún no han podido ser identificados étnicamente. Común a todos ellos es tan sólo el hecho de que sustituyeron definitivamente el bronce por el hierro bastante tarde, aproximadamente a mediados del siglo VII a. C. Los cimerios se vieron obligados a retroceder ante los escitas que se adentraban por el este, atravesando el río Araxes (Amu Daria) e invadiendo el país de los cimerios.

Los escitas ya habían hecho acto de presencia a finales del siglo IX y principios del VIII a. C. al norte del mar Negro; en los siglos VIII y VII a. C. se unen varios grupos de escitas [4], estableciendo en el siglo VII su dominio al norte del mar Negro, entre los ríos Dniéster y Don; hacia el este se hallaban los sármatas

nómadas emparentados lingüísticamente con ellos. Los tauros, relativamente primitivos, habitaban las montañas de la península de Crimea. El grupo dominante de los escitas era el de los llamados «escitas reales», que se habían asentado en la orilla izquierda del Dniéper, así como en la Crimea septentrional. Los grupos nómadas escitas que practicaban la ganadería se asentaron en las estepas, al norte y hacia el este, mientras que los escitas que practicaban la agricultura poblaron los territorios alrededor de la gran curva del Dniéper, adentrándose en la estepa boscosa; otros grupos de escitas que también se dedicaban a la agricultura (Heródoto los distingue claramente) se asentaron en la zona de bosque mixto. Gracias a las tumbas descubiertas del «período escita» (siglo VI a. C.-siglo II d. C.) ha podido deducirse una diferenciación social muy pronunciada y una estructura jerárquica. En la zona de estepas boscosas se han descubierto numerosas aldeas fortificadas en las colinas (*gorodišče*), en donde, junto a los señores, también habitaban artesanos (herreros, alfareros entre otros). Probablemente la capital de los «escitas reales» fue, desde el siglo V hasta el siglo II a. C. el *gorodišče* de Kamenskoe, situado junto a la desembocadura del Konka, en el curso bajo del Dniéper, donde se presume se encontraba la residencia del rey de los escitas, Ateas, que a lo largo de sus noventa años de vida (murió entre el 350 y el 340 a. C.), logró extender sus dominios hasta la cuenca baja del Danubio. Las magníficas obras de arte de los escitas, en especial las joyas ornamentadas con figuras de animales conocidas como estilo «escita», dan prueba de la existencia de amplias relaciones entre los pueblos nómadas de las estepas del mar Negro hasta Transbaikalia. Ofrecen una imagen del medio ambiente en que vivían, así como también de la fuerza imaginativa de sus creadores, permitiendo a su vez reconocer ciertas influencias griegas. Los escitas, ante el empuje de los sármatas, que se adentraban desde el este, se retiraron a partir del siglo II a Crimea, donde surgió en el siglo II la nueva capital, Neápolis (actualmente Simferopol). Los escitas, además de Crimea, también dominaban la zona del curso bajo del Dniéper y del Bug meridional. Allí se mantuvieron hasta mediados del siglo III d. C., momento en que los godos acabaron con su dominio.

Ya en el siglo VII a. C., durante el gran movimiento colonizador griego en el Mediterráneo, los griegos habían llegado hasta el mar Negro [5]. Colonizadores procedentes de Mileto fundaron Tiras en la desembocadura del Dniéster, Olbia en la desembocadura del Bug meridional, Teodosia en Crimea occidental, Panticapea (Kerch) y Fanagoria en la península de Tamán, en el llamado «Bósforo cimerio» (estrecho de Kerch). Colonizadores milesios de la isla de Lesbos fundaron la ciudad de Hermonasa (actualmente

Tamanskij), no lejos de Fanagoria. Junto a diferentes ciudades más pequeñas de colonizadores nació Gorgippia (hoy Anapa) como puerto importante. Finalmente, en el último cuarto del siglo v, colonizadores de Megara procedentes de Heraclea Póntica fundaron en la costa meridional del mar Negro la ciudad de Quersoneso (actualmente Sebastopol), que en breve logró alcanzar un poderío importante. Se crearon así tres zonas de vida griega, claramente diferenciables entre sí: Olbia y otras colonias menores en la desembocadura del Bug y del Dniéper, las ciudades griegas en el estrecho de Kerch y las ciudades griegas en la costa meridional de Crimea, con Quersoneso como capital.

Las ciudades griegas del «Bósforo cimerio» fueron convertidas por los jefes políticos de Panticapea en un reino —que también incluía grupos no griegos— bajo las dinastías de los Arqueanáctidas, primero, y, a partir del año 438 a. C., de los Espartócidas. Este reino del Bósforo alcanzó temporalmente un poder económico y político importante, que comenzó a declinar cuando los escitas retrocedieron hasta Crimea ante el empuje de los sármatas y amenazaron las ciudades griegas. El último soberano del reino del Bósforo pidió protección al rey del Ponto Mitrídates VI Eupátor (fundador de Eupatoria, en la costa occidental de Crimea). Al ser éste sometido por los romanos, el reino del Bósforo cayó bajo el dominio romano, aunque quedó bajo la protección de los descendientes de Mitrídates. Conoció un segundo esplendor en los siglos I y II d. C., aunque a partir de este momento intervinieron en las relaciones comerciales, junto a los escitas, los sármatas, que emigraron en un número cada vez mayor a la ciudades griegas.

Finalmente, Quersoneso, ciudad que tenía que defenderse continuamente de sus vecinos, los escitas nómadas, y de los tauros, con los que mantenía escasas o nulas relaciones comerciales, dominaba un territorio agrícola relativamente grande que producía trigo y vides. La estructura interna de la ciudad respondía a la de una *polis* griega, conservando su independencia hasta finales del siglo II a. C. A partir del año 110 a. C. estuvo sometida al protectorado de Mitrídates VI Eupátor y de sus descendientes, conociendo también una ocupación romana temporal. Su dependencia del reino del Ponto quedó interrumpida a mediados del siglo II d. C. Quersoneso, si bien seguía conservando íntegra su cultura helénica, obedecía ahora directamente a Roma, pudiendo conservar así su independencia efectiva cuando el reino del Bósforo quedó destruido por los godos.

Las ciudades griegas situadas en la costa septentrional del mar Negro tuvieron gran importancia para sus vecinos del norte, pues pusieron en comunicación a los escitas, sármatas y, más tarde, a los godos con el mundo de la Antigüedad clásica. También

arraigó aquí el cristianismo, naciendo comunidades cenobíticas cristianas. De aquí partieron hacia los territorios vecinos del norte y nordeste diversas influencias religiosas. Las colonias griegas, en tanto que resistieron los ataques de la época de la invasión de los bárbaros, siguieron siendo, sobre todo Quersoneso, importantes puntos de apoyo políticos y económicos de los Imperios romano y bizantino, a través de los cuales se desarrolló un intenso movimiento comercial con sus vecinos septentrionales.

Los sármatas nómadas, empujados de nuevo hacia el oeste por pueblos que emigraban del este, ocuparon en los siglos II y I a. C. la mayor parte del reino escita y asediaron por su parte a las ciudades griegas [6]. Los sármatas estaban estrechamente emparentados con los escitas y hablaban, al igual que éstos, una lengua indoeuropea perteneciente al grupo lingüístico nordiraní. Una vez ocupadas estas tierras, un grupo se dedicó a la agricultura y a la ganadería, mientras que las capas sociales altas se dedicaron principalmente al comercio. Ciertos pueblos sármatas, como los alanos que habitaban en el curso bajo del Don y en las tierras que se extienden ante el Cáucaso, se retiraron al interior del Cáucaso ante la invasión de los hunos en el siglo IV d. C.

A finales del siglo II d. C. los godos y los gépidos asentados en la zona de la desembocadura del Vístula emigraron hacia el sudeste [7]. La ocupación de tierras por los godos debió finalizar aproximadamente en el año 230 d. C. Extendieron sus dominios hasta las fronteras del Imperio romano, y atacaron también al reino del Bósforo; Tanais fue tomada y destruida; en el año 267 d. C. los godos se asentaron en el «Bósforo cimerio», conquistaron Panticapea e interrumpieron temporalmente las relaciones de las ciudades griegas con Roma. A su momento de mayor poder bajo el rey ostrogodo Ermanarico sucedió un brusco derrumbamiento cuando los hunos, que avanzaban desde el Asia central hacia el oeste, destruyeron en el año 375 el reino ostrogodo y, un año más tarde, el reino visigodo de Atanarico. En el último tercio del siglo IV invadieron también el reino del Bósforo, y destruyeron y se llevaron o mataron a sus habitantes. Tan sólo las ciudades de la costa meridional de Crimea, en torno a Quersoneso, escaparon a la destrucción gracias a su favorable situación al abrigo de las montañas. Los godos y los gépidos fueron arrastrados por los hunos hacia el oeste.

Es incierto y discutible si ciertos pueblos eslavos pertenecieron al reino godo de Ermanarico y si pueden considerarse como antepasados de los eslavos ciertos grupos, descubiertos por los arqueólogos, de la llamada «cultura de los campos de urnas», en el cinturón formado por las zonas de bosques, así como de la cultura de Černjakov (que debe su nombre al centro de Čern-

jakov, al norte de Žitomir, en Ucrania, atestiguada del siglo II al IV d. C.), emparentada con ésta, y de su variante más antigua, la cultura de Zarubincy (pueblo en la zona de Kiev), que se había propagado, hasta entrado el siglo V d. C., en las zonas de Gomel y Mogilev, así como en las partes meridionales de Minsk y Brest.

La filología, basándose en distintos criterios, ha determinado la «patria» de los eslavos entre el curso medio y alto del Vístula al norte de los Cárpatos y el curso medio del Dniéper, en cualquier caso en la zona de bosque mixto [8]. Pueden demostrarse ciertas relaciones lingüísticas primitivas con pueblos vecinos que hablaban una lengua iraní, bien los sármatas o los alanos, así como también pueden encontrarse ciertos germanismos en el eslavo antiguo que podrían remontarse al contacto con los godos. Finalmente, también existen estrechas relaciones entre el eslavo primitivo y las lenguas bálticas, es decir, con los vecinos del norte. Para los eslavos aún más importancia que el ataque de los hunos hacia el oeste, tiene el rápido avance de un pueblo ecuestre del interior del Asia, los ávaros, que, siguiendo a los hunos, ya habían ocupado a principios del siglo VI las estepas al norte del mar Negro. En el año 556-557 aparecieron, al mando de su jan Bayan, en las fronteras del Imperio romano de Oriente y un poco más tarde en las del Imperio franco, ocupando en el año 570 la llanura panónica. Obligaron a retirarse ante ellos a ciertos grupos eslavos, mientras que a otros les sometieron a vasallaje; en cualquier caso provocaron la emigración de los eslavos, que modificó totalmente la imagen étnica de Europa a partir de los siglos VI y VII d. C. La población superviviente de las estepas ocupadas por los ávaros huyó a la zona de los bosques. A partir de entonces la zona abierta de la estepa permaneció despoblada, mientras que ciertos grupos eslavos, al ceder el ataque de los ávaros, se aventuraron a asentarse en las zonas marginales de la estepa boscosa. A partir del siglo VIII llegó a Europa oriental una segunda oleada de inmigrantes eslavos; a ellos se les puede atribuir la cultura de Romny-Borševskoe, localidad entre el curso medio del Dniéper y el Dónetz, mientras que los portadores de la cultura de Saltov-Majackoe, documentada en la mitad oriental de Crimea, al norte del mar de Azov, hasta el Kubán, así como en el curso inferior del Don, del Dónetz y del Oskol, pudieron ser pueblos alano-búlgaros. Ambas culturas tienen en común la construcción de fortalezas —en el norte fortificaciones de madera y tierra, en el sur fortalezas de piedra, como, por ejemplo, Verchnij Saltov, junto al Dónetz, al norte de Járkov—, en torno a las cuales se reunían los pueblos, y que en el sur alcanzaban a menudo un tamaño sorprendente. Practicaban la agricultura y la ganadería, así como un comercio muy activo con los territorios veci-

nos y con las colonias griegas de la costa septentrional del mar Negro.

Se desconoce cuándo y de qué manera se produjo la inmigración y formación de los pueblos eslavos orientales, cuyos nombres y zonas de asentamiento enumera repetidas veces la «Crónica de los años pasados» (*Povest' vremennych let*), anterior a la mayoría de las crónicas rusas primitivas. Una cosa podría afirmarse con seguridad: que todos los grupos eslavos establecidos a partir del siglo VI debido a la migración eslava en la zona comprendida entre el mar Báltico, el río Elba, el Saale y la Selva de Bohemia, los Alpes orientales, el Egeo, el mar Negro y el Dniéper, se habían formado después de la conquista, es decir, eran el resultado de los procesos de migración y acomodamiento. El hecho de que durante la conquista y en los procesos posteriores de colonización —gracias a los cuales ampliaron su territorio hasta llegar hasta las zonas meridionales de estepa boscosa— se unieran o expulsaran a grupos de distinto origen y lengua que allí habían encontrado, puede ser demostrado, especialmente en lo que respecta a los pueblos bálticos y fino-ugrios, a partir de los hallazgos lingüísticos y arqueológicos [9]. En tiempos anteriores, ciertos grupos bálticos (antecesores de los letones, de los lituanos y de los prusianos o borusos) se habían adentrado hasta llegar a la zona del curso alto del Volga, del Oka y del alto Dniéper, siendo empujados hacia el noroeste, hacia las costas del mar Báltico oriental, en un proceso lento que se refleja en los hallazgos arqueológicos. Una vez allí obligaron por su parte a los habitantes fino-baltos a retirarse hacia el norte y nordeste, a la actual Estonia. Colonos eslavos se adentraron en el margen oriental de la región montañosa de Lettgalia (Letonia), junto al Dvina occidental, ocupando esta región después del año 800 d. C. En la zona que había pertenecido en un tiempo a los fineses alcanzaron por el norte y el nordeste el lago Ilmen y el río Msta, llegando por el este tan sólo hasta el curso alto del Oka. El asentamiento de confederaciones más o menos grandes también se produjo después de la ocupación de tierras y por su parte las confederaciones ya existentes ampliaron sus zonas de asentamiento.

Una parte de los eslavos cayó bajo la soberanía del reino jázaro, creado a finales del siglo V, entre la cuenca del Volga y el Don [10]. La capital era Itil, en el delta del Volga. Este reino reunía elementos étnicos muy dispares (entre otros, magiares y alanos); los propios jázaros, de origen y lengua turca, debían de representar tan sólo una minoría, si bien formaban la clase dominante; ésta profesó a partir de principios del siglo IX en parte la religión judía; otros abrazaron el islamismo y algunos también se convirtieron al cristianismo; una gran parte siguió siendo pagana. A par-

tir del año 624 se mantuvieron relaciones políticas y económicas con el Imperio romano de Oriente, desempeñando un papel importante como intermediarias las colonias griegas de Crimea. No parece que la imposición de un tributo, a lo que se redujo en la práctica el dominio de los jázaros sobre los grupos eslavos orientales asentados junto al Dniéper y sobre los búlgaros (búlgaros del Volga) establecidos a partir de mediados del siglo VII en el curso bajo del Kama y el curso medio del Volga, encontrara una fuerte resistencia. En el primer tercio del siglo IX, y con el fin de reforzar su poderío, los jázaros construyeron, con ayuda de maestros bizantinos, la fortaleza de Sarkel (ruso Bela Veža), junto al Don. Los intentos de atraerles al cristianismo, como, por ejemplo, la misión del «apóstol de los eslavos», Constantino/Cirilo, a Itil (860), tuvieron poco éxito.

También los guerreros y comerciantes de las tribus germanas septentrionales buscaban las tierras costeras del mar Báltico oriental. Colonias godas y suecas en la costa de Curlandia (Saeborg, junto a Grobina), en el noroeste de Lituania (Apulen, junto a Skuodas/Schoden), en la costa y en las islas de Estonia, están atestiguadas arqueológicamente, así como por documentos escritos, entre el año 650 y el 850 [11]. Estos germanos del norte también llegaron hasta las desembocaduras de los grandes ríos de Europa oriental, adentrándose en el interior siguiendo el curso de los mismos. El Dvina y el Neva alcanzaron una especial importancia como puertas de entrada. A partir de entonces se navegó por el Volga, y a partir del siglo IX también por el Dniéper. Las dotaciones de los barcos germanos se componían de secuaces armados del propietario del barco; éstos partían en busca de botín, de modo que una parte considerable del comercio debió de ser comercio de bandidaje. Su objetivo era relacionarse con los mercados de Asia central, practicando seguramente los jázaros, y a partir del siglo XI también los búlgaros del Volga, el papel de intermediarios. El comercio con Bizancio apenas tuvo importancia para el norte de Europa y se realizó, si es que existió, a través de rutas comerciales que pasaban por Europa central y occidental. Estos vikingos o varegos (de la palabra rusa *verjag,* que se remonta al paleonórdico *vaering* = confederado, y que así ofrece un dato sobre la organización de las asociaciones marítimas), a menudo llamados en su ayuda por la población establecida en sus luchas internas, o bien enrolados a cambio de una remuneración, se asentaron en diversos lugares del territorio de Europa oriental —en su mayoría favorables para el comercio— y construyeron ciudadelas estratégicas y fortificadas de menor o mayor tamaño, a partir de las cuales trataron de ejercer un dominio sobre

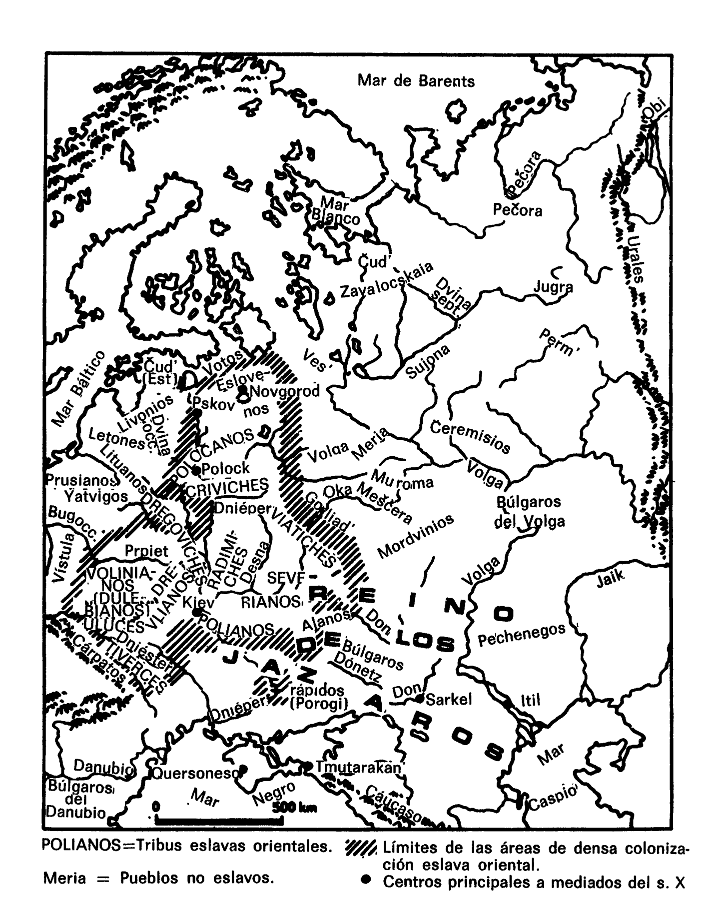
la población de los alrededores. Naturalmente, las condiciones para ello eran, desde el punto de vista topográfico, muy diversas.

El problema sobre si los varegos participaron —y si participaron, en qué medida— en la creación y construcción del Estado protorruso de Kiev es objeto de controversia desde hace más de doscientos años[12]. En 1729 el historiador alemán Gottlieb Siegfried Bayer pronunció en la Academia de Ciencias de Petersburgo —fundada en 1725 y ocupada al principio casi exclusivamente por extranjeros, principalmente alemanes— un discurso en latín titulado *De varagis,* en el que demostró que la primera forma de gobierno de los eslavos orientales entre Novgorod y Kiev debe atribuirse a los escandinavos procedentes del mar Báltico: los *rus'* o (en griego) *rhos.* Veinte años más tarde, Gerhard Friedrich Müller, académico e historiador como Bayer, publicó un escrito titulado *Origines gentis et nominis Russorum,* que venía a ratificar la tesis de Bayer. Otros diez años más tarde, el poeta V. K. Trediakovski (1703-1769) y el erudito M. V. Lomonosov (1711-1765) prohibieron una conferencia de Müller sobre el asunto de los varegos. Mientras que Trediakovski tenía a los rus' por eslavos orientales, Lomonosov rechazaba las tesis de Bayer y de Müller por considerarlas ofensivas para los rusos, puesto que parecían negarles cualquier capacidad para formar un Estado. Desde entonces ni los «normandistas», es decir, los defensores de la tesis sobre la procedencia germano-septentrional de los rus', ni los «antinormandistas» han cesado de apoyar o rebatir los argumentos alegados ya respectivamente en 1729 y 1749. Desde que August Ludwig Schlözer (1735-1809) se ocupó de la *Crónica de Néstor* y en 1768 publicó un estudio preliminar, la discusión fue mantenida durante decenios exclusivamente por historiadores. En el año 1877 el filólogo danés Wilhelm Thomsen (1842-1927) publicó un trabajo titulado *The Relations between ancient Russia and Scandinavia and the Origin of the Russian State,* en el que se remitía al material de nombres conservados (nombres de personas, de lugares, entre ellos nombres de los saltos del Dniéper). La arqueología se añadió relativamente tarde. En 1914 publicó el arqueólogo sueco Ture Arne su libro *La Suède et l'Orient.* Sin embargo, aún se está muy lejos de haber llegado a un acuerdo sobre la valoración de la importancia de las influencias escandinavas en la Europa oriental hasta el siglo XI. Esta labor se ve agravada por el hecho de que hayan enturbiado y sigan enturbiando la discusión una serie de sentimientos político-nacionalistas, como ocurrió en el caso de Lomonosov. Así como no se puede dudar de que comerciantes y guerreros escandinavos cruzaron la zona europea oriental, sin embargo, ha sido motivo de grandes discusiones si la denominación de Rus' —un abstracto

femenino, nombre dado al país y al pueblo del reino de Kiev, posiblemente en una limitación territorial (según Nasonov la parte meridional, con Kiev y Chernigov como puntos centrales)— se refería en principio tan sólo a los escandinavos o a una confederación de tribus eslavas orientales (o una tribu aislada) denominada «Ros» o «Rus», asentada en torno a Kiev, que habría que considerar como fundadora del Estado eslavo oriental de la Edad Media. Puesto que los arqueólogos pudieron comprobar que en los siglos VI y VII existió en el río Ros' un afluente del Dniéper al sur de Kiev, en la zona de la estepa boscosa, una cultura sin duda alguna eslava, era natural ver en ésta el legado de aquellos hombres que al parecer habían fundado el reino de Kiev. En el año 1729 Bayer ya había llamado la atención sobre una noticia contenida en los *Anales de San Bertín,* del año 839, según la cual habían llegado a la corte del emperador Luis el Piadoso unos legados del emperador bizantino Teófilo (829-842) para cerrar un trato con él. Entre éstos se encontraban miembros de un pueblo, los rhos, que, debido al bloqueo de los caminos por pueblos salvajes y bárbaros, no podían regresar directamente a su patria. El Emperador bizantino rogó al soberano franco que les posibilitara el regreso a su país. Se demostró, pues, que los rhos eran suecos. Gracias a éste y a otros testimonios parece indudable, por tanto, que los bizantinos empleaban la palabra «rhos» para denominar a los escandinavos de la zona europea oriental, aunque quedan dudas sobre que sean escandinavos todos los nombres de lugares compuestos con la palabra «ros» o «rus», de los que existen gran cantidad en la zona costera del Báltico oriental, en el triángulo formado por el lago Ilmen, el Ladoga y Beloozero, así como en la zona situada al sur de Kiev. Sigue siendo más convincente la explicación de Thomsen, según la cual la palabra finesa para denominar a los suecos (*ruotsi,* probablemente «los remeros») corresponde al eslavo oriental *rus'* y al griego *rhos* y, con ella, al principio al menos, se aludía a los escandinavos y después, en general, a todas las personas pertenecientes al reino de Kiev. Pero con esto aún no se ha dicho nada sobre la participación de los escandinavos en el nacimiento del reino de Kiev. Habrá que admitir que esta participación ha sido a veces exagerada sin contar para ello con pruebas suficientes, no dando importancia, sin embargo, a la existencia de confederaciones de tribus eslavas orientales con soberanos propios. Por otra parte, no podrá negarse que los nombres de los primeros príncipes de Kiev que pueden considerarse históricos, así como los de la mayor parte de sus secuaces, eran escandinavos. Esto indica que existían centros de poder varegos en distintas zonas de Europa oriental; además, hasta el siglo XI los séquitos se seguían

nutriendo de mercenarios varegos. El hecho de que a partir de mediados del siglo XI cesara la afluencia varega está relacionado con los cambios acontecidos en la propia Escandinavia y, en buena parte, con la propagación y consolidación del cristianismo, tan importante para la estructura interior de los países escandinavos.

Naturalmente, las condiciones en que surgieron los centros de poder varegos en Europa oriental eran muy diferentes. Las tribus eslavas orientales del siglo IX no se hallaban todas en el mismo estado de desarrollo [13]. Los polianos asentados junto al Dniéper, en torno a Kiev, que en la tradición cronística ocupan un puesto central, así como sus vecinos nordoccidentales de la zona boscosa, los drevlianos establecidos junto al Pripet, se habían unido en una confederación más estable, bajo príncipes cuya autoridad abarcaba a la tribu en su totalidad. En la Crónica más antigua se señala a los polianos un lugar especial. La dinastía de los príncipes polianos deriva del legendario fundador de Kiev, Kij, que según se dice fue reconocido incluso por Bizancio. El dominio de su estirpe se basaba en las fortalezas. Parece ser que estas fortalezas, de distinta magnitud, fueron la característica de la estructura social de las restantes tribus eslavas orientales, tal y como se puede suponer por analogía con las relaciones existentes en otras confederaciones de tribus eslavas en Europa. Unicamente en el caso de los polianos y los drevlianos existió, al parecer, un principado con autoridad superior al poder basado en las fortalezas. En el caso de los dregoviches, asentados entre el Pripet y el Dvina; los poločanos, en la confluencia del Polock y el Dvina; los severianos, en el Desna, el Seim y el Sula, y en el de los eslovenos, asentados en el lago Ilmen, se carece de tales indicios. También se menciona Smolensko, la fortaleza de los criviches asentados en el Volga superior, el Dvina y el Dniéper superior. A los radimiches, asentados en el Soz, y a los viatiches, que habitaban más al este, junto al Oka, en la zona fronteriza báltico-finesa, se les supone una procedencia eslava occidental, por lo que se les atribuye una inmigración desde occidente bajo el mando de un tal Radim o Viatko; Viatko aparece incluso como jefe de una liga de tribus (*rod*). En este caso podríamos encontrarnos ante una organización más severa. De dos tribus meridionales, los uluces o uliches y los tiverces asentados en el Dniéster, se dice que habían poseído fortalezas y que con anterioridad habían residido más hacia el este, de donde posiblemente emigraron para librarse del dominio de los polianos. Todos los nombres de las tribus eslavas orientales, con excepción de los radimiches y los viatiches inmigrados, así como de los uliches y los tiverces y de los eslovenos asentados en el lago Ilmen, deben su nombre



POLIANOS=Tribus eslavas orientales. Meria = Pueblos no eslavos.

//// Límites de las áreas de densa colonización eslava oriental.

● Centros principales a mediados del s. X

Fig. 1. Los pueblos de Europa oriental al comienzo del siglo x.

a elementos topográficos; así, por ejemplo, el nombre de polianos deriva de *pole* = campo, el de drevlianos de *drevo* = bosque, etc. Entre los eslavos occidentales y meridionales se encuentran denominaciones análogas que indican que se trata de tribus nuevas, formadas después del período de migración. Tan sólo el nombre de los eslovenos asentados junto al lago Ilmen es un nombre común eslavo. De ellos se dice que no supieron crear ningún orden y que se destruyeron en luchas internas, «familia contra familia». En cualquier caso, no parece que en aquellas circunstancias se unieran las pequeñas fortalezas en una confederación tribal mayor.

Hasta ahora no se ha conseguido una delimitación arqueológica convincente de las zonas de asentamiento de las tribus eslavas orientales. Debido a su estrecho parentesco, esto apenas parece posible dadas las posibilidades actuales de la investigación arqueológica. Podemos, sin embargo, hacer una serie de observaciones comunes a todos los eslavos orientales de la época tribal primitiva. Sus miembros eran agricultores y ganaderos sedentarios. El bosque desempeñaba un papel importante como factor económico; les proporcionaba pastos y madera para la construcción de sus aperos de labranza y utensilios domésticos. Entre todos los eslavos y las tribus bálticas se había extendido la apicultura. No es posible determinar con seguridad si en aquellos siglos ya existían simultáneamente diversas formas de explotación agrícola.

Las colonias —pequeñas aldeas esparcidas, pero también grandes pueblos situados en lugares cerrados— se construían junto a los ríos, que constituían verdaderas líneas directrices de la colonización. Por ello, las divisorias hidrográficas eran al mismo tiempo fronteras para la colonización. El país estaba colonizado sólo parcialmente. Entre los distintos centros de colonización, que se habían formado en claros ya existentes o bien en zonas nuevas de cultivo con suelos propicios y fáciles de trabajar [14], existían amplias extensiones de terrenos baldíos o de gigantescos bosques. Por ello, la idea de dominio únicamente podía partir de localidades que estuvieran situadas junto a grandes vías de comunicación. Es esto lo que explica la importancia de Kiev —que se hallaba situada en una zona de bosque cerrado, pero próxima a la estepa boscosa, en la zona limítrofe de dos zonas de vegetación y más arriba del Dniéper, en la orilla derecha del río—, así como la de la antigua Ladoga, en la desembocadura del Voljov en el lago Ladoga o bien la de Novgorod, en el nacimiento del Voljov en el lago Ilmen.

2. El período de Kiev

I. *Orígenes del Principado de Kiev (siglo IX y primera mitad del X)*

En la protohistoria ya se habían desarrollado en el territorio de la Europa oriental todas las formas de gobierno que de nuevo nos encontramos en la Edad Media: en las costas del mar Negro centros comerciales con un *hinterland* más o menos grande, que o bien se organizaban independientemente o bien se unían en confederaciones. Algunas de estas ciudades poseían la estructura de una *polis* griega (con seguridad éste era el caso de Quersoneso); otras, tras un período de transición, caían bajo el dominio de una dinastía, como, por ejemplo, las ciudades del reino del Bósforo. En las regiones esteparias se habían formado reinos nómadas, algunos de ellos de gran duración, considerable extensión y poder importante, como, por ejemplo, el reino de los cimerios y, sobre todo, el reino de los escitas, en el que, bajo la soberanía flexible de unas clases dirigentes primitivamente nómadas, y con un vértice monárquico, se habían fusionado miembros de distintas tribus y grupos con una forma muy diferente de vida y economía. La zona esteparia favorecía francamente este tipo de formas de gobierno; no es, por tanto, casualidad que desde los cimerios hasta los mongoles/tártaros del siglo XIII se sucedieran durante dos milenios y medio reinos nómadas entre el Dniéster o el Bug meridional, el Don y el Kubán. Incluso podría considerarse como tal al reino godo de Ermanarico, al menos en parte, ya que puede probarse la transición de simples agricultores a jinetes, y no sólo en una parte del grupo dominante de los ostrogodos, sino también en los visigodos, pero principalmente en los vándalos y en los burgundios, si es que llegaron grupos a las estepas pónticas. Si bien el centro de gravedad del reino de los godos residía en el cinturón boscoso del centro, los godos también dominaban la zona esteparia, y esto no era posible sin la existencia de una caballería [1].

El intento de ciertos grupos campesinos, probablemente de origen y lengua eslava, de salir de las zonas boscosas aisladas y construir pequeños dominios con fortalezas delante de la estepa abierta en el curso bajo del Dniéster y en el curso medio del Dónetz, fracasó definitivamente cuando los ávaros, y tras ellos

otros muchos nómadas a caballo (búlgaros, jázaros, magiares), atravesaron de este a oeste la zona esteparia, sin olvidarse de los territorios marginales, es decir, de la estepa boscosa meridional. Una oscura tradición escrita, que también ha quedado registrada en el material toponímico [2], nos informa de que los magiares llegaron hasta Kiev [3]. La población campesina reunida en torno a una o más fortalezas, como pudieron demostrar las recientes excavaciones en la zona donde los bosques estaban difundidos de modo más irregular en los siglos V y VII, no pudo subsistir debido a la amenaza de los pueblos de la estepa, mientras no dispusiera de medios para defenderse eficazmente. Esto se consiguió en parte en la reciente Edad Moderna y definitivamente tan sólo a partir del siglo XVIII, gracias a la técnica de fortificación y a un sistema de colonias fronterizas formadas por cosacos.

La situación en el cinturón central del bosque mixto era, sin embargo, muy distinta. Allí existía desde un principio la posibilidad de crear dominios de poca extensión en los valles formados por los ríos y en las viejas regiones abiertas. No se sabe de qué forma se llevó a cabo la conquista por parte de los eslavos orientales [4]. En cualquier caso, los colonos debieron rodearse de grandes seguridades. Para ello buscaron colinas de fácil fortificación, rodeadas de terreno llano, en la confluencia de ríos, en penínsulas, en lagos y en lugares similares de fácil defensa; aquí podían construir fortificaciones de madera y tierra y asegurarlas mediante fosas o brazos de ríos desviados con este fin. En caso de peligro, ofrecían refugio a las personas y animales de las proximidades. Puesto que es imposible imaginar la construcción de estas fortificaciones sin una organización, ésta debió existir ya durante la migración y la ocupación de las tierras.

El germen de una confederación y una unión más amplias —el *rod*— se menciona y describe en las crónicas más antiguas [5]. Dicha palabra significa al mismo tiempo que la familia (aislada), también la confederación de grandes familias, la comunidad orgánicamente desarrollada de hombres con una procedencia común. En la leyenda de los tres hermanos Kij, Sceck y Choriv, transmitida en la *Crónica de Néstor,* se cuenta que cada uno de ellos «tenía su asiento» (es decir, estaba asentado) sobre una montaña; juntos construyeron una pequeña fortaleza (*gorodok*) y la denominaron Kiev en homenaje a su hermano mayor. Esta, sigue narrando la crónica, al igual que las fortalezas anteriores más pequeñas, se hallaba rodeada de bosques y de una gran selva (*bor*) en donde los tres hermanos podían cazar. Tras la muerte de los tres hermanos, su familia (*rod*) ejerció el dominio sobre los polianos. Así se llega a la segunda fase del desarrollo —en este caso

voluntario—: la unión de diversas fortalezas para formar una unidad mayor, la tribu (*plemja*). Existían tribus de diferente orden y tamaño; pequeñas tribus que abarcaban un cierto número de grandes familias de un determinado núcleo de población, grandes tribus o grupos de tribus —los polianos y los drevlianos podrían citarse en esta clasificación— y confederaciones de tribus, a las que se habían unido diversas grandes tribus. Tanto la gran familia como la pequeña o gran tribu ocupaban un determinado territorio (*zemlja* = país). En él habitaban sin duda hombres que no tenían ningún tipo de parentesco con los que ejercían el poder, pero que no obstante eran considerados como pertenecientes a su *rod* (*na rod*, de ahí la palabra rusa *narod* = pueblo). Esto viene a recalcar la tesis de que las asociaciones de familias y de grandes familias estaban ordenadas de modo que los más ancianos de estas familias se ocupaban de las fortalezas y de su defensa, y posiblemente también administraban justicia. En torno a las fortalezas se encontraban los asentamientos abiertos cuyos habitantes estaban obligados a construir, asegurar y abastecer las fortalezas. Se supone que en dichas asociaciones también existían, junto a los hombres libres, los esclavos (prisioneros de guerra, por ejemplo).

Las asociaciones de familias y las pequeñas tribus terminaron por unirse libre o forzosamente —cada caso debió de ser diferente— para formar grandes tribus o confederaciones de tribus bajo la soberanía central de un príncipe, como fue el caso de los polianos en torno a Kiev y de los drevlianos al sur del Pripet. El término técnico para el ejercicio del poder de los príncipes de las tribus es *knjažiti* (ser príncipe); aquel que ejercita el poder es el *knjaz'*, el príncipe, y este concepto significa tanto la legitimidad como la sucesión y el derecho hereditario de tal poder. En ningún lugar se explica con seguridad en qué consistía tal poder, y hoy por hoy, desde el punto de vista arqueológico, únicamente puede testimoniarse por huellas e indicios. Habrá que pensar en el reclutamiento de guerreros en caso de ataques enemigos y en la entrega de contribuciones para el mantenimiento de la familia dominante (y de su séquito), así como en trabajos comunes en la construcción de fortalezas y en otras fortificaciones (si es que existían, como, por ejemplo, barreras fronterizas en los caminos por los que podían internarse los enemigos). El poder únicamente podía ser ejercido o mantenido gracias al reclutamiento o servicio de adeptos, es decir, de grupos de jóvenes que estaban continuamente a disposición del señor en calidad de tropa de protección, de mercenarios para expediciones en busca de botín o bien para guerras ofensivas; estos grupos estaban mantenidos por el señor y se encargaban de aquellas tareas administra-

tivas que habían de solucionarse en aquel estadio del desarrollo. Al igual que en el resto de Europa, también en la Rusia primitiva estas fuerzas al servicio del señor contribuyeron a la formación del Estado [6]. Seguramente ya existía esta institución en diversas tribus eslavas orientales cuando aparecieron los varegos.

La forma de dominio varega no era distinta a la de los señores eslavos orientales. No obstante, aún sigue siendo objeto de discusión si existieron de hecho tales dominios varegos junto a las federaciones de tribus eslavas orientales. Sin embargo, las fuentes escritas no dejan la menor duda. Por regla general debió de suceder que ciertas agrupaciones de comerciantes varegos conquistaron, bajo la dirección de un caudillo («rey del mar»), señoríos ya existentes, asentándose de esta forma en diferentes lugares de la Europa oriental. No puede hablarse de grandes emigraciones de guerreros-campesinos escandinavos, pues el material arqueológico no es suficientemente fehaciente para ello [7]. Por el contrario, el asentamiento de cabecillas escandinavos con su séquito en diferentes puntos de la Europa oriental —en la antigua Ladoga, en la ciudad de Novgorod o en sus alrededores, en Beloozero, en Izborsk, en Polock y finalmente en Kiev— está demostrado por documentos escritos; la arqueología no ha podido desmentir estas pruebas escritas, sino que en gran parte las ha confirmado.

Aunque la *Crónica de Néstor* atribuye todas las formaciones de dominios escandinavos de este tipo, cuyo territorio era siempre muy delimitado y mantenían continuas luchas entre sí, a Rjurik y habla de los fundadores de estos dominios en el mejor de los casos como adeptos rebeldes o infieles a Rjurik y a su estirpe, sus informes han sido puestos en tela de juicio por la investigación «antinormandista» y rechazados por tendenciosos. No existe ninguna razón para ello. Por tanto, junto a las fortalezas, las tribus, las asociaciones y las federaciones de tribus eslavas orientales, también habrá que pensar en la existencia de formas semejantes de dominio escandinavo, de diferente poder e importancia política, creadas en la Europa oriental como muy pronto a partir de finales del siglo VIII o principios del IX.

Los primeros señores escandinavos de Kiev fueron, como narra la crónica, Askold y Dir. Se desconocen las relaciones que mantenían entre sí y todo lo que se cuenta sobre ellos resulta tan insuficiente que no puede asegurarse nada sobre la forma ni la duración de su reinado. Tan sólo el nombre de Askold es claramente escandinavo; se cuenta de ellos que eran compañeros de armas de Rjurik, que se independizaron, que siguieron el curso ascendente del Dniéper y se establecieron en Kiev, antigua residencia de Kij y sus hermanos. «Congregaron a muchos varegos a su alrededor y comenzaron a gobernar sobre la tierra de los po-

lianos» (*Crónica de Néstor*). Fueron, según se afirma en la crónica, los jefes de la incursión que en junio del año 860 puso en peligro de muerte a la ciudad imperial de Constantinopla. El emperador bizantino Miguel III se encontraba en una campaña militar en Asia Menor. El hecho de que la flota de los agresores fuera destruida por una tormenta se interpretó como la señal de la intervención de fuerzas divinas, a las que el patriarca Focio habría conjurado con sus rezos. De todos modos, es posible que el encuentro de estos agresores de Kiev, denominados por los bizantinos como «Rhos», con el mundo cristiano ortodoxo no sólo provocara una serie de relaciones comerciales regulares, sino también el bautizo de Askold y Dir, puesto que a su muerte, en el año 882, sobre sus tumbas se construyeron iglesias. Sea como fuere, a partir de mediados del siglo IX se implantó el cristianismo en Kiev [8].

En esta misma época, poco después del 860, los escandinavos se establecieron también en el norte: según la crónica, en Novgorod, en Beloozero —en medio de la zona poblada por los fineses en el nordeste— y en Izborsk, en la región fronteriza entre los estonios y los eslavos orientales. Su jefe Rjurik, a quien se ha intentado identificar en vano con un vikingo llamado Reric que apareció en esta misma época en la parte occidental del mar Báltico, debió de gobernar durante veinte años en Novgorod. Cuando murió en el año 872, según datos de la crónica, eligió a un familiar, Oleg, como tutor de su pequeño hijo Igor.

En el año 882 Oleg se dirigió a Kiev, donde se estableció tras dar muerte a Askold y a Dir. El cronista insiste en que Oleg, en su lucha con Askold, mencionó la noble procedencia principesca tanto suya como de su pupilo Igor. Resulta evidente el afán de patentizar la legalidad del reinado de Oleg y de Igor sobre Kiev. Los guerreros de Oleg fueron siempre, según palabras de la crónica, tanto varegos como eslavos, y a todos ellos se les denominó Rus'. También habrá que tomar en serio esta información. Es evidente que el séquito de Oleg y de Igor no se componía exclusivamente de escandinavos, sino que entre sus filas había también eslavos y fineses.

La esfera de dominio de Askold y Dir abarcaba la tribu eslava oriental de los polianos. No puede afirmarse hasta qué punto excedió este límite. Sin embargo, Oleg, según se dice, no sólo reinó sobre los polianos, sino también sobre otras tribus eslavas orientales (los drevlianos, severianos y los radimiches), o bien les impuso tributos, luchando con las tribus que no querían doblegarse, como fue el caso de los uliches y trivercios en el sur. Quedaban por resolver las relaciones del nuevo reino con sus vecinos, los jázaros al este y el Imperio bizantino al sur. Con los jázaros, a los que las tribus eslavas orientales sometidas por Oleg no debían

pagar ningún tributo, no parece que se llegara a ningún encuentro armado. El reino jázaro atravesaba una grave crisis provocada por los húngaros o magiares, nómadas a caballo, que se habían liberado a finales del siglo IX de la soberanía jázara y se dirigían hacia el oeste. Parece ser que pasaron cerca de Kiev, si bien no se detuvieron allí.

Los húngaros estaban aliados a los bizantinos en su lucha contra los búlgaros, que en el 860 se habían convertido al cristianismo, así como también al rey de los francos orientales, el emperador Arnolfo, que les había llamado en su ayuda para luchar contra sus enemigos en la frontera oriental, los moravos. Pero las devastadoras expediciones de los húngaros representaban un precio muy elevado a satisfacer, principalmente, por los países occidentales (Alemania e Italia), al establecer los húngaros el centro de su reinado en la Llanura Panónica, sin haber podido liberar a los bizantinos de su principal enemigo, el rey búlgaro Simeón I (893-927). Oleg aprovechó la situación crítica del Imperio bizantino para llevar a cabo una expedición contra la ciudad imperial, que acabó felizmente con un tratado comercial y un tributo monetario que Bizancio debía satisfacer[9]. El tratado comercial del año 912 es el único testimonio documentado sobre el período de reinado de Oleg; en él se han transmitido los nombres de sus quince delegados. Todos ellos son, sin excepción, escandinavos; pertenecían, por tanto, al círculo más estrecho de su séquito, que no sólo cumplía misiones militares, sino también —como en este caso— diplomáticas. En el texto del tratado se les presenta como comisionados de Oleg y de todos aquellos que se hallaban bajo su soberanía. Junto a Oleg existían otros príncipes, si bien éstos estaban subordinados a él; no puede asegurarse si por éstos se ha de entender solamente a los lugartenientes nombrados por el propio Oleg o también a aquellos príncipes de las tribus que se habían comprometido al pago de un tributo. En cualquier caso, el tratado comercial entre Oleg y Bizancio permite observar que a los inteligentes y prudentes políticos bizantinos les interesaba que sus nuevos vecinos quedaran sujetos a una serie de reglas, así como estipular las reparaciones mutuas en caso de robo o saqueo y evitar que, debido a un comercio de hombres y mercancías sin regularizar, se provocaran conflictos que pudieran desembocar en una nueva amenaza militar. Con esto, sin embargo, la diplomacia bizantina también testimoniaba que a partir de entonces tendría que contar con el reino de Kiev, cuyo verdadero fundador debe considerarse a Oleg.

Parece ser que Oleg murió poco después de haberse firmado el tratado con Bizancio (912 a 913). Le sucedió Igor, posiblemente hijo de Rjurik, desposado, según se dice, con una prin-

cesa procedente de Pskov, llamada Olga (Helga), cuyo origen escandinavo queda testimoniado por su nombre. El hecho de que los drevlianos se levantaran inmediatamente contra el nuevo príncipe y tuvieran que ser sometidos a la fuerza demuestra lo insegura y amenazada que estaba la soberanía de los príncipes de Kiev. Esto se repitió en el siglo x en casi todos los cambios de gobierno y es una prueba de la persistente resistencia de las tribus, al menos hasta las postrimerías del siglo.

En la tradición cronística se llama la atención sobre dos acontecimientos sucedidos durante el reinado de Igor, que se prolongó hasta el año 945: la primera aparición de los pechenegos y un segundo tratado comercial con Bizancio. Los pechenegos, federación de tribus de jinetes nómadas bajo el mando de un pueblo turco, ocuparon las estepas al norte del mar Negro. Durante un siglo fueron vecinos de los príncipes de Kiev; al controlar éstos los territorios comprendidos entre el Don y la desembocadura del Danubio, cualquier expedición o viaje comercial de los Rus' por el Dniéper abajo entrañaba una serie de peligros. Evidentemente para los bizantinos el reino de Kiev tenía la suficiente importancia como para renovar el tratado del año 912 cuando Igor emprendió una primera expedición contra la ciudad imperial en el Bósforo (941), repitiéndola años más tarde. El motivo que indujo a Igor parece ser que fue la interrupción del pago de los tributos bizantinos. Se realizaron negociaciones y se acordó un nuevo tratado comercial, que quedó cerrado en el invierno del año 944-45. En general se renovaron las disposiciones del tratado del año 912, aunque se precisaron los detalles. Del texto se desprende que en Kiev existía por aquella época una iglesia de San Elías, que debe buscarse en algún lugar del *podol,* en la factoría a la orilla del Dniéper, y que entre los comerciantes de Kiev también había cristianos. Los veinticinco legados de la Rus', enumerados por sus nombres, no sólo representaban al príncipe Igor, sino también a su hijo Sviatoslav, a su esposa Olga, a sus sobrinos Igor y Jakun (Hakon) a dos familiares de Oleg (¿sobrinos?), Ladislao y Predslava, que tenían nombres eslavos, así como a diversos grandes, todos ellos con nombres escandinavos. No todos los legados eran, sin embargo, escandinavos: dos eran estonios —quizá provenían de la patria de Olga—, uno era livonio, por lo tanto perteneciente a una tribu finesa del Báltico, otro era yatvigo y pertenecía, por tanto, a una tribu prusiana (paleoprusiana). El tratado, además de por los legados, también estaba garantizado por veintiocho grandes comerciantes, la mayoría de ellos escandinavos, si bien también había un estonio y un eslavo, prueba de que podían pertenecer hombres de diferentes tribus lo mismo al séquito que al grupo de grandes comerciantes. Lo más sor-

prendente es que también algunos miembros de la familia reinante tuvieran nombres eslavos. Para su explicación habrá que pensar que la fusión de los Rjuríkidas con otros soberanos de tribus eslavas se hallaba en plena actividad. Pero aún contamos con otro testimonio. Cuando Igor murió en el año 945 durante una incursión contra los drevlianos, el príncipe de éstos, Mal, envió una comisión a Kiev para pedir la mano de la viuda Olga. No hubiese sido, por tanto, nada insólito una boda entre un miembro de los Rjuríkidas y un príncipe de una tribu eslava oriental; sin embargo, Olga se vengó de los asesinos de su esposo, sometió de nuevo a los drevlianos y ordenó destruir su principal fortaleza.

En ciertos aspectos la regencia de Olga (945-964), en espera de que su hijo Sviatoslav alcanzara la mayoría de edad, es digna de atención. Olga afianzó la soberanía de los príncipes de Kiev en el país de los drevlianos; estrechó los lazos entre Novgorod y Kiev, recaudando no sólo tributos, como había hecho Oleg, sino estableciendo también un sistema de prestaciones; además, según se cuenta, hizo construir en el Dniéper y el Desna una serie de puntos de apoyo de la soberanía principesca, asegurando las rutas de comunicación entre Kiev y Novgorod. Es así como se manifiestan los primeros contornos del territorio dominado por Kiev; éste abarcaba el territorio de los polianos en el curso medio del Dniéper; por el noroeste se extendía, atravesando este río, por la cuenca del Desna hasta el territorio de los severianos, y quizá también comprendiera el de los radimiches establecidos junto al Soz. Hacia el sur se adentraba en las estepas boscosas, si bien en esta parte las fronteras estaban amenazadas y eran menos estables. Hacia el norte, el centro del dominio de los Rjuríkidas era Novgorod; por el oeste se prolongaba más allá de Pskov, hasta la zona limítrofe entre los estonios y los eslavos orientales; por el este, hasta la cuenca del Msta, es decir, hasta la zona ocupada por la tribu finesa de Ves'. La zona central en torno a Polock y Smolensko debió de quedar por el momento fuera de la soberanía de Kiev. De este modo, aunque el largo camino entre Novgorod y Kiev seguía plagado de peligros, la Rus' septentrional podía llevar en cierta medida una vida autónoma.

El prestigio del joven principado aumentó considerablemente cuando Olga, probablemente en el año 955, abrazó el cristianismo ortodoxo, y en el año 957 visitó, acompañada por un numeroso séquito, la ciudad imperial del Bósforo; allí fue recibida solemnemente por el emperador Constantino Porfirogéneta y su esposa Elena, de quien tomó el nombre al convertirse al cristianismo [10]. En cualquier caso, Olga no estaba dispuesta a someterse a posibles exigencias políticas de Bizancio. Estableció relaciones

con la máxima potencia occidental, es decir, con el reino de Otón I el Grande, a quien pidió el envío de misioneros cristianos. Estos, sin embargo, no tuvieron ningún éxito. Entre tanto Sviatoslav, el hijo de Olga, ya se había hecho cargo del gobierno. El y su séquito rechazaron el cristianismo, si bien al parecer no lo persiguieron. Olga se retiró a su residencia de Vyšgorod, junto al Dniéper, más arriba de Kiev, desde donde intervenía en los destinos del país en cuanto era necesario.

Bajo los tres primeros soberanos de la dinastía de los Rjuríkidas, la nueva organización política del reinado basado en el séquito personal del señor (en ruso *družina*) evolucionó hasta convertirse en un dominio territorial.

A esto solamente se podía llegar sometiendo o suprimiendo las organizaciones de las tribus de los eslavos orientales ya existentes, creando una organización administrativa, en un principio muy flexible —gobernadores en las principales localidades, creación de guarniciones oficiales en las vías de comunicación más importantes—, y logrando los medios materiales para el mantenimiento de un poder militar mediante la recaudación de tributos, principalmente monetarios, de Bizancio.

II. *El ingreso de Kiev en el sistema de estados europeos en la Edad Media. (Desde mediados del siglo X hasta mediados del siglo XI)*

Al aceptar el cristianismo, Olga consiguió que los príncipes de Kiev también aumentaran su prestigio en Occidente. Ya hacía mucho tiempo que existían relaciones comerciales con el reino occidental de los Otones; estas relaciones se desarrollaban en parte por el mar Báltico y el río Neva o el Dvina occidental, en parte también por tierra, desde Ratisbona hasta Kiev. Los Otones introdujeron en el país las codiciadas monedas de plata de Otón y Adelaida, que han aparecido por millares en tesoros y depósitos descubiertos [1]. Al encargar Olga a sus legados que pidieran misioneros a Otón el Grande, obraba de la misma manera, natural e independiente, que cien años antes el príncipe búlgaro Boris al intentar sustraerse de la influencia política de Bizancio mediante la toma de contacto con Roma. Ello supone que en Kiev se estaba mucho mejor informado sobre las relaciones de fuerza europeas de lo que permiten reconocer los escasos testimonios que nos ofrecen las fuentes.

Aunque Sviatoslav (964-972) no aceptó el cristianismo, supo aprovecharse de la decisión que su madre había tomado. Ahora

tenía las manos libres para emprender una gran ofensiva contra Oriente. Atacó en primer lugar, en el año 964, a los viatiches asentados en las márgenes del río Oka, una tribu eslava oriental tributaria de los jázaros. Al parecer no logró dominarlos; los jázaros, por su parte, realizaron entonces una incursión de venganza contra Sviatoslav; éste rechazó a los agresores en una rápida y victoriosa campaña, conquistó Itil, capital jázara situada en la desembocadura del Volga en el mar Caspio, y, siguiendo el curso del Volga, se apoderó también de Bulgar, capital de los búlgaros del Volga. Y es ahora cuando consigue la sumisión de los viatiches. El reino de los jázaros había quedado destruido, y con él también, como más tarde pudo comprobarse, la protección que este reino brindaba contra los nómadas orientales que intentaban adentrarse en esta zona. Cuando Sviatoslav se dejó arrastrar en las luchas internas bizantinas y en las guerras entre búlgaros y bizantinos, aparecieron por primera vez los pechenegos a las puertas de Kiev, cuya defensa organizó Olga. Parece ser que ésta mandó regresar a Sviatoslav, disuadiéndole, antes de morir en el año 969, de otras aventuras en tierras lejanas. Una vez solo, Sviatoslav intentó establecerse en Bulgaria, pero en el año 971 el emperador bizantino Juan I Zimisces le obligó a capitular y a retirarse a Kiev. Durante esta retirada, en la primavera del año 972, fue atacado y muerto por los pechenegos junto a los rápidos del Dniéper.

El breve gobierno de Sviatoslav fue rico en aventuras, pero resulta innegable que el principado de Kiev aumentó sensiblemente su poder y consideración tanto entre los eslavos orientales como en Bizancio y Occidente. Los tributos que debían satisfacer los búlgaros del Volga no duraron mucho tiempo; Bulgar se liberó muy pronto de ellos, convirtiéndose en el emporio comercial más importante para el comercio entre el mar Báltico, siguiendo la ruta del Volga, hasta el mar Caspio, Persia y Asia central. Con la destrucción del debilitado reino de los jázaros, los pechenegos —nuevos, intranquilos y peligrosos vecinos del principado de Kiev— vieron abiertas las puertas de la zona esteparia al norte del mar Negro, mas, como tantas otras veces a lo largo de la historia, esto no sólo reforzó, incluso desmesuradamente, la supremacía del principado de Kiev en el territorio eslavo oriental, sino que también la confirmó por encima de cualquier duda.

Antes de iniciar su campaña en Bulgaria, Sviatoslav ya había repartido el reino entre sus tres hijos. Yaropolk, el mayor, obtuvo Kiev; Oleg, el país de los drevlianos; mientras que Vladimiro, el más joven, habido de unas segundas nupcias probablemente con la hija del príncipe de los drevlianos, Mal, fue enviado a Novgorod en compañía de Dobrinia, tío materno y uno de los jefes

del séquito de Sviatoslav[2]. Por primera vez se hace evidente la forma de herencia que en el futuro provocaría la perdición del principado de Kiev: es decir, el derecho hereditario de todos los descendientes masculinos que provocaba necesariamente la partición de la herencia en partes cada vez más pequeñas. Al mismo tiempo puede observarse con claridad el papel fundamental desempeñado por los grandes jefes del séquito del príncipe, que a la muerte de Sviatoslav provocarían una lucha fratricida entre Yaropolk y Oleg; uno de los jefes del séquito de Sviatoslav incitó a los jóvenes príncipes. En todo esto debió de resultar fundamental las rivalidades existentes entre los propios jefes. Al morir Oleg en el año 977, Yaropolk y sus hombres intentaron al parecer restablecer el gobierno único, tal y como había existido en tiempos de Igor y Sviatoslav, y eliminar a Vladimiro en Novgorod. Pero éste, acompañado de su tío Dobrinia, huyó a Suecia, enroló allí un ejército de guerreros escandinavos y emprendió una campaña contra Kiev. De camino tomaron la fortaleza de Polock y exterminaron a la familia escandinava allí gobernante. Vladimiro obligó a Rogneda, hija superviviente del príncipe asesinado, Rogvolod (Ragnvald), a contraer matrimonio con él, siguiendo después su camino hacia Kiev, que fue tomada gracias a la traición. Los hombres del séquito de Vladimiro asesinaron a Yaropolk, se restableció el gobierno único y se aseguró además el camino que desde Novgorod, pasando por Polock y el río Beresina, conducía al país de los drevlianos y a Kiev. Más tarde Vladimiro entronizó al hijo habido de su matrimonio con la hija del príncipe de Polock, Iziaslav, como gobernador de Polock.

Apenas hubo tomado Kiev, el nuevo príncipe, de quien se dice, entre otras cosas, que era astuto y carecía de escrúpulos, se vio asediado por una serie de demandas procedentes de los guerreros escandinavos de su séquito, cuyo cumplimiento le habría costado la soberanía tan penosamente conquistada. Al parecer, envió a sus incómodos compañeros del norte a Bizancio, donde les aseguró que obtendrían ricas recompensas, y simultáneamente previno a Bizancio contra estos hombres. Si responde a la realidad el fondo de este relato del cronista, quedaría demostrada la reanudación de las relaciones con Bizancio; reanudación que también debía de interesar a Vladimiro. No obstante —como buen hijo de su padre en este aspecto—, no dejó reconocer ninguna intención de aceptar el cristianismo.

Resulta evidente que el dominio del príncipe de Kiev aún seguía siendo en aquella época problemático, y ello se desprende del hecho de que Vladimiro tuviera que someter en los años 981 y 982 a los viatiches, aquella tribu eslava oriental a la que a Sviatoslav tanto costó hacer tributaria; también los radimiches,

tribu de origen eslavo occidental, fueron subordinados en el año 984 a su soberanía. El sometimiento de los viatiches veinte años antes se había logrado al avasallar Sviatoslav a los búlgaros del Volga gracias a la conquista de su capital, Bulgar. Sin embargo, Vladimiro, que intentó hacer lo mismo en el año 985, no obtuvo ningún éxito, teniendo que dar por terminada su expedición con un tratado de paz. Estos hechos demuestran que la soberanía del príncipe de Kiev apenas estaba asegurada más allá del Desna, y que la vía de comunicación hacia Novgorod había sido el Beresina, pasando por Polock. Vladimiro, seguramente con la intención de asegurar esta vía de comunicación con el norte, atacó en el año 983 a los yatvigos prusianos, con quienes ya debió de existir anteriormente algún tipo de relación, pues uno de los legados que Igor envió a Bizancio en el año 944/45 era de este origen. En el año 981 Vladimiro también se enfrentó por primera vez con sus vecinos occidentales; en este caso intentó, al parecer, apoderarse de las fortalezas fronterizas (Przemys'l, Cerven, entre otras) existentes entre el curso superior del San y el curso superior del Bug septentrional. El origen de esta contienda nos es desconocido, pero es posible que Vladimiro intentara ganar terreno hacia Occidente, pues a través del territorio en juego cruzaban vías de comunicación hacia Bohemia; el territorio al pie de los Cárpatos, cuyo punto más importante era Cracovia, dependía en cierta medida de Bohemia; aquí estaba asentada la tribu polaca de los vislanes. Polonia, creada en la misma época que Kiev y que había alcanzado un poder considerable, conquistó, aproximadamente setenta y cinco años después de este acontecimiento, durante el gobierno de su primer duque histórico Mieszko I († 992) el territorio al pie de los Cárpatos (Pequeña Polonia), adentrándose así entre el reino de Kiev y Bohemia [3].

Una serie de fracasos en su política exterior contra el soberano búlgaro Samuel y los acontecimientos internos de Bizancio obligaron al emperador Basilio II (976-1025), que se encontraba en una situación apurada, a llamar en su ayuda a Vladimiro de Kiev en el año 987. Vladimiro le envió varegos de su séquito y consiguió salvarle. A cambio, naturalmente, exigió un precio muy elevado: el matrimonio con Ana, hermana «porfirogénita» de los emperadores Basilio II y Constantino VIII. Para conseguirlo, estaba dispuesto a aceptar el cristianismo. Mas, con su apasionado paganismo, del que tanto se ha hablado, parece ser que llegó a consumar un sacrificio ante las imágenes de los dioses erigidas por él. Pero el futuro matrimonio de una princesa imperial con el príncipe bárbaro pagano contó con la oposición de los diplomáticos bizantinos, y la boda se retrasó. Vladimiro recurrió a las

armas. Sitió y conquistó en el año 988 la colonia bizantina más importante de la costa septentrional del mar Negro, Querson (en ruso primitivo, Korsun') y consiguió que le enviaran a la princesa bizantina. Puede aceptarse como verídica la fecha y el lugar que la llamada *Historia del bautismo de Korsun'* nos facilita del bautismo de Vladimiro y su matrimonio con la princesa bizantina: el año 988 en Querson [4]. No cabe duda de que los primeros sacerdotes de Kiev fueron griegos; algunos quizá procedieran de Querson, e incluso también el primer obispo misionero. Se cuenta que ya en el año 989 Vladimiro no sólo ordenó suprimir de Kiev los ídolos, sino que también mandó construir una iglesia dedicada a la madre de Dios, para lo cual pidió la ayuda de arquitectos bizantinos. Las primeras imágenes sagradas, los iconos, debían de proceder también de Querson. Vladimiro asignó a esta iglesia —de la que se conoce su planta, mientras que la iglesia de San Elías, documentada en el año 944, aún no ha sido encontrada— la décima parte de sus ingresos, por lo que posteriormente se la conoció popularmente con el nombre de *desjatinnaja cerkov,* la «iglesia de los diezmos»; es ésta la primera construcción en piedra realizada en suelo de Kiev: una sencilla iglesia con cúpula en forma de cruz, de dimensiones discretas y con tres ábsides, decorada con frescos, mosaicos y un suelo de losas de colores [5].

La decisión de Vladimiro de aceptar el cristianismo ortodoxo tuvo consecuencias insospechadas. El príncipe de Kiev ingresó en la «familia de los reyes» cristianos de la Edada Media [6]. Y por su matrimonio con una princesa bizantina pasó a ocupar un lugar en el grupo más importante de los príncipes de su época. Ni siquiera el emperador occidental Otón el Grande había logrado para su hijo y corregente Otón II una princesa bizantina «porfirogénita», sino que tuvo que darse por satisfecho con una pariente colateral del emperador Juan Zimisces: ésta, sin embargo, la emperatriz Teófano, gobernó a la muerte de su esposo, desde el año 983 hasta el año 991, con energía, prudencia y habilidad, mientras que de Ana no se afirma en ninguna ocasión que ejerciera influencia política. Independientemente del gran prestigio que alcanzó la dinastía de los Rjuríkidas con esta unión, la aceptación del cristianismo ortodoxo fue de decisiva importancia para el futuro cultural del mundo eslavo oriental. A partir de mediados del siglo IX, es decir, desde la actuación de los «apóstoles de los eslavos», Constantino/Cirilo y Metodio, en Moravia, el mundo eslavo dispuso de un lenguaje eslavo eclesiástico propio. Este también llegó hasta Kiev, puesto que podía ser entendido por los conversos. Esto facilitó evidentemente la expansión de los textos cristianos originales (Nuevo Testamento, Salmos, partes del Antiguo Testamento), si bien es cierto que a la Rus' de Kiev sólo

llegaban los textos cuidadosamente escogidos por los misioneros ortodoxos (griegos y búlgaros), principalmente sermones y hagiografías, algunas crónicas griegas (Juan Malalas, Jorge Amartolo), así como textos jurídicos, principalmente de derecho canónico, escritos y poesías religiosos (Juan Damasceno, por ejemplo, y los difundidos escritos de Juan Crisóstomo, las leyendas de Barlaam y Josafat, de Digenis el Acrita y de Alejandro). Los eslavos no tuvieron noticia alguna de la literatura ni de la filosofía griegas, que incluso en Bizancio se seguían consultando al menos para mejorar el estilo artístico. Esta es la razón de que desde la cristianización hasta entrado el siglo XVIII el mundo de Rusia desconoce la continua polémica con el mundo de la Antigüedad, hecho tan característico de Occidente, con su lenguaje eclesiástico latino. La joven cristiandad eslava oriental, por el contrario, heredó de Bizancio su rechazo de todo aquello que proviniera del Occidente latino, en parte considerado como herético por la fe ortodoxa. También aceptó la discrepancia de opiniones superada totalmente en Bizancio tras las grandes luchas internas del siglo VIII en torno a la veneración de las imágenes (iconoclastia) entre la Iglesia estatal y su jerarquía, por una parte, y las órdenes monásticas ascéticas, por la otra, discrepancia que pronto se hizo perceptible en Kiev.

Aunque las fuentes aportan muy pocos datos sobre sus comienzos, la Iglesia de Rus' era una copia de la Iglesia griega-ortodoxa de Bizancio en todo lo que se refiere al dogma, culto, doctrina de la Iglesia, derecho canónico y organización[7]. No se conoce ningún detalle sobre la organización eclesiástica de sus principios. Hasta el año 1037 no se nombra el primer metropolitano en Kiev. Mientras tanto, es indudable que al mando de la joven Iglesia debía hallarse en un principio un obispo misionero, así como también que pudieron infiltrarse durante este período ciertas influencias occidentales —si bien éstas no lograron determinar o incluso cambiar de forma decisiva su carácter ortodoxo— y ciertos elementos de las ideas religiosas locales. Al aceptar el cristianismo ortodoxo ni Vladimiro, a quien la Iglesia ortodoxa de Rus' honró a partir del siglo XIII como santo, ni sus descendientes se sintieron obligados a depender políticamente de Bizancio; tampoco reclamaron nunca la soberanía sobre Bizancio, como hicieran los soberanos búlgaros y más tarde los servios.

La aceptación del cristianismo ortodoxo reforzó enormemente la posición de los príncipes de Kiev en el interior del país. En su calidad de soberano cristiano, de persona «ungida del Señor», el príncipe se elevó muy por encima de sus súbditos, su séquito y la nobleza de su misma familia. A su vez la Iglesia asumió el carácter de consejera, y más concretamente de colaboradora. Si

bien es cierto que la llamada «Ordenación eclesiástica de Vladimiro» data, en las versiones conservadas, con seguridad de tiempos posteriores, no cabe duda de que a partir del año 989 la Iglesia obtuvo un *status* privilegiado que no sólo alcanzaba al clero secular —monjes y monjas—, sino a todos aquellos que se encontraban a su servicio (las mujeres de los sacerdotes, las encargadas de hacer las hostias, los médicos y todo el personal de los hospitales, asilos y hospederías); además le fueron asignados determinados asuntos de la vida jurídica, ante todo el derecho conyugal y familiar e inclusive el hereditario, así como ciertos asuntos de la administración pública y de la jurisprudencia, como, por ejemplo, el control de las medidas y pesos y el cuidado de pobres y enfermos, extranjeros y peregrinos. No puede asegurarse que el control de las medidas y pesos fuera realmente una tarea primitiva de la Iglesia; pero lo cierto es que la vida del mercado se desarrollaba con frecuencia en torno a las iglesias; por otra parte, la iglesia de los comerciantes, y no sólo en la zona del mar Báltico, era al mismo tiempo el lugar en donde podían guardarse con seguridad las mercancías y el dinero, pues allí no sólo las defendían muros, puertas y cerraduras, sino el amparo y protección especiales que la autoridad principesca dispensaba al lugar sagrado. Finalmente el obispo Thietmar de Merseburgo, contemporáneo de Vladimiro, atestigua que en Kiev existían muchas iglesias y mercados; los menciona, pues, en estrecha relación. La iglesia era también el lugar en donde se guardaban las medidas y los pesos utilizados. Sus servidores, en su calidad de personas imparciales al margen de los asuntos terrenales, eran los más apropiados para controlar su exactitud. Al adjudicar Vladimiro a la Iglesia una décima parte de los derechos judiciales y de las ganancias del comercio, así como también un diezmo del ganado y de los cereales de la población rural de ella dependiente, y al concederle también más tarde, tanto él como sus sucesores, tierras y gentes, nacieron los bienes eclesiásticos, al principio valores en efectivo, más tarde, sin embargo, también terrenos con sus habitantes incluidos, sujetos todos ellos a la jurisdicción de la Iglesia, formando unas zonas de jurisdicción autónoma en las que regía el derecho eclesiástico de Bizancio codificado en el *Nomokanon.*

De esta forma penetraron en el reino de Kiev normas jurídicas hasta entonces desconocidas. La posición del príncipe como juez supremo se vio a su vez enormemente reforzada. Incluso en épocas de divergencia entre los príncipes y la población, en las que se llegaron a limitar todos los derechos de los primeros, nunca se puso en tela de juicio el derecho de los príncipes o bien de sus delegados a administrar justicia. Ello indica que se trataba de una

tarea reservada al príncipe desde los tiempos primitivos. No es, por tanto, sorprendente que las fuentes escritas más antiguas del reino de Kiev no sean las crónicas, sino las obras jurídicas: junto con la *Ordenación eclesiástica de Vladimiro* (y de su hijo Yaroslav), la *Russkaja Pravda* (Verdad o ley rusa), el libro jurídico ruso primitivo, cuyo texto más antiguo data de una época cercana al gobierno de Vladimiro. La codificación de los derechos de la Iglesia tuvo gran importancia para el derecho terrenal del príncipe, puesto que animó a codificarlo.

Naturalmente la *Russkaja Pravda* pertenece a los tiempos de los sucesores de Vladimiro. El personalmente, después de aceptar el cristianismo y mantener estrechas relaciones con Bizancio, se dedicó a asegurar la frontera sudoriental de su reino, en peligro por causa de los pechenegos. Aseguró sus fronteras construyendo una serie de fortificaciones, acerca de lo cual Bruno de Querfurt nos ofrece una expresiva descripción: con ocasión de un viaje a la corte del jan de los pechenegos fue acompañado por el propio Vladimiro hasta dichas fortificaciones [8]. La frontera, muy extensa y sólida, debió de constar de muros y fosos y poseer puertas celosamente vigiladas. En cualquier caso estaba en condiciones de rechazar o al menos de detener a los agresores. Vladimiro mandó fortificar de nuevo la propia Kiev. Sin duda la llamada «ciudad de Vladimiro», situada sobre una colina, no debía de poseer entonces una gran extensión, y el *posad* —colonia comercial por entonces aún abierta y situada a los pies de la fortaleza en la orilla del Dniéper—, si bien ya mostraba en tiempos de Vladimiro los gérmenes de una vida urbana, aún no había alcanzado tampoco gran extensión. El punto neurálgico de la vida eclesiástica era la Iglesia de los Diezmos en la «ciudad de Vladimiro», a la que se trasladaron en el año 1007 una serie de reliquias; aunque por aquel tiempo aún no estaba totalmente terminada, ya podía, sin embargo, ser utilizada.

Al igual que su abuela Olga, también Vladimiro retuvo bajo su soberanía directa el territorio de Novgorod, fijando a finales de siglo su residencia en el norte. Inicialmente se lo cedió a su hijo Viseslav, y a su muerte (1001) a Yaroslav, más joven e hijo también de Rogneda, la princesa de Polock; al parecer éste gobernó de un modo autónomo y no estaba dispuesto a subordinarse a Kiev. Como en su tiempo Vladimiro, también Yaroslav contrató guerreros escandinavos para luchar en el año 1014 contra sus hermanos. Otro hijo de Vladimiro, Sviatopolk, fue enviado en calidad de gobernador a Turov, junto al Pripet, nueva residencia principesca. En cuanto a sus hijos menores, Yaroslav obtuvo primero la ciudad de Rostov, situada muy al nordeste, pasando este territorio posteriormente, en el año 1001, a Boris;

Gleb obtuvo Murom, situada en la zona de asentamiento finesa; Sviatoslav había sido entronizado en el país de los drevlianos; Vsevolod, en Vladimir-Volinsk (en Volinia); Mstislav, en calidad de príncipe-gobernador, en la lejana Tmutarakan', en el estrecho de Kerch. Con esto queda delimitada el área de dominio de Vladimiro; a principios del siglo XI se añadieron los territorios al nordeste, desde Murom hasta Rostov, y los territorios al sudoeste, es decir, principalmente Vladimir-Volinsk y las «fortificaciones de Červen», que llegaban hasta el curso superior del San. Puede darse por seguro que también fueron alcanzados a comienzos del siglo XI por los colonizadores eslavos orientales, que venían del oeste, los territorios en torno a Rostov, geográficamente una isla de suelo fértil y étnicamente situada ya en territorio de la población finesa de los Mari [9]. Con Rostov y Murom, situada al sudeste, junto al río Oka, se había alcanzado la cuenca del Volga. Eran éstos los puntos más orientales que los eslavos orientales apenas consiguieron traspasar durante la Edad Media. Si bien Rostov fue colonizada seguramente desde el oeste por hombres procedentes del territorio de los eslovenos y de los criviches, la conquista de Murom se realizó por el sudoeste. Para ello era necesaria la subordinación previa de los viatiches y el afianzamiento del paso desde el curso superior del Don al curso superior del Oka. De ello se deduce que el principado de Kiev amplió su área de dominio en torno a Kiev, Chernigov y Perejaslav hacia el sudoeste y el nordeste y que los nuevos centros de su dominio comenzaron a ganar importancia.

Durante las luchas fratricidas establecidas entre los hijos de Vladimiro a raíz de su muerte, Sviatopolk, a quien Vladimiro había encerrado en Kiev, logró apoderarse de la misma. En este mismo año fueron asesinados Boris y Gleb. Ambos hermanos fueron considerados como víctimas piadosas e inocentes de su cruel hermano, y poco después gozaron de gran devoción popular como santos. Según la *Saga de Eymundar,* escrita en fecha posterior, aunque se ocupa de acontecimientos anteriores, Yaroslav tampoco quedó al margen de la muerte de Boris; sin embargo, en la tradición rusa primitiva Yaroslav aparece como vengador de ambos hermanos. La imagen que la tradición rusa primitiva ofrece de Yaroslav «el Sabio» (*Mudry*) ha sido conscientemente estilizada y no resulta, por tanto, muy fidedigna. Esta cuenta que también Sviatoslav fue perseguido y finalmente asesinado por Sviatopolk y que el príncipe vencedor había declarado que pretendía deshacerse de todos sus hermanos para convertirse en único soberano [10]. Pero Sviatopolk no pudo gozar durante mucho tiempo del triunfo sobre los hermanos que se habían convertido en peligrosos rivales suyos. En el año 1016 Yaroslav ocupó Kiev

con los guerreros que había conseguido en Escandinavia y desterró a Sviatopolk; éste huyó a Polonia. Estaba casado con una hija del duque polaco Boleslao I el Valiente (*Chobry*) y en el año 1018 logró convencer a su suegro —que tras largas luchas contra el rey Enrique II había firmado la paz en el año 1015 en Merseburgo y, por tanto, tenía las manos libres— para emprender una campaña contra Kiev; en esta campaña no sólo contó con la ayuda de un contingente auxiliar alemán, sino también con la de un obispo alemán, Reinbern von Kolberg, de origen sajón [11]. Naturalmente la ocupación de Kiev no fue duradera. Boleslao I se retiró y Sviatopolk huyó con los pechenegos, a quienes llevó como tropa auxiliar; en cualquier caso no consiguió expulsar a Yaroslav, muriendo finalmente en el exilio.

No obstante, la soberanía de Yaroslav aún no estaba asegurada; éste se vio en la necesidad de ceder temporalmente Kiev a su sobrino Briačislav Iziaslavič, de Polock, y no pudo evitar que Mstislav, de Tmutarakan', instaurara en la orilla izquierda del Dniéper una nueva zona de soberanía con centro en Chernigov. El intento de expulsar a Mstislav en el año 1024 con la ayuda de nuevos varegos escandinavos contratados, fracasó. En el año 1026 Yaroslav logró apoderarse por fin de Kiev y cerró con Mstislav un compromiso según el cual se repartirían las tierras. Mstislav obtuvo las tierras a la izquierda del Dniéper y al parecer Briačislav se retiró a Polock [12]. A raíz de la muerte de Mstislav en el año 1036 Yaroslav consiguió el poder supremo sobre todo el país; no puede, sin embargo, afirmarse con seguridad en qué medida alcanzó este poder al territorio de Polock.

No fue a partir del año 1036, sino ya durante la lucha por Kiev cuando Yaroslav se relacionó primero con soberanos y potencias del norte de Europa y posteriormente también con el Imperio, Polonia, Bohemia, Hungría y Francia. Debido a su planteamiento contrario al Occidente católico romano, las crónicas rusas antiguas informan muy poco sobre estas relaciones. En el año 1019 desposó a la hija del rey Olaf de Suecia, Ingigerd-Irene († 1050), sobre cuya importante posición en la corte de Kiev hablan las sagas nórdicas. En su lucha por Kiev se enfrentó con el suegro de su hermano Sviatopolk, el duque Boleslao I el Valiente de Polonia, y las disputas por el territorio de las fortificaciones de Červen, en la zona limítrofe entre Polonia y el reino de Kiev, se prolongaron durante mucho tiempo, coronadas por éxitos alternativos. A la muerte de Boleslao I (1025) Yaroslav se alió políticamente con el emperador Conrado II (1024-1039) para luchar contra el hijo de aquél, Mieszko II, y a la muerte de éste (1034) a favor de su hijo Casimiro I, renovador de la autoridad ducal en Polonia. Conrado II y Yaroslav contribuyeron al regreso

del duque de Polonia, que se había refugiado en el Imperio, y Yaroslav le dio como esposa a una hermanastra suya mucho más joven que él, mientras que para su hijo Iziaslav consiguió la mano de la hermana de Casimiro, Gertrudis. Al descender la madre de Casimiro, Richenza, por parte de padre, de la familia de los condes palatinos de la Lorena, emparentada con los carolingios, y al pertenecer por parte de madre y en calidad de sobrina carnal del emperador Otón III a la casa imperial de los Otones, la dinastía de Kiev también se emparentó con las dos dinastías más nobles del mundo occidental. Por tanto, no debe sorprender que en el año 1042 Yaroslav intentara desposar, aunque no lo consiguiera, a una de sus hijas, Ana concretamente, con el heredero del Imperio, el joven rey Enrique III. En cambio, para su hijo Sviatoslav consiguió una esposa perteneciente a la más elevada nobleza sajona. Ana fue desposada finalmente en el año 1043 con el rey Enrique I de Francia, y otra de sus hijas, Anastasia, se casó en el año 1046 con el rey Andrés I de Hungría, mientras que Isabel ya estaba casada desde el año 1043 con el rey Harald Hardraade (el Despiadado) de Noruega. Esta política matrimonial refleja las ambiciosas aspiraciones políticas del príncipe de Kiev.

Tras varias décadas de relaciones pacíficas con Bizancio, Yaroslav ordenó que su hijo Vladimiro marchara acompañado de una poderosa tropa en contra del Imperio oriental. No están claras las motivaciones de semejante decisión; el intento, sin embargo, no tuvo éxito. Antes del año 1052, tras la reconciliación con Bizancio, se celebró la boda de su hijo Vsevolod con una pariente (¿hija o sobrina?) del emperador Constantino IX Monómaco. Esta unión fue especialmente resaltada por la tradición rusa posterior. El Emperador bizantino, así se dijo más tarde, envió al príncipe de Kiev a su hija con una corona. De hecho en el Gran Ducado de Moscú se utilizó un «bonete de Monómaco» como signo de autoridad. En realidad en este caso se trataba de un suntuoso casco de oro procedente de Egipto, que el jan de los tártaros regaló en el siglo XIV al Gran Duque Iván I Kalita.

El príncipe de Kiev, gracias a sus uniones con las familias más nobles del norte, de Occidente y de Bizancio, había entrado a formar parte de la «familia de los reyes» que regía los destinos de la Europa medieval. Sin embargo, no por ello estaba dispuesto a dejarse influir en su libre determinación, y ello queda demostrado con el nombramiento de un monje ruso primitivo, Hilarión, como metropolitano de Kiev, sin contar con el consentimiento del patriarca de Constantinopla (1051). Queda también testimoniado el respeto que debió gozar Yaroslav en su país con la inscripción realizada por una mano poco hábil en el revoque de una columna de la catedral de Santa Sofía de Kiev, en

la que se decía que el 20 de febrero (1054) había muerto «nuestro zar»[13]. El autor de esta inscripción, quizá un sacerdote de la propia iglesia, daba con ello a su señor el título que las fuentes escritas tan sólo concedían a los emperadores bizantinos y a los soberanos de los reinos nómadas orientales. Yaroslav en persona ordenó que en el cuadro de la catedral de Santa Sofía, conservado parcialmente, pero que se conoce gracias a antiguas descripciones, se le pintara tanto a él como a su familia con vestimentas y ademanes similares a los del emperador. El sarcófago de mármol blanco en el que fue enterrado también imitaba a los suntuosos sorcófagos imperiales de Bizancio; testimonio de una conciencia individual que de esta forma ha quedado evidentemente aislada.

La tradición posterior dio a Yaroslav el apodo de «el Sabio» (*Mudry*). Con ello se da a entender que su importancia no se limita únicamente a sus hazañas bélicas y a sus éxitos políticos, sino también a su preocupación por el desarrollo cultural de su país. Convirtió a Kiev en una residencia que correspondiera al poder político del príncipe, rodeó la ciudad con una muralla en la que, siguiendo el modelo de la ciudad imperial de Bizancio, mandó construir una Puerta Dorada con una pequeña iglesia consagrada a la Virgen. Fundó un monasterio masculino, eligiendo como patrón a San Jorge, nombre que había adoptado al bautizarse, y otro femenino, el de Santa Irene, nombre de pila de su mujer Ingigerd. Parece ser que alentó personalmente a los eclesiásticos y a los monjes, propuso la traducción de obras griegas al eslavo y promovió la educación de sus súbditos. El metropolitano Hilarión, elegido por el propio príncipe, hombre formado en la cultura griega, dejó al morir una serie de escritos, entre ellos el famoso *Sermón sobre la Ley* (es decir, el Antiguo Testamento) *y sobre la Gracia* (el Evangelio de Cristo), que contiene una alabanza de Vladimiro, padre de Yaroslav, y en el que puede reconocerse la formación y visión del mundo de este primer patriarca eslavo oriental[14]. La creación artística alcanzó su primer apogeo durante el reinado de Yaroslav en la catedral de Santa Sofía, que, al igual que su modelo bizantino, estaba consagrada a la sabiduría divina. Esta iglesia de cruz griega, con cinco ábsides y galerías abiertas con arcadas en los lados norte, sur y oeste, fue ornamentada con ricos mosaicos, entre los que la imagen de la Virgen rezando sobre el ábside principal se aproxima en calidad a los modelos bizantinos[15]. La catedral de Santa Sofía se convirtió en el modelo de la catedral de Santa Sofía de Novgorod, comenzada igualmente durante el reinado de Yaroslav, y de la catedral del Salvador en Chernigov, mandada construir por Mstislav. Los artistas bizantinos que habían llegado a Kiev

se rodearon ya durante los trabajos realizados en la catedral de Santa Sofía de discípulos nativos, naciendo de esta forma a partir de mediados del siglo XI un arte que, si bien estaba muy influido por sus modelos bizantinos, no carecía de un carácter peculiar.

A Yaroslav y a su época se atribuyen dos importantes obras jurídicas: la llamada *Ordenación eclesiástica (Ustav) de Yaroslav* y la redacción más antigua del derecho ruso primitivo, la *Russkaja Pravda*[16]. La *Ordenación eclesiástica* se compone de apéndices y perfeccionamientos de las disposiciones de la época de Vladimiro, principalmente prescripciones sobre la vida conyugal y familiar y limitaciones de los castigos por delitos contra el derecho conyugal canónico, así como la regulación de la competencia y alcance de la justicia eclesiástica (episcopal) sobre el círculo de personas sujetas a su jurisdicción. Un artículo, que seguramente ya pertenecía a la primera redacción, alude a la inmunidad: «Pero en aquello que hacen las gentes de la Iglesia y de los conventos no deben inmiscuirse los funcionarios del príncipe (tiuny = magistrados), sino que esto queda administrado por los funcionarios del obispo, y sus bienes a falta de heredero recaen sobre el obispo». De esta forma se alude también a la ya existente organización eclesiástica, que abarcaba, junto al metropolitano de Kiev, también a los obispos. Es posible que Novgorod ya existiera en tiempos de Vladimiro como sede episcopal: Chernigov y Belgorod, fundadas por Vladimiro, también se mencionan desde muy antiguamente como sedes episcopales. A partir de las disposiciones de la *Ordenación eclesiástica* no resulta difícil adivinar en qué medida la elaboración progresiva de la organización eclesiástica y el incremento de las propiedades de la Iglesia modificaron también las relaciones sociales, independientemente del hecho de que llegaran o se formaran en la Rus' nuevos grupos sociales, como es el caso de los artesanos ocupados en la construcción de iglesias y en el arte eclesiástico. También la población campesina que trabajaba para la Iglesia gozaba de una serie de privilegios, si bien, como más tarde se vio, también se recurrió a ella para satisfacer las cargas e impuestos exigidos por el príncipe. Sin embargo, no estaba subordinada a los jueces elegidos por el príncipe. Esto provocó posteriormente que los campesinos buscaran la protección de los señores eclesiásticos, tenidos por más suaves.

La *Russkaja Pravda* ofrece en su texto más antiguo una primera visión de las relaciones sociales de la Rusia primitiva de mediados del siglo XI. Evidentemente sólo podía reflejar una parte de estas relaciones, a saber, las de aquellos grupos sociales para los que estaban pensadas las disposiciones de la redacción más antigua del códice. Simplemente la introducción del rescate de sangre (*vira*), concebido como contribución expiatoria en lugar de la

venganza, hasta entonces tan practicada —si bien subsistió en determinados y estrechos círculos familiares—, es prueba de que el príncipe de Kiev reclamó y consiguió para su persona las funciones de juez supremo, y de que las autoridades —que desde finales del siglo anterior eran cristianas— se hicieron cargo de la seguridad pública y del orden. En la *Russkaja Pravda* los guerreros del séquito, que en parte eran escandinavos, obtuvieron ciertos privilegios; sus vidas y sus propiedades estaban protegidas por rescates de sangre más elevados [17]. Al principio este séquito (en ruso primitivo, *družina*) aún estaba formado por un grupo homogéneo de «gentes del príncipe». Más tarde se dividió en dos grupos, una «vieja guardia» (*staršaja družina*), que comprendía a los «grandes boyardos», nobles poderosos y ricos, con séquitos propios, y una «joven guardia» (*mladšaja družina,* denominada posteriormente también «hijos de los boyardos», *deti* y *deti bojarski*), que se componía de guerreros que entraban al servicio del príncipe individualmente. Una serie de juramentos unían entre sí al séquito y al príncipe. A menudo el pago, manutención y acomodo de los séquitos originaban una serie de campañas militares en busca de botín; seguramente no existía aún en el siglo X ni incluso en el siglo XI la donación de tierras a los séquitos, puesto que ello habría estado en contradicción con la propia naturaleza de la *družina.* Aunque algunos miembros de la «vieja guardia» fueran enviados en calidad de gobernadores del príncipe a las distintas provincias del reino, pocos se establecieron allí de forma duradera. Los séquitos y los jefes de los séquitos se convirtieron en consejeros, educadores e incluso custodios de los hijos de los príncipes a los que se asignaban sedes principescas. Por ello desde muy pronto se originaron luchas competitivas entre los jefes de séquito, cuya influencia dependía del poder y del prestigio del príncipe a quien servían. No cabe duda de que entre los miembros de los dos séquitos había, junto con escandinavos y eslavos orientales, miembros de tribus finesas y bálticas.

Debemos diferenciar claramente estos séquitos, que constituían un verdadero ejército reclutado y mantenido por el príncipe a término fijo, del reclutamiento general (*opolčenie*) por el príncipe de toda la población masculina libre y armada, clasificada siguiendo el sistema decimal (unidades de cien, mil hombres), cuyo origen nos es desconocido [18]. No está claro si este reclutamiento constituía un resto de la organización tribal, que temporalmente había perdido importancia debido a las especiales condiciones del primitivo principado de Kiev, ganándola de nuevo en el nuevo Estado en formación. En cualquier caso este reclutamiento com-

prendía a la población masculina libre y armada, por la que debe entenderse principalmente a la gran masa de campesinos.

Ningún otro problema ha sido tan discutido por la investigación rusa y soviética como la relación existente entre los príncipes y el estamento social superior, por un lado, y los campesinos, por el otro [19]. En tiempos primitivos, los señores eslavos orientales ya habían ejercido seguramente desde sus fortalezas una especie de soberanía sobre la población que cultivaba la tierra y vivía en un determinado contorno. A raíz del nacimiento del reino de Kiev ya se mencionan, principalmente en los registros jurídicos, distintos grupos de población campesina, cuya situación jurídica y real resulta difícil de fijar y delimitar. Casi puede asegurarse que el grupo más numeroso, los *smerdy,* eran campesinos libres que en el reclutamiento general servían como escuderos. En la medida en que también tenían que pagar impuestos, por ejemplo derechos judiciales, era el príncipe en calidad de soberano y juez supremo o bien sus delegados quienes les llamaban a filas. No puede afirmarse si este campesinado libre ya estaba incluido en determinados distritos en los siglos X y XI. La palabra «soberanía» (*volost', vlast'*) se refiere en las crónicas sólo posteriormente a un determinado distrito territorial. Desde luego existían unidades administrativas que seguramente tenían su origen en las intervenciones de los príncipes: distritos fiscales que, como informa la princesa Olga, eran «apartados» para los príncipes del resto del país. En su denominación (*pogost'*) se esconde la raíz *gost'* (huésped): los impuestos que debían satisfacer estaban relacionados con el hospedaje, recepción y manutención del príncipe o bien de sus comisionados, que en una época de intercambios naturales principalmente revestía gran importancia. Esta recaudación de impuestos, denominada en una fuente bizantina *poljud'e* y realizada por el propio príncipe o por sus comisionados, fue completada con la creación de colonias oficiales habitadas por personas dependientes del príncipe y que se ocupaban de determinados oficios (herreros, alfareros), de la ganadería y de la cría caballar, de la caza y de la pesca, de la cría de castores y de las abejas de los bosques.

Seguramente la creación de semejantes colonias oficiales provocó una serie de modificaciones en la imagen colonizadora, al menos en aquellos lugares en donde la soberanía principesca logró establecerse desde muy pronto también en el campo. Esto sucedió principalmente en el norte, donde también está mejor documentada la situación agraria. Allí, en torno a una corte o incluso a un centro de recaudación de impuestos (denominado *selo* = pueblo), surgieron unas asociaciones rurales que incluían a una serie de colonias (*derevnja* = pueblecito, pequeña colonia).

La Iglesia también colaboró con su organización a esta penetración y transformación rural, construyendo en los pueblos primero una capilla y más tarde una iglesia que se convertía en centro de la feligresía, tal y como está documentado en el norte [20]. Las fuentes no nos indican con claridad en qué medida estos vasallos del príncipe eran socialmente semilibres o esclavos. Pero sí está comprobado que existieron dichas relaciones de dependencia (servidumbre por deudas, prestaciones de servicio a cambio de protección, trabajo para un señor por contrato y seguramente por un tiempo delimitado). Si bien es cierto que existió la esclavitud en el sentido estricto de la palabra, también lo es que los esclavos (*raby, cholopy*) prisioneros de guerra o gentes que por cualquier otra circunstancia se veían privadas de su libertad, formaban un grupo más entre otros muchos dentro de esta amplia clase social baja. Durante la Edad Media, con su escasa población y sus gigantescos espacios, resulta inadecuado emplear el concepto de «masas», tal y como viene haciendo irreflexivamente la investigación soviética.

Los campesinos que tras la introducción del cristianismo estaban subordinados a propietarios eclesiásticos formaban un grupo independiente. Es posible que la expresión rusa empleada posteriormente con carácter general para designar a los campesinos (*krest'janin*, de *christianin* = cristiano) se refiriera antiguamente a los campesinos asentados en territorios de la Iglesia y que trabajaban para la iglesia o para el convento en cuestión, a los vasallos de la Iglesia que normalmente también debieron ser aquellos que antes aceptaron el cristianismo, pues éste se propagó con mucha lentitud entre la población campesina.

Formaban a su vez un grupo especial aquellos que las fuentes denominan *izgoi* [21]. La palabra designa realmente a aquel que ha sido expulsado o excluido de un determinado contexto social (familia, comunidad). Podía tratarse de campesinos de una colonia que habían roturado un trozo del terreno boscoso circundante y se habían asentado allí; o bien de aquellos que habían sido expulsados de sus familias; un *izgoi* podía ser el hijo de un príncipe cuyos parientes le habían expulsado y despojado de su herencia; pero los *izgoi* también eran gentes empobrecidas de la más variada procedencia que erraban como mendigos por el reino. Todos ellos cayeron bajo la custodia de la Iglesia y de su jurisdicción.

El nacimiento de las ciudades provocó los cambios más duraderos en la vida social de la Europa oriental [22]. Durante la prehistoria y la protohistoria ya existieron en el territorio de la Europa oriental, que únicamente conocía ciudades en el sur, en torno al mar Negro, centros comerciales, emporios temporal o asiduamente concurridos. Estos se hallaban situados por regla ge-

neral cerca, y a veces a los pies, de colonias fortificadas construidas en lugares elevados o bien protegidos, la mayoría de las veces directamente por el río o el mar por el que se desarrollaba el comercio. Junto a estos emporios, cuyos visitantes eran por regla general comerciantes que venían desde muy lejos, existían los «centros industriales no agrarios», a partir de los cuales la artesanía y la industria abastecían con sus mercancías a un reducido ámbito. Los comienzos del nacimiento de las ciudades, que la investigación soviética hizo remontar durante mucho tiempo al siglo VII u VIII, en la mayoría de las colonias urbanas de la Rus' no pueden datarse en una época anterior al siglo X [23]. Estas colonias, denominadas *podol* (y posteriormente *posad*), que al principio estaban poco o nada fortificadas y carecían de orden, tuvieron muy pronto, junto con un mercado, almacenes para las mercancías, casas para la población fija, talleres, albergues e iglesias, como la iglesia de San Elías en Kiev, que según ha podido confirmarse se encontraba en el *podol.* En Kiev, capital del reino, el *podol* se hallaba situado junto a la orilla del Dniéper, mientras que las llamadas «ciudad de Vladimiro» y «ciudad de Yaroslav» —mucho mayor y situada al lado de aquélla— estaban situadas sobre unas colinas de la orilla alta del Dniéper. Los diferentes barrios nunca llegaron a fundirse por completo en una sola unidad. En Novgorod el río Voljov separaba las sedes del príncipe y del obispo, el «lado de Santa Sofía», llamado así por la catedral de Santa Sofía (también *detinec,* es decir, fortaleza), situada en la orilla derecha del Voljov, del «lado comercial» en la orilla opuesta. Tampoco en Polock formaban una sola unidad la colonia comercial y la fortaleza. Junto a éstas y otras muchas colonias urbanas nacidas por regla general en centros comerciales o bien en el centro del territorio de alguna tribu, surgió a partir del siglo X, una vez consolidada la soberanía de la dinastía de Kiev, la ciudad dotada de una fortaleza y fortificaciones fronterizas, pero también de un centro administrativo, económico y eclesiástico, como es, por ejemplo, el caso de Belgorod, sobre cuyo sorprendente tamaño ofrecen testimonio las excavaciones, o bien Grodno, que aunque no era tan grande fue construida por la misma época siguiendo un plan común, tal y como lo han revelado los hallazgos arqueológicos.

Apenas si se sabe algo con exactitud sobre la diferenciación social de los habitantes de estas colonias urbanas, en especial de los pequeños centros artesanales e industriales. Es indudable que en los grandes centros comerciales el comercio con el exterior revestía gran importancia y que, por consiguiente, los que comerciaban con países lejanos formaban uno de los grupos de las clases dirigentes. Los contratos griegos de la primera mitad

del siglo x permiten reconocer el porcentaje de varegos existente dentro de este grupo. Las clases dirigentes estaban formadas tanto por los grandes «boyardos» al servicio del príncipe, que habitaban en las ciudades, como por los obispos y los sacerdotes de las nuevas iglesias que vivían también en las ciudades desde la cristianización y creación de una jerarquía eclesiástica, mientras que los conventos formaban células con vida propia. A esto hay que añadir una nueva capa social baja, formada por la servidumbre del príncipe, los artesanos no libres y los exponentes de otros oficios serviles que se habían trasladado a las ciudades. Los guerreros del séquito del príncipe formaban un grupo aparte, y desde los orígenes de las colonias urbanas se diferencian claramente de los restantes vecinos. Las grandes ciudades —Kiev, Novgorod, Chernigov, Polock y Rostov, entre otras muchas— mostraban una clasificación social mucho más variada que las otras localidades pequeñas, tan abundantes. Aquí la artesanía y el comercio local debían de ocupar un puesto destacado. En general, según lo que de ellos hemos sabido, los habitantes de las grandes ciudades algunas veces tuvieron que ponerse a la defensiva contra las arbitrariedades de los hijos de los príncipes en las luchas fratricidas encaminadas a conseguir el poder y en particular contra los mercenarios a sueldo y sus jefes, si bien aún no se habían organizado en uniones gremiales propias, como sucedió a partir de la decadencia del poder de los príncipes de Kiev, es decir, a partir de la segunda mitad del siglo xi. Las colonias urbanas, y en especial las medianas y las más pequeñas, no estaban separadas ni jurídicamente ni de hecho de la campiña a no ser por una fortificación que por regla general sólo aislaba a las fortificaciones fronterizas, las capitales y las cortes fortificadas principescas de sus alrededores. A los observadores extranjeros que venían del norte y de Oriente les llamó la atención el gran número de dichas colonias urbanas, «centros industriales no agrarios» (H. Ludat); por esta razón los escandinavos denominaban al reino de Kiev «reino de las fortificaciones» (*Gardariki*).

III. *El reino de Kiev entre el centralismo y el federalismo. (De mediados del siglo XI a mediados del siglo XIII)*

La historiografía rusa y soviética denomina al período que se inicia a la muerte de Yaroslav (1054) la época de los principados independientes o *udel* (*udel* = parte) o, en terminología marxista, de la «descomposición feudal». Después de la discusión entablada en los años 1950-1951 sobre la periodicidad de la historia y la de-

limitación del «feudalismo» con respecto a la «formación» social anterior —el período de la «democracia militar» de la época tribal— y a la época posterior del «capitalismo», el concepto de «feudalismo» en el lenguaje de la historiografía soviética apenas conserva ya un contenido histórico concreto, sino que se pierde en fórmulas vacías seudohistóricas [1]. Por ello no podrá hablarse ni de «descomposición» ni de «feudal». El nacimiento y consolidación de los *udel,* el primero de los cuales debe considerarse Polock, situado en el curso superior del Dvina, significa ante todo la toma de poder sobre las gigantescas extensiones de la Europa oriental de la dinastía de los Rjuríkidas. Es a partir del siglo XI cuando la soberanía principesca se adentra en zonas que hasta entonces sólo habían sido alcanzadas superficial o marginalmente.

Esto se hizo evidente cuando en el año 1054 los hijos de Yaroslav se repartieron el reino. Mientras que Iziaslav, hijo mayor, unió bajo su mando a la parte central del reino, Kiev, Novgorod y el antiguo país de los drevlianos con Turov y Pinsk, Sviatoslav se hizo cargo de la sede principesca de Chernigov, con la ciudad de Murom, situado más hacia el norte, y a la muerte de Vladimiro, otro de los hermanos, también del lejano Tmutarakan', es decir, en esencia del territorio que Matislav, hermano de Yaroslav, había tenido a su cargo hasta el momento de morir (1036). Vsevolod se convirtió a su vez en príncipe de Perejaslav y Rostov, mientras que Igor obtuvo su sede en Vladimir-Volinsk, y Viačeslav en Smolensko, ciudad importante en el curso superior del Dniéper. La expansión hacia el sudoeste, en la zona limítrofe con Polonia, ya había sido iniciada por Vladimiro el Santo. Con la creación de una sede principesca en Vladimir comenzó el desarrollo de esta zona fronteriza situada entre el curso superior del Pripet y la vertiente septentrional de los Cárpatos zona que en el siglo posterior llegaría a alcanzar una importancia política considerable. Con la creación de una sede principesca en Smolensko, este importante centro comercial situado en el paso de la cuenca del Dniéper al curso superior del Dvina se convirtió en el punto neurálgico de una zona de dominio que muy pronto alcanzaría también un especial peso político propio. Es ahora cuando por primera vez se incluye en el área de dominio de la dinastía de los Rjuríkidas el territorio intermedio situado entre la zona de Novgorod y las zonas marginales del área de Kiev. Naturalmente todos los principados nuevos o ya existentes tendían a aflojar sus vínculos o incluso a independizarse de la sede central. Estas manifestaciones, que ya se habían percibido en Novgorod cuando Vladimiro el Santo y más tarde Yaroslav residían allí en calidad de gobernadores de sus respectivos padres, y que también se evidenciaron en Polock, se generalizaron cuando el poder real del

príncipe residente en Kiev disminuyó e incluso se puso en tela de juicio.

Simultáneamente se hizo patente que los centros comerciales, industriales o de comunicación creados o convertidos en grandes centros económicos de importancia a partir del siglo x, en torno a los cuales se había reunido una población ya diferenciada socialmente, no estaban dispuestos a someterse incondicionalmente y sin oposición a los príncipes. Los intentos —atribuidos al siglo x y comienzos del siglo XI— de la población de estas colonias urbanas de crear un *Veče* o «asamblea popular» pertenecen, no obstante, casi con seguridad a la segunda mitad del siglo XI. Y es precisamente en esta época cuando se produce una grave crisis en el principado de Kiev.

Según nuestras noticias, los primeros quince años después de la muerte de Yaroslav, durante los cuales gobernó el «triunvirato» de los hermanos Iziaslav, Sviatoslav y Vsevolod, transcurrieron sin grandes problemas internos. La crisis se desencadenó al aparecer en las estepas del norte del mar Negro un pueblo de jinetes nómadas del interior de Asia hasta entonces desconocido, los polovcianos o cumanos, y ser derrotado el ejército que al mando de Vsevolod fue enviado a su encuentro (1061). Este debilitamiento del «triunvirato» fue al parecer el origen de las luchas internas entre los diferentes sobrinos y los «triunviros», durante las cuales el ataque de Vseslav, príncipe de Polock, a Novgorod amenazó la posición del hermano mayor, Iziaslav, en Kiev. No obstante, con la captura y encarcelamiento del príncipe de Polock en Kiev (1067) el peligro pareció alejarse. Un año más tarde los cumanos invadieron de nuevo los territorios al sudeste del reino. Los «triunviros» sufrieron en el Alta una derrota desastrosa. Iziaslav y Vsevolod huyeron a Kiev, Sviatoslav a Chernigov.

En aquellos momentos de peligro mortal para la capital del reino, el *Veče* de la población de Kiev actuó activamente, y se dispuso a contribuir también al futuro de la ciudad. Dicha contribución a las relaciones políticas se manifestó durante la primera mitad del siglo XI, en 1015-1016 en Novgorod y en 1024 en Kiev, pero quedó delimitada a posibles polémicas con el séquito principesco o con un intruso, y a los dos centros más importantes del reino. En los años 1068 y 1069 el *Veče* o asamblea de los kievitas decide por primera vez sobre la ocupación del trono del Gran Duque. Como primera medida se desterró a Iziaslav y se libertó a su sobrino Vseslav, encarcelado por el primero, entronizándole a continuación. Al regresar un año más tarde el príncipe desterrado con tropas de su suegro, el duque Boleslao II de Polonia, Vseslav huye a Polock, a su principado de origen, y los kievitas negocian con Iziaslav gracias a la mediación de Sviatoslav

de Chernigov; finalmente se someten, aunque Iziaslav organiza un severo tribunal de castigo contra los cabecillas de la rebelión. Toma medidas para controlar con más energía la vida económica de la ciudad y evitar movimientos políticos entre la población urbana. Por tanto, según puede deducirse de los acontecimientos de 1068-1069 en Kiev, el *Veče,* como órgano de la población urbana, aún no estaba capacitado para imponerse, ni siquiera para afirmarse, en contra del príncipe, de su séquito y de las tropas que éste había traído en su ayuda.

Poco más tarde (1071) Iziaslav fue nuevamente desterrado de Kiev, pero en esta ocasión los causantes de este segundo exilio no fueron los kievitas, sino sus hermanos Sviatoslav y Vsevolod. Los motivos de estas diferencias siguen sin estar claros, y los cronistas creen verlos en el supuesto imperialismo del nuevo príncipe de Kiev, Sviatoslav. Este parece haber sido también el motivo de las anteriores, simultáneas y posteriores querellas principescas, pues en muy pocas ocasiones pueden reconocerse motivos racionales para tan innumerables luchas, campañas y crímenes sangrientos entre hermanos, primos y sobrinos de la dinastía de los Rjuríkidas. Con todo, resulta evidente que tras los acontecimientos de 1068-1069, donde por primera vez aparece de forma activa el *Veče* de Kiev, el poder de los príncipes se debilita y que, al margen de los pasajeros períodos de estabilidad, no sólo se discute una y otra vez este poder, sino que incluso llega a ponerse en tela de juicio su efectividad, sin que a la vista del creciente número de émulos de la propia familia lograra afianzarse. Ello, por el contrario, ayudó a los habitantes de Kiev y de Novgorod, y muy pronto también a los de otras sedes principescas (Chernigov, Perejaslav, Polock, Smolensko y Rostov), a manifestar y también a imponer su voluntad en las querellas de los príncipes, logrando así el *Veče* de la población influir con mayor o menor intensidad según las condiciones existentes en cada caso. La disminución o simplemente la delimitación territorial del poder del príncipe provocada por las particiones de la herencia y el progreso de la población urbana, que convierte al *Veče* en su órgano central, condicionan a unos y a otros. Puesto que en el *Veče* se hallaba personificado el principio corporativo y el poder principesco se veía delimitado allí donde se imponía el *Veče,* se excluyen recíprocamente los principios corporativos y principescos de la estructura constitucional; con el tiempo esto se convirtió en una característica cada vez más importante de la vida constitucional rusa [2].

Gracias a sus exilios de 1068-1069 y de 1073-1077, Iziaslav pudo relacionarse personalmente con soberanos de Occidente [3]. Boleslao II de Polonia le ayudó en 1069 a regresar a Kiev. El

rey Enrique III, a quien conoció a finales de 1074-1075 en Maguncia, envió a Kiev al prepósito de la catedral Burchard de Tréveris, cuya hermana estaba casada con el príncipe Sviatoslav; éste, sin embargo, no logró conseguir nada. Entonces Iziaslav envió a su hijo Yaropolk a Roma para que se entrevistara con el Papa Gregorio VII, pero el protectorado papal —Yaropolk recibió una investidura formal del Papa— no tuvo ningún efecto político. Las estrechas relaciones que los príncipes de la dinastía de los Rjuríkidas mantenían por aquellos tiempos con la alta nobleza alemana, con Polonia, Bohemia y Hungría —el propio Enrique IV desposó a la condesa viuda Eufrasia-Adelaida de Stade, sobrina de Iziaslav— apenas tuvieron tampoco repercusiones políticas, siendo en cambio observadas con gran desconfianza por el alto clero ortodoxo del reino de Kiev, puesto que las relaciones de los miembros de la dinastía de los Rjuríkidas con Occidente resultaban más perniciosas que útiles, y ello no sólo por la definitiva escisión de la cristiandad en la Iglesia occidental y oriental (1054), sino también por la hostilidad hacia los latinos que Bizancio había logrado introducir en la joven Iglesia de la Rus'. Por otra parte, las fuentes rusas antiguas silencian cuidadosamente estas relaciones, de modo que nosotros no sabríamos nada de no habernos sido transmitidas por las fuentes occidentales.

Durante el segundo exilio de Yaroslav gobernó en Kiev su hermano Sviatoslav. Al morir éste a finales de 1076 le sucedió Vsevolod, que, sin embargo, se unió a Iziaslav al regreso de éste en el verano de 1077, tomando a su cargo el principado de Chernigov, herencia de su fallecido hermano Sviatoslav. A partir de este momento se sucedieron una serie de luchas con los sobrinos, en las que murió Iziaslav. Durante el siguiente período del reinado de Vsevolod —murió en 1093— abundaron estas luchas entre familiares, mientras que los enemigos exteriores, los cumanos, aprovechaban la debilidad y desunión del reino para llevar a cabo continuas expediciones en busca de botín; los intentos de detenerles fracasaron. Sviatopolk, segundo hijo de Iziaslav, que ocupó el trono de Kiev desde 1093 a 1113, sufrió inmediatamente después de tomar el gobierno una importante derrota contra los cumanos. Con el fin de asegurar su reinado, se casó con la hija del jan de los cumanos, sin que esta unión supusiera en modo alguno la tranquilidad. A finales del siglo XI (1097) se intentó por primera vez llegar a una reconciliación entre los primos y sobrinos en una reunión celebrada en el castillo de Ljubeč, junto al Dniéper, al norte de Kiev. A cada uno se le reconocería el territorio que dominaba como su «herencia paterna», su país hereditario (*otčina*). Este arreglo, sin embargo, no duró mucho tiempo, pues ya en este mismo año prosiguieron las luchas

internas, en las que destacó cada vez con mayor fuerza Vladimiro, un hijo de Vsevolod y de una princesa bizantina de la dinastía de los Monómacos, quizá porque parecía el más apropiado para restablecer la unión con Bizancio, relajada en los últimos decenios. También era, como narra la crónica, aquel a quien los kievitas declararon sucesor al morir Sviatopolk en el año 1113.

Vladimiro II, que cuando se hizo cargo del gobierno tenía ya sesenta años, devolvió al reino su prestigio cara al exterior, y en lo que respecta al interior logró unificar las divididas fuerzas. En la propia Kiev y en Novgorod la autoridad de Vladimiro fue indiscutida. Las fuerzas rebeldes que se agitaron en ciertos principados secundarios fueron rápidamente sofocadas. Sobre él se dijo posteriormente que había restablecido el orden, conseguido que se respetara la ley y logrado un *modus vivendi* con los pueblos vecinos de la estepa. Naturalmente se dio por definitivamente perdido el pequeño principado de Tmutarakan', ocupado ahora por los cumanos, que en el siglo de su creación había sido una avanzadilla muy alejada. Pero Vladimiro consiguió, en cambio, asegurar la frontera oriental de su reino hasta el punto de evitar posibles grandes daños ocasionados por sus intranquilos vecinos. Gracias a su primera esposa, Gyda, hija del rey Haroldo II de Inglaterra, había renovado las relaciones escandinavas de sus predecesores, mientras que sus segundas nupcias con la hija de un príncipe cumano aseguraron la paz en Oriente.

Lleva el nombre de Vladimiro II la *Instrucción* (*Poučenie*) dedicada a sus hijos e incluida en la crónica, una especie de *Espejo de príncipes* cuyos familiares literarios pueden encontrarse en la literatura europea de esta misma época, incluso en Inglaterra y España, y que prueba que la relación de la literatura rusa primitiva con Bizancio seguía siendo realmente estrecha[4]. La *Instrucción,* que contiene distintos datos biográficos de la vida de Vladimiro II, por lo que existen razones para suponer que el autor fuera alguien cercano al príncipe, expone su opinión sobre los deberes de un verdadero príncipe cristiano: piedad, justicia y valor. Queda en tela de juicio hasta qué punto respondía Vladimiro II a la imagen de príncipe cristiano descrita en la *Instrucción* y hasta qué punto era realmente un «príncipe digno de admiración», tal y como le considera el cronista.

El prestigio que consigió dar al principado de Kiev entre los restantes principados de la dinastía de los Rjuríkidas se prolongó también durante el breve reinado de su hijo mayor, Mstislav-Haroldo (1125-1132), a cuya muerte Kiev pasó a convertirse en la manzana de la discordia entre los diferentes primos y sobrinos de la dinastía de los Rjuríkidas. Estas aumentaron en intensidad

a mediados del siglo XII y lograron que el prestigio de la capital del reino disminuyera ininterrumpidamente.

La única ciudad que a la vista de este estado de cosas se liberó definitivamente de Kiev fue Novgorod[5]. Bien es verdad que la población de la ciudad ya había expulsado durante la segunda mitad del siglo XI a diversos príncipes. Fue de importancia decisiva que los vecinos de Novgorod supieran apoderarse del cargo de gobernador. Este cargo de gobernador (*posadnik*) no existía antes de comienzos del siglo XI, puesto que el propio príncipe era gobernador del príncipe de Kiev. Es aproximadamente en el año 1117 cuando se habla por primera vez de un acuerdo formal entre el príncipe y la ciudad; en 1132 el príncipe es expulsado y se ve obligado a concertar un nuevo acuerdo: en ambos casos se trata de la misma persona, un hijo del príncipe de Kiev, Mstislav-Haroldo. Los habitantes de Novgorod le ofrecieron un ejército, pero éste contenía un contingente propio al mando del gobernador elegido por ellos, a quien, por otra parte, destituyeron a raíz de una campaña fallida. Finalmente en el año 1136 el príncipe es expulsado de nuevo, y esta vez definitivamente. A partir de este momento los habitantes de Novgorod determinan quién va a ser su príncipe. Este nuevo «principado administrativo», cuyas condiciones son dictadas por los habitantes de Novgorod —el príncipe debe administrar justicia y garantizar la protección militar—, dejó de ejercer cualquier tipo de autoridad sobre la ciudad y su territorio cada vez más amplio y administrado por los órganos comunales. A partir de 1141 puede considerarse al *Veče,* la asamblea del pueblo, como el órgano superior de la población urbana. Se convocaba según las necesidades para decidir sobre asuntos de interés público, con lo que, evidentemente, la capa social superior ejercía una importante influencia. No faltaron las acciones ni las luchas entre los diversos grupos, a veces muy violentas. Los historiadores soviéticos las señalan frecuentemente como «luchas de clases» siguiendo el sencillo esquema marxista, sin que ello esté justificado, por no decir documentado, en todos los casos. La estratificación social no debía haber concluido en modo alguno en el Novgorod de finales del siglo XI y comienzos del siglo XII. Por el contrario, puede afirmarse que Novgorod ya comenzó a independizarse de Kiev durante el reinado de Vladimiro II Monómaco, que dicha separación partió de la población de la ciudad, que el *Veče* como institución procedió a la elección del príncipe y a su «nombramiento por contrato», así como a tomar decisiones relativas a la política exterior (guerra y paz), convirtiéndose en jefe del reclutamiento urbano a través del gobernador (*posadnik*). El príncipe quedó como órgano ejecutor supremo, encargado ante todo de la administración de la justicia,

aunque en un principio aún se siguió ocupando de la administración en general. Es a lo largo del siglo XIII cuando se va desarrollando un sistema comunal de administración. No obstante, con la separación de Kiev se había iniciado el camino que conduciría a una «ciudad-república». De esta forma, todo el noroeste del reino, inclusive la ciudad de Pskov, que dependía de Novgorod, y el gigantesco territorio en torno a esta última escaparon de la soberanía de Kiev.

Aunque en la capital del reino, Kiev[6], la población y su *Veče* lograron alcanzar temporalmente una influencia decisiva en lo referente a la elección del príncipe, establecer con él una serie de relaciones reguladas por acuerdos formales e incluso expulsar a príncipes poco populares o perjuros, la ciudad, con todo, no logró liberarse del dominio de los príncipes. El *Veče* no se reunía de forma regular, sino que se convocaba a discreción de los príncipes o por iniciativa de los kievitas, y celebraba sus sesiones en distintos puntos del territorio urbano, según las circunstancias existentes. No obstante, parece ser que también en Kiev existieron rudimentos de una jerarquía y una administración comunales, pues en cierta ocasión se menciona casualmente un distrito (*konec*), como los que existieron en Novgorod primero en número de cuatro y más tarde de cinco como subdivisiones comunales. A partir de 1132 se desencadenó una lucha por la soberanía de la capital del reino entre distintos miembros de la dinastía dominante, cambiando la ciudad numerosas veces de dueño y sufriendo así consecuencias políticas y económicas que determinarían la decadencia de Kiev. A esto deben añadirse diversos cambios en la situación general y económica: la inseguridad de las rutas comerciales a través de la estepa o siguiendo el curso inferior del Dniéper debido a los cumanos, la pérdida de Tmutarakan', importante punto de apoyo para el comercio, la penetración de los italianos, a partir de 1070-1080, los venecianos y posteriormente los genoveses, en el mar Negro y su posición dominante en el comercio con Bizancio, y finalmente la paulatina y lenta despoblación de los territorios fronterizos del principado de Kiev. Las fortificaciones fronterizas de los tiempos de Vladimiro el Santo comenzaron a derrumbarse, las colonias situadas al amparo de éstas fueron parcialmente abandonadas. El poder, prestigio e importancia del principado de Kiev quedaron a la zaga de los principados existentes al sudoeste y nordeste.

En el sudoeste del reino[7] nacieron dos nuevas potencias: por una parte, el antiguo principado de Vladimir-Volinsk, que durante las hostilidades de los príncipes estuvo durante mucho tiempo bajo la soberanía de Kiev, y, por otra, el más moderno y meridional principado de Galitzia, que bajo el mando de un nieto

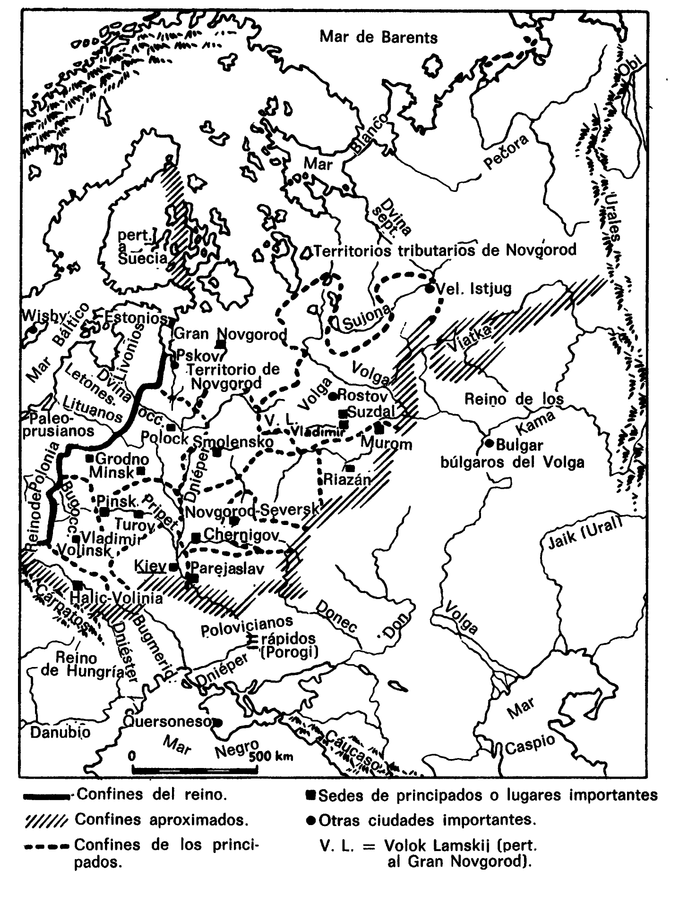


Fig. 2. El reino de Kiev en la segunda mitad del siglo XII.

de Yaroslav el Sabio, Rostislav, se trazó desde muy pronto su propio camino. No sólo la naturaleza del país, que junto a fértiles tierras de labor localizadas en los bosques de la vertiente septentrional de los Cárpatos y de Volinia ofrecía protección ante los ataques de los pueblos nómadas de la estepa, sino también su situación de paso crearon condiciones favorables para un progreso político y económico. El país estaba atravesado por importantes vías, como, por ejemplo, la «ruta alta», que conducía desde Europa occidental a través del curso medio del Oder y el curso alto del Vístula hasta Kiev, con una desviación hacia el mar Negro. De esta forma las ciudades se desarrollaron rápidamente: primero el centro septentrional del país, Vladimir-Volinsk, y luego, Luck, Dorogobuž y Danilov, Permeyšl (en polaco, Przemsyśl) —el centro meridional más antiguo—, Galič —que a partir de 1140 se convertiría en el centro del país—, Zvenigorod y Terebovl', entre otras. Los puertos de montaña de los Cárpatos, de fácil acceso, ofrecían una comunicación con los vecinos meridionales, los húngaros, mientras que la zona limítrofe occidental con Polonia estuvo durante mucho tiempo discutida. Pero este contacto con sus vecinos occidentales, a menudo poco amistoso, influyó en las relaciones políticas y sociales del país ya en el siglo XI y principalmente en el XII. Los príncipes, apoyados por su séquito de guerreros —que aquí se convirtió pronto en una nobleza terrateniente gracias a las crecientes donaciones de tierras—, pudieron sostener sin reserva su autoridad frente a las tentativas de independencia de la población urbana, también en este caso manifiestas. Durante la época del príncipe Román Mstislavič (1170-1205) se fusionaron Volinia y Galitzia en el año 1199; la repentina muerte del príncipe envolvió a los principados fusionados, durante una generación, en un período de disturbios en los que los pueblos vecinos también luchaban por quedarse con el botín.

El nordeste del reino de Kiev[8] pertenecía, al contrario que el sudoeste, a los territorios, documentados desde muy temprano por descubrimientos numismáticos y de poblados, así como por una serie de documentos escritos, de la colonización eslava oriental en las regiones boscosas, pobladas primitivamente por fineses, que conocían un comercio intenso desde el mar Báltico hasta el curso superior del Volga. Una isla de tierras de labor, fértiles y libres de bosques, entre Vladimir, junto al Kljaz'ma, y Perejaslav-Zalesski (al otro lado del bosque) ofrecía espacio suficiente para la colonización campesina; y la situación favorable para el tránsito favoreció el surgimiento de ciudades: Rostov, junto al lago Negro, Suzdal, Perejaslav-Zalesski y, finalmente, Vladimir, junto al Kljaz'ma, ciudad fortificada por Vladimiro II en el año

1108 y que bajo el reinado de su tercer hijo, Yuri «Dolgoruki» (Mano Larga), se había convertido en el centro político del país. Los vecinos de las ciudades más antiguas se organizaron del mismo modo que los de las restantes ciudades de la primitiva Rus', representando el *Veče* sus intereses. Al igual que en Novgorod, también aquí los boyardos ejercían una influencia política. Yuri Dolgoruki, que había heredado los principados de su padre Vladimiro II, supo ampliar sus dominios. Aseguró sus fronteras contra el reino de los búlgaros del Volga y fundó nuevas ciudades, entre ellas, y junto a Jur'ev-Polski, la ciudad de Moscú, que en el año 1147 era tan sólo una pequeña fortaleza de un boyardo, siendo edificada de nuevo en 1156 por Yuri. Participó en las luchas rivales en torno al trono de Kiev, del que se apoderó tres veces, la última de ellas por espacio de tres años (1154-1157), cediendo Rostov y Suzdal a su hijo Andrés «Bogoljubski», quien mandó construir no lejos de Vladimir un palacio imperial, Bogoljubovo, en cuya construcción participaron, a ruego suyo, arquitectos del reino de Federico Barbarroja, seguramente italianos del norte; éstos también participaron en la construcción de la iglesia de la Asunción (Uspenskij Sobor), que mandó construir Andrés en 1158-1161 para el icono bizantino de la Virgen con el Niño, sustraído de Vyšgorod en el año 1155, y ornamentaron la iglesia de San Demetrio, que con su armónico conjunto es uno de los monumentos arquitectónicos más impresionantes del país. Andrés rodeó a Vladimir de una muralla nueva y mayor en la que mandó incluir una «Puerta Dorada» con una pequeña capilla encima dedicada a la Virgen, siguiendo el modelo de Kiev. Su actividad en el campo de la construcción tuvo una importancia simbólica. Cuando sus tropas conquistaron en 1169 Kiev, entronizó a su hermano Gleb como príncipe-gobernador, permaneciendo él en Vladimir en calidad de «gran duque». Su intento de someter también a Novgorod (1170) y de unificar con ello el reino desde el nordeste fracasó. Una insurrección de los boyardos de Rostov y Suzdal le costó la vida en 1175. Su hermano Vsevolod III (1176-1212), a quien los cronistas denominaron el «Gran Nido», debido a sus muchos descendientes, desarrolló la misma política, si bien de manera más cautelosa.

También los principados de la zona central siguieron su propio camino, apenas obstaculizado por la dinastía de los Rjuríkidas[9]. Polock había llevado siempre una vida autónoma bajo la dinastía original de los Iziaslaviči, y sólo en 1101 fue dividido por primera vez en una serie de principados secundarios, entre los que Minsk alcanzó importancia como centro económico en el siglo XII. El intenso comercio que Polock desarrollaba en el siglo XII siguiendo el curso del Dvina hasta llegar al mar Báltico

permitió que los habitantes de la ciudad se defendieran enérgicamente contra todos los intentos de sus príncipes por determinar ellos solos los destinos del país. También Smolensko, en el curso superior del Dniéper, centro comercial de importancia para el comercio desde el mar Báltico hasta el mar Negro, siguió su propio camino. En el año 1096 rechazaron por primera vez los habitantes de Smolensko a un príncipe que no les agradaba. A partir de 1127 gobernó aquí un nieto de Vladimiro II, Rostislav, cuyos descendientes convirtieron a este principado en una unidad política independiente.

Así pues, a partir de la segunda mitad del siglo XI puede observarse en toda la extensión del reino de Kiev una territorialización. La central pierde importancia, las ciudades y los campos (*zemli*) o distritos (*volosti*) consiguen progresivamente una vida propia. Esto significa que también desarrollaban su propia política exterior. No es ya el «gran duque» el vínculo unificador —este título ya se afianza en este período, pero es a partir del año 1169 cuando se ve reclamado por los príncipes más poderosos—, sino realmente tan sólo la Iglesia [10]. A lo largo de los siglos XI y XII no se limitó ésta a desarrollar su jerarquía —la metrópoli de Kiev incluía en 1170 un total de diez obispados—, sino que también supo penetrar en el pueblo llano. Desde que Yaroslav el Sabio fundara en Kiev un monasterio para hombres, el de San Jorge, y otro para mujeres, el de Santa Irene, surgieron conventos por todas partes, el primero de ellos el famoso Kievskaja Lavra, en una cueva de Kiev. Fue la Iglesia quien exhortó, generalmente en vano, a los príncipes a que gobernaran en paz, quien despertó y mantuvo la conciencia de la unidad entre los habitantes de las distintas ciudades y territorios y la que formó definitivamente, gracias a sus cronistas, la conciencia histórica. La «Rus'», entendida como comunidad de todos los cristianos ortodoxos que vivían en el suelo del reino de Kiev, fue convertida por la Iglesia en denominación del territorio y del propio pueblo. Naturalmente también intentó proteger a los príncipes y al pueblo de ciertas influencias que provenían del exterior, especialmente de aquellas que procedieran del herético Occidente, desaconsejando todas las uniones matrimoniales políticas, como aquellas que la dinastía de los Rjuríkidas había contraído en los siglos XI y XII con casi todas las dinastías principescas de Europa.

La evolución social de este período se caracteriza por una progresiva diferenciación de la población y por la expansión del poder del príncipe, de la Iglesia, de los monasterios y de una capa cada vez mayor de nobles sobre la tierra y las personas. En las ciudades, territorios y regiones [11] aparecieron adeptos al príncipe, su séquito (*družina*) y sus siervos más íntimos, que de-

bían obediencia exclusiva a éstos, a cambio de manutención y remuneración. Los testimonios de las fuentes resultan, por supuesto, insuficientes y han sido muy discutidos. No está claro en qué momento surgieron las grandes propiedades de los nobles, los boyardos. Tampoco el concepto ni la denominación de «boyardo» poseen un origen claro. Con esta palabra se denomina a una capa social elevada de terratenientes que en su mayoría vivían en la ciudad y encargaban la administración de sus propiedades a otras personas (esclavos, siervos, quizás también arrendatarios libres o campesinos dependientes). Tampoco se sabe cómo surgió esta capa de terratenientes, si se trataba de una aristocracia establecida procedente aún de los tiempos primitivos o miembros del séquito del príncipe recompensados con tierras, o posiblemente de miembros de ambos grupos. En Novgorod, por ejemplo, junto a los boyardos también están documentados como miembros de la capa social más alta de la población los *ogniščane* (cortesanos) y los *gridba* (guerreros del séquito del príncipe), que se habían librado del servicio al príncipe, fundiéndose con los boyardos y los comerciantes ricos para formar la capa social homogénea de la aristocracia urbana. Las tierras que poseían fueron explotadas en su mayoría por esclavos o semilibres (*čeljad'*). Pero seguramente también trabajaban en las fincas de los príncipes y de la Iglesia campesinos que, si bien eran dependientes, no eran esclavos propiamente dichos. Los bienes de la Iglesia provenían del poder supremo del príncipe y gozaban de exención de impuestos y derechos judiciales, que en cambio los habitantes debían satisfacer a la Iglesia. Estos bienes fueron las primeras regiones que gozaron de inmunidad en la Rus'. En suma puede observarse que a lo largo de los siglos XI, XII y XIII las comunidades campesinas libres sufrieron una dependencia cada vez mayor debido a la expansión de las grandes propiedades, dependencia que al principio era solamente de naturaleza económica, pero que terminó por delimitar la libertad personal. Por otra parte, mejoró la situación de los no-libres (*holopy*) y de los esclavos (*raby*) al producirse un número cada vez mayor de emancipaciones que los convertían en campesinos obligados a satisfacer impuestos y permitían que los príncipes y la Iglesia colonizaran con ellos tierras hasta entonces no utilizadas.

Junto a los boyardos existía un estamento social medio —claramente documentado en Novgorod y Smolensko— de gentes acomodadas (llamadas en Novgorod *žitie ljudi* = gentes acomodadas) que poseían algunos bienes y posiblemente eran artesanos, comerciantes y pequeños propietarios. Los comienzos de la formación de este nuevo estamento, que posteriormente desempeñó un papel realmente importante en Novgorod, aunque no lograra nun-

ca ocupar los cargos más altos en la ciudad a nivel municipal, se remontan al siglo XII y al período de la paulatina formación de la administración municipal y de la burocracia.

El estamento social inferior de las ciudades (*čern', černye ljudi* = masa negra, denominado generalmente *ljudi* = gentes) estaba formado por los siguientes grupos: los artesanos sujetos a impuestos —que, aunque no estaban organizados en corporaciones, conocían, en Novgorod, por ejemplo, una formación fija con aprendices y maestros (*mastery*)—, los ciudadanos que aún ejercían actividades agrícolas, los hortelanos, y también los pescadores y los pequeños comerciantes (tenderos) que comerciaban con productos agrícolas. Todos estos grupos pueden ser considerados como personalmente libres, aunque sujetos a impuestos. Por ello se diferencian claramente de los trabajadores agrícolas no libres del príncipe, de los boyardos y de las instituciones religiosas (iglesias, monasterios).

No contamos con ningún dato sobre la densidad y el número de habitantes [12] de la Rus' de Kiev que ofrezca un punto de partida más o menos seguro. Puede estimarse que la ciudad de Kiev tendría en el siglo XII más de 20.000 habitantes; Novgorod, la segunda ciudad en tamaño, estaba algo por debajo de este valor aproximativo, y las ciudades restantes seguían con una considerable diferencia. Más desconocido aún nos resulta el número de personas que habitaban en el campo. Existían grandes diferencias: unas zonas con una población rural relativamente densa y otras que apenas tenían o carecían por completo de tal población.

IV. *Decadencia y ocaso del reino de Kiev*

Con el traslado de la residencia del gran duque hacia el nordeste, a Vladimir, junto al Kljaz'ma (1169), quedó de manifiesto que la antigua capital del reino, Kiev, únicamente conservaba su importancia como sede del metropolitano, es decir, de la cabeza de la Iglesia ortodoxa de la Rus' primitiva. Las extensas relaciones comerciales de la ciudad de Kiev siguiendo el curso inferior del Dniéper hacia Bizancio y Asia central habían ido disminuyendo ya a lo largo del siglo XII. La conquista de Constantinopla por los miembros de la Cuarta Cruzada (1204) y el nacimiento de un imperio y patriarcado latinos en el Bósforo provocó no sólo la pérdida de las relaciones económicas, sino también de las eclesiásticas con Kiev. En adelante los venecianos dominaron el comercio en el Mediterráneo oriental y en la sali-

da del mar Negro. El patriarca ortodoxo de Constantinopla había huido a Nicea, en Asia Menor. Sin embargo, la Iglesia ortodoxa de la Rus' primitiva no rompió con él, reconociendo, por el contrario, al emperador bizantino residente y elegido en Nicea como señor legítimo sobre el Imperio y la Iglesia. Así, por parte de la Iglesia se hizo aún más profundo el abismo existente con el Occidente latino.

Independientemente de esto las relaciones de los príncipes de la dinastía de los Rjuríkidas con Occidente no se relajaron aún. A lo largo del siglo XII se celebraron numerosas uniones matrimoniales con los Piastas polacos, los Premyslidas bohemios, los 'Arpades húngaros, los duques pomeranos y también con las dinastías principescas escandinavas y alemanas [1], sin que todas ellas trajeran consigo necesariamente consecuencias de orden político. En las luchas entabladas entre Yuri Dolgoruki, de Suzdal-Vladimir y su sobrino Iziaslav II por Kiev, este último contó con el apoyo del rey Geza II de Hungría; de esta forma entró en oposición con el emperador bizantino Manuel I Comneno, que precisamente por aquella misma época se había unido al rey Conrado III Hohenstaufen para combatir los planes de conquista del rey de los normandos sicilianos Roger II en el Mediterráneo oriental. Cuando en 1147 Iziaslav nombró metropolitano a un eslavo oriental, Clemente de Smolensko, el patriarca de Constantinopla no le confirmó, y Yuri Dolgoruki, al conseguir la soberanía sobre Kiev en 1154, le destituyó. Esta fue, sin embargo, la única consecuencia directa de esta relación pasajera y más estrecha de Kiev con Occidente.

Por el contrario, la independiente política exterior de los distintos principados puso a éstos en contacto con las distintas potencias europeas occidentales y septentrionales [2]. Desde la fundación de Lübeck en 1158 y desde que los comerciantes alemanes penetraran hacia 1160, a través de Visby, ciudad de Gotlandia, en el mar Báltico, haciendo retroceder a los comerciantes rusos y principalmente daneses, las relaciones comerciales y culturales que desde hacía siglos unían a Suecia y Dinamarca con las costas del golfo de Finlandia y de Riga sufrieron poco a poco nuevos enfoques. El comercio por el Dvina había inducido al principado y la ciudad de Polock a fundar, a finales del siglo XII, algunos puntos de apoyo y finalmente incluso pequeños principados en el territorio de los infieles livonios y letones; Novgorod no sólo comerciaba a través del mar Báltico hasta llegar a Lübeck, que ya existía de forma documentada hacia 1160, sino también hacia el este y el norte, donde aprovechó un inmenso territorio colonial que llegaba hasta el mar Blanco y los Urales. Su ciudad adjunta, Pskov, situada en el territorio limítrofe con las tribus in-

fieles de los estonios báltico-fineses, hizo extensiva su esfera de influencia al país de los estonios y al territorio septentrional de los letones. También el principado de Smolensko, cuya área de dominio abarcaba el curso superior del Dniéper, del Dvina y del Moscova, ganó en importancia gracias al comercio por el Dvina como lugar de tránsito hacia el este o el sur, mientras que los comerciantes alemanes visitaron regularmente desde 1160 la desembocadura del Dvina. Aproximadamente en el año 1180 un capellán que acompañaba a los comerciantes, Meinhard, canónigo agustino del monasterio de Segeberg, en Holstein, comenzó a ejercer actividades misioneras entre los livonios con el permiso del príncipe de Polock. En 1186 el Papa le consagró como obispo de Livonia. A lo largo de escasamente dos decenios estos discretos comienzos desembocaron en la creación no sólo de un obispado latino, sino también de una colonia alemana. El tercer obispo de Livonia, Alberto de Buxhövden, miembro de una familia de nobles ministeriales del arzobispado de Bremen, fundó en 1201 la ciudad de Riga, en 1202 la Orden de los Portaespadas e inició la sumisión de los livonios y letones. Los principados secundarios de Polock, Kukenois y Gerzike fueron víctimas de los alemanes. A partir de 1210 también Dinamarca intervino en los asuntos del Báltico. En el año 1219 el rey Valdemar II inició una campaña hacia Estonia y fundó, en el emplazamiento del castillo de los estonios, Lyndonisse, la ciudad de Reval. Su nombre estonio (Tallinn = ciudad de los daneses) hace referencia a esto. La Estonia septentrional se convirtió en una colonia danesa en la que, naturalmente, se establecieron principalmente caballeros y ciudadanos alemanes, mientras que la Estonia meridional, Livonia y Letonia, fueron sometidas por los alemanes. Se fundaron dos obispados más, Dorpat, junto al emplazamiento del castillo estonio de Tartu, y Ösel-Wiek, que abarcaba a las islas estonias y la costa estonia del Wiek. En 1237 la Orden Teutónica, que ya actuaba desde 1231 en el curso bajo del Vístula en territorio prusiano, se hizo cargo de la herencia de la Orden de los Portaespadas, casi exterminada en su lucha contra los lituanos. En años sucesivos, la Orden Teutónica sometió también el territorio de los semigalios de Letonia y de los curos, sin conseguir dominar a los lituanos, parientes cercanos de los prusianos y de los letones, y, al igual que éstos, infieles [3]. Los pequeños príncipes lituanos no sólo dirigieron sus ataques contra la colonia alemana en desarrollo de Livonia, sino también contra sus vecinos orientales y meridionales. Ya a finales del siglo XII pudo establecerse temporalmente un lituano en Polock. Hacia 1230 el lituano Ringold (Rimgaudas) logró mantenerse en Polock, e incluso en Smolensko, una serie de años. Eran estos dos indicios de un desarrollo que en época

posterior alcanzaría una fatal importancia para todo el oeste y sudoeste de la Rus' primitiva.

Evidentemente el principal peligro para los principados rusos primitivos provenía de Oriente [4]. Los rumores acerca de un gran Imperio nuevo en Oriente llegaron incluso hasta la corte papal. Los espíritus ingenuos esperaban encontrar en este imperio un aliado de los cristianos en su lucha contra el Islam para conquistar Tierra Santa, principalmente cuando ciertos pueblos islámicos fueron víctimas suyas. Pero Temujin, elevado a jefe en 1206 por una asamblea de las tribus mongólicas, y que como jan adoptó el nombre de Gengis, tenía otros planes que no eran precisamente ayudar a los cristianos en su lucha contra sus enemigos islámicos. Durante una larguísima marcha triunfal sus ejércitos sometieron, en los dos primeros decenios del siglo XIII, a China, que abarcaba el reino de Jorezm, en Asia central, el Turquestán occidental y Persia, y penetraron, a través del Cáucaso, en las estepas entre el mar Negro y el Caspio. Allí un grupo de exploración tropezó con los cumanos, quienes pidieron ayuda a los príncipes rusos contra los desconocidos y temibles enemigos. Muchos de ellos se aventuraron, sin pensárselo mucho, en una campaña que acabó con una demoledora derrota a orillas del río Kalka, afluente del Kalmius, al norte del mar de Azov (primavera de 1223). Algunos príncipes perecieron en la batalla, entre ellos el que ocupaba el trono de Kiev; otros consiguieron huir a duras penas. Pero el ejército mongol no tardó mucho en retirarse. Por ello en la Rus' se llegó a pensar que todo había sido un castigo de Dios por los pecados cometidos; no supieron quiénes eran estos mongoles o tártaros, como también se les denominaba, pues a ellos se habían unido numerosas tribus que hablaban el turco. No fueron conscientes del peligro anunciado. Las contiendas entre los príncipes de la dinastía de los Rjuríkidas siguieron adelante. El gran duque Yuri II, segundo hijo de Vsevolod III, y a raíz de la muerte de su hermano mayor Constantino (1218) príncipe de Kiev, se vio envuelto en una serie de violentas luchas por su patrimonio y no se preocupó de las ciudades y principados meridionales.

Por tanto, en la Rus' de Kiev no se supo que a la muerte de Gengis Jan (1227) los mongoles habían nombrado Gran Jan a su hijo Ögödei, y que en una reunión del reino celebrada en el año 1235 en Karakorum, sede del soberano, se había decidido atacar a Occidente, nombrando para ello general del ejército a un nieto de Gengis Jan, Bātū, a quien en la repartición de 1229 le había correspondido la parte sudoccidental del reino. Tras una serie de cuidadosos preparativos, Bātū inició la ofensiva con sus mongoles y las tribus turcas pertenecientes a su parte del rei-

no, cuya lengua y religión, el islamismo, adoptaron posteriormente los propios mongoles. Sus primeras víctimas fueron los búlgaros del Volga, cuyo reino en torno a Kazán, en el curso medio del Volga, aún seguía teniendo bastante importancia como centro comercial entre Occidente y Oriente y había ofrecido una enérgica resistencia a los ataques del gran duque Yuri II. En el invierno de 1237-1238 los mongoles penetraron en los principados de Riazán, Vladimir y Suzdal. Aquí murió el gran duque Yuri II y todos sus hijos. Bātū llegó incluso a las puertas de Toržok, en la zona fronteriza con Novgorod, pero tuvo que retroceder al convertir el deshielo los caminos en barrizales. Gracias a esto Novgorod y los principados del noroeste no fueron molestados. Bātū mandó construir una residencia en Sarai, en el curso bajo del Volga, y desde allí atacó a los principados del sudeste. En el año 1239 cayeron Chernigov y Perejaslav, y el 6 de diciembre de 1240 la antigua capital del reino, Kiev. En una rápida ofensiva los mongoles atravesaron los principados del sudoeste de la Rus', penetraron en Polonia, tomaron Cracovia, saquearon Breslavia y vencieron en la batalla de Legnica (9 de abril de 1241) a un ejército formado por polacos y alemanes al mando del duque Enrique II de Breslavia, que también perdió la vida. A continuación penetraron a través de Moravia en Hungría. El rey Bela IV, que había pedido ayuda en vano al papa y al emperador, huyó a una isla de Dalmacia. El mundo europeo debe agradecer tan sólo a la circunstancia de que en diciembre de 1241 muriera el gran jan Ögödei, el que Bātū se retirara en la primavera de 1242 para participar en las nuevas elecciones del gran jan celebradas en Karakorum.

Mientras que para Polonia, Silesia, Moravia y Hungría la campaña de los mongoles representó un acontecimiento terrible, pero único y en general pronto olvidado, para los principados del antiguo reino de Kiev significó un cambio en su destino. Muchos de ellos quedaron sometidos al dominio mongol, y los restantes se subordinaron libremente a él, como fue el caso de Novgorod. Sin embargo, prosiguieron los contactos de Novgorod, especialmente, pero también de Polock y Smolensko con la zona del mar Báltico. Pero durante una serie de siglos también sobre estos principados pesó el yugo del dominio mongol, si bien éste fue mucho más duro en los restantes principados rusos primitivos.

3. El período moscovita

I. *La época del dominio mongol directo y sus consecuencias para la historia de Rusia*

Con el establecimiento del dominio mongol, Europa oriental entra hasta mediados del siglo XIV en una fase de transición en su historia, que desde dos perspectivas podría denominarse «época oscura». Por una parte, la dependencia de los mongoles ha influido indudable y, en cierto sentido, fatalmente en la historia de los eslavos orientales, si bien es cierto que al respecto existe gran diversidad de opiniones. Por otra parte, sabemos mucho menos sobre los acontecimientos políticos y en especial sobre la forma de vida de amplias capas de la población simplemente porque las informaciones escritas se hacen más escasas, e incluso llegan a desaparecer por completo en ciertas zonas, y también porque la ciencia arqueológica aún no ha sabido sacar todo el provecho de las reliquias materiales de esta época de transición. No obstante, tras este velo ya comienzan a abrirse camino, antes de que Moscú irrumpa en las candilejas, las revoluciones fundamentales que determinarían decisivamente el desarrollo posterior de la historia de Rusia, incluso de toda la historia de la Europa oriental.

a) La fase de consolidación del dominio mongol

Tras la retirada a Asia de las hordas tártaras, los supervivientes salieron de sus escondites en los bosques y se llevó a cabo con bastante rapidez la reorganización de las regiones menos afectadas. Los príncipes independientes del nordeste de Rusia ni siquiera habían interrumpido sus contiendas intestinas por la campaña de Bātū. Seguramente pensarían que, al igual que los ataques de pueblos nómadas en siglos anteriores, también éste tendría el carácter de «acción» única, sin mayores consecuencias. Este pensamiento se vio reforzado al formarse el dominio mongol sobre Europa oriental muy lentamente, pues en los principados eslavos orientales no llegaron a permanecer nunca grandes contingentes de tropas. Por otra parte, la atención de Bātū estuvo du-

rante diez años puesta primero en sus desavenencias con el gran jan Göyük en Karakorum y posteriormente en el afianzamiento en el sur de su propio reino.

Aprovecharon este período de respiro aquellos príncipes que no tenían la intención de someterse a la voluntad de los mongoles. Exponentes de este pensamiento eran el gran duque Andrés Jaroslavič de Vladimir en el nordeste y el príncipe Daniel Romanovič de Galitzia-Volinia en el sudoeste. Ambos siguieron frente a los mongoles la misma política ambigua, que consistía en un sometimiento puramente nominal y una simultánea concentración de sus fuerzas en el interior. En oposición a éstos se reunió otro grupo en torno al príncipe de Novgorod, Alejandro, llamado Nevski, hermano de Andrés, cuyas ideas políticas se caracterizaban principalmente por sus luchas ofensivas contra la penetración de los suecos en el Neva (1240) y contra la Orden de los Caballeros Teutónicos en el lago Peipus (1242). Ante el dilema de tener que elegir entre someterse a los mongoles, muy alejados de su principado y tolerantes en materia religiosa, o a los cercanos y, por tanto, peligrosos «latinos» que amenazaban al mismo tiempo la fe ortodoxa, Alejandro decidió cooperar con los infieles nómadas. Por otra parte, el compromiso antimongol de su hermano le ofrecía la posibilidad de despojarle, con ayuda de Bātū, de su dignidad de gran duque. Como puede observarse, las familias seguían divididas.

En 1250-1251 la consolidación económica y militar del nordeste de Rus' y de Galitzia-Volinia estaba tan desarrollada que Andrés y Daniel se quitaron por fin las máscaras y contrajeron una alianza. Fue entonces cuando Alejandro Nevski vio su oportunidad. Intrigó contra Andrés ante Bātū y consiguió que se pusiera de su lado una gran parte de la nobleza, que seguramente temía las represalias tártaras en caso de una insurrección. En general también el clero tomó partido a su favor, pues desconfiaba de una posible amistad de Daniel con los latinos, debido a las negociaciones con el Papa y a su alianza con Bela IV de Hungría. Bātū, después de otorgar la dignidad de gran duque de Vladimir a Alejandro Nevski, envió en 1252 dos ejércitos en contra de los compañeros de coalición. Andrés fue derrotado en la batalla de Perejaslav-Zalesski, mientras que Daniel logró retrasar su definitiva sumisión hasta el año 1258-1259. Con ello desaparecía durante más de un siglo la oposición organizada al dominio mongol. Debe aclararse, sin embargo, que las causas de esta derrota no se deben exclusivamente a la superioridad de los mongoles, sino también a la disposición de gran parte de las capas sociales altas de los eslavos orientales a colaborar con ellos. Igualmente cabe resaltar que la ambigua política oriental del papa Inocencio IV, que, por

una parte, intentaba aunar a las dos Iglesias en una coalición antimongólica y, por otra, animaba a la vez a los suecos y a los caballeros de distintas Ordenes a realizar cruzadas en el territorio eslavo oriental, contribuyó decisivamente a este colaboracionismo. Durante el gobierno de Alejandro Nevski como gran duque (1252-1263) se consolidó definitivamente el dominio mongol. Al sistema se incorporaron también todos aquellos territorios que las tropas de Bātū aún no habían sometido, como, por ejemplo, el territorio de Novgorod. Alejandro supo sofocar enérgicamente los levantamientos.

b) El sistema mongol de dominio

La Europa oriental entró en la esfera de influencia de la «horda azul», que llevaba una vida nómada en la estepa de Qypčaq, al norte del mar Caspio y del mar Negro, y cuyo jan residía en Sarai, en el bajo Volga. Los eslavos orientales y los occidentales preferían la denominación de «Horda de Oro», seguramente por la impresión causada por la dorada tienda de campaña del jan, posteriormente convertida en palacio[1]. El jan de la Horda de Oro dependía nominalmente del gran jan, que residía en la lejana Karakorum, si bien en tiempos de Berke (1237-1266) se manifestaron ciertos indicios de independencia que posteriormente fueron aumentando de forma paulatina.

Por esta razón los príncipes eslavos orientales tenían que tratar sus asuntos con el correspondiente jan de la Horda de Oro. Los aspirantes a la dignidad de gran duque tenían que visitarle personalmente en Sarai para demostrarle su respeto y a cambio recibir el nombramiento de sus propias manos mediante un documento de confirmación, llamado *jarlyk.* El jan a cambio exigía tropas auxiliares en caso de necesidad y cobraba tributos. Parece ser que estos tributos fueron extremadamente diferenciados y gravosos. Los terratenientes y campesinos pagaban una especie de impuesto sobre la tierra en forma de diezmos (*jasaq,* en ruso *desjatinnaja*), los artesanos y comerciantes un impuesto sobre las rentas (*tamga,* seguramente por el sello fiscal); junto con estos impuestos existían otros más pequeños, como las tasas postales, para el mantenimiento del correo de la Horda, o bien una serie de tributos de carácter extraordinario. La base para la recaudación de impuestos la formaban las disposiciones escritas en los años 1257-1259 y 1273 por expertos tártaros que provocaron violentos desórdenes y resistencia entre la población. Seguramente al principio serían los propios mongoles los que recaudaban sus

tributos, pues en las crónicas rusas primitivas nos encontramos con alusiones a arrendatarios musulmanes de impuestos. Sin embargo, el testamento del príncipe Vladimir de Volinia (1287) ya señala como recaudador del tribuno, aquí denominado *tatarščina,* al propio príncipe. Al parecer, a finales del siglo XIII y en relación con el pasajero dominio doble en tiempos de Nogai, los janes habían autorizado al gran duque de Vladimir a que recaudara los tributos. En esta aplicación de tributos, que se prolongó durante toda la dominación tártara, puede observarse que la Horda de Oro ejercía un dominio relativamente suave sobre los primitivos príncipes rusos. Resulta, por tanto, innegable la existencia de una cierta autonomía.

La teoría vigente hasta hace poco [2], según la cual los mongoles habrían mantenido tributarios a los eslavos orientales sirviéndose de toda una red de guarniciones al mando de *baskakes* (funcionarios fiscales), ha sido refutada con el tiempo [3]. No existió jamás ningún «sistema de *baskakes*» de este tipo, a excepción hecha, quizá, de ciertas regiones al borde de las estepas. El jan tenía suficiente con colocar en las distintas cortes principescas a sus *baskakes* en calidad de observadores, que le mantenían continuamente informado sobre los acontecimientos políticos y se comunicaban con él sin demora en caso de una conducta deficiente. Los príncipes insubordinados eran llamados y castigados por el jan o bien obligados a obedecer mediante una expedición de castigo de las tropas tártaras. Otras medidas de control hubieran resultado superfluas, pues los mongoles comprendieron enseguida que los propios príncipes se observaban entre sí con recelo y que siempre estaban dispuestos a intrigar y calumniarse mutuamente ante el jan. El arma de que se valió el jan para mantener este juego fue la concesión del título de gran duque. El jan siempre nombraba gran duque a un hombre de su confianza y dicha confianza se conseguía mediante una oferta de colaboración que superara a la de los demás. Finalmente los janes tenían también en la Iglesia ortodoxa a un mediador generalmente amistoso, en cuyos asuntos jamás se entremezclaban y a cuyo clero concedieron, a raíz de un indulto de Möngkä Temür en el año 1267, una serie de privilegios tributarios cada vez más amplios.

La política del gran duque Alejandro Nevski, claramente encaminada a cumplir los deseos de los mongoles, obtuvo sus frutos. No sólo protegió al nordeste de la Rus', en vida de Alejandro, de otros ataques más graves de los jinetes nómadas, sino que al mismo tiempo facilitó al gran duque el suficiente apoyo frente al Gran Novgorod y el principado de Tver principalmente, donde se fundían de modo latente corrientes antimongólicas que salían a la luz periódicamente.

Ante los crecientes problemas, sus sucesores no fueron capaces de mantener la posición, realmente fuerte, que Alejandro había tenido, gracias ante todo a su gran autoridad personal. Estos dependían en grado cada vez mayor de la ayuda de la Horda de Oro para lograr imponerse a los restantes príncipes. En 1273 el gran duque Basilio Yaroslavič utilizó abiertamente tropas mongolas para hacer frente a la rebelde Novgorod. Durante los últimos veinticinco años del siglo XIII la debilidad del gran duque de Vladimir era tan evidente que los janes fueron empleando progresivamente a los príncipes de Rostov como personas de confianza.

Cuando hacia 1270 Nogai, mayordomo (*emir*) de los janes que había conseguido poder y prestigio, se introdujo cada vez más en la política exterior, sentando así las bases para la separación de la Horda de Nogai en el Qypčaq occidental, muchos príncipes eslavos orientales aprovecharon esta ocasión para ampliar su campo de acción valiéndose de las disputas existentes entre las dos agrupaciones tártaras. Ello provocó a su vez una serie ascendente de injerencias militares de los mongoles, que, junto con los continuos ataques lituanos y las querellas intestinas de los príncipes, colocaron hacia 1280 a la Rus' nordoriental al borde del precipicio. Las crónicas nos informan de quince acciones militares perpetradas por los mongoles entre 1273 y 1297. Las fuentes contemporáneas comparan, por sus consecuencias, la campaña de *Tudāns* (en ruso, Djuden) en 1293 con la de Bātū.

La matanza se prolongó inexorable durante los primeros veinticinco años del siglo XIV. En la lucha por el título de gran duque cristalizaron principalmente dos dinastías rivales que luchaban entre sí con todos los medios a su alcance y sirviéndose de la alternativa ayuda tártara: la de Tver y la de Moscú. Se consiguió una cierta tranquilidad en el país cuando en 1328 Iván I de Moscú logró asegurar definitivamente el gran ducado para su familia gracias a las acertadas relaciones mantenidas con los tártaros.

Mientras tanto el poder de la Horda de Oro había alcanzado con el jan Özbeg (1313-1341) un último apogeo y el dominio tártaro sobre los eslavos orientales seguía siendo indiscutible. Sin embargo, parece ser que en la mayoría de las cortes desapareció, como muy tarde durante el reinado de Iván I, la representación perpetua del jan en la persona de sus delegados (*baskakes*). Las razones de esta nueva situación no se deben tanto a los levantamientos de los habitantes de las distintas ciudades, como opinan los historiadores soviéticos, cuanto a la incesante discordia entre los príncipes rusos primitivos, al papel vigilante y leal desempe-

ñado por la dinastía de Moscú y finalmente a la indiscutible autoridad de Özbeg, circunstancias todas ellas que hacían inútil el sistema de doble control hasta entonces ejercido.

c) El desplazamiento demográfico y sus consecuencias

Una de las consecuencias más importantes del ataque mongol para la historia de Rusia fue el desplazamiento demográfico que éste provocó. Mientras que antiguamente se pensaba que la campaña de Bātū era la causante de que los habitantes de las zonas cercanas a las estepas y, por tanto, especialmente afectadas y amenazadas tuvieran que retirarse, la investigación más reciente nos ofrece un cuadro mucho más complejo.

No cabe duda de que las regiones más meridionales, situadas entre el curso superior del Dónetz y el Bug meridional, es decir, los principados de Perejaslav y Kiev, así como el territorio meridional de los principados de Chernigov y Novgorod-Seversk, ya habían quedado enormemente despoblados a raíz del ataque mongol. Kiev, la «madre de las ciudades de la Rus'», vino a menos y la ciudadela permaneció casi desierta hasta entrada la Edad Moderna.

Fue mucho más tarde cuando comenzó el desplazamiento demográfico en el nordeste de la Rus', en la zona comprendida entre el Oka y el Volga. Precisamente en estas regiones se formó casi inmediatamente después de la campaña de Bātū una oposición militar contra los mongoles. En realidad esto viene a confirmar la tesis de que no pudieron ser realmente tan terribles los estragos de los años 1238-1239 como los de 1239-1241 en el sur, y que la vida económica se consolidó de nuevo con mucha rapidez. Tan sólo cuando, a raíz de la muerte de Alejandro Nevski, los mongoles se vieron obligados a intervenir durante más de medio siglo y de manera cada vez más intensa en la política interior rusa debido a las resucitadas contiendas principescas, muchos habitantes de las regiones más regular y duramente afectadas buscaron su salvación en la huida. No se debe a la casualidad que se trate en este caso de las regiones localizadas junto al Kljaz'ma cercanas a la estepa, de Murom y Riazán y del principado de Perejaslav-Zalesski. Naturalmente, la despoblación no fue tan intensa como en el sur, pero suficiente como para que los príncipes de Riazán dispusieran a finales del siglo XII el traslado de su sede desde la antigua Riazán, muy cercana a la estepa, siguiendo el curso ascendente del Oka hacia Perejaslav, a la actual Riazán. El debilitamiento de la autoridad de los grandes duques de Vladimir a

raíz de la muerte de Alejandro también permite deducir una despoblación y disminución de los recursos en los territorios en cuestión.

Los grupos que huían buscaban ante todo regiones que estuvieran menos castigadas por las acciones comunes de tropas mongolas y eslavas orientales. En general no parece que huyeran muy lejos, y en caso de que recorrieran largas distancias, lo hicieron en numerosas etapas. Los arqueólogos soviéticos han logrado reconstruir algunos recorridos de esta emigración valiéndose de métodos de trabajo muy perfeccionados. Otros pueden deducirse únicamente por inducción. De este modo la aparición de numerosos principados en el curso superior del Oka y el Desna a finales del siglo XIII y en el XIV podría atribuirse principalmente a la inmigración realizada desde la cuenca del curso medio del Dniéper. Sin embargo, fueron tres los centros especialmente favorecidos por el movimiento demográfico: Galitzia-Volinia en el sudoeste, los principados de Moscú y Tver en el oeste, y, finalmente, las vastas regiones boscosas al norte y nordeste del curso superior del Volga. Esta afluencia demográfica trajo consigo nuevas fuerzas de trabajo, una creciente productividad y, en última instancia, más recursos. Por tanto, no resulta sorprendente que las zonas preferidas por la inmigración se convirtieran en los nuevos centros de poder de la época mongola, mientras que los antiguos centros de dominio, situados en las regiones abandonadas, como, por ejemplo, el caso de Kiev y posteriormente también de Vladimir, junto al Kljaz'ma, decayeran.

Consecuentemente con esta nueva situación Daniel de Galitzia-Volinia intentó sanear su reino dando hospitalidad a los fugitivos que provenían principalmente de las zonas limítrofes con las estepas situadas entre el Dniéper y el Dniéster. Concedió una especial importancia a los artesanos especializados, a quienes estableció en las ciudades recientemente fundadas. «Y ante los tártaros huyeron maestros artesanos de todo tipo, talabarteros y constructores de arcos y carcajes, y herreros y forjadores de cobre y de plata», informa la *Crónica de Hipatius* en el año 1259 acerca de la fundación de la ciudad de Cholm [4], «y había vida, y llenaban las cortes, y en torno a la ciudad, campos y pueblos». Daniel debió actuar de forma similar en sus restantes ciudades, como L'vov, Danilov, Ugrovesk. Este potencial de energía concentrado en su área de dominio le ofrecía la posibilidad de desarrollar una política obstruccionista frente a los mongoles, así como de bloquear eficazmente sus fronteras septentrionales frente a la progresiva presión de los lituanos. Incluso después de que el general tártaro Burundai consiguiera en 1258-1259 la sumisión real del principado —dicho sea de paso, sin gran resistencia—

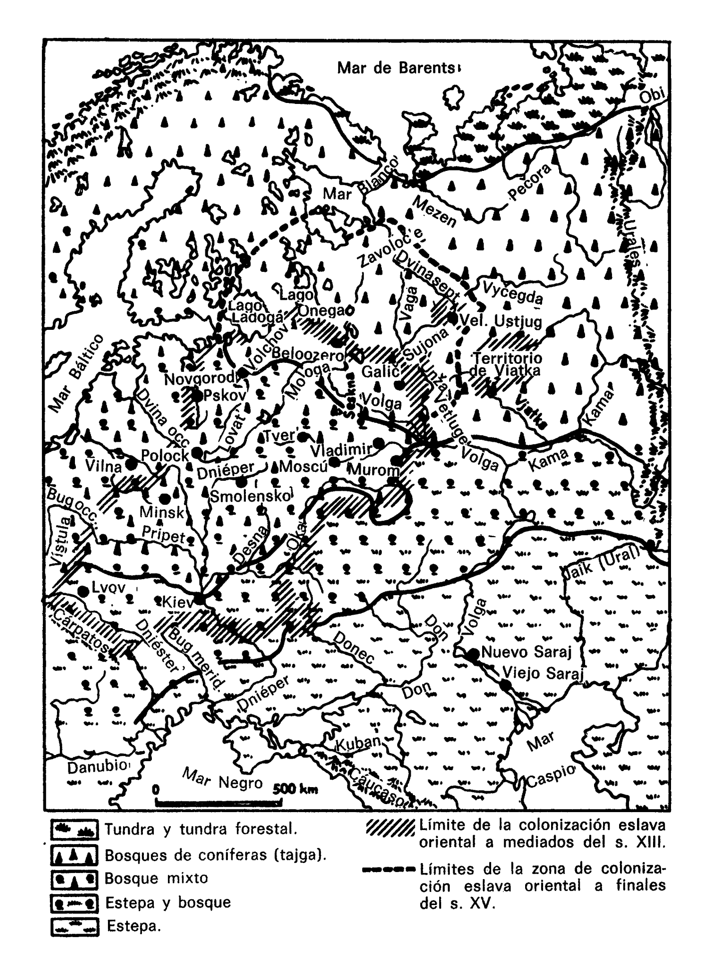


Fig. 3. Zonas de vegetación y movimientos de colonización en los siglos XIII-XV.

cambió poco la situación. Galitzia-Volinia permaneció, al contrario que Podolia, situada más hacia el este, relativamente segura ante los mongoles, si bien las tropas de la Horda de Oro solían saquear la región de sus «aliados» en su paso hacia Polonia o Lituania. Daniel regresó en 1259 a su patrimonio en calidad de soberano. Aunque sus sucesores no fueron capaces de recobrar el antiguo poderío, su gran interés por los acontecimientos políticos de sus vecinos occidentales indica que se sentían mucho menos sujetos a la Horda que los príncipes del nordeste.

Moscú estaba separada de los «campos» (*pole*) de Vladimir-Suzdal, pobres en bosques y frecuentemente castigados por los mongoles, por un ancho cinturón de pantanos boscosos, y Tver, además, por un mayor distanciamiento de la estepa. En su evolución histórica ambas localidades iban muy parejas; ambas habían sido durante la primera mitad del siglo XIII ciudades fortalezas de escasa importancia, evolucionando a raíz del ataque mongol hasta convertirse en sedes permanentes de príncipes secundarios. Si los príncipes de Moscú y Tver se habían convertido a principios del siglo XIV en los únicos que podían competir seriamente por la dignidad de gran duque, resulta fácil deducir la cantidad de transformaciones económicas que durante este corto período de tiempo tuvieron que suceder para llegar a este estado de cosas, transformaciones que apenas pueden explicarse sin la existencia de una considerable inmigración.

Moscú tenía que compensar de algún modo la ventaja que en un principio tenía Tver con respecto a Moscú como punto de atracción para inmigrantes, debido a su favorable situación en un punto clave del comercio por el Volga. Existían dos caminos para ello: por una parte, los príncipes moscovitas podían ampliar su área de dominio mediante la expansión territorial, ya fuera gracias a la sucesión, la compra o la ocupación de tierras; por otra parte, también cabía la posibilidad de desacreditar ante la corte del jan a los molestos competidores de Tver. Ambas posibilidades fueron aprovechadas felizmente y con gran habilidad por el príncipe Yuri y su sucesor Iván. Los príncipes de Tver, arrinconados de esta forma poco a poco, buscaron apoyo en su nuevo vecino occidental, el gran duque lituano Guedimin, con quien estaban emparentados desde 1320. De este modo iniciaron una política que no sólo siguieron más tarde sus descendientes, sino en el siglo XV también un grupo interno de Novgorod con el fin de defenderse de la creciente presión que ejercía Moscú. Pero el gran ducado de Lituania se encontraba en los inicios de su desarrollo y no estaba en condiciones de ofrecer una protección eficaz contra las acciones conjuntas de los tártaros y los moscovitas. Por ello, cuando en 1327 se desencadenó en Tver un levantamiento

popular contra un gobernador tártaro, al nuevo príncipe de Moscú y hermano de Yuri, Iván, no le resultó difícil eliminar por un cierto período de tiempo, y contando para ello con la ayuda tártara, a su molesto competidor. Por otra parte, Tver estaba tan debilitado económicamente por las represalias, que precisó cierto tiempo para recuperarse de este golpe.

Así pues, no fue la mayor potencia económica ni el aumento de población provocado por la inmigración lo que finalmente inclinó la balanza en favor de Moscú, sino la mayor habilidad en el manejo de la intriga, la dinámica de la expansión territorial y, finalmente, el apoyo de la Iglesia. Iván de Moscú recogió los frutos de esta política practicada desde principios del siglo XIV. En su calidad de recaudador de tributos de la Horda en el gran ducado de Vladimir y en Gran Novgorod [5] no sólo se apropió de parte del dinero ingresado (de ahí su apodo «Kalita» = bolsa de dinero), sentando así las bases financieras de su ulterior poder, sino que invirtió gran parte de este dinero en comprar tierras: en parte pueblos aislados, en parte principados completos. Estas medidas estuvieron acompañadas de una actividad política matrimonial que atrajo a su causa a otras familias principescas. Quedaban establecidas las bases del «período moscovita» en la historia de Rusia [6].

La tercera región también favorecida por el desplazamiento demográfico fue la región boscosa del norte de Rusia: el cinturón de bosques de coníferas denominado taiga, que la colonización de los eslavos orientales ya había alcanzado a finales del siglo anterior siguiendo aproximadamente la línea Volga-Mologa-lago Ladoga-Neva, si bien no habían llegado a sobrepasarla en el momento del ataque mongol. Mientras dispusieron de suficientes reservas de terreno sus habitantes no habían visto la necesidad de hacerlo, máxime cuando el bosque de coníferas no podía ofrecer al campesinado eslavo oriental, que utilizaba aún una serie de técnicas muy complejas, ni prados apropiados ni árboles para sus abejas. Por esta razón, en la época anterior a los mongoles únicamente existían pequeñas colonias eslavas orientales aisladas en medio de esta enorme extensión escasamente poblada por grupos fino-ugrios, con preferencia en las principales vías fluviales del Volga pasando por los lagos Onega o Ladoga hasta el golfo de Finlandia (por Beloozero) o hasta el mar Blanco y los Urales (por ejemplo, Velikij Ustjug).

La región septentrional de esta extensa zona boscosa estuvo dominada por Novgorod, que ya en el siglo XII percibía tributos de los nativos valiéndose de una red de puntos de apoyo (*pogosti*). Resulta difícil aceptar que todos estos *pogosti* fueran colonias permanentes con representantes de la administración de Novgorod.

Fundamentalmente se trataba en este caso de explotar intensivamente el país, ante todo su riqueza en pieles, halcones y colmillos de morsa, y ello podía realizarse mediante expediciones y colonias temporales.

Todo este territorio escasamente poblado al norte y nordeste del Volga estaba situado directamente delante de las puertas del antiguo centro demográfico en torno a Vladimir-Suzdal y por ello ofrecía otra posibilidad de refugio ante los tártaros. A pesar de sus tierras poco fértiles, de su mayor cantidad de pantanos y de su menor capacidad de explotación económica, gran parte de los que huían elegían este camino. Esta emigración masiva se realizó a través de tres diferentes vías principales: hacia el norte, siguiendo el curso del Mologa y el Šeksna; hacia el nordeste, siguiendo el curso ascendente del Sujona hacia el mar Blanco y el Vyčegda, que transcurría por regiones ricas en animales de pieles al oeste de los Urales, y finalmente hacia el este por las cuencas del Unža y el Vetluga, con ramificaciones hacia el Viatka.

En el relativamente breve espacio de tiempo comprendido entre mediados del siglo XIII y mediados del siglo XIV puede observarse, principalmente en los territorios situados directamente al otro lado del río Volga, una notable concentración demográfica. Mas hacia el norte y el nordeste la colonización disminuye y se localiza principalmente junto a las grandes vías fluviales. Sin embargo, la inmigración debió ser muy considerable incluso en la lejana Viatka, pues en el siglo XIV se formó allí, en torno a las cinco fortalezas más antiguas, una «república» mixta, cuyos habitantes se convirtieron en el terror de sus vecinos civilizados debido a sus rapiñas y salvajes costumbres y a las caprichosas prácticas de sus sacerdotes, hasta que en el año 1489 fue finalmente sometida por un ejército moscovita.

Esta corriente demográfica, que manaba de los llamados «principados inferiores» en Zavoloč'e, región al otro lado de la divisoria hidrográfica (*volok*) entre el Volga y el mar Blanco, presionaba sobre el flanco abierto del territorio dominado por Novgorod en el norte. Los habitantes de Novgorod perdieron el control sobre la cuenca del Sujona, donde Velikij Ustjug pasó a convertirse en avanzadilla de la influencia de la parte inferior del país, es decir, muy pronto de la influencia de Moscú.

d) Consecuencias económicas del dominio mongol

En relación directa con el retroceso y el desplazamiento demográfico, los decenios de continuas intrusiones mongolas provocaron graves daños económicos. Coincidieron diversas causas. Al

perder los campesinos, por los incesantes saqueos y matanzas, casas y granjas, ganados y cosechas, cuando no la propia vida, desapareció básicamente el ciclo económico entre campo y ciudad. La economía agraria se limitaba casi a autoabastecerse. Las ciudades perdieron así gran parte de los compradores de sus productos manufacturados. Pero la difícil situación económica de las ciudades no se debía exclusivamente a este estado de cosas. No debe olvidarse que los tártaros habían deportado precisamente a los artesanos más especializados para asentarlos, en su mayoría, en Sarai. Algunos especialistas llegaron incluso hasta Asia central, pues el monje franciscano Plano Carpini, que en el año 1226 vivió en Karakorum como legado del Papa, narra que el trono del gran jan había sido realizado por el maestro ruso Cosmas. Ciertas técnicas artesanas muy desarrolladas, como, por ejemplo, el esmalte y la filigrana o la cerámica policromada vidriada, desaparecen de la escena por espacio de un siglo o más aún, reapareciendo en la Alta Edad Media con un nivel muy inferior. En la mayoría de las zonas no volvieron a construirse nuevas iglesias en piedra por espacio de tres o más generaciones; incluso en Novgorod, que no fue atacada directamente por los tártaros, la madera reemplazó en las iglesias hasta finales del siglo XIII, y de forma pasajera, a la piedra y al ladrillo. Los talleres de Ovruč, en Volinia, suprimieron definitivamente la producción masiva de husos de pizarra con polea, la población volvió a utilizar, también en las ciudades, husos de arcilla, como en los tiempos precristianos. En los descubrimientos pertenecientes a esta época apenas se encuentran joyas, vidrios o valiosos objetos de importación, y tampoco se fabricaron ya las refinadas cerámicas que en la época premongólica no podían faltar en los hogares exigentes.

Naturalmente en este considerable descenso del nivel de vida influyó muy especialmente la gran carga que suponían los tributos, que sacaban la plata del país y bloqueaban así el impulso económico. Este efecto se vio aún más agravado por el fenómeno de la migración. En las zonas afectadas por esta retirada las ciudades no pudieron recuperarse de esta sangría hasta muy entrada la Edad Moderna. Finalmente, el cinturón boscoso de coníferas dispersó a los colonos absorbidos; la colonización extensiva ofreció una base difícil para el nacimiento orgánico de centros económicos y culturales. Así, en este gigantesco espacio, únicamente unas pocas colonias, como Ustjug, Vologda, Cholmogory y Kargopol, lograron convertirse en verdaderas ciudades antes de comenzar la época moderna.

Tan sólo allí donde los emigrantes se establecieron en terrenos ya colonizados, como, por ejemplo, en torno a Moscú, Tver, Cholm, en Volinia, o donde la repercusión del estado de guerra

permanente era más débil, como en el caso de la lejana Novgorod y de Pskov, la decadencia de la vida urbana fue más suave, observándose en algunas zonas incluso un cierto auge.

Al parecer, el comercio de tránsito y el exterior no se vieron tan afectados por la invasión mongola y sus consecuencias como la vida económica en general. En las ruinas de la destruida Kiev, Plano Carpini encontró ya en el año 1245 a algunos comerciantes extranjeros. Tras una breve pausa, las relaciones comerciales internacionales comenzaron a consolidarse de nuevo a mediados del siglo XIII, si bien acusando ciertos cambios estructurales característicos.

Los contactos de la Rus' del nordeste con la zona del mar Negro se rompieron totalmente hasta entrado el siglo XIV; tan sólo Galitzia-Volinia siguió actuando como intermediario entre Crimea y Europa occidental; en cambio, el comercio de los principados nordorientales se centró, bajo los auspicios de los mongoles, cada vez más en Asia central. El Volga se convirtió de nuevo en una importante vía comercial Ya en los siglos XIV y XV puede observarse esta nueva situación en el incesante desarrollo de las ciudades situadas junto al Volga, como Uglič, Kostroma, Yaroslavl' y Nižnij-Novgorod. El comercio con el mar Báltico también permaneció incólume. El príncipe de Smolensko renovó ya a mediados del siglo XIII el tratado comercial firmado en 1229 con los comerciantes alemanes de Gotlandia, y alrededor de 1262-1263 se llegó a un nuevo compromiso con Novgorod con el fin de asegurar el comercio con las ciudades del mar Báltico. A la vez esta ciudad consiguió que la importancia de Smolensko y el comercio a través del Dvina disminuyeran progresivamente; a esto contribuyó de forma decisiva el hecho de que Smolensko se viera expuesto a la creciente presión lituana y de que las continuas incursiones afectaran a su actividad comercial.

Durante el dominio de la Horda de Oro, Europa oriental siguió siendo para el comercio internacional una zona de paso. Los comerciantes nativos hacían el papel de intermediarios no sólo de los productos y materias primas de su propio país, sino al parecer también del comercio de tránsito, pero únicamente dentro de sus fronteras. En la segunda mitad del siglo XII, la unión de comerciantes alemanes ya había logrado expulsar a casi todos los eslavos orientales del comercio activo en el mar Báltico. Al contrario que el proyecto de tratado de 1189, que proponía el comercio directo de Rusia tanto con Gotlandia como con las ciudades alemanas, los tratados de Novgorod con los alemanes de 1262-1263 y años posteriores mencionan únicamente el comercio directo con Gotlandia. En cuanto al comercio por el Dvina, a partir de la segunda mitad del siglo XIII, en lugar de la «costa de Gotlandia»

pasa a ocupar un primer término Riga como parte contratante en los tratados comerciales entre los príncipes rusos y el gran duque lituano. Finalmente, en la zona del mar Negro los genoveses se hicieron cargo, a partir de 1260, desde su colonia de Caffa, en Crimea, de los hilos del comercio internacional, eliminando a la competencia griega.

Pero los rusos no sólo se vieron así excluidos del comercio de tránsito y del comercio con países lejanos fuera de sus propias fronteras; los comerciantes extranjeros se inmiscuían incluso en el mercado ruso e intentaban establecer contactos directos con Asia central para evitar el comercio intermediario ruso. Comerciantes de Riga y otros comerciantes alemanes lograron que aproximadamente en el año 1270 el jan Möngkä Temür les garantizara por escrito su derecho a practicar un comercio directo con la Horda de Oro, y en los siglos XIV y XV genoveses, griegos y armenios de Caffa cerraban directamente en Moscú sus negocios, si bien no debe olvidarse que un grupo especial de comerciantes moscovitas, el de los gosti-surožane, también comerciaba intensamente con Crimea. (La palabra *gosti* deriva de *gost'* = huésped, en antiguo ruso el que comercia con países lejanos; *surožane* deriva de Lurož, que era entonces una de las más importantes ciudades comerciales de Crimea.)

Este estado de cosas, sin embargo, no debe imputarse a los tártaros, pues la decadencia del comercio ruso con países lejanos ya había comenzado en el siglo XII. Seguramente esto se relaciona con el comienzo del «período sin monedas» que obligó a los rusos a sustituir la afluencia de monedas de plata de Europa occidental, que comenzaron a agotarse en la primera mitad del siglo XII, por plata en barras (*grivnas,* en Novgorod denominadas, a partir de mediados del siglo XIII, rublos) y por pieles de ardilla (*belki*) para valores más pequeños. El hecho de que debido al poco interés de los príncipes y de las ciudades por acuñar moneda propia se tuviera que retornar a formas tan primitivas de relaciones comerciales, no ayudaba precisamente a superar los inconvenientes de su localización geográfica y a rechazar la creciente competencia de los comerciantes extranjeros organizados en gremios. El dominio mongol no tuvo influencia alguna en esta evolución desfavorable para los comerciantes rusos, sino que más bien aumentó la función de garantía que tenía la plata por la inseguridad pública existente y los fuertes tributos.

En cualquier caso resulta sorprendente que —dentro de los límites comprobados— la participación de los rusos como mediadores del comercio de tránsito y de sus propias exportaciones no sufriera ninguna interrupción decisiva con la invasión mongola. Si se compara este hecho con la decadencia del urbanismo, que

se desarrolló de forma paralela durante más de un siglo, está justificada la pregunta de si la importancia del comercio de tránsito y la del comercio con países lejanos para la vida económica de la ciudad europea oriental en la Alta Edad Media ha sido exagerada por algunos historiadores a expensas del comercio interior y cercano. La decadencia de la vida urbana durante los primeros cien años del dominio mongol se explica tan sólo por el hecho de que debido al desmoronamiento del vínculo económico entre campo y ciudad la pequeña capa de comerciantes con países lejanos y de grandes comerciantes se vio menos dañada que la gran masa de ciudadanos que vivían del territorio circundante, es decir, pequeños comerciantes y artesanos.

e) El dominio mongol: ¿Ruptura o continuidad en la historia de Rusia?

El hecho de que el centro de gravedad de la Rus' se desplazara de Kiev hacia el nordeste tampoco puede considerarse una consecuencia del ataque mongol, sino de una evolución iniciada en el siglo XII. A raíz de la campaña de Bātū y de la continua despoblación de las regiones más expuestas, en el curso medio del Dniéper, no podía pensarse de ninguna manera en la restauración de Kiev como sede del gran duque. Mas, cuando finalmente también el metropolitano consideró la situación y se trasladó hacia 1300 a Vladimir con el fin de restablecer la «armonía» entre el poder eclesiástico y terrenal, tan necesaria para la Iglesia ortodoxa, éste fue a alojarse de nuevo en un país enfermizo. A raíz de la muerte de Alejandro Nevski tampoco residió ya el gran duque en Vladimir, sino en su propio patrimonio; y los príncipes luchaban por el título de gran duque sólo por el honor que ello representaba y por los territorios de él dependientes (Vladimir, Perejaslav-Zalesski, Kostroma, y posteriormente también Nižnij-Novgorod y Gorodec, sobre el Volga). Así pues, los metropolitanos se vieron obligados a decidirse por uno de los dos poderes florecientes del nordeste. La tolerancia religiosa de los tártaros facilitó que aquéllos, tras unas primeras simpatías por Tver, se decidieran finalmente por los príncipes de Moscú, simpatizantes de los tártaros, y que el metropolitano Teognosto ya residiera en Moscú desde 1325-1326. Al asegurar Iván Kalita definitivamente en 1328 el título de Gran Duque para su dinastía, las dos autoridades máximas del mundo ruso-ortodoxo se hallaban reunidas en un mismo lugar después de ciento setenta años aproximadamente. No puede evaluarse suficientemente el enorme

prestigio que los grandes duques de Moscú alcanzaron gracias a la presencia del metropolitano en su capital, junto al apoyo activo de la Iglesia, para la construcción ulterior de su poderío.

Igualmente se remonta a tiempos premongólicos la amenaza que para los principados secundarios occidentales significaban los lituanos. Ya a finales del siglo XII y comienzos del XIII saqueaban las bandas lituanas —a menudo requeridas como tropas auxiliares en las contiendas internas de los príncipes rusos— los principados vecinos de Polock, Smolensko, Turov-Pinsk e incluso parte de Volinia. Durante la primera mitad del siglo XIII se realizaron las primeras uniones matrimoniales entre familias de príncipes eslavos orientales del Dvina y grandes lituanos, llegando incluso algunos príncipes lituanos a asentarse con carácter transitorio en Polock. La amenaza se hizo real cuando entre 1240 y 1250 se logró la consolidación interna de Lituania bajo el reinado de Mindaugas, y se empezaron a concebir ideas expansivas. Si bien es cierto que el particularismo de los principados *udel* de la Rus' premongólica preparó el terreno, este auge del poder lituano fue desencadenado sin duda alguna por los trastornos que el ataque mongol produjo en el mundo eslavo oriental. Obstaculizada su expansión hacia el oeste por el establecimiento de la Orden Teutónica en Prusia y Livonia, y a partir de comienzos del siglo XIV también por el fortalecimiento de Polonia, los grandes duques lituanos tuvieron que fijarse irresistiblemente en sus vecinos orientales debido al vacío de autoridad allí existente. Los principados *udel* de la Rusia occidental se hallaban demasiado alejados del área de dominio de la Horda de Oro como para poder ser protegidos por ésta de forma eficaz en contra de sus inmediatos vecinos, los lituanos.

A la muerte de Mindaugas (1263), de los territorios eslavos orientales conquistados, únicamente quedó bajo dominio permanente lituano la llamada «Rusia Negra», en el curso superior del Niemen, junto a Grodno y Novogródek, pero al unir de nuevo Vytenis, a finales del siglo XIII, todo el poder lituano en sus manos, comenzó la fase decisiva de su expansión. El propio Vytenis anexionó Polock en 1307. Su hermano y sucesor Guedimin (1316-1341) logró ampliar su área de dominio hasta el Bug occidental y más allá del Pripet y ejercer su influencia también en Smolensko. Finalmente, Algirdas u Olgerd (1345-1377), a quien su hermano Kestutis, responsable de la defensiva, cubría las espaldas, se apoderó, ganando al rey polaco Casimiro III, de Galitzia-Volinia, quedándose finalmente con Volinia y Podolia oriental. Con la conquista de Kiev y de casi toda la cuenca del Dniéper central llegó a dominar más del 60 por 100 del antiguo reino de Kiev. Con ello quedaba trazado el punto de partida para la siguiente rivalidad con los grandes duques de Moscú por la so-

beranía de todo el territorio de la Rus'. El intento de proporcionar a Kiev un nuevo significado como antiguo centro espiritual y cultural de la Rus' mediante la creación de una metrópoli propia nunca tuvo éxito, porque los grandes duques lituanos carecían de legitimidad como soberanos ortodoxos. Algirdas tampoco llegó a dar el paso decisivo de trasladar su residencia desde Vilna a Kiev y así reclamar abiertamente la sucesión de los grandes duques de Kiev. Por consiguiente, su política oriental se resintió de esta última consecuencia, lo que, junto con los vínculos de los intereses polacos, favoreció en la época posterior la victoria de Moscú.

Sobre el suelo de esta potencia que de nuevo nacía en el siglo XIV tras la fragmentación en principados secundarios del territorio eslavo oriental, se ratificó también la forma definitiva de la individualidad racial de los pueblos de la Gran Rusia, la Rusia Blanca o Bielorrusia y la Pequeña Rusia o Ucrania [7]. A pesar de ciertas particularidades regionales características en la época premongólica [8], las generalidades lingüísticas, culturales y confesionales eran demasiado grandes como para que se hubiese podido llegar a una verdadera distanciación de los diferentes grupos populares. El lenguaje culto común ya permitía reconocer los comienzos de la futura separación lingüística. Una vez que el progresivo fraccionamiento en principados secundarios en los siglos XII y XIII y la transmutación demográfica provocada por el ataque mongol hubieron preparado el terreno, fue la constelación político-territorial de la Alta Edada Media la que dio el impulso definitivo para el desarrollo paulatino de las tres nacionalidades.

Envueltas en tres reinos, de los que Polonia y Lituania, por un lado, y el gran ducado de Moscú, por otro, se enfrentaban como irreconciliables rivales, las generalidades fueron desapareciendo a lo largo de los siglos XIV, XV y XVI. En el territorio de Moscú, y debido a la colonización de los espacios inmesos del norte de Rusia, colonización que llega hasta la Edad Moderna, prosiguieron como antes los procesos de asimilación entre la población eslava y la autóctona, en su mayoría fino-ugria. Finalmente en la formación de la nacionalidad ucraniana desempeñó un importante papel el hecho de que Polonia, una vez que se hubo apoderado de Galitzia tras las luchas mantenidas con Lituania a mediados del siglo XIV, también se anexionara, mediante la Unión de Lublin en 1569, los voivodatos lituanos situados al sur del Pripet. La Unión de Brest, que en 1596 fusionó la Iglesia ortodoxa de Polonia y Lituania con Roma, suscitó una tensión confesional, si bien es cierto que en la época posterior sólo parte de los creyentes se sintió atada a esta unión.

Así, en los cambios políticos provocados por el ataque mongol

en Europa oriental ya se perfilaban aquellos caminos que con el despertar de las nacionalidades desembocarían más tarde en las conocidas animosidades entre ucranianos y grandes rusos, principalmente. En la posterior reintegración de las nacionalidades fue de gran importancia el hecho de que, a pesar de todas las tensiones y diferencias, no desapareciera, sin embargo, nunca del todo la conciencia de un pasado, una cultura y una confesión comunes.

El juicio generalizado sobre la importancia del dominio mongol para la historia de Rusia suele destacar ante todo las repercusiones que éste tuvo en la mentalidad nacional y sus formas constitucionales [9]. A los tártaros se les achaca la supuesta inclinación de los rusos hacia la crueldad, así como también su apasionamiento o su despótica forma de dominio. En contra de tales juicios globales, lo que se ha dicho hasta ahora invita a una mayor discreción. No puede hablarse de una influencia directa y prolongada sobre amplios círculos de la población por la forma de vida y organización de los conquistadores extranjeros, precisamente porque la investigación más reciente ha demostrado que la Horda de Oro se servía de un control indirecto sobre los territorios eslavos orientales sometidos y que no había en el país tropas tártaras, a excepción de las campañas militares y expediciones de castigo propiamente dichas. Lo que los eslavos orientales adoptaron de los mongoles se mantuvo en límites verdaderamente discretos, concentrándose fundamentalmente en denominaciones referentes al régimen tributario, al servicio de aduanas y al régimen postal, así como en general a la aplicación de los conocimientos técnicos en estos sectores. Muchos de estos adelantos comenzaron a utilizarse a finales o incluso al cabo del dominio mongol, como, por ejemplo, el servicio de correos del gran duque, la creación de unos registros catastrales escritos o el ábaco, desarrollado en el siglo XIV seguramente en las factorías de los Stroganov. Indudablemente tanto el servicio de correos como el registro catastral reforzaron las posibilidades de intervención del gran duque de Moscú, favoreciendo así el perfeccionamiento de la autocracia; pero ellos no aportaron esta forma de dominio.

De forma mucho más enérgica de lo que por regla general se hace, cabe destacar que el dominio de la Horda de Oro no provocó ninguna ruptura absoluta de la continuidad de la historia de Rusia. El particularismo que durante los siglos XII y XIII se había impuesto en amplias regiones de la Rus', no solamente fue tolerado por los mongoles, sino también impulsado conscientemente como medio de control en el equilibrio de las fuerzas de los distintos principados secundarios. El hecho de que a pesar de todo la dinastía de los grandes duques de Moscú lograra una posición

de poder cada vez más fuerte, debe atribuirse por lo pronto a la experiencia lograda por la Horda de Oro durante las caóticas circunstancias de las postrimerías del siglo XIII y al deseo de asegurar la posición de su aliado en las tareas que sobre éste recaían. Al aprovechar, sin embargo, los Rjuríkidas de Moscú cada vez más la libertad de movimientos que este estado de cosas brindaba, lograron activar la posición y el ejercicio del poder del príncipe, tradicionalmente fuertes en el nordeste de Rusia a partir de Yuri Dolgoruki y Andrés Bogoljubski. Precisamente aquí se habían formado, bajo las condiciones de un joven país colonial, aquellas estrechas relaciones entre príncipe y territorio que culminaron en el concepto de «patrimonio» (*otčina, votčina*); precisamente aquí, en las ciudades del nordeste, en el siglo XII, los elementos corporativos de la asamblea popular ciudadana (*veče*) actuaban con mucha menos fuerza que en el sur o en el noroeste. Por tanto, si bien es cierto que ciertos gérmenes de la autocracia se remontan a los tiempos premongólicos, los medios fiscales y militares confiados por los janes a los grandes duques de Moscú, su respaldo y el modelo de su organización administrativa, prepararon el suelo para el desarrollo de la autocracia moscovita. No obstante, los factores que aún tenían que darse eran de naturaleza distinta. Sobre ellos se tratará más adelante.

El hecho de que la parte de la Europa oriental que permaneció bajo la dependencia tártara, es decir, el futuro reino de Moscú, comenzara a separarse cada vez más de Occidente puede atribuirse, en el mejor de los casos, indirectamente a la Horda de Oro. El traslado de la sede del gran duque desde Kiev al nuevo y lejano centro de soberanía del nordeste, situado tras bosques y pantanos, contribuyó seguramente a que Europa occidental quedara aún más lejos. Pero puesto que Andrés Bogoljubski, en calidad de gran duque de Vladimir, mantuvo estrechas relaciones con Occidente, como muestran los rasgos románicos de muchas de sus construcciones, resulta evidente que los condicionamientos geográficos sólo alcanzaron esta importancia bajo nuevas constelaciones políticas. Estas se han de buscar —junto a una mayor orientación política de los príncipes rusos primitivos hacia Oriente, hacia Sarai— ante todo en la política ofensiva del papa Inocencio IV y de los vecinos occidentales de los eslavos orientales inmediatamente después de la invasión mongola.

No es, por tanto, extraño que la Iglesia ortodoxa, obligada a elegir entre la unión con Roma y la cooperación con los mongoles, tolerantes en materia religiosa, optara por esto último, y que a partir de este momento —influida seguramente por la pasión antilatina del patriarca de Nicea— afrontara con la mayor de las desconfianzas cualquier contacto con el Occidente latino,

y aún más desde que con la unión de Krevo entre Polonia y Lituania (1385) se añadiera a la enemistad eclesiástica una serie de exigencias políticas en el país occidental vecino y rival de Moscú. Durante la Edad Media la Iglesia formó sensiblemente la opinión pública —resulta característica la idealización que hiciera de Alejandro Nevski, convirtiéndole en santo, aunque como soberano no debió de ser precisamente una persona delicada, sólo porque había desterrado el peligro militar de Occidente—, y esta tónica tenía que repercutir necesariamente a lo largo de los siglos en la mentalidad del pueblo llano. Aunque a partir de finales del siglo XV se reanudaron unos cautelosos contactos diplomáticos con Occidente y las relaciones fueron afianzándose paulatinamente, éstas, sin embargo, quedaron limitadas en gran medida «al estrato superior» y no influyeron en la xenofobia que incluso hoy —aunque por razones muy diferentes— los políticos observan con verdadera simpatía.

Por tanto, durante el primer siglo de dominio mongol cambió en primer lugar la distribución demográfica. Esta a su vez trajo consigo otras consecuencias. Por otra parte, el dominio mongol provocó en la mayoría de los territorios de la Rusia primitiva una fase de prolongado estancamiento cultural y económico, a veces de una manifiesta decadencia. Por esta razón, en el período moscovita de la historia de Rusia el desarrollo del urbanismo se vio indudablemente refrenado.

No obstante, debe rebatirse a ciertos historiadores soviéticos que pretenden responsabilizar a la Horda de Oro también de que el urbanismo ruso primitivo no correspondiera al desarrollo de los municipios europeos occidentales y meridionales, que contaban ya con una administración autónoma, una organización gremial y artesanal y un derecho propio [10]. Los elementos democráticos, como es el caso del *veče,* sólo adquirieron una especial importancia —a excepción hecha del noroeste— durante las fases de debilitamiento del poder de los príncipes. En general estos elementos no fueron capaces de romper en la época premongólica el predominio de los componentes autocráticos, y menos aún en el nordeste de Rus'. Las últimas actuaciones del *veče* durante la segunda mitad del siglo XIII y en el primer tercio del siglo XIV estuvieron relacionadas, en la mayoría de los casos, con levantamientos populares espontáneos que se alimentaban de elementos de una antigua participación política y un odio contenido contra los abusos de los distintos jefes militares tártaros o los recaudadores de impuestos, siendo el de mayor trascendencia el levantamiento de los habitantes de Tver en 1327. El hecho de que la mayor parte de la nobleza estuviera conforme con los tártaros, puesto que salía beneficiada de esta relación amistosa, pro-

vocó a su vez la ira del pueblo, y fue precisamente la Horda de Oro la que ayudó a los príncipes y a los boyardos a eliminar definitivamente los últimos movimientos democráticos en las ciudades.

El hecho de que el noroeste, zona menos afectada por las consecuencias del dominio tártaro, se mantuviera y desarrollara la tradición de la asamblea popular de las ciudades no prueba la relación causal entre ambos hechos, puesto que en Novgorod ya se había logrado delimitar cada vez más los derechos del gobernante durante el siglo XII. Con todo, ni aquí ni en Pskov siguió fielmente la constitución municipal, hasta finales de la independencia, el modelo occidental, y el *veče* se convirtió, en lugar de en una representación estructurada corporativamente, en una masa amorfa, no llegándose a desarrollar ninguna constitución senatorial. Tan sólo en las ciudades que cayeron bajo la soberanía lituana o polaca se conoció la estructura jurídica urbana desarrollada en Occidente, aunque en la mayoría de los casos sólo exteriormente. Aproximadamente a finales de la Edad Media —aun antes de que Moscú se anexionara Novgorod y Pskov— habían cristalizado así tres grandes formas urbanas: el tipo ruso del noroeste, el moscovita y el polaco-lituano. Al obtener a finales del siglo XV o principios del siglo XVI Kiev, «madre de las ciudades de la Rus'», el derecho de Magdeburgo, esto hizo que se reflejaran los cambios políticos y sociales que resultaron durante la Edad Media de la invasión mongola, si bien ya existía para ello una base anterior.

II. *La consolidación económica de la Rusia primitiva y el auge de los grandes duques de Moscú (desde mediados del siglo XIV hasta mediados del siglo XV)*

Hacia mediados del siglo XIV —principalmente una vez dominada la «Peste Negra» de 1352-1353 y 1360-1366— un viento fresco activó el desarrollo de la Rus'. Pueden observarse como signos infalibles de este auge, junto al renacer de la construcción monumental y de sectores industriales más exigentes, una rotulación cada vez más ramificada y la acuñación propia de monedas. Indudablemente la incontenible decadencia del poder de la Horda de Oro y el igualmente incontenible aumento del poder de Moscú, provocado en gran medida por la decadencia de la primera, crearon un clima favorable para este desarrollo. Si bien Moscú era aún demasiado débil como para desterrar totalmente el peligro de posibles enemigos exteriores, así como de discordias internas, la población podía gozar, sin embargo, de una tranqui-

lidad interna algo mayor que en los cien, incluso ciento cincuenta años anteriores. Las fuentes escritas, que a partir de este momento resultan más numerosas y variadas (junto a las crónicas, vidas de santos y un material documental y de archivo cada vez más extenso), demuestran que esta consolidación no se reflejó únicamente en la vida económica, sino también en la vida espiritual. Hasta mediados del siglo XV la libertad de residencia campesina, como precursora de la ampliación colonizadora, aún pudo mantenerse ilimitada. Mas tras las huellas de los nuevos colonos llegó pronto el feudo (la propiedad), impulsado tanto por el auge de Moscú como por la colonización monacal, que hacia mediados del siglo XIV se había organizado con gran fuerza. Las consecuencias de este desarrollo se manifestaron un siglo más tarde cada vez con más nitidez.

a) Colonización campesina y vida económica del campesinado

La huida de colonos campesinos ante la presión mongola al interior del cinturón boscoso aceleró la colonización interna, así como la exploración de la taiga. La progresiva estabilización política interna que siguió al auge de Moscú contribuyó en gran medida a esta situación, principalmente en la segunda mitad del siglo XIV y a principios del XV. Los campesinos que roturaban los campos se alejaron de las antiguas colonizaciones en pequeños grupos, abriéndose paso en los bosques vecinos hasta entonces inexplorados; también siguieron en pequeños grupos el curso de los ríos hacia el mar Blanco. En esta época predominaba en gran medida el colono libre, «negro» [1], que se asentaba en las regiones despobladas al margen de las directrices de la autoridad y sufría él solo el riesgo y las ganancias de la colonización, y que por ello insistía conscientemente en su libertad de residencia. Tan sólo en las zonas de colonización antigua en torno a los centros de dominio parece que ya en el siglo XIV dominaba por regla general la propiedad sujeta al poder.

En la región de Novgorod las circunstancias se desarrollaron de forma algo diferente. Privados sensiblemente de la protección del príncipe debido a su progresiva falta de autoridad durante los siglos XII y XIII, los campesinos libres fueron víctimas, incluso los de las regiones lejanas al norte del lago Onega, casi sin excepción, como muy tarde en el siglo XV, del ansia de tierras de las autoridades eclesiásticas y de los boyardos, los cuales con la paulatina transformación de Gran-Novgorod en una oligarquía de boyardos en el transcurso del siglo XIV, se habían convertido en los verda-

deros dueños de la ciudad y del campo. Unicamente en el territorio situado junto al Dvina septentrional (en el llamado Prodvin'e o Zavaloč'e), que ya atraía en el siglo XIII a los colonizadores como nudo de las vías de comunicación de Novgorod y de la cuenca del Volga hacia el mar Blanco y hacia las regiones septentrionales de los Urales, las comunidades campesinas pudieron contener la infiltración de señores etxranjeros, a causa generalmente de su aislamiento.

Pero también allí donde los conventos o los altos dignatarios eclesiásticos, como, por ejemplo, el metropolitano, pretendían canalizar en su provecho a las fuerzas colonizadoras, se dejaba libertad a la iniciativa propia de los campesinos. Funcionarios especialmente nombrados (*slobodčiki*) obtuvieron de los correspondientes señores el derecho, mediante importantes privilegios —principalmente años exentos de impuestos—, de reclutar gran número de nuevos colonizadores campesinos y de explotar con ellos bosques enteros. (Este proceso se repitió —aunque con funcionarios estatales— en el siglo XVII durante la colonización de Siberia.) Si bien las tierras de nuevo cultivo colonizadas de esta manera llevaban el nombre de «libertades» (*svobody* o *slobody*), puesto que el asentamiento de los campesinos no estaba sujeto a un determinado derecho y los privilegios se extinguieron por regla general tras un cierto tiempo (esta forma de locación tiene poco en común con la de la colonización oriental alemana), los colonizadores campesinos cayeron más o menos pronto en la masa de los campesinos señoriales, compartiendo más tarde su suerte.

Si bien el período de roturación trajo consigo una mayor movilidad de la población campesina en su totalidad, como suele suceder en la fase final de la colonización de un espacio, pueden considerarse como refutadas las tesis antiguamente emitidas sobre el carácter «seminómada» del campesinado eslavo oriental [2]. Hasta llegado el período de grandes rebeliones campesinas en la segunda mitad del siglo XVI, no sólo permaneció bastante estable la situación, sino también la ocupación de las fincas; la propiedad se fue heredando en su mayoría a través de generaciones.

Precisamente durante el primer estadio del período de roturación los colonizadores tenían que desempeñar su trabajo por regla general con los medios ofrecidos por la economía del desbroce y la roturación de los campos quemados. Primero el bosque tenía que ser roturado recurriendo a su división en parcelas que luego eran desbrozadas y aradas. Los troncos cortados se empleaban como madera para las construcciones, el ramaje y los arbustos se quemaban, las cenizas abonaban las tierras y daban a éstas la fuerza necesaria para tres, a veces incluso cinco, cosechas de cereales. Los campesinos del bosque se tenían que ganar el sus-

tento de manera muy dura; con el arado de madera ligero (*socha*) guarnecido de dos o más rejas de hierro, tirado generalmente por su único caballo, levantaba la tierra evitando los troncos aún existentes. Si el suelo se había gastado tras diversas cosechas, el campesino dejaba que se convirtiera otra vez en bosque y empezaba una nueva tala. La progresiva densidad de la población coartaba cada vez más este sistema extensivo. Paulatinamente se incluían en la roturación de los campos suelos boscosos de situación favorable, utilizados ya anteriormente y cubiertos únicamente con vegetación joven, hasta que en torno a las fincas y a las colonias cristalizaron con más o menos rapidez núcleos duraderos de campos permanentes, que no obstante requerían un abono regular. El ganado mayor, que en invierno se guardaba en establos y en verano pastaba libremente en el bosque, suministraba el abono. Así se efectuó la transición a un sistema de rotación de cultivos, por regla general trienal. En forma distinta que en las antiguas regiones de colonización del sur de Alemania, donde ya predominaba la rotación trienal de cultivos en la época carolingia, en el nordeste de la Rus' puede documentarse de forma irrecusable en la segunda mitad del siglo XV, si bien en los territorios centrales puede retrotraerse la fecha con seguridad como mínimo a comienzos del siglo XV. En torno a los territorios centrales se formó también en la época posterior un reborde de campos roturados por fuego, del mismo modo que en general el cultivo de campos quemados conserva hasta la entrada de la Edad Moderna, principalmente en el norte de Rusia, una importancia considerable.

El sistema de roturación por fuego o el de la rotación trienal en campos roturados por fuego fomentaba, unido al espíritu de iniciativa campesino aún independiente y favorecido por la alternancia en pequeños espacios de depresiones húmedas y elevaciones secas del suelo —herencia del último período glacial—, la tendencia a la formación de pequeñas colonias de una a tres propiedades rurales[3] y grandes familias o a la cooperación entre vecinos; de otra forma apenas hubiera sido posible afrontar todo el trabajo existente.

Si bien, debido precisamente a este reborde de campos roturados por fuego al principio los límites de explotación y, por tanto, de la propiedad de los distintos campesinos o colonias no estaban en modo alguno claramente precisados, y en las actas del siglo XIV y XV aparecía una y otra vez la fórmula de «hasta donde llegue la *socha,* la guadaña y el hacha», las diferentes explotaciones campesinas se veían, sin embargo, sujetas a un organismo superior que regulaba las relaciones económicas y administrativas: la comunidad rural denominada generalmente *volost'.* Esta comunidad rural no ha sido ni el resultado de la fraterni-

dad eslava ni de la idea de igualdad eslava, como los eslavófilos del siglo XIX se creyeron en la obligación de ponderar, y tampoco puede ser considerada como producto de la decadencia de la sociedad primitiva humana en el sentido marxista. Todas las tesis expuestas en este sentido por la historiografía soviética no pasan hasta el momento de ser puras hipótesis [4]. Las fuentes son tan escasas que ni siquiera puede apreciarse con exactitud hasta qué punto eran estrechos los lazos tradicionales con las comunidades rurales de la época premongólica, en qué medida se asociaron espontáneamente los colonos o se vieron obligados a ello debido a las disputas por cuestiones limítrofes o a la densidad de población y qué influencia tuvieron las medidas estatales.

Allí donde las fuentes del siglo XIV ofrecen alguna explicación sobre la comunidad rural «negra», ésta se nos presenta con una doble función: por una parte, como abogado de sus miembros campesinos, es decir, como unión corporativa que regulaba el aprovechamiento colectivo de los pastos del bosque, de los ríos, y en parte también de los cortes de hierba; por otra parte, como la unidad más pequeña de la administración estatal, especialmente fiscal; como tal tenía que recoger las contribuciones e impuestos de los campesinos y trasmitirlos a la autoridad fiscal inmediatamente superior. Esta obligación tenía como contrapartida diversos derechos sobre las tierras de su región, por ejemplo el derecho a ceder de nuevo fincas y parcelas abandonadas, ya que los impuestos que recaían sobre éstas debían ser pagados adicionalmente por el resto de los campesinos. Al frente de esta comunidad rural se hallaba un anciano (*starosta*) o «jefe de centuria» (*sockij*), generalmente elegido.

La «teoría de la comunidad» difundida principalmente entre los historiadores del siglo XIX mostró haberse equivocado al considerar la comunidad campesina esquemáticamente como roca errática. Esta era, por el contrario, algo muy complicado que desde el punto de vista económico se componía en la mayoría de los casos de toda una red de asociaciones de dulas más pequeñas y que en parte se interferían, y en el caso de colonias mayores, también de asociaciones obligatorias. En estas asociaciones mayores podía haber a su vez comunidades de pequeñas propiedades o comunidades de aprovechamiento que explotaban en forma corporativa sobre una base familiar (gran familia) o según contrato (*skladniki, sjabry*) las tierras de una finca.

De esta forma fueron desarrollándose paulatinamente los matices de la estructura económica y de la propiedad de los campesinos rusos de finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna, que en Europa es seguramente única y que no puede tener cabida ni dentro del concepto de comunidad agraria

—ésta se generalizó más tarde— ni dentro del concepto de propiedad privada. Si bien la forma de propiedad agrícola que predominaba era la privada, la movilidad de la organización rusa de la propiedad permitía variadas transiciones desde la propiedad común no dividida, pasando por la propiedad en colaboración, hasta la propiedad privada limitada, es decir, con derecho de retroventa. Algo semejante pasaba también con los bienes de los comerciantes y los hacendados. Por ello, junto a una inclinación hacia la propiedad privada claramente expresada, también acompaña a toda la historia del campesinado ruso una tendencia colectivista. Precisamente esta complicada coordinación y unión de ambas corrientes fundamentales dan lugar a que al europeo occidental le resulte tan difícil comprender la historia agraria de Rusia; indudablemente ello ha contribuido a dar una visión del *mužik* extraña y misteriosa, incluso «no europea».

Todo este sistema económico y de la propiedad encontró su expresión más diferenciada en el norte de Rusia, pues tras la incorporación definitiva del Gran-Novgorod al reino de Moscú (1478) los mayores latifundistas fueron expropiados, mientras que los campesinos, en la medida en que habían estado ligados a los señores, volvieron a recobrar la total libertad de disposición sobre su tierra. En las otras regiones la progresiva expansión de la propiedad señorial limitó la libre disposición campesina de las tierras.

Como típicos campesinos del bosque, los rusos primitivos de la alta Edad Media practicaban una agricultura compleja en la que la economía agraria, la cría de ganado mayor y el aprovechamiento del bosque se condicionaban y completaban mutuamente. En la época mongólica el centeno de invierno desplazó definitivamente al mijo como cultivo principal. La pesca, la caza y la recolección de la miel en el bosque no perdieron tampoco su importancia como actividades económicas secundarias en los siglos XIV y XV, hasta que el apogeo del período de roturación en la primera mitad del siglo XVI ahuyentó definitivamente a los animales de caza de los bosques, al menos de las regiones centrales.

Así pues, las condiciones similares del proceso de roturación formaron durante la fase inicial de la colonización interna, por encima de los límites de las distintas categorías de propiedad, entre el Oka y el mar Blanco, entre el Dvina septentrional y occidental, un estamento campesino relativamente uniforme con una forma de vida, de economía y colonización similar y con derecho a la libertad de residencia. Indudablemente dentro del grupo de los campesinos señoriales ya se observa una mayor diferenciación social y jurídica. De los antiguos propietarios (*staro-*

žil'cy)[5], en su mayoría bien acomodados, que solían ser llamados como testigos en los juicios y expertos en límites (*znachori*) y que a menudo formaban la espina dorsal de las comunidades rurales señoriales, se diferencian otros grupos. A éstos pertenecen los «medieros» (*polovniki*), que en oposición a los verdaderos campesinos no pagaban ningún impuesto fijo al hacendado, sino que a cambio de semillas, aperos de agricultura y a veces animales de tiro le entregaban una parte determinada de su cosecha. Esta, debido al apoyo inicial prestado por el señor, era mayor que el impuesto campesino y podía llegar a ascender a más de la mitad de la cosecha (de ahí su nombre). Debido precisamente a la ayuda inicial, esta forma de contrato se generalizó durante el período de roturación, especialmente porque parte de los «medieros» eran campesinos empobrecidos y eslavos liberados.

En relación con el paulatino desarrollo de la economía financiera, nos encontramos, principalmente en el siglo XV, con los «deudores de plata» (*serebreniki*), campesinos que, por haber recibido créditos en metálico o por deber intereses atrasados, se habían endeudado con sus señores. Deben diferenciarse de éstos a los siervos por deudas (*kabal' nyecholopy*), que junto con el endeudamiento habían contraído por contrato una relación de servidumbre, y que hasta satisfacer las exigencias de su acreedor quedaban sujetos a su persona. Por ello éstos carecían, como los «esclavos totales» (*polnye cholopy*), del derecho a la libertad de residencia.

Parece ser que el porcentaje de esclavos totales en la población —esto también es válido para el Gran Ducado de Lituania— disminuyó progresivamente en los siglos XIV y XV. En ello influyó seguramente de forma decisiva las advertencias de la Iglesia acerca de la liberación de los esclavos por testamento. Es de suponer que entre este proceso y el aumento de los medieros existan ciertas relaciones. Pero también la función de los esclavos o *cholopy* se hallaba en un momento de transformación. Si durante la época premongólica estaban aún en gran medida incorporados a la economía doméstica de los señores, con la paulatina ampliación de su hacienda éstos procedían cada vez más a encargar a los esclavos, como personas de confianza, de la administración de los campos o de los complejos de colonización (*ključniki*) o incluso a dotarles de tierras y casa y a asignarles las funciones de los campesinos. Con ello quedaba marcado en el siglo XV el punto de partida del largo proceso de asimilación entre campesinos y esclavos, proceso que terminó durante el gobierno de Pedro el Grande.

b) Urbanismo, comercio y economía

La era de la tala, que absorvió una gran parte de la mano de obra campesina, utilizándola en la extensión de las tierras de labrantío, fomentó en forma natural las tendencias de desarrollo extensivo de la vieja economía rusa. Si bien es verdad que la unión en cooperativas de mercado y la formación y perfeccionamiento paulatinos del método de cultivo por rotación trienal aumentaron indiscutiblemente la productividad de la economía campesina, fue éste, sin embargo, un proceso que se extendió a lo largo de generaciones y fue ampliamente compensado por el aumento de la población. Además, mientras que los campesinos no vieran el menor incentivo en producir para el mercado, porque nobles y señores seguían cubriendo una gran parte de sus necesidades en productos agrícolas con las propias y pequeñas haciendas, atendidas en su mayoría por siervos, y porque el urbanismo se encontraba sólo débilmente desarrollado, difícilmente podía seguir la agricultura el camino del aprovechamiento intensivo de los suelos.

Lo que necesitaban de ropas, zapatos e instrumentos de trabajo lo producían por sí mismos los campesinos o se lo compraban a los artesanos del pueblo. O sea, con respecto a la época premongola, la población rural llevaba una vida muchísimo más autárquica y, evidentemente, más modesta. Así pues, en todo el siglo XV predominó la economía natural. Los campesinos que trabajaban para señores feudales tenían que pagar sus tributos especialmente con cereales, ganado menor y productos animales, pero también en forma de diversos servicios (acarreo, obras, a veces también labores del campo). Al menos en el territorio de Novgorod desempeñaban un cierto papel los pagos en metálico suplementarios. Sólo el gran duque percibía sus impuestos (*dan'*) predominantemente en metálico para poder satisfacer de esa forma las ansias de plata de los tártaros.

En conformidad con esa situación económica, la circulación de moneda acuñada estaba al principio débilmente desarrollada. Al poner en circulación sus propias monedas de plata, en la segunda mitad del siglo XIV, los grandes duques de Moscú y Suzdal'-Nižnij-Novgorod adquirieron una posición destacada. Pero es desde principios del siglo XV cuando aumenta la circulación de dinero; entonces comienzan también a acuñar los restantes duques. La gran Novgorod, que poco tiempo antes, pero sin éxito, había introducido la moneda livonia, pasó a la acuñación propia en 1420, emitida por Pskov en 1425. El hecho de que durante el siglo XV las grandes ciudades, sobre todo, comenzasen a poner

en circulación también monedas de cobre permite deducir un crecimiento paulatino del comercio al por menor.

La producción primaria se encontraba también fuera del sector agrario, en gran parte en manos campesinas. Como las riquezas del subsuelo eran prácticamente inexistentes hasta que empezaron a explotarse los Urales, había que conformarse con la obtención del hierro mediante la fundición de limonita y minerales extraídos de tierras pantanosas y con las salinas. Ambas cosas eran realizadas como ingresos suplementarios, sobre todo por los campesinos de aquellas regiones que debido a las malas condiciones climáticas o a las grandes superficies cubiertas por pantanos sólo arrojaban escasos rendimientos agrícolas; así se especializaron Ingria (al sur del golfo de Finlandia) y Carelia como primitivos centros de obtención de hierro, y Staraja Rusa (al sur del lago Ilmen), así como la zona costera del mar Blanco en la obtención de sal.

Entre las materias primas que mantenían las exportaciones ocupaban el primer puesto las pieles y la cera; ambas igualmente sobre todo productos del trabajo campesino tendiente a obtener un ingreso adicional: las pieles del norte de Novgorod y de las estribaciones de los Urales, la cera, hasta comienzos del siglo XIV, sobre todo de las regiones de Smolensko y Polock, y después, hasta entrado el siglo XVII, del cinturón de bosques de la cuenca central del Volga.

Todavía en el siglo XV seguía siendo el comercio con el extranjero un comercio de lujo, para cubrir, como antes, las necesidades de las capas altas. El hecho de que predominasen sobre todo, entre los bienes de exportación, las materias primas, mientras que las importaciones estaban determinadas por mercancías acabadas, como paños y metales preciosos y refinados, así como por sal, caracteriza la difícil situación de la vieja economía rusa durante la época mongola: el relativamente bajo grado de desarrollo de la elaboración industrial y de aquí la dependencia de la circulación monetaria con respecto a las monedas de plata extranjeras. Para los comerciantes extranjeros, sobre todo los de la Hansa, que se introdujeron en ese mercado con todo su acumulado poder, el juego era relativamente fácil, y no sólo por tradición. Los comerciantes de la Hansa —representados cada vez más por las ciudades de Livonia— se hicieron ratificar por la gran Novgorod, en una serie de nuevos tratados, los derechos que habían ido acumulando en el transcurso de muchas generaciones, convirtiendo así definitivamente en el siglo XIV a la gran Novgorod en el principal mediador comercial con Occidente. Esa posición de Novgorod permaneció intacta también en tiempos posteriores, ya que el tránsito comercial entre la Europa rusa y la

Europa central u occidental a través del gran ducado de Lituania era perturbado por los grandes aranceles aduaneros lituanos y los continuos abusos que se cometían desde el siglo XV.

Un cuadro similar ofrece el comercio con Oriente, sobre todo vía Crimea. A través de Crimea se importaban especialmente objetos de lujo y mercancías acabadas del Asia Menor, Siria y Persia: tejidos de seda, lana y algodón, especias, perlas y piedras preciosas, mientras que la exportación rusa se concentraba en pieles, halcones de caza y cueros de las propias fuentes de materias primas, así como al intercambio de paños de Europa occidental. En forma característica, también productos artesanales propios, como armas y joyas, formaban parte de las exportaciones a través de Crimea hacia Oriente y el Asia central; evidentemente allí, con una baja competencia, se ofrecían más posibilidades de venta que en Europa occidental, con su artesanía altamente especializada. El grupo de los viajantes de Crimea (*gosti-surožane*), que se hicieron fuertes con ese comercio, aun cuando fuese numéricamente limitado como es obvio, desempeñó, sobre todo en Moscú, también un papel político no despreciable.

En ese fondo se dibuja el cuadro de una estructura urbana que empieza a dejar ya tras de sí los bajos del primer siglo de dominio mongol, pero que todavía se resiente de la desfavorable situación económica general. La división en pequeños ducados, con sus numerosas aduanas interiores y los crecientes disturbios políticos, fueron un impedimento, y no el menor, para un desarrollo más fuerte del comercio interior ruso y con ello, al mismo tiempo, de las ciudades. Si bien desde mediados del siglo XIV se formaron algunas nuevas ciudades, sobre todo como sedes ducales (por ejemplo, Serpuchov y Ruza), la red de asentamientos urbanos siguió siendo muy difusa hasta en las regiones densamente pobladas. De las cuarenta localidades de la vieja Rusia, que por su función podrían denominarse ciudades, sin contar el gran ducado de Lituania, aun en el siglo XV sobrepasarían sólo muy pocas de ellas los 10.000 habitantes; probablemente sólo lo hicieran Moscú, Novgorod, Pskov y quizá también Tver'[6]. Las restantes eran pequeños centros comerciales y artesanales, sobre todo con funciones de distribución, importantes como puntos estratégicos militares y sedes de los duques o de sus administradores. No muy distinta era la situación de las ciudades en aquellos territorios eslavos orientales que habían caído en poder del gran ducado de Lituania o del reino de Polonia. Entre los pocos centros urbanos importantes se destacan aquí Lemberg, Polock y Smolensko. Kiev había caído en segunda fila.

Novgorod y Pskov, en cuyo esplendor económico sólo había causado pocos daños la invasión mongola, llegaron en el trans-

curso del siglo XIV a la cumbre de su importancia política. Con sus 25.000 ó 30.000 habitantes en los siglos XV y XVI alcanzó Novgorod el rango de las más importantes ciudades alemanas, como Colonia, Nuremberg, Lübeck, Augsburgo y Viena. Junto a la importancia en el intercambio comercial con Occidente, contribuyó a esto también en forma esencial su diferenciada y continua artesanía; en especial era famosa la fabricación y elaboración de cueros; también las pieles finas de otras ciudades tenían cierta importancia en las exportaciones. Evidentemente, Moscú se dedicaba ya en el siglo XV a disputarle su rango a Novgorod, tanto por su tamaño como por su economía, ya que su creciente importancia como ciudad residencial de un gran ducado aumentaba continuamente el grupo de consumidores en torno al señor e impulsaba así el comercio y la industria.

En las viejas ciudades rusas del siglo XIV desempeñaba todavía un papel dominante el trabajo artesanal por encargo. Aun en el siglo XV había cambiado poco la situación en los pequeños centros urbanos, mientras que en las pocas grandes ciudades predominaba, a partir del siglo XV, la producción en serie y con ello las mercancías acabadas para el mercado. La producción artesanal y el comercio no estaban todavía siempre claramente delimitadas, pues en la segunda mitad del siglo XV nos encontramos una y otra vez con artesanos que son miembros de caravanas de comerciantes. Asociaciones similares a los gremios artesanales nos son conocidas entre los comerciantes viajeros (los ya mencionados *gosti-surožane*) de Moscú, pero entre los artesanos no existió un sistema gremial tan desarrollado como en Europa occidental. Sólo indicios de asociaciones civiles de artesanos pueden extraerse de oscuras y contradictorias fuentes, sobre todo para Novgorod [7].

Con la paulatina consolidación económica desde mediados del siglo XIV entran las ciudades de la vieja Rusia en un estadio decisivo que determina todo su desarrollo posterior hasta la industrialización. El hecho de que no se llegase a un tipo de urbanismo en el sentido de una ciudad con derechos constitucionales como las de Europa occidental y central se debe no sólo a la herencia de las decisivas tendencias impulsoras que se imponen ya en la época de Kiev y luego en el primer medio siglo de poder mongol, sino igualmente a factores coetáneos que estaban enclavados en forma muy compleja en la vieja herencia rusa. En ningún momento pudieron liberarse las ciudades del control de los duques o del de sus mandatarios. Donde esto se logró, sin embargo, como en Novgorod y Pskov, de las capas superiores, al principio fuertemente orientadas al comercio, se destacó muy rápidamente un pequeño grupo de grandes terratenientes que tomaba en sus manos el destino de la ciudad y, en sus intereses

económicos, se sentía unido mucho más fuertemente al gigantesco *hinterland* que a la propia ciudad. Aun cuando los principales grandes comerciantes se uniesen, como en Moscú, en cooperativas, no actuaban en contra de los grandes duques, sino que colaboraban con ellos para participar de sus privilegios y gozar de su protección.

Pero mucho más decisivo fue el hecho de que los habitantes de las ciudades no pudiesen desarrollar ningún tipo de cohesión interna o un sentimiento de comunidad apoyado en una base cooperativa, porque las comunidades urbanas «libres» (es decir, «negras», obligadas a impuestos y sólo sometidas al duque) fueron presa de un lento proceso de descomposición interna desde el principio de la consolidación económica. Esta partió de los centros económicos libres de impuestos que los duques, monasterios y altos dignatarios de la iglesia crearon en las partes de la ciudad donde vivía la población industrial sometida a impuestos (la llamada *posad*); desarrollo éste, por cierto, cuyas raíces se remontan a la época de Kiev. Sobre la base de su inmunidad tributaria y de sus privilegios ducales, las instituciones eclesiásticas fundaron, en el curso de su desarrollo, asentamientos de grupos completos de artesanos dependientes de ellas y aseguraron esos emplazamientos libres de impuestos («blancos») con la adquisición de fincas «negras» mediante donaciones o compras. Al contrario que en Europa occidental, la dispersión feudal, con sus hegemonías, afectaba aquí hasta a las ciudades. Como las comunidades urbanas, con la pérdida de su potencial tributario y su fuerza productora, se debilitaban y eran desmembradas topográficamente, sus representantes iniciaron la resistencia contra ese desarrollo desde mediados del siglo XV. El hecho de que hasta los días de Pedro el Grande ésta fuese una lucha contra molinos de viento pone de manifiesto las fuerzas que determinaron las características del urbanismo moscovita, empujándolo a un lado del camino del desarrollo europeo.

c) Evolución de la política exterior e interior

El hecho de que la rama moscovita de los Rjuríkidas pudiera asegurarse con carácter permanente, gracias al apoyo que buscaron en los tártaros, el título de gran duque y el Gran Ducado de Vladimir unido a éste, y de que, partiendo de esta base, pudiera someter uno tras otro a los restantes principados y a los otros territorios, no fue en modo alguno consecuencia de un proceso lineal y en cierto modo obligado. Si bien el conjunto de diferentes factores, expuesto en el capítulo anterior, creó una

pauta favorable para el auge de Moscú, éste no estaba aún tan desarrollado como para superar sin más las eventuales crisis. Dicho sea con más exactitud: en las encrucijadas del desarrollo también tenía necesidad de una personalidad histórica decisiva.

La figura del metropolitano Alejo (1357-1378) alcanzó una importancia trascendental para la salvaguardia del predominio moscovita en semejante situación de crisis. Al morir el gran duque Iván II en el año 1359 dejando dos hijos menores de edad, fue Alejo quien, con todo el peso de su autoridad eclesiástica, se ocupó de que, tras un breve intermedio, le fuera entregado al joven Demetrio Ivanovič de Moscú de nuevo en 1362-1363 el Gran Ducado de Vladimir. Apoyó a Demetrio al desarrollar éste una política ofensiva y ensanchar sus dominios incorporando una serie de principados más allá del Volga hacia el nordeste hasta Beloozero y Galič. De los tres nuevos «Grandes Ducados» que los tártaros crearon a mediados del siglo XIV con el fin de equilibrar el creciente poder moscovita (Tver', Riazan', Suzdal'-Nižnij-Novgorod), Demetrio logró controlar el último. También consiguió vencer en la segunda fase la lucha decisiva con Tver' (1368-1375); aunque el Gran Duque Miguel de Tver' conservó su independencia, tuvo que reconocer a Demetrio como «hermano mayor», es decir, como superior, y admitió ciertas limitaciones a su política exterior.

Si bien el respaldo que el metropolitano ofrecía a las pretensiones políticas del joven Demetrio se hallaba desde luego dentro de la tradición bizantina de la Iglesia ortodoxa, la «armonía» entre el poder eclesiástico y el laico adquirió un nuevo matiz, evidentemente nacional. El gran duque de Moscú, como paladín de la unidad estatal de todos los eslavos orientales ortodoxos: esta concepción se oculta (aunque aún no de forma manifiesta) tras la política de Alejo, cuya procedencia de una antigua familia de boyardos de Chernigov favoreció indiscutiblemente su gran deseo de responsabilidad y acción política. Pero al mismo tiempo esta clara toma de partido, incluso identificación de la ortodoxia con Moscú abrió las puertas para una posterior y fatal evolución, que con la progresiva superioridad de la parte laica convirtió finalmente a la Iglesia estatal ortodoxa en apologista ideológico del régimen autocrático.

Mas la estrecha fusión de la política imperialista y eclesiástica no puede considerarse aislada de la nueva orientación concreta de la política exterior que introdujeron por primera vez en los años sesenta del siglo XIV el gran duque y el metropolitano. Empujados por el proceso de descomposición de la Horda, que alcanzó su primer momento culminante durante ese decenio y que permitió al gran duque de Lituania ampliar su reino hasta Kiev,

Demetrio y Alejo intentaron, en primer lugar, apoyándose hábilmente en la Horda de Mamāi abandonada por Sarai, expulsar a los príncipes fieles a Sarai y así ampliar la zona de dominio moscovita. También parece pertenecer a esta época la pretensión moscovita de convertir la región del principado de Vladimir en «patrimonio» (*otčina*), es decir, anular el derecho del jan de la Horda a adjudicarla libremente.

La política de Demetrio empezó a resultar demasiado afortunada ante los ojos de Mamāi, apoyando por ello cada vez más a Tver' y Riazán contra Moscú y llegando incluso a cerrar un pacto con Lituania. Demetrio ya se sentía, a raíz de la victoria sobre Tver', lo suficientemente fuerte como para atreverse a luchar contra Mamāi. Naturalmente él no buscó este conflicto, pero tampoco pudo evitarlo cuando se recrudecieron los incidentes fronterizos. Su victoria sobre el ejército tártaro en la batalla de Kulikovo, no lejos del Don, en el año 1380, no supuso la independencia de la Horda, pues el jan Tuqtamiš conquistó en 1382 Moscú, pero la independencia empezó a convertirse en un poderoso ideal moral. A Demetrio se le conoció a raíz de esto con el sobrenombre de «Donskoj» (del Don). Por primera vez habían perdido los tártaros la aureola de su invencibilidad en batalla abierta. El gran duque de Moscú había pasado —en cualquier caso en la opinión pública— de ser el esbirro del jefe pagano de los nómadas a su rival más poderoso y con ello también a ser el defensor, en el campo eclesiástico y nacional, de los eslavos orientales ortodoxos. Los «grandes duques» de Tver' y Riazán estaban desacreditados desde un punto de vista religioso por su colaboración con Lituania y la Horda. Así la victoria en el campo de Kulikovo, aunque el metropolitano no vivió ya para verlo, fue la coronación de sus aspiraciones políticoeclesiásticas e imperialistas.

Aunque los grandes duques de Moscú no pudieron evitar en los siguientes decenios tener que recurrir al soberano y a las hábiles maniobras entre los grupos de poder tártaro, la autoridad moral y la ambición política que de ella resultó —que Demetrio Donskoj había dejado a sus descendientes como fruto de su victoria aislada en el campo de Kulikovo— avivaron aquel constante viento que elevó definitivamente a los grandes duques en las siguientes generaciones. Al mismo tiempo, y debido a la paulatina fusión de la dignidad de gran duque de Vladimir con el «patrimonio» moscovita a partir de Demetrio Donskoj, la antigua residencia principesca fue perdiendo cada vez más importancia, y en la conciencia de los hombres el gran ducado se asoció definitivamente al de Moscú, que dio nombre a un largo período de la historia de Rusia.

Los jefes tártaros que sucedieron a Mamāi —el jan Tuqtamiš y el emir Edigü— no tuvieron otra opción frente a la creciente dinámica del gran ducado moscovita que apoyar con más fuerza a los restantes «grandes ducados» y debilitar a Moscú con saqueos ocasionales de su territorio. Con mano dura Edigü logró consolidar políticamente a la Horda por última vez y utilizar toda su fuerza de combate en el invierno de 1408-1409 contra el gran ducado de Moscú. La población campesina sufrió duramente bajo las incursiones de los tártaros, pero ya no lograron conquistar Moscú como hicieran en 1382. Cuando, a lo largo de la primera mitad del siglo XV, se crearon a partir de la Horda nuevas formas estables de dominio, como en el caso de los janatos de Crimea y de Kazán, los tártaros eran ya definitivamente demasiado débiles como para evitar el auge ulterior de Moscú. No obstante, sus ataques continuaron resultando peligrosos durante más de medio siglo.

Aprovechando igualmente la debilitación tártara, el gran ducado de Lituania conoció durante el reinado de Vytautas (Witold), con la incorporación de Smolensko (1404) y con la construcción de bases militares en la costa noroeste del mar Negro, su mayor expansión. El brazo de Vytautas llegó a alcanzar incluso a Moscú, donde, tras la muerte de su yerno Basilio I, ejerció desde 1425 hasta 1430 la tutela sobre su nieto menor de edad, el futuro Basilio II. Pero a la muerte de Vytautas su activa política oriental no encontró ningún sucesor. El tratado de Krevo había abierto en 1385 la serie de uniones entre Lituania y Polonia; únicamente por el hecho de que el gran duque lituano Jagellón, elegido rey de Polonia, había delegado en su primo Vytautas la administración, prácticamente absoluta, del gran ducado, se le había dado a éste mano libre en Oriente. Esto fue, sin embargo, una excepción. Puesto que los grandes duques lituanos posteriores se convertían siempre con relativa rapidez en reyes de Polonia, sin querer por ello renunciar al gran ducado, centraron su atención forzosamente en la política exterior polaca, dirigida ante todo hacia Occidente, mientras que en al flanco oriental adoptaron una postura defensiva. Esto, unido a la separación religiosa de sus súbditos eslavos orientales ortodoxos, provocada por su conversión al catolicismo romano, ofreció en su momento al gran duque moscovita ortodoxo el pretexto y la posibilidad de emprender el restablecimiento del antiguo reino de Kiev también a costa de Lituania.

La muerte de Vytautas en 1430 provocó en el gran ducado de Moscú una grave crisis interna que duró veinte años y degeneró en una sangrienta autodestrucción. En esta ocasión no se trataba de una lucha con los restantes grandes duques o con territorios

aún independientes, sino de un conflicto que se enconó dentro de la dinastía moscovita dominante por el orden de sucesión. De nuevo se enfrentaban violentamente las dos formas de derecho de sucesión del seniorato y de la primogenitura, cuyo antagonismo tanto daño causó a la Rus'.

A partir de los testamentos de los grandes duques de Moscú puede deducirse cómo, de acuerdo con el aumento de su poder político, los soberanos intentaban reforzar la posición de su hijo mayor, para así excluir las luchas fraticidas. Si Iván Kalita había dividido su herencia, siguiendo en cierta medida el principio de la igualdad jurídica y del gobierno colectivo, entre sus hijos y esposa, Demetrio Donskoj, que tuvo cuatro hijos varones, aumentó la herencia de su hijo mayor, Basilio, a costa de sus hermanos. Esta falta de seguridad, la desunión territorial y la ausencia de firmeza de los principados secundarios, pensados más para dar satisfacción a los hijos más jóvenes que para estimular sus ambiciones, habían logrado evitar un conflicto dentro de la dinastía moscovita mientras se mantuvo al menos en sus aspectos fundamentales la práctica de sucesión acostumbrada. Pero cuando Basilio I, rompiendo el principio del seniorato practicado aún testamentarialmente por su padre, no eligió como sucesor a su hermano siguiente en edad, Yuri de Galič, sino a su propio hijo menor de edad Basilio (II), se cernió aquella tormenta desencadenada al acabar la tutela de Vytautas.

Yuri inició la lucha por sus derechos, lucha que a raíz de su muerte prosiguieron sus dos hijos Basilio el Bizco (Kosoj) y Demetrio Šemjaka con pretensiones ya mucho más dudosas. La suerte de las armas cambiaba constantemente, al igual que las coaliciones, y no sólo se inmiscuyeron los enemigos rusos de Moscú, sino también los tártaros. Basilio II, que a causa de su juventud no estaba en condiciones de responder a las exigencias en él puestas, tuvo que entregar tres veces Moscú al adversario. Le quitaron los ojos y tampoco pudo evitar caer prisionero de los tártaros. Pero puesto que su más contumaz enemigo, Demetrio Šemjaka, no fue capaz de mantener ninguna coalición duradera en contra suya, finalmente mantuvo la supremacía.

El pueblo sencillo fue quien más sufrió en esta guerra civil, que evidenció una dureza despiadada en todos los bandos. Tras los saqueos producidos por el ataque de Edigü, tras las graves y continuamente recrudecidas epidemias de peste y de hambre en los años 1417-1427, en los dos decenios siguientes de guerra la miseria general se transformó en un período de desolación durante el cual se despoblaron casi por completo ciertas regiones.

Si a pesar de las numerosas humillaciones Basilio salió vencedor de la lucha política interna, puede verse en ello una prueba

del afianzamiento, ya asombradamente desarrollado, de la posición de poder de Moscú. Para el pueblo sencillo, los grandes comerciantes, la Iglesia y la nobleza de espada en desarrollo, el gran duque de Moscú, especialmente a raíz de la victoria de 1380 sobre los tártaros, era claramente la única garantía de la estabilización aún moderada, pero que ya se percibía tanto en la economía como en la política interior. Con ello, sin embargo, se señala una decisiva transformación de las estructuras políticas y la mentalidad que concebía la soberanía del gran duque menos como un resultado de los méritos personales del correspondiente soberano —éstos en definitiva estaban sujetos a fuerzas incalculables y eran, por tanto, precarios—, sino que aspiraba a una institución permanente que garantizara la protección tanto interna como externa y que fuera independiente de la personalidad del soberano. Sobre esta base podía prepararse entre los sucesores de Basilio la evolución hacia la autocracia.

d) Dominio político y propiedad inmueble

En la Rusia primitiva ya se había extendido en el siglo XIV la propiedad inmueble, que se concentraba principalmente en las zonas de antigua colonización y en torno a las ciudades. Pero en medio aún existían amplias lagunas, en las que se mantenían las comunidades rurales libres de los campesinos «negros».

El tipo e importancia de los derechos señoriales se amoldaban a la posición de sus titulares, ya se tratara del gran duque, de príncipes secundarios o de boyardos, puesto que en el caso de los dos grupos mencionados en primer lugar los derechos feudales eran aún mayores. Las raíces sociales de los boyardos de la época mongola, especialmente su posible continuidad genealógica y funcional a partir del período de Kiev, están muy poco claras debido al silencio de las fuentes de información. Seguro es que los boyardos poseían tierras con derecho de sucesión —como «patrimonio» (*otčina, votčina*)—, y que las consideraba como algo totalmente suyo, pudiéndolas regalar e incluso vender. Por desgracia únicamente puede determinarse parcialmente cómo llegaron estas tierras a sus manos. No obstante, en su mayoría se trata de regalos del príncipe por servicios prestados o aún por prestar, sin que por ello naciera un compromiso directo para el obsequiado de servirse de las tierras. Más bien podían los boyardos conservar por contrato aún durante mucho tiempo su libertad de residencia, y su *votčina* seguía perteneciéndoles si cambiaban al servicio de otro príncipe.

De los grandes propietarios boyardos partía toda una escala

de pequeños y medios propietarios hasta llegar al grupo de los campesinos libres, los campesinos «negros». El límite entre el simple campesino y el pequeño terrateniente aún no estaba muy claro, y los campesinos libres tenían a veces posibilidad de ascender socialmente.

Como consecuencia de las particiones de herencias muy pronto muchos principados quedaron dispersos en una infinidad de principados secundarios, que a su vez volvían a dividirse y finalmente apenas eran mayores que las propiedades de ciertos boyardos. Así, por ejemplo, a lo largo de los siglos XII y XIV el principado de Rostov se dividió en las filiaciones de Yaroslav, Uglič y Beloozero, formando a su vez Yaroslav y Beloozero siete dominios más pequeños, entre ellos el principado de Kurbskoe, sede de la familia de los Kurbski, que más tarde entraría al servicio de Moscú. La fragmentación de la propiedad en la cuenca del curso superior del Oka fue similar. Toda esta confusión de colonias y complejos coloniales de los príncipes, de los boyardos, de pequeños señores, de campesinos «negros» y finalmente también de la Iglesia facilitó indudablemente en gran medida la ampliación de la zona de dominio moscovita, siendo aprovechada ya por Iván Kalita al adquirir incluso pueblos enteros pertenecientes a otros principados.

Pero al mismo tiempo la dispersión local de las propiedades de un solo señor provocaba que el vínculo entre éste y sus campesinos fuera realmente endeble. Mientras predominó el intercambio de productos naturales y los impuestos en especies, los propietarios no estaban interesados en los rendimientos de parcelas extensas, sino que podían cubrir sus necesidades con las contribuciones campesinas en productos naturales y las rentas de sus propias tierras, por regla general aún pequeñas y cuidadas por esclavos. A pesar de estas relaciones económicas relajadas, ellos eran los «señores» (*gosudari*) de sus vasallos, ejercían ciertas funciones administrativas y jurídicas, y les ofrecían —en caso de poseer el suficiente poder— protección contra posibles ataques extranjeros.

Junto a las propiedades patrimoniales (*votčiny*), la cesión condicionada de tierras por parte del príncipe no se generalizó hasta mediados del siglo XV. Cuando el gran duque o los príncipes concedían tierras a cambio de un servicio y a continuación volvían a apoderarse de éstas se trataba en la mayoría de los casos de feudatarios socialmente humildes o no libres (*slugi*). Resulta muy característico el hecho de que como precursores de la cesión condicionada de tierras aparecieran los conventos y los grandes propietarios eclesiásticos, que muy pocas veces podían ganar a los miembros de la alta aristocracia para su servicio. Sin lugar

a dudas, el escaso peso de las propiedades sujetas a servicio en esta época no sólo debe explicarse por la inestabilidad política interna que aún dominaba en la Rusia primitiva, sino también por el carácter de la economía rural que aún seguía siendo muy extensivo y en gran parte se consumía en trabajos de roturación. La concentración demográfica y el desarrollo económico aún no habían alcanzado el estadio que hubiese permitido la cesión de extensos terrenos y de una gran parte del producto social a un ejército de vasallos.

También funcionaba en esta misma línea el sistema administrativo de aquella época, el llamado *kormlen'e,* que había sustituido en el siglo XIII al *poljud'e.* Precisamente porque no era posible la cesión de tierras a gran escala ni tampoco el pago en metálico, los príncipes tenían que mantener a sus vasallos libres —independientemente de las donaciones de tierra transmisibles por derecho sucesorio— en calidad de gobernadores (*namestniki*) de los distintos distritos (*uezdy*) o de representantes inferiores (*volosteli*) en los subdistritos (*stany*) (de ahí la denominación *kormlen'e* = alimentación). Con tal motivo los funcionarios del príncipe recaudaban impuestos especiales. Su función consistía en desempeñar las tareas administrativas, judiciales y fiscales en representación del príncipe. Con respecto al *poljud'e* del período de Kiev se había alcanzado así un progreso evidente en la organización interna de los principados. Indudablemente esto no sólo trajo consigo ventajas para la población, pues si bien la protección y la justicia podían alcanzarse más rápidamente y por ello de forma más eficaz, sólo podía obtenerse con una asistencia y un control mayor del príncipe.

El desarrollo de la propiedad señorial, principalmente a partir de mediados del siglo XIV, no se desarrolló en modo alguno de una manera lineal y debido a la fuerza de gravitación propia, sino poco a poco y dependiendo perceptiblemente de los cambios económicos, políticos y religiosos. Por una parte, servía de sustrato la paulatina estabilización económica y la colonización interna, y, por otra, la creciente fuerza de atracción de los grandes duques de Moscú sobre los boyardos, que esperaban la asignación de lucrativas tierras con derecho a su transmisión por herencia en pago por sus leales servicios. Sin embargo, tuvieron una importancia decisiva los cambios acontecidos en la evolución de los monasterios.

Hasta el siglo XIV los monasterios habían sido por regla general fundaciones principescas o bayardas, donde los ricos donantes pensaban acabar sus vidas como monjes; por ello la donación de grandes propiedades para sustento del monasterio se había mantenido dentro de unos límites. Con la propagación de las

corrientes ascéticas en las órdenes monásticas rusas aproximadamente a mediados del siglo XIV surgió un tipo totalmente distinto de fundador de monasterio, transformándose al mismo tiempo también la vida espiritual y la posición socioeconómica de estos monasterios, aunque naturalmente no pudieran suplantar por completo a los representantes de la tendencia tradicional.

La iniciativa de este nuevo movimiento monástico partió de San Sergio de Redonež, quien transformó una pequeña ermita en el mayor monasterio ruso, el Troice-Sergieva-Lavra. La rigurosa vida monacal en común, el cenobitismo (*koinobia*), revificada por él hacia el año 1354 en oposición a la *idiorrythma* practicada hasta entonces, en la que los monjes vivían bajo el régimen dotal y únicamente se reunían en la oración común, tuvo, debido precisamente a su efecto como modelo para la mayoría de las nuevas fundaciones de la época posterior, una extraordinaria importancia también en el aspecto económico. Puesto que el ideal de la pobreza personal de cada monje no prohibía la acumulación de bienes en manos de la comunidad monacal, la *koinobia*, que con la destacada posición del abad había convertido la comunidad monástica en un organismo vital y centralizado, abrió el camino para la transformación de los monasterios en grandes propietarios, e incluso para una activa política de adquisición de tierras.

El movimiento reformista representado por San Sergio tuvo dos raíces: una religiosa, el motivo de la huida del mundo, y una social; puesto que a partir de Sergio la mayoría de los fundadores de los nuevos monasterios no eran ya donantes principescos o miembros de la alta aristocracia, sino que eran propietarios medios o pequeños, a veces incluso hombres pertenecientes a círculos profesionales o campesinos, a ellos les resultaba más sencillo retirarse totalmente a la soledad.

Aunque las biografías dedicadas a su vida beata estilizan esta existencia transformándola en un anacoretismo retirado en los bosques despoblados, e induciendo a los historiadores, de acuerdo con ello, a ver en los monasterios nacidos de estas ermitas los precursores de la colonización interior [8], esta teoría debe observarse con ciertas reservas. Si bien los monasterios solitarios nacieron lejos de los grandes centros urbanos, principalmente en el cinturón de bosque de coníferas en el norte de Rusia, también es cierto que nacieron en su mayoría allí donde los colonos campesinos ya habían puesto el pie [9]. Desde el momento en que la ermita se convertía en un monasterio formal y en que, gracias a las donaciones, disponía de crecientes reservas de terrenos colonizados o sin colonizar, así como de los correspondientes medios económicos, los monjes comenzaron a recurrir a los campesinos y a seguir una extensa política de roturación. Ellos personalmen-

te apenas participaron en estas labores, y en este sentido no pueden equipararse en modo alguno a los monjes cistercienses. La futura investigación de la historia eclesiástica tiene encomendada la tarea de aclarar los motivos de la discrepancia, tan rápidamente desarrollada, entre la primitiva huida a la ermita y la posterior fundación de un monasterio, entre la pobreza ascética y la arrogante riqueza monacal, entre la reforma monástica y la secularización.

El hecho de que precisamente se extendiera con rapidez la gran propiedad monástica a partir de la segunda mitad del siglo XIV se debe a una serie de factores favorables. Al establecerse la mayoría de las veces las fundaciones surgidas de monasterios aislados en zonas que aún no habían caído bajo la propiedad señorial, se les ofrecía allí una posición de partida especialmente favorable. Por otra parte, los pequeños y grandes propietarios no sólo donaban para la salvación de su alma tierras cultivadas y sin cultivar, sino también joyas y dinero, de modo que los abades dispusieron en un período de tiempo muy breve del capital necesario para ampliar las propiedades monacales comprando grandes extensiones de terreno. Los generosos privilegios fiscales otorgados por los grandes duques aumentaron la fuerza de atracción de las tierras monacales sobre los nuevos colonos. Una administración económica centralizada, con contabilidad escrita y registros catastrales evitó, junto con la organización de un sistema propio de vasallos que quedaban estrechamente unidos al monasterio gracias a la cesión condicionada de tierras, la desposesión de las propiedades adquiridas, y posibilitó una eficaz política de adquisición de tierras, que no retrocedía ante la falsificación de documentos y la ocupación violenta.

Las fases de crecimiento de las tierras monásticas se concentraron principalmente en los dos períodos de despoblación a principios de la segunda mitad del siglo XIV y especialmente en la primera mitad del XV. Hasta qué punto influyó la despoblación parcial o total de vastas regiones precisamente en la transformación de la estructura de la propiedad en la Rusia primitiva no sólo se ve claramente en el hecho de que las epidemias y la guerra civil hicieron aumentar bruscamente las donaciones de tierras despobladas a las instituciones eclesiásticas, sino también en los numerosos procesos que comunidades campesinas entablaban, la mayoría de las veces en vano, en la segunda mitad del siglo XV, contra los monasterios que se habían apropiado subrepticiamente de tierras «negras» durante la fase anterior de despoblación. Las instituciones eclesiásticas eran capaces de repoblar con más rapidez que las comunidades o que otros grandes propietarios los terrenos baldíos gracias a sus privilegios y al empleo masivo de

capital. Por tanto, eran los principales beneficiarios de los procesos de despoblación.

Llegado a este punto se impone la pregunta de en qué medida puede denominarse «feudal» al sistema de gobierno que se presentaba en la Rusia primitiva de los siglos XIV y XV. Si en la exposición anterior se evitó rigurosamente emplear el concepto de feudalismo fue precisamente porque éste ha perdido todos los contornos más sutiles debido a su uso intensivo. Por tanto, no es extraño que tanto los historiadores marxistas como los no marxistas discutan continuamente sin llegar a un resultado cuando hablan sobre el feudalismo, pues por tal entienden cosas completamente distintas: en la historiografía marxista sirve de denominación de la «formación socioeconómica» que en la evolución social sigue a la sociedad esclavista, donde el productor posee una parte de los medios de producción (utensilios de trabajo, etc.), pero al mismo tiempo se ve explotado por una presión extraeconómica del señor feudal en su calidad de propietario de la tierra que ha de trabajar. La investigación no marxista, consciente del problema, emplea este término en un sentido más amplio, como «descripción que tiende a definir una tipología de determinadas estructuras políticas, jurídicas y sociales», habiendo sido aplicado este término en un sentido más estricto a la estructura creada por el sistema feudal de Occidente [10].

Para el feudalismo en el sentido marxista, la Rus' de los siglos XIV y XV ofrece un mal ejemplo con su porcentaje, aún importante, de campesinos libres y la débil expresión de la «presión extraeconómica» sobre las propiedades señoriales a causa del derecho campesino de cambiar de residencia y de las circunstancias sociales de la época de roturación. Si por el contrario uno se contenta con la comparación descriptiva de las estructuras, entonces habrá que admitir ciertas semejanzas con los estados feudales altamente desarrollados de carácter occidental. Como allí, en la Rus' existía, dentro de una economía de intercambio de productos naturales, una jerarquía del poder con delegación de diferentes atribuciones señoriales desde los príncipes, pasando por los gobernadores, hasta llegar a los propietarios de un feudo. El predio y las propiedades cedidas a cambio de un servicio vagamente pueden compararse con los bienes alodiales y el feudo. Existía, como en Occidente, la encomienda (en ruso *zakladničestvo*) del propietario de un predio a la protección de un príncipe o de un monasterio a cambio de un servicio.

No obstante, en un análisis más detallado se observan grandes diferencias, incluso tras ciertas similitudes externas se ocultan grandes y pequeñas divergencias. La diferencia decisiva radica en que la delegación escalonada de derechos señoriales por los prín-

cipes no trajo consigo ninguna sumisión de los campesinos y propietarios de pequeñas heredades a los que ocupaban posiciones superiores en la jerarquía. Todos los vasallos del gran duque estaban subordinados personalmente a él, ya se tratara de príncipes, boyardos o de los vasallos más inferiores. Así pues, en relación con su señor tan sólo se diferenciaban gradualmente; a partir de esto se desarrolló posteriormente el sistema del «derecho de precedencia» (*mestničestvo*).

Tampoco existió un sistema de inmunidades totalmente desarrollado, del mismo modo que en general le es extraño a la Rusia primitiva el concepto abstracto de la inmunidad. Es cierto que los príncipes concedían «graciosamente», sobre todo a los grandes propietarios eclesiásticos, numerosos privilegios fiscales y jurídicos, mas éstos estaban ampliamente escalonados y en parte incluso temporalmente limitados. La exención de determinadas propiedades y la prohibición a los funcionarios del príncipe de exigir impuestos afectaban únicamente a algunos aspectos bien precisos de las prerrogativas del príncipe, en especial la exclusión de la organización tributaria de algunas comunidades agrarias, la exención del mantenimiento del aparato administrativo principesco, las atribuciones policíacas y la jurisdicción civil. Pero incluso en los casos en los que los privilegios se acercaban en mayor grado al concepto de inmunidad, los príncipes y sus gobernadores siempre se reservaban determinados derechos de intervención, como, por ejemplo, en la jurisdicción penal, en la tasación fiscal y en la soberanía militar. En general con la concesión de determinados privilegios de inmunidad los príncipes renunciaban no tanto a los propios derechos señoriales como a las atribuciones de sus órganos administrativos [11]. A largo plazo esto conducía evidentemente a la destrucción del sistema del *kormlen'e*, pero el lazo directo entre campesinos señoriales y príncipes no quedó roto.

Puesto que las relaciones del príncipe con sus vasallos carecían de un lazo recíproco de lealtad, puesto que el servicio no estaba ligado necesariamente a una cesión de tierras, y puesto que el *status* y los derechos de las clases terratenientes eran inestables y fluctuantes, emplear el concepto de feudalismo para denominar las relaciones existentes durante los siglos XIV y XV en el nordeste de la Rus', y también en la región de Novgorod y Pskov, tan sólo serviría para despertar asociaciones erróneas. El término más exacto podría ser el de «propiedad inmueble», si bien también éste está sujeto a un matiz específicamente ruso primitivo.

Si bajo este aspecto se intenta determinar la importancia histórica de la nobleza rusa primitiva, queda de manifiesto una fatal acción recíproca entre la fuerza de la posición principesca y la debilidad de la posición de la nobleza. Por una parte, porque al

nordeste de la Rus', con su poder principesco ya extraordinariamente desarrollado en el siglo XII, le cayó en suerte, a raíz del ataque mongol, desempeñar el papel de núcleo cristalizador de una futura nacionalidad rusa, y, por otra parte, porque los boyardos mantuvieron enérgicamente hasta el siglo XV su derecho de elegir libremente a su señor y, por tanto, arraigaban en sus propiedades como pudiera hacerlo una nobleza asentada, éstos no constituyeron ningún serio peligro para el poder principesco. Por otro lado, la costumbre de repartir la herencia dispersaba con tanta rapidez principados enteros y propiedades inmuebles que resultaba imposible que se desarrollara una verdadera conciencia regional. Allí donde a pesar de todo lo expuesto se desarrollaba semejante conciencia sobre la base de un poder económico bajo la autoridad de los boyardos de Gran Novgorod, en Viatka también, o bien bajo la autoridad de los boyardos locales de la región situada junto al Dvina septentrional, esto sucedía característicamente cuando no existía o bien estaba débilmente desarrollado el poder del príncipe, y en cualquier caso siempre fuera del área de influencia moscovita. El hecho de que tampoco pudiera desarrollarse un sistema corporativo enraizado regionalmente también se debe a la débil expresión de las tribus eslavas orientales, que pasado el siglo XII no han dejado ninguna huella en la historia rusa.

Por ello ni el regionalismo ni el corporativismo pudieron ni siquiera prosperar, y menos aún, como en Occidente, fusionarse para convertirse en un contrapeso del poder principesco [12]. Puesto que los funcionarios de los príncipes no eran recompensados con tierras, sino más bien con prebendas, quedando con ello estrechamente ligados a sus señores, y puesto que los terratenientes no consiguieron, en su calidad de autoridad intermedia, ocupar un puesto entre el príncipe y los campesinos, en la Rusia primitiva no se llegó a la creación de territorios eclesiásticos o laicos y con ello tampoco a la atenuación de los derechos del correspondiente soberano. Por tanto, tampoco se creó por este lado una barrera que pudiera detener la concentración de poder en manos de los grandes duques de Moscú.

III. *Los comienzos de la autocracia y su repercusión sobre la sociedad. (Desde mediados del siglo XV hasta mediados del siglo XVI)*

El fin del conflicto dinástico interno durante el gobierno de Basilio II inició en la Rusia primitiva un período de florecimiento de más de cien años de duración. Puesto que la autoridad

de los grandes duques de Moscú se había afirmado definitivamente, los países rusos, hasta entonces todavía fuera de la zona de influencia de Moscú, no consiguieron mantener por más tiempo su independencia. Tártaros y lituanos, en los cuales siempre se habían podido apoyar los enemigos de Moscú, dejaron de ser unos aliados a tener en cuenta: los tártaros debido a su continuo desmembramiento político que puso fin inapelable también a su hegemonía tributaria sobre la Rus', y los lituanos debido al creciente carácter defensivo de su política oriental.

Apenas amenazado interior o exteriormente, y aun sin capacidad ni intención de practicar una amplia política de expansión, el consolidado Imperio moscovita podía concentrar gran parte de sus fuerzas en el interior. La expansión de la colonización alcanzó la cima absoluta, florecieron el urbanismo, los oficios y el comercio.

Sin embargo, todo esto se consiguió a un precio muy elevado. Ahora podía desarrollarse libremente esa autocracia que en épocas posteriores determinaría el transcurso de la historia rusa. Esta autocracia comenzó a formar a la sociedad de acuerdo con sus propias necesidades económicas e imperialistas. Con la descomposición, sobre todo, de las capas de pequeños y medianos propietarios apareció como elemento oficial una creciente capa de vasallos. Ya se observaban los comienzos de una nivelación jurídica entre los terratenientes, nacida de la intención de la autocracia de regular sus relaciones con todos los grupos de súbditos según el principio de servicio y rendimiento. Pero con ello también fueron entregados los campesinos a los cada vez más numerosos terratenientes justo en un momento en el que éstos, haciéndose eco de los cambios de la estructura general económica de Europa, comenzaban a pasarse a la agricultura. El camino hacia la servidumbre campesina estaba abierto.

a) Final de la unificación de la Gran Rusia bajo el gobierno de Moscú y los comienzos de la agresión contra Lituania

La historiografía marxista atribuye el nacimiento del «estado centralizado de Moscú» en primer lugar al «reforzamiento de las relaciones económicas entre los territorios, las distintas ciudades y países» [1]. Esta argumentación, fundada en una base económica, simplificaba el complicado juego de las fuerzas históricas participantes en la ascensión de Moscú —entre las cuales las económicas desempeñan desde luego un papel muy importante— de forma bastante parcial, sin tener en cuenta la exageración debida a un *pathos* nacionalista, que afirma sin reserva la continuidad

histórica del «estado único» desde la «unificación del territorio de la Rus'» hasta el Imperio soviético euroasiático [2].

En la conservación del gran ducado moscovita durante la grave crisis del segundo cuarto del siglo XV, los aspectos ideológicos, políticos y religiosos desempeñaron un papel por lo menos tan importante como los intereses económicos que en principio únicamente podían ser de utilidad a los comerciantes y a los grandes monasterios. Tan sólo la complejidad del dinamismo histórico nos permite comprender cómo Basilio II pudo desarrollar sin tropiezos su programa político después de la guerra civil y de las amplias devastaciones. Si bien aún se veía obligado a reconocer al gran duque de Tver' como a un igual, ya en 1456 consiguió, mediante un ataque, obtener mayor influencia sobre la política exterior de Novgorod. En este mismo año obtuvo también la tutoría del gran duque de Riazán, menor de edad, sustituida posteriormente por relaciones de parentesco, manteniendo el ducado limítrofe bajo su tutela hasta 1521, en que lo dominó por completo. El hijo de Basilio, Iván III, tenía, pues, señalado el camino a seguir.

La incorporación de los dos principados secundarios restantes, Yaroslav, con el que hacía mucho existían relaciones amistosas, y Rostov, no presentó grandes dificultades. Pskov, que poco después de su separación de Gran Novgorod (1347-1348) había buscado apoyo en los grandes duques de Moscú como contrapeso a los intentos de presión por parte de Novgorod, lo declaraba oficialmente desde 1469 mediante la inscripción en su escudo: «Patrimonio del Gran Duque Iván Vasil'evič». Aunque los gobernadores de Moscú vigilaban el sometimiento de la ciudad-estado, los funcionarios elegidos y la asamblea del pueblo pudieron seguir llevando sus asuntos internos hasta la incorporación definitiva en 1510.

La oligarquía de los boyardos de Novgorod reconoció definitivamente, a raíz de la derrota de 1456, que ya no existían las condiciones para seguir su política a caballo entre Moscú y Tver', pues Moscú había alcanzado una supremacía evidente. Había, pues, que decidir bajo qué hegemonía, la moscovita o la lituana, se podían conservar mayor cantidad de derechos. En vista del desarrollo de Polonia hacia una república aristocrática, el partido lituano obtuvo en la ciudad un gran empuje. Pero cuando en 1471 Casimiro IV de Polonia y Lituania fue reconocido como gran duque de Novgorod mediante un tratado —seguramente este documento no llegó nunca a ser legal—, Iván III intervino militarmente. Novgorod cayó y tras la aparición de nuevas corrientes antimoscovitas en 1478 perdió definitivamente sus libertades.

No tuvo más éxito con su adhesión a Lituania el gran duque Miguel Borisovič de Tver'. Abandonado por Casimiro y presionado militarmente por Iván III a causa de sus contactos, traicioneros a los ojos de los moscovitas, con los latinos, tuvo que huir en 1485 y abandonar su país. Primero en Novgorod y luego en Pskov se aseguró el gran duque de Moscú, mediante la deportación de casi todos los miembros de la clase superior de terratenientes, contra nuevas tendencias independentistas.

Iván III dejó de pagar los tributos a la Horda y el jan Ahmed intentó en 1480 conminarle por medio de una expedición de castigo, si bien sólo se atrevió a ello contando con la ayuda de Lituania; pero, al fallarle finalmente las tropas lituanas, se retiró sin haber obtenido nada positivo. De esta forma la política oriental defensiva de los grandes duques de Lituania, ocupados en Polonia, aceleró no sólo el fin de las últimas potencias importantes no moscovitas del territorio ruso, sino también de la hegemonía de los tártaros sobre Moscú.

Por eso no es extraño que Iván III, aun antes de que Riazán y Pskov estuviesen completamente integrados en su imperio, quisiera poner a prueba la capacidad defensiva de Lituania. Al principio el gran duque moscovita no llevó a cabo una guerra de ocupación masiva, sino que se inmiscuyó en las guerrillas de los numerosos pequeños príncipes en las cuencas del curso superior del Oka y del Desna, que si bien habían estado bajo la soberanía de Lituania, ahora se pasaban en número creciente al servicio de Moscú.

Alejandro de Lituania, que sucedió en 1492 a su padre Casimiro como gran duque, intentó frenar el impulso expansivo de Moscú mediante su casamiento con Elena, hija de Iván III, pero con ello sólo dio a su suegro la posibilidad de mezclarse en asuntos internos lituanos y de lamentar la discriminación religiosa de su hija, que permanecía ortodoxa. Iván poseía así un objeto vivo, en el que podía demostrar su ideología basada oficialmente en su expansión occidental: «unificación del territorio de la Rus'», es decir, de las tierras que antes pertenecían al imperio de Kiev y la liberación de los cristianos ortodoxos del yugo de los latinos. Asegurada la política exterior por una unión con Mengli-Girăi, jan de Krimea, Iván estaba en situación de arriesgarse a una guerra abierta. En la tregua de 1503, Alejandro, también rey de Polonia desde hacía dos años y que por dicha razón no tenía mucho interés en comprometerse en el este, tuvo que aceptar como un hecho el resultado de la desmembración de los principados limítrofes orientales de su reino y las conquistas militares de Moscú: Lituania perdió la cuenca superior del Dniéper, del Oka y del Desna. En 1514 cayó también Smolensko, importante

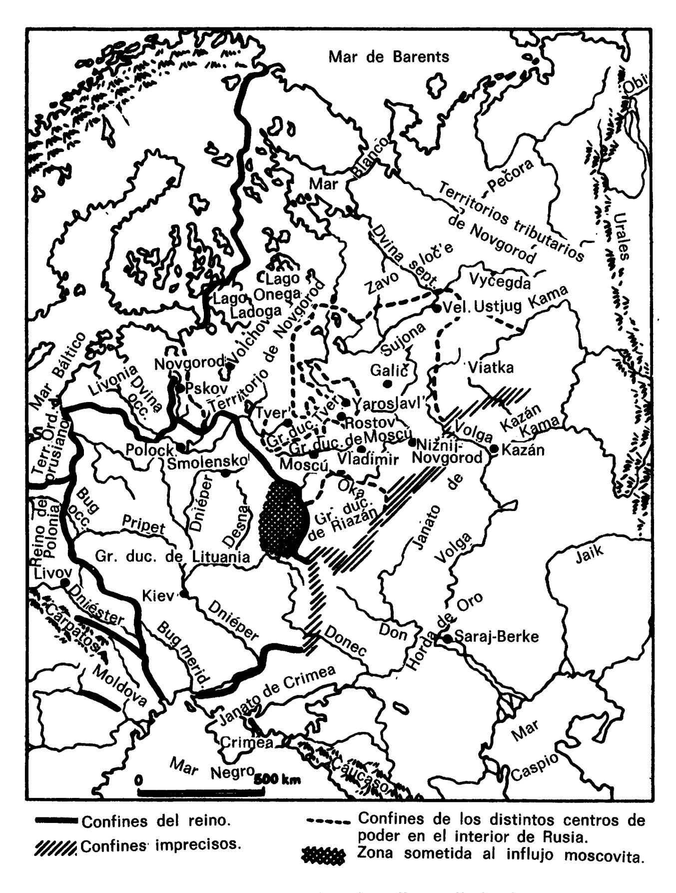


Fig. 4. La Europa oriental al subir Iván III al trono (1462).

cerrojo situado en el camino más importante desde Moscú a Europa central. Con ello los grandes duques de Moscú hubieron de dar por terminada la primera fase de su expansión occidental. Si bien la región de la Rus' poblada por grandes rusos estaba ya casi en sus manos, después de haber fallado las ofensivas contra Livonia y contra los suecos en Carelia, careció de fuerzas suficientes para emprender proyectos más ambiciosos hasta la mitad del siglo XVI, en parte también porque desde 1518 el janato de Crimea había considerado más oportuno pasarse al lado de Lituania.

Pero en lo que se refiere a la política exterior, los caminos hacia Occidente ya estaban tendidos, y la enemistad con Lituania finalizó tan sólo con las reparticiones de Polonia; es así como finalmente Polonia se convirtió en la víctima de aquella infausta Unión de Krevo. A la vez la iniciación del conflicto abierto entre Moscú y Lituania volvió a establecer los contactos interrumpidos en el último período de Kiev entre el nordeste de la Rus' y Europa occidental, pues los enemigos europeos de Polonia, y especialmente la casa de los Habsburgo, intentaban atraer a los grandes duques de Moscú como aliados en su juego diplomático desde finales del siglo XV. Con esto quedaba establecido el principio del difícil y largo reencuentro entre Rusia y Occidente [3].

Mas los contactos a alto nivel no deben hacernos olvidar que este acercamiento fue fatalmente frenado precisamente por la política imperialista antilituana iniciada por Iván III. Junto con el retraso económico, agudizado a partir del ataque mongol, y bajo la influencia de la Iglesia ortodoxa, los campos de la ciencia, la técnica y la vida cultural laica quedaron también sumamente retrasados con respecto a la Europa occidental en un momento, por tanto, en el que se iniciaba precisamente en Occidente el desarrollo de la sociedad moderna.

b) Los comienzos de la forma autocrática de gobierno

El hecho de que Iván III consiguiese zafarse del dominio tributario de los tártaros, el hecho de que durante su reinado se acercase al fin la unificación de todos los países colonizados por grandes rusos, el hecho de que Lituania perdiese progresivamente su poder y esplendor y Moscú se estuviese convirtiendo en la potencia más importante de Europa oriental, todo esto tuvo que influir en el concepto de soberano de Iván III y con ello también en la forma de su gobierno. De hecho, la época de este gran duque introduce, aunque como personalidad carece extrañamente de relevancia, una nueva fase en la historia consti-

tucional rusa. Sin abandonar por ello la base de la continuidad, sus cuarenta y tres años de gobierno han servido —consciente o inconscientemente— de fundamento para aquellas formas de gobierno que en general se conocen bajo el nombre de autocracia[4].

En principio, la forma de gobierno de Iván III no era una apropiación consciente o espontánea de la imagen del autócrata bizantino, sino tan sólo la prosecución de principios más antiguos que, naturalmente, fueron adaptados al creciente poder del gran duque. Con el fin de subrayar sus legítimos derechos al trono durante la cruenta lucha sostenida en contra del príncipe de Galič, Basilio II ya mandó grabar en sus monedas las siguientes palabras: «soberano de todo el territorio de la Rus'», simplificado más tarde por: «soberano de toda la Rus'». Durante la última fase de su gobierno ya practicaba en el gran ducado de Riazán y en Novgorod la regalía de acuñar monedas, que finalmente generalizaría Iván III. También él fue el primero que —como en Bizancio— elevó a su propio hijo Iván a la calidad de corregente.

En la época de Basilio II puede observarse otro paso de importancia para el futuro: a raíz de la separación real en 1448 mediante la elección no canónica de Jonás como metropolitano del patriarcado, acusado de herejía por su unión con la Iglesia y después de la conquista de Constantinopla por los turcos en 1453, un sínodo de obispos rusos, convocado en Moscú en 1459, llegó a una serie de conclusiones. El sínodo aclaraba que una vez elegido «el metropolitano de Kiev y de toda la Rus'», residente en Moscú, ya no precisaba de la confirmación del patriarca ecuménico, sino que bastaba la aprobación del gran duque de Moscú. Esta resolución, que se movía desde luego en el marco de las relaciones mantenidas en la Iglesia ortodoxa entre las máximas autoridades espirituales y laicas y que, por tanto, contaba a la larga con el consentimiento del patriarca ecuménico, ha sido la base real de la autocefalia de la Iglesia moscovita, si bien el «metropolitano de Moscú y de toda la Rus'», como se denominó a partir de 1461, sólo consiguió el título de patriarca en 1589. La resolución del sínodo de 1459, sin embargo, resultó funesta en tiempos posteriores, pues despojaba a la máxima autoridad eclesiástica y a toda la Iglesia de Moscú de su último apoyo fuera del poder del gran duque, atándola para bien y para mal al «soberano de toda la Rus'».

Iván III podía muy bien aceptar principios de este tipo y adaptarlos a su política de fortalecimiento y desarrollo de su autoridad como gobernante. Recordando el grave conflicto dinástico solucionado tan sólo hacía unos años, se le planteaban con la eliminación de los principados secundarios dos problemas: impedir que resurgieran dichos principados y con ellos algunos

deseos separatistas, y como condición previa, regular con más exactitud la cuestión de la sucesión y el derecho de herencia.

Puesto que Iván III tenía cuatro hermanos menores que habían recibido tales principados secundarios, este problema se le presentó con especial agudeza. Su política pretendía evitar que estos territorios se distanciaran mediante herencias. Por ello se apoderó por muerte o por «traición» de los principados secundarios de sus hermanos, sin tener en cuenta a los posibles herederos, salvo en un solo caso. Si después de él Basilio III e Iván IV repartían principados secundarios a hijos menores, lo harían con la conciencia tranquila, pues estos *udely* no eran sino rentas que debían asegurar a sus hijos un sustento adecuado.

En cuanto al problema de la sucesión al trono, Iván III manifestó una arbitrariedad autocrática hasta entonces desconocida. Tras la muerte prematura de su hijo mayor y sucesor, Iván Ivanovič, se vio en la necesidad de elegir entre Basilio, hijo mayor de su segunda esposa Sofía (Zoe) Paleólogo, y Demetrio Ivanovič, hijo del difunto Iván. Si bien inicialmente se decidió por el joven Demetrio, fortaleciendo su decisión en 1498 con una pomposa coronación como corregente, con el nombre de «gran duque de Vladimir, de Moscú y de toda la Rus'», en 1502 se retractó, coronando inesperadamente a Basilio como corregente y sucesor. Demetrio tuvo una horrible muerte en el calabozo. Aunque indudablemente el cambio inesperado en la política de sucesión de Iván III se debió menos a una extravagancia personal que a unas necesidades políticas y eclesiásticas externas e internas [5], tras la consecuencia política frente a un miembro de la propia familia llevada hasta la crueldad, ya se percibe la sombra amenazadora de Iván el Terrible.

Llegado este punto, se plantea el problema de la importancia de la famosa tradición bizantina en el comportamiento de Iván III. Después de que durante decenas de años la investigación, siguiendo una huella bien definida, hubiese declarado que Iván III, a raíz de la caída de Bizancio (1453) y gracias a su matrimonio con la «heredera de los Paleólogos», Zoe (en ruso, Sofija), había ocupado conscientemente un puesto en la sucesión de los emperadores bizantinos y, para hacer patente su aspiración, había adoptado sus ceremonias de corte, el águila bicéfala como símbolo de autoridad y el título de autócrata [6], esta teoría ha sido echada por tierra por las investigaciones de los especialistas de estos últimos años [7]. Se demostró que el matrimonio de Iván con Zoe se había realizado principalmente por deseo de la curia, interesada en la unión eclesiástica, que Zoe no tenía ningún derecho hereditario al trono de Bizancio y que en Moscú desempeñó un papel muy modesto; que además en

Bizancio el águila bicéfala no tenía carácter de símbolo de autoridad y que probablemente Iván lo había adoptado del emperador occidental, con el que mantenía relaciones diplomáticas desde 1488. Finalmente, «autócrata» es una palabra ajena a los documentos de Estado de los grandes duques moscovitas hasta Iván IV, y hasta el año 1859 no se convirtió en elemento fijo del título oficial en su forma rusa: «*samoderžec*».

Al prestar excesiva importancia a la aceptación supuestamente consciente de la herencia bizantina por parte de Iván III, se ha pasado por alto una y otra vez que este gran duque fue tan sólo un eslabón aunque sobresaliente— en la larga cadena del desarrollo del pensamiento autocrático moscovita, determinado en gran medida por la herencia espiritual de la ortodoxia. En Bizancio, el pensamiento formulado por la *Novela VI* de Justiniano y posteriormente por la *Epanagoge* sobre la armonía, la estrecha e inseparable colaboración de la suprema autoridad espiritual y laica, puesto que ambas habían sido elegidas directamente por Dios, tendía, a partir del siglo IX, debido al clima creado por las relaciones de poder reales, a conceder mayor importancia al carácter sagrado del emperador. Sobre esta base se desarrolló aquella ilimitada autoridad del *basileus* sobre la Iglesia y el Estado, que se ha denominado «absolutismo sagrado» o también «teocracia» [8].

Con las misiones que partían de Bizancio, este pensamiento político eclesiástico también penetró en la Rus'. Bajo las condiciones de desmembramiento de los principados secundarios, ante todo se mantuvo el pensamiento primitivo de la armonía entre el metropolitano y el gran duque que abogaba por una equiparación de la autoridad eclesiástica y mundana. Pero al ir empeorando las circunstancias internas, debido a las continuas luchas de los principados secundarios y el dominio tártaro, entre los metropolitanos tuvo que madurar la idea de que la responsabilidad cristiana, la tradición ortodoxa y la protección de la Iglesia exigían el fortalecimiento de la posición del gran duque. Este convencimiento se condensó en su decisión a favor de la casa moscovita en auge y el firme apoyo a su dinastía.

Debido a esto y también a la suma de otros factores ya indicados, la utoridad de los grandes duques moscovitas pudo desarrollarse más y más. El hecho de que la evolución, según el modelo bizantino, desembocaba en un dominio del gran duque sobre la Iglesia y con ello en una teocracia, estaba claro a raíz de la declaración de autocefalia, en vista de la posición conseguida por Basilio II y principalmente Iván III. Ya Demetrio Donskoj había destituido a un metropolitano por razones políticas. Junto a los emigrantes griegos y eslavos meridionales que habían llegado a Moscú huyendo de los turcos, sólo la jerarquía eclesiás-

tica, por razones politicoeclesiásticas, reclamó la herencia bizantina para el único Imperio ortodoxo independiente aún existente.

Si a finales del siglo XV se le impuso a Iván III el título de autócrata, la iniciativa partió de la Iglesia. En un principio, Iván, al igual que sus antecesores, normalmente sólo llevaba el título de gran duque (*velikij knjaz'*), al que se añadió a partir de mediados de los años 80, dudando y no siempre consecuentemente, el atributo «de toda la Rus'» (*vseja Rusi*). También en lo que respecta a esta denominación ya se había adelantado la Iglesia en los tiempos premongólicos, pero salvo casos aislados, los gobiernos moscovitas tampoco entonces siguieron el ejemplo iniciado por Iván Kalita. El título de zar (*car'*), extranjerismo llegado a través del eslavo y del griego (καιναρ)[9], con lo cual las antiguas crónicas rusas designaban tanto al emperador bizantino como a los janes de los pueblos nómadas, sólo se usó por la terminología oficial del estado a partir de la coronación de Iván IV en 1547, aun cuando ya Iván III y Basilio III habían intentado introducirlo en su correspondencia con los Habsburgo.

Fue también un metropolitano, Zósima, quien por primera vez en 1492, es decir veinte años después de la boda de Iván con Zoe, formuló la idea de nombrar a Moscú la nueva Constantinopla, idea que el monje Filoteo de Pskov incorporó a su teoría clásica de *Moscú concebida como la tercera Roma,* es decir, como la nueva portadora de la historia de la salvación[10]. Aproximadamente de esta misma época proviene también la teoría política teocrática del abad José de Volokolamsk[11].

Por encima de todo esto no puede olvidarse, sin embargo, que los grandes duques moscovitas se apropiaron de estas teorías eclesiásticas muy tarde, y que el primer zar convencido de este mundo imaginario fue Iván IV. Con un poder político superior y apoyado por la idea política de la teocracia de José y la leyenda desarrollada acerca de la tercera Roma, este zar (de carácter patológico), que por otra parte aún no llevó el título de autócrata, logró desarrollar aquella imagen terrorífica del iracundo soberano despótico, lo que provocó que la tradición escrita interpretara su apodo ruso «*groznyj*» (severo, amenazador) como «el terrible».

La Iglesia, que había ayudado a la formación de la autocracia, tiró con ello piedras contra su propio tejado. En el marco estrecho y rígidamente centralista del Imperio moscovita, la autocracia plenamente desarrollada adquirió una dimensión que sobrepasaba con creces el modelo bizantino y alteraba la primitiva idea de la armonía de los poderes espiritual y mundano: desde el asesinato del metropolitano Felipe, perpetrado por el autócrata elegido por

Dios Iván IV, hasta la liquidación del patriarcado ruso por Pedro el Grande sólo transcurrió un siglo y medio.

c) Nobleza y autocracia

En el auge de los grandes duques moscovitas y en su evolución hacia la autocracia desempeñaron un papel decisivo aquellos que les apoyaron con sus armas: los nobles vasallos. Por una parte era el creciente aumento de poder de los soberanos moscovitas el que atraía hacia ellos un número cada vez mayor de vasallos, pues no sólo suponía honor, sino también beneficios, el luchar a favor de la dinastía, económicamente poderosa, de Demetrio Donskoj, aquel que había sometido a los tártaros. Por otra parte, los grandes duques activaron esta tendencia.

La situación era la siguiente: en sus enfrentamientos con otros príncipes los grandes duques desempeñaban el papel de abogados de la libertad de residencia de los boyardos, lo cual les beneficiaba ante todo a ellos mismos. Además de atraer a su servicio a los boyardos, anexionaron cada vez con mayor frecuencia principados secundarios con el fin de atraerse no sólo a la correspondiente corte, sino también al propio príncipe en cuestión. La incorporación de rjuríkidas a la dependencia de los grandes duques de Moscú no siempre fue, sin embargo, involuntaria, pues precisamente el desmembramiento de muchos principados secundarios ofrecía a los pequeños soberanos una protección cada vez mayor y una vida poco tranquila ante el afán anexionista de vecinos más poderosos. Aseguraban ambas cosas aceptando la dependencia de Moscú, que a su vez les confería, como príncipes vasallos, el más alto rango dentro de la jerarquía de la nobleza de espada moscovita. Así, el gran ducado absorbía, junto con los territorios, también su potencia militar. Los nobles que no eran de fiar raramente eran liquidados; más bien se les obligaba a trasladarse a regiones lejanas del imperio, confundiéndose en el nuevo estamento de vasallos del zar.

Simultáneamente, durante la última fase del auge moscovita, los restantes principados secundarios se desangraban de tal forma debido a la emigración de gran parte de su nobleza a Moscú, que resistirse a las pretensiones anexionistas del gran duque carecía de sentido. Esto se evidenció especialmente en el caso de Tver'.

Los extranjeros formaban un segundo grupo que ganaba creciente importancia en el servicio de Moscú. Estos, hasta mediados del siglo XVI, no fueron europeos occidentales, sino más bien ortodoxos fugitivos de la Lituania católica y de los países ocupados por los tártaros. Precisamente estos extranjeros, debido a su

especial dependencia de la gracia del zar, demostraron ser sus más fieles servidores.

Ya durante la segunda mitad del siglo XIV los grandes duques moscovitas habían dado los primeros pasos para limitar la libre marcha de sus vasallos y boyardos, si bien recordaban insistentemente a los otros príncipes que sus boyardos sí que eran libres de elegir su residencia (refiriéndose naturalmente a su residencia en Moscú). Basilio I actuaba según el principio de que las tierras abandonadas por un servidor podían ser confiscadas si su señor veía en la marcha una traición. Basilio II aplicó dicho principio a aquellos boyardos que durante la guerra civil se pasaron al enemigo. En el segundo cuarto del siglo XV los príncipes vasallos y los boyardos tuvieron que renunciar finalmente por escrito cada vez con más frecuencia a su derecho de marcha. Con ello Iván III utilizó su posición de poder, que debía al apoyo de sus vasallos, en contra de éstos mismos para atarlos a su lado. Esta política, que radicaba en que los grandes duques, por último, también comenzaban a considerar la *votčina* como posesión condicionada, es decir, ligada al servicio y a la lealtad, condujo consecuentemente al nacimiento del sistema *pomest'e*.

Ya sólo por esta razón resultaría erróneo señalar a Iván III como «creador» del sistema de bienes ligados al servicio o *pomest'e*. Como en otros muchos aspectos, gracias a su autoridad, por primera vez indiscutida en la historia de la casa principesca de Moscú, pudo sumar los eslabones de una larga cadena evolutiva. Las raíces del *pomest'e* se encuentran, además de en el creciente derecho de los grandes duques a disponer incluso de las tierras hereditarias de sus boyardos, en las propiedades, condicionadas de antemano, de servidores no libres (*slugi*), que ya desde el siglo XIV y en especial en el siglo XV estaban al servicio de las autoridades eclesiásticas y de los grandes conventos, así como de los príncipes grandes y pequeños e incluso de los ricos boyardos [12]. A esto debe añadirse la especial situación política a raíz de la derrota de Gran Novgorod, que proporcionó al gran duque una cantidad inconmesurable de tierras y que exigió el asentamiento en estas tierras, abandonadas masiva y forzosamente por los terratenientes de Novgorod, de vasallos fieles.

En cualquier caso el engrandecimiento del Imperio durante el gobierno de Iván III y Basilio III requería el fortalecimiento del aparato militar. Los grandes duques aún no estaban en condiciones de seguir el ejemplo de los europeos occidentales —pago de tropas mercenarias—, pues debido al parco desarrollo de la estructura económica carecían del capital suficiente. Por esta razón, en una época en la que en Occidente a la caballería había llegado su última hora, aquí las tierras se convirtieron en la base

de sustento del ejército. Así, el peligroso retraso en el que se encontraba la historia de Rusia desde el último período de Kiev con respecto al desarrollo europeo, no sólo quedó cimentado, sino incluso incrementado para el futuro.

El nacimiento y desarrollo del sistema *pomest'e,* que perduró sin merma hasta después de la época de Iván IV, trajo consigo profundos cambios sociales y económicos. Si el amplio y diferenciado estamento de los pequeños y medianos terratenientes ya había sufrido grandes estragos debido al período de devastación durante la primera mitad del siglo XV, ya que muchas familias perdieron la base de su existencia, sometiéndose así, mediante encomienda, a monasterios o boyardos, ahora otros muchos que habían podido conservar sus bienes buscaban, al adquirir tierras ligadas al servicio, seguridad material y protección contra las represalias de vecinos más poderosos. Y aquellos que aún no querían someterse a una dependencia fueron obligados a ello como muy tarde durante el gobierno de Iván IV, cuando ya se había impuesto definitivamente el principio de «ninguna tierra sin servicio».

A lo largo de un siglo, por tanto, el principio de vasallaje surgido del sistema *pomest'e* logró asimilar hasta al último pequeño terrateniente «privado», lográndose así una sociedad ligada al servicio desde el campesino más pequeño hasta el más alto príncipe vasallo. También a los esclavos liberados, cuyo número aumentó sensiblemente en el siglo XV, se les ofreció un amplio campo de acción. Así, entre los 1.300 *pomeščiki* afincados en tierras de Novgorod había no menos de 280 antiguos *cholopy.*

Si durante largo tiempo los grandes duques habían protegido a los campesinos negros movidos por un interés fiscal y habían recurrido principalmente a sus propios bienes o a tierras abandonadas para dotar a los monasterios y vasallos, ahora ya no podían resolver de la misma manera el problema de la entrega masiva de tierras. Por esta razón comenzaron, cada vez en mayor medida, a entregar también tierras negras colonizadas a sus servidores como *pomest'e,* de manera que a mediados del siglo XVI las comunidades campesinas libres de los núcleos importantes del Imperio o bien estaban totalmente absorbidas por las tierras cedidas a cambio de servicios o bien habían pasado a engrosar las propiedades de los grandes duques.

Junto con la nueva adjudicación de tierras ligadas al servicio revertidas a su poder o de *votčiny* confiscadas, a los grandes duques sedientos de tierras se les presentó una nueva y tentadora fuente: las amplias posesiones de los monasterios. Desde que Iván III, en el último cuarto del siglo XV, intentara recortar las adquisiciones de tierras de los monasterios, casi todos los grandes

duques procuraron sacar provecho de esta fuente. Por esta misma razón Iván III y Basilio III decidieron apoyar las corrientes monásticas de esta época que rechazaban los bienes monacales, como las que se inspiraban en Nil Sorskij o Vassian Patrikeev. Bajo este aspecto, Iván llegó incluso a tolerar la herejía anticlerical de los «judaizantes». Sin embargo, a la larga ni él ni Basilio III estaban en situación de enfrentarse a la Iglesia, cuyo apoyo aun necesitaban.

Las inmensas dimensiones del Imperio moscovita, tan rápidamente alcanzadas, el paso a una política exterior expansiva limitada y el contacto diplomático con potencias de Europa occidental evidenciaron la necesidad de reformar el sistema de gobierno ya bajo Iván III. Seis u ocho millones de personas viviendo en dos millones de kilómetros cuadrados y gobernados a principios del siglo XVI directa o indirectamente por el gran duque, ya no se dejaban dirigir por el antiguo sistema de delegación personal. Por esto a partir de finales del siglo XV se desarrollaron, tanto por ampliación de las competencias del tesoro imperial (*kazna*) y de la suprema administración de las tierras principescas (*dvorec*) como por una especialización de los secretarios de estos sectores (*d'jaki*) en determinados asuntos en el Kremlin moscovita, las primeras formas de una cabeza central administrativa. Antes de la mitad del siglo XVI este aparato burocrático se había diferenciado de tal forma que podían crearse jurisdicciones independientes en forma de *prikazy* que se ocupaban de la administración militar (*razrjadnyj prikaz*), del avituallamiento de los vasallos (*pomestnyj prikaz*) o de los asuntos diplomáticos habituales (*posol'skij prikaz*) [13].

Con el fin de crear la base para conseguir una administración de la justicia unitaria en todo el imperio, en 1497 se fijó por escrito el derecho consuetudinario en vigor en un código (*sudebnik*).

La alta nobleza terrateniente, representada por la *duma* boyarda, participaba en la dirección del imperio así consolidado y organizado y en las decisiones políticas del autócrata. El gran duque convocaba a esta duma —que era un colegio consultivo cuyo número de miembros y atribuciones no estaban claramente delimitados— a los príncipes vasallos y boyardos que habían demostrado lealtad y excelentes aptitudes [14]. Los miembros de este órgano poseían aún durante el gobierno de Iván III una gran influencia política, que fueron perdiendo en épocas posteriores debido al creciente desarrollo de la burocracia central, por un lado, y de la autocracia, por otro.

No faltaron los intentos por parte de la nobleza de oponerse a este desarrollo y a la creciente autocracia del gobernante, pero

como la oposición era pobre en número de miembros y sólo se mantuvo de acuerdo en mantener el «bueno y antiguo derecho» pero no en sus motivos y visiones políticas concretas, al gran duque siempre le resultó sencillo cortarlas de raíz [15]. Tampoco la nobleza supo aprovechar a su favor el largo período de la minoría de edad de Iván IV, desde la muerte de Basilio III en 1533 hasta la coronación de Iván en 1547. Las familias de príncipes vasallos más importantes y los grupos de nobles se agotaban en sus luchas por el poder y desacreditaban ante el pueblo sencillo, con su descarado robo al tesoro del Estado, cualquier aspiración antiautocrática.

La burocracia de los *d'jaky* (escribanos), basada en el centralismo autocrático, ya se había fortalecido demasiado; el nuevo estamento de los propietarios de bienes ligados al servicio sabía muy bien que de un gobierno dominado por terratenientes boyardos sólo cabía esperar males y opresión y que a la Iglesia le importaba demasiado el mantenimiento de la paz interna como para que le pudiera interesar la debilitación de la autocracia.

Sin embargo, las raíces de este notable letargo político de la oposición son mucho más profundas. Nuevamente nos enfrentamos a la eficacia histórica del mundo eclesiástico ortodoxo. Mientras que en la zona occidental de Europa, donde el gobernante nunca se vio elevado sacralmente a la calidad de *basileus* y siempre estuvo sujeto a observancia de la ley y, por tanto, una injusticia por su parte legitimaba el cese del deber de lealtad y la oposición de los afectados [16], la Iglesia oriental sólo permitía el derecho de oposición al gobernante en caso de apartarse éste del credo oficial debido a su absolutismo teocrático. Por otra parte, en el Imperio moscovita faltaban las categorías jurídicas y los sistemas ideológicos seculares nacidos y formados en el derecho romano [17] y en la tradición de la filosofía escolástica, necesarios para concebir las relaciones individuo-Estado racionalmente y fundamentar teóricamente los intentos de oposición. La ramificación de los movimientos reformadores de Occidente en la Rus', que sin duda, como la secta de los «judaizantes» habían adoptado elementos de racionalidad espiritual oriental [18], fracasaban ante la unión conjunta de la autocracia y la ortodoxia. Debido a la estrecha colaboración entre estas dos fuerzas, en oposición con los países vecinos de Polonia y Hungría, el libre desarrollo de la persona como individuo o como miembro de un estamento de carácter corporativo se pospuso al ingreso en la comunidad de la Iglesia y a la subordinación a la autocracia con ella ligada [19]. Es ésta la base de todo el desarrollo constitucional ruso hasta la época presente.

d) Transformaciones en la estructura económica y sus consecuencias sociales

La protección ante amenazas externas y el fin de las luchas internas, garantizados a partir de mediados del siglo XV por el fuerte brazo del gran duque moscovita, crearon en el marco de un imperio unido por primera vez desde la invasión de los mongoles la base para un pacífico fomento de la colonización y el auge económico. En cada acusación que se haga al «despotismo moscovita» ha de tenerse esto en cuenta.

Queda patente el hecho de que la población aumentaba rápidamente en la ampliación de las antiguas colonias y en la creación de numerosas colonias nuevas. Sin la posibilidad de extenderse por las fértiles estepas boscosas, dominadas aún por los tártaros en el límite sudoriental del Imperio moscovita, los campesinos se veían obligados a establecerse en las tierras boscosas situadas entre el Oka y el mar Blanco y a colonizar, debido a la creciente concentración demográfica, también las zonas de menor rendimiento, antes evitadas. Durante la primera mitad del siglo XVI se llegó a una ramificación en pequeñas colonias y granjas individuales que posteriormente nunca más llegaría a darse.

La densidad demográfica aumentó la división del trabajo y activó con ello forzosamente los intercambios económicos entre ciudad y campo, así como también la circulación monetaria. De la enorme reserva de campesinos que durante siglos se habían autoabastecido artesanalmente llegaron a las ciudades nuevas fuerzas de trabajo. A lo largo de las principales vías de comunicación, numerosos pueblos se convirtieron en pequeños mercados y centros artesanales que cumplían las funciones de distribuidores en una zona delimitada. Debido a la unificación del Imperio desaparecieron también ciertos derechos de aduana interiores y se vio la necesidad de llevar a cabo una reforma de la moneda, si bien ésta no tuvo lugar hasta 1534, introduciéndose el kopek de plata como unidad monetaria. Es así como el impulso económico dentro del Imperio moscovita participa del desarrollo europeo.

El florecimiento del urbanismo, con esto ligado, se expresa en el cambio estructural del comercio con el extranjero. Cada vez se exportaba a países occidentales mayor cantidad de lino, cáñamo y sebo, mientras que la importación de artículos de lujo tanto de Occidente como de Oriente perdía importancia, aumentando la de tejidos de lana, algodón y seda dada la demanda de dichos artículos por un círculo cada vez mayor de compradores. La artesanía rusa suministraba a los mercados turcos y centroasiáticos productos manufacturados tales como artículos de cuero, armas, herramientas de hierro y joyas; materias primas, tales

como pieles y cera, ya comenzaban, sin embargo, a perder importancia. Para todo este desarrollo era necesario que el artesanado urbano se expandiese y que se formase un mercado de consumo de paños baratos flamencos o ingleses más favorable, especialmente entre la creciente población urbana.

Si la economía urbana en el Imperio moscovita siguió aún desempeñando un papel discreto, ello era debido a la continua discriminación fiscal de las comunidades urbanas que debían pagar los impuestos de los que estaban exentos las florecientes explotaciones agrícolas pertenecientes a los monasterios, a los terratenientes laicos o al propio gran duque. Además faltaba capital, puesto que la dependencia de las importaciones de plata de Occidente aún persistía en el siglo XVI y los comerciantes europeos occidentales no arriesgaban su dinero en gran cantidad más allá de Polonia [20]. Pero igualmente decisivo fue que el comercio no quedara limitado a un determinado estamento de comerciantes, sino que en él pudieran participar todos, desde el campesino, pasando por el artesano, hasta el gran duque. Precisamente esta competencia del gran duque y de los monasterios, favorecidos por numerosos privilegios comerciales, dificultaba a los verdaderos comerciantes la reunión del capital necesario para llevar a cabo grandes inversiones.

También en el sector agrario se verificaron, a partir de finales del siglo XV, una serie de transformaciones de graves consecuencias. El rápido crecimiento de la población aumentó la demanda de cereales. Esta tendencia se vio aún más reforzada por el incremento del porcentaje de la población urbana, mientras que la colonización interior de tierras de poco valor no conseguía aumentar la producción de cereales de la misma manera. Por otra parte, los esfuerzos militares del gran duque contra Lituania elevaban la demanda de provisiones. A consecuencia de esto, los precios del grano se cuadruplicaron a lo largo del siglo XVI, doblando así la subida de precios de los productos manufacturados.

Por tanto, el cultivo de cereales ganó en importancia a partir de principios del XVI, y tanto los campesinos como los terratenientes tuvieron esto en cuenta. Una considerable parte de los terratenientes ampliaron sus campos personales; por ejemplo, en tierras de Novgorod el porcentaje de tierras cultivadas por cuenta de los señores se duplicó en la primera mitad del siglo XVI, pasando de un 7 a un 15 por 100. Con el fin de poder reunir sus campos, los grandes terratenientes tendían cada vez más a concentrar en pocos lugares las pequeñas y esparcidas colonias de sus vasallos tributarios. Pero de esta forma los campesinos quedaron sujetos necesariamente a un mayor control de sus señores, puesto

que para trabajar en el campo podía echarse mano de los campesinos en lugar de los esclavos.

Precisamente en esta época se ofrecían otros puntos de apoyo favorables para un desarrollo en este sentido. Por una parte, los grandes terratenientes habían aprovechado el período de devastación de la primera mitad del siglo XV para acelerar el arrendamiento de sus posesiones, creando así las bases para una extensa economía a los *pomeščiki*, con sus tierras asignadas a cambio de servicio por el Estado, generalmente pequeñas, y por ello menos dispersas, les resultaba más fácil desde un principio. Por otra parte, con las sanciones estatales desde finales del siglo XV, la situación jurídica y económica de los campesinos empeoraba paulatinamente.

Aunque los campesinos sujetos al censo, endeudados con sus señores, hacía ya mucho que no tenían derecho a marcharse hasta cumplir el pago de sus deudas, la libertad de residencia de los restantes campesinos no quedó restringida hasta mediados del siglo XV. Partiendo de las quejas de diversos grandes monasterios acerca de la contratación de sus campesinos por comunidades campesinas libres o por los administradores de tierras del gran duque, algunos príncipes secundarios de la dinastía moscovita en tiempos de Basilio II e Iván III dictaron una serie de normas que permitían a determinados grupos de labradores sujetos al censo cambiar de señor nada más que en una determinada fecha del año. Como fecha se adoptó un intervalo de una a tres semanas en torno al día de San Jorge, en otoño (jur'eu den' osennij, 26 de noviembre), porque los trabajos del campo se terminaban por entonces y era cuando mejor podía marcharse el campesino. Posteriores privilegios ampliaron continuamente el círculo de grupos de campesinos afectados, hasta que finalmente el código de 1497 fijó la fecha para cambiar de señor para todos los campesinos entre una semana antes y una semana después del día de San Jorge, siendo indispensable para ello que quedaran anteriormente saldadas las deudas y una pequeña suma a favor del señor [21] a modo de rescate.

Las causas de este desarrollo han de buscarse en dos tendencias. Por un lado, la disminución demográfica debida al período de devastación de la primera mitad del siglo XV provocó de forma pasajera una agudizada insuficiencia de mano de obra; por otro lado, por entonces el poder económico y la influencia política de los grandes monasterios se habían estabilizado de tal forma que ni siquiera el gran duque podía responder negativamente a sus obstinadas aspiraciones. El hecho de que la restricción de la libertad de movimientos de los campesinos, nacida de una situación de emergencia y limitada regionalmente, se propagara

durante los decenios de crecimiento demográfico para finalmente ser aprobada con carácter general en 1497, nos demuestra que la consolidación interna y externa del Imperio moscovita tuvo consecuencias sociales para todas las capas del pueblo. Un gran imperio provoca una política imperialista: a causa de los intereses imperialistas Iván III abandonó la tradicional senda de protección de los campesinos negros y los sacrificó en favor de la nueva nobleza de espada. Debido a que este proceso coincidía temporalmente con una fase muy avanzada de consolidación de los bienes monacales —precisamente en la segunda mitad del siglo XV coincidieron un creciente adecuamiento de los campesinos, una progresiva delimitación de la libertad de movimiento y las quejas de José de Volokolamsk acerca de la opresión de los campesinos por los inspectores de la propiedad monacales—, no podía detenerse el general empeoramiento de la situación campesina.

Sobre esta base, los campesinos señoriales cayeron paulatinamente, durante la primera mitad del siglo XVI, en la corriente de esta nueva economía. No obstante aún existía el antiguo sistema de colonización interna con pequeñas colonias y parcelas diseminadas. Mas cuando a mediados del siglo XVI se inició en las regiones centrales del reino de Moscú el desarrollo de las colonias rurales se manifestaron abiertamente las consecuencias de las tendencias iniciadas cien años antes.

IV. *Expansión imperial y transformación social. (Desde mediados del siglo XVI hasta el año 1618)*

Con el afortunado ataque a los janatos tártaros de Kazán y Astracán, el zar Iván IV inició una nueva fase en la política exterior, llegando más allá de la tradicional «unificación del territorio de la Rus'». Pero al sobrevalorar excesivamente la potencia económica de su Imperio, se embarcó en un conflicto con Livonia que le llevó obligatoriamente a una agotadora guerra con Polonia, Lituania y Suecia. Debido a la creciente presión de los impuestos y gravámenes para ello necesarios y recrudecida esta situación por las especiales circunstancias del gobierno de Iván IV, la población fue desplazándose poco a poco desde los núcleos centrales hacia las zonas limítrofes del Imperio moscovita, en especial hacia las fértiles tierras sudorientales. El zar, que había allanado personalmente el camino para este desarrollo con el afianzamiento militar de la frontera esteparia, se sentía impotente para luchar contra esta situación. Es así como se fue abriendo paso la crisis más larga y difícil de Rusia desde la invasión mongólica hasta 1917. Puesto que disminuía rápidamente la mano de obra

en los núcleos más importantes del Imperio y con ello estaba en juego la existencia de la nobleza de espada aquí establecida, los campesinos quedaron atados a la gleba hasta nueva orden. Con esta medida, sin embargo, se agudizaron los conflictos sociales y en la época siguiente las huidas adquirieron dimensiones cada vez más importantes.

El ocaso de la línea de los rjuríkidas moscovitas en el año 1598 inició una fase de inseguridad política interior que finalmente culminó con una guerra civil entre varios pretendientes al trono. Polonia, Lituania y Suecia aprovecharon la debilidad militar de su eterno rival para una intervención. Como fondo de estos desórdenes generales («*smuta*») se agudizó de nuevo la grave crisis social y económica. A raíz de los tratados de Stolbovo (1617) y Deulino (1618), esta crisis fue cediendo poco a poco, pero el Imperio moscovita durante decenios tendría ya muy poco que decir como potencia política, económicamente estaba arruinado y la distribución demográfica se había modificado, así como la estructura económica y social.

a) La expansión imperial y la *smuta*

No se debió a la casualidad el hecho de que en la persona de Iván IV se consiguiera por primera vez una forma de gobierno autocrática por excelencia y un nuevo estilo político interior y exterior. La idea de Moscú, concebida como la tercera Roma y del zar como sucesor, elegido por Dios, del emperador bizantino había arraigado en Iván IV tanto más cuanto que durante su minoría de edad hubo de soportar continuas humillaciones por parte de los jefes gobernantes de la nobleza [1]. A raíz de su coronación pudo transformar muy pronto, gracias al potencial económico surgido de una serie de décadas de esplendor económico, sus aspiraciones nacionales en una política de gran potencia que G. Stokl ha caracterizado adecuadamente como «imperial».

La elección del janato tártaro de Kazán como objetivo de una ofensiva no era nada nuevo. Nuevos eran, sin embargo, el éxito tan rápido y la consecuencia con la que tras la conquista de este bastión (1552) se siguió la política expansiva y se llevó a cabo la conquista de toda la cuenca del Volga. Al caer cuatro años más tarde también Astracán, el centro de la horda de Nogai, el Imperio moscovita no sólo había conquistado la mayor parte del fértil cinturón oriental de tierras negras y abierto a la colonización campesina estas zonas al desaparecer la amenaza del flanco este, sino que también había asegurado en toda su extensión la ruta comercial del Volga. El camino hacia Siberia estaba libre.

El hecho de que el Zar no aprovechase el vacío de autoridad existente al otro lado de los Urales y no atacase el débil janato tártaro de Siberia occidental, cediéndoselo por el contrario a un pequeño grupo de cosacos libres a las órdenes de Ermak Timofeevič, que penetró en Siberia por encargo de la casa comercial de los Stroganov e infligió al jan Kučum en 1582 una primera derrota, se debe a la agonía militar que vivía en ese preciso momento el Imperio moscovita. Sólo cuando el Estado comenzó a recobrar nuevas fuerzas, aproximadamente a finales de siglo, pudo, enviando tropas y estableciendo puntos de apoyo, completar la cabeza de puente y asegurar en 1589 toda Siberia occidental, tras conquistar definitivamente el janato. Puesto que también durante los siglos siguientes persistió el vacío de autoridad en el flanco oriental del Imperio y el carácter abierto del lugar y el curso favorable del cinturón de vegetación y de la red fluvial constituían abiertamente una tentación, la expansión de Rusia en los problemas asiáticos quedó así establecido.

Con el olfato para detectar puntos débiles en la corona de estados circundantes, tradicional en la política exterior rusa a partir de esta época, Iván IV centró su atención, inmediatamente después de la conquista de Astracán, en el problema de Livonia. Sirvió de excusa para el ataque el hecho de que los livonios se negaran a satisfacer nuevas exigencias tributarias. La creciente desunión interna en Livonia entre príncipes de la Iglesia, la Orden Livonia, las ciudades y los caballeros prometía un fácil botín. El motivo más profundo de esta decisión de Iván debió de ser, sin embargo, el deseo de conseguir unos puertos favorables en el mar Báltico, las ricas ciudades costeras de Livonia, que en su papel de intermediarias se quedaban con gran parte del comercio ruso. El Zar en persona llevaba a cabo demasiados negocios como para no valorar realmente este aspecto de la empresa.

La esperada invasión relámpago, como la anteriormente realizada contra los janatos tártaros, se convirtió, sin embargo, en una guerra de veinticuatro años de duración. Al someterse Estonia a la autoridad sueca y Livonia a la lituana, el Zar hubo de hacer frente a dos nuevos enemigos. Aunque en un principio Polonia-Lituania permaneció bastante inactiva e Iván consiguió conquistar enseguida Polock, cuando en 1579 el nuevo rey polaco Esteban Báthory, experimentado general, pasó a la ofensiva, las agotadas tropas moscovitas no fueron capaces de oponer suficiente resistencia. La pérdida de algunas fortificaciones limítrofes indujo al Zar a entablar conversaciones de tregua con Polonia-Lituania, que pudieron ultimarse por mediación del legado pontificio Antonio Possevino en 1582 en Jam Zapol'kij. En 1583 siguió también un tratado con Suecia. Para el Imperio ruso esto supuso una

pérdida: todas las conquistas estaban perdidas. Además, Polonia-Lituania había adelantado un poco su frontera oriental a costa de Moscú y Suecia había aislado a Moscú del mar Báltico con la incorporación de Ingria (véase fig. 5).

A esta derrota contribuyó el hecho de que Iván no lograra conquistar Riga y Reval y que el rey polaco, que dependía de las concesiones monetarias de la dieta (*sejm*) pudiera recoger por primera vez los frutos de la reforma agraria [2] llevada a cabo por Segismundo II Augusto a mediados de siglo en las posesiones de los grandes duques de Lituania. Por otra parte, el ataque del Zar a Lituania tuvo como consecuencia, seguramente no premeditada por él, la Real Unión de Lublin en 1569 entre Polonia y Lituania. Lituania, para formar parte de esta Unión, tuvo que ceder las tierras situadas principalmente al sur del Pripet, si bien en cuanto que consiguió una mayor actividad polaca en la política oriental. El impulso ofensivo así ganado sobre Moscú perduró hasta las dos primeras décadas del siglo XVII.

Las condiciones para una nueva ofensiva germinaron cuando a raíz del ocaso de los rjuríkidas la autoridad de los zares quedó en el aire. Aunque Boris Godunov, cuñado del zar infantil Fedor Ivanovič, fue elegido sucesor por una asamblea, y aunque éste ya había ejercido la regencia en nombre de Fedor y logrado estabilizar otra vez en alguna medida la situación económica, desequilibrada por la guerra y las devastaciones, su régimen nunca estuvo fuera de peligro debido a la enemistad que le profesaban por este rápido ascenso los príncipes vasallos y las antiguas familias de boyardos. Aprovecharon esta situación algunos aventureros polacos, guiados por el influyente voivoda de Sandomierz, Jorge Mniszech, apoyando militarmente el derecho al trono de un joven huido a Polonia que decía ser Demetrio, el hijo más joven de Iván IV y que murió al parecer en 1591 en circunstancias aún no aclaradas. Boris se libró del último enfrentamiento militar con el usurpador por la muerte.

Puesto que el ejército, junto con los príncipes, apoyó al falso Demetrio, y por su parte el pueblo, sacudido por tantas necesidades económicas y sociales, vio en él, como heredero «legítimo» de la dinastía de los zares, al salvador que volvería a instaurar el antiguo derecho, no había nada que impidiese su coronación. Mas como el nuevo zar no aceptara ningún pacto con la alta nobleza, como se viera claramente que no pretendía restablecer el antiguo derecho, sino que trataba de llevar a la realidad ideas extranjeras, tomadas sobre todo del ejemplo polaco, llegándose incluso a casar, contra toda tradición y fe, con la católica Marina, hija de su protector Mniszech, un levantamiento moscovita acabó finalmente con él. El precursor de la «europeización» no había sido nada



Fig. 5. La Europa oriental en la segunda mitad del siglo XVI.

sutil; sus buenas relaciones con el infiel y mortal enemigo polaco habían sido demasiado abiertas.

A este Pseudo-Demetrio siguió el definitivo caos político. El príncipe llevado al trono por la alta aristocracia, Basilio Šuiskij, si bien llevaba sangre de los rjurikidas en sus venas, no contaba con ninguna legitimación en el sentido de una elección por una asamblea, y se vio enfrentado, como criatura de los grandes terratenientes a la nobleza de espada. Incapaz de dominar los disturbios y levantamientos armados de cosacos, campesinos y vasallos que se extendían poco a poco a raíz de la gran época de hambre de 1601-1603 por todo el país, siendo su enemigo más peligroso el esclavo evadido Iván Bolotnikov, que no cayó sino delante de las propias murallas de Moscú; incapaz también de acabar con un segundo Demetrio, en esta ocasión claramente falso, que instauró ante las puertas de la capital durante años un gobierno paralelo y que volvió a ser apoyado por los ejércitos privados de Polonia, Basilio no tuvo más remedio que introducir en 1609 tropas suecas en su país.

Pero el rey polaco Segismundo III también se vio obligado a actuar. No fue difícil encontrar un partido moscovita que pretendiera sentar en el trono al hijo de Segismundo, Ladislao, y cuando en 1610 el ejército polaco marchó sobre Moscú aniquilando a las tropas del Zar, Basilio Šuiskij fue recluido en un monasterio. A cambio de ciertas garantías referentes a la tradición moscovita, ya nada se oponía a la elección del príncipe polaco. Sin embargo, fue el propio Segismundo quien impidió la coronación una vez realizada la elección al querer ascender él mismo al trono, conociendo su superioridad militar, y gobernar el Imperio moscovita junto con Polonia-Lituania.

Fue ésta la señal para un levantamiento popular de carácter general. Debido a la humillación que habían sufrido por parte de los odiados heterodoxos, se logró una aproximación de los enemigos sociales dentro de los grupos de poder rusos. El patriarca Hermógenes, en su calidad de vicario del Imperio e interrey, avivó las pasiones antilatinas. De esta forma volvieron a encenderse las llamas del odio hacia los extranjeros, apagadas desde la caída del primer Demetrio. El 15 de octubre de 1612, la guarnición polaca del Kremlin moscovita hubo de rendirse tras prolongado sitio al pueblo ruso. El 7 de febrero de 1613 fue elegido nuevo zar por una asamblea del reino el joven Miguel Fedorovič Romanov, que no era representante de la antigua alta aristocracia, sino candidato de la nobleza de espada, si bien pertenecía a la familia de la primera esposa de Iván IV, Anastasia. Naturalmente, con el comienzo de esta era Romanov, de casi trescientos años de duración, aún no se había dado por terminada la intervención

extranjera y las luchas con los suecos que operaban desde Novgorod y con los polacos que se mantenían en las provincias occidentales del reino de Moscú se prolongaron aún hasta las treguas de 1617 y 1618. Pero ambos tratados hicieron retroceder bastante las fronteras del Imperio moscovita (véase fig. 6).

b) La autocracia y los principios de la representación corporativa

La historiografía soviética clasifica al Imperio moscovita de los siglos XVI y XVII como «monarquía corporativamente representativa» entre la fase feudal primitiva y la absolutista de la formación social feudal y concede con ello a la estructura de la sociedad rusa el mismo carácter que a las de la mayoría de los restantes países contemporáneos de Europa [3]. No obstante, no cabe hablar de un sistema corporativo moscovita, ni siquiera de una representación corporativa en esta época.

Es indudable que las formas previas de aquella institución que en el siglo XVII se llamó «asamblea del reino» (*zemskij sobor*) comenzaron a desarrollarse durante la primera época del reinado de Iván IV, denominada «período de reforma». Si el joven zar invitó a Moscú por primera vez en 1549, como luego se demostró [4], a un grupo de nobles, entre ellos desde luego a los miembros del sínodo eclesiástico y de la duna de los boyardos, con el fin de llegar a una reconciliación con la alta aristocracia —que debido a su corrupción durante la minoría de edad de Iván se había cubierto de oprobio—, ello sucedió sin duda alguna por interés personal y buena voluntad para comenzar su gobierno sin disonancias. Quizás detrás de todo esto ya se escondiera el deseo, utilizando las palabras de G. Stökl, de una «decoración imperial» y de una ampliación de la base política, inevitables a los ojos de un autócrata dotado de ambiciones expansionistas.

Pero cuando Iván, durante su grave enfermedad en 1553, creyó presentir de nuevo la «traición», especialmente en las filas de la alta aristocracia, y cuando algunos años más tardes, tras la muerte de las dos personas que ejercían sobre él una influencia equilibrada —su mujer Anastasia y el metropolitano Macario—, fue convirtiéndose poco a poco en el «Terrible», puso a la asamblea del reino al servicio de su política antiaristocrática ahora ya plenamente consecuente. Al otorgar entre los miembros de la asamblea del reino de 1556 la supremacía absoluta a los representantes de la nobleza de armas que le eran leales, se creó una base aparentemente legítima en el «pueblo» para sus acciones terroríficas. Por tanto, este órgano colegiado estaba muy lejos de delimitar la autocracia a través de una representación cor-

porativa. Bajo el gobierno de un zar que, según la correspondencia que sostuvo con el general y príncipe Andrés Kurbskij, huido a Lituania, reclamaba para sí el derecho, por la gracia de Dios, de castigar a su voluntad a sus súbditos de más alto nivel como si fueran esclavos, no había lugar para tales aspiraciones.

Cuando en 1598 se extinguió la dinastía moscovita de los rjuríkidas, la asamblea del reino no sólo tuvo que cumplir una función consultiva, sino, por primera vez, también una función electiva. La oportunidad que el cambio de dinastía —análoga al nacimiento de la república aristocrática polaca a partir del siglo XIV— ofrecía para una limitación corporativa del gobierno autocrático, no fue, sin embargo, aprovechada, ya que la nobleza de armas (*služilye ljudy*), dominante también en esta asamblea, sentó en el trono a Boris Godunov, que le era favorable, por miedo a la alta aristocracia.

Tan sólo cuando en la «época de los disturbios», y debido a la aparición de los usurpadores, comenzaron a disminuir la autoridad y el poder zarista, cristalizó, en medio del caos general, una especie de división de la sociedad en corporaciones. La ocasión se presentó con motivo de las negociaciones con el príncipe polaco Ladislao, elegido en 1610 en una asamblea del reino sumamente provisional. A los representantes de aquellos que en un tiempo se habían reunido en torno al segundo falso Demetrio en Tušino y también de los grupos moscovitas, que G. Stökl sitúa cerca de las «corporaciones» [5], les interesaba negociar concretamente ciertas garantías que atasen al príncipe extranjero a la tradición moscovita. Bajo la evidente influencia de la situación constitucional polaca a través de Lituania y de una conciencia corporativa desarrollada durante los disturbios, las condiciones impuestas a Ladislao mostraban cuando menos un primer intento de los grupos implicados de participar en el gobierno y, en especial, de tener derecho a voz y voto al imponer nuevos impuestos, promulgar nuevas leyes y en general en todos los cambios de la situación constitucional existente hasta entonces.

La elección de Miguel Romanov en 1613 dispensó de las garantías exigidas a un extranjero; pero con ello también faltaba la base para posibles exigencias más amplias en favor de las «corporaciones». Si bien en la asamblea electoral, que se constituyó como «país entero», participaron los representantes de casi todas las clases y grupos sociales a excepción de los no libres y los campesinos del Estado, y si bien durante los dos años y medio que duró el interregno precisamente estos grupos habían llevado el peso de la resistencia contra una intervención extranjera y mantenido trabajosamente una administración, a Miguel no se le impuso ninguna condición antes de su elección. El nuevo zar

sólo tenía dieciséis años de edad, y aunque la asamblea del reino se reuniera casi ininterrumpidamente de 1613 a 1622 con el fin de ayudarle y equilibrar las relaciones internas y externas, nadie aprovechó esta oportunidad para llegar a convertir el *zemskij sobor* en un instrumento de control o incluso en un instrumento de poder de las corporaciones en el sentido de la dieta polaca. En 1622 se disolvió sin ton ni son una vez realizado su trabajo, sin ton ni son desapareció una vez alejada la situación de peligro, la participación de grandes grupos de la población en la determinación de la vida estatal.

El hecho de que, a pesar de todo, se volviese a conectar en 1613 con la antigua autocracia requiere una explicación. Cierto que la caótica situación de la *smuta* provocó en gran medida que el pueblo pidiese mano fuerte para conseguir nuevamente seguridad y bienestar; cierto que el odio por los polacos, reavivado a partir de la intervención, desacreditaba todo lo que provenía de aquel país. Mas junto a esto, pueden observarse de nuevo rasgos de continuidad más antiguos. Para la Iglesia, el poder zarista constituía tradicionalmente un complemento necesario de su propia autoridad espiritual, para la baja y mediana nobleza de armas, determinante en la asamblea del reino, de un gobernante fuerte dependía la protección frente a la poderosa alta aristocracia y con ello su existencia. Ambas guardaron una inquebrantable lealtad a la autocracia.

Las posibilidades que ofrecía la *smuta* de una representación corporativa no fueron, por tanto, aprovechadas. Para ello faltaba, al contrario que en Polonia, el arraigo regional de la nobleza; los grandes duques de Moscú habían extirpado radicalmente cualquier conato en este sentido por medio de los obligados cambios de residencia. Por otra parte, la nobleza en su totalidad estaba excesivamente ligada al sistema del *nestničestvo,* aquel complicado «orden de precedencia» desarrollado de forma inorgánica que clasificaba a cada noble, según su rango de servicio y nacimiento, en la jerarquía general y que destruía, con la severa organización del servicio al autócrata, una posible conciencia de clase nobiliaria. Así, independientemente de pasajeros intentos durante la situación excepcional de la *smuta,* en el Imperio moscovita no se llegaron a crear corporaciones en el sentido de «corporaciones organizadas, limitadas socialmente y activamente políticas» [6] ni una representación corporativa.

El fuerte arraigo de la autocracia en el sentir del pueblo queda demostrado con la primera aparición (posteriormente típica en los siglos XVII y XVIII) de los usurpadores (*samozvancy*), precisamente en un momento en el que faltaba un zar legitimado por derecho de nacimiento o en el que el régimen parecía atentar contra

la tradición. En la medida en que las masas cifraban sus esperanzas y deseos en aquella persona que se proclamaba el verdadero zar, le disculpaban a él y a su cargo de su propia situación precaria, y contra toda experiencia, esperaban de él que castigase la injusticia de los grandes y que restaurase la buena y antigua Ley. De esta forma, a pesar de Iván el Terrible, el carisma de la autocracia triunfó en la época de penuria con casi más fuerza que nunca.

c) Las reformas internas, la crisis económica y el período de «la gran despoblación»

Los comienzos del reinado de Iván IV estuvieron acompañados de reformas que estaban destinadas a proseguir los intentos de sus dos antecesores de acuerdo con las necesidades de un gran imperio. Debían proporcionar la estructura interna para poder llevar a cabo la deseada política exterior imperial. Como fuerza motriz y órgano consultivo funcionaba un pequeño círculo de personas escogidas, entre las cuales destacaban especialmente el sacerdote Silvestre y el noble Alejandro Adašev, miembro de una floreciente familia de la pequeña aristocracia. Si bien con esto ya puede observarse que el joven Iván se rodeó principalmente de miembros de familias no pertenecientes a la alta aristocracia bajo la impresión imborrable que le causaran en su juventud las humillaciones a que le sometieran los representantes de los grupos dominantes de la nobleza, las reformas emprendidas sólo pudieron realizarse gracias a que después de quince años de anarquía boyarda se tenía el convencimiento, incluso en los círculos de la alta nobleza, de que así ya no se podía continuar.

La Iglesia, bajo la competente autoridad del metropolitano Macario, prestó su apoyo preparando sistemática y propagandísticamente los pensamientos nacidos de José de Volokolamsk y de su escuela y la ideología de «Moscú como tercera Roma». Esto no sucedió sólo por el establecimiento de un canon propio de los santos que debían ser objeto de veneración en los dos sínodos de 1547 y 1549 y por una nueva determinación de las directrices de la Iglesia en el sínodo de los cien capítulos (*Stoglavyi sobor*) de 1551, sino también por nuevas recopilaciones de crónicas, como, por ejemplo, la *Crónica de Nikon* o el *Libro de los grados* [de la genealogía del zar] (*Stepennaja kniga*), escrito en forma de biografías de gobernantes, ambas historias oficiosas del Imperio, que reelaboraban el antiguo material cronístico en el sentido de una interpretación teológica de la autocracia moscovita.

Las exigencias de poner límites a la inicua administración de

la justicia por parte de los gobernadores, como la que pidió principalmente Iván Peresvetov en la «publicística» de aquella época, las resolvió el Zar en 1550 mediante una nueva codificación del derecho vigente. Además se aceleraron los intentos, en marcha desde finales de los años 30, de que participaran los órganos locales de la administración, ante todo en los asuntos policiales.

Finalmente todo el antiguo sistema *kormlen'e* fue víctima de la orientación antiaristocrática de Iván en 1555-1556, agudizada a raíz de los acontecimientos de 1553. En su lugar, en las comunidades (*posad*) de las ciudades y especialmente en las comunidades rurales negras, concentradas en aquella época casi exclusivamente en el norte de Rusia, apareció una forma de autonomía administrativa a través de órganos elegidos. En las zonas limítrofes se conservaron las funciones de los gobernadores, si bien ya no sobre la base del *kormlen'e*. A finales del siglo XVI, estas funciones se fundieron con aquéllas de los comandantes militares para formar la constitución de voivodatos, que se extendió finalmente a lo largo del siglo XVII a los restantes distritos del Imperio moscovita. Mediante la ocupación múltiple de importantes voivodatos se creó un sistema de vigilancia mutua. Puesto que a partir de mediados del siglo XVI por un lado también las autoridades centrales moscovitas, los *prikazy*, se iban perfilando más y más y organizaban con mayor vigor la administración, y por otro lado los voivodas, por regla general, sólo permanecían en un mismo lugar de uno a tres años, a partir de las reformas de Iván IV quedó descartada la posibilidad de que algunos miembros de la alta aristocracia llegaran a tener una gran influencia, a la vez que la «centralización» burocrática y con ello la mejor vigilancia de los súbditos daba otro decisivo paso adelante.

Con la fuerza de combate de las tropas, igualmente imprescindible para la política imperial de expansión, guardaban relación las reformas del sistema de concesión de tierras a cambio de servicio y la creación de nuevas asociaciones militares. El establecimiento de 1.078 personas vinculadas al servicio en las proximidades de Moscú creó una tropa disponible que el Zar podía movilizar inmediatamente. En 1556 se normalizó la obligatoriedad del servicio militar y se hizo extensiva principalmente a todos los propietarios de tierras transmisibles por herencia que dispusieran de más de 150 hectáreas. Adicionalmente a la nobleza de armas a caballo surgieron en esta época unidades de tiradores de a pie (*strel'cy*), con salario fijo y armados, que se reclutaban entre la población campesina o urbana. También por primera vez se emplearon cosacos como destacamentos regulares a caballo [7].

Ambas tendencias de la política interna de Iván IV, aunque estrechamente ligadas a sus ambiciones imperiales —contención

de la influencia boyarda e impulso simultáneo de la pequeña nobleza de armas— se agudizaron en los siguientes años más y más y desembocaron finalmente en la fase de la tristemente célebre *opričnina.* La base psíquica de estas medidas estaba en el excesivo sentimiento autocrático de Iván y en su creciente desconfianza hacia la alta nobleza, que finalmente alcanzó incluso a sus más íntimos colaboradores, llevando al zar a una soledad cada vez más profunda.

Cuando en 1564 el príncipe Andrés Kurbskij, nombrado por Iván gobernador de la ocupada Dorpat, en Livonia, huyó a Lituania y criticó abiertamente en una carta el régimen tiránico de Iván, el zar creyó fundamentados sus temores. Ahora dejó vía libre a sus sentimientos de odio y a su inclinación por la crueldad con el fin de castigar sin misericordia a todos los «traidores» de la autocracia. Con este objeto, a partir de 1565 se apropió de territorios cada vez más extensos, principalmente en el norte y nordeste del país, gobernados directamente por él (la llamada *opričnina*), matando o deportando a todos los boyardos que allí vivían. En sus tierras colocó a un nuevo estamento de vasallos incondicionales, los *opričniki,* que, como instrumentos de su odio, llevaron el terror hasta los últimos rincones de la nación. Puede apreciarse el carácter inconsecuente de su política antiboyarda en el hecho de que miembros de antiguas familias nobles fueron llamados a la *opričnina.*

El terrorismo de los *opričniki* alcanzó su punto culminante en 1570, en una acción oficial contra Novgorod que había vuelto a caer en la sospecha de mantener relaciones amistosas con Lituania. En las ciudades y en el campo murieron miles de personas inocentes de todas las capas sociales. Aun cuando la propia *opričnina* finalmente tampoco se vio libre de la desconfianza del zar y en 1572 fue oficialmente abolida [8], la atmósfera de miedo e inseguridad que el zar propagaba en torno suyo se mantuvo hasta su muerte.

Si bien sólo se vieron directamente afectadas por la última fase de la guerra de Livonia las zonas limítrofes occidentales, aproximadamente a partir de 1560 se produjo en amplias zonas del Imperio moscovita una crisis económica relacionada sólo indirectamente con la propia guerra. Más bien era el resultado de todas las medidas políticas de Iván IV, y no sólo de las de su período «cruel». La política imperial de expansión introducida como salida de sus ambiciones autocráticas sobrepasaba claramente las posibilidades económicas existentes. Durante el reinado de Iván IV los impuestos se triplicaron y se introdujeron numerosas contribuciones especiales, como aquéllas para comprar armas, rescatar prisioneros de guerra o construir fortificaciones, que de-

bían llenar adicionalmente las arcas del Estado. El hecho de que el zar, para cubrir sus necesidades militares, o para llevar a cabo sus medidas de terror, crease de la nada una amplia capa de personas ligadas al servicio y las equipase con tierras, aumentó con demasiada rapidez la capa de los económicamente improductivos y de los que vivían del trabajo de los demás.

Pero simultáneamente se recrudeció la presión de estos medianos y pequeños propietarios de tierras concedidas a cambio de un servicio sobre los campesinos, ya que el gasto de dotar a un caballero del equipo completo normalmente recaía sólo sobre un puñado de explotaciones agrarias, puesto que sólo una minoría de *pomeščiki* podía recibir de hecho la cuota correspondiente de 150 hectáreas de buena tierra de labor (lo cual hubiera correspondido a quince o veinte explotaciones) a cambio de un servicio. Por tanto, tenían que elevar correspondientemente el interés y los impuestos de sus vasallos tributarios, también por término medio al triple, sólo entre 1560 y 1590. Puesto que las tierras de *pomest'e* proliferaban incontenibiemente, cada vez caían más campesinos bajo una presión económica permanente. Esta presión se hizo aún mayor por el hecho de que los campos señoriales y las prestaciones campesinas se extendieran rápidamente durante la segunda mitad del siglo XVI, quedando expuestos los agricultores con ello a una intervención de sus señores cada vez más enérgica. Bajo esta carga, agravada aún más por numerosas crisis de hambre y plagas, por el ataque tártaro que llegó hasta Moscú en 1571 y por el terror interno de la *opričnina,* muchas explotaciones rurales quebraron. Allí donde la pérdida de una de las fuentes de trabajo, de las semillas o del ganado descompensaba la explotación campesina, por regla general la única solución, debido a la carga cada vez más pesada de los impuestos y contribuciones, era la huida. Esta situación, sin embargo, provocó una peligrosa avalancha, pues los impuestos y contribuciones se concentraban en un número de explotaciones cada vez menor, arruinando finalmente también éstas. Seguramente la despoblación motivada por esto se hubiera frenado si Iván IV, con la eliminación de los janatos tártaros de la cuenca del Volga, no hubiera abierto la puerta hacia las fértiles zonas de tierra gris y negra, en la frontera sudoriental del reino moscovita. Así quedaba roto el dique que acumulaba a la población en las pobres tierras del cinturón de bosque mixto y coníferas, y una cantidad cada vez mayor de colonizadores hambrientos de tierras y acuciados por los impuestos y los intereses se dirigieron a la tierra prometida en las fronteras, donde esperaban encontrar mejores cosechas y verse libres de terratenientes.

La despoblación afectó principalmente a los centros de las

tierras cedidas a cambio de un servicio en la zona situada entre el curso superior del Volga y del Oka y en el territorio de Novgorod y Pskov (véase fig. 5). Allí en 1580 aproximadamente en algunos sitios habían quedado abandonadas hasta el 90 por 100 de las tierras, pero por término medio más de la mitad. Hacia las fronteras septentrionales y sudorientales del Imperio la intensidad de la despoblación disminuía para pasar finalmente a zonas de inmigración. El hecho de que mucha gente emigrara hacia el norte, frío y pobre, pero libre en gran medida de terratenientes, demuestra la importancia que la presión señorial tuvo como fuerza motriz en este proceso de desplazamiento demográfico.

Durante los últimos veinte años del siglo XVI volvieron a estabilizarse ligeramente las cosas. Sin embargo, la *smuta* frustraba cualquier nuevo intento económico, llevando el proceso de despoblación a su punto álgido al llegar simultáneamente a zonas que entre 1560 y 1580 no habían sido apenas o nada afectadas por ella (véase fig. 6). En las regiones estériles, así como en las occidentales y noroccidentales del imperio entre 1620 y 1630, cuando ya estaba terminando el verdadero período de despoblación, por término medio más de tres cuartas partes de las tierras de labor quedaron abandonadas y más del 70 por 100 de las explotaciones cayeron en ruinas o bien fueron absorbidas por el bosque.

Estas manifestaciones, sin embargo, ya no sólo se debían a la emigración, que aumentó tras la atadura de los campesinos a la gleba, sino en mayor grado también al importante descenso de población debido a la terrible hambre sufrida entre 1601-1603 y a los enfrentamientos militares que durante la *smuta* y la intervención extranjera se mantuvieron sobre el suelo del propio Imperio moscovita. Existen ciertos indicios que nos hacen creer que entre 1560 y 1620 la población disminuyó aproximadamente en un 25-40 por 100.

Durante la *smuta* la actividad económica se concentró en los amplios extremos del Imperio, en el este y sudeste. De estas zonas limítrofes más estables, y sobre todo de los distritos del Volga y Transvolga, en torno a Nižnij-Novgorod, partió la nueva consolidación del Imperio; allí aún se disponía de dinero y hombres para equipar a las tropas necesarias para expulsar a los invasores extranjeros.

En general, pues, el gran período de despoblación de 1560 a 1620 estuvo íntimamente ligado a una crisis de la economía campesina, que simultáneamente hacía disminuir con rapidez los ingresos del Estado y socavaba en especial la seguridad material de los pequeños terratenientes. Pero en el torbellino general también se vieron implicadas las ciudades. Casi todas quedaron tan

despobladas como la campiña circundante. Moscú fue una de las pocas excepciones.

El período de despoblación no benefició el desarrollo del comercio interior ruso, tal y como lo practicaba Iván IV. Desde que barcos mercantes ingleses exploraran en 1553 la ruta del mar del Norte hacia la desembocadura del Dvina septentrional y anclaran regularmente ante Cholmogory, la exportación rusa ya no dependía exclusivamente de las ciudades livonias; pero la ruta del mar del Norte únicamente podía ser recorrida durante el verano y resultaba mucho más dificultosa que la del mar Báltico. A esto se debía en gran medida el intento de Iván IV de hacerse con los puertos de Livonia y, al fallar esto, de atraer a los comerciantes ingleses a Narva. Pero también Narva, como puerto internacional, conoció tan sólo un pasajero florecimiento, pues los ingleses, franceses y más tarde los holandeses para realizar su comercio directo con Rusia optaron a la larga por seguir la ruta, menos amenazada por las intrigas políticas, que bordeaba al Cabo Norte hacia la desembocadura del Dvina, donde finalmente se fundaría en 1584 Arkángel como principal puerto ruso en el mar del Norte. Dado que el gran período de despoblación agudizó la escasez de capital en la economía rusa, los comerciantes nativos seguían sin posibilidad de contrarrestar el monopolio que los extranjeros ejercían en el transporte marítimo y sin poder impedir siquiera que se introdujeran, como molestos competidores, en el comercio ruso con Asia y Oriente.

d) Cambios en la estructura social

Los procesos de despoblación que acompañaron a la grave crisis económica provocaron profundos cambios sociales. La atadura del campesino a su tierra fue sin duda el hecho de mayor trascendencia.

Ese fue el resultado de un empeoramiento, arrastrado desde hacía casi un siglo y medio, de los derechos campesinos, cuyo origen más profundo ha de buscarse en el apoyo del Estado a la nobleza terrateniente. Puesto que, por las causas ya mencionadas en repetidas ocasiones, no se contaba con el dinero suficiente para la contratación de ejércitos mercenarios, los zares seguían dependiendo para la consecución de sus ambiciones imperiales de la potencia militar de su nobleza de espada. De forma distinta a como sucediera en la Europa occidental, donde al perder su importancia bélica fue convirtiéndose paulatinamente en una nobleza palaciega y administrativa y en donde el dinero en grandes cantidades ya no se podía obtener de la agricultura, a comienzos

de la Edad Moderna la nobleza rusa aún seguía dependiendo casi por completo de los beneficios de sus propiedades. Por ello las relaciones de los propietarios con sus campesinos quedaron determinadas por el deseo de asegurar a los primeros los ingresos necesarios y de aspirar a unos mayores beneficios dentro de una estructura económica en transformación.

Como ya se ha indicado anteriormente, desde principios del siglo XVI ya se hizo manifiesta una cierta tendencia que llevaba a una mayor atadura del campesino a su señor, si bien este desarrollo sólo pudo hacer rápidos progresos bajo las condiciones del siguiente período de despoblación.

Dada la escasa e incluso inexistente mano de obra, a los terratenientes se les ofrecía una economía propia lo más amplia posible como solución más aceptable para asegurar su existencia, y ante esta situación, a su entender, la única salida posible era la atadura de los campesinos restantes o reclutados a la tierra que debían trabajar. Al mismo tiempo el período de despoblación, que acabó principalmente con las colonizaciones pequeñas y provocó la concentración demográfica en unos cuantos pueblos grandes, les proporcionó la situación más propicia para una buena administración de las tierras. Desde el punto de vista económico así quedaba abierto el camino para el ulterior desarrollo hacia la vinculación a la gleba. Sin embargo, la importancia del «gran período de despoblación», concebido como una situación económica de excepción, condicionada políticamente, hasta ahora ha sido poco apreciada en este sentido por la historiografía soviética [9].

Por primera vez la crisis económica influyó con un peligroso carácter masivo sobre el Estado, que, encadenado irresolublemente a los intereses de la nobleza de espada, tuvo que sacrificar al resto de sus súbditos. El hecho de que esta constelación de intereses pudiera siquiera aparecer no fue sólo consecuencia de determinados hechos socio-económicos, como, por ejemplo, el afianzamiento como estamento sostenedor del Estado de una nobleza militar dependiente de la agricultura debido al escaso desarrollo de la economía financiera, el débil urbanismo o la tradicional participación de los terratenientes en la vida comercial; fue más bien la consecuencia de una cooperación entre elementos señoriales y corporativos que nada tienen que ver con la situación en la Europa occidental de esta misma época. Mientras que en Alemania al oeste del Elba se había iniciado a partir de la baja Edad Media una relajación de la servidumbre y los campesinos, en sus comunidades rurales, a través de la colaboración entre autoridades y corporaciones podían participar personalmente en la regulación de su situación legal y fijar esta situación en la recopila-

ción de leyes consuetudinarias e incluso llegaron a conseguir que se congelara el impuesto sobre la propiedad rural, en Rusia, al margen de las comunidades rurales negras, no se conoció en general una colaboración semejante. Con ello desde un principio nunca se dio uno de los posibles obstáculos que hubieran frenado la evolución hacia una sumisión hereditaria. La historiografía marxista hasta el momento ha callado estas relaciones, pues diferenciarían excesivamente el obligatorio esquema de la explotación. Sin embargo, en el actual estado de la investigación aún queda por resolver la siguiente pregunta: ¿qué factores económicos (incremento del interés monetario y de la circulación monetaria en general, mayor demanda de productos agrarios debida a una concentración demográfica y al desarrollo de las ciudades, ejemplo polaco) iniciaron ya a comienzos del siglo XVI la silenciosa tendencia hacia la economía rural y en qué medida la aparición casi simultánea de esta manifestación en la Europa oriental, en la parte oriental de la Europa central y parcialmente también en el sudeste de Europa, dándose una integración totalmente diferente o incluso una ausencia de integración en el mercado europeo, permite conjeturar una serie de relaciones interiores hasta ahora desconocidas? [10].

A raíz de las investigaciones de B. D. Grekov y S. B. Veselovskij (1926 y 1928) dentro de la nivestigación se consideró como algo fuera ya de toda duda que una ley (*ukaz*) del año 1581 había suspendido, en principio, con carácter provisional, en toda Rusia o en las distintas regiones sucesivamente, el derecho campesino de cambiar de dueño el día de San Jorge (ley sobre los «años prohibidos»). Nuevos descubrimientos de archivos hacen cada vez menos segura la existencia de una ley con carácter tan general, aun en tiempos de Iván IV. «Años prohibidos» fueron más bien promulgados a partir de 1581 sólo por ruego especial de diferentes terratenientes, y quizá también quedaran regionalmente limitados a nivel de distrito. Naturalmente, las pruebas de esta situación se concentran principalmente en las antiguas regiones de colonización del Imperio, especialmente afectadas por la despoblación. En las regiones meridionales, zonas de inmigración, en esta época evidentemente aún no existía ninguna suspensión del derecho a cambiar de dueño o residencia en el día de San Jorge; los terratenientes, deseosos de que llegaran nuevos colonos, no podían estar interesados aquí en semejante ley. Tan sólo cuando el censo general establecido en torno a 1850 proporcionó un nuevo inventario escrito de todas las fincas obligadas a pagar impuestos una vez pasada la primera fase de despoblación, abarcando así a todos, quedaron establecidas las bases para una vinculación general de los campesinos a la gleba. Quizá se

llevara a cabo en 1592-1593 a través de un *ukaz* promulgado por el zar Fedor, quien declaró prohibidos todos los años siguientes hasta nueva orden, es decir, prohibió durante muchos años cambiar de residencia [11].

Los campesinos no se dieron por enterados de tales preceptos y defendían aún con mayor ardor sus antiguos derechos debido a la creciente presión señorial. Con ello, sin embargo, el gobierno se encontró entre los intereses opuestos de los propios terratenientes, pues mientras que la nobleza de servicio y grandes terratenientes de las zonas más despobladas pretendían dar un plazo de tiempo para que los campesinos escapados pudieran volver, los boyardos y *pomeščiki* de las regiones meridionales defendían precisamente la teoría contraria, con el fin de sujetar legalmente lo antes posible a los nuevos colonos. El gobierno, interesado tanto en la conservación de la nobleza de espada como también en la colonización y afianzamiento de la frontera con la estepa incluso a costa de renunciar a los campesinos fugitivos, había quedado enredado finalmente y de forma irresoluble en las contradicciones de su propia política de expansión.

Así pues, el problema de las huidas no tuvo durante todo el siglo XVII una evolución lineal. Aunque en 1597 aún se fijó legalmente un plazo de cinco años para el retorno de estos campesinos, sirviendo a este fin los censos que demostraban a qué señores estaban atados los distintos campesinos, la terrible época de grandes hambres a comienzos del siglo XVII obligó al gobierno a declarar el año 1601 como generalmente libre y el año 1602 como parcialmente libre para cambiar de residencia. Posteriormente volvieron a entrar en vigor con carácter provisional los «años prohibidos», para finalmente —puesto que de hecho no fueron revocados— confirmar por el camino consuetudinario la total atadura del campesino a la gleba. Y aunque Basilio Šuiskij amplió en su código el plazo para la vuelta a quince años, el zar Miguel Romanov volvió a rebajarlo en principio a cinco años.

En estrecha relación temporal y local con el período de despoblación de 1560 a 1620 pueden enumerarse otros cambios de la estructura social campesina. Mientras que para parte de los campesinos la huida significaba la salvación deseada ante la inaguantable presión de las cargas que soportaban, otros preferían aceptar un *status* que redujera dichas cargas. Sólo así se explica el hecho de que, principalmente a partir de principios del siglo XVII, el grupo, hasta entonces carente de importancia de los *bobyli* aumentara en muchos distritos a más de la mitad de los campesinos reseñados en los censos. Si bien es cierto que los *bobyli* eran en su mayoría campesinos arruinados que desde un punto de vista social y económico apenas podían ponerse bajo un denomi-

nador común (eran desde trabajadores sin tierra que buscaban ingresos en el comercio, artesanado o explotación agrícola de su señor, hasta campesinos bien situados), tenían en común el hecho de estar excluidos de la comunidad tributaria campesina y de satisfacer únicamente al Estado y al propietario una pequeña contribución.

Otra posibilidad de alcanzar una relativa seguridad económica y una exención tributaria consistía en aceptar voluntariamente una situación de servidumbre. El *cholop* era a todos los efectos propiedad absoluta de su señor, pero debía ser alimentado por éste incluso en épocas de escasez. Por esta razón durante los años de hambre desde 1601 a 1603 el número de personas que perdió su libertad personal aumentó fuertemente.

Aquél que buscaba la libertad total escapaba atravesando la zona limítrofe para reunirse con los cosacos libres que residían junto al curso bajo del Don, en la tierra de nadie situada entre el janato de Crimea y el Imperio moscovita. A lo largo del siglo XV y bajo la fusión de elementos tártaros procedentes de guerreros fronterizos deseosos de independencia que vivían de la caza y de la pesca y también del robo y de misiones bélicas por cuenta de Polonia-Lituania y Moscú [12], las «repúblicas» de los cosacos grandes rusos del Don, así como de los cosacos «ucranianos» del Dniéper, constituían, con sus caudillos libremente elegidos y que igualmente podían ser destituidos en cualquier momento (atamanes y hetmanes), precisamente la imagen opuesta del autocrático estado moscovita. Pero cuando el período de despoblación arrojó un número cada vez más numeroso de fugitivos a las líneas de estos cosacos, la situación fue cambiando poco a poco, ya que también aquí nació un abismo entre un proletariado cosaco en continuo desarrollo (*golyt'ba*) y un rígido estamento superior. Simultáneamente, los problemas relativos a la alimentación, cada vez más graves, junto con el odio de los fugitivos contra el Estado moscovita y sus sustentadores, impulsaron a los cosacos a inmiscuirse en las divergencias de la *smuta* con la esperanza de encontrar botín.

Bajo las condiciones extremas del período de despoblación, los últimos restos de las comunidades rurales negras en las antiguas regiones de asentamiento del Imperio fueron sacrificadas a la nobleza de servicio, si bien una parte importante de la pequeña y mediana nobleza de servicio perdió, a pesar de todos los esfuerzos del gobierno, sus medios de existencia, viéndose finalmente reducida a la miseria.

Así, del sedimento social del gran período de despoblación surgieron en forma de vasallos empobrecidos, campesinos fugitivos, *bobily* sin tierras, *cholopy* y proletarios cosacos, aquellos

grupos desarraigados o semidesarraigados que no sólo apoyaron activamente los levantamientos contra los terratenientes y el Estado de principios del siglo XVII, sino que también «perturbaron» con su constante versatilidad, debida casi siempre a la búsqueda de ventajas personales, la imagen política de la *smuta.*

Los verdaderos triunfadores de la larga crisis fueron los grandes terratenientes eclesiásticos y laicos. Los renovados intentos de Iván IV por delimitar la adquisición de tierras por parte de los monasterios duraron tan poco como los de sus antecesores. El acrecentado peligro de muerte hizo aumentar rápidamente el número de donaciones a instituciones eclesiásticas. A finales del siglo XVI las iglesias y monasterios disponían al parecer de más de la tercera parte de las tierras cultivadas, cuyo beneficio para el fisco era muy limitado debido a los amplios privilegios de que gozaban. Por otra parte, precisamente durante y poco después del gran período de despoblación, los terratenientes eclesiásticos y laicos eran los únicos que disponían del suficiente dinero para comprar gran cantidad de tierras abandonadas y volver a colonizarlas aprovechando una serie de años exentos de impuestos e intereses y contando con una ayuda inicial. Igualmente entre 1560 y 1620 progresaron rápidamente las comunidades urbanas con enclaves señoriales eximidos. Los enérgicos intentos de Boris Godunov de hacer frente a este desarrollo fueron desbaratados nuevamente por la *smuta.*

De esta forma, la política imperial de expansión iniciada por Iván IV dio paso a esa disonancia tan peligrosa para el futuro entre las exigencias estatales y las débiles posibilidades económicas de éste, que consolidó el retraso económico y social del Imperio ruso por mucho tiempo. Dado que con este fin fueron sometidos sin consideración todos los grupos de la población a los intereses del Estado, los últimos restos de la ordenación social de la Edad Media naufragaron en un caos general.

V. *Tradición moscovita e indicios de la «europeización» (1618-1689)*

Finalmente, la depresión de 1560-1620 pudo superarse con lentitud. Por consiguiente, el Imperio moscovita renunció hasta mediados del siglo XVII a las acciones costosas en política exterior que supusieran un gran esfuerzo. Pero al aceptar en 1654 el paso de los cosacos del Dniéper bajo su dominio, se arriesgó conscientemente a un nuevo y grave enfrentamiento con Polonia-Lituania. Mientras que la derrota infligida a la república aristocrática polaca en 1667 inclinó el pasajero equilibrio de fuerzas definitivamente

a favor de Moscú, el asentamiento en el curso bajo del Dniéper provocó una confrontación con el estado de Crimea, vasallo de los turcos, que obligó al zar a entrar en la liga europea contra éstos. En vísperas de la subida al trono de Pedro el Grande los contactos diplomáticos con otros países occidentales, ya tanteados desde hacía tiempo, tomaron una forma concreta e integraron plenamente a Rusia, por primera vez desde la invasión de los mongoles, de nuevo en el sistema de alianzas europeo.

Esto y una serie de crecientes influencias occidentales en diversos aspectos de la vida no lograron, sin embargo, modificar las enraizadas tradiciones rusas referentes al sistema de gobierno y a la estructura social. Por el contrario, puesto que con el constante desplazamiento de la frontera de la estepa, con la ocupación de Siberia hasta el Pacífico y finalmente con la reanudación de la política de expansión hacia el oeste se hacía cada vez más patente el ya antiguo desequilibrio entre las crecientes tareas estatales y las posibilidades económicas reales, el gobierno se vio obligado a endurecer aún más su represiva política social. Esto trajo consigo, como resultado final, la consumación de la atadura campesina a la gleba, el mantenimiento de la inestabilidad social, así como graves conflictos internos. Simultáneamente este curso político bloqueó el progreso económico. Se empezaba a vislumbrar que la autocracia y su política imperialista servían de estorbo a un posible saneamiento económico y social de Rusia.

a) Reanudación de la política de expansión y entrada en el sistema de alianzas europeo

Al finalizar la guerra civil y la intervención extranjera, las fuerzas del Estado sólo alcanzaban por el momento para ayudar y asegurar militarmente la corriente de colonos que, desde la segunda mitad del siglo XVI, se dirigía cada vez con mayor intensidad hacia la franja de tierra negra en el flanco sur y sudoriental. En lugar de la antigua barrera fronteriza de la época de Iván IV, apareció de 1635 a 1646 una nueva más adelantada, que llegaba por el sur hasta el curso alto del Dónetz y que en 1648-1654 fue prolongada hasta el Volga, junto a Simbirsk (véase fig. 16). Puesto que para realizar las murallas, las talas de los bosques y las trincheras era necesario ocupar numerosas fortificaciones, las medidas para asegurar la frontera exigían mucho dinero y mano de obra. A pesar de todo no se logró impedir por completo que los tártaros de Crimea realizaran una serie de incursiones en el interior, si bien éstas ya no representaban una amenaza militar directa, sino que pretendían simplemente obtener esclavos para

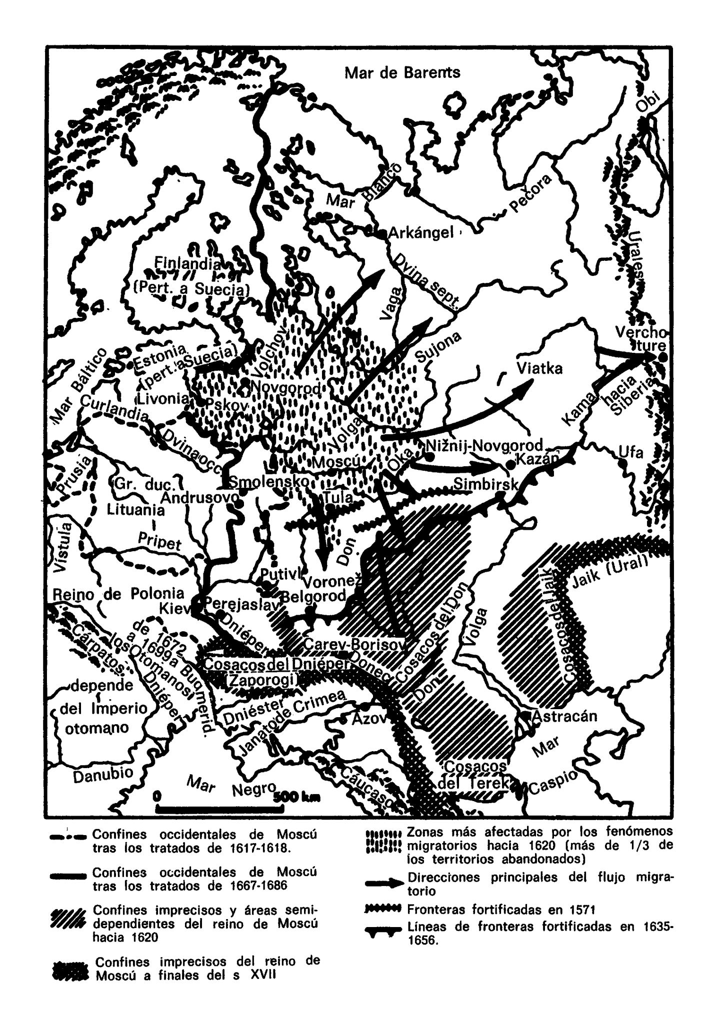


Fig. 6. La Europa oriental en el siglo XVII.

los mercados de Crimea e intranquilizar a la población fronteriza.

También se trataba de ampliar la cabeza de puente ganada al este de los Urales y de asegurar las líneas de avituallamiento mediante una serie de puntos de apoyo fortificados. Al igual que en la frontera de la estepa, también aquí la iniciativa privada y la protección estatal corrieron parejas en lo que se refiere a la ocupación de nuevos espacios. Gracias al curso este-oeste de los ríos principales, ventajoso para el comercio, pues permitía cruzar la inhóspita taiga siberiana, se alcanzó el Pacífico en varios puntos, incluso ya antes de mediados del siglo XVII. Con la ocupación de Siberia, Moscú, sin embargo, se introdujo en la periferia de China. Pero como ninguna de las partes estaba interesada en un conflicto serio y tampoco estaban en situación de llevar a cabo una guerra en estas zonas fronterizas tan lejanas, Moscú y el Imperio chino ajustaron en 1689, en el tratado de Nerčinsk, sus mutuas relaciones territoriales y económicas por la vía amistosa. Sin embargo, con esto a Rusia se le cerró la cuenca del Amur hasta el siglo XIX.

El retraimiento como potencia política que se impuso a la agotada Moscú frente a Polonia-Lituania fue roto sólo en 1632-1634 cuando, aliado con Gustavo Adolfo de Suecia, el zar Miguel Romanov intentó aprovechar la muerte del rey polaco Segismundo II para reconquistar los territorios perdidos en 1618. Sin embargo, la muerte del rey sueco, que había planeado la inclusión de Moscú en la alianza de potencias anticatólicas, dejó al zar abandonado a la suerte de sus propias fuerzas militares; por otra parte, la resistencia polaca resultó muy fuerte, de manera que Moscú, de la «paz eterna» firmada en 1634 en Poljanovka, únicamente consiguió insignificantes ganancias territoriales y la renuncia de Ladislao IV de Polonia-Lituania al título de zar exigido desde el año 1610.

Con esto, los medios y fuerzas reunidos habían vuelto a agotarse, hasta que el Imperio moscovita se vio arrastrado sin quererlo en el gran levantamiento de los cosacos del Dniéper en 1648 bajo el mando del hetmán Bogdan Chmel'nyckyj, junto con los cada vez más oprimidos campesinos ucranianos, contra el rey y los grandes terratenientes polacos. Puesto que los cosacos del Dniéper se reclutaban principalmente entre campesinos ucranianos huidos, entre los que predominaban los ortodoxos, y el gobierno polaco, por otra parte, trataba, con fundado temor a una peligrosa concentración de poder en su flanco sur, de mantener reducido el número de cosacos libres, el resentimiento antipolaco y los elementos sociales y religiosos, tras una lucha que conoció suertes alteradas, determinaron finalmente la conveniencia de so-

meter el «estado del atamán» a la autocracia moscovita antes de volver a caer bajo el yugo de los odiados explotadores católicos.

Puesto que al aceptar la oferta de Chmel'nyckyj de entrar bajo la autoridad del zar significaba una segunda guerra con Polonia-Lituania, el régimen moscovita la aceptó tan sólo una vez que en 1653 se hubo protegido las espaldas mediante una asamblea del reino. Cuando el 8 de enero de 1654 los caudillos juraron en Perejaslav fidelidad al zar Alejo, se había tomado una decisión de gran trascendencia política. Moscú se había decidido por la reanudación de su política expansiva occidental, ligando así de nuevo con la tradición de la «unificación del territorio de la Rus'». Con respecto a los intereses de los cosacos del Dniéper, que esperaban pasándose al bando moscovita una mejor conservación de sus libertades, Moscú finalmente pasó por encima de éstas de forma tan brutal como hiciera antes Polonia. Con el desplazamiento de su área de influencia hasta el curso bajo del Dniéper se fortaleció, sin embargo, por primera vez después de doscientos años, el peso del frente sur en su política militar de expansión, y el imperio del zar se vio inmiscuido hasta finalizar el siglo XVIII en un conflicto directo con el janato de Crimea, último estado tártaro sobre suelo europeo.

Militarmente, las tropas aliadas de Moscú y de los cosacos tenían un juego fácil contra la república aristocrática polaca, cuya constitución oligárquica con la creación del «liberum veto» —derecho de cada uno de los miembros del *Sejm* a bloquear mediante su NO cualquier decisión parlamentaria— había alcanzado un grado de madurez tal que ya dejaba presentir el estadio de la subsiguiente corrupción debido a la creciente incapacidad de acción política. Con la intervención de Suecia, que también esperaba beneficiarse territorialmente del desmoronamiento en ciernes de la república aristocrática, en 1655 el conflicto evolucionó hasta provocar la primera guerra nórdica. Aunque a finales de 1655 casi toda Polonia y Lituania estaban ocupadas por tropas extranjeras, la creciente amargura de la población nativa contra los extranjeros de diferente religión y la lucha iniciada en 1656 entre Moscú y Suecia por el botín dieron un respiro al país oprimido. Una coalición formada por Polonia, los Habsburgo, Dinamarca y Brandemburgo, a la que también se unió el zar temporalmente, obligó a Suecia a retirarse en la paz de Oliva, firmada en 1660; en 1663 Polonia, por su parte, inició una ofensiva contra Moscú, que, tras el cansancio militar general y ante la amenaza de los turcos, concluyó en 1667 con la tregua de Andrusovo; el imperio del zar conservó de entre todas sus conquistas Smolensko, la cuenca del Desna y la Ucrania al este del Dniéper;

la posesión real de Kiev fue reconocida por Polonia posteriormente (ver fig. 6).

Las siguientes décadas se desarrollaron para el Imperio moscovita, como también para Polonia, bajo la amenaza turca, peligrosa para toda la Europa central y oriental. Bajo estas condiciones la actividad diplomática del gobierno moscovita se amplió frente a las restantes potencias europeas de una manera hasta entonces desconocida. Sólo a París se desplazaron en 1681, 1685 y 1687 tres delegaciones que tenían la misión de ganarse a Luis XIV para llegar a un compromiso antiotomano. La integración política y diplomática de Moscú en el sistema europeo de alianzas, preparada desde los tiempos de Gustavo Adolfo, se alcanzó finalmente hacia 1680 al fracasar la red de alianzas orientales tendida por Francia contra los Habsburgo ante la amenaza turca, y entrar Moscú en 1686 en la liga antiturca protegida por el Papa y fundada en 1684 por el Emperador, Polonia y Venecia. Aunque las campañas realizadas por el príncipe V. V. Golicyn en 1687 y 1689 contra Crimea, estado tributario de los turcos, resultasen tan infructuosas como la primera guerra turca de Moscú de 1677 a 1681, al menos el Imperio del zar había salido por fin de su secular aislamiento y ahora practicaba una política europea [1].

b) Nueva consolidación económica y endurecimiento social

A pesar de que al término del gran período de despoblación se inició de nuevo un positivo desarrollo demográfico, las graves pérdidas humanas de la época de la *smuta* y de la intervención no eran fáciles de recuperar; el número de habitantes del Imperio moscovita a finales del siglo XVII era de 13 millones, y apenas sobrepasaba en 1 ó 2 millones el número existente a finales del siglo XVI. Puesto que en este intervalo de tiempo el territorio estatal se había ampliado considerablemente, la mano de obra siguió escaseando a lo largo de todo el siglo XVII. Esta situación empeoró aún más debido al riguroso aumento de los cuadros militares, ligado a la modernización del ejército, al afianzamiento de Siberia y de la nueva frontera sudoriental, así como a las exigencias de las guerras en el oeste y en el sur a costa de la población campesina. Puesto que los intereses del gobierno no se habían modificado con respecto a los del siglo XVI, éste ni se encontraba en situación ni deseaba tampoco anular las ataduras de los contribuyentes a su lugar de residencia.

A estos intereses del gobierno se sumaron masivamente los de los terratenientes. Después de que el período de despoblación

de 1560-1620 había orientado con más intensidad, en principio forzosamente, la vida económica de acuerdo con la economía señorial y la servidumbre, la situación económica general del siglo XVII no favoreció sólo la continuidad, sino incluso el desarrollo de esta nueva constitución agraria.

Las exportaciones de trigo al extranjero, principalmente a Suecia, aún no eran importantes durante el siglo XVII, aun cuando su importancia iba en aumento; más decisiva en cambio era la creciente demanda de trigo dentro del propio Imperio moscovita. Ello no sólo estaba relacionado con las compras masivas por parte del Estado para el abastecimiento de las guarniciones y tropas, cada vez más numerosas, sino que también dependía del desplazamiento de los centros de cultivo de trigo a las zonas limítrofes del Imperio, lo cual provocó la aparición en Moscú y en torno a ella, y especialmente en Siberia, de importantes zonas de demanda. Si ya es lícito denominar a estas relaciones «mercado interior ruso», como postula la investigación soviética apoyándose en Lenin, es un hecho que tendría que quedar más claro que hasta ahora. No obstante, no existe duda de que las crecientes exigencias de los nobles por un cierto nivel de vida y la intensa demanda de productos agrícolas avivaron cada vez más la intromisión, por lo demás tradicional, de los terratenientes en la vida comercial y su interés por la producción propia. Con ello empezó en Rusia el período de la economía agraria, sobre cuyo fondo económico evolucionó, a lo largo del siglo XVII, toda la estructura del derecho y del poder político; para la mayoría de los propietarios rurales tuvo lugar el paso de la propiedad territorial a la agraria, y para los campesinos el paso de la simple atadura a la gleba a una mayor dependencia hereditaria.

Resumamos aquí las fases principales. El nuevo código (*uloženie*) elaborado por una comisión de la duma de los boyardos, que entró en vigor en 1649, abolía con carácter general, ante la presión ejercida por la pequeña y mediana nobleza de espada, los plazos de vuelta de los campesinos escapados, de manera que el derecho de un terrateniente sobre la fuerza de trabajo de sus gentes seguía rigiendo aun cuando éstos se escondieran durante décadas en otras provincias del Imperio. El gobierno dio efectividad a este derecho realizando a partir de entonces grandes batidas en las zonas de inmigración preferidas y devolviendo masivamente a los señores a los fugitivos que encontraban. Excepciones sólo se dieron en alguna ocasión en ciertos municipios fronterizos en donde el interés del Estado exigía un fortalecimiento de las guarniciones allí existentes, pudiéndose quedar los fugitivos que pasaran a cumplir el servicio militar.

Aun cuando el código de 1649 trataba al campesino definitiva-

mente atado, a diferencia del esclavo, como a una persona de derecho, sus relaciones con el señor no fueron suficientemente definidas en el aspecto legal. Mientras que se tratara de asuntos locales y no de delitos graves, quedaba sometido a la autoridad policíaca y a la jurisdicción del señor. Sobre el señor recaía la responsabilidad fiscal y civil de sus campesinos sujetos al censo. Esto bastó, unido a la escasa protección legal y a la dependencia económica de los campesinos de la gleba, para que éstos, al igual que sus restantes compañeros de infortunio al este del Elba, cayeran, por el camino del derecho consuetudinario, bajo una sumisión hereditaria a la tierra cada vez más dura y para que el terrateniente se convirtiera casi en el único intermediario «competente» entre aquél y el Estado.

Este claro movimiento de retroceso quedó fijado al implantarse la tributación de una propiedad rural en una ley que ya en 1680 equiparaba, en lo que se refería a los impuestos, a los cholopes en posesión de tierras propias con los campesinos sometidos por herencia. Así se inició el proceso de fusión entre ambos grupos, que encontraría su culminación legal bajo Pedro el Grande. Cuando los campesinos descendieron finalmente al nivel de los esclavos, volvió a variar su situación legal. Si antes estaban atados ante todo a la tierra, sus relaciones con los propietarios rurales adquirieron ahora poco a poco una característica típica de los esclavos: el paso a la dependencia personal. De esta forma, poco antes de que Pedro el Grande asumiera el poder, ya había comenzado a apuntar el cambio cualitativo de la vinculación a la tierra a la servidumbre real del siglo XVIII y principios del XIX.

Naturalmente la evolución de esta vinculación a la tierra no transcurrió siempre de una forma unitaria en el territorio del Imperio moscovita. En el norte de Rusia, donde el aislamiento de la tierra útil así como el tipo de cultivo frenaban la expansión de la propiedad rural y donde las comunidades rurales negras consiguieron estabilizarse dentro de la reforma de la autoadministración del siglo XVI, si bien los campesinos estaban atados igualmente a la tierra, conservaron gran cantidad de sus derechos en relación con sus compañeros sometidos a los señores. Por esta razón también pasó de largo ante ellos en tiempos posteriores la verdadera servidumbre.

Pero ni siquiera los núcleos del Imperio de marcado carácter señorial evidenciaron durante el siglo XVII una tendencia unánime hacia el desarrollo de la servidumbre campesina. Precisamente un reciente estudio soviético ha demostrado que, por ejemplo, en las propiedades del patriarcado moscovita situadas fuera del cinturón de tierra negra la servidumbre podía quedar saldada a cambio del pago de ciertos impuestos, y que con ello la depen-

dencia campesina se iba relajando[2]. No puede afirmarse lo mismo con respecto a las propiedades de la pequeña y mediana nobleza, cuyos propietarios no podían renunciar a un cultivo de las tierras debido a las pequeñas dimensiones de sus explotaciones. A finales del siglo XVII les pertenecía a ellos el 57 por 100 de todas las propiedades obligadas a pagar impuestos, mientras que un 13,3 por 100 se encontraba en manos de instituciones eclesiásticas, un 10,4 por 100 pertenecía a los campesinos negros o a las comunidades urbanas, un 10 por 100 a los boyardos y un 9,3 por 100 a la corte del zar.

Tampoco el urbanismo ruso consiguió romper durante el siglo XVII las tradicionales ataduras. En las zonas especialmente afectadas por el período de despoblación, la mayoría de las ciudades no alcanzaban a mediados del siglo XVII el número de habitantes existente en el siglo XVI. Si bien es cierto que la actividad artesanal que iba surgiendo y el creciente intercambio de productos dentro del país atraían a las ciudades a un número cada vez mayor de campesinos, esta activación de la vida comercial quedó limitada exclusivamente a Moscú, a la región en torno a Tula, con sus grandes fundiciones de hierro y fábricas de armamento, y a las ciudades situadas en las grandes rutas comerciales, principalmente la ruta del Volga. Al mismo tiempo, y a raíz de la *smuta,* la absorción de los *posad* sujetos a impuestos por las «libertades blancas» avanzó tan rápidamente que en muchos lugares las comunidades urbanas no eran capaces de cumplir con sus obligaciones frente al Estado. Puesto que los habitantes negros de los *posad,* al igual que la población campesina, habían perdido el derecho a cambiar de residencia y una nueva inmigración llevaba a las ciudades a numerosos campesinos de los alrededores sometidos a la propiedad, éstos quedaron insertos dentro del desarrollo general y no lograron perfilarse ni jurídica ni socialmente con respecto al pueblo llano.

Igualmente perduró durante el siglo XVII la despoblación en los núcleos pobres del Imperio. Esta fue promovida, junto con la marcha ilegal de los fugitivos, también por el hecho de que los terratenientes alejaran a sus campesinos de las tierras que tenían en el centro para trasladarles a sus nuevas posesiones dentro o cerca del fértil cinturón de tierra negra. Así comenzó a cristalizar, ya durante el siglo XVII, aquella división regional del trabajo que desplazó el centro de gravedad del cultivo de trigo hacia los distritos cercanos a la estepa al sudeste del Oka, mientras que en las zonas centrales del imperio, con tierras poco fértiles, aumentaban los temporeros, la industria doméstica y el comercio campesino. Las fábricas que se crearon a partir del siglo XVII y que adquirieron gran importancia en el siglo XVIII, principalmente las del

sector textil, pudieron echar mano de la gran reserva de mano de obra que aquí existía.

Bajo las persistentes consecuencias del período de despoblación de 1560-1620 y bajo la influencia de los crecientes impuestos, de la cada vez mayor dependencia de los campesinos sujetos a la tierra y de la descomposición de las comunidades urbanas, la miseria aumentó en el campo y en las ciudades. Los historiadores soviéticos, que últimamente han dedicado gran atención a este fenómeno denominándolo «estratificación» (*rassloenie*) social, lo clasifican, de forma demasiado parcial[3], dentro del incipiente antagonismo entre los primeros movimientos del capitalismo y el estadio tardío de la «formación feudal». Pero más bien se trata del producto, mucho más complejo, de aquellas diversas fuerzas que, a partir de mediados del siglo XVI y bajo el velo del período de despoblación, habían sacudido todo el sistema social. La apertura de las regiones de tierra negra por Iván IV para la colonización había sido, en última instancia, la causa de que dentro de una división regional del trabajo, los campesinos que permanecieron en el centro del Imperio se dispersaran más económicamente y pudieran ganarse la vida por medio de una serie de trabajos a domicilio o ejercer —con un pasaporte por un plazo determinado de su señor en el bolsillo— el artesanado en la ciudad o trabajar en calidad de temporeros en propiedades rurales, o como remeros en el Volga. A la depauperación de los habitantes de los *posad* en las ciudades contribuyó finalmente, en gran medida, la privilegiada situación del zar, la nobleza y los monasterios en lo que se refiere al comercio y al artesanado. Pero de esta forma intervienen una serie de factores que no sólo estaban cimentados en una mayor explotación y en las incipientes estructuras capitalistas, sino también en las consecuencias de la política imperialista moscovita y en las tradicionales características constitucionales.

Junto a una latente depauperación tanto en el campo como en la ciudad, los efectos de la crisis de 1560-1620 ampliaron la movilidad social. A los *cholopy* y campesinos fugitivos se les ofrecía, gracias a la enorme demanda de tropas en las nuevas y numerosas fortificaciones —la mayoría situadas en la frontera de la estepa— una oportunidad digna de consideración para liberarse de la atadura a su antiguo señor y de prestar servicios en el ejército. Muchos miembros de esta capa social formada por cosacos urbanos, piqueros, artilleros, *strel'cy* o también por campesinos-soldados que vivían en el campo pudieran ascender hasta el año 1675, gracias al valor personal, al siguiente grupo social, es decir, la nobleza de servicio en su grado inferior, a la que pertenecían, por ejemplo, los «hijos de los boyardos» (*deti bojarskie*)[4].

Esta perspectiva constituyó uno de los motores que activaron a lo largo de todo el siglo XVII la huida de los campesinos. El «orden de precedencia» (*mestničevo*) frenó, desde luego, el ascenso de miembros de la baja nobleza de espada a rangos superiores, si bien no eliminó esta posibilidad por completo.

Otra posibilidad de alcanzar riquezas y honores consistía, en el caso de los campesinos sujetos a la tierra, en el comercio y en la industria, donde, como fue el caso de Nikita Demidov a finales de siglo, podían acumular grandes capitales. Aunque desde un punto de vista legal no podía desaparecer la atadura al señor, el dinero lograba mitigar sensiblemente esta pena.

Naturalmente, esta movilidad social también tuvo su reverso. Puesto que una gran parte de la población campesina degeneró en un desarraigo y tanto temporeros como fugitivos se movían sin descanso de finca en finca, desde el campo a la ciudad, esta movilidad, junto con la latente depauperación y creciente injusticia y ausencia de libertades, preparó el camino para los numerosos estallidos de descontento social a lo largo del siglo XVII. El hecho de que los grandes levantamientos partieran precisamente de la «tierra prometida» de los fugitivos, es decir, de los distritos cercanos a la frontera, como fue el caso del levantamiento de Bolotnikov o el de Sten'ka Razin (1669-1671), se basa en la frustrada esperanza de los que huían de poder liberarse allí de la intervención de sus antiguos señores o incluso de no encontrar allí ningún señor nuevo. De esto, como también de la precariedad de la frontera y de la inseguridad social de los vecinos cosacos, que no eran capaces de integrar económicamente a las nuevas masas de fugitivos, surgió la unión de cosacos y campesinos desarraigados característica de los grandes levantamientos de los siglos XVII y XVIII.

Las ciudades también se convirtieron en focos de desórdenes. Precisamente en ellas se concentraban, en un espacio mínimo, aquellas tensiones nacidas de las condiciones económicas y sociales del siglo XVII, condensadas, como en un espejo ustorio, principalmente en la lucha por la existencia de las comunidades urbanas obligadas a pagar impuestos contra la presión de los grandes pueblos (*slobody*) «blancos» exentos de impuestos. Los habitantes de Moscú fueron los más sensibles a estas tensiones.

Por todo esto, no se debió a una coincidencia el hecho de que el 1 de junio de 1648 comenzara precisamente en la capital aquel levantamiento que hizo sucumbir al régimen del boyardo B. I. Morozov, odiado por su drástico aumento de impuestos, que desde 1645 ostentaba el poder en nombre del zar Alejo Michailovič, menor de edad. Si bien es cierto que los habitantes de los *posad* y la nobleza de espada, como sustentadores del levantamiento,

consiguieron convocar una asamblea general del reino que se ocupó de que en el código de 1649 se tuvieran en cuenta los intereses propios, ni la anulación general de los plazos de regreso de los fugitivos liberó a los *pomeščiki* de la huida de sus siervos, ni el traslado forzoso de los *slobody* «blancos» a las comunidades tributarias urbanas pudo evitar que se mantuvieran numerosas inmunidades en las ciudades o que se formaran otras nuevas. La corporación de los grandes comerciantes (*gosti*) logró también limitar finalmente los privilegios de la competencia extranjera, pero, dada la falta de una flota mercante propia, el embarque y el transporte de gran tonelaje siguió siendo un productivo monopolio de ingleses y holandeses. Con esto se demostró que desde el punto de vista comercial en general no tuvo mucha importancia el hecho de que nuevas leyes de 1654 y 1667 excluyeran a los extranjeros al menos del comercio interior ruso.

Si por una parte la *uloženie* sólo conseguía ofrecer a los diferentes grupos de interés que participaban en ella una pequeña satisfacción de sus deseos, existían dos grupos sociales que ni siquiera consiguieron este mínimo. Los campesinos se quedaron definitivamente en el camino, y tanto a los propietarios eclesiásticos como a los monásticos se les impuso de nuevo la prohibición, en otras ocasiones fracasada, de comprar tierras. Como al mismo tiempo se creó, al menos temporalmente, un *prikaz* de los monasterios como autoridad central del Estado para la regulación de los asuntos relacionados con las propiedades eclesiásticas, y la Iglesia perdió así sus antiguos privilegios, en el código de 1649 ya pueden observarse los primeros, si bien nada consecuentes, indicios de la secularización del siglo XVIII.

El siglo XVII hizo el balance de los trastornos internos del anterior período de crisis. Nada cambió en la tendencia general que se perfilaba desde finales del siglo XV. Puesto que la rápida expansión del Imperio, favorecida por la naturaleza del territorio y la situación político-militar entre las potencias vecinas, convirtió a la nobleza militar en la capa social más importante, todos los restantes grupos sociales quedaron subordinados a los intereses económicos de dicho estamento. Esto pudo llegar a darse aún con mayor facilidad al desarrollarse muy débilmente el urbanismo debido a la posición tradicionalmente fuerte de los príncipes, a las repercusiones de la invasión mongólica y a la situación geográfica interior, desfavorable para el desarrollo del comercio interior. Pero con ello no sólo se suprimió un contrapeso políticamente importante contra la autocracia y la aristocracia, contra el amordazamiento de los campesinos y el entumecimiento de Rusia como Estado agrario, sino que también faltó aquella amplia capa de consumidores que hubiera podido activar

el desarrollo industrial con su fuerza adquisitiva. Es cierto que durante el siglo XVII se llegó a una ampliación de capital en manos de empresarios privados —tanto de la nobleza intermedia como de los comerciantes—, pero como esto no era suficiente para la creciente demanda, el Estado amplió precisamente durante el siglo XVII sus monopolios comerciales y económicos, obstaculizando así a su vez el desarrollo de la iniciativa privada. Y al mismo tiempo también aumentó en el sector económico la ya existente inclinación de las autoridades estatales a inmiscuirse en los asuntos económicos de los súbditos [5].

La burocratización de la autocracia responde a la imagen de una sociedad agraria entumecida y manipulada en la sumisión a la propiedad. Los cien años transcurridos entre los dos grandes zares Iván el Terrible y Pedro el Grande fortalecieron la autocracia a pesar de las intermitentes vicisitudes internas y de la falta de interés de la mayoría de los soberanos. Todo ello se debió en gran medida a la actuación de las autoridades estatales centrales, que aumentaban rápidamente y cuya existencia dependía de la autocracia. La autocracia fue institucionalizada burocráticamente; tuvo que ser así, ya que el aparato administrativo se hacía cada vez más imprescindible en el gigantesco imperio. Pero con esto comenzó a separarse el cargo de soberano de la personalidad de su portador. Ya no importaba que un menor de edad se convirtiera en zar o que una mujer, como en el caso de Sofía, ejerciera la regencia provisional; la burocracia no sólo garantizaba la permanencia de una autocracia reducida cada vez más a un simple mecanismo de poder, sino que en la práctica delimitaba el campo de acción de los soberanos. En lo sucesivo, únicamente pudo liberarse de esta dependencia Pedro el Grande.

Con ello sobraban las asambleas del reino que habían servido principalmente como instrumentos auxiliares para superar los períodos de crisis. Lógicamente, a partir de mediados del siglo XVII fueron languideciendo; también la autonomía administrativa regional fue arrinconada por la fusión masiva del poder ejecutivo y las atribuciones militares en las manos de los voivodas.

Si ya puede incluirse la forma adoptada por este sistema de gobierno a partir del siglo XVII dentro del concepto de «absolutismo» es algo que resulta dudoso incluso para la investigación soviética [6]. Si no se pretende ampliar demasiado el concepto habitual, sacado de modelos europeos occidentales, no existen argumentos convincentes para ello.

El enmarañamiento de régimen autoritario y burocracia centralista sustentadora del sistema ha sido, a partir de entonces, un rasgo de la historia constitucional de Rusia. Quedó así abonado el terreno para el renacimiento de las fuerzas antiautoritarias

sobre una base regional o federal. Con su lentitud, el aparato administrativo centralista, sin embargo, no podía ser consecuente ya en el siglo XVII con las necesidades de este Estado en expansión. Por ello, junto con los intereses de la nobleza encaminados a mantener la vinculación de los campesinos a la tierra y, por tanto, el carácter agrario de la sociedad, este aparato no sólo intensificó las tensiones sociales, sino que además frenó el posterior desarrollo económico y social de Rusia.

c) Los comienzos de la «europeización»

Los contactos con Occidente nacidos del comercio, como los que empezaron a producirse en el terreno diplomático a partir de finales del siglo XV y con carácter más general en el siglo XVI, se limitaron esencialmente a un grupo muy reducido de personas y fueron observados por la Iglesia ortodoxa con gran desconfianza. Cuando la buena disposición del primer falso Demetrio frente a Occidente y la intervención extranjera de 1610 provocaron una nueva ola de recelo ante los extranjeros, el doble fondo de las relaciones de Rusia con el resto de Europa se hizo, sin embargo, más evidente: por un lado, el gobierno y la Iglesia continuaban blindando sistemáticamente al país hacia el exterior con el fin de proteger, avivando el miedo al espionaje, a la población de un contacto ideológico con Occidente; y, por otro lado, la necesidad de no quedar demasiado aislados con respecto al rápido desarrollo técnico y militar de las restantes potencias europeas obligaba a recurrir cada vez con más frecuencia a especialistas extranjeros. Esto no quedó limitado al campo de la medicina y la farmacia, absorbidos principalmente por las necesidades de la corte, sino también a la aplicación de logros técnicos occidentales en Rusia, como, por ejemplo, los modernos métodos para la fundición del hierro. Junto con los especialistas necesarios para la introducción de estos sistemas, también llegaron al país prestamistas y empresarios extranjeros, que, como el holandés Andreas Winius y el danés Peter Marselis, obtuvieron permiso para producir y trabajar el hierro por su propia cuenta.

Mientras que el gobierno intentaba de esta forma perfeccionar, con la ayuda privada extranjera, su producción de armamento e independizarse en este sector —empresa al final ampliamente conseguida—, también precisaba de la ayuda de militares extranjeros para la modernización de su ejército. Ya en la primera mitad del siglo XVII aparecieron cuerpos de infantería, que fueron organizados, articulados y denominados siguiendo el modelo occidental, adiestrados por instructores extranjeros y en parte in-

cluso mandados por oficiales extranjeros. Al finalizar el siglo servían en el ejército ruso casi mil oficiales extranjeros. La prolongada fase bélica después de la mitad del siglo aceleró la introducción de semejantes unidades «de nuevo tipo». Finalmente en 1681 también se empezó a incluir en la moderna forma organizativa a las levas de nobles y a la infantería más antigua, los *strel'sy*. Sin embargo, condición indispensable para esto era la supresión del vigente «orden de precedencia» (*mestričestvo*), que impedía hacer una carrera militar basada exclusivamente en la valía personal e independiente del *status* social ocupado por el individuo en la jerarquía mobiliaria general. A partir de 1653 la «orden de precedencia» quedó cada vez más relajada, para ser definitivamente suprimida en 1682. De esta forma finalizaron las continuas peleas de los nobles por el rango y se facilitó el camino del ascenso por méritos propios. Pedro el Grande aprovechó las oportunidades aquí indicadas.

A partir de mediados de siglo, la ortodoxia nacional, que defendía a Moscú como a la «tercera Roma», sufrió una relajación. Puesto que se pretendía aprovechar la imprenta para la difusión de las escrituras eclesiásticas, era imprescindible establecer un criterio oficial para las obras hasta entonces en curso. Forzosamente a esto siguieron una serie de problemas referentes a la reforma del culto. Bajo el activo patrocinio del joven zar Alejo Michailovič y del patriarca Nikon, elegido en 1652, se intentó llevar a la realidad estos objetivos sin menospreciar para ello los consejos de los expertos ortodoxos de la Ucrania polaca.

Pero desde muy pronto surgieron tensiones entre los reformadores. Mientras que un grupo en torno al arzobispo Avvakum opinaba que para conseguir el primitivo objetivo de la reforma —conferir nuevamente un carácter íntimo a la fe— era suficiente eliminar las irregularidades litúrgicas más perniciosas, Nikon fue mucho más lejos e intentó purgar la tradición rusa en general en beneficio del ideal griego. Esta nueva adhesión a la herencia bizantina significaba en realidad una ruptura en la opinión tradicional que defendía que, a raíz de la «traición» bizantina a la verdadera fe, su misión había pasado a Moscú. Los defensores de la tradición eclesiástica de Moscú, agrupados en torno a Avvakum, introdujeron así en el juego un componente que confirió a la disputa por el grado de reformas a realizar, disputa que en principio había carecido de importancia, un carácter de problema ideológico nacional. El hecho de que finalmente se llegara, sin quererlo, a la ruptura, a la separación de la Iglesia (*raskol*) se debió en gran medida a la intransigencia de los dos exponentes personales y al empleo masivo de recursos estatales por el patriarca en contra de sus enemigos. Sin embargo, el con-

flicto eclesiástico provocó otro conflicto no menos incisivo. Al enlazar Nikon con la extraordinaria autoridad política que había poseído el patriarca Filarete durante el gobierno de su hijo, el zar Miguel Romanov, intentaba aprovechar la juventud e inicial entrega del zar Alejo para ampliar, de una manera hasta entonces desconocida en la Iglesia moscovita, los derechos políticos del patriarca a costa de la autocracia. Sin embargo, esta ruptura con la tradición fue demasiado lejos; el patriarca, degradado ya en 1660, fue depuesto definitivamente en 1666 por el mismo sínodo de obispos que en 1667 confirmaría, no obstante, sus reformas. De esta forma el Estado autocrático había subordinado aún más a la Iglesia a sus intereses.

De esto a la reforma de la Iglesia de Pedro el Grande sólo había un paso. Con la simultánea implantación forzosa de las reformas nikonianas, la autocracia, sin embargo, también perdió su propia legitimación religioso-ideológica. Para millones de viejos creyentes, que a partir de entonces quedaron expuestos a incesantes persecuciones, el zar se había convertido en el Anticristo que no respetaba la fe de los antepasados. Aunque en las reformas de Nikon sólo es perceptible un tardío soplo del espíritu reformista de la Europa occidental, deben ser incluidas en la «europeización» de Rusia. Sólo a partir de las relaciones más estrechas, iniciadas por Nikon, con la Iglesia griega y con la Academia religiosa de Kiev, pudo traspasarse el estrecho horizonte espiritual de Moscú. Así, el zar Alejo pudo confiar la educación de sus hijos a un clérigo, Simeón de Polock, que se había formado no sólo en la Academia ortodoxa de Kiev, fundada a imagen de las universidades jesuitas, sino probablemente también en el Colegio jesuita de Wilna y que dominaba perfectamente el latín. Simeón también mantuvo una ardua lucha por crear un centro de formación semejante en Moscú, pero el proyecto no llegó a realizarse hasta 1687 por contar con la oposición de la Iglesia. Incluso entonces fueron necesarios algunos años más para que se implantara la enseñanza de la forma deseada, incluidos el griego y el latín. Junto con la más estrecha integración política y económica en las relaciones europeas, un número cada vez mayor de miembros de la clase dirigente caía bajo la influencia del pensamiento y forma de vida occidentales. Esto naturalmente en un principio sólo se dio entre los cortesanos moscovitas, ya que Moscú, con su enorme colonia de extranjeros, la *Nemeckaja sloboda,* ofrecía las mejores posibilidades a los que estaban deseosos de aprender. En los últimos años del reinado de Alejo en palacio ya hubo incluso representaciones teatrales y de ballet. Los cambios aperturistas y el grado de formación de los diplomáticos moscovitas en tiempos de Alejo pudieron ser compro-

bados por la prensa parisiense en las personas de los tres legados del zar. Mientras que K. G. Mačechnin en 1654 aún se movía en la corte del Rey Sol como un elefante en una tienda de porcelana y apenas podía separarse de su botella de vodka, en 1668 y 1680 P. I. Potëmkin fue admirado por los cortesanos por su afán erudito y sus «cívicas» maneras. Finalmente el príncipe J. F. Dolgoruki, en 1687, representante de las más altas esferas, al igual que ministro del exterior A. L. Ordin-Naščokin y A. S. Matveev, o que el príncipe V. V. Golicyn, que ejerció el mando bajo el reinado de la zarina Sofía, brillaron por su educación occidental y por su facilidad de palabra.

Pero todo esto no debe hacernos olvidar que la segunda mitad del siglo XVII no deparó aún a Rusia una rehabilitación de carácter general en el mundo europeo occidental de la época moderna. La política de defensa frente a todo lo externo que siguió practicando tanto el aparato estatal como la Iglesia sólo permitió unos pequeños resquebrajamientos dentro de las más altas capas sociales. Se aceptaba únicamente a Occidente en la medida en que se le necesitaba, pero nada más. Y aunque sin duda alguna el siglo XVII creó la base para las siguientes «medidas europeizantes» de Pedro el Grande, no debe pasarse por alto un segundo aspecto. Mientras que la paulatina occidentalización de los elementos dirigentes enlazaba con un endurecimiento de los contrastes sociales, tensiones religiosas y burocratización del régimen autocrático, ya antes de la era de Pedro habían sido creadas las bases para que en el siglo XVIII se desarrollara aquel abismo entre la capa superior «ilustrada» y la amplia masa que aún dormitaba en sus tradiciones, que acompañaría durante mucho tiempo a la historia de Rusia.

4. El Imperio ruso, de Pedro el Grande a la revolución de febrero

I. *La construcción del Imperio*

a) Pedro el Grande y su obra

Pedro el Grande no hizo de su Imperio un «estado occidental» [1], sino que en realidad lo transformó en un estado militar y burocrático más o menos efectivo. Renovó la razón de estado en la Rusia moscovita en su ambicioso intento de edificar una gran potencia europea subordinando a sus súbditos y recurriendo a todas las fuerzas productivas, aun en contra de su voluntad. En este caso se impone la comparación con la revolución estalinista realizada desde arriba y con el total sometimiento de todos los ciudadanos mediante la colectivización, la industrialización y la obligada renuncia al consumo. Pero a Pedro no le interesaba conseguir un poder personal —puesto que de todas formas, una vez suprimida su rival, su hermana Sofía, no tenía a nadie que le disputara el poder como único gobernante legítimo—; ante todo le preocupaba el bienestar general e indirectamente su propio bienestar. Pero el servicio al bien común no consistía en asegurar enérgicamente las libertades de los ciudadanos, sino que más bien debía entenderse como la solución del enorme problema de movilizar todas las reservas, para asegurar, por medio de guerras de conquista, la «apertura de la ventana hacia Occidente» y los flancos del sur, siempre en peligro. Más aproximada nos parece la comparación con la Prusia de Federico Guillermo I; pero el experimento de Pedro se caracterizaba por una mayor y necesaria violencia porque, a excepción hecha de una experimentada burocracia en la administración central, el gobernante apenas disponía de otras fuerzas estatales capacitadas que hubiesen podido dar cohesión al gigantesco imperio a través de una concepción política consciente y una responsabilidad libremente compartida. Prusia no fue edificada especialmente por la fuerza. En Rusia, sin embargo, durante mucho tiempo la falta de personas adecuadas (*maloljudstvo*) dificultó el proceso de transformación.

La occidentalización, con la aceptación de las formas de administración y los sistemas de organización occidentales, la lucha

contra las vestimentas y las costumbres tradicionales, se ha de entender tan sólo como un proceso de «educación intelectual», por el que las personalidades más importantes del Estado se sintieron llenas de la confianza típica de los inicios de la Ilustración, en la posibilidad de obtener un gobierno y una administración ordenada y calculada según las leyes de la mecánica. La antigua idea moscovita de alcanzar técnica y científicamente a Occidente, superior en estos aspectos, se vio así confirmada. Evidentemente, Pedro perteneció a la época del absolutismo europeo, pero de una forma especial y derivada del mismo. Este se basaba sobre todo en el Estado económico y financiero, en una estructura económica consolidada y orgánica como base de la actuación del poder autocrático y de su instrumento, el ejército permanente. En caso de peligro de guerra, la Rusia moscovita había recurrido siempre al reclutamiento, pero además —debido a sus débiles posibilidades financieras— no estaba en condiciones de asumir la defensa del gigantesco territorio, insuficientemente colonizado, mientras que en las fronteras no pudiesen abastecerse continuamente las tropas. En la Rusia de Pedro fue, sin embargo, el ejército quien determinó, con unos medios económicos insuficientes, los principios de la estructura del Estado, y no fue acompañado —o sólo ligeramente, pues Pedro era consciente de este deber— de la integración del Imperio en un estado administrativo con autoridades intermedias de carácter representativo o burocrático.

El estado moderno presupone un cierto equilibrio entre el producto social y el gasto público, hecho que a menudo los gobernantes europeos de aquella época no percibieron o no consideraron, quizás por los excesivos gastos en obras públicas. Por otra parte, en Rusia se había recrudecido durante la Guerra del Norte el dilema de la relación entre el enorme espacio, técnicamente apenas dominable, y las fuerzas de organización y administración existentes. No resultaba una tarea fácil tratar de descentralizar el poder, pero aún más difícil resultaba conseguir funcionarios públicos que, sometidos a una vigilancia menos estrecha, también cumplieran con su deber en la periferia, y ello no sólo en el sentido de que no se dejaran vencer por la corrupción —quizás en cierta medida inevitable—, sino también en cuanto a su formación y capacidad. La reconstrucción de Rusia —y esto lo percibió Pedro igual que Lenin en sus últimos años— era principalmente un problema de educación, y no se trataba en este caso de la formación de un pequeño estrato de la nobleza, sino de una educación que llegara hasta los escribanos de la lejana Astracán. Sin embargo, apenas existían las más mínimas condiciones para esta tarea, y sobre todo porque la Iglesia ortodoxa en su con-

cepción litúrgica —y no catequística— apenas se había ocupado de la formación del pueblo. Rusia no conoció ni la Reforma ni la Contrarreforma, es decir, que hasta el *Raskol* no conoció ningún estímulo que obligase a clérigos y laicos a reflexionar y transmitir razonablemente las verdades y exigencias de la fe, como prólogo de su propia secularización. Al gobernante no parecía interesarle demasiado de qué estratos sociales debían reclutarse en su mayoría funcionarios públicos formados y responsables. El estamento de la nobleza era, ya en la época de Pedro el Grande, suficientemente numeroso y económicamente diferenciado como para que sus miembros ocupasen los puestos en la cancillería; la única cuestión era saber quién estaba capacitado para ello. ¿Alcanzaban los ingresos del Estado para formar una red administrativa lo suficientemente tupida como para, entre otras cosas, recaudar amplia y justamente los impuestos en este enorme país, y, además, pagar un sueldo aceptable a los funcionarios públicos? ¿Existían en el Imperio fuerzas latentes de las administraciones autónomas regionales y locales que pudieran cumplir con los deberes públicos?

En su política exterior el joven gobernante centró primeramente su atención en el sur. Tras los tártaros de Crimea, enemigos ancestrales, estaba el poder otomano. En el año 1694 se logró conquistar la importante fortaleza de Azov, pero el joven gobernante realizó en vano un espectacular viaje por Europa intentando conseguir una alianza antiturca. En principio parecía inútil seguir luchando en solitario contra los turcos, sin dominar antes el mar Negro con una escuadra correspondiente. Durante su estancia en Inglaterra y Holanda, Pedro conoció y estudió a fondo los problemas de la moderna técnica naval. Profundizaba ahora sobre aquello que en su juventud había iniciado como un juego: Pedro centró su interés en la marina y en segundo término en la técnica de la guerra por tierra; la lucha por el mar Negro tan sólo se había aplazado. En la guerra ahora iniciada Suecia luchaba por el acceso al mar Báltico y su dominio. Era necesario comenzarla como guerra por tierra, puesto que los puertos estaban en manos del enemigo.

La Guerra del Norte, declarada por el zar al rey sueco Carlos XII en agosto de 1700, no sólo costó a Suecia su posición de gran potencia en Europa, sino que, además, agotó al Imperio ruso casi hasta los límites de su capacidad. Tras la paz de Nystad en 1721 le quedaron al zar apenas cuatro años de paz y reforma hasta el momento de su muerte.

Contrariamente a la tradición de los gobernantes moscovitas, Pedro el Grande intervino personalmente en la guerra; sin embargo, no pudo evitar una primera derrota en Narva. Entonces

se recurrió sin miramientos al país, y las pérdidas de material, en especial de artillería, pudieron subsanarse bajo la dirección de hábiles fundidores de cañones holandeses. Carlos XII no persiguió al derrotado ejército ruso. Se dirigió hacia el sur, conquistó Polonia y obligó a Augusto de Sajonia y de Polonia, aliado del zar, a renunciar a su reino. Fue terrible abandonar las provincias suecas del Báltico al saqueo ruso, pero en cambio en un año logró sacar de Sajonia el cuádruple de los ingresos anuales de la pobre Suecia y de sus tierras bálticas. Debido a la táctica militar rusa de la tierra quemada y al inminente invierno, la ofensiva del rey sueco contra Moscú en el otoño de 1708 entrañaba un enorme riesgo. Su marcha sobre Ucrania no sólo hizo atractiva su anexión al atamán Mazepa, consciente de la tradicional independencia cosaca, sino también las posibilidades de acciones conjuntas con el sultán y el jan de Crimea, perspectivas que no pudieron realizarse en el momento adecuado, debido a la cuidadosa política de Turquía. Falta saber si el rey sueco había tenido noticias ese año de los levantamientos, en el Don y el Dniéper, de los cosacos que defendían el antiguo orden y las libertades tradicionales; en cualquier caso el atamán Mazepa no tuvo aspiraciones sociorrevolucionarias, y quizás ni siquiera siguió una línea nacional ucraniana, sino que, ante la necesidad de elección, se unió a los suecos. Carlos XII perdió la gran batalla de Poltava (junio de 1708); también entonces, de haberse aprovechado realmente los antagonismos sociales y nacionales, se hubiera podido acabar quizás militarmente con el gigantesco Imperio ruso.

Dos años más tarde se vio que también el poder ruso estaba llegando a sus límites cuando Turquía declaró la guerra y Pedro, con su ejército, fue hecho prisionero junto al Prut (julio de 1711), si bien fue sorprendentemente puesto en libertad dos días más tarde tras renunciar a todas las conquistas rusas. No está claro por qué razón no fue retenido el gobernante hasta que se devolviera Polonia, si bien no debió parecer oportuno, a pesar de la importancia corruptora del dinero, un excesivo compromiso bélico de Turquía ante otros problemas urgentes que también tenía planteados (reconquista de Morea). Anteriormente el Zar ya había intentado, valiéndose de diferentes proclamas, que se sublevaran los cristianos de los Balcanes que vivían bajo dominio turco.

Mientras que Carlos XII continuaba la guerra desde Turquía y conseguía en noviembre de 1714, en una audaz marcha, unirse a la parte aún intacta de su ejército, y sobre todo de su flota, Rusia vencía definitivamente a Livonia y Estonia; los derechos del rey de Polonia, reconocidos en las alianzas, fueron definitivamente olvidados. Pedro confirmó a los caballeros y a los esta-

mentos, es decir, a la clase alta alemana, todos los privilegios que Carlos XI había abolido, concediendo con ello, por primera vez, una constitución propia a una parte sometida del Imperio —sin duda un acto de gracia del Zar, que le obligaba tanto a él como a sus sucesores en cuanto que fortalecía estos privilegios—, pero no una especie de tratado bilateral.

Con ello el Imperio había conseguido el acceso al mar Báltico. Durante los últimos años de esta guerra a muerte se luchaba por el aislamiento y el bloqueo de Suecia, pues muchos estados, no sólo Prusia, estaban interesados por la herencia sueca en el continente.

El hecho de que tan sólo a la muerte de Carlos XII (1718) se cerrara firmemente el cerco en torno al desangrado país —principalmente a causa de las invasiones realizadas por la fortalecida flota rusa en tierras suecas— debe atribuirse en buena parte al hecho de que el Zar, con el matrimonio de su sobrina con el príncipe Carlos de Mecklemburgo, amenazara establecerse con tropas rusas en este país, y con ello forzar el surgimiento de fuerzas antagónicas. No está claro lo que Pedro pretendía para el futuro con el enlace de Mecklemburgo —a no ser que deseara asegurar los legítimos intereses rusos o pretendiese a largo plazo una hegemonía sobre la Europa central. Quizás hubiese estallado, principalmente a instancias de Inglaterra, una guerra de coalición contra la victoriosa Rusia si no se hubiese negado Federico Guillermo I de Prusia y si la corte vienesa hubiera activado el plan con más energía. Con la paz Suecia conservó una Finlandia privada de Viborg y Carelia (y reducida aproximadamente a las fronteras actuales) y perdió Ingria, Estonia y Livonia; se había conseguido así el objetivo principal de la gran guerra.

De un solo golpe el Imperio ruso había entrado en la historia europea como miembro del sistema de estados europeos, dentro del cual se introdujo al creerse obligado a defender y representar sin intermediarios los intereses frente al este de la Europa central, así como frente a Turquía y los Balcanes, y pronto también frente a Asia. Pero el Imperio, tal y como lo había concebido el gran Zar, se distinguía porque podía permitirse —al contrario y a más largo plazo que el Imperio británico— quedar al margen de las intrigas internacionales. No necesitaba tensar sus fuerzas al máximo en empresas bélicas si no era atacado directamente. En adelante todas las conquistas importantes se consiguieron sin auténtico riesgo. Sin embargo, no todos los esfuerzos estuvieron encaminados a desarrollar las enormes posibilidades del Imperio con una política exterior pacífica y una intensiva política interior; una y otra vez se embarcaba el Imperio de los zares —hasta la aven-

tura mortal de la primera guerra mundial— en guerras de expansión que ponían así en peligro el bienestar común.

La Guerra del Norte exigió del pueblo ruso los mayores esfuerzos; durante un cierto tiempo se emplearon el 82 por 100 de los ingresos estatales en la guerra. En continuos reclutamientos no sólo se movilizaron a los hijos de los labradores, sino también a los ciudadanos que pagaban impuestos y a los hijos de otros estamentos sociales. La reforma del Estado tenía como fin primordial las necesidades bélicas, es decir, las de la guerra que se estaba manteniendo. El esfuerzo por alcanzar técnicamente a Occidente se hizo patente, en primer lugar, en la flota, que resultó decisiva en competencia con la inglesa en la última fase de la guerra. Las dificultades técnicas se salvaron con la ayuda de constructores navales y marinos extranjeros; en el ejército de tierra esto resultó más difícil. También otros países conocían las deserciones. Pero los coetáneos nos relatan lo difícil que resultó —a pesar del valor y la resistencia que caracterizaron ya entonces y en el futuro a los soldados rusos— enseñar a los novatos y jóvenes campesinos, arrancados de sus bosques natales y enfundados en sus uniformes europeos, la instrucción y la técnica de guerra occidental.

La administración occidental era demasiado lenta y centralista para garantizar una distribución equitativa y justa de las exigencias estatales entre los estamentos sociales de contribuyentes y evitar evasiones. Por ello los primeros intentos de reforma de Pedro[2] a partir de 1699 se encaminaron a introducir o restaurar la administración autónoma en el campo y en la ciudad; pero en la mayoría de los casos no se logró encontrar personas adecuadas, es decir, preparadas y responsables.

No es fácil encontrar las razones por las que Pedro intentó llevar a cabo una reforma, puesto que la información con la que contamos sobre las motivaciones de muchas de sus decisiones resulta insuficiente. La guerra exigía cada vez más medios y no se podía perder tiempo. La administración debía estar rígidamente organizada. En lugar de las autoridades centrales del Estado moscovita, los *prikazy,* cuyas atribuciones no estaban siempre claramente delimitadas, entraron en funciones unos Colegios especializados con prerrogativas bien establecidas. La administración colegiada era entonces la estructura de moda en las teorías de administración europeas, y los colegios rusos siguieron este ejemplo. Al gobernante le pareció adecuado ante todo que las decisiones especializadas se tomaran en común y que no ostentara todo el poder un único alto funcionario. No obstante, su intención no era la de derrocar repentinamente la tradicional jerarquía de los funcionarios procedentes de antiguas familias. Por otra

parte, los Colegios, puesto que no existía una formación específica ni una carrera de administración pública, se completaron mediante elecciones entre los candidatos del Senado, de los oficiales y de determinados grupos de la nobleza.

Con el fin de sustituir al Zar durante su ausencia en la campaña turca había sido creado un Senado regente durante la primavera de 1711 como institución suprema a la que se debía la misma obediencia que al propio Zar. Su misión principal consistía en vigilar la administración del Estado y evitar los gastos superfluos, así como «conseguir la máxima cantidad de dinero posible, pues el dinero es la arteria de la guerra», alistar otros nobles como reserva del cuerpo de oficiales y buscar a los que se mantuvieran ocultos e, igualmente, elegir a mil hombres entre la servidumbre de la nobleza que supieran leer y escribir para el mismo fin [3]. Al Senado no le habían sido asignadas, sin embargo, funciones decisivas. De él dependían los fiscales, inspectores estatales con poderes casi ilimitados; éstos podían citar ante el Senado a cualquier sospechoso. Inmediatamente surgió la cuestión sobre quién controlaría a los fiscales.

La lucha infructuosa contra la corrupción acompañará en el futuro toda práctica política; las violentas intervenciones de Pedro surtieron más bien un efecto desmoralizador: el esfuerzo de todas las fuerzas del país socavó la unidad moral del estamento nobiliario (evasión de servicios). En adelante nunca se definió la posición del Senado como órgano supremo de gobierno: su influencia real oscilaba y más bien disminuía, puesto que como suprema instancia de casación se ocupaba principalmente de asuntos jurídicos. Es cierto que los presidentes de los Colegios eran a su vez, debido a su cargo, miembros del Senado; pero no por ello surgió un Consejo de Ministros que, en cierta medida, hubiera podido enfrentarse al soberano autócrata. Tampoco en el futuro los más estrechos colaboradores o favoritos del gobernante fueron normalmente miembros del Senado; éste se quedó a menudo anticuado y no pudo actuar como medio de integración administrativa.

Así pues, y a pesar de todos los esfuerzos de Pedro por reformar la administración central, esta reforma resultó incompleta, puesto que dependía de la continua vigilancia de un soberano inteligente y cumplidor. Como ya se indicó anteriormente no se llegó más allá de reformar los ámbitos locales y regionales por medio de reorganizaciones superficiales (división del Imperio en gobiernos). Pedro intentó prematuramente establecer la autonomía administrativa en los diferentes estratos. En lo que se refiere a las ciudades, en su mayoría los comerciantes más acomodados —es decir, los posibles exponentes de una autonomía—

no poseían derechos políticos por ser «viejos creyentes» y, por tanto, no estaban interesados en colaborar con las instituciones de un Estado al que rechazaban por motivos religiosos. Muy pocas ciudades, en su calidad de centros comerciales, estaban capacitadas para ocuparse directamente de sus propios asuntos. (Tampoco en otros lugares les fue fácil a las ciudades —como simples centros de administración o guarniciones de productores artesanales— organizar por sí mismas sus asuntos a través de los propios ciudadanos, sino a costa de grandes esfuerzos.) Pero la autonomía administrativa se concibió más bien como sistema barato de delegar los objetivos estatales, principalmente la recaudación de impuestos, que como programa de emancipación de los súbditos. Debido no sólo al insuficiente número de funcionarios, sino también a la extraordinaria extensión del Imperio, el Estado se vio obligado a intentar una y otra vez la delegación de las funciones sin ceder a cambio libertades ni responsabilidades. También aquí se hizo patente para el futuro la imperfección, a la hora de su realización, de la concepción política del Estado de Pedro I.

El estamento rector, la nobleza y los campesinos —si bien éstos de modo más mediato— se vieron directamente afectados por las reformas. Aunque la nobleza consideraba normal, y desde su punto de vista era lógico, el vasallaje en la Rusia moscovita al gobernante como base de la posesión feudal, este vasallaje lo concebía tan sólo como reclutamiento en caso de guerra o maniobras. La reforma de la nobleza realizada por Pedro fue el resultado directo de las nuevas exigencias de la guerra, en aquel momento «total», que exigía, en lugar de un reclutamiento temporal, un servicio militar permanente y además, debido a las nuevas técnicas de armamento, una preparación específica de los oficiales. A la hora de escoger a los jóvenes nobles que debían servir en los regimientos de la guardia —puesto que éstos no podían admitir como soldados a todos los nobles— no debía contar ni el prestigio ni la antigüedad de su familia, sino únicamente su capacidad. Todos ellos tenían que empezar como soldados rasos; el Zar insistió una y otra vez sobre esta norma, que lógicamente se eludía todo lo posible. Nobleza significaba, por tanto, aquí obligatoriedad de servicio al Estado y al monarca; el noble debía procurarse los conocimientos que exigía dicho servicio. Así, la nobleza en su totalidad fue incluida en una corporación, en un estamento social en el que fundamentalmente cada uno de sus miembros tenía los mismos derechos y los mismos deberes. Tan sólo una tercera parte de los miembros de cada familia podía dedicarse al servicio civil; el servicio militar gozaba de total prioridad.

Pero no sólo debía «incluirse», sino que también tenía que «ordenarse» y así, pues, se registró a toda la nobleza, sin tener en consideración la antigüedad ni el prestigio de las familias, en el «Cuadro de los Rangos» de enero de 1722. Ni siquiera los hijos de los más antiguos linajes tenían derecho a un rango antes de haber servido a «Nos y a la Patria»; sólo podían ascender por sus propios méritos. Se dividió la jerarquía de cargos en catorce rangos (*čin*) —subdivididos en tres columnas para los rangos del servicio militar, civil y cortesano—, creándose así una correlación fija entre los tres con preferencia del militar. Los ocho primeros rangos otorgaban a todos —si bien sólo en el servicio militar— la nobleza hereditaria. Con ello se trastocó el principio de la nobleza —no por derechos de nacimiento, sino por méritos—, ofreciendo la posibilidad de premiar los servicios a cualquiera, ya fuera ruso o extranjero. Nobleza significaba no sólo honor, sino ante todo exención de impuestos. En aquella época este principio de organización social era el más extenso y cerrado, para el que —al menos en Rusia, donde no existía una clase media— no se ofrecía ninguna alternativa.

La nobleza cumplía una función en el Estado, era parte pero no dueña del bienestar común. En el servicio debía ver su honor y desarrollar su solidaridad. Aquel que por algún grave delito era expulsado, perdía simultáneamente su rango y su título. La sociedad rusa se caracterizaba por el servicio al Estado, en la medida en que —siempre que no se perteneciera a las pocas familias de ricos cortesanos— sólo se alcanzaba consideración pública por el rango. Incluso el hijo procedente de un antiguo linaje que fuera ineficaz, débil y careciera de preparación se hundía si perdía su puesto en el escalafón, llevando en adelante una existencia semicampesina, carente de toda relevancia. Sin embargo, los hijos de aquellos que ascendían en el servicio pasaban a formar parte de la nobleza. Entre los rangos superiores e inferiores existían tensiones sociales. La nobleza no se convirtió ni política ni socialmente en un estrato social cerrado con intereses comunes: como, por ejemplo, en la legislación sobre los campesinos. Sin embargo, ¿se mantendría la cabeza del Estado con la suficiente firmeza como para retener a la nobleza en esta situación de servidumbre?

No se puede determinar con facilidad cuántos fueron los aspirantes que por sus servicios pasaron a formar parte de la nobleza durante la época de Pedro I. Este había encargado al Senado la tarea de seleccionar a mil siervos de nobles que supieran leer y escribir con el fin de convertirles en oficiales. Sólo tenemos una visión clara respecto a los extranjeros: tras la anexión de las provincias del Báltico entraron muchos alemanes [4] al servicio del

Estado ruso; pero también accedieron alemanes del Imperio, además de suecos, escoceses y otros. (La afluencia de serbios, rumanos y griegos al sur del Imperio se debe a otras causas.) La nueva burocracia se extendió rápidamente y admitió, por primera vez en la carrera de la cancillería [5], a gran cantidad de personas no pertenecientes a la nobleza.

Pero las ideas de Pedro estaban en suspenso mientras no se contara con un sistema de educación al menos para los hijos de aquellos estamentos sociales que podían entrar al servicio del Estado. Se comenzó con la llamada «escuela de números», es decir, cursos de matemática elemental, sin cuyos exámenes finales nadie podría casarse (siguiendo el ejemplo sueco y finlandés) y posteriormente fueron creándose nuevos planes cada vez más amplios. Los resultados fueron prácticamente nulos: la educación laica falló, pues faltaba dinero y educadores. También fallaron los intentos de emplear como maestros a los monjes y también a antiguos soldados que tendrían que alojarse en los conventos. Por otra parte, en los distintos ucases se liberaban a determinados grupos de la obligatoriedad escolar, unas veces a los hijos de los comerciantes, otras a los hijos de los clérigos, o a los jóvenes nobles, sin que podamos reconocer para ello otro motivo que no fuera una curiosa inseguridad con respecto a quién sería la futura clase sobre la que pesaría la estructura del nuevo estado. La educación debería ser decididamente laica —sin pasión antieclesiástica— y, por voluntad del gobernante, estar guiada por la confianza en la fuerza formativa de la razón, tal y como se manifiesta en las ciencias naturales. No cabe duda de que en el Zar influyeron fuertemente las ideas de Leibniz, según el cual el camino del progreso intelectual había pasado desde Grecia, a través de Europa central, hacia el norte [6]. Directamente sólo contribuyó a la fundación de la Academia de las Ciencias, empresa cuidadosamente preparada que sólo pudo llevarse a cabo a la muerte de Pedro el Grande y que debía dedicarse intensivamente al descubrimiento y aprovechamiento de las fuerzas naturales de la nación, pero que, debido a la falta de una base nacional de instalaciones y profesorado, fue atendida al principio esencialmente por extranjeros [7].

Se estuvo a punto de incluir a la Iglesia en la gran obra que suponía la educación del pueblo; pero al activo espíritu de Pedro no se le escapó, desde un principio, que a la Iglesia y a los monasterios no les interesaba ni estaban en condiciones de preparar siquiera a los sacristanes que necesitaban para el culto. Uno de los principios de la amplia reforma eclesiástica fue la reforma de los conventos. A menudo sus ingresos fueron utilizados para subvenir a las necesidades del Estado [8] y sus moradores no de-

bían permanecer pasivos, sino que debían hacer algo provechoso. De esta manera se dificultó sensiblemente la entrada en el monacato.

Sin embargo, el aspecto político fue más importante para el futuro; el arrogante monarca, tras la muerte del patriarca Adrián (1700), dejó vacante la sede. Sólo mucho más tarde creó en su lugar un Colegio de eclesiásticos, es decir, una auténtica autoridad administrativa en la cual no cabía la decisión de un solo jerarca. Quizás influyó en él el conocimiento de la obra de Nikon y la crisis política por él conjurada. Este consejo de altas dignidades eclesiásticas fue establecido como órgano supremo junto con el Senado. Aquel autócrata absoluto cuidaba del bienestar material y espiritual de sus súbditos; sin embargo, no puede hablarse de cesaropapismo, al menos en el propio Pedro. El documento de reforma, el «Reglamento eclesiástico» (1721), hacía hincapié en la misión docente de las iglesias y su utilidad para el bien común [9]. Realmente con esta reforma la Iglesia ortodoxa quedó sometida posteriormente a intereses del Estado, a menudo poco perspicaces, y se evidenció la profunda grieta, durante mucho tiempo insalvable, entre ella y el estamento de los intelectuales que adquirían poco a poco su independencia.

La intervención de Pedro en la Iglesia, como protectora de las antiguas tradiciones moscovitas, tienen además un aspecto totalmente personal, que surge en la oposición más clara y peligrosa a su obra de su hijo Alejo. Sin embargo, no se trata aquí de recordar una vez más la terrible tragedia entre el padre, que veía su obra en peligro, y el hijo, que rehuía todas las responsabilidades, hasta huir al campo del enemigo potencial, la corte vienesa, su regreso, sus torturas y, como consecuencia de éstas, su muerte. La alta traición parecía consumada; el sucesor al trono murió a consecuencia de las terribles torturas a que fue sometido antes de que se llegase a cumplir su sentencia de muerte. El año de 1718 fue especialmente agitado; el pueblo llano y el clero bullían de agitación; sin embargo, no podía hablarse de una auténtica conjuración. Un año más tarde murió, a la edad de cuatro años, el hijo del segundo matrimonio del Zar; quedaba de nuevo planteada la cuestión de la sucesión al trono. La ley de sucesión de 1722, en una referencia expresa a la ilimitada voluntad del autócrata, dejaba al criterio de éste el nombramiento de su sucesor. En su lecho de muerte el Zar, sin embargo, no tuvo fuerzas para nombrar sucesor. Esto fue fatal: la decisión estaba ahora en manos de personas con poder incontrolable.

Ya hemos hablado de la agitación y la oposición que suscitaban los continuos gravámenes y renovaciones. Con frecuencia fueron los «viejos creyentes» los que encabezaron la más enérgica resis-

tencia. Las rebeliones de los cosacos y también las de muchos campesinos son un claro exponente: se luchaba a favor del antiguo y justo derecho y en contra de los nuevos derechos de los señores, y no tanto con el fin de alcanzar objetivos intrínsecamente políticos y, naturalmente, mucho menos, revolucionarios [10]. La construcción de la nueva capital a partir de 1703, cuyo extraño nombre de San Petersburgo constituía ya todo un programa, fue considerada como símbolo de lo nuevo, extraño, incomprensible, inútil y pagano. Todo observador sensible percibirá al contemplar esta obra de arte, quizá la mayor después de Venecia —hasta que surgiera la moderna Nueva York—, no sólo los sacrificios que exigió la construcción, sino la enérgica voluntad con que se «pobló» esta nueva ciudad. No era casual que en distintos proyectos del sucesor al trono, Alejo, se hablara de devolver la capitalidad a Moscú, lo que se hizo poco después de morir el Zar por un corto período de tiempo.

Si consideramos la obra interrumpida por la muerte repentina del activo gobernante, que determinó la vida, no sólo de los campesinos y ciudadanos, sino también de la nobleza terrateniente, surgirá la pregunta de por qué no se rehízo y reinstauró inmediatamente el antiguo orden, o bien quién mantuvo las nuevas estructuras que, a lo largo del siglo, se impusieron relativamente intactas. Por una parte parece haber influido de forma estabilizadora la conciencia del triunfo de la nación durante la difícil guerra, conciencia que también mantuvo al hombre sencillo en los difíciles años de la última época estalinista. El patriotismo como fuerza unificadora no sólo estaba ligado a la persona del gobernante, sino que constituyó —desde las experiencias de la época de los disturbios— una comunidad de todos, incluso de los esclavos. Por otra parte, una nueva generación veía posibilidades de abrirse camino en la situación recién creada; ya estaba incluida en el ritmo del servicio, aunque en un principio estuviera en contra. Y otros muchos reconocieron, sencillamente, que ya no cabía volver al antiguo orden: un impulso elemental de renovación rompió la barrera de las tradiciones, de un modo similar a como sucede actualmente en el Tercer Mundo. Las brillantes perspectivas, los ascensos y la confianza en el futuro movieron quizás también a aquellos que, si bien sólo vieron alumbrar débilmente el *Siècle des lumières,* sin embargo sintieron que la capacidad de evolución técnica del mundo llevaba en sí grandes promesas [11].

Los conflictos en torno al trono de los zares perjudicaron enormemente al Imperio ruso en el siglo XVIII puesto que, ante la dudosa legitimidad, al faltar el heredero directo, fueron los intereses de los entonces poderosos los que resultaron decisivos. El

hecho de que la viuda de Pedro, Catalina I (1725-1727) —la campesina de Letonia que fuera primero amante del favorito Menšikov (durante una larga temporada casi omnipotente) y posteriormente de Pedro, quien se casó con ella y la hizo coronar—, subiera finalmente al trono tras postergar a otros pretendientes más legítimos se debió principalmente a las manipulaciones de aquel advenedizo sin escrúpulos, que confiaba en convertirse en dueño y señor oculto del Imperio. Por ello movilizó los regimientos de la guardia en favor de esta mujer, llena de buena voluntad pero sin interés por la política, convirtiendo así a la guardia en futura designadora de reyes. Al morir dos años más tarde Catalina le tocó su turno a Pedro II (1727-1730), hijo del desdichado Alejo, todavía un niño, con el que Menšikov pretendía casar a su hija. Sin embargo, Pedro se dejó influenciar por el príncipe Dolgoruki, que pertenecía a una de las familias más nobles y también más ambiciosas, enemigo mortal de Menšikov; este último fue desterrado por el resto de sus días a Siberia. Pero el nuevo Zar murió en 1730 a la edad de quince años, acabando así con las ilusiones de los Dolgoruki, que pretendían casarlo con una de sus hijas. Las hijas del segundo matrimonio de Pedro con Catalina eran de dudosa legitimidad. Por ello la corte eligió zarina a la joven Ana, viuda del duque de Curlandia e hija del débil mental Iván, hermano mayor de Pedro y corregente con él. El decenio de su reinado (1730-1740) bajo el poder de su favorito Ernst Johann Biron (von Bühren), elevado a duque de Curlandia, coincide con el punto álgido de la influencia alemana sobre Rusia. En la historia rusa de entonces —no exenta de patriotismo— se vio con malos ojos el período conocido como la Bironovščina, si bien, y a pesar de todos sus conocidos fallos, con cierta injusticia. El Imperio vivió en paz y desarrolló, en una situación relativamente estable, su capacidad de producción. Aunque Biron no era precisamente una persona noble no puede tachársele tampoco de torpe. Bajo su poder se hicieron merecedores de reconocimiento los alemanes Münnich y Ostermann por los trabajos de ordenación del territorio; por ejemplo, la construcción de canales. Durante el reinado de Ana entró en vigor, junto con el Senado, un Comité de Ministros, conferencia de los presidentes de los Colegios que realizó un trabajo útil.

A la muerte de la Zarina surgió de nuevo el problema de la sucesión. Fue entronizado el recién nacido Iván VI, bisnieto del mencionado Iván V, bajo la regencia de su madre y del marido de ésta, el duque de Brunswick, siendo desterrado al Artico un año más tarde, en 1741, por un golpe de la guardia. En 1764 este desafortunado Zar fue asesinado en el castillo de Schlüssel-

burg. La Guardia elevó al trono a Isabel (1741-1762), hija del segundo matrimonio de Pedro el Grande.

Mientras que los cambios de gobierno desde 1725 a 1727 fuesen esencialmente la obra de un hombre poderoso, en 1730 quedó patente que todavía seguían manteniéndose vivas las iniciativas políticas de la nobleza rusa, si bien en distinta dirección. El conde Golicyn, cabeza de una importante familia, impuso en el mencionado Consejo Secreto la elección de Ana bajo determinadas condiciones que debían garantizar a los magnates derechos similares a los que poseían en Polonia —sobre todo en el control tributario y financiero, y en la posibilidad de disponer de un ejército—, sin que tras estas condiciones pudiera percibirse el proyecto de una constitución; la nobleza reunida en Moscú para recibir a la Zarina rechazó, con despierta desconfianza, los planes oligárquicos de los cortesanos. Por su parte algunos nobles cultos concibieron otros proyectos según los cuales, caso de faltar el autócrata, no podría decidirse sin la presencia de «todo el pueblo», es decir, los delegados de la nobleza: también aquí vemos la semejanza y paralelismo con la situación polaca. Pero puesto que Ana, inmediatamente después de su llegada, «se dignó» rasgar el papel de las condiciones (del Consejo Secreto), todas estas iniciativas no tuvieron ningún efecto. Mientras que la obra de Pedro tuvo efectividad, la autocracia parecía la forma más perfecta de gobierno, si bien siempre se vio claramente la posibilidad de que los gobernantes débiles cayeran como «castigo de Dios» en manos de «favoritos licenciosos» [12]. El pensamiento constitucional surgió tan sólo en momentos de crisis, cuando pareció vislumbrarse el peligro de un largo interregno. El ejemplo de la república aristocrática de Polonia, con la supremacía de los magnates que intentaban convertir en clientes a la pequeña y media nobleza, demostraba a las claras que incluso la peor de las autocracias tenía sus aspectos positivos.

En cualquier caso, fueron aquellos difíciles días el último momento en que el estamento gobernante demostró su decisión de tomar en sus manos los destinos del Imperio. Inmediatamente se decidió impedir a los extranjeros el acceso a los rangos superiores. Estos —entre ellos la nobleza cosaca de Ucrania— vieron en la autocracia su única garantía, y por su parte un emperador débil sólo podía confiar con especial seguridad en los extranjeros. El hecho de que los representantes de la nobleza se aferrasen de tal forma en conseguir un emperador fuerte no significaba que aceptaran sin más el servicio perenne como un deber moral. Durante el reinado de Isabel se formó un sector dirigente relativamente culto y homogéneo, compuesto generalmente por familias ricas y antiguas, pues sólo ellas podían permitirse

dar a sus hijos una educación refinada y el obligado viaje que completaba su formación [13].

Gracias a la pasividad de la Zarina pareció crearse, paradójicamente, un grupo rector responsable que pretendía, de acuerdo con sus bien entendidos intereses, asegurar, en las relaciones del Estado, una cierta continuidad, aunque sólo fuera por sus iniciativas económicas (por ejemplo, y sobre todo, las fábricas recién creadas) [14]. Otra cuestión es que, generalmente, y a pesar de algunos créditos favorables concedidos por la Banca de la nobleza, esta continuidad no se desarrollara con demasiado éxito. Una minoría participó en el mercado interior en lento desarrollo y comenzó a interesarse por la exportación de madera, minerales y trigo; la mayoría, sin embargo, persistió en la economía doméstica o se limitó, ocupara el rango que ocupara, a servir al Estado.

Durante el gobierno de Isabel se impuso poco a poco el monopolio de la nobleza sobre las tierras ocupadas por los campesinos. El Estado renunció casi imperceptiblemente a su última oportunidad de intervención a favor de los campesinos que trabajaban la tierra de los nobles, que con ello se convirtieron de hecho en un inventario vivo de los bienes existentes [15]. Por otra parte, la nobleza en su totalidad intentó sustraerse a la capacidad de disponibilidad de la maquinaria estatal. Naturalmente los pequeños y medianos terratenientes y sus hijos menores estaban destinados a este servicio. La rígida estructura social de la antigua Rusia no permitía —y no sólo por la pérdida de prestigio social— el paso de la nobleza a las profesiones liberales entonces existentes.

Rusia ha estado siempre dominada por una burocracia centralista: ésta manejaba a su antojo a sus súbditos (tanto entonces como ahora) en virtud de documentos oficiales, logrando así que la responsabilidad recayera en un círculo restringido de personas de confianza. El que así era manipulado se sentía parte de un mecanismo, eslabón de una cadena y partícipe de la soberanía. El águila bicéfala imperial sobre los botones de los uniformes acreditaba que los funcionarios de cualquier rango formaban parte de una voluntad superior que les dirigía a través de todo tipo de autoridades, cuyas motivaciones no siempre eran comprensibles pero estaban legitimadas, eran inapelables y quedaban a cubierto de toda crítica. Aquella mentalidad de servicio de la nobleza del siglo XVIII, que había captado de una forma más moderna la tradición moscovita, ha quedado hasta nuestro tiempo como ejemplo de la praxis política rusa. La educación para conseguir una personalidad responsable —empezando por la cultura de la nobleza de la época de la Ilustración rusa— significaba la emancipación del Estado, pero no la atadura a éste como institución moral.

Pero lo que limitó la extensión de la educación, el desarrollo de una cultura de la nobleza auténticamente rusa no fue tanto la ausencia de inspiración como la falta de medios. Aunque un pequeño noble tuviese bastante para comer (a menudo sus siervos de la gleba le llevaban las provisiones familiares desde una distancia de cientos de verstas, principalmente en invierno, sobre sus trineos, al lugar de su servicio, pues la mano de obra carecía de importancia) , la instalación de una sencilla biblioteca costaba tanto dinero en efectivo que, una vez pagados el uniforme y las monturas de los caballos, éste resultaba difícil de reunir. Participación en la vida intelectual presuponía educación, y ¿quién se podía permitir el lujo de un profesor particular? Grandes esfuerzos debieron de hacer los pequeños nobles, por ejemplo, de Prusia oriental en el siglo XVIII para que sus hijos pudieran adquirir los conocimientos necesarios para el servicio del Estado, y más difícil resultaría esto mismo a los nobles que vivían entre Moscú y el Volga, constreñidos a su cerrada economía doméstica, continuamente en peligro por las inclemencias del tiempo y las injusticias sociales. La cultura nobiliaria del Este europeo logró así una fascinación y seriedad especiales, ya que se había conseguido tras grandes esfuerzos y exigía un enorme esfuerzo personal del joven que debía prepararse para recibir una formación superior o universitaria. La cultura rusa quedó reducida, hasta bien entrado el siglo XIX, a la educación de algunas personas aisladas en menor medida preparadas por un amplio ambiente intelectual. La poca especialización de la educación, su carácter no académico proporcionaba no sólo conocimientos útiles, sino también entusiasmo por lo nuevo, por las «luces».

De los pocos años de gobierno de Pedro III, 1762 merece un especial interés por el manifiesto sobre la liberación de la nobleza del servicio obligatorio al Estado. Fue algo que asombró a la opinión pública, pero había sido cuidadosamente preparado durante mucho tiempo. Al parecer Isabel intentó diferenciar la alta de la pequeña aristocracia en la medida en que sólo esta última quedaría a disposición del gobernante como clase servidora [16]. El ucase de Pedro III sólo podía favorecer esencialmente a la nobleza cortesana: de todas formas una gran parte de la pequeña y media aristocracia tenía que permanecer en el servicio, o bien bajo unas condiciones más moderadas.

b) La época de Catalina II

También Catalina II (1762-1796) subió al trono gracias a un golpe de la guardia, sin tener que ceder nada de su poder autocrático [17]. Sea cual fuere su conocimiento o participación en el

asesinato de su esposo, en cualquier caso no hizo nada por salvarle. Ante todo trató de evitar por todos los medios que su hijo Pablo (nacido en el año 1754) pudiera acceder al trono. El pueblo ruso se enfrentaba ahora a una usurpación que no estaba legitimada por nada; con ello aumentaron los desórdenes populares. Antes de Napoleón ningún otro gobernante de la historia moderna había sido tan hábil en su propaganda personal como la inteligente hija de un coronel prusiano de la oscura familia de los Anhalt —Zerbst. La Europa intelectual se postró a sus pies; Voltaire y Diderot hicieron todo lo que estaba en sus manos por favorecer y aclamar el poder «progresista». El hecho de comprar la opinión pública durante varios decenios fue ya de por sí un éxito significativo.

Las reformas administrativas de su época perseguían un mayor control para así poder desarticular la despótica oligarquía de los magnates de la época de la inoperante Isabel. En 1775 se dividieron los enormes gobiernos y se racionalizó su administración adoptando la forma que perduraría durante toda la época posterior de los zares. El gobernador —en determinados casos gobernador general o lugarteniente— era directamente responsable ante el soberano y poseía por este motivo amplios poderes; su administración estaba articulada de una forma funcional y dependía de los correspondientes Colegios; en teoría el Senado debía coordinar las diferentes funciones. Pero tampoco durante el siglo siguiente quedaron siempre claramente delimitadas las competencias de los Colegios o ministerios frente a las de los gobernadores en su calidad de lugartenientes y representantes del zar; y la situación de los gobernantes era distinta según el tamaño y la importancia de su jurisdicción, así como la distancia que la separase de la capital [18]. La nobleza de cada gobierno debía reunirse en una asamblea bajo la dirección de un mariscal designado por aquélla; se había pensado en una especie de autonomía, pero también en este caso el poder real permaneció en manos del soberano. Tampoco la reforma de las ciudades, la última realizada en el año 1785, trajo muchas mejoras; las fuerzas con responsabilidad propia eran demasiado pequeñas, el alcance de sus competencias estaba también aquí fuertemente limitado y, como siempre, excesivamente subordinado a las necesidades fiscales [19].

Estas reformas de Catalina —a las que hay que añadir la fugaz constitución de los gobiernos— parecen racionales y desarrollan la línea seguida por Pedro para conseguir un estado regulado. Sin embargo, es dudoso que se las pueda considerar como signos de un despotismo ilustrado, ya que éste reflejaba el bien común en el marco de un estado constitucional con el compro-

miso del propio soberano. Aunque la Zarina propagó estas ideas no actuó, sin embargo, de acuerdo con ellas. El mayor logro propagandístico de Catalina fue el *Nakaz,* es decir, la institución de una Comisión Legislativa formada por los representantes de los estamentos libres que se formó y reunió en Moscú en el año 1767, elegida por todas las partes del Imperio, incluso por las de origen extranjero. Los principios —inspirados en las ideas de Montesquieu— eran extraordinariamente modernos. Los diputados aportaban instrucciones generalmente exactas, un enorme material para el conocimiento del Imperio de aquella época, aconsejaban objetivamente y preparaban los distintos planes de reforma. (Desgraciadamente los protocolos fueron redactados y publicados de forma falseada por orden de la Zarina.) Con distintos pretextos se disolvió muy pronto la Comisión, una vez que ésta había promulgado el deseado decreto de adhesión a la Zarina. Con razón se ha afirmado que lo único que pretendía Catalina al reunir a los representantes del pueblo era legitimar su usurpación [20]. La Zarina tampoco permitió que la nobleza se convirtiera en un estamento social fuerte, si bien concedió la exención fiscal a algunos nobles a título individual, favoreciendo su actividad económica y renunciando así a cualquier tipo de protección de los campesinos (compárese con la contemporánea legislación agraria de María Teresa). Regaló a sus favoritos terrenos del Estado con cientos de miles de campesinos incluidos, y sin más ni más sometió a la servidumbre a los campesinos, aún relativamente libres, del sur.

c) Política exterior en el siglo XVIII

En los últimos años Pedro el Grande había centrado sus intereses en el sudeste [21]. Entonces existía la amenaza de que el Imperio persa cayera bajo la influencia de Turquía y de que así, en el futuro, el mar Caspio pusiera en peligro, como una segunda amenaza marítima desde el sur, este flanco del Imperio tan difícil de defender.

A la muerte de Pedro quedaron paralizados los grandes proyectos de la política exterior: el Imperio, agotado, necesitaba recuperarse. Sin embargo, se mantuvieron las dos metas, hacia el sur y hacia el oeste. En la medida en que se había explotado agrícolamente el sur del Imperio, es decir, Ucrania, y que la posibilidad de exportar trigo por mar parecía atractiva, había aumentado también el deseo de dominar el mar Negro, sobre todo con el fin de evitar el riesgo existente en las zonas coloni-

zadas, provocado por las incursiones de Crimea, que estaba bajo dominio del sultán.

Uno de los objetivos de la Guerra del Norte ya había sido el control sobre Polonia; parecía inevitable su desmoronamiento, y por otra parte su estructura oligárquica y autocrática se había convertido en un ejemplo inquietante. Y sobre todo existían millones de campesinos ortodoxos «rusos», es decir, ucranianos o bielorrusos, viviendo bajo el gobierno de la nobleza católica polaca, y este hecho servía de impulso al vivo patriotismo de la nobleza rusa al servicio del Estado, la cual estaba adquiriendo conciencia propia. Bielorrusia y Lituania tenían, desde el punto de vista económico, poca importancia; sin embargo, al oeste de Kiev, resultaban especialmente atractivas las fértiles llanuras de Podolia, Volinia y la Ucrania occidental. Aquí se mantenían las tradiciones cosacas, cuyo exterminio había sido uno de los objetivos principales de la política de integración rusa del siglo.

Tras Nystad (1721) el Imperio quedó totalmente integrado en el concierto europeo de estados y en sus círculos de alianzas. Austria se ofreció como colaborador principal en la lucha por Polonia (Guerra de Sucesión de Polonia, 1733)[22]. Durante el reinado de Isabel, Rusia permaneció al lado de Austria frente a la alianza franco-prusiana. Pero la precavida política rusa no evitó que los Habsburgo fueran derrotados en ambas guerras por Silesia; en cambio, el Imperio ruso representó un papel decisivo en la Guerra de los Siete Años; en el *renversement des alliances* de 1756 permaneció al lado de Austria, corriendo incluso el riesgo de enemistarse con Inglaterra, su cliente más importante en el comercio exterior[23]. Son conocidas las victorias rusas sobre los prusianos: se conquistó la Prusia oriental; Herder escribió una oda a Pedro el Grande; nobles rusos asistían en Königsberg a las clases del joven profesor Kant. Puesto que inmediatamente después de su subida al poder Pedro III se puso del lado prusiano, concluyó la paz con Federico y se alió con él, todas las batallas habidas hasta entonces habían sido en vano, renunciándose a envolver a Polonia por el norte.

De acuerdo con la razón de Estado rusa, en el oeste se trataba más bien de recortar las diferencias; las metas y los fines perseguidos en el sur eran más urgentes. No vamos a describir cada una de las fases de las particiones de Polonia (1722, 1793, 1795). Apartar a la república aristocrática polaca de posibles reformas internas parecía constituir una tarea de la política rusa, que gracias al tratado firmado con Prusia estaba más clara. En la primera partición, Rusia se apropió tan sólo de zonas de colonización ucraniana y bielorrusa[24]. La ambiciosa zarina Catalina II, sin embargo, no se conformó con eso. Su intención de controlar

el mar Báltico, que se conseguiría haciendo que los estados adheridos a la «neutralidad armada» (1780) se unieran en contra de Inglaterra, convocó a las fuerzas navales [25]. Prusia desconfió de la injerencia rusa en la Paz de Teschen (*Těšin*) de 1779, por la que el Imperio del Zar asumía la garantía de la constitución del Sacro Imperio Romano. En los años 1788-1790 la situación de Rusia parecía correr peligro debido a la guerra en dos frentes contra Suecia y Turquía —pero ambos enemigos combatieron con poca fortuna—. Por otra parte, Rusia se encontró en una situación más favorable gracias a la Revolución francesa, que desorientó el sistema europeo, los intereses tradicionales de las potencias. También en la segunda partición de Polonia, Rusia se anexionó únicamente los territorios que poseían un estamento superior de nobleza polaca, pero no las zonas de colonización polaca; al contrario de Prusia, que con sus anexiones llegó a poner en peligro su unidad étnica. Además de Curlandia, es decir, una zona de colonización letona con un estrato superior alemán, en la tercera partición Rusia obtuvo esencialmente Lituania, con una población genuinamente polaca al oeste, aproximadamente en la zona de la actual frontera ruso-polaca. Es cierto que la política del Imperio zarista fue en verdad sumamente agresiva con respecto a Polonia, pero según la antigua tesis moscovita sobre la unión del territorio ruso este crecimiento territorial parecía legitimado.

La lucha por el mar Negro estuvo acompañada de algunas derrotas, pues si bien el Imperio otomano había perdido parte de su poder, sin embargo seguía siendo un enemigo considerable. Por su parte Inglaterra, Francia y Austria estaban interesadas, por diversos motivos, en que Rusia no se extendiera demasiado. Catalina se había propuesto restaurar el Imperio bizantino bajo los auspicios rusos por medio del famoso «proyecto griego», mediante la expulsión de los turcos de Europa y la conquista de Constantinopla y Santa Sofía [26]. El hecho de que la flota rusa consiguiera en 1770 navegar, bajo dirección inglesa, alrededor de Europa y a través del Mediterráneo para derrotar decisivamente a la flota turca casi ante las puertas de la capital, permitía suponer una evolución importante para el futuro. Por tierra se consiguieron en distintas campañas numerosas conquistas. La paz de Küčük Kajnardži (un pueblo de Dobrudža) firmada en julio de 1774 no sólo puso la mayor parte de la estepa del sur de Rusia bajo el dominio de la Zarina [27], sino que, con la declaración de independencia del janato de Crimea de la soberanía turca se preparaba también su conquista en 1783. Por otra parte, la Sublime Puerta (Turquía) tendría que permitir la libre navegación por el mar Negro, así como el paso de los mercantes por los Dardane-

los. La corte de Petersburgo interpretó como derecho de protección de los cristianos de los Balcanes una determinación algo vaga en favor del clero ortodoxo en el Imperio turco. En 1787 Turquía intentó cambiar la situación con una nueva declaración de guerra; tras largas y cruentas batallas, Rusia logró —a pesar de la oposición de las potencias europeas— incluso mejorar su posición y ganar una franja de costa entre el Dniéster y el Bug (paz de Jassy, 1791-1792).

Gracias a las conquistas de la segunda partición de Polonia, el Imperio abarcaba ahora toda la costa norte del mar Negro (añadiéndose en 1812 Besarabia); en 1774 se conquistó gran parte del territorio que se extiende ante el Cáucaso septentrional. Todas estas zonas estaban formadas por enormes y fértiles terrenos cuya colonización se emprendió inmediatamente después de expulsar a los nómadas autóctonos[28]. Así, en vísperas de la Revolución francesa y de la era napoleónica, las fronteras rusas se habían ampliado en todas las direcciones y se había asegurado casi por completo el acceso tanto al Báltico como al mar Negro, abriéndose insospechadas posibilidades para el comercio.

d) La problemática social

Todas estas guerras habían hecho uso del potencial económico del Imperio, cuya producción seguía siendo, en comparación con su extensión y población, muy pequeña. El peso principal lo soportaban los campesinos, como contribuyentes y como reclutas. Pedro el Grande ya tuvo que ocuparse antes de la Guerra del Norte del problema de los campesinos desertores. Los pequeños terratenientes eran los más afectados; los magnates con grandes posesiones no necesitaban imponer tantos gravámenes a sus labradores y no pocas veces cobijaron a los fugitivos que confiaban en que ellos los esclavizarían menos. Se buscaba mano de obra muy capaz. No es posible determinar cuántas personas emprendedoras lograron esconderse en la estepa o al otro lado de los Urales, y labrarse allí, sin ser descubiertos por los esbirros del zar, una vida libre. Hemos de dudar de que las distintas órdenes de captura tuvieran éxito total. El gobierno estaba interesado en que los campesinos llevasen una vida sedentaria; además de pagar impuestos, con su trabajo en las fincas aseguraban también el mantenimiento de los señores sujetos al servicio del Estado. En 1770 debían quedar registradas todas las fincas, así como sus habitantes; fue asombroso el número de granjas que se encontraron desiertas y sin cultivar: en muchas ocasiones debieron de huir sus habitantes, avisados de antemano. Pero si todos los

campesinos permanecían en las fincas, ¿de dónde iban a sacarse trabajadores para las fábricas recién construidas, y en especial para las minas de los Urales? Se racionalizó la imposición fiscal sobre la población rural; tras largos preparativos se instituyó, en 1718, el impuesto personal en lugar del impuesto sobre la propiedad rural, según el cual todos los campesinos varones sin consideración de edad ni capacidad de trabajo debían pagar proporcionalmente la totalidad de impuestos de un pueblo. Esta división mecánica se suavizó en muchos casos, debido a que los señores y las comunidades de campesinos repartieron las cuotas de terreno según la unidad de trabajo (*tjaglo,* normalmente hombre o mujer capacitado para el trabajo). Los campesinos debían pagar además otro impuesto si estaban asentados en terrenos del Estado o del Zar; si eran siervos de la gleba pertenecientes a un terrateniente debían pagar también, además de los impuestos personales, otro impuesto a su señor, o bien estaban sujetos a prestación personal, o ambas cosas al mismo tiempo. A esto se añadieron las contribuciones en favor de la comunidad de campesinos, del clero, de los servicios de construcción de carreteras, etc. Aunque el zar pensara en el impuesto personal como un medio de descargar a los campesinos, de hecho, sin embargo, la situación de los campesinos bajo Pedro el Grande se hizo aún más difícil debido a las continuas exigencias financieras y al enrolamiento intensificado de reclutas [29].

Ante todo en esta época se unificaron las diferentes situaciones legales de los campesinos que trabajaban en las posesiones de los terratenientes [30]; su estatus social fue equiparado fundamentalmente al de los *cholopy* de la esfera legal de Moscú; si antes la servidumbre por deudas estaba, según los principios legales, limitada temporalmente, ahora todas las «almas» estaban sometidas a una esclavitud eterna. Con ello, la adscripción a la tierra, sobre la que el señor tenía una especie de propiedad superior, se convirtió en una vinculación personal, de forma que el campesino se convertía en parte del inventario viviente de un trozo de tierra del señor; cualquiera podía alquilarlo o arrendarlo, con o sin tierra, y algunas veces venderlo sin tierra. Pedro había prohibido en 1721 vender a los campesinos —como si se tratara de ganado— separados de sus familias; sin embargo, no había previsto ninguna sanción. Semejante comercio no fue siempre expresión de una criminal crueldad: los pequeños propietarios, expuestos a las exigencias pecuniarias del servicio al Estado, muchas veces tenían que subastar a un campesino para poder pagar el uniforme exigido.

El derecho de los señores de aprovechar la fuerza de trabajo de sus siervos no estaba en modo alguno limitado. Igual que an-

tes con los *cholopy,* ahora el señor también podía disponer de la vida personal del campesino; podía casarlo según su parecer. Por regla general sólo se permitían tantas bodas como unidades de trabajo pudieran dotarse con tierras. Se trataba de limitar un aumento excesivo de la población a costa de los alimentos producidos en el campo. Puesto que el señor podía impedir que se dividieran los núcleos familiares, se formaban grandes familias con numerosos trabajadores agrícolas, y suficientes tierras o ganado, bajo el gobierno patriarcal de un cabeza de familia, a pesar de la oposición de los hijos y las nueras. El derecho de castigo —con excepción de la pena de muerte— dio lugar a múltiples abusos. La tradicional autonomía jurídica de las comunidades campesinas estaba limitada, puesto que el señor podía intervenir en cualquier discusión o juicio y —en caso de controversia con sus campesinos— actuaba como juez de sus propios asuntos, sin que sus siervos pudieran reclamar el derecho de hacer llegar sus quejas a conocimiento del zar a través de peticiones e instancias. El señor era libre de enviar a los campesinos desobedientes al ejército o bien de mandarlos a Siberia. Esto último, sin embargo, no ocurrió muchas veces, pues se perdía un trabajador sin recibir recompensa; los rebeldes eran vendidos normalmente a los fabricantes. (En lo que respecta a los reclutas, seguramente en muchos casos los ancianos del pueblo se alegrarían de que así quedaran excluidos de la comunidad los jóvenes que se enfrentaban críticamente a la jerarquía establecida en el pueblo.) En pocas palabras, el poder del señor sobre sus campesinos era ilimitado; lo único que no le estaba permitido era obligar al campesino a que cumpliera en su lugar prisión por deudas.

Durante el siglo XVIII resultaba prácticamente imposible salir del estamento de los siervos de la gleba. Los ancianos e impedidos eran arrojados sin piedad por los señores y administradores de las fincas a la calle; sin embargo, las autoridades luchaban en contra de esto para no aumentar los grupos de mendigos errantes —a menudo incendiarios— y evitar la formación de bandas. Cuando el señor cometía demasiados excesos, sus tierras podían ser secuestradas y sus siervos convertidos en campesinos del Estado. Esto ocurrió en muy pocas ocasiones a partir de la Carta de la Nobleza del año 1762, y realmente comenzó a practicarse bajo Nicolás I. Resulta difícil determinar la frecuencia con que se cometían excesos por parte de los señores: en sus casas de madera, en medio de campesinos hostiles, los señores estaban expuestos a múltiples peligros. El número de señores asesinados por campesinos soliviantados no sólo fue considerable en las épocas de los grandes levantamientos, sino también en las de relativa calma social. Al parecer no todas las represiones de campe-

sinos constan en actas; pero las de los señores, desde luego, muy rara vez. La continua inseguridad y la falta de compromisos por ambas partes influyó seriamente en la sensibilidad de los campesinos. La protesta de éstos fue siempre una lucha por el «antiguo y buen derecho», por la restauración de un orden legal dañado por los abusos de los señores [31].

Mientras perduró la cadena de obligaciones de la nobleza del antiguo reino de Moscú o del período de Pedro el Grande, parecía justificada la vinculación de los campesinos al señor feudal, que a su vez servía al zar. Esta situación varió en el año 1762, al abolirse la obligación del servicio militar de los nobles; los campesinos interpretaron un ucase que apareció simultáneamente acerca de la secularización de los terrenos y monasterios de la Iglesia en el sentido de que todos los campesinos de un fundo pasarían a ser campesinos del Estado. Había que sustituir a la «mujer extranjera en el trono», a la «nueva prostituta babilónica» por un gobernante realmente cristiano y restablecer también el buen y antiguo orden. Se decía que Pedro III no había muerto, sino que tan sólo había huido de la capital extranjera enemiga en vista de los atentados sufridos, y que en un corto plazo de tiempo se daría a conocer a sus fieles súbditos. Inmediatamente después del cambio de gobierno, surgieron varios aspirantes al trono que se hacían pasar por Pedro III. Los cosacos del Don y los Urales tenían toda la razón al quejarse de las intromisiones del gobierno en sus libertades tradicionales. Emeljan Pugačëv, que decía ser Pedro, provocó en la primavera de 1773 la mayor y más peligrosa rebelión de campesinos de la historia de Rusia. Se apoyó en los cosacos y baškiros, pero no aprovechó al máximo las posibilidades que le ofreciera la revuelta espontánea de los campesinos del curso medio del Volga. Tras algunas derrotas, los jefes de los cosacos le abandonaron y le entregaron, siendo ejecutado en enero de 1775. La rebelión fue además apoyada por los viejos creyentes, a los que Pugačëv había asegurado la libre práctica de su culto. También se añadieron a la rebelión los hijos de los sacerdotes rurales, que no encontraban parroquia alguna y que, por tanto, corrían el peligro de descender en el escalafón social. Los fines del levantamiento no eran revolucionarios en el sentido moderno de la palabra, sino que pretendían, al igual que la Guerra de los Campesinos en Alemania, la restauración del orden social deseado por Dios [32]. Este levantamiento cambió, sin embargo, las relaciones de los señores con sus campesinos en un doble aspecto: las personas cultas y razonables comenzaron a plantearse las bases morales existentes de la esclavitud, mientras que la mayoría de los terratenientes endureció aún más su posición. Pero sobre todo, aquellos que contaban con medios para

ello prefirieron no seguir viviendo entre sus campesinos que ya no les eran fieles, sino que se trasladaron a las ciudades. Con ello la relación entre los señores y los campesinos adquirió a menudo un carácter impersonal, como entre dos mundos contrarios.

Según el régimen económico de las tierras de los señores, los campesinos debían pagar un tributo (*obrok*) o prestar determinados servicios obligatorios (*barščina*) y, más tarde, incluso ambas obligaciones simultáneamente. A menudo a esto había que añadir el suministro de productos en especies. Las obligaciones estaban distribuidas, en contraste con las de los campesinos del Estado, según unidades de trabajo (*tjagla*); la distribución de terreno laborable también se hacía según estas unidades. Sin embargo, las *tjagla* no fueron constantes; una y otra vez fue necesario hacer nuevas reparticiones de la tierra común dada en usufructo. La calidad del suelo de la Rusia central era además muy diferente en pequeñas distancias (zonas pantanosas, campos acídulos, erosiones). Por ello había que dividir el terreno en pequeños trozos para ser justo con cada *tjagla* o parcela. La agricultura rusa se caracterizaba en general por una increíble parcelación y mezcolanza; a menudo las parcelas formaban franjas entremezcladas entre sí de la anchura de un parterre, pero no sólo las de los campesinos, sino también las de los señores y a menudo las de distintos señores estaban insertas unas dentro de otras. Sólo los más ancianos de la localidad reconocían los invisibles límites. Sin una ordenación rural no podía hacerse nada. Tampoco podía pensarse en campos delimitados por vallas, y menos aún en un abono ordenado; las franjas recibidas en una distribución podían perderse en la siguiente. La extensión de una propiedad no expresaba necesariamente —incluso bajo las mismas condiciones geográficas— su utilidad: no debe pasarse por alto la mezcolanza[33]. En todas partes se practicaba el cultivo por amelgas trienales. Apenas se conocía el arado de hierro; el arado de madera tan sólo arañaba ligeramente la corteza superior de la tierra, si bien es cierto que aún está por determinar si era siempre provechoso que se arara profundamente el suelo; precisamente en las zonas fértiles de tierra negra se secaba rápidamente el suelo y los fuertes vientos arrastraban el humus.

Independientemente de la persistente oposición de los campesinos frente a cualquier innovación aún desconocida —la tan criticada rutina se basaba en largas experiencias, no siempre conscientes—, los señores feudales no contaban, en su mayor parte, con los medios necesarios para realizar grandes inversiones. No era el afán de gasto de algunos ricos magnates, sino la crónica escasez de capital de la nobleza latifundista alejada de los mercados, lo que hacía ilusorio cualquier progreso agrario. Esta nobleza

vivía a menudo —como ya hemos mencionado— en unas condiciones forzadas por una cerrada economía doméstica.

Durante los siglos XVIII y XIX apuntó una posibilidad de desarrollo de la producción agrícola con la creación de un mercado nacional: los ríos que desembocaban en el Báltico y el mar Negro hacían posible una producción más racional, una economía de provisiones y unas más amplias inversiones [34]. Ya antes de las grandes conquistas de Catalina II el sur había cambiado de aspecto. Las zonas recién conquistadas quedaron aseguradas mediante asentamientos militares; allí se reunieron muchos eslavos meridionales que habían conseguido liberarse del dominio turco. En 1783 se amplió el régimen de los campesinos rusos a los ucranianos, siendo regaladas sus tierras a los nobles que habían contraído méritos hacia el Estado; los campesinos libres del Estado fueron así convertidos en siervos de la gleba. Con la conquista de las amplias llanuras casi desérticas de la orilla septentrional del mar Negro se abrieron grandes perspectivas para los favoritos emprendedores [35].

Se establecieron entonces distintos ejércitos de cosacos en el sudeste, a lo largo de los ríos Don y Ural, en el Cáucaso septentrional y en Siberia para la defensa del flanco abierto de los territorios de colonización, continuamente amenazados por los nómadas turcos de Asia central. Intentaron seguir defendiendo su organización política autónoma; por ejemplo, con la participación en el levantamiento de Pugačëv. Los cosacos siguieron siendo personalmente libres, si bien tenían que prestar servicio militar durante toda su vida, así como pagar impuestos; a menudo sus tierras se vieron diezmadas por la política agraria de sus jefes militares [36].

Si bien el comercio exterior por el mar Negro había abierto grandes y nuevas perspectivas —la ciudad de Odesa, fundada en 1794, experimentó un auge increíble—, sin embargo la exportación de trigo no llegó a desarrollarse hasta el siglo XIX (en 1802 sólo el 5,5 por 100 del comercio exterior ruso pasaba por el sur) [37]. El trigo, el lino y otros productos principalmente de las provincias bálticas y de Bielorrusia seguían exportándose por el mar Báltico. El mercado interior abastecía, en un círculo cerrado, a Moscú y —en parte desde el Volga, en parte desde el Báltico y Finlandia— a Petersburgo. Se había limitado fuertemente la intensificación de la producción agrícola; incluso los campesinos fabriles de los Urales se autoabastecían esencialmente. Si se tienen además en cuenta los problemas de transporte motivados por las grandes distancias —sólo se podía abastecer a Petersburgo con carne fresca en invierno—, queda claro que el consumo de productos agrarios era muy limitado y que en principio no podía

ser excesivamente ampliado. Sólo las familias muy ricas, con muchos miles de siervos, conseguían reunir el dinero suficiente de los campesinos, no sólo para llevar la lujosa vida de la que son testigos impresionantes los palacios de Petersburgo, sino para disponer del capital necesario para poder invertir en el comercio exterior —de ahí la postura anglófila de varias grandes familias— y para convertirse así ellos mismos en empresarios.

La industria rusa y las grandes empresas habían surgido ya en la época anterior a Pedro el Grande debido a las necesidades bélicas. El Zar, durante la Guerra del Norte, dio un fuerte impulso a la fabricación de armas, barcos y telas para el ejército, apoyándose en empresarios privados y no en empresas del gobierno. Se protegían los productos nacionales con elevados aranceles aduaneros; a los inversionistas con buena disposición se les concedieron generosos monopolios. Como tales solamente entraba en juego, junto con los extranjeros, la alta nobleza, puesto que el pequeño estamento de los comerciantes —en tanto en cuanto disponía de bienes suficientes— había quedado marginado en este aspecto a causa de su mentalidad conservadora y ortodoxa, y no empezó a desarrollar sus iniciativas empresariales hasta el siglo XIX. Como ocurrió a menudo con los intentos de industrialización precipitados e iniciados desde arriba en el siglo XVIII, llamados con más o menos razón mercantilistas, un gran número de empresas se hundió casi inmediatamente, en la medida en que un mercado limitado de espacio no podía aceptar una oferta demasiado elevada. Sin embargo, muchas empresas sobrevivieron. El ejército seguía necesitando determinados productos, por muy caros que fueran, sólo con que se mantuviese la calidad de las armas [38]. Apenas era necesario calcular los costes: la mano de obra resultaba casi gratuita, pues los campesinos del Estado quedaban adscritos a cualquier fábrica o mina y los siervos de la gleba eran vendidos para estas fábricas. Estos, dotados con un trozo de terreno, realizaban prestaciones personales en las fábricas, que si bien no eran muy productivas, tampoco resultaban costosas. Con ello se podían mantener unos medios de inversión bajos, pues no se necesitaban máquinas caras.

Sin embargo, la alta nobleza no supo aprovechar, como era de esperar, las posibilidades que se le ofrecían para las iniciativas industriales. Los grandes señores, salvo muy escasas excepciones, no tenían un espíritu comercial; algunas empresas volvieron a ser propiedad del Estado o bien pasaron a las manos de la clase media que comenzaba a surgir lentamente a finales de siglo. Una excepción fue la antigua familia de los Stroganov, que junto con los Demidov controlaba la mayor parte de las minas y fundiciones de los Urales. A raíz de 1760 bajó la producción de hierro bruto

en los Urales, puesto que Inglaterra, principal comprador —a través de Arkángel—, desarrolló rápidamente su propia metalurgia utilizando carbón mineral [39].

II. *El apogeo de la autocracia*

a) Rusia en la época de la Revolución francesa

Los derechos y las libertades burguesas, y en un más amplio sentido también políticas, no fueron sólo tema de la teoría política de la Ilustración europea: el gran objetivo inicial de la Revolución francesa fue conseguir y asegurar estos derechos y libertades. En el Imperio ruso apenas tuvo resonancia política el memorable año de 1789. La Ilustración francesa, tan radical, había entusiasmado a muchos. Los nuevos jóvenes rusos no habían vivido ni asimilado ni la Antigüedad ni el Humanismo como elementos de formación, como tradición propia y, por tanto, apenas podían valorar en su justa medida el valor histórico de este tipo de emancipación. En Rusia no se profesaban teorías filosóficas independientes; por ello, ante la falta de bases propedéuticas, surgió en su lugar una *Weltanschauung* (concepción del mundo) precrítica, es decir, una ideología. En el fondo, al igual que en los salones franceses, éste fue un *divertissement,* puesto que raras veces se veía precisada a reflejarse en las condiciones sociales y con ello morales del propio ocio. Pocas veces fue recogido por sus admiradores el aspecto moral del compromiso de Voltaire. Desde la época de Pedro únicamente la teoría protestante del derecho natural surtió efecto entre las personalidades más notables de Rusia; con ello el concepto de razón adquirió un carácter especial. De este modo se plantaron las semillas de una conciencia reformista, que se manifestó incluso en las sesiones de la comisión legislativa. También pertenece a esta época el fugaz florecimiento de la masonería en Rusia en el sentido de un servicio común a la sociedad [1].

Indudablemente la Carta de la Nobleza de abril de 1785, por la que las propiedades de los nobles adquirieron el carácter de propiedades privadas inalienables [2], concedió algunas libertades civiles a la nobleza. Con ello se habían puesto las bases del Estado constitucional: al retirarle su favor, el soberano no podía privar a un noble de la subsistencia y aún menos de la vida. Poco antes se había ampliado el derecho de propiedad de la nobleza a las aguas y a las riquezas del subsuelo, anulándose la limitación al derecho de disponer de los bosques. El noble se convertía, por tanto, en un ciudadano, en el moderno sentido de la palabra, pero

sólo él. No se había abolido el orden corporativo, aunque para el noble esto no significaba nada, puesto que no pagaba impuestos, y, por tanto, no participaba de determinados compromisos de responsabilidad colectiva, al contrario, por ejemplo, que la población urbana. Los campesinos eran de su total y absoluta propiedad como parte del inventario. Sin la protección a los campesinos y sin un ordenamiento jurídico general la autolimitación del monarca absoluto resultó fatal, puesto que sólo liberó a este único estamento social de las obligaciones fiscales. Por esto, en los comienzos de toda evolución constitucional debía anteponerse el problema del campesinado a cualquier otro [3]. Este hecho iba además a dificultar la reforma de las condiciones de los campesinos, puesto que el Estado en Rusia, a diferencia de Prusia y Austria, había renunciado expresamente a su función protectora en favor de los no libres.

En este contexto siempre se cita a Radiščev, quien en su famoso *Viaje de Petersburgo a Moscú* denunció la miseria manifiesta de las masas campesinas y su situación legal. La Zarina, indignada, prohibió esta obra inmediatamente, y ésta fue la razón de que no tuviera consecuencias inmediatas. Pero el derecho natural y la moralidad de la Ilustración no podían ignorar al hombre común. A Radiščev le interesaba también la dignidad humana y no sólo las necesidades materiales [4]. Pues aunque un joven conde, Stroganov, jugara durante cierto tiempo en París al moderno revolucionario y aunque algunos otros adeptos de Voltaire pertenecientes a la alta nobleza simpatizaron con las nuevas ideas, todos terminaron volviendo, los más rezagados a raíz de la ejecución del rey, a la línea oficial [5]. La escasa legitimación de los beneficiarios del trono zarista promovió tanto la autocracia ilimitada como la invasión —en cierto modo inesperada— de las ideas jurídicas occidentales, que defendían la propiedad ilimitada del ciudadano que vivía de sus rentas.

El régimen de Catalina sobrevivió a su muerte, acaecida en 1796; todos los intentos de reforma, por muy problemáticos que hubiesen sido siempre, hacía ya tiempo que habían quedado olvidados. A su hijo Pablo, nacido en el año 1754, le mantuvieron siempre apartado de los asuntos políticos; la Zarina parecía decidida a dejar el trono directamente en manos de su nieto preferido, Alejandro. El carácter de Pablo, sus repentinos arrebatos de ira, sus desafortunadas ideas sobre el ejército, le alejaron pronto de los círculos cortesanos que creaban la opinión pública en Rusia y Europa. No es que se trate aquí de atribuirle ideas reformistas de envergadura, pero sí es cierto que se esforzó, aunque sin llegar a sus últimas consecuencias, por hacer resurgir la razón del Estado ruso, basada en la obligatoriedad general de cumplir el

servicio militar. Su idea fundamental tenía cierto parecido con la de Federico el Grande: la autocracia basada en leyes fijas representa la forma de gobierno más efectiva; todo el poder político parte del monarca y la misión de la Administración debe ser la de ayudarle a transmitir rápidamente sus decisiones y hacerle llegar rápidamente la reacción del pueblo. Por ello debía delimitarse con más exactitud la competencia de las autoridades y no debía permitírseles, ni al Senado, ningún tipo de iniciativa. El poder personal debía responder en toda la escala jerárquica a la responsabilidad personal; de esta forma se aplicaba la disciplina militar al servicio civil; del mismo modo debían sustituirse también los Colegios por Ministerios [6]. El ucase de 1797 no trataba sólo de incluir con mayor rigidez a la nobleza en el servicio al Estado, sino sobre todo de liberar de una parte de su carga a los campesinos al servicio de los terratenientes, puesto que éstos sólo tendrían que prestar servicio al señor tres días por semana. No está claro hasta qué punto se aplicó realmente dicho ucase; en cualquier caso el Zar se esforzaba por mejorar el destino de los campesinos. Esto, sin embargo, no le impidió, siguiendo el ejemplo de su madre, regalar a sus favoritos cientos de miles de campesinos del Estado. Con todo, la nobleza cortesana ya no se sentía segura. Al parecer la influencia extranjera no desempeñó ningún papel en la conspiración y posterior asesinato del Zar (marzo de 1801). Podemos pasar por alto los detalles de esta horrible intriga; recientemente han sido aclarados con todo detalle [7].

Ya los contemporáneos pensaron que en todo esto desempeñó un papel esencial la lucha de las grandes potencias con las que Pablo se había enemistado y que tendían a influir sobre la orientación en política exterior de la corte petersburguesa: el total apoyo de esta gran potencia hubiera podido resultar decisivo en el duelo entre París y Londres. Al subir Pablo al trono se retiró de la coalición que se estaba formando en contra de la Francia revolucionaria; pensó que tras las largas y costosas luchas el Imperio necesitaba paz. No obstante, en 1779 el Zar marchó en ayuda del Emperador austríaco que estaba pasando por unos momentos angustiosos. Pero la política indecisa del palacio imperial de Viena impidió que se formara a tiempo la segunda coalición, una nueva alianza con la ayuda activa de Inglaterra; las diferencias entre los ejércitos y gabinetes austríacos y rusos en torno a los objetivos de la futura política en Italia impidieron obtener victorias decisivas [8]. El giro total del zar Pablo, apartándose de Inglaterra y acercándose a la ascendente estrella de Bonaparte, se produjo por su compromiso a favor de la isla de Malta y de la Orden del mismo nombre, haciéndose nombrar gran maestre de

ésta. (No vamos a comentar ahora si el Zar escondía en verdad la intención de restablecer la unión de las Iglesias o incluso de convertirse ocultamente al catolicismo, como parecen indicar recientes descubrimientos en diversos archivos [9].) La política petersburguesa consideraba que las nuevas bases inglesas en el Mediterráneo oriental, en Egipto, Malta y las islas Jónicas representaban un peligro para la futura hegemonía rusa sobre el Imperio otomano. La política de Pablo seguía en esto la línea de su madre; su hombre de confianza, Rostopčin, que dirigía de hecho la política exterior rusa, elaboró un plan para la futura repartición de Turquía junto con Austria y Francia [10].

Pablo renovó frente a Inglaterra la «neutralidad armada», es decir, la protección de la navegación de los neutrales, reforzando aún más las disposiciones [11]. Como respuesta al intento de Bonaparte de derrotar definitivamente a Inglaterra en Egipto, Pablo envió una formación de cosacos a la India. No puede justificarse en modo alguno el último giro tomado por la política exterior de Pablo: Rusia no tenía ninguna necesidad de intervenir en los conflictos europeos mientras no hubiesen cambiado fundamentalmente las relaciones de la Europa central. La política mediterránea no afectaba a ningún interés vital; por el contrario, el comercio con Inglaterra fue durante mucho tiempo de importancia decisiva para el progreso económico del Imperio. La destrucción de la flota danesa por Nelson delante de Copenhagen (1801) aceleró al parecer la decisión de los conjurados de destronar o suprimir como fuera al Zar.

b) La época de Alejandro I

El nieto de Catalina, a quien ésta había destinado a grandes cosas, accedió al trono en 1801. Este gobernante inteligente y amable representaba como ningún otro noble de su época el romanticismo político retórico, halagador y, en el fondo, falto de compromisos. Sus ideas las guardó para sí mismo; tenía siempre palabras amables para todos y, sin embargo, siguió siendo el autócrata que no estaba dispuesto a ceder en lo más mínimo sus poderes. No es casual que no exista una biografía amplia sobre este Zar [12]. Sólo una persona, Arakčeev, mantuvo con él relaciones estrechas. Este cortesano, cuya despótica brutalidad resulta proverbial, era el encargado de fortalecer la presión de la autoridad sobre una sociedad inquieta o crítica [13].

Alejandro se había unido a la conspiración en contra de su padre, puesto que «el bienestar público no desempeñaba ningún papel en la dirección de los asuntos del Estado», como él había

escrito ya en 1797; por ello consideraba que el camino más acertado era una «revolución» por parte del «poder legal» que asegurara una «constitución» con «representantes del poder». Constitución significaba para el Zar tan sólo principios claros de administración y organización que, evidentemente, no limitasen las prerrogativas del soberano. Debía existir un ordenamiento jurídico sólido como base para las relaciones entre los ciudadanos —lógicamente sólo los libres— y la autoridad. El soberano autócrata aún no estaba totalmente dominado por los privilegiados: tenía las manos libres para imponer derechos civiles y un ordenamiento unificado de su propia elección. La alternativa no estaba, o al menos no necesariamente, entre autocracia y sistema representativo, sino —y esto lo apreciaron principalmente los contemporáneos— entre la arbitrariedad de unos sátrapas inaccesibles judicialmente y una legalidad obligatoria para todos [14]. Pues aunque esta legalidad —inspirada en ejemplos occidentales de la época— fuera formal y nada tradicional, sin embargo su influencia en las condiciones del Imperio y también de los siervos de la gleba debía ser beneficiosa en tanto en que establecía unas normas. La constitución del Imperio se había anquilosado; era necesario que aquellos que debían estar al servicio del bien común adquirieran formación y conocimientos positivos. Por ello Novisil'cev, uno de los más jóvenes consejeros del Zar, propuso ya en 1801 que se retirara de su puesto en la representación de los nobles a todos aquellos que no supieran ni leer ni escribir y que no tuvieran idea de los deberes contraídos por un noble. La nobleza como estamento social no sería eficaz mientras no tuviera una responsabilidad política propia. Reforma desde arriba significaba, en las condiciones existentes, una administración efectiva y justa, que indicara a cada estamento su lugar y sus deberes. Inmediatamente se planteó la cuestión de quiénes debían llevar a cabo la reforma, tanto en la ciudad como en el campo.

De la reforma del senado del año 1802 partió la actividad legislativa. El senado no debía ser tan sólo la suprema autoridad ejecutiva, representante del soberano en su ausencia, sino que además debía transformarse en una corporación autorresponsable que garantizara de un modo no claramente definido la constitucionalidad del Estado. De aquí surgió para el Senado la casi inevitable problemática de si debían mantenerse en vigor las leyes existentes frente a los nuevos ucases, es decir, los decretos del Zar, y en qué casos éstos debían aceptarse como fragmentos de un derecho unitario [15]. La tarea más urgente de toda posible reforma era, por tanto, la codificación del derecho existente o el proyecto de un nuevo código, y ello no podía hacerse de golpe.

Toda codificación de los decretos del Zar, en sí contradictorios,

vinculaba posteriormente al Zar y creaba de hecho, a través de un proceso necesariamente sistemático, una estructura legal objetiva que establecía subrepticiamente una «constitución». Por ello los viejos senadores de la época de Catalina se oponían a los consejeros del joven Zar en el llamado «Comité íntimo», un círculo de aristócratas cultos y «modernos»[16]. El lamentable estado de la administración hacía absolutamente necesaria la inmediata reorganización de las instancias superiores. Los Colegios de la época de Pedro el Grande debían renovarse mediante una administración central racionalmente organizada que diera responsabilidades relativamente amplias a sus presidentes. En el ucase de septiembre de 1802 sobre la creación de los ministerios sólo se hablaba, en líneas generales, de la colaboración entre los distintos ministerios, en lugar de un gabinete consultivo y colectivamente responsable, compuesto por los distintos ministros. Un gabinete, en sentido estricto, bajo la dirección de un primer ministro, debería mantener unas relaciones recíprocas de compromiso con respecto al soberano y a una representación de ciudadanos. Se había creado, es cierto, una nuevo órgano de gobierno, pero sin voluntad propia. Mientras se pudo gobernar con disposiciones administrativas, la Administración seguía siendo legislativamente activa; cada ministro estaba subordinado al señor de la ley, al emperador. Sin embargo, cualquier «constitución» tendría que seguir el ejemplo napoleónico, no el inglés, pues aún no se habían dado las condiciones previas para una efectiva división de poderes. Montesquieu y las nuevas teorías sobre el Estado presuponían el absolutismo como creador del derecho moderno, absolutismo que en Rusia era necesario constituir y no delimitar. La reforma jurídica —y ésta debía abarcar los derechos de todos los ciudadanos y, por tanto, afectar a la situación de los siervos— era previa a cualquier reforma estatal y actuaba necesariamente como reforma de las relaciones sociales.

Inmediatamente después de ascender al trono en 1801, el nuevo gobernante creó un órgano de consejeros responsables de la futura legislación, el Consejo Imperial, incluso antes de que se hubieran discutido en el «comité íntimo» los conceptos para la reorganización del Estado[17]. El Consejo Imperial era una institución (*mesto*) del Zar, fundamentalmente abierta, para que éste pudiera ser aconsejado, sin compromiso, por sus «mejores hombres», siguiendo así la línea de la Duma de los boyardos moscovitas, todavía preconstitucional. Según todas las apariencias, el Consejo Imperial debía estudiar principalmente los proyectos más amplios y también las medidas necesarias para mejorar la situación de los campesinos. Sin embargo, no se intentó unificar inmediatamente el Consejo Imperial y el Comité de Ministros ni limi-

tar las tareas del Senado como autoridad independiente de control y como tribuna de casación. Se cruzaron opiniones políticas distintas, a pesar de que los ucases para la reforma del Senado y la fundación de Ministerios datan del mismo día. Puesto que no estaba muy claro hasta qué punto podía oponerse el Senado al Zar por la inadecuación (*neudobstvo*) de los nuevos órganos administrativos, un año más tarde los ministros lograron hacer prevalecer la idea de que el Senado no debía ocuparse de las nuevas leyes a promulgar. Con ello desaparecía el Senado como guardián independiente de una futura «constitución». La burocracia ministerial tomó la iniciativa legal, y el Consejo Imperial, en el que los Ministros tenían voz y voto, asesoraba únicamente los proyectos legales ya existentes y los proponía a la decisión suprema. Y así se hizo hasta 1905 [18].

El ascenso de Mihail Speranskij (1772-1839), hijo de un humilde sacerdote, hasta las más altas dignidades del Imperio nos sirve como ejemplo de que el principio sentado por Pedro el Grande de la posibilidad de acceso a la aristocracia en virtud de los méritos personales no había desaparecido por completo, aunque fuera, como en este caso, pasando por el camino de secretario privado de un importante cortesano [19]. El reformador Speranskij también era consciente de que la autocracia era un hecho que en principio no podía discutirse. Todos los modelos «constitucionales» presuponían unos juristas especializados y una cadena ininterrumpida de autoridades con órganos de control incluso en la administración local. De ahí proviene el famoso proyecto de 1809 de Speranskij sobre la obligatoriedad de la formación universitaria para todo aquel noble que quisiera entrar en el servicio del Estado, y que tanto descontento provocó.

En lugar del Gabinete debían aparecer Colegios consultivos y de control. En el amplio plan de reformas de 1809 de Speranskij formaban éstos una Duma Imperial compuesta por miembros vitalicios de los estamentos libres, los cuales, sin embargo, no debían tener ninguna iniciativa legal: a tal efecto existía el Consejo Imperial como órgano consultivo. La Duma presuponía, si es que no quería seguir siendo un Colegio oligárquico de la nobleza, que pudiera disfrutar de los derechos civiles el número más amplio posible de personas. Puesto que la población urbana apenas revestía importancia, el interés del político se centró en el potencial económico y político de los campesinos, que en algunos lugares ya habían empezado a actuar como comerciantes y empresarios. No interesaba seguir diferenciando entre campesinos libres del Estado y campesinos vinculados a la tierra de su señor. También Alejandro había dispuesto libremente de los terrenos estatales y de los campesinos que en ellos vivían

para hacer donaciones de sus cortesanos; ¿quién se lo podía impedir? No era cuestión sólo de los nobles, sino del propio soberano el considerar a los campesinos como ciudadanos dentro de un proceso de progresiva emancipación. Por ello del proyecto de Speranskij de 1809 se eliminó el artículo según el cual se debía conceder tanto a los campesinos pertenecientes a un señor como a los campesinos del Estado la autonomía administrativa y el derecho de adquirir bienes inmuebles como condición previa para la libertad civil en el sentido de capacidad comercial[20]. Con ello se hubiera establecido la unidad de todos los súbditos y superado una división rígida de clases. La «sociedad civil» de todos los súbditos, fundamentalmente dotada de movilidad en el aspecto social, habría debido ser, también en Rusia, el comienzo del nuevo Estado, en el que se habrían integrado una «administración» efectiva y una auténtica «constitución».

De entre todos los planes de reforma de Speranskij sólo llegó a realizarse la nueva ordenación del Consejo Imperial; este órgano careció, sin embargo, de una auténtica función de control frente a los Ministros; los derechos del Senado eran de todas formas, debido a las limitaciones ya mencionadas, bastante problemáticos. No tuvo éxito el intento de que el Imperio, con un nuevo Zar y un cierto apoyo en la constitución napoleónica, tendiera hacia un despotismo ilustrado. El Zar no quería, y resultaba imposible sacar de debajo de las piedras una clase media culta y capaz de regir el Estado. El ordenamiento corporativo de las clases se oponía, y no sólo por el problema de los campesinos, a las tendencias de la sociedad burguesa en la que podían correr parejas la confirmación en el servicio público, la iniciativa privada y la relevancia social. Sin embargo, esto hubiera tenido cabida dentro del concepto de Estado de Pedro el Grande. En la caída de Speranskij en el año 1812 desempeñaron un papel importante diferentes intrigas. El propio Zar ordenó la vigilancia policial de su Ministro.

c) Alejandro y Napoleón

La subida al trono de Alejandro coincidió casi con una capitulación en política exterior. Tras la victoriosa batalla de Copenhague, la flota inglesa se dirigió, al mando de Nelson, hacia Petersburgo. El Zar, temiendo que no hubiera llegado a tiempo al almirantazgo inglés la noticia de su coronación, suspendió rápidamente la «neutralidad armada», cuyo único resultado fuera la dura derrota sufrida por Dinamarca. Ya no se insistía en la ordenación del derecho marítimo; en este asunto Inglaterra hizo prevalecer su concepción del derecho de presa y con ello también

la casi ilimitada guerra comercial que también resultaba gravosa para el comercio de ultramar, tan importante para el Imperio ruso [21]. Pablo había supervalorado sus posibilidades políticas; el Imperio no podía intervenir en cada una de las partes contrincantes o mantenerse apartado a voluntad. Los preliminares del tratado de paz de Amiens (1802) hacían temer que ambos enemigos, Napoleón y Pitt, dividieran en campos de intereses no sólo a Europa, sino al mundo entero. Al dudar el Zar durante demasiado tiempo en llevar una política clara contra Napoleón, y al no conseguir además el Ministro de Asuntos Exteriores, Panin, eliminar las rivalidades de ambas potencias centroeuropeas, Austria y Prusia, en la lucha contra la conservación de un bastión centroeuropeo frente a la expansión francesa, Rusia se encontró en la regulación de las cuestiones alemanas en el año 1803 ante unos hechos consumados [22]. Así Alejandro, en lugar de representar el papel de árbitro europeo que determinase decisivamente el destino de Europa con sólo colocar su peso en uno u otro lado de la balanza, se vio obligado a demorar en lo posible la revolución europea con la tercera coalición. La derrota de Austerlitz (diciembre de 1805) determinó, a pesar de una ulterior resistencia de Rusia junto con Prusia, las relaciones entre Alejandro y Napoleón. Rusia no estaba en condiciones de detener la expansión de la Francia imperial sin contar con la colaboración de las dos potencias centroeuropeas. La política inglesa estaba esencialmente dirigida a aprovechar el compromiso de las potencias continentales para hacer prevalecer por completo su concepto de potencia marítima y derecho de corso. Por otra parte, Alejandro, en sus negociaciones con Napoleón y al firmar el tratado de paz de Tilsit (julio de 1807), no supo valorar correctamente los fines secretos de su interlocutor. Él confiaba en poder llegar a un acuerdo con el Emperador francés sobre la división del Imperio otomano; los proyectos de repartición suelen fallar al discutirse los puntos estratégicos, y así sucedió en esta ocasión, como más tarde entre Hitler y Molotov, en noviembre de 1940, en torno a Constantinopla y los Dardanelos. Mientras no colaborase Inglaterra parecía vano todo enfrentamiento con las potencias rectoras. A la integridad moral de su rey debe Suecia la pérdida de Finlandia, su territorio de reclutamiento más importante, cuya conquista emprendió Alejandro en el año 1808. Dentro de la autocracia, a los habitantes del país integrado en el Imperio ruso como «gran ducado de Finlandia» se les concedió un *status* constitucional, y ello no precisamente por la admiración del Zar hacia una forma moderna de gobierno estatal, sino porque Speranskij quería salvaguardar la administración racional de Finlandia, como ejemplo para una futura reforma administrativa del Imperio. La descon-

fianza rusa seguía viva debido no sólo a los proyectos de división de Turquía, sino también a la política poco clara de Napoleón con respecto a los polacos, que, reunidos en el antiguo territorio prusiano formando el «gran ducado de Varsovia», tenían una actitud amenazadora bajo la autoridad nominal del rey de Sajonia y no habían perdido sus aspiraciones sobre las regiones orientales de la antigua república aristocrática. El tratado de Tilsit nunca fue popular; y aunque algunos barcos americanos mantenían desde Petersburgo en cierta medida el comercio con Inglaterra, los magnates exportadores de trigo sintieron los efectos del bloqueo continental[23].

Napoleón ya había roto demasiados lazos como para poder impedir la guerra, cuando el Zar firmó en 1812 la paz con Turquía y poco después un tratado con Suecia. Los flancos rusos estaban, así, asegurados.

Sólo existía una forma de ganar una guerra contra el gigantesco Imperio: con los medios de la revolución concebida como guerra de liberación. Y esto no sólo no se intentó en el año 1941, sino tampoco en el año 1812. ¿Qué es lo que impedía al Emperador francés proclamar la emancipación de los siervos de la gleba rusos sino su consideración a los señores polacos de su corte? Naturalmente al iniciarse la invasión de las tropas revolucionarias no faltaron las esperanzas de que las cosas cambiaran[24], pero —como en el caso de la invasión hitleriana— la resistencia y la oposición del pueblo comenzó cuando comprobó que los extranjeros tampoco tenían la intención de mejorar nada.

Dos grandes escritores, Tolstoi y Stendhal, han narrado la historia de esta guerra de 1812 y sus peripecias; a esto no es necesario añadir nada más. No se ha podido aclarar quién incendió Moscú: una inmensa cantidad de casas de madera abandonadas por las autoridades arde casi por sí sola cuando se han descubierto las reservas de licor. El Zar se negó rotundamente a parlamentar con el enemigo mientras existiese un solo soldado extranjero en suelo ruso: él mismo insistió en que incluso después de la liberación se llevaría la guerra a Europa; de otra forma no sería posible conseguir una paz duradera. La gran campaña de las «guerras de liberación» trajo consigo un gigantesco aumento de poder al Imperio de los zares; la anexión de toda Polonia y en el mejor de los casos también de la Galitzia austríaca hubiera significado la conversión de Rusia en el poder absoluto de la Europa central. Metternich y Castlereagh se opusieron a esta nueva ampliación y arriesgaron una nueva guerra que sólo el regreso de Napoleón de la isla de Elba logró impedir[25].

La Santa Alianza, concebida por el Zar como un manifiesto sentimental de fraternalismo cristiano y redactada de nuevo por

Metternich como un programa político antirrevolucionario, parecía abrir una nueva época de coexistencia entre las potencias caracterizadas por la conservación del orden legítimo con el fin de suprimir la «úlcera de la revolución» (Metternich). En una tristemente famosa memoria un emisario ruso invitó en 1819 a que se investigara la situación de las universidades alemanas en la lucha contra las *Burschenschaften,* asociaciones estudiantiles fundadas en Jena en 1815 para fomentar el sentimiento nacionalista [26]. La unidad de los príncipes fue puesta a prueba por el levantamiento griego que parecía llevar al Zar, como protector de los cristianos sometidos al poder turco, a un conflicto insoluble. La conquista de la mayor parte de Polonia, una vez derrotado el Gran Ducado de Poznán y la importante fortaleza de Torún en Prusia, planteó importantes problemas.

d) El fin del reinado de Alejandro y el sistema de Nicolás I.

Una importante consecuencia de la marcha del ejército ruso por Europa fue el contacto de los jóvenes oficiales de mentalidad abierta con las formas de vida de Occidente. Mas, tras la costosa guerra, que costó al pueblo un duro tributo de sangre, la vida siguió como hasta entonces: los campesinos movilizados no fueron puestos en libertad; en lugar de esto el odiado Arakčeev tomó el poder en el país. Sin embargo, a los polacos que habían luchado mientras pudieron al lado de Napoleón se les concedió una constitución con parlamento bicameral, una amplia autonomía administrativa y un ejército propio; a los rusos se les denegó todo esto. Tras la victoria de la contrarrevolución o Restauración surgió en toda Europa una oposición política con planteamientos y actuaciones conspiradoras, a ejemplo de los *carbonari* italianos. En Polonia esta oposición culminó, bajo la influencia de las revoluciones de 1830, en un levantamiento que acabó, tras numerosas luchas en las que se sucedieron los éxitos y los fracasos, debido a la ausencia de ayuda extranjera, en una derrota que puso fin a la especial situación de Polonia, con lo que se quedó reducida la influencia polaca y católica en la parte occidental de la verdadera Rusia, en el antiguo Gran Ducado de Lituania [27].

En el propio Imperio se reunieron en diversos centros y bajo la influencia del movimiento europeo grupos de jóvenes oficiales de la guardia que formulaban proyectos para la transformación social y política del Imperio.

Por un lado se proponía el ejemplo americano, que defendía un grupo petersburgués con el plan de una monarquía constitucional y una división federativa ciertamente artificial del Impe-

rio, para lograr así eficacia en la administración y la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos. Un censo muy elevado se ocuparía de que tan sólo pudieran acceder a las dos Cámaras de representación nacional personas preparadas. La oligarquía parecía ser la única forma posible de vida constitucional.

Frente a esto, Pestel', el dirigente del «grupo meridional», es decir, del círculo conspirador de Ucrania, proponía un proyecto de autocracia socialrevolucionaria. Pestel', enérgico nacionalista ruso y enemigo de toda transformación federativa —sólo los polacos debían obtener cierta independencia y los judíos debían ser rechazados hacia Turquía—, creía poder convertir la sociedad en una comunidad de iguales con la única ayuda de un poder ilimitado. Durante el largo período de tiempo que se precisaría para educar al pueblo debían ser los jefes revolucionarios los que conservasen el poder, entre los cuales debía ser el que moralmente fuera más íntegro quien ostentase la autoridad policíaca suprema. (El proyecto de Pestel' no se publicó hasta 1906, por lo que no pudo tener influencia alguna en la evolución de la teoría del poder revolucionario.) Se basaba en una utopía agraria enemiga de las grandes ciudades y de la separación del hombre de la tierra, que en parte recuerda a las ideas de Babeuf. Según la teoría de Pestel', la tierra del Imperio debía dividirse en dos mitades, entregando a cada ciudadano —fuera cual fuese su profesión— una posesión inalienable, mientras que la otra mitad correspondería a los campesinos para su aprovechamiento [28]. Ambos modelos nos muestran, cada uno desde un ángulo diferente, el dilema del movimiento revolucionario ruso: el problema de la educación del pueblo como condición previa para el progreso social, así como la problemática de este progreso bajo el panorama de pauperismo de la sociedad occidental.

No vamos a entrar aquí en los detalles de la fallida conspiración de los decembristas, ni tampoco en las primitivas relaciones paneslavas [29]. A los oficiales de la guardia les faltó decisión cuando en diciembre de 1825, y debido a la muerte del Zar y a la inseguridad en la sucesión, se les ofreció una oportunidad difícil de repetir para lanzarse al ataque. El hecho de que el documento de la renuncia al trono de su hermano menor Constantino, gobernador de Polonia, a favor de Nicolás, tercer hijo de Pablo I, se considerara en cierto modo secreto de Estado o testamento privado, como si esta decisión no afectara en absoluto a la opinión pública, nos demuestra hasta qué punto Alejandro, a pesar de toda su aparente modernidad, pensaba como un primitivo autócrata moscovita. A ello se debe la confusión debida al juramento de las tropas a raíz de la noticia de la inesperada muerte de Alejandro en al lejana Taganrog; en la capital se amotinaron algu-

nas unidades de la guardia. El punto neurálgico de toda autocracia es la crisis de lealtad que se produce ante el cambio de gobernante: en este caso tuvo ella misma la culpa.

También Nicolás I (1825-1855), de forma similar a Pedro el Grande, se encontró al llegar al poder ante un Estado profundamente transformado [30]. Su primera tarea parecía consistir en reinstaurar la calma y mantener el orden necesario. A partir de José II todos los gobernantes del despotismo ilustrado utilizaron una y otra vez a la policía política como instrumento encargado no sólo de la vigilancia de los enemigos políticos —así sucedió tanto en Moscú como en la Rusia de Pedro el Grande—, sino también como medio de información independiente sobre la situación del país y el funcionamiento de la administración; la *Polizey* formaba parte esencial del bienestar público. Tras la insurrección de parte de la guardia, el nuevo soberano no se sentía suficientemente protegido por sus súbditos más fieles. Las autoridades tradicionales del poder político estaban corrompidas o no se podía confiar en ellas. La Tercera Sección, recién creada, de la Cancillería Privada del Zar ha pasado a la historia como el terror de los intelectuales [31]. La persecución de las personas que caían en desgracia y también de los adeptos a sectas peligrosas para el Estado se posponía a menudo a extensos y fidedignos informes sobre anomalías institucionales o sociales. Durante su primer año de gobierno, Nicolás encargó al escritor Puškin que dirigiera la educación del pueblo. Al parecer éste no concedió al asunto la importancia que se merecía; en cualquier caso no aceptó la proposición.

Gran parte de la clase culta rusa estaba relacionada familiar o amistosamente con los «decembristas» ejecutados o exiliados. Al principio, tras la catástrofe de 1825, los confundidos intelectuales no sabían qué actitud tomar. El «Estado» y la «Cultura» se separaron. El Zar le dijo a Puškin que Rusia no estaba aún preparada para una constitución, pero que tampoco era un bloque monolítico, lo único que la mantenía unida era la autocracia.

El Estado seguía siendo el empresario más importante. Sin embargo, no se preocupó de dirigir personalmente la explotación industrial de las aletargadas fuerzas productoras [32]. En 1816, el entonces gran duque Nicolás había pedido a Robert Owen, socialista inglés, que se trasladara a Rusia con sus cooperativas fabriles, pudiendo llevar consigo tantos trabajadores como quisiera. El proyecto no se llegó a realizar. El Estado no sólo no impidió que surgiera un capital independiente, sino que incluso llegó a depender de él. En este aspecto su comportamiento fue «liberal» a pesar de que apenas existían las bases para un liberalismo económico, es decir, una burguesía como clase media económica, con

influencia en las cuestiones públicas. Es cierto que algunos comerciantes y campesinos del Estado consiguieron a veces con el comercio fortunas considerables; sin embargo, debido a la ausencia casi absòluta de un sistema de créditos no impulsaron las necesarias inversiones. El Banco nobiliario intentó detener, aunque sin éxito, la creciente ruina de los endeudados terratenientes; sin embargo, este estamento, que no realizaba ninguna actividad económica, agotó casi por completo los créditos disponibles. El erario público empobrecía cada vez más en relación con el producto social en lento desarrollo ante la creciente devaluación de la moneda. Aunque los comerciantes del país habían logrado acumular un cierto capital, sin embargo no lo invertían. Nicolás persiguió tenazmente a los viejos creyentes de cualquier denominación y por ello los comerciantes, en su mayoría viejos creyentes, prefirieron atesorar su dinero [33].

En la época de Nicolás, así como en la de sus predecesores, la administración debía haberse adecuado a las necesidades de una sociedad que empezaba a pasar lentamente a la división del trabajo. Pero puesto que nunca existió una buena base para la autonomía administrativa, el sistema de burocracia centralizada dominó toda la vida social. Es cierto que hubo gobernadores eficaces, pero al no contar con medios propios, su capacidad de iniciativa resultaba siempre muy limitada. Desde siempre las autoridades locales habían gozado de una capacidad mínima de decisión, pues se desconfiaba de su rectitud y competencia; los dirigentes creían que unas nuevas autoridades lograrían un control más efectivo. En la administración de la justicia se manifestó de forma especial que la burocracia de los procedimientos había llegado a formas funestas [34]. El hecho de que se «perdieran» cargamentos completos de actas en su camino a instancias superiores inmediatas, en la mayoría de los casos tuvo seguramente causas demasiado claras, pero también pudo ser, en ciertos casos, expresión del patente desconcierto general. El erario público no disponía de una cantidad suficiente de dinero para impartir la educación necesaria ni siquiera para pagar adecuadamente a los numerosos secretarios, etc. Era tal la situación de éstos que a menudo tenían que vivir en el despacho y alternar sus salidas, pues a veces compartían entre varios un único abrigo y un par de zapatos [35]. El dinero de los sobornos únicamente daba para no morir de hambre, sobre todo tras la devaluación del papel-moneda. Era necesario un profundo impulso que pusiera en movimiento el sistema político.

e) La política exterior en la época de Nicolás I

Rusia, en su expansión hacia el este y el sudeste, se amparó en la tranquilidad europea de la época de la solidaridad de las potencias conservadoras orientales. Gracias principalmente al esfuerzo del gobernador general Speranskij, desterrado primero, mas en seguida perdonado, Siberia fue desarrollándose poco a poco hasta convertirse en una potencia económica digna de tenerse en cuenta, debido ello también a su campesinado libre y a menudo rico[36]. Para la opinión pública Siberia, debido a los decembristas allí desterrados, pasó de ser una colonia de castigo a un «país de la libertad», en el que, lejos de los controles burocráticos, los espíritus emprendedores podían respirar más libremente. No se prosiguió en la idea de llegar más allá del Pacífico, hasta las costas de California, ni en la ocupación temporal de las islas Hawai, aún bajo el gobierno de Alejandro —entre otras cosas debido a las enormes etapas de aprovisionamiento—, pero las posiciones de Alaska se mantuvieron hasta 1867. El océano Pacífico no era aún campo de rivalidades políticas[37].

El avance hacia Asia central, es decir, hacia zonas de diferente estructura étnica, que posteriormente se denominaron conjuntamente Turquestán, surgió del continuo peligro existente en el flanco sudoriental, en el Volga y el río Ural, debido a las hordas nómadas, fundamentalmente las de los kazakos, llamados erróneamente kirguises.

Gracias a una serie de conflictos armados con el Imperio del Sha, el Imperio del Zar se apoderó en 1828 de ciertas regiones de Armenia con Eriván y una parte de Azerbaiján (Azerbajdžan), pero diferentes pueblos caucasianos que combatían por su fe opusieron una tenaz resistencia hasta llegar a la guerra de Crimea. La continua guerra en el Cáucaso costaba dinero y hombres y arrancaba del producto nacional ruso mucho más de lo que creían los contemporáneos. La lucha en el Cáucaso era a la vez el escenario oriental de la continua disputa por la hegemonía en el Oriente Próximo y ante todo por el control sobre el Imperio otomano[38]. Al negarse el Sultán a aceptar una solución elaborada por las grandes potencias —excepto Austria— para Grecia, el Zar se sintió obligado a declarar la guerra a Turquía en abril de 1828. Con la paz de Adrianópolis (septiembre de 1829) Rusia consiguió todo el delta del Danubio —logro importante para el control de la navegación—, así como algunas zonas de la Transcaucasia. La «cuestión oriental» ocupaba a la opinión pública europea en la pugna por conseguir el control sobre los estrechos. En principio el tratado de 1841, según el cual quedaba prohibido el paso de todos los buques de guerra de las naciones extranjeras, parecía

haber resuelto el problema, al menos mientras todas las grandes potencias siguieran interesadas en la integridad del Imperio otomano [39].

En la guerra de Crimea (1835-1856) Rusia se enfrentó a todas las potencias europeas, excepto Prusia; ya los contemporáneos percibieron que esta guerra no sólo representaba un giro de grandes consecuencias por el empleo masivo de moderno material de guerra (buques, tanques, etc.) y las sangrientas guerras de trincheras, sino ante todo la gran batalla de las ideologías, del pensamiento liberal frente al despotismo reaccionario. Aún no han concluido las disquisiciones en torno a las múltiples tensiones que finalmente —con una sobreexcitación que no se tomó jamás completamente en serio, de las cartas diplomáticas cruzadas entre los representantes inglés y ruso en la Sublime Puerta (Turquía)— provocaron el estallido de la guerra [40].

A mediados del siglo se produjo una transición hacia el pensamiento nacionalista, correspondiente a una ilimitada política expansiva de las grandes potencias. Al parecer la ayuda que Rusia prestó para sofocar el levantamiento húngaro (1849) otorgó al Zar ruso una posición hegemónica entre las potencias europeas. Con ello, sin embargo, se despertó en la corte vienesa una especie de «frustración»; el prestigio de Austria debía, por tanto, recuperarse bajo nuevos auspicios, con una nueva política independiente, es decir, no precisamente amistosa con Rusia. De cualquier forma ya resultaba imposible aclarar la desconcertante situación con un congreso internacional. De este modo, todas las potencias se vieron envueltas en esta guerra en la que tan funesta resultó la oscura política del Gabinete londinense bajo la dirección de Aberdeen. Si bien el bloqueo económico británico repercutió durante largo tiempo en las finanzas estatales rusas, el rápido fin de la guerra impidió, sin embargo, que llegaran a realizarse los objetivos que se había propuesto el nuevo Gabinete Palmerston (restauración de Polonia, devolución de Finlandia a Suecia y de Georgia y Crimea a Turquía).

La situación de Rusia en la lucha contra las potencias marítimas aliadas era difícil: todas las costas tenían que estar a la defensiva. Además del mar Negro también el mar Báltico podía haberse convertido en un peligroso escenario bélico si Suecia no hubiera desoído las reiteradas ofertas de las potencias occidentales. También sufrió Kamčatka algunos ataques —aunque sin éxito— desde el mar Glacial Artico. Sobre todo fue la ambigua posición de Austria la que contuvo el fuerte potencial ruso: Viena intentó en este caso poner bajo su control la totalidad del territorio rumano, en parte como contrapeso contra la levantisca Hungría. El encuentro decisivo se desarrolló en Crimea. La dirección

del ejército ruso estaba muy planificada, pero finalmente las grandes pérdidas de material, imposibles de reponer sin un sistema de transporte adecuado, quebrantaron la resistencia de los rusos. Una gigantesca potencia continental como Rusia no podía llevar una guerra moderna sin contar previamente con una red ferroviaria desarrollada.

La paz de París de 1856 neutralizó el mar Negro para todos los barcos de guerra —resolución que sólo afectaba a Rusia— y obligó a que el Imperio se retirara de la desembocadura del Danubio (que desde 1866 formó parte de Rumania)[41], pero por lo demás Rusia permaneció intacta. A pesar de toda la propaganda anterior de las potencias occidentales, no se intentó siquiera agravar las diferencias nacionales del Imperio. Por ello, al margen de alguna pequeña ayuda durante la guerra, los rebeldes del Cáucaso quedaron abandonados a su propia suerte[42]; el Imperio consiguió someter en varias campañas a los pueblos de las montañas que vivían en libertad, excepto a aquellos que prefirieron emigrar a Turquía, como fue el caso de los circasianos.

III. *En el camino de la transformación*

a) Nuevas perspectivas

Nicolás murió en marzo de 1855: su Imperio estaba derrumbado y privado de su deseo de luchar por la supervivencia. Todas las esperanzas se cifraron en el joven zar Alejandro II (1855-1881). «Emigración interior», éstas son las palabras que mejor describen la situación de la sociedad culta que tenía que contar con una política cultural restrictiva y con una censura nada sagaz. En aquel entonces, como ahora en la Unión Soviética, se distribuían bajo cuerda importantes manifiestos; tras la ejecución de los cinco decembristas ninguna otra persona perdió la vida durante el reinado de Nicolás I.

El desinterés por la política no fue sólo una consecuencia de las limitaciones impuestas por el Estado. En la medida en que los interesados en la vida cultural han logrado informarse sobre los debates entre los conjurados de 1825 han comprobado cuán difíciles eran los problemas con que se enfrentaba el Imperio. No sólo en Rusia el romanticismo significaba la superación de los dilemas de la razón práctica. La visión de un futuro mejor se manifestaba más directamente en la meditación filosófica. El noble que concebía una existencia feliz para toda la humanidad podía subsanar en cierto modo la injusticia librando de la prestación personal de sus campesinos. Los jóvenes nobles no conocían ni

a Kant ni a Aristóteles; su filosofar se centraba de un modo romántico y poco serio en torno al esfuerzo hegeliano sobre el concepto. ¿Qué podía estar más cerca de eso que el paso a las teorías de los socialistas franceses, cuando la lógica hegeliana sobre el mundo, vista desde fuera, se manifiesta únicamente como algo pensado y concebible? (No es, por tanto, casual que ya en 1846 recibiera Marx en Bruselas la visita de algunos jóvenes rusos). En cuanto hubiese desaparecido la metafísica y se reconociese al hombre exclusivamente como un ser de la naturaleza, la historia de la humanidad podría concebirse como parte de la historia de la naturaleza; el camino hacia el «naturalismo» estaba libre. Los llamados «occidentalistas», entre ellos Aleksandr Herzen y Mihail Bakunin, siguieron este camino [1].

Pero en Rusia existía además otra forma de romanticismo que perseguía, en la exaltación de la conciencia de las tradiciones y peculiaridades populares, un pensamiento conservador que no derivaba de Pedro el Grande y de su racionalidad. Los eslavófilos se debatían entre el espíritu romántico y la filosofía de la historia hegeliana. En su vaga esperanza en un futuro mejor inventaron formas específicamente rusas de organización política que suprimirían o evitarían las contradicciones de la sociedad europea occidental. Después de 1848 los eslavófilos se fueron identificando cada vez más con el nacionalismo expansionista, siendo entendida la unidad de los eslavos no ya desde el punto de vista religioso, sino, sobre todo, biológico [2].

El descubrimiento de la comunidad agraria rusa resultó eficaz para ambos grupos. El espíritu colectivista campesino, tal y como se manifestaba en la organización rural, aparecía como célula de un primitivo esquema social superior al espíritu de adquisición y a la secularización de las costumbres populares occidentales. A partir de aquí el pensamiento ruso podría interpretarse, por un lado, como una gran fuerza conservadora y, por otro, como el portador de un socialismo ruso latente, que en algún momento podía movilizarse de forma revolucionaria. Ya antes de 1848 Herzen y Bakunin cifraron su interés en el campesino ruso y se radicalizaron en un rechazo, fundamentado esencialmente en motivos estéticos, de las formas de vida de la burguesía occidental. Durante mucho tiempo el movimiento revolucionario en Rusia siguió siendo en esencia una ideología, es decir, una teoría sin una praxis económica y social inmediata. De entre todos los teóricos competentes ninguno se ocupó independientemente de la situación en el campo ruso, y menos aún vivió entre los campesinos ni los conoció de cerca. Los bienintencionados pensadores del Imperio, y no sólo los emigrantes radicales, concebían el desmoronamiento del antiguo orden como un hecho casual. Ante

todo era necesaria la emancipación de los siervos como deber moral inmediato de la sociedad y como necesidad económica. Parecía que la opinión pública y el gobierno podían llegar a converger.

b) La época de las reformas

Nicolás también se enfrentó al problema moral de la servidumbre, si bien no se sentía lo suficientemente independiente frente a su nobleza como para atreverse a atacar el problema de un modo autocrático. Por otra parte, desde 1848, el miedo al contagio revolucionario le impidió cambiar la situación social. Mientras tanto, entre 1840 y 1850 se había regulado ya por medio de una reforma la situación de los siervos fiscales, aproximadamente la mitad de la población. Esta reforma establecía sus contribuciones y les ofrecía, a pesar de ciertas tutelas superiores, cierto margen para sus iniciativas económicas [3]. La guerra de Crimea había demostrado que las guerras modernas no pueden hacerse sin una movilización general. Mientras el Estado no pudiera disponer libremente de una parte esencial del potencial humano —precisamente de los siervos de la gleba— el ejército dispuesto a intervenir tenía que estar compuesto en su mayor parte de soldados de oficio con largos años de servicio (veinticinco años); la obligatoriedad general del servicio militar exigía la igualación legal de los ciudadanos.

Poco a poco fue disminuyendo la inclusión de los siervos de la gleba como inventario vivo de la finca: el final lógico llegó con la compilación de leyes de 1857 (*Svod zakonov*), en la que el siervo de la gleba únicamente aparece cuando su señor sufre un castigo por haber arrojado a la calle a su siervo como mendigo, entorpeciendo así el orden público. El señor no podía librarse a su voluntad de sus siervos cuando en casos de malas cosechas así lo creyese oportuno, tanto menos porque en la siguiente ocasión los necesitaría de nuevo y no era fácil conseguir mano de obra libre. La nobleza, debido a la lejanía de los mercados, no disponía siempre de dinero en metálico. Casi todos los señores vivían por encima de sus posibilidades reales: las tierras estaban cargadas de deudas, gran parte de los siervos empeñados en el Banco nobiliario, el mercado para las mercancías era limitado, de forma que el estamento aristocrático como tal iba empobreciéndose cada vez más, sobre todo a partir del momento en que no se pudo seguir vendiendo a los campesinos en el mercado libre sin su parte correspondiente de terreno.

En aquellos casos en que se llevaba una economía y una administración propias resultaba casi imposible, debido a la mezcla y a

las exigencias del campo, la modernización del cultivo por amelgas trienales. Las propiedades rurales empobrecían, el suelo estaba agotado, pues debido a las malas cosechas no se podía mantener suficiente ganado ni para abono ni para utilizarlo como animales de tiro. Mientras que en 1770 el rendimiento era de 5 : 1, en 1860 en grandes zonas sólo era de 2,5 : 1. Además, las malas cosechas dejaban sentir sus terribles consecuencias durante varios años. La oposición, tantas veces criticada, de los campesinos frente a las innovaciones técnicas no carecía de fundamento: el cultivo por amelgas trienales mantenía unas inversiones tan bajas que podía justamente enfrentarse a los riesgos del clima. El campo estaba relativamente superpoblado, el período de vegetación era corto; los trabajos del campo exigían en ciertas épocas mucha mano de obra que posteriormente, durante largos meses, apenas tenía nada que hacer [4].

En el caso de haciendas minúsculas, en las que a menudo el campesino trabajaba toda la tierra y ambos, señor y siervo, vivían juntos en una cabaña, no había beneficio alguno. También las gigantescas posesiones de las familias de magnates vivían casi exclusivamente de los impuestos pagados por los ciudadanos que, cuantos más siervos tuviera el magnate, menos gravosos resultaban individualmente. En el norte, en las zonas auténticamente boscosas, donde no merecía la pena practicar una agricultura extensiva, los campesinos trabajaban generalmente como vendedores ambulantes, cocheros, etc., y pagaban también sus impuestos.

Dentro del estamento de los campesinos se había impuesto ya hacía mucho tiempo la diferenciación social: no sólo el que trabajaba poco, sino también aquel a quien se le moría el ganado, el granizo le estropeaba el trigo o no tenía hijos —al que, por tanto, le correspondía menos tierra— no podía superar por sus propios medios su desgracia. Entonces se ofrecía, con lo que aún le quedaba, a un campesino más rico en una especie de servidumbre tutelar (*dol'nik*), en el mejor de los casos como oprimido hijo político. A tal punto había llegado la situación de los campesinos en el siglo XIX antes de la reforma agraria: la población había aumentado, se repartieron las propiedades, disminuyendo así su tamaño y el capital disponible. No podían aumentarse esencialmente las prestaciones: había que tomar como límite máximo 1,5 hectáreas por *tjaglo*. La rentabilidad de una finca dependía de la proximidad del mercado y de la productividad alcanzada por cada *tjaglo*. Por ello el terreno de labranza no aumentó en las zonas de antiguos asentamientos a costa del terreno de los campesinos; más bien se incluían en los límites de demarcación, en caso de necesidad, prados comunes (*vygon'*), y en caso de existir, también los bosquecillos. Pronto quedaron agotadas las reservas de terreno.

Las cargas tributarias de los campesinos no estaban en modo alguno reguladas; individualmente apenas puede determinarse si excedía a la subida general de precios. Los campesinos del Estado y también los siervos de la gleba consiguieron reunir en algunas ocasiones considerables fortunas trabajando como artesanos o comerciantes. Sin embargo, invertir su capital abiertamente podía resultar arriesgado para ellos si su señor se encontraba escaso de dinero, y debido a la errónea estructura jurídica ocurrió aquí, como en el caso de los comerciantes «viejos creyentes», que gran parte del capital nacional se acumuló, resultando así infructuoso [5].

Los campesinos se sublevaban constantemente; sin embargo, no puede afirmarse que se diera antes de la reforma una «situación revolucionaria» (Lenin) que obligara al gobierno a intervenir en el último momento. Muchos nobles con ideas propias sobre economía querían librarse de la obligación de cultivar determinados productos y de sus campesinos descontentos. Todas las teorías sobre la reforma agraria debían partir de las consideraciones siguientes: según el derecho vigente, las relaciones entre siervo y señor correspondían al derecho privado. Había que convencer, pues, a los señores para que firmaran con sus campesinos contratos privados para su emancipación. Sin embargo —y esto se había aprendido de la emancipación de campesinos de otros lugares—, los campesinos no podían ser liberados sin contar antes con una parcela que pudieran explotar ellos mismos. El campo debía seguir siendo propiedad del señor, pero al campesino se le debía garantizar al emanciparse, previo pago, el derecho al usufructo de forma duradera del terreno de que había dispuesto hasta entonces. No obstante, no pudo mantenerse este axioma del que partía la comisión preparatoria de la reforma, pues muchos señores o bien no disponían de ningún terreno o tenían muy poco o muy poco aprovechable y, por tanto, si perdían la parcela de los campesinos se quedaban por debajo de las condiciones vitales mínimas. Pero que ellos la conservaran significaba expropiar totalmente a sus campesinos. Había que llegar a una solución.

«Nobleza» y «campesinado» eran conceptos no sólo sociales, sino, y ante todo, fiscales. La pequeña nobleza era socialmente tan parasitaria como una parte de los campesinos que, según conceptos occidentales, pertenecían a las «clases bajas». ¿Qué lugar podían ocupar en una sociedad preindustrial? Al dejar de existir las dependencias y seguridades tradicionales —en caso de absoluta necesidad el siervo robaba al señor lo que necesitaba urgentemente— apareció el pauperismo. El incremento de los estratos más bajos debido a las reformas agrarias fue en los estados alemanes previo a la industrialización, que no robó hombres al

campo, sino que se sirvió de la población excedente. Al parecer —teniendo en cuenta las condiciones climatológicas— ya no era posible crear en Rusia una capacidad alimenticia suficiente para la población de todos los estratos; más tarde hablaremos de la emigración a Siberia. De todas formas, con la emancipación desaparecieron las prohibiciones de casamiento y las limitaciones a la división de las familias.

Así pues, los campesinos no pudieron conseguir todo el terreno utilizado por ellos; se determinaron para cada gobierno o distrito unas normas de repartición concretas que, desgraciadamente, pronto dejaron de ser respetadas, debido a las opiniones de la nobleza local. A cambio de estas parcelas los campesinos debían entregar al Estado, tras un cierto período de tiempo, una gran parte del dinero que éste había prestado a los señores como capital para que pudieran levantar su propia economía. En el caso de los campesinos que realizaban prestaciones y pagaban impuestos, se capitalizaron ambas cosas y en la misma medida se capitalizó el trabajo de quienes eran puestos en libertad. No podemos describir aquí cada una de las modalidades seguidas: en cualquier caso, ninguna de las dos partes estaba satisfecha. El gobierno tuvo miedo de endeudarse, tras la carga financiera que había supuesto la Guerra de Crimea, en el mercado internacional de capitales, con el fin de hacerse cargo personalmente de los compromisos de los campesinos liberados. En cualquier caso, a falta de una clase media acomodada, los campesinos del Estado hubiesen tenido que reunir de todos modos la mayor parte de estas sumas.

El decreto del 19 de abril de 1861 sobre la emancipación de los campesinos no tuvo el efecto esperado. Dada la situación legal existente y el criterio de mantener el mayor número posible de existencias, esta reforma no fue totalmente negativa. Durante la primavera y el verano de este año se desencadenaron múltiples disturbios campesinos. La opinión pública se había equivocado en sus esperanzas: de forma absurda, a partir de 1858 quedaron prohibidos en la prensa los debates sobre la reforma agraria. De otra forma se habría puesto de manifiesto que el margen de posibles soluciones no era grande, y más aún, que casi ninguno de los periodistas poseía un juicio fundado sobre la situación y las condiciones reales en el campo ni sobre las exigencias económicas. En las sesiones que se celebraban para tratar el tema de la reforma agraria en los Consejos de la Nobleza de los distintos gobiernos se habían presentado y elevado a los órganos competentes del gobierno algunos proyectos y exigencias de participación responsable de los representantes de la nobleza rural o de otros estamentos. Alejandro reaccionó con fuerza: el autócrata

podía reunir a sus consejeros si le parecía oportuno, pero no estaba dispuesto a aceptar las exigencias de sus subordinados, aunque éstos en un principio solamente pensaran en juntas consultivas [6].

Sin embargo, el continuo incremento de las tareas administrativas obligó a que se delegaran ciertas funciones en los órganos autónomos de los gobiernos o distritos. En 1864 se introdujeron los *Zemstva* (plural de *zemstvo*), representación elegida de la nobleza, los ciudadanos y los campesinos, en la que si bien la dirección correspondía al primer grupo mencionado, no debía haber ningún estamento con preponderancia. Dichos órganos se responsabilizaron de la construcción de carreteras, la cuestión sanitaria y las escuelas populares (más tarde en rivalidad con las escuelas del clero) [7]. Muchas personas bienintencionadas vieron aquí un campo de actividad práctica; podían así desarrollar una serie de iniciativas sociales independientemente del permiso de la superioridad. Mas enseguida la reacción política delimitó de nuevo el campo de acción; los *Zemstva* no disponían más que de los delimitados medios que proporcionaba la contribución de los diversos estamentos. Sin embargo, muchos miembros de la oposición se refugiaron en ella como maestros o médicos. (Las estadísticas de los *Zemstva* facilitaron a finales de siglo el material para el necesario análisis de la situación rural; tampoco Lenin hubiera podido escribir su libro sobre el capitalismo en Rusia si no se hubiera basado en estos estudios.)

No menos importante fue la reforma de la justicia realizada en 1864, que ordenaba la tosca y corrupta justicia en el sentido de una organización judicial progresista con jueces inamovibles, jurados independientes y un estamento autónomo de abogados. Un grupo de juristas entendidos en la materia prepararon una reforma; para ello aprovecharon un decreto muy poco preciso del Zar a fin de tomar, en contra de sus intenciones, como base de la reforma las más modernas leyes de la justicia de Occidente [8]. Mientras que el resto de las instituciones rusas iba a la zaga del espíritu de solidaridad del pueblo, aquí ocurría más bien lo contrario: los campesinos que actuaban como miembros del jurado absolvían generalmente a los campesinos acusados, etc. En parte estaban justificadas algunas de las limitaciones posteriores que sufrió la reforma de la justicia; de todas formas siguió existiendo la detención administrativa y el destierro, que parece inevitable con la aparición del terrorismo (compárese con la actual Irlanda del Norte).

Pero dada la especial situación en la Rusia de 1860 no hubiera resultado difícil encaminar a Rusia poco a poco hacia la constitución [9]. Resulta imposible organizar una sociedad basada cada

vez más en la división del trabajo tan sólo con una burocracia autocrática. Mientras tanto las universidades se habían abierto a círculos más amplios; las primeras «personas de otros estamentos» capacitadas empezaron a entrar en ellas, especialmente los hijos de los eclesiásticos que no querían seguir las actividades de sus padres. Con la ruptura con la práctica de la Iglesia estatal, en la mayoría de estos espíritus se produjo un alejamiento de la propia religión. Los jóvenes iban casi en peregrinación a la universidad para que allí les confirmaran sus concepciones del materialismo naturalista. A los hijos de los popes se añadieron los descendientes de los pequeños funcionarios y los comerciantes, e incluso algunos campesinos libres de Siberia. Nada seguía uniendo a estos estudiantes —que tenían un conocimiento, al parecer irrebatible, de la auténtica realidad— con el orden existente y sus representantes. El Estado tampoco quería ni estaba en condiciones de ofrecer a los miembros de esta nueva *intelligencija* [10], que se autodenominaba «el proletariado pensante», puestos de trabajo en el servicio público. Algunos jóvenes científicos pudieron establecerse, en parte, como médicos. Otros entraron en el periodismo, que por aquel entonces difundía en algunas revistas mensuales radicales las nuevas teorías de la salvación en un lenguaje «esópico» con claves «científicas» para evitar la censura. Con toda naturalidad se afirmaba que las ciencias naturales habían resuelto de una vez para siempre los problemas de la vida, de forma que sus resulstados podían trasladarse a la sociedad, cuyas leyes debían constituir. Así se podría, creían ellos, liberar al mundo campesino de su errónea conciencia religiosa y, por último, tomar en sus propias manos la dirección de la revolución. El intelectual, que no se alimentaba del trabajo de sus manos, podía saldar su deuda con el pueblo trabajador haciendo que su actividad resultara provechosa socialmente, transmitiendo los necesarios conocimientos revolucionarios. La fe en la ciencia —casi una nueva religión— se convirtió para los rusos en la forma popular de apropiación de la tradición cultural europea. Donde el empirismo no frena la imaginación, ésta se inclina hacia el radicalismo más desenfrenado. Se anunciaba el «nihilismo»; sin embargo, aún no estaba claro si el auténtico egoísmo coincidía con el interés bien entendido de todos [11].

Después de 1861 la intranquilidad se hizo patente de forma desconcertante en múltiples proclamas, organizaciones secretas (Obručev, que más tarde sería jefe de Estado Mayor, simpatizó, siendo aún teniente, con uno de estos grupos conspiradores). Desde el exilio Aleksandr Herzen criticó en su revista ilegal *Kolokol* —que era introducida en todas las cancillerías ministeriales— todos los acontecimientos y al parecer dirigió entre bastidores el

levantamiento polaco de los años 1862 y 1863. Evidentemente, la oposición era general y apenas palpable. Cuando en 1866 un estudiante atentó contra la vida del Zar, la autocracia ya había adoptado una postura claramente defensiva. No obstante, aún se llevaron a cabo otras dos importantes reformas. A partir de 1870 se modernizó poco a poco la administración urbana, concediéndole una cierta independencia basada en la elección del censo; sin embargo, la policía siguió dependiendo directamente del Estado. De forma similar a como sucedió al principio en Prusia, la ordenación urbana resultó excesiva para las ciudades más pequeñas; faltaban candidatos adecuados en los centros provinciales. Por el contrario, en Moscú pronto algunos enérgicos jefes municipales intentaron y lograron imponerse a los gobernadores generales. A finales de siglo —con el impulso industrial y el aumento de médicos y abogados también en las ciudades intermedias— esta amplia planificación, a pesar de algunas restricciones, dio sus frutos e influyó en la misma medida que los *Zemstva* en el fortalecimiento del espíritu colectivo.

Mas como ya hemos apuntado anteriormente, como consecuencia inmediata de la guerra y de forma complementaria a la emancipación de los siervos, resultaron inevitables ciertas reformas militares. Aún en 1862 el ejército ruso no podía ser aumentado en épocas de guerra en más de un 25 por 100 de las fuerzas existentes en tiempos de paz. Además de la reducción del número de oficiales y la profunda renovación en la formación de éstos, Dimitri A. Miljutin, importante ministro de la guerra, implantó en 1874, tras largas luchas, la obligatoriedad del servicio militar. Así quedaba abolida la exención de la nobleza del servicio militar concedida en la Carta de 1785. Todo hombre tenía que servir en principio seis años, si bien es cierto que los graduados universitarios sólo tenían que estar seis meses bajo la bandera, los de una Escuela Superior dos años, etc. También en Rusia la obligatoriedad del servicio militar resultó a la larga beneficiosa para la formación de una conciencia colectiva. Dado que la carrera militar —si bien se diferenciaba entre la guardia, por un lado, y los regimientos normales, por otro— estaba abierta a todo hombre capaz, fueron muchos los hijos de suboficiales que ascendieron a puestos superiores, de forma semejante a como ocurrió en el Imperio de los Habsburgo [12].

c) La autocracia a la defensiva

La reforma del Imperio quedó detenida a mitad de camino, si bien éste nunca se vio amenazado en su totalidad. Una vez acalladas las rebeliones campesinas de 1861 no había por qué temer una rebelión seria en el sentido de una revolución social. La oposición de los jóvenes estudiantes resultó vana mientras no conmovió profundamente los instrumentos de poder del Estado: ejército, policía y burocracia. A la cabeza se hallaban hombres inadecuados: a Miljutin le costó grandes esfuerzos imponerse; la comisión redactora de la reforma agraria apenas pudo mantenerse firme en sus prudentes principios frente a la oposición de sus posteriores presidentes. No es que no hubiera gente capaz, pero a Alejandro le faltaba interés por los asuntos gubernamentales como para sustraerse a la influencia de la corte nobiliaria. Esta seguía concibiendo el Imperio como dominio suyo. Poco más tarde en Japón las reformas básicas partieron de algunos miembros inteligentes de la alta nobleza [13].

Reforma y reacción no estaban separadas, sino que durante algunos años se sobrepusieron. No debe menospreciarse la influencia que tuvo en el cambio la insurrección polaca de 1861-1863. La política del nuevo Zar tendía a la conciliación, pero sin embargo permaneció inaccesible en lo que respecta a la concesión de los perdidos derechos constitucionales. Gracias al desarrollo de la industria y al crecimiento de una clase media culta, cuyo origen era la pequeña nobleza, la Polonia rusa estaba sufriendo una transformación más rápida que el propio Imperio.

La nobleza polaca estaba en parte muy interesada en llegar a un arreglo con Rusia. Debido a los debates sobre la reforma agraria de 1861 también tuvo que examinarse en Polonia la situación legal de los campesinos sujetos a la gleba. Mientras que la nobleza terrateniente, aunque dubitativa e insegura, trataba en su mayoría de encontrar una solución pacífica, en las ciudades, sin embargo, los radicales, en parte estudiantes, defendían el principio de la conflagración permanente. Los dos campos de emigración polaca, los blancos y los rojos, se encontraron en la patria. En cierta medida los enfrentamientos con el ejército ruso fueron provocados por las publicaciones nacionales en unión con la Iglesia católica, mientras que el marqués Wielopolski, tras algunas discusiones, conseguía en 1863 del Zar, en su calidad de jefe de la administración civil, importantes concesiones en la Polonia del Congreso: un gobierno propio, una organización escolar polaca, una universidad polaca. Intentó, aunque inútilmente, adelantarse al levantamiento planeado en enero de 1863 valiéndose de una importante acción de reclutamiento. En esta ocasión no se libra-

ron, como en 1831, grandes batallas, puesto que los polacos no contaban ni con soldados preparados ni con una dirección militar efectiva; los rusos, teniendo en cuenta la opinión pública occidental, actuaron con precaución. Pero mientras que no interviniera activamente en favor de Polonia ninguna de las potencias de la repartición —y sólo podía contarse con Austria, puesto que Prusia se había ofrecido en la Convención de Alvensleben para perseguir a los insurrectos—, únicamente una guerra europea general podría aliviar a los polacos. La corte rusa dudó durante mucho tiempo en intervenir con dureza; mas la decisión de los blancos de participar en la primavera de 1863 en la insurrección parecía indicar que la política de equilibrio no era nada fructífera. La publicación de los atentados contra las tropas rusas hizo que también la opinión pública liberal rusa se enfrentara a Polonia [14]. La pasividad de los campesinos polacos colaboró en el fracaso del levantamiento. Los rojos tardaron demasiado tiempo en anunciar que el terreno de los señores utilizado por los campesinos había pasado a sus manos. A partir de 1864 una reforma campesina radical, en la que no se protegía a la nobleza, ganó en ciertos aspectos a los campesinos en favor del gobierno del Zar. Pero la identidad entre la Iglesia católica y Polonia, así como la rusificación de la política escolar, mantuvieron despierta durante decenios, también entre los campesinos, la conciencia de su identidad nacional [15].

En las zonas occidentales, es decir, Lituania y Bielorrusia, sólo participaron en el levantamiento, además de algunos sacerdotes, unos pocos cientos de campesinos del Estado católicos; aquí se contuvo la influencia de la nobleza católica polaca valiéndose de las expropiaciones. En el *hinterland* ruso, por ejemplo en Kazán, los estudiantes polacos intentaron provocar, con la ayuda de compañeros rusos, algunos motines y sublevaciones. Una organización de conspiradores, *Zemlja i volja* (Tierra y libertad), debía apoyar los esfuerzos polacos. Bakunin planeó un desembarco con algunos voluntarios en Lituania y quiso exhortar a los finlandeses al levantamiento.

Los movimientos estudiantiles, el levantamiento polaco con sus conexiones en Rusia, todo ello parecía indicar la existencia de una potente y secreta organización internacional. Por aquel entonces se creyó que el atentado de Karakozov contra el Zar había sido la obra de un individuo, pero el estudiante estaba vinculado a un pequeño grupo revolucionario [16]. Por otra parte, después de que en 1864 se condenara al destierro, en un proceso no precisamente legal, al influyente periodista Černysevskij, precursor del materialismo estético y político, y de que los restantes periódicos radicales hubiesen sido suprimidos en parte por la censura y en

parte por el desgaste producido por las contradicciones de su ideología materialista-nihilista, la oposición radical había quedado reprimida. Pisarev, brillante profeta del nihilismo, se ahogó en 1868 a la edad de veintiocho años [17]. Mencionaremos también a Nečaev y a su grupo de conspiradores, quienes desacreditaron por completo el programa del «Grupo de los años 60» [18].

A las universidades llegaban nuevos grupos. También las muchachas intentaron emanciparse y encontrar su propio camino en la vida. De las dos nietas del general Schubert, uno de los fundadores de la agrimensura rusa, una, que durante algún tiempo fue amiga de Dostoyevski, colaboró y luchó en la Comuna de París, mientras que la otra, Sonia Kovalevskaia, después de estudiar en Heidelberg, se convirtió en catedrático de matemáticas de Estocolmo. No fueron ellas las únicas: el espíritu revolucionario de los años 70 está caracterizado especialmente por la irrupción de la mujer. Puesto que tampoco se las admitía, como en Rusia, en las universidades de otros países, muchas se fueron a estudiar a Suiza [19]. Ya con anterioridad se habían dado algunos exilios voluntarios, pero la emigración no se convirtió hasta principios de los años 70 en la fuerza motriz del movimiento en el país. En los comienzos de esta nueva época existieron tristes divergencias. Bakunin, el héroe de la revolución europea de 1848, el mártir de las fortalezas y del encarcelamiento en Siberia, el luchador por la libertad política, estuvo desacreditado durante algún tiempo por su relación con Nečaev. Seguía predicando, como siempre, el levantamiento del pueblo que destruiría de un golpe todo el aparato estatal para así fundar la federación de comunas agrícolas libres. Para él el campesino era el hombre verdadero, pues no estaba preso en las cadenas de la división del trabajo y de la propiedad privada. Bakunin estaba muy próximo a la antropología del joven Marx, quien más tarde, absorbido por la crítica del capitalismo, se olvidó del objetivo originario de su pensamiento, el restablecimiento del hombre total dentro de la sociedad comunista, volviendo sobre ello tan sólo ocasionalmente (*Crítica del Programa de Gotha*). La lucha entre Bakunin y Marx en la I Internacional nos interesa sólo en la medida en que la escisión dentro de la emigración rusa en Ginebra afectó a la relación entre estas dos grandes figuras. Por lo demás, Bakunin señaló claramente en su crítica a Marx de 1873 el punto débil de éste, precisamente el problema de la clase dirigente en la época de la dictadura del proletariado. Bakunin actuó más como instigador que como teórico, principalmente porque no se resolvió a desarrollar ningún tipo de teoría de la organización [20].

Lavrov, adversario de Bakunin y antiguo oficial que en 1870 logró huir desde el destierro a Suiza, descubrió una contradicción

esencial en el concepto de Bakunin: por una parte, un elemento conspirador, es decir, elitista; por la otra, el anarquismo como programa de la unión voluntaria de personas libres: Lavrov consideraba que, en aquel momento, la revolución, incluso en el caso poco probable de que triunfara, era una forma errónea de hacerse con el poder: por ello creía que la minoría con ideas revolucionarias debía, en principio, preparar el camino del cambio llevando a cabo una amplia educación del pueblo. Pero Lavrov, aunque se apoyó en gran medida en la imagen de la socialdemocracia alemana, siguió siendo un anarquista que sólo veía «en el mayor desarrollo posible, tanto de la autonomía personal como social, la garantía de la felicidad futura de la humanidad» [21].

Tras la decadencia del nihilismo surgieron nuevos criterios para la juventud. Los estudiantes se encontraron en Petersburgo con jóvenes campesinos que, debido a la difícil situación del campo, afluían a las fábricas que habían surgido en el puerto de la capital [22]. Se comenzó con una educación elemental en las escuelas dominicales y de ahí se pasó a la crítica de la situación social. El joven príncipe Kropotkin, perteneciente a una de las más importantes familias rusas, que ya había conseguido logros asombrosos como geólogo, tuvo una gran importancia e influencia entre los profesores. La policía tuvo conocimiento de sus actividades y Kropotkin huyó al extranjero, para convertirse finalmente, como teórico del anarquismo pacífico, en una de las grandes figuras del movimiento obrero internacional. Jóvenes nobles, hijos de popes y judíos trabajaban juntos en su gran empresa común.

Continuamente se intentaba hacer propaganda clandestina en pequeños círculos; sin embargo, era evidente que aun contando con la mejor voluntad de los obreros fabriles que volvían cada año a sus tierras para recoger la cosecha, la semilla no podía dar fruto sino a lo largo de muchos decenios. Así, en la primavera de 1874 la juventud, principalmente en Petersburgo, pero también en otras ciudades universitarias, se dispuso a «acercarse al pueblo». Jóvenes inexpertos querían predicar a los campesinos la revolución; pero la mayoría de los que les escuchaban desconfiaban de los señoritos, que al parecer pretendían llevarles de nuevo a la penumbra. Además los gendarmes de los pueblos notaron enseguida lo que pasaba y cientos de ellos fueron apresados y encerrados durante años en la cárcel en espera de juicio, y, por último, acusados en 1877 y 1878 en dos procesos monstruos (con 193 y 50 acusados, respectivamente) [23]. Algunos conjurados intentaron atraerse a los campesinos y sacarlos de su reserva recurriendo a trucos. Cuando, debido a los derechos de cultivo de la tierra se produjeron algunas revueltas entre los campesinos del Estado en las proximidades de Kiev, se repartieron unos manifiestos según

los cuales el Zar había prometido en 1861 la total exención de todos los impuestos, y que, sin embargo, las autoridades y los nobles no hacían nada más que ocultar y suprimir la verdad. También en otros lugares surgieron falsos «manifiestos dorados» y falsos grandes duques. Los campesinos sólo podían ser llevados a la rebelión, en el sentido en que la entendía Bakunin, a través del engaño.

Los obreros de las ciudades estaban más dispuestos a desarrollar una actividad política. Pronto se difundieron noticias del movimiento obrero europeo, en gran parte debido a algunos artesanos que habían trabajado en Europa o América. En Rusia aún resultaba más difícil que en Occidente delimitar el concepto de proletariado: entre los obreros especializados, que en general sabían leer y escribir y que desde muy pronto supieron lo que valían y lo que podían lograr recurriendo a la huelga, y los campesinos «negros», es decir, sin formación, que aún estaban adscritos a la gleba y que en su pueblo natal tenían que pagar impuestos, había una gran diferencia. Al parecer las asociaciones ilegales de obreros, principalmente en Petersburgo y Odesa, estaban exclusivamente compuestas por obreros especializados.

En general los estudiantes de 1874 no pudieron permanecer en el campo el tiempo suficiente como para comprender los profundos cambios de la estructura agraria después de la reforma. De ella hablaremos más tarde. Pero algunos escritores, como Uspenskij, describieron en unos escritos llenos de vida la penetración del pensamiento capitalista en el pueblo y la destrucción de la estructura de la comunidad rural. El socialismo campesino ruso como imagen del futuro orden universal, tal y como lo anunciaron Herzen y Bakunin, que veían en esto la misión del pueblo ruso, se hallaba en peligro de ser superado y dominado por la moderna división del trabajo y la producción de mercado. La teoría de Lavrov de formar desde el pueblo, durante un largo período de preparación, los cuadros para el futuro cambio revolucionario sucumbió bajo la presión del tiempo. La revolución debía ser impuesta por la fuerza antes de que quedaran destruidas sus condiciones previas. Puesto que el mundo económico burgués aún no se había establecido por completo, puesto que una gran parte de los ideólogos, estudiantes pertenecientes a familias de pequeños funcionarios o popes, no se ocuparon directamente de la moderna economía y sus teorías; por eso, Marx no tuvo en aquellos momentos —excepto como crítico académico del lejano capitalismo— ninguna actualidad inmediata.

La evolución de los años 1877-1881, la época de los atentados espectaculares, puede concebirse, exagerando un poco, como una

carrera contra el inminente destino del capitalismo y la civilización. Para muchos estaba claro que la existencia tradicional del campesino ruso no era en modo alguno ideal y que no sólo estaba determinada por la pobreza, sino también por la brutalidad y la superstición. Uspenskij señaló cómo cualquier innovación civilizadora aliviaría la difícil suerte del campesino.

La juventud revolucionaria comenzó a discrepar en sus objetivos: algunos intentaron introducirse en la vida rural para desencadenar allí el terror campesino, es decir, los ataques coordinados de los campesinos contra las propiedades de los señores como principio de un levantamiento popular general. Queda en tela de juicio hasta qué punto tuvieron éxito estos «campesinos advenedizos»; continuamente había incendios y asesinatos. Mas según los informes oficiales de la policía se trataba de acciones espontáneas, sin que existieran agitadores exteriores.

Frente a éstos estaba el grupo *Narodnaja Volja* (Libertad o Voluntad del pueblo); tan sólo algunos de sus miembros, en especial Morozov, intentaban promover el terror como medio de actividad política, mientras que la mayoría sólo lo concebía como el medio extremo de autodefensa frente a la superioridad de la policía. Sin embargo, pronto se borraron las diferencias; entonces se decía que el terror dirigido debía «destruir las 10 ó 15 columnas del gobierno actual, despertar el pánico en el gobierno, arrebatarle la posibilidad de actuación centralizada y poner a las masas populares en movimiento» [24]. La lucha por las libertades políticas ocupó el lugar de la utopía anarquista: mediante el terror debían conseguirse a la fuerza los derechos democráticos fundamentales y una representación general del pueblo, como condición previa para el cambio social. Un grupo de conjurados, en el que se encontraban, además de jóvenes estudiantes de ambos sexos, muchos hijos de campesinos, dirigieron con enorme valor esta sangrienta lucha, especialmente contra los altos funcionarios. Durante cierto tiempo tuvieron incluso un representante en el centro de la policía secreta. Pero sus filas se veían continuamente disminuidas por las detenciones.

El verdadero objetivo, que provocaría grandes conmociones en el orden establecido, fue desde 1879 el atentado contra el Zar. El día 1 de mayo de 1881 se logró el golpe; pero, en contra de toda suposición, todo quedó como estaba [25]. Los centros de la conspiración fueron rápidamente diezmados; sólo un núcleo consiguió mantenerse unido y durante algún tiempo logró seguir editando su revista ilegal. Aunque los social-revolucionarios, como se llamaban a sí mismos (no populistas, *narodniki*), se separaron del jacobinismo o blanquismo de un pequeño grupo en el exilio,

bajo Tkačëv, sin embargo, dadas las condiciones en que se movían, era imposible conseguir una base amplia de militantes. En el campo, la sobrecogedora masa de necesitados resultaba inaccesible [26].

El hecho de que un pequeño grupo de gente decidida —parecida, por ejemplo, a los actuales tupamaros— pudiera conmover a un Imperio tan gigantesco preocupó no sólo a la opinión pública rusa. Sin embargo, los autores de los atentados podían contar con la simpatía de las personas cultas, incluso durante los juicios. La estructura política existente se enfrentaba al individuo tan sólo como burocracia todopoderosa. A pesar de la guerra recientemente sufrida, se adolecía de un sentimiento nacional. El poder estaba aislado socialmente.

El Zar ya había sido consciente de esta situación en 1879. Al ministro del Interior, Loris-Melikov, dotado de unos poderes casi dictatoriales, se le había encargado, por una parte, aniquilar el terrorismo, mas, por otra, intentar por medio de una «dictadura del corazón» que la sociedad se identificara más con el Estado. En las Comisiones deliberantes debían reunirse los representantes nombrados por el Zar —o también elegidos— de los *Zemstva* y de las ciudades para aconsejar sobre las cuestiones decisivas, y en especial sobre la reforma agraria y la reforma fiscal. Por lo demás no se manifestó ninguna buena voluntad con respecto a la opinión pública, por ejemplo en la enojosa cuestión de la censura. Mientras tanto se había encontrado un camino viable: antes que nada, aliviar las cargas del hombre del pueblo para atraer a los expertos de los *Zemstva* a la reforma del Estado. Sin embargo, todos estos planes sucumbieron en las semanas posteriores a la muerte del Zar [27]. Pobedonoscev, preceptor del nuevo zar Alejandro III, logró imponerse en los Consejos de Ministros. Este escéptico conservador intentó por todos los medios frenar el camino fatal de la historia, que aparecía señalado por la Ilustración y la civilización [28]. A mi entender en aquella época eran consideradas más urgentes las reformas económicas que las libertades políticas por los intelectuales que afirmaban poder hablar en nombre del pueblo.

Mas el reinado de Alejandro III (1881-1894) trajo consigo, en comparación con los últimos años del reinado de su padre, una época de relativa paz, tanto interior como exterior. La revolución parecía ahogada y la prensa enmudecida. El gobierno volvía a disponer de un campo de acción, pero no lo aprovechó. Ante todo intentó apoyarse de nuevo en la nobleza como clase social, tal y como se deduce del hecho de encomendar amplias funciones de control sobre las *Zemstva* y las comunidades rurales a los principales nobles terratenientes. Es decir, la estructura política del

país se mantenía apartada de los cambios sociales reales y el estamento social en decadencia fue conservado como apoyo del Estado [29].

d) Transformaciones sociales tras las reformas

Si no se logró un modelo de pacificación ideal de la situación campesina, ello no fue sólo debido a la reducción de las parcelas asignadas a cada campesino en las leyes agrarias. En primer lugar, con la emancipación de los siervos de la gleba debía haberse emprendido una reforma fiscal a pesar de la ya mencionada problemática existente. (Bunge, que fue más tarde Ministro de Finanzas, propuso introducir, en lugar del impuesto personal, un impuesto sobre las propiedades rurales y a ser posible también un impuesto industrial urbano.) Sin embargo, aún faltaba una clase media con capital móvil, así como unas altas finanzas nacionales que hubieran podido soportar una parte esencial de los gravámenes públicos y ante todo hubiesen podido alimentar un sistema crediticio nacional efectivo y eficaz. En la fase de transición, el Ministro de Hacienda, Conde Reutern, quiso proteger a la nobleza y trató de prolongar su exención de impuestos. Fue a partir de 1880 cuando el impuesto personal fue amortizado con un fraccionamiento. Los antiguos siervos de la gleba tenían que satisfacer, además del impuesto personal, el pago por su liberación; con este fin debían determinarse de nuevo las parcelas y las obligaciones. Los campesinos no pudieron prever los futuros gravámenes, y tampoco las autoridades. Los pagos debían quedar claramente normalizados; los expertos de las comisiones presuponían que ello iría precedido de una lenta devaluación monetaria y que las indemnizaciones pagadas por los campesinos aminorarían correspondientemente. Pero el rublo se estabilizó; y los compromisos parecían insospechadamente elevados. Por esta razón fueron cerrándose cada vez menos contratos voluntarios entre campesinos y señores, tal y como preveía la reforma. Por fin, en 1881, estas liberaciones tuvieron un carácter obligatorio. El Estado se ocupó personalmente —aunque ya era demasiado tarde— de la obra de ordenación, contradiciendo así la premisa de la reforma agraria, según la cual sólo cabía ayudar en una situación de derecho privado. Los campesinos esperaron durante mucho tiempo una solución mejor, la auténtica libertad, es decir, la concesión de todo el terreno en el que hasta entonces habían trabajado sin necesidad de ningún tipo de indemnización. Al menos intentaron retrasar la conversión de la prestación personal en impuestos —ésta era la condición previa para toda capitalización de los derechos

del terreno que se le escapaban al señor—, pues a pesar de todo la prestación personal, aun realizada de mala gana, sobre todo una vez desaparecidos los medios coercitivos de los señores, seguía siendo mejor que la entrega de su escaso dinero en metálico.

Los campesinos se retrasaban y demoraban cada vez más sus obligaciones. ¿Qué significado tenía echar de las tierras a los campesinos insolventes, si lo único que se conseguía era que se convirtieran en una carga para la beneficiencia pública de la *Zemstva* o de la comunidad? Con la división de las grandes familias disminuyó rápidamente la ración alimenticia individual; a esto hay que añadir que la ganadería seguía decreciendo, el suelo empobrecía, los productos de las cosechas disminuían. Además, con la reforma había desaparecido el aprovechamiento del terreno como pastos de rastrojos o boscosos [30].

Poco antes de que se aprobara el texto de la reforma se incluyó aún un párrafo, según el cual los campesinos quedarían inmediatamente en libertad, sin necesidad de pagar indemnización, si sólo pedían una cuarta parte del terreno que les correspondía (parte gratuita). Allí donde se disponía de mucho terreno, por ejemplo en el curso medio del Volga, o en los casos en que bajo un pequeño noble la parte hubiera sido de todas formas demasiado pequeña para vivir de ella, como, por ejemplo, en la región del Poltava, en Ucrania, fueron muchos los campesinos que aprovecharon esta oportunidad. Con ello se liberó y formó un proletariado campesino. Al principio se podía comprar el terreno barato, de forma que esta decisión resultó muy provechosa para una parte de aquellos que aceptaron esta parte gratuita. Si no se tienen en cuenta estas renuncias, más o menos voluntarias, de los campesinos al terreno que les correspondía, se desvirtuará entonces la magnitud de la pérdida de terreno que tuvo el estamento campesino (4,1 por 100).

El campesino siguió, incluso después de su liberación, vinculado a la comunidad rural y a su obligación tributaria colectiva; aún se seguía repartiendo el terreno regularmente entre las «almas» masculinas. El campesino era de derecho un ciudadano, de hecho, sin embargo, no era más que un objeto tributario y sólo como tal era motivo de consideraciones políticas. Hasta 1870 el campesino ni siquiera podía salir de su comunidad —algo similar a lo que ocurre actualmente en los koljoses—; posteriormente tan sólo podía salir de ella tras haber pagado por adelantado a la comunidad la totalidad de su liberación. Por ello no se activó la emigración a Siberia; eran precisamente los más pobres y endeudados los que más deseaban partir; en muchas ocasiones intentaron incluso la huida; pero fue la propia comunidad del pueblo la que por regla general los fue a buscar. Aunque el campesino

satisfacía individualmente el pago de su liberación, sin embargo con ello no adquiría toda su parcela ni la casa donde vivía en propiedad. Mientras no se encontrara a alguien que se hiciera cargo de los atrasos de los demás, la comunidad tenía que satisfacer estos pagos atrasados. De hecho el acreedor se apropiaba de la parte de terreno de sus deudores, pues hasta la fundación del Banco de los campesinos en 1883 sólo se podía obtener dinero de otros campesinos más trabajadores o afortunados. El primer informe policial que habla de unos campesinos que asesinaron a un capitalista del pueblo especialmente hábil data de 1880.

Al Estado le hubiera resultado casi imposible renunciar a la tributación colectiva, pues no existían catastros ni ninguna administración local de impuestos suficientemente efectiva. Pero ni siquiera llegó a pensarse en ello; quizá la comisión propuesta por Loris-Melikov hubiera podido activar estos asuntos. Las comunidades rurales y los más ricos de ellas, que eran los que marcaban el paso, se hicieron cada vez más poderosos con los pagos en efectivos. Ellos extendían los salvaconductos a los temporeros. Es dudoso que los terrenos fueran bien distribuidos. Los campesinos vivían en una zona jurídica autónoma; en la práctica el policía rural era el único que funcionaba como órgano más o menos dudoso de control.

Es difícil calcular hasta qué punto las cantidades pagadas por la liberación —pues en el presupuesto estatal de 1885 no ascendía más que a 1/5 de los ingresos procedentes del monopolio de los licores— contribuyeron a la creciente miseria y al empobrecimiento de los campesinos. Las malas cosechas y el hambre de 1891-1893 tuvieron aún más importancia, pues demostraron además la incapacidad del gobierno para superar situaciones catastróficas. Los retrasos en los pagos de los campesinos aumentaban; el gobierno se fue resignando poco a poco. En 1907 no se habían pagado más que el 50 por 100 de las indemnizaciones debidas en teoría; más tarde se perdonaron el resto de los pagos y los retrasos. Se ha demostrado que debido a la falta de claridad del presupuesto estatal, publicado por primera vez en 1895 (!), los campesinos pagaron mucho más de lo que debían. Fuera como fuese, se pasaron por alto cosas realmente decisivas: el campo debía haber sido desgravado mucho antes. La superpoblación rural ha constituido hasta los últimos decenios el problema básico del país [31].

Los campesinos del Estado se hallaban en una situación totalmente diferente: tenían total derecho al usufructo de toda su parcela, si bien por motivos fiscales permanecían vinculados a la comunidad rural. Sería muy interesante saber cuántos fueron los

empresarios agrícolas y futuros terratenientes campesinos que procedían de sus filas.

Tan sólo parte de las posesiones rurales superaron la reforma. Los fundos más pequeños, en los que no se podía separar la tierra de los campesinos y la del señor sin que esto significara un desastre para ambos, fueron comprados por el Estado, el cual no disponía de suficiente capital ni de previsiones para actuar con mucha más generosidad. Allí donde escaseaba el terreno, los señores conseguían sus rentas inmobiliarias alquilando el terreno por parcelas y a breve plazo a los campesinos, bien a cambio de una renta en dinero, bien a cambio de que trabajaran el resto de los campos de su propiedad. Los reformadores no previeron esta evolución. Así se mantuvieron a flote durante largo tiempo algunas personas de la baja nobleza, si bien ya en 1905 estaba en manos de los campesinos una cuarta parte del terreno privado (es decir, las tierras que no pertenecían a las comunidades rurales, al Estado, etc.). Sólo las grandes propiedades de más de 400 hectáreas pudieron organizar con éxito su economía privada, es decir, que sólo éstas disponían de los medios necesarios para invertir. Arrendamiento o explotación propia dependían de la coyuntura, especialmente en la crisis del año 1890 y siguientes y con precios muy bajos del trigo, durante la que se vendieron muchas fincas. También en las fincas explotadas por sus propietarios se sustituyó muy lentamente el cultivo por amelgas trienales por el régimen de rotación de cosechas; hacia 1900 este segundo sistema se practicaba en menos de la mitad de la tierra cultivada. En el oeste y en Ucrania se logró establecer una explotación más rentable de las fincas debido a que las condiciones del terreno y del mercado eran más favorables; pero también en Ucrania se quedaron reducidas a la mitad las posesiones nobiliarias entre la reforma y la guerra mundial[32]. Puesto que no existen estudios regionales, resulta aún más difícil que en el caso de la fincas explotadas por los campesinos facilitar datos detallados sobre la explotación de estas otras fincas.

La reforma agraria y la industrialización no tenían ningún nexo causal; el proletariado nació de la liberación de los súbditos campesinos, de forma similar a como sucedió en Alemania. En principio no existían condiciones favorables para el desarrollo de una gran industria ligera. El mercado interior era muy limitado debido a la ausencia de una clase media y a la pobreza de los campesinos. Los temporeros del campo eran capaces de satisfacer sus modestas necesidades gracias a su habilidad artesanal y a unos precios tolerables. En la primera mitad del siglo sólo se desarrolló fundamentalmente la industria textil: ésta fue creada por comerciantes moscovitas en los gobiernos situados al nordeste de la

antigua capital. Principalmente fue el tratamiento del algodón el que más impulso recibió, aunque en 1850 sólo contaba con un 10 por 100 de los husos que existían en Inglaterra. La reforma agraria provocó el fin de las empresas que se basaban en el trabajo obligatorio de los llamados «campesinos fabriles». De entonces data la crisis de las instalaciones metalúrgicas de los Urales, independientemente de la competencia inglesa debida a las bajas tarifas aduaneras de las importaciones rusas.

Como en otros países, el principal estímulo para el auge de la industria pesada fue la construcción del ferrocarril. Originariamente había que importar todo el material, debido al bajo nivel de producción de la industria de los Urales: se importó incluso el hierro fundido para las vías. El enorme capital necesario no podía conseguirse en el mercado nacional y tampoco el Estado estaba en condiciones de aportarlo. Este tenía mucho más interés en librar su presupuesto de los déficits en que se hallaba. Por tanto, el capital habría que conseguirlo, en lo posible, con la exportación del trigo. Su vertiginoso aumento (la actividad casi se cuadruplicó durante el período de 1861-1885) evidencia que el consumo interior no aumentaba con arreglo al crecimiento de la población, y que el nivel de vida de los habitantes del campo no aumentó, sino que disminuyó. La industria rusa, como la de todos los países preindustriales, era muy sensible a las crisis de producción. La falta de un estamento nacional de obreros especializados, técnicamente preparados, encarecía la producción. El mercado interior se desarrolló con lentitud y siguió dependiendo del resultado de las cosechas de trigo. El *boom* se inició aproximadamente en 1890 y está relacionado con el nombre del Ministro de Hacienda, Witte [33].

A raíz de la firma del tratado franco-ruso comenzó la ya proverbial afluencia de capital francés, debido en gran parte a la poco inteligente prohibición de Bismarck de contratar un empréstito sobre valores rusos a la Bolsa berlinesa en 1886. La industria pesada se desarrolló en la Ucrania occidental (uno de los centros industriales más importante se llamó Juzovka, por el ingeniero Hughes) esencialmente con dinero francés, pero principalmente con maquinaria y especialistas ingleses. Pronto superó a la industria de los Urales. Y a pesar de que Petersburgo perdió su posición de primera ciudad industrial, también allí se desarrolló la producción: en 1903 albergaba aproximadamente a 120.000 obreros. La Polonia rusa experimentó muy pronto un gran impulso, debido no sólo a la industria textil de Lódź, sino también a las minas de carbón de la parte oriental de la Alta Silesia. Entre 1870 y 1890 se había multiplicado por diez la producción. Las intrigas de los empresarios rusos intentaron una y otra vez

deshacerse de la competencia polaca por medio de tarifas aduaneras preferenciales y manipulaciones en las tarifas ferroviarias. La èxplotación de los campos de nafta de Bakú se debe a un sueco criado en Petersburgo, Nobel.

Si bien en algunos lugares las estepas desiertas se convirtieron en regiones industriales de repulsiva fealdad, normalmente los obreros que afluían a ellas disponían de escuelas, hospitales, etc., y se hallaban mejor instalados que en su anterior y más patriarcal situación y mejor también que lo que estaban en esta misma época en San Petersburgo. Sin embargo, la producción industrial siguió limitada a unas zonas relativamente pequeñas; la mayor parte del país quedó intacta. En la antigua zona de actividad artesanal, el distrito central alrededor de Moscú, en 1900 tan sólo un 4 por 100 de la población trabajaba en las fábricas. Los pequeños productos de uso cotidiano, en parte incluso los textiles, se realizaban artesanalmente, si bien también podía registrarse una cierta concentración de talleres. Cuanto más se extendía un mercado para determinados artículos tanto más influían los compradores y comerciantes sobre las condiciones de producción. El increíble excedente de mano de obra y la concentración de la industria en el sector metalúrgico mantuvieron con vida a la artesanía, de forma similar a como ocurre hoy en el Próximo Oriente.

En 1900 se inició una nueva crisis de superproducción que resultó agravada por la guerra de Japón. Los disturbios de 1905 provocaron un nuevo revés. Hasta 1909 no cambia la situación: una serie de buenas cosechas aumentó la capacidad adquisitiva de los campesinos. Con la reforma agraria de Stolypin aumentó además la necesidad de arados metálicos, etc. Sin embargo, no puede afirmarse que la producción superara al aumento de la población; más bien siguió siendo modesto el incremento de los ingresos per cápita. Sin embargo, la población de las grandes ciudades aumentó rápidamente, sobre todo en un gran número de pequeñas empresas, talleres nuevos, etc., y menos en el sector de los servicios, desde antiguo excesivamente ocupado. Independientemente de las fábricas de armamento, y debido a la dirección restrictiva que quería ver durar esta época de grandes beneficios, la industria pesada siguió muy por debajo de las necesidades del creciente mercado interior. En la época de la depresión se habían formado una serie de consorcios que, incluso en las mejores coyunturas, mantenían baja la producción y altos los precios, de forma que a comienzos de 1914 el gobierno se vio obligado a intervenir. En los casos como, por ejemplo, el de la nafta, en que se habían repartido concesiones o determinadas tarifas aduaneras, etc., podían estar directamente interesados los altos funcionarios. A pesar

de todos los esfuerzos no fue fácil llenar el hueco tecnológico; los especialistas extranjeros eran caros y, por otra parte, no era fácil conseguir obreros especializados rusos. Además la industria rusa, como más tarde la soviética, siguió padeciendo la fluctuación de los obreros, que, al igual que sus antecesores, los artesanos ambulantes, creían que en otra parte podrían encontrar condiciones mejores. Independientemente de las inversiones francesas, inglesas y belgas, la participación alemana en determinados sectores (por ejemplo, la industria eléctrica) aumentó rápidamente. En 1914 aproximadamente un tercio del capital invertido era extranjero, si bien en éste quedaba incluido, en cierta medida, el capital ruso que había sido colocado en el extranjero. La Banca privada rusa surgió a finales del siglo XIX, para más tarde —con un 40 por 100 de capital extranjero en los grandes bancos— florecer rápidamente. Por otra parte, en el último decenio antes de la guerra mundial, un incremento importante del número de ingenieros rusos sustituyó en parte a los técnicos extranjeros [34]. Es cierto que el servicio prestado en lugar del pago de un impuesto no gravó demasiado al país en vías de desarrollo, pero esta carga hubiera podido disminuir pronto en condiciones de paz con el continuo crecimiento del mercado interior y un cierto equilibrio en el mercado exterior.

e) La política exterior en la segunda mitad del siglo XIX

El Imperio ruso salió bastante intacto de las tribulaciones de la Guerra de Crimea. Inglaterra y Austria parecían ser ahora los enemigos principales y por ello el Ministro de Asuntos Exteriores, príncipe Gorčakov, promovió la aproximación a Francia. Napoleón III, como protector de los movimientos nacionales, pudo actuar fácilmente junto con el Zar en la confusa situación de los Balcanes (caída de la dinastía en Serbia en 1858 y unificación de los principados danubianos, formando en 1866 el principado de Rumania frente a la oposición austriaca e inglesa). Rusia mantuvo de nuevo a Austria en jaque en la guerra de 1859 con la marcha de sus tropas a la frontera occidental [35]. Pero la unificación de Italia y la caída de las dinastías legítimas preocupó a la conservadora Petersburgo; la cuestión polaca estaba aún por resolver. La insurrección polaca y el compromiso diplomático entre ambas potencias occidentales en favor de Polonia puso fin a la colaboración con Francia. El interés común de las tres potencias de la partición pareció sobrevivir a todas las fricciones y fijó la política exterior rusa en el punto de partida de 1815. La menor de ellas era Prusia, de cuyo ascenso bajo la dirección de Bismarck

supo aprovecharse el Imperio de los zares mientras no cambió fundamentalmente el orden heredado en el centro de Europa. Todavía no había motivos para intervenir en la guerra germano-danesa de 1864. Sin embargo, la situación tras la guerra relámpago de Prusia contra Austria en 1866 era más amenazadora; Gorčakov planeó una conferencia de paz europea que sancionara el derecho a la ingerencia en los asuntos alemanes de las potencias marginales. Bismarck agotó las posibilidades de evolución del movimiento nacional alemán (« la presión del extranjero sólo nos llevará a ... medidas realmente revolucionarias»); se dejó caer la idea y Prusia obtuvo libertad de acción. El acercamiento entre París y Viena en los años siguientes amenazaba con tocar los intereses rusos en los Balcanes, y obligó a la corte a relacionarse más estrechamente con Prusia, siempre que ésta prometiera no entrometerse en los intereses rusos en el mar Negro. Por otra parte, tras la conciliación austro-húngara de 1867, la corte vienesa protegió a la nobleza polaca en Galitzia; entre otras cosas hizo que en la Universidad de Lvov se impartieran las clases en polaco, y esto en una época en que se habían tomado numerosas medidas para la rusificación de la «zona del Vístula». Durante la guerra franco-prusiana, el poder de Prusia aumentó de tal forma que pronto hubo que olvidar los planes de formar un bloque de países neutrales que actuaran como árbitros. Puesto que Inglaterra se había opuesto enérgicamente a la denuncia de la cláusula decisiva de la Paz de París, el apoyo ilimitado de Prusia resultaba aún más importante. Por ello la política rusa aceptó de antemano la unificación alemana y la anexión de Alsacia y Lorena. Mientras tanto, Francia había sido vencida y trastornada por la revolución —la Comuna despertó esperanzas y temores no sólo entre la juventud radical rusa—, el campo de acción era más limitado y en principio los intereses rusos se habían visto satisfechos, de forma que parecía ya cercana la unión de las tres potencias conservadoras con el centro de gravedad en Berlín [36].

Como compensación a la tranquilidad del escenario europeo se abrieron al Imperio del Zar nuevas y grandes posibilidades de acción en Oriente. La frontera con China fue desplazada hasta el Amur y el Usuri (Tratado de Pekín de 1861) y se aseguraron ciertos privilegios comerciales en Mongolia y en el Turquestán chino. Estos grandes éxitos se debieron al gobernador general Murav'ëv, quien logró imponerse al Ministro de Asuntos Exteriores, que temía nuevas complicaciones. Poco después de la fundación del puerto de Vladivostok («Domina el Oriente») se vendió a los Estados Unidos la península de Alaska, avanzadilla de pasadas penetraciones en el Pacífico (1867) [37]. En la política mundial sin embargo alcanzó mayor resonancia la conquista rusa del Asia

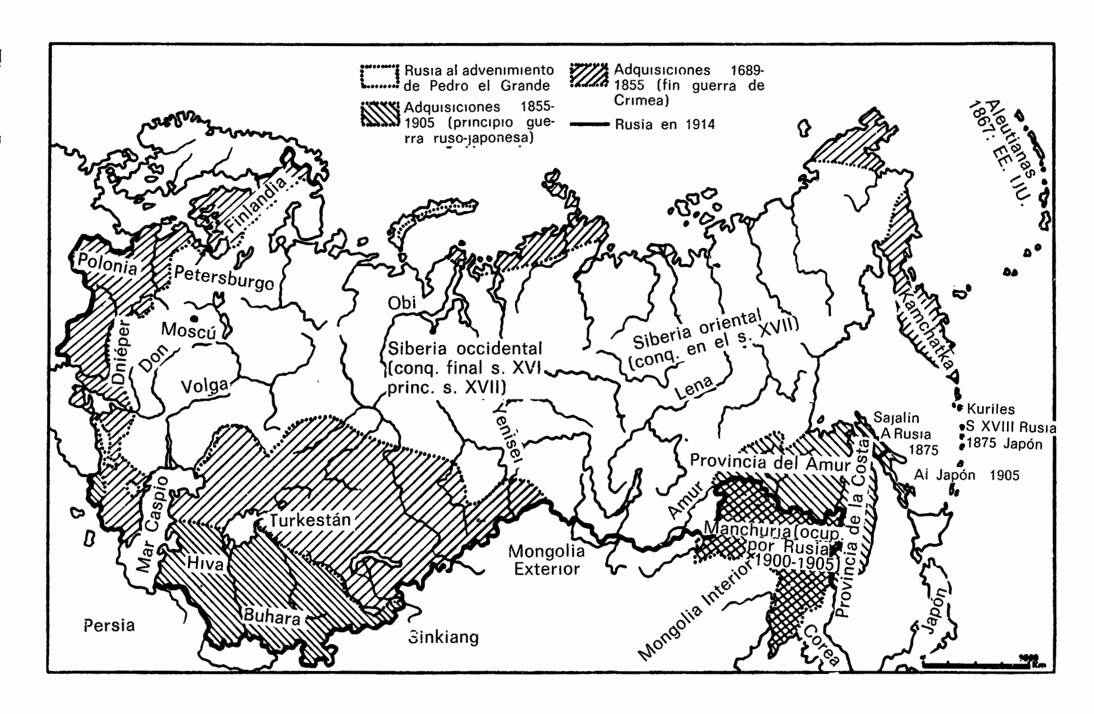


Fig. 7. La expansión territorial del Estado ruso desde Pedro el Grande hasta 1914.

Central, realizada en una serie de sangrientas batallas acontecidas desde 1840 hasta 1880. Estas finalizaron con la sumisión de los turcomanos nómadas. Los motivos económicos no tenían ninguna importancia; lo que estaba en juego era más que nada el afán de gloria militar, encontrándose más de una vez el gobierno establecido en la lejana Petersburgo ante hechos ya consumados. Se había suscitado la desconfianza de Inglaterra; finalmente el Afganistán no cayó bajo influencia rusa y la famosa «amenaza de la India» se convirtió en una consigna política. Al principio la penetración rusa apenas resultó beneficiosa para la población indígena. Los intentos del importante gobernador general Kaufmann de establecer contactos más estrechos entre los rusos y los indígenas por medio de una educación escolar común se quedaron en proyectos de gabinete [38]. El régimen demostró ser esencialmente un régimen colonial. Tras el fortalecimiento de la industria se ordenó que los fértiles campos de los oasis se dedicaran al monocultivo del algodón, lo que resultó funesto para el bienestar de los autóctonos en los continuos períodos de carestía: hace pocos años al autor de este libro le fue mostrado con orgullo en Bujara el primer silo de cereales que permitía el almacenamiento en el propio lugar.

Desde un punto de vista desapasionado la posición rusa en el sur podía considerarse segura, ya que todas las potencias, por sensatez, tenían que estar interesadas en la conservación del Imperio otomano, puesto que no había ninguna política comercial expansiva que despertara intereses especiales. La exportación de trigo desde Ucrania dependía, por lo demás, del mercado mundial.

El paneslavismo nace como forma específicamente rusa de afirmación nacional, determinada por concepciones burguesas del mundo y no por la idea aristocrática del servicio al soberano en un imperio supranacional. Pero si los cristianos no se hubieran levantado en 1875, primero en Herzegovina y más tarde en Serbia y Bulgaria, contra el dominio turco, quizás no hubiera repercutido directamente en la política la intensa propaganda de la nueva ideología desarrollada tanto en la prensa como en distintas agrupaciones. Y aunque ni el Zar ni el Ministro de Asuntos Exteriores apoyaran a los rebeldes, algunos oficiales rusos tomaron el mando y fueron muchos los voluntarios que se unieron a ellos, entre ellos jóvenes revolucionarios que querían adquirir experiencia en la guerra civil. La derrota de los serbios obligó en cierta medida a que Rusia interviniera; ahora ya no se podía abandonar a los eslavos de los Balcanes a su propia suerte [39].

Las grandes potencias intentaron en vano que Turquía realizara ciertas reformas en los Balcanes, y en especial que concediera autonomía a Bulgaria, que era la más afectada. La guerra rusoturca de 1877 y 1878 resultó casi inevitable; las batallas, en par-

te bajo el mando de oficiales rusos que no estuvieron a la altura de las circunstancias, resultaban difíciles y sólo se logró atravesar las montañas de los Balcanes a costa de enormes pérdidas. (De entonces datan las grandes pinturas de Vereščagin, en las que por primera vez se muestran los horrores de la guerra sin exageraciones heroicas.) Finalmente se consiguió romper las líneas, pero las tropas rusas, agotadas y mal aprovisionadas, se quedaron poco antes de Constantinopla. Los ingleses intervinieron con grandes demostraciones navales. Al viejo Gorčakov se le había escapado totalmente de las manos la dirección de la política exterior y fue el ambicioso Igna'tev, antiguo embajador en Constantinopla y posteriormente Ministro del Interior, quien dirigió las negociaciones con los turcos. Lo que a él le importaba era lograr hechos consumados: bajo la presión de la inmediata ocupación de la capital los turcos se vieron obligados a aceptar el tratado de San Stéfano (hoy Yesilköy), por el cual se reducían drásticamente las posesiones turcas en favor de una gran Bulgaria, que, bajo el protectorado ruso, debía extenderse hasta el Egeo[40]. Ante la amenaza inglesa de guerra a los rusos no les quedó más remedio que comparecer ante un congreso internacional (Congreso de Berlín[41], junio a julio de 1878). Aunque el Imperio de los Habsburgo aumentaba, se independizaba Rumania, crecía Serbia y se levantaba una Bulgaria antes dividida bajo la soberanía turca, Turquía conservó una gran parte de sus posesiones europeas; y ante todo cerraba el paso al mar Egeo. Rusia aceptó el resultado del Congreso en vista de que la otra alternativa era una nueva guerra. Mas el nacionalismo ruso no estaba dispuesto a admitir esta solución y la prensa bramaba airada contra Bismarck. Sin embargo, ante la situación existente el único recurso posible era mantener la coalición con Alemania.

El Imperio ruso debía convertirse además en un Estado nacional de los rusos: los polacos no respondían en modo alguno al concepto paneslavo de la unión de ortodoxia y eslavismo bajo dirección rusa: eran occidentales y católicos. La clase social superior germano-báltica, que hasta entonces había dado tantos políticos y generales —y no precisamente los peores— al Imperio, fue arrinconada, se puso en duda la autonomía de Finlandia y se reprimió tenazmente el movimiento cultural ucraniano que había comenzado a florecer tan asombrosamente, en la Galitzia austriaca, en la literatura y en las ciencias simultáneamente.

De todos modos Rusia consiguió poner bajo su influencia a un país: Bulgaria. Pasaremos por alto la multitud de intrigas en torno a Alejandro de Battenberg, el primer príncipe[42]. También aquí quedó demostrado que tanto los directivos de la corte como el Ministro de Asuntos Exteriores estaban supeditados a los mi-

litares, y que la autocracia no era totalmente capaz de funcionar. El general que, por ejemplo, había tomado, en contra de las órdenes del Zar, el mando sobre los serbios en 1876 y que con ello había provocado la guerra, fue acogido de nuevo benévolamente a pesar de la oposición del Ministro de la Guerra, y nombrado en 1882 gobernador general del Turquestán [43]. La inestabilidad de las acciones rusas en Bulgaria le costó a Rusia una importante posición.

El Imperio austro-húngaro salvó de nuevo en 1886 a Serbia de una derrota total en un conflicto con Bulgaria. La inevitable rivalidad rusa con Austria en los Balcanes se convirtió en una de esas ideas fijas que determinaron la política de las potencias —como, por ejemplo, la política naval alemana—, de forma que el compromiso, una vez contraído, se sustrajo a cualquier análisis racional posterior. Una vez que Inglaterra hubo permitido el paso por los Estrechos y que los cristianos balcánicos fueron liberados de la opresión, no hubo en esta zona más intereses vitales que defender. La Liga de los tres emperadores dio buena prueba, tanto más cuanto que Austria parecía un aliado más reciente que Alemania y que la política alemana había anunciado expresamente, incluso en el tratado de ayuda mutua de 1887, su desinterés por el problema de los Estrechos.

El cambio de la política rusa, caracterizado por el distanciamiento de Alemania y la aproximación a Francia, no fue debido a razones genuinamente políticas, sino que estuvo condicionado en gran parte, en los ambientes determinantes, por factores psicológicos a los que se unieron, no obstante, complicaciones económicas. La expulsión de los ciudadanos rusos de origen judío de los territorios de Prusia oriental fue seguida de represalias rusas contra los propietarios de tierras alemanes en la frontera occidental, y más tarde, repetidos aumentos de las tarifas aduaneras alemanas que afectaron sensiblemente a la exportación rusa de cereales; se trataba, sin embargo, de una medida inevitable a favor de la agricultura de los territorios orientales de Alemania y no exclusivamente del latifundio. Al mismo tiempo —y esto fue un gran error—, con la prohibición alemana de hacer préstamos a los rusos, aceptando títulos como garantía, se interrumpió en un momento decisivo la exportación de capitales a Rusia [44]. Sin embargo, bien pronto el comercio germano-ruso volvió a la normalidad (tratado comercial de 1894).

La política alemana tomó la decisión de no renovar el tratado de ayuda mutua de 1890. Rusia no podía, sin embargo, permanecer aislada en el exterior y limitarse a retirarse de la política internacional. Razones militares obligaron a estipular alianzas: el vecino que podía movilizar con mayor rapidez debía ser incon-

dicionalmente considerado como un rival y un adversario. La planificación militar rusa tomó por el momento como punto de referencia a Austria. Obručev, el importante jefe del estado mayor, consiguió imponer, superando la tenaz resistencia del Ministro de Asuntos Exteriores, Giers, la alianza militar con Francia, alianza que debía vincular a la política rusa con una gran potencia militar europea. (Pero en 1895 Francia se opuso a la petición rusa de ayuda con ocasión de una nueva crisis balcánica.) Las desventajas de la movilización rusa, más prolongada —en comparación con la alemana— parecían eliminadas. Alejandro III ratificó la alianza, tras muchas dudas, como consecuencia de la irritación que en él suscitó uno de los acostumbrados discursos del káiser Guillermo II. El Ministro francés de Asuntos Exteriores, Delcassé, pudo ampliar en 1899 esta alianza, que debía servir no sólo al mantenimiento de la paz, sino también, a partir de este momento, a la conservación del equilibrio de las fuerzas en Europa[45].

También Rusia participó en la carrera de las potencias en China por la influencia política y económica; los riesgos parecían mínimos; en cambio, no sólo Manchuria, sino también y sobre todo Corea, se presentaban como un fértil campo de inversiones en las que participaron, además de la familia del Zar, los nobles de la corte. A partir de 1903 la zona costera del Pacífico, transformada en un virreinato, fue directamente sometida al Zar y ya no fue, por tanto, controlada por el Ministerio de Asuntos Exteriores. La alianza firmada en 1902 entre Japón e Inglaterra habría debido constituir una advertencia para la política rusa en China y Corea, pero Rusia no se dio por enterada y por eso en 1904 se vio envuelta en una guerra nefasta y absurda[46].

IV. *El Imperio ruso en la época del imperialismo*

a) La revolución de 1905

Con el giro de la sociedad rusa hacia una estructura capitalista se hizo aún más apremiante la reforma de las relaciones internas. Estaba naciendo una clase media administrativa que pretendía participar en las decisiones relativas a los ingresos estatales y en los asuntos públicos. Esta nueva burguesía, si bien se había desarrollado de una forma relativamente rápida, había surgido tan sólo en una mínima parte de un estamento de artesanos independientes con tradiciones propias de autonomía administrativa. A esto hay que añadir que el artesanado, como los pequeños empresarios de las ciudades, era a menudo de origen

extranjero y, por tanto, no estaba totalmente integrado. En las ciudades del sudoeste prácticamente sólo había artesanos judíos. Los comerciantes «viejos creyentes» se interesaban por las cuestiones políticas únicamente cuando se trataba de la igualdad de las distintas confesiones. Sin embargo, en las grandes ciudades y en los órganos con autonomía administrativa, especialmente en las organizaciones profesionales, había surgido una cierta conciencia corporativa en las «clases medias burguesas». También se podía hablar de una clase media burguesa en el campo, de empresarios campesinos que por regla general habían perseguido sus fines en las administraciones de *Volost'* y en los *Zemstva.* Estas clases medias tan dispares aún no estaban integradas en una conciencia política común, pero los intelectuales les prestaron un decidido apoyo en este sentido. La libertad política no era para la clase económicamente activa una meta abstracta o moral, sino que significaba la libertad concreta para desarrollarse materialmente, así como un sistema impositivo justo. Tan sólo una vez satisfechas estas reivindicaciones podría actuar la clase media como factor estabilizador de la vida pública; en cualquier caso, a la larga no se dejaría guiar por unos intelectuales radicales [1].

La corte del Zar y los altos funcionarios no comprendieron que a la industrialización, como política estatal, le correspondía una nueva estructura política. También hubiera tenido gran importancia y significación un Consejo de Estado reformado, en el que fueran convocados los representantes de la clase media y que pudiera actuar con responsabilidad, por lo menos hasta finales de la guerra con Japón. A mi entender la prensa de la oposición exageraba el límite hasta el cual la clase media estaba dispuesta a cooperar: esta clase media precisamente desempeñaba un papel importante en la futura evolución del Imperio. Mientras que el Consejo Imperial —independientemente de su composición— no poseyera unas atribuciones claramente definidas y el gobierno pudiera aceptar o rechazar sus propuestas sin justificación alguna, mientras que los ministros siguieran siendo los hombres de confianza de los zares y no tuvieran ninguna responsabilidad con respecto a los otros Colegios, no podía pensarse en ningún tipo de participación. Tampoco se buscaba esta participación. Sin embargo, en una parte de la nobleza y especialmente en el campesinado, parecían encontrarse los apoyos más leales a la autocracia deseada por Dios. Aunque algunos ministros —como Witte— lograron algo efectivo, no se podían coordinar, sin embargo, los resortes de la política interior. Los gobernadores generales y los gobernadores —que dependían únicamente del Ministro del Interior— intervenían, con amplia competencia, en las distintas ramas de la administración.

La realidad constitucional del Imperio parecía no admitir ninguna forma de adaptación, sobre todo cuando, tras el resurgimiento del terrorismo con los asesinatos de los ministros del interior Sipiagin (1902) y Plehve (1904), el gobierno se vio obligado, como en 1881, a situarse a la defensiva. Sin embargo, el sucesor de Plehve, el príncipe Sviatopolk-Mirskij, intentó poco a poco conseguir de la burocracia algunas reformas y poner al gobierno en contacto con las fuerzas leales de la sociedad culta. Se liberó a los *Zemstva* de las vejatorias limitaciones a las que estaban sometidos y se intentó llegar a un acuerdo con la dirección, en teoría ilegal, de los *Zemstva* de toda Rusia (ya en 1864 se habían prohibido las tomas de contacto de los distintos *Zemstva* entre sí).

Con ello se planteaba el problema de las relaciones de la intelectualidad «liberal», es decir, no socialista, con el gobierno. Durante la emigración Pëtr Struve, una de las mentes más brillantes de la época, se había colocado desde 1902 con su periódico *Osvoboždenie* (Liberación) a la cabeza de la lucha por las libertades políticas. Al igual que el *Kolokol* de Herzen de 1860 aproximadamente, también a él le llegaban, de todas partes del Imperio, noticias sobre los abusos de la burocracia. Struve confiaba en poder convertir «esta liberación cultural y política en la causa de todo el pueblo». Mientras que los representantes de los *Zemstva* defendían en su mayor parte las posiciones de la nobleza de provincias, la cual, por lealtad, aguardaba expectante, aunque sin dejar por ello de apremiar con moderación, los hombres pertenecientes a las profesiones libres estaban más influidos por los ideales de la democracia europea occidental. Aquellas personas leales que deseaban la reforma en un espíritu de lealtad al soberano se limitaban a esperar que todo viniera de él, mientras que los más radicales pensaban en una revolución que conseguiría, mediante una Asamblea Constituyente, una nueva forma de Estado. Los distintos grupos cuyo programa era la «liberación» se reunieron a lo largo del movimiento en amplias «Uniones para la liberación» [2].

No obstante, de no haber existido la guerra irresponsablemente emprendida contra el Japón (1904-1905) no se hubiera llegado nunca al levantamiento de toda la sociedad: la sangrienta lucha en un escenario tan lejano, sin repercusiones visibles para el Imperio, no encontró apenas resonancia, ni siquiera entre los rusos más patriotas. Los soldados cumplían con su deber, pero las derrotas, sin embargo, tuvieron funestas consecuencias. La inesperada caída de la fortaleza de Port Arthur (enero de 1905), tan fuertemente defendida, y la catástrofe de la flota rusa en Tsushima (mayo de 1905) demostraron la incapacidad del gobierno, que malgastaba inútilmente hombres y medios.

A finales del año 1904 pasó la oposición moderada a ocupar un segundo plano. Sviatopolk-Mirskij no pudo, a pesar de su buena voluntad, prometer ningún cambio político. También entre la nobleza se hizo más ostensible la oposición. La agitación política se llevaba a cabo —como a comienzos del año 1848 en Francia— en los banquetes, con sus correspondientes discursos en la sobremesa, forma muy difícil de controlar por la policía. Los *Zemstva*, entre todas sus ciertamente moderadas exigencias, pedían principalmente el acceso al Consejo Imperial de representantes elegidos. De ello no se trató en el ucase imperial de diciembre de 1904, que pretendía acabar con el estado de excepción en algunas regiones, suavizaba algunas delimitaciones de los derechos de las minorías religiosas y nacionales, así como la censura, y, por último, proponía un seguro social estatal para los obreros. Demasiado poco y demasiado tarde; amigos y enemigos se encontraron: lo que no se había logrado en la emigración, es decir, aunar a los socialistas con los radicales burgueses y con los liberales, pareció lograrse una vez abierta la primera pequeña brecha en la rígida política gubernativa, puesto que existía un futuro para las negociaciones. Aquellos meses clarificaron, con una mayor publicidad, lo que los obreros necesitaban con más urgencia. En los años anteriores Plehve había intentado, no sin habilidad, poner la zancadilla, valiéndose de una oposición real de los obreros, a la influencia de los socialistas que poco a poco iba creciendo, sobre todo en la capital. Sin embargo, este experimento fue interrumpido por considerarse demasiado arriesgado, a pesar de que, por ejemplo, había mostrado algunos éxitos entre los obreros judíos de Bielorrusia. Por iniciativa del joven pope Gapon a principios de 1904 se intentó de nuevo crear en Petersburgo una organización de obreros promovida por el Estado; ésta se radicalizó al mismo tiempo que el resto de la oposición a lo largo del año. Incluso Gapon, al que a pesar de su buena voluntad se le podía acusar de ambición y poco cálculo, se solidarizó con las legítimas exigencias laborales de los obreros.

Cuando a finales de año fueron despedidos algunos de los obreros de su organización de la fábrica Putilov, la mayor empresa metalúrgica de la capital, todos los obreros de esta empresa, bajo la dirección del sacerdote, se declararon en huelga. Gapon dirigió al zar Nicolás II (1894-1917) un escrito con peticiones de reformas no sólo económicas, sino también políticas. La marcha de los obreros hacia el Palacio de Invierno no sorprendió al gobierno: las opiniones de los responsables eran muy diferentes e indecisas, pero el Ministro del Interior, puesto que el Zar no se decidía, declaró que las manifestaciones no permitidas eran ilegales y que, por tanto, debían ser dispersadas. Así, las tropas dis-

pararon sobre los obreros que estaban desarmados y que habían confiado ciegamente en el sacerdote. Quizás resulte aventurado afirmar que en este «domingo sangriento», el 9 de enero de 1905, se rompieron definitivamente los lazos de unión entre el Zar y el pueblo llano; pero indudablemente el efecto y las consecuencias psicológicas fueron enormes. Dada la situación podía haberse arrestado a Gapon y a alguno de sus ayudantes, pero en ningún caso debía dispararse sobre las masas bien intencionadas.

No sólo se extendieron las huelgas a otras regiones del Imperio, sino que además en la capital todos los estratos de la población declararon su solidaridad en una ola de unánime protesta. El Club de los Comerciantes impidió la entrada a los oficiales, acusándoles de haber tomado parte en la masacre. Los miembros de la Academia de Ciencias, así como los catedráticos de la Universidad, exigieron que se confiara el poder legislativo y el control de la administración a unos representantes del pueblo libremente elegidos como condición previa para conseguir una general formación del pueblo. Científicos y profesores de todas las partes del país se les unieron. Hasta el momento las protestas se sucedían casi siempre de manera pacífica [3].

La inquietud general hizo que el problema de las nacionalidades, que hasta entonces había permanecido soterrado, ocupara un primer plano. No sólo dieron a conocer sus exigencias las nacionalidades políticamente más o menos organizadas: polacos, letones, georgianos y judíos tenían sus partidos socialistas. El movimiento ucraniano, al que se creía casi muerto, volvió a resurgir; y también los lituanos, los bielorrusos y muchos pueblos musulmanes del gran Imperio, que hasta entonces habían sido considerados cínicamente por la administración central como reliquias étnicas o indígenas colonizados, convocaron sus congresos y trazaron sus programas de autonomía. En algunas partes, como, por ejemplo, en Armenia, surgieron conflictos entre las distintas tendencias políticas de una sola nacionalidad. Normalmente estos nacionalismos pretendían, además de la emancipación política, la emancipación social de la soberanía rusa, polaca o alemana. No sólo se expresó el malestar por la dependencia del pequeño capital judío en las distintas regiones de Ucrania, sino que además los estallidos habidos en diversos lugares de Transcaucasia contra los armenios mostraron cuál era su punto débil. La lucha de los letones y estonianos contra la nobleza terrateniente alemana se grabó especialmente en el ánimo de los coetáneos. Los finlandeses, cuya ala radical había recibido durante la guerra armamento de los japoneses secretamente, desempeñaban un papel especial, ya que además podían participar indirectamente y en cualquier momento en las decisiones de la autoridad central debido a la poli-

cía que tenían ante las puertas de la capital. Por tanto, en los primeros meses de 1905 tenían mucha más importancia como fuerza política las nacionalidades que los partidos revolucionarios [4].

Entre éstos los primeros en actuar de forma espectacular gracias a sus atentados fueron los social-revolucionarios con sus grupos de lucha terrorista, asegurándose su fama con el asesinato del gran duque Sergio, el odiado Gobernador General de Moscú. Siguiendo la tradición de los llamados «populistas», centraron su capacidad de agitación principalmente entre el pueblo campesino, aprovechando en verano y otoño los impulsos políticos del campesinado, en vías de organización. Estos se enfrentaban a los social-demócratas, que tras un primer intento fallido de fundar un partido en 1898 —por entonces había sido Struve quien, aún como marxista, había trazado el programa— se constituyeron en el año 1903 en Londres como el primer partido ruso con un programa definido, aunque, debido sobre todo a principios de táctica y organización política —partido popular u organización de cuadros—, se dividió en seguida en dos grupos. El grupo de los mencheviques en 1905 tenía una cierta aceptación entre los obreros de Petersburgo, mientras que el de los partidarios de Lenin (los bolcheviques) era mucho menor. Pero ni los social-demócratas ni los social-revolucionarios contribuyeron en nada al estallido de la revolución; el repentino cambio de simple protesta al ardor revolucionario a raíz del domingo sangriento fue el resultado de la errónea política de los gobernantes y no de la afortunada agitación de los grupos revolucionarios [5].

El Zar intentó parlamentar con los obreros petersburgueses e intentó también exhortar a la razón, pero las huelgas continuaron. No sólo se rehusó un posible acuerdo, sino que fue considerado más que nada como estímulo para nuevas peticiones. A lo largo de los movimientos de huelgas surgieron los sindicatos; el primero fue creado por los impresores petersburgueses. Eran evidentes las consecuencias de la huelga en la población campesina; los panfletos se distribuían con profusión. Las noticias que llegaban sobre la crítica situación de la frontera con las nuevas movilizaciones aumentaron la agitación. Se asaltaban las propiedades, se incendiaban las casas, se robaba y repartía el ganado. En la segunda mitad de 1905 aumentaron los asaltos en el campo, y estaban tan bien coordinados que se podía hablar realmente de una revuelta campesina organizada.

En el campo comenzaron a fundarse numerosas asociaciones, en parte con base local y en parte con base profesional, que exigían, en primer lugar, la creación de una Asamblea Constituyente en la línea de la «Unión para la Liberación» y que en mayo se agruparon en la «Unión de Asociaciones» bajo la presidencia del his-

toriador Miliukov. Con ello se unieron todas las fuerzas no socialistas de la oposición en un programa máximo, que —como se esperaba— podría llevarse a cabo gracias a la continua presión de la opinión pública. Frente a esto, los socialistas defendían la teoría de que a la revolución burguesa debía seguir la revolución social. La antigua desconfianza frente a la burguesía liberal impedía a la izquierda aliarse en un frente común. Además, tras ello se ocultaba el temor ante el revisionismo, es decir, ante la política reformista, no prevista por la teoría, de los partidos obreros en sistemas parlamentarios. Además los centros teóricos de la emigración estaban muy alejados del escenario de los acontecimientos. La organización de un levantamiento armado no se encontraba ni siquiera en sus comienzos.

Durante la primavera siguió aumentando paulatinamente la ola de huelgas (de 80.000 en abril a 220.000 en mayo): la destrucción de la flota rusa en mayo y el infructuoso motín del acorazado Potëmkin en junio pusieron al gobierno en una situación aún más difícil. Durante mucho tiempo se había estado preparando en secreto una Asamblea (*Duma*) imperial, que debía estar formada por miembros de los estamentos, elegidos mediante un censo —con preferencia a los habitantes del pueblo llano—, pero que, sin iniciativa propia, sólo podía discutir las leyes y tomar nota del presupuesto. Casi todos los habitantes de Polonia, Siberia y de la región del Cáucaso, así como del Asia central, estaban excluidos del derecho al voto. Por otra parte, tampoco se garantizaban los derechos fundamentales de los ciudadanos de la nación. Cuando se publicó este ucase a principios de agosto y se convocaron las elecciones, los liberales se encontraron ante el dilema de responsabilizarse del riesgo que suponía un boicot a las elecciones o contentarse con el limitado escenario para la actividad política que les ofrecía la dudosa Duma de Bulygin, así llamada por el Ministro del Interior. El frente liberal amenazaba con dividirse y con pasar de nuevo la iniciativa al gobierno.

Fue entonces cuando cobró verdadera importancia la oposición de los campesinos, al organizarse éstos en asociaciones políticas. Aunque en algunos lugares intervinieron activamente ciertos agentes social-revolucionarios, los campesinos formularon independientemente su concepto tradicional socio-político: la restauración del buen y antiguo derecho, es decir, la socialización de todas las propiedades y terrenos y su distribución para su aprovechamiento entre aquellos que realizaban el trabajo personalmente. Naturalmente no se podía esperar del gobierno un cambio tan amplio dada la situación legal existente. Por ello también las asociaciones de campesinos exigieron la Asamblea Constituyente, reforzando así el ala radical del movimiento de liberación. Tampoco

en las ciudades cedió la agitación. Se pregunta uno cómo pudo soportar la población trabajadora este año de huelgas y por qué, a pesar de la multitud de dificultades, no se devaluó más fuertemente la moneda.

A pesar de algunos secuestros, la prensa pudo actuar durante estos meses casi sin limitaciones. De esta forma todo el mundo se enteró, si bien no siempre de forma fidedigna, de lo que ocurría en otros lugares del gigantesco Imperio. Las Universidades habían recuperado su autonomía y ya no eran registradas por la policía; por ello actuaron como centros de propaganda. Los obreros ferroviarios, que tenían los mandos del poder en sus manos, crearon un sindicato, el más importante junto con el de impresores. De Moscú, como centro de la red ferroviaria rusa, partió en octubre la gran huelga ferroviaria, en la que ya no se trataba únicamente de exigencias económicas. La propuesta de la Duma de Bulygin había demostrado que sin el derecho a la libertad política no podían lograrse las seguridades económicas. La huelga moscovita se extendió —siempre con la misma evolución— en todas direcciones: a los ferroviarios se les unieron otros trabajadores antes, incluso, de que se hubiera declarado formalmente la huelga general. Los habitantes de las ciudades, sin embargo, aún no habían intentado relacionarse con las agitaciones campesinas; tampoco existía un plan de huelga unificado para toda Rusia. Mientras tanto, en algunas ciudades comenzaron a formarse comités locales de huelga, consejos (*soviets*) con representantes elegidos de cada empresa.

El restablecimiento de la autoridad dependía únicamente de las fuerzas armadas. La marina ya se había hundido; los revolucionarios se esforzaban por introducir la agitación en el ejército. Los más inquietos eran los reservistas, que esperaban el traslado hacia un destino totalmente incierto. La paz de Portsmouth (agosto de 1905) acabó con esta situación de incertidumbre, pero la vuelta a casa se realizó de forma muy lenta, en parte debido también a la huelga. El traslado de tropas desde Manchuria comenzó muy tarde, ya que el transiberiano disponía de una sola vía; en algunos lugares, sobre todo en Čita, los soldados tuvieron que abrirse camino luchando contra la resistencia armada de los trabajadores del ferrocarril. Durante el otoño el gobierno volvió a hacerse con las riendas, pero ya se veía que, al margen de las dificultades económicas, la manifiesta falta de poder de la autoridad suprema haría sucumbir al Estado.

Witte parecía ser el hombre del momento; había negociado y logrado unas condiciones de paz tolerables. Personalmente no le era simpático al Zar, pero sus consejeros militares no podían garantizarle el mantenimiento o el restablecimiento del orden en las

capitales si se mandaban tropas contra los obreros. Así, el Zar tuvo que firmar el «Manifiesto de octubre» (17 de octubre), que no se conoció inmediatamente en todo el Imperio debido a la huelga de impresores: en él se establecían los derechos fundamentales de los ciudadanos, se abolían las limitaciones del sufragio para la Duma que habría de convocarse y, sobre todo, se declaraba que no podría dictarse ninguna ley sin la aquiescencia de la Duma, así como que los representantes del pueblo podrían controlar efectivamente la legalidad de todas las medidas administrativas.

Los comités de huelguistas y la oposición radical creyeron que con ello tan sólo se había logrado un respiro; no sólo los socialistas querían la república. Bajo la presión del movimiento popular se había producido —sobre todo en la prensa— una corriente de solidaridad hacia la izquierda. Ante los ojos de la clase media y también de mucha gente sencilla, con las promesas del manifiesto se había conseguido la meta de la sublevación. En muchos lugares cambió el ambiente; no fue ésta la primera vez que los estudiantes fueron golpeados por los dependientes de comercio en el *Ochotnyj rjad,* es decir, ante las puertas de la Universidad. El pueblo trabajador se defendía inconscientemente de la tutela de los intelectuales: se luchaba por derechos políticos elementales como base para la iniciativa económica. Otras exigencias más amplias parecían antipatrióticas. Al parecer la reacción popular de derechas abarcó a todo tipo de chusma, si bien es cierto que las «centurias negras» surgieron después del terrorismo revolucionario.

A Witte no le fue posible llegar a un acuerdo con la oposición liberal en el sentido de incluir entre sus filas a personalidades dirigentes como ministros. Los demócratas constitucionales, que acababan de organizarse como partido, estaban dispuestos a colaborar sólo si Witte convocaba una asamblea constituyente. Pero con el nombramiento de Durnovo como Ministro del Interior quedaba también bloqueado el camino de la colaboración con la oposición moderada.

Todo dependía de la última confrontación: el vacío de poder existente en las ciudades principales había dado a los comités de huelga la posibilidad de constituirse en soviets de obreros y desempeñar así funciones públicas. La famosa democracia de los soviets, la representación directa de los miembros de las empresas en el consejo con continua responsabilidad ante los electores, no puede explicarse con el ejemplo de la Comuna de París ni tiene sus raíces en ninguna teoría política. Esta surgió de la necesidad inmediata de una dirección de la huelga por encima de cada empresa individual —en vista de la falta de organizaciones

sindicales— y se acercaba más a la forma tradicional de la organización artesanal. El poder real de los soviets quedó en seguida en manos del Comité Ejecutivo. A pesar de que los obreros estaban al principio dispuestos a no permitir que los intelectuales, sobre todo los hombres de partido, se pusieran a la cabeza, sin embargo fueron los literatos, que podían formular las proclamaciones y redactar las actas, los que asumieron la dirección del movimiento. Junto al abogado Chrustalev-Nosar', que en 1918 sería una de las primeras víctimas del terror rojo, se puso el joven Trotski a la cabeza del soviet de Petersburgo. Era el único de los social-demócratas dirigentes que había vuelto ya en primavera. El soviet de Petersburgo instauró inmediatamente la libertad de prensa y de asociación; sin embargo, nunca llegó a dominar por completo al poder policial. Se siguió persiguiendo a los socialistas dirigentes; sólo los miembros del Comité Ejecutivo disfrutaron de un plazo de gracia, mientras que las autoridades estatales no estuvieron verdaderamente seguras de sus asuntos [6].

Los días de libertad de octubre y noviembre de 1905 fueron testigos de una mayor agitación entre los campesinos —con numerosos incendios y asesinatos de los señores, sobre todo en las provincias bálticas—, así como de nuevos motines entre los marinos y soldados. A mediados de noviembre iniciaron una huelga los ferroviarios y los empleados de correos y telégrafos, quedando así paralizado todo el país. Pero, como ya hemos dicho anteriormente, en dicha huelga no participó, desde luego, todo el mundo; en el campo los campesinos emprendieron la caza de los agentes revolucionarios.

Puesto que de entre los enemigos del régimen era el pueblo llano el menos organizado y al mismo tiempo el menos organizable, el contragolpe del régimen comenzó a finales de noviembre con la pacificación de las agitadas provincias de las tierras negras, es decir, de unas zonas con superpoblación agraria y de significado e importancia decisivas en el abastecimiento del Imperio. Los cosacos permanecieron leales, los campesinos divididos. El Ministro del Interior intervino también en las ciudades; primeramente fueron detenidos los dirigentes de los huelguistas de correos y telégrafos y a principios de diciembre casi todo el soviet de obreros peterburgués, después de que éste proclamase el boicot a los impuestos y la retirada de todos los depósitos bancarios. El soviet convocó una nueva huelga general, que durante unos días se siguió de forma impresionante; pero el gobierno superó esta prueba de fuerza. A principios de diciembre tuvo lugar el famoso levantamiento armado de los obreros de los barrios proletarios de las afueras de Moscú. Los socialistas de todos los partidos habían conseguido armas, pero la lucha resultó completamente

inútil desde el principio. La ciudad esperó; los soldados permanecieron impertérritos, después de haber rechazado a tiempo las unidades que no parecían de confianza. Los obreros moscovitas estaban aislados; faltaba, como unos meses antes, una dirección suprarregional de la huelga [7].

El gobierno ya no se dejó amedrentar más; los centros de la oposición fueron arrasados. Resultaba ya imposible la existencia de la Asamblea Constituyente. Nicolás II demostró poseer unos nervios de acero. Sin embargo, y a pesar de todo, la primavera de 1906 fue testigo de cinco atentados políticos diarios —a menudo realizados por anarquistas— y con ello del punto álgido del terror rojo. Aumentaron los asaltos a los bancos, interpretados como expropiaciones destinadas a conseguir dinero para la revolución. El gobierno, por su parte, demostró tener una gran falta de visión: Witte se opuso inútilmente, una y otra vez, a las brutales expediciones de castigo de Durnovo. El arresto de la dirección del soviet de Petersburgo había demostrado que el alejamiento de algunos dirigentes provoca la muerte de cualquier movimiento. Por otra parte, las acciones de castigo, en parte actos de venganza, han quedado poco claras: no podemos demostrar si es cierta o no la cifra de 15.000 muertos. En cualquier caso, Witte no quiso cargar con la responsabilidad de semejantes medidas y para alivio del Zar dimitió en el año 1906. Pero el Zar, en lugar de apelar a las fuerzas moderadas de la población, es decir, a la clase media, se dejó envolver por la extrema derecha, sobre todo por los antisemitas militantes, perdiendo así la posibilidad de actuar como mediador entre los partidos políticos.

Ya con anterioridad Witte y el Zar habían creado —como era de esperar— un contrapeso a la representación popular de la oposición: un gabinete ministerial unificado que debía hacerse cargo con más energía, tras la deposición de algunos de sus miembros inadecuados, del poder ejecutivo supremo, bajo la dirección directa del Zar. Se otorgó el mismo poder legislativo al Consejo de Estado que a la Duma; por último, el soberano tenía derecho al veto en todas las leyes que ya habían sido aprobadas por ambas cámaras, así como libre decisión en los casos en que la Duma y el Consejo de Estado tuviesen distintas opiniones en cuestiones financieras. El poder legislativo no podía exigir responsabilidades a los Ministros, sino tan sólo aprovechar sus limitadas posibilidades para la aceptación del presupuesto. No obstante, no tenía poder sobre el presupuesto militar. El poder ejecutivo podía promulgar leyes durante las vacaciones del Parlamento, párrafo dudoso del que se hizo uso repetidas veces [8]. En la nueva ley fundamental se evitó temerosamente la palabra «constitución»; el

soberano intentó en vano conservar el término «autócrata ilimitado».

El derecho de voto para la Duma era complicado; tras una serie de modificaciones se consiguió, a pesar de las elecciones indirectas, una representación relativamente amplia de todos los estratos del pueblo. No existía ningún censo de los bienes de los campesinos; los obreros de las fábricas votaban a sus representantes a través de sus empresas. Las elecciones duraron algunas semanas; contra todo pronóstico los campesinos aprovecharon en todas partes la ocasión que se les presentaba. Los social-demócratas y los solcial-revolucionarios habían quedado en una situación difícil tras el fracaso del levantamiento moscovita y boicotearon las elecciones para no traicionar sus principios. De esta forma se desperdició una posibilidad muy importante. En el primer parlamento aparecieron muchos diputados sin afiliación a un partido determinado, uniéndose a la agrupación con cuyas especiales instrucciones se sentían más identificados [9].

Independientemente de los socialistas, ya en octubre se habían constituido también como partido, bajo la dirección de Miljukov, los demócratas constitucionales, que reunían a una gran parte de los intelectuales y a los representantes más radicales del movimiento de los *Zemstva.* Su programa no contenía ningún compromiso: la Asamblea Constituyente debía determinar la forma de gobierno y, por tanto, también el pueblo soberano podía proclamar la república. El gobierno debía ser responsable frente a la Duma —directamente elegida— y, por tanto, debía depender totalmente de ella en cuanto a la legislación se refiere. En favor de los obreros exigían el derecho de huelga, la libertad de asociación, la jornada de ocho horas, así como la asistencia social por parte del Estado. En favor de los campesinos reclamaban la expropiación de los bienes estatales, las herencias, etc., así como también las tierras de los latifundistas, previa indemnización. El propio Miljukov declaró que su partido pretendía reformas sociales, diferenciándose del de los socialistas tan sólo en tanto en cuanto que en la práctica resultaba imposible llevar a cabo la socialización total de los medios de producción. En la primera Duma el partido de los cadetes [de las iniciales *k* y *d,* con influencia del francés *cadet,* de la *Konstitucionno-Demokratičeskaja Partija,* el Partido Democrático Constitucional] logró hacerse con ciertos delegados campesinos, aunque la gran mayoría de los diputados procedían de las ciudades. A la izquierda de los cadetes se creó, poco antes de ser convocada la Duma, y como continuación de antiguas ideas «populistas», un grupo de «laboristas» (*trudovaja gruppa*), al que se unieron otra parte de los delegados campesinos, así como muchos obreros. Y aunque este grupo adolecía de falta

de organización, como comprometido defensor de la transformación radical agraria logró aumentar su prestigio entre los electores campesinos. Una parte de los representantes de los *Zemstva* se había opuesto ya en las primeras fases del movimiento de liberación al radicalismo político; a ellos se unieron más tarde los representantes de los comerciantes y de la clase media industrial, que consideraban las formas del radicalismo no comprometido más realistas para el bienestar del pueblo que las de los cadetes, a pesar de haber conseguido éstos mayor eco en el transcurso de las primeras elecciones. La «Liga del 17-30 de octubre» —los llamados «octubristas»— se fundó en el manifiesto concebido como una base constitucional soportable, pero enfrentándose claramente a los intentos de ahondamiento de estas conquistas. Como el grupo de la derecha, tampoco éste tuvo muchas posibilidades en las primeras Dumas [10].

La constitución se había impuesto antes de que la Duma se reuniese. Witte quería que el Parlamento siguiera, también en la cuestión agraria, la política del gobierno: es decir, asignar inmediatamente a título de propiedad personal a cada campesino, tras la condonación del pago de su libertad, la tierra que en realidad era suya. De cualquier forma, la lucha en el campo entre pobres y ricos era inevitable. Los propietarios y los trabajadores agrícolas que pertenecían al estamento campesino hubiesen llegado más pronto o más tarde a representar distintos intereses en el Parlamento. Pero sorprendentemente una escasa mayoría del Consejo de Estado pretendía dejar esta cuestión a la iniciativa de la Duma. A finales de abril de 1906 se reunió la Duma; tras las primeras refriegas entre la mayoría radical y el gobierno se discutió la cuestión agraria. También los cadetes se pronunciaron en favor de la expropiación de los terratenientes, si bien, al parecer, no habían estudiado verdadera y convenientemente el problema de la futura forma de aprovisionamiento de la población, cuando solamente existiesen propiedades pequeñas o mínimas. Era imposible que el gobierno y la Duma llegasen a un acuerdo. Por ello fue imprescindible la disolución, que tuvo lugar en julio. Desde Finlandia los jefes de los cadetes exhortaban a no pagar impuestos y a desertar del servicio militar (manifiesto de Vyborg). De nuevo el Estado se hallaba al borde de una grave crisis; Polonia, Finlandia y las provincias bálticas parecían querer separarse del Imperio. El nuevo Primer Ministro, Stolypin, actuó en el otoño muy duramente con la ayuda de tribunales de guerra; parecía haberse restablecido, en cierta medida, la tranquilidad. La segunda Duma (febrero-junio de 1907) fue tan radical como la primera: los socialistas —tras largos debates, sobre todo entre los bolcheviques— participaron en las elecciones, pero en general consiguieron menos

escaños que los *trudoviki;* los cadetes se quedaron casi en la mitad, y los octubristas aumentaron sus escaños hasta 32. Pero tampoco con este nuevo Parlamento pudo trabajar Stolypin. Cualquier lector imparcial de las actas de las dos primeras Dumas podrá comprobar entristecido que las posibilidades esenciales de encarrilar la vida pública y oficial rusa en la vía del parlamentarismo se perdieron en una continua demagogia. Los cadetes, el partido de los intelectuales, fueron los principales responsables de este estado de cosas, debido especialmente a su desventurado manifiesto. Si el gobierno hubiese propuesto un programa agrario sólido, todo habría sido distinto. Pero cuando no puede lograrse el consenso sobre las bases sociales de unos intereses públicos, será entonces el poder real el que decida.

b) Consolidación

La introducción del nuevo derecho electoral en junio de 1907 fue un verdadero golpe de Estado; con las nuevas disposiciones se favorecía claramente a los grandes propietarios y a los rusos: los polacos y los caucasianos tan sólo conservaron una tercera parte de sus diputados. A partir de este momento Asia central ya no podía seguir mandando sus veintitrés diputados, sino tan sólo uno. El número de los compromisarios de la Curia de los campesinos y obreros, así como el de los inquilinos urbanos, fue disminuyendo hasta llegar aproximadamente a la mitad, mientras que el de los grandes terratenientes y el de los propietarios de las ciudades fue duplicado. Se tome como se tome esta disminución de los derechos políticos de la mayoría de la población, en el fondo este retroceso hacia formas parlamentarias primitivas tuvo un efecto positivo durante todo el tiempo en que hubo un responsable a la cabeza del Estado.

La izquierda y los cadetes entraron en la oposición permanente. La responsabilidad era de los octubristas, a quienes les había sido arrebatada su base moral, el manifiesto de octubre, y que ahora tenían que intentar controlar la legalidad del Imperio a través de un Parlamento eficaz de notables. La derecha se había hecho fuerte, pero no se había unificado; su importancia aumentó con el nacimiento del nuevo nacionalismo ruso [11]. Las múltiples tensiones nacionales, sobre todo en la zona occidental del Imperio, parecían poner en peligro su integridad. Finlandia, como unidad política independiente ante las puertas mismas de la capital, había ofrecido repetidamente un asilo providencial a los revolucionarios, mientras que la Polonia del Congreso había alcanzado una nueva conciencia gracias a su enorme impulso industrial y la

nueva estratificación de la sociedad. El espíritu ruso parecía encontrarse de nuevo a la defensiva en las «regiones occidentales»: a ello se debe el plan de Stolypin de separar la región del Cholm del «país del Vístula» y de introducir en esta zona una organización basada en los *Zemstva,* de carácter ruso. Y mientras que a partir del año 1906 los alemanes del Báltico pudieron manifestarse y desarrollar las actividades cada vez con mayor facilidad, los alemanes de las colonias del sur de Rusia eran considerados con sospecha como avanzadillas de la penetración del Imperio alemán. Pero la derecha rusa no era conservadora y aristocrática, sino más bien democrática y agraria [12]. La clase media que se estaba estableciendo se adhirió, sobre todo en Ucrania, bajo el signo del antisemitismo a las «centurias negras». Con el paso a la sociedad burguesa también se transformaron sus formas de comportamiento.

La tercera y —a partir de 1912— la cuarta Duma consiguieron bastantes cosas, y ello a pesar de la casi continua oposición del Consejo de Estado y sobre todo de la Administración, que defendía con todos los medios posibles su omnipotencia e intentaba que no se desarrollaran las iniciativas propias, sino que todo siguiera en la rutina. Dentro de la dirección de los partidos del gobierno, sobre todo entre los octubristas, existían patriotas leales que defendían con valor la legalidad. De acuerdo con esto, algunos ministros, tras una serie de dudas iniciales, colaboraron con la asamblea popular y apoyaron sus iniciativas. Tras el mortal atentado perpetrado contra Stolypin (septiembre de 1911), a quien el Zar, debido a su posición excesivamente fuerte, hubiera depuesto de su cargo, igual que a Witte, en la primera ocasión que se le presentara, no se encontró —a excepción hecha del noble Kokovcov (anteriormente Ministro de Hacienda y posteriormente Presidente del Consejo de Ministros hasta noviembre de 1914), que, sin embargo, no tenía autoridad suficiente, y de algunos ministros técnicos— ninguna personalidad que a la larga pudiera oponerse a la camarilla cortesana [13]. Hay que valorar en su justa medida la influencia ejercida por Rasputín, el campesino siberiano dotado de un poder hipnótico sobre el heredero del trono Alejo (hemofílico en constante peligro): quebrantó con sus continuas intervenciones en la política eclesiástica el prestigio de la Iglesia ortodoxa, que ya por entonces no contaba con la confianza de las clases altas debido a su postura anterior; durante la guerra la posición de Rasputín fue intocable. Mas sus orgías no sólo consiguieron una gran publicidad en la prensa de la oposición, sino que además socavaron en gran medida el prestigio de la familia imperial entre el pueblo llano.

Sobre todo se demostró que el fuerte poder del gobernante so-

lamente podía tener un carácter humanitario si el Zar no ejercía el mando personalmente y —sin reservas mentales respecto a la retirada de las promesas constitucionales— si se atenía a las leyes fundamentales. Durante los pocos años en que Stolypin estuvo a la cabeza del Consejo de Ministros unos patriotas dotados de conocimientos técnicos dieron un fuerte impulso a la reforma de la administración, a la separación entre el poder judicial y el ejecutivo y al desarrollo de la educación popular (antes del año 1925 tenía que haberse llevado a la práctica la obligatoriedad de la enseñanza básica), y en esta cuestión no debe olvidarse que no pudieron aprovecharse trabajos anteriores.

La organización de las finanzas resultó más difícil. Los ingresos del Estado aún se basaban, en más de un 50 por 100, en los impuestos indirectos, sobre todo sobre los licores. Era necesario establecer primero un aparato administrativo y unos puntos de referencia para aplicar un sistema justo de impuestos directos sobre la totalidad de la población. En principio los 14 rublos por año que las clases bajas debían satisfacer seguía siendo un impuesto demasiado gravoso; por otra parte, tan sólo una autoridad íntegra podría inculcar, con gran esfuerzo, una moral justa con respecto a los impuestos.

La situación económica del número, pequeño todavía pero en constante crecimiento, de los trabajadores era aún bastante ahogada y su productividad generalmente pequeña. (No resulta sencillo comparar con el nivel de vida de la actual Unión Soviética, puesto que por entonces generalmente no trabajaban las mujeres). En 1912 se aprobó una legislación social siguiendo el ejemplo alemán. Sin embargo, en el año 1914 aumentó la ola de huelgas; poco antes de comenzar la guerra se habían vuelto a construir barricadas en Petersburgo [14]. Los excesos administrativos habían dado pie para ello; en una situación de desarrollo económico constante faltaba la autoridad de un gobierno basado en la confianza. Por el contrario, había que añadir el campesinado a los pequeños artesanos rurales (aproximadamente 11 millones de personas).

La reforma agraria realizada por Stolypin desde noviembre de 1906 hasta junio de 1910 tuvo una enorme importancia. Según ésta, cada familia de campesinos podría separarse de la comunidad agrícola con la parte de terreno que estuviera utilizando, pudiendo así mejorarse las condiciones de la agricultura por medio de la racionalización en la división de los campos. Se pusieron a la venta grandes terrenos del Estado, la Corona y la nobleza: entre 1906 y 1910 se repartieron en condiciones muy favorables aproximadamente 4 millones de hectáreas del Estado entre los campesinos pobres. Además se trasladaron a Siberia y a las

zonas esteparias del Asia central, donde se asentaron, grandes grupos de campesinos, aunque el terreno fértil quedó repartido muy pronto; en los últimos años antes de la guerra volvieron aproximadamente un tercio de los que se habían trasladado a aquellas regiones. Casi un tercio de los campesinos declaró, hasta mayo de 1915, querer separarse de la comunidad rural: los campesinos con poco terreno intentaron vender su parte improductiva y los ricos intentaron aumentar sus propiedades. En los pueblos tuvieron lugar algunos encuentros y discusiones, pues la comunidad rural había protegido algunas existencias marginales mediante la responsabilidad tributaria colectiva [15]. Debido a la guerra, la reforma de Stolypin no tuvo una repercusión decisiva, pero de hecho la práctica de la Nueva Política Económica a partir de 1921 siguió esta línea. No se podía encontrar un remedio a la superpoblación del campo; la repartición de todo el terreno en pequeñas parcelas destinadas a proveer a todos de medios de existencia habría hecho sucumbir la producción de trigo, no sólo para la exportación, sino también para el mercado interior. Por tanto, para el bienestar del pueblo era necesario en muchos aspectos una larga temporada de reconstrucción pacífica.

c) Rusia en la primera guerra mundial

Contra todo pronóstico, la guerra ruso-japonesa no había afectado esencialmente al crédito ruso en el mercado financiero internacional. Tras el vano intento del Káiser de incluir al Zar en una coalición por medio de un golpe de mano en julio de 1905 en Björkö, ya estaba trazada la línea de alianza con Francia, que parecía la única capaz de aceptar la política rusa en los Balcanes. En Asia se fijaron las esferas de influencia destinadas a establecer las fronteras de la política rusa frente a la inglesa. En agosto de 1907 se llegó a un acuerdo con Londres sobre los «intereses especiales» en Persia y se renunció a las pretensiones rusas en Afganistán y el Tíbet. Con Japón también se llegó a un acuerdo. Japón se anexionaba en 1910 Corea, mientras que Rusia tomaba en 1912 Mongolia bajo su protección efectiva. En 1910 se estableció un acuerdo sobre los intereses alemanes a lo largo de la vía férrea de Bagdad y las prerrogativas rusas en Persia, así como, aunque en términos bastante vagos, en abril de 1908 sobre la militarización de las islas Aland, que controlaban el norte del mar Báltico gracias a su posición entre Suecia y Finlandia.

Después de que en julio de 1908 se tambalease la situación del Imperio otomano debido a la revolución de los Jóvenes Turcos, la situación en los Balcanes quedó muy poco clara. No podemos ex-

plicar aquí las múltiples intrigas en cada uno de los estados balcánicos y alrededor de ellos. Diversas unidades y pretensiones étnicas solaparon y cubrieron la frontera del Imperio de los Habsburgo; a esto se añadieron las pretensiones de los príncipes de Montenegro. Rusia no sostuvo a Serbia incondicionalmente; en 1908 ayudó a superar la crisis de Bosnia. Mas la diplomacia zarista se opuso a los planes, reales o supuestos, de que Austria se internase en la región de Salónica, y por ello apoyó la unificación de los estados balcánicos, si bien no preparó sistemáticamente esta unión [16]. Las dos guerras balcánicas (1912-1913), la primera para expulsar a Turquía de sus posiciones europeas, la segunda para derrotar a Bulgaria en la lucha por el botín, fortalecieron la posición de Rusia, a pesar de que ésta no intervino directamente. A Petersburgo no le interesaba la formación de un gran Imperio búlgaro a orillas del Egeo y ante las puertas de Constantinopla, que hubiese podido llevar una política independiente. Serbia salió de todos estos cambios bastante fortalecida; Turquía fue expulsada de Europa hasta Tracia. No sólo en la prensa rusa, sino también en el estado mayor de la armada se discutió, para un futuro próximo, un posible ataque sorpresa en los Estrechos. La vencida Bulgaria se apoyó en Austria, que esperaba poder atraer para sí también a Grecia y Rumanía. Con algo de sagacidad las grandes potencias podían haber dejado tranquilos a los Balcanes, sobre todo porque en esta parte no había intereses vitales. También Rusia debía haber visto que el apoyo a cualquier nacionalismo podía poner en peligro la integridad del propio Imperio compuesto de muchos pueblos. El Imperio austrohúngaro estaba directamente afectado por las tendencias nacionalistas serbias, en mayor medida aún que por las rumanas [17].

La oposición ruso-austríaca estaba también irracionalmente determinada por la nueva ola de paneslavismo, cuya importancia en la política rusa es difícil de valorar en su justa medida. No cabía esperar una intervención moderadora por parte de Rusia en la subversión serbia en Bosnia. Queda aún por resolver si el agregado militar ruso apoyó, aunque fuera indirectamente, el asesinato de Francisco Fernando. De cualquier forma eran bien conocidas las simpatías eslavas del sucesor al trono, que hubieran podido mover las fuerzas étnicas del Imperio de los Habsburgo y así asegurar indirectamente su posición en los Balcanes. Parece ser que el Primer Ministro serbio, Pašic, conocía los planes del asesinato.

Aquí ni siquiera podemos perfilar la inevitable discusión sobre la responsabilidad de la guerra; la maquinaria de la movilización, el aspecto técnico de la guerra moderna, habían delimitado decisivamente en la crisis fatal el campo de acción de la diplomacia.

Los consejeros militares acosaron en Rusia al Zar para inducirle a movilizar rápidamente al ejército a fin de que la eficaz maquinaria alemana de guerra no invadiera las líneas de ataque antes de que las tropas rusas pudieran reunirse. Lo que sí puede afirmarse es que la dirección política y militar rusa actuó en las semanas decisivas menos irreflexiblemente que la austro-húngara.

Personalidades tan diferentes como Witte, Kokovcov y Rasputín, quienes al iniciarse la guerra se hallaban ausentes de la capital, aconsejaron mantener la paz por todos los medios posibles. Los expertos sabían que la economía rusa podría soportar una guerra relámpago, pero que no estaba preparada para afrontar largos esfuerzos. Rusia no tenía mucho que esperar de la guerra: las anexiones de Prusia oriental y Galitzia solamente aumentarían el número de súbditos extranjeros; una Polonia unida se independizaría con toda seguridad al final de la guerra, desapareciendo con ello una fuerza económica fundamental para el Imperio. Tras los satisfactorios resultados de la segunda guerra de los Balcanes, la posición rusa en el sur era tan segura que no tenían que temer ninguna rivalidad peligrosa por parte de las potencias centrales [18]. La caída del Imperio de los Habsburgo y de los Hohenzollern hubiera significado el fin del principio monárquico y con ello también del zarismo. Ya Witte, débil estadista, se lo había comunicado entonces al embajador francés Paléologue.

Pero en principio parecía ser la unidad patriótica la que regía la vida en Rusia. Se concedieron los créditos de guerra sin que a la Duma se le ocurriese exigir para ello ninguna reforma. Se prohibió la venta de licor y se contribuyó así a llenar las arcas. Los preparativos para la guerra eran evidentemente insuficientes: al Ministro de Guerra, Suchomlinov, se le podrá acusar de increíble ligereza e irreflexión, pero no de traición. La dificultad no radicaba tan sólo en el aprovisionamiento de material, sino que además apenas se contaba con aviones; pronto faltaron también municiones para los fusiles y la artillería. El gabinete siguió siendo lo que era bajo la presidencia de Goremykin, llamado el «Butler del Zar»; la burocracia tenía la intención de dejar el régimen como estaba. Ss frenaron por todos los medios las iniciativas de los *Zemstva* por atraer la buena voluntad de la opinión pública al esfuerzo común de la guerra.

Aquí no vamos siquiera a perfilar una historia de la guerra. Ya en la catastrófica derrota de Tannenberg (agosto de 1914) se demostró la falta de material moderno de guerra, es decir, de teléfonos de campaña. Sin embargo, los rusos lograron conquistar la Galitzia oriental con Lvov y anexionaron por primera vez la totalidad de las zonas ucranianas bajo dirección rusa. El Imperio ruso era visto con buenos ojos entre los políticos ucranianos del Im-

perio de los Habsburgo. Mas los rusos no apreciaron en su justa medida su deseo de autonomía, sino que trataron de incluir directamente estas zonas en el Imperio, del mismo modo que inmediatamente se unieron la Iglesia unificada y la ortodoxa.

El llamamiento del General en Jefe, gran duque Nicolás Nikolaievič, al pueblo polaco con la promesa de una vaga autonomía llegó demasiado tarde; los polacos esperaron. Se podía prever que las potencias centrales no llegarían a un acuerdo sobre el destino de su país, pues una Polonia independiente ejercería una imponente fuerza de atracción sobre algunos sectores tanto prusianos como austríacos. Con la retirada rusa de Polonia comenzó también la absurda evacuación de la población indígena, con la que padeció principalmente el pueblo judío. Ellos eran los únicos en el este que podían desear sin reservas mentales la victoria alemana. La ofensiva alemana sobrepasó Varsovia y en agosto de 1915 se encontraba aproximadamente a la altura de Vilna; mientras tanto las pérdidas rusas habían ascendido ya a 3,8 millones de hombres.

Pero cuanto más crítica se hacía la situación en la frontera, tanto menos podía renunciar el gobierno sensatamente a la colaboración activa de la opinión pública y de la Duma. Su presidente, Rodzjanko, se convirtió en una figura clave. Los cadetes y las izquierdas se preguntaban si debían exigir inmediatamente reformas radicales de la legislación, sobre todo responsabilidad de los ministros frente al Parlamento. El fracaso de las autoridades políticas, y no sólo del Ministro de la Guerra, pudo acentuar este deseo. Desde los nacionalistas hasta los cadetes se unificaron todos los diputados a principios de septiembre de 1915 en un bloque progresista que en su programa exigía numerosas reformas para contentar al pueblo en el sentido de un ilimitado constitucionalismo. Incluso el Consejo de Estado se declaró en su mayoría a favor de este programa; algunos ministros, entre otros el Ministro de Asuntos Exteriores, Sazonov, siguieron la misma línea. Se sustituyeron algunos de los Ministros que habían sido especialmente atacados, entre ellos el Ministro de la Guerra. En lugar de aprovechar la buena voluntad de la opinión pública, se aplazaron las sesiones de la Duma y tras algunas protestas en la última sesión fueron arrestados los diputados social-demócratas, siendo deportados a Siberia. La huelga subsiguiente de dos días en todas las fábricas de la capital —llamada ahora Petrogrado— determinó el cambio hacia una oposición abierta. El hombre de la calle se veía privado de su única garantía contra la traición y el abuso.

Debido a las continuas intrigas de la Zarina, el Zar depuso a finales de agosto de 1915 a Nicolás Nikolaievič, tomando personalmente el mando en el frente occidental; el Gran Duque fue

enviado al frente del Cáucaso, donde logró victorias importantes contra los turcos. Con ello el Zar identificó totalmente su propio destino y el de la dinastía con el del ejército.

Cuanto más precaria se hacía la situación de los aprovisionamientos y los transportes, tanto más dependía el futuro de la colaboración con los aliados occidentales. A Rusia se le ofreció en marzo de 1915 la conquista de Constantinopla, este antiguo sueño eslavófilo, por medio de acuerdos secretos sobre la disolución del Imperio otomano; dejemos a un lado la consideración de si la posesión de la ciudad se merecía el sacrificio. Pero en principio la flota rusa no se encontraba en condiciones de intervenir con efectividad en el mar Negro en la lucha por los Estrechos; por ello no existía la posibilidad de adelantarse en caso decisivo a los franceses en Constantinopla. Al fracasar la empresa en Gallípoli y entrar en la guerra Bulgaria (1915) al lado de las potencias centrales se perdió de todas formas la posibilidad de abrir una vía marítima hacia el sur.

Aunque en 1916 se logró, con grandes esfuerzos, ejercer de nuevo una fuerte presión sobre el frente austríaco en el curso de la ofensiva de Brusilov, a pesar de las enormes pérdidas y las grandes retiradas a que dio lugar, sin embargo no se consiguió abrir una brecha; únicamente se descargó decisivamente el frente italiano. La entrada de Rumania en la guerra en agosto de 1916 a favor de Rusia aumentó en una cuarta parte la línea del frente ruso. Militarmente los rusos no podían ganar esta guerra: si las potencias centrales se hundían, sería debido a los esfuerzos de las potencias occidentales.

Cuando el Zar se hizo cargo personalmente de la dirección del frente, pasó el poder en la capital, según la antigua costumbre moscovita, a manos de la Zarina. La pareja de gobernantes seguía considerando el Imperio como una especie de propiedad familiar, que debía conservarse lo más intacta posible para el heredero del trono. La Zarina ejercía, bajo las indicaciones de Rasputín, una nefasta influencia sobre las decisiones personales, políticas y también militares del Zar. Durante el transcurso de un año fueron relevados de sus cargos el Primer Ministro y el Ministro de Asuntos exteriores, tres veces; el Ministro del Interior, cuatro, etc. Tanto en la corte como en el frente se hablaba de la traición de la Zarina y de sus estrechas relaciones con Rasputín. Bajo el primer ministro Stürmer (enero de 1916) pasó el poder real a manos de los hombres de Rasputín, dudosos agentes de policía y negociantes. Mientras tanto Polivanov, Ministro de la Guerra depuesto a principios de 1916 por las presiones de la Zarina, consiguió normalizar en cierta medida los aprovisionamientos del frente con la ayuda del Comité para la Industria de

Guerra. La Zarina actuaba de buena fe, si bien carecía de experiencia y sentía celos de cualquier personalidad poderosa y fuerte. Las claras palabras pronunciadas por Miliukov en la Duma —¿tontería o traición?— habían sido elegidas descuidadamente, pero sin embargo expresaban lo que el pueblo pensaba.

Rasputín presionaba una y otra vez por conseguir la paz por separado; él conocía al pueblo mejor que los grandes e influyentes señores, a los que odiaba. Pero tampoco estaba al servicio alemán, como sospechaban sus asesinos. El asesinato de Rasputín, llevado a cabo de una forma muy macabra (diciembre de 1916), no cambió la situación. Un militar comentó: «Tan sólo un campesino pudo llegar hasta el Zar, y a éste le han matado los señores». Mas la emperatriz tenía ya un nuevo confidente y «visionario», Protopopov, el último Ministro del Interior. Continuó el carrusel de nombramientos y ceses; en los palacios de los grandes duques se fraguaban insurrecciones y golpes de estado; todo hacía recordar el año 1801. Pero no podía hablarse de una dirección revolucionaria: en ninguna parte existían planes para una rebelión. Las masas se pusieron espontáneamente en movimiento; la buena voluntad se había perdido: lo que se necesitaba era paz y paz, y esto era también lo que exigían los trabajadores y reservistas de Petrogrado, al principio con vacilación pero cada vez con más fuerza [19].

d) La revolución de febrero

La situación en la capital, que era al mismo tiempo un gran centro industrial y un lugar importantísimo de adiestramiento de reclutas, se mostró en el año 1916 cada vez más peligrosa. Con la ruptura de hostilidades, y debido a que ya no se exportaba trigo, habían aumentado de forma importante las reservas del país, y la prohibición de destilar licores hizo que se dispusiera de grandes cantidades de patatas. Muchos campesinos fueron movilizados, pero las mujeres les sustituyeron en el trabajo; al parecer cientos de miles de prisioneros, sobre todo del ejército austrohúngaro, fueron empleados en las fincas. Pero tal y como habían predicho los expertos, ni la red ferroviaria ni el material rodante habían crecido a tenor de las exigencias: no había suficiente número de talleres. La industria apenas podía ofrecer bienes de consumo; debido a ello los campesinos entregaban cada vez menos productos. En Rusia no podía pensarse en un sistema de control de las entregas obligatorias que funcionase en cierta medida a la manera del existente en el Imperio alemán; pero también aquí la auténtica crisis estaba en el aprovisionamiento de la población

civil. Debido a ello aumentaron enormemente los precios, pero sobre todo ya no existía ninguna relación entre los salarios reales y la inflación. La situación de los carburantes se había hecho cada vez más precaria en Petrogrado al fallar las entregas inglesas de carbón.

El número de huelgas, generalmente locales, había disminuido casi a cero al empezar la guerra, pero en 1916 entraron de nuevo en huelga más de un millón de obreros, aunque generalmente por poco tiempo. Tras el cierre de la Duma en 1915 estuvieron paradas durante dos días las fábricas de Petrogrado por motivos políticos. Esto demostraba que la quinta columna podía ejercer una presión política. Sin embargo, en el pueblo apenas se conocían las teorías alarmistas de Lenin; en realidad los dirigentes socialistas ejercieron una escasa influencia sobre el hombre de la calle, pues al fin también él había aprendido a desconfiar de los intelectuales. Kerensky, el prominente orador del grupo de la *Trudovaja gruppa* y con ello de todos los socialistas legales, calculaba el número de miembros de todos los partidos socialistas a principios de 1917 aproximadamente en 35.000, entre ellos 15.000 bolcheviques. En los informes realizados por la comisión que investigaba bajo el gobierno provisional las causas de la caída del Imperio, sólo se nombra a Lenin muy por encima.

Hacia finales de 1916 y principios de 1917 aumentó de nuevo la ola de huelgas. Protopopov, con decisión insensata, hizo detener a los representantes de los trabajadores en el Comité Central para la Industria de Guerra. Estas organizaciones, que trabajaban con éxito en la coordinación de la economía bélica, habían incluido en su seno también a algunos representantes elegidos por los obreros que, aunque colaboraban positivamente, sin embargo aludían una y otra vez a las necesidades de sus hermanos. Las revueltas crecieron. De nuevo se pidió al Zar, aunque en vano, que nombrara un gobierno que gozase de la confianza del pueblo. En lugar de ello, el gobernante se dirigió al Cuartel General para asumir la dirección de las operaciones.

Los obreros se amotinaron. A ellos se unieron los reservistas, entre ellos también los del Regimiento de la Guardia, de forma que en un solo día el Comandante militar de la capital ya no pudo apoyarse en ninguna tropa digna de confianza. Mientras que los miembros de la Duma, con excepción de la extrema derecha, es decir, el bloque progresista y algunos socialistas, se unían en un Comité de la Duma (14 de febrero), se deshacía el antiguo gobierno. Casi al mismo tiempo se instalaba en el palacio de Táuride, el edificio de la Duma, el Soviet de los obreros y de los soldados de Petrogrado. Pero ahora ya no estaban representados, como en 1915, sólo los obreros, sino que cada compañía

envió a un delegado, de forma que el Soviet controlaba todos los medios de poder de la capital. La famosa «Ordenanza 1» destruyó de un solo golpe la disciplina dentro de las tropas al abolir la obligación de saludar a los oficiales, al crear comités con competencia decisoria en las distintas unidades militares y subordinar la guarnición de la capital al mando del Soviet. Ya habían existido con anterioridad tropas amotinadas que asesinaron a sus oficiales. La orden pretendía originalmente asegurar solamente el control del Soviet sobre la guarnición de Petrogrado; sin embargo, se siguió en todo el país y en el frente. De golpe se había institucionalizado el conflicto de grupos en el interior de un ejército en guerra.

Toda futura autoridad dependía de la presencia de ánimo y del valor de algunos hombres, de Miliukov y sobre todo de Kerensky, quien de momento consiguió evitar que se derramara más sangre. Ya antes de la abdicación del Zar (en marzo de 1917), que apenas parece haber causado efecto, se constituyó a partir del Comité de la Duma un Gobierno provisional, en el que tomó parte Kerensky como Ministro de Justicia, en su calidad de mediador con el Comité Ejecutivo del Soviet (3 de marzo de 1917). Se trató con la dirección del Soviet el programa del Gobierno, que proponía como primer deber la convocatoria de una Asamblea Constituyente; no se hablaba de exigir transformaciones sociales inmediatas. Aunque el gabinete, en cierta medida heterogéneo, bajo la dirección del eminente príncipe Lvov, que durante la guerra había destacado por su trabajo en los *Zemstva,* se componía de hombres notables —como consecuencia del derecho de voto restringido de la Duma—; sin embargo, no respondía a la situación social existente. Parecía que la tarea más urgente era la de repartir de una manera relativamente justa las obligaciones entre toda la población y establecer en todas partes la constitucionalidad, para lo cual había que reservar las grandes reformas a la Asamblea Constituyente. El Comité Ejecutivo del Soviet no tenía en principio tendencias contrarias al Gobierno, sino que más bien ejercía una función igualmente parlamentaria de control.

Sin duda alguna, el Gobierno tenía un mayor conocimiento de causa; con la ayuda de funcionarios de tendencia liberal se introdujeron muchos cambios en la legislación. Se establecieron sin ningún límite los derechos civiles fundamentales; se suprimió la administración centralista y se sustituyó la odiada policía por una milicia autónoma dependiente de los *Zemstva.* Unicamente faltaban instrumentos de poder: el ejército, tras la desaparición del juramento de fidelidad de los soldados al gobernante, dependía de la buena voluntad de los prudentes Soviets de los soldados. Se-

guramente sería inevitable la disolución de la policía, con lo que peligraba en gran medida el orden interior.

Con el «Llamamiento a los pueblos de todo el mundo» (14 de marzo) se dio a conocer el nuevo programa de política exterior —paz sin anexiones ni indemnizaciones— del Soviet de los Obreros y de los Soldados. Se hizo un llamamiento a los trabajadores de todos los países, sobre todo de Alemania, sin tener en cuenta a los dirigentes de los gobiernos. Se trataba de lograr la paz apelando a las personas bienintencionadas de todas las naciones. Al Gobierno no le quedó más remedio que unirse al llamamiento. El Ministro de Asuntos Exteriores, Miliukov, se mantuvo firme, en una nota enviada a los aliados el 20 de abril, en los fines de guerra tradicionales, sobre todo en Constantinopla. Cuando se conoció este hecho, se originaron en la capital huelgas extraordinariamente fuertes; parecía peligrar la existencia del Gobierno. Sin embargo, una vez eliminado Miliukov, se logró formar un gobierno de coalición; se aprobó en el pleno del Soviet de los Obreros y de los Soldados, por aplastante mayoría, la participación de los socialistas (laboristas, social-revolucionarios y mencheviques). Tampoco el Soviet pretendía llevar a cabo una política desastrosa. Inmediatamente el Gobierno se dispuso a tomar medidas financieras eficaces y abolir los beneficios de la guerra, no sin provocar con ello la oposición de los empresarios. Inesperadamente el gobierno de coalición se resquebrajó con el problema de las nacionalidades. Los Ministros del partido de los cadetes dimitieron cuando una comisión gubernamental llegó a un acuerdo en Kiev con la dirección de los nacionalistas y separatistas ucranianos con respecto a la autonomía de Ucrania. El Gobierno no podía hacer otra cosa si no quería poner en peligro el aprovisionamiento de trigo y carbón del Imperio. Si bien en principio se pretendió dejar todas las transformaciones decisivas a la Constituyente, que debía ser convocada lo antes posible, en el sector agrario tuvieron que tomarse decisiones provisionales. El conflicto con el Ministro de Agricultura. Černov, dirigente de los social-revolucionarios, ocasionó la dimisión del príncipe L'vov y la formación del gabinete de Kerensky (3 de julio). Černov había promovido administrativamente el paso del suelo de manos de los terratenientes a las de los campesinos; no hubiera podido actuar de otra forma: los campesinos habían entendido de todos modos la revolución como expropiación de la clase de los señores y se consideraban invitados a repartirse sus tierras. Esta tan largamente deseada «repartición negra» puso en movimiento a todos los campesinos, incluso los del frente. L'vov y el gobierno tenían razón al afirmar que debía dejarse la futura legislación agraria a los representantes elegidos por el pueblo, pero el movimiento

más elemental no podía dirigirse con convicciones constitucionales. Es fácil comprender que la «repartición negra» aumentó de forma significativa las deserciones. Era imposible detener la erosión. Sin embargo, el ejército, con todas sus tensiones, no había abandonado la idea de intentar una ofensiva a finales de junio, aunque desde luego con consecuencias desastrosas [20].

Cualesquiera que hayan sido los motivos de esta peligrosa empresa, me parece que el fallo principal del Gobierno consistió en dejar pasar el momento de entablar negociaciones de paz por separado. Con razón puede afirmarse que en julio todavía hubiese sido posible frenar el avance de la ola revolucionaria. La población de la capital necesitaba haber gozado de un respiro, es decir, se le debía haber ofrecido una posibilidad real de mejorar los aprovisionamientos. El cambio realmente posible era la paz. Sin embargo, se consiguió que las fuerzas dirigentes del Comité Ejecutivo también fueran perdiendo lentamente su influencia sobre las masas, que se hacían cada vez más incrédulas. Kerensky aparece en la literatura como el gran fracasado, el retórico que prometía todo, pero que no mantenía ninguna promesa. Este juicio no es totalmente justo: jugaba con el tiempo y temía que pareciese vano el sacrificio de más de cuatro millones de hombres, no sólo ante los trabajadores y reservistas de Petrogrado, sino ante todo el pueblo. Lenin sobrevivió por la caída del poder militar alemán.

5. La Unión Soviética (1917-1941) [1]

I. *De febrero a octubre de 1917*

a) Las fuerzas políticas

La revolución de febrero, «una de las revoluciones más espontáneas, más anónimas y más acéfalas de todos los tiempos» [2], trajo consigo la completa liquidación del viejo orden estatal. No tardó en ponerse de manifiesto que el gobierno provisional no estaba en condiciones de crearse una base de poder. La milicia, que había sustituido a la policía, estaba subordinada a los órganos locales y, por tanto, había dejado de estar a disposición del poder central; el viejo ejército se estaba desmoronando; en cambio, la burocracia estaba a la expectativa de la evolución ulterior y mantenía una actitud pasiva. En el campo la influencia del gobierno era especialmente precaria: los comisarios del Gobierno, que hacían aquí las veces de gobernadores, no tenían apenas autoridad. En el marco local, los soviets, que se habían formado espontáneamente en todos los rincones del país, se enfrentaron a los órganos administrativos autónomos. El gobierno provisional eliminó las manifestaciones más groseras de la tiranía zarista y concedió los derechos y las libertades democráticas fundamentales. Pero no estaba preparado para satisfacer los deseos de la mayoría de las masas pactando inmediatamente la paz y realizando una reforma agraria. En su opinión, la mejor manera de satisfacer los intereses nacionales consistía en intentar proseguir la guerra junto a los aliados hasta un final victorioso, conservando así la situación de gran potencia para Rusia. Posteriormente se elegiría una Asamblea Constituyente que decidiría sobre el reparto de la tierra. De esta forma los dos problemas más urgentes del país, la cuestión de la paz y la cuestión agraria, seguían pendientes aun después del derrocamiento de la autocracia.

El soviet de los diputados de los obreros y soldados de Petrogrado, que estaba dominado por los mencheviques y los socialrevolucionarios, poseía desde el primer momento, la autoridad política. Funcionaba como «una especie de parlamento que criticaba y controlaba al Gobierno» [3]. El Soviet toleraba la política gubernamental en todos los puntos importantes, pero intentaba acelerar los trabajos preparatorios para la reforma agraria

y desarrollar unas concretas perspectivas de paz. En marzo de 1917 promulgó un manifiesto «A los pueblos de todo el mundo», en el que anunciaba su activa oposición a la política anexionista de su país e invitaba al proletariado europeo a dar un paso semejante [4]. El soviet obligó al gobierno provisional a firmar una declaración dirigida contra la «apropiación violenta de territorios extranjeros». Pero en realidad el soviet no veía con agrado la idea de una paz por separado con las potencias centrales y era partidario de proseguir la guerra aun mucho después de que la gran masa de los soldados presionara para volver a casa. Esta postura le llevó a perder poco a poco su influencia, lo que comenzó a notarse ya en abril cuando, a raíz de una nota del Ministro del Exterior, Miliukov, en la que, en abierta oposición a la recién firmada declaración, se hacía prevalecer el principio de la política anexionista, se produjeron en Petrogrado disturbios callejeros. Con gran esfuerzo, consiguieron los jefes del soviet mantener bajo control el alboroto popular. La dimisión del primer gabinete del gobierno provisional, después de la crisis de abril, auguraba desórdenes más importantes y peligrosos. «Ante Rusia se eleva la terrible visión de la guerra civil y de la anarquía que significan la muerte de la libertad», rezaba su testamento político [5]. Como el nuevo gabinete, a pesar de estar integrado por un buen número de ministros mencheviques y social-revolucionarios, intentaba continuar la antigua política en sus líneas esenciales e incrementar incluso el esfuerzo bélico, las masas se inclinaban cada vez más hacia los bolcheviques. Obedecían cada vez más sus consignas, porque era el único partido dispuesto a firmar inmediatamente la paz y a desposeer a los terratenientes.

Los bolcheviques, como los demás partidos soviéticos, consideraron desde un principio que el gobierno provisional era un régimen progresivo al que había que proporcionar un apoyo limitado. Esta postura obedecía a una antigua tradición del partido, que, desde su fundación, había pensado que en Rusia tenía que realizarse primero una revolución burguesa para eliminar el zarismo e instaurar una república democrática con una Asamblea Constituyente. Solamente cuando el capitalismo industrial se hubiese desarrollado completamente sobre esta base podría, en su opinión, el proletariado, numéricamente fortalecido y políticamente maduro, llevar a cabo la revolución socialista. Partiendo de estas premisas teóricas, los dirigentes bolcheviques de Petrogrado, sobre todo Kamenev y Stalin, intentaban presentar al Gobierno provisional una oposición leal. Hasta que Lenin volvió a Rusia en abril de 1917 no se produjo en el partido un progresivo cambio de orientación. Lenin intentaba mostrar que, desde la revolución de febrero, la política gubernamental no se había modificado funda-

mentalmente. Argumentaba que la guerra en la que Rusia estaba envuelta no había perdido su carácter de guerra imperialista de anexión. El gobierno provisional estaba atado al capital francés e inglés y, por este motivo, no estaba en situación de aportar una paz democrática. Solamente un gobierno de los trabajadores, tal y como aparecía en el soviet de Petrogrado, aunque fuese en forma embrionaria, estaba, en opinión de Lenin, capacitado para resolver los graves problemas sociales y nacionales del país. Por lo cual, rezaba su conclusión, la revolución tenía que ser continuada en cualquier caso. «La peculiaridad de la situación por la que atraviesa Rusia en estos momentos», escribía Lenin en sus famosas *Tesis de abril,* «consiste en la transición de la primera etapa de la revolución, que, a consecuencia de un desarrollo insuficiente de la conciencia de clase y de una organización deficiente del proletariado, puso el poder en manos de la burguesía, a la segunda etapa de la revolución que debe otorgar el poder al proletariado y a los estratos más pobres del campesinado [6]. La revolución de febrero había creado las condiciones más favorables para el desarrollo de la lucha política, ya que permitía «un alto grado de legalidad». El Partido Bolchevique tenía que aprovechar esta posibilidad de luchar por la sustitución de la república parlamentaria por el poder de los soviets. «¡Todo el poder a los soviets », era la consigna del día. No cabe duda de que Lenin esperaba que los soviets que iban a constituirse se radicalizasen cada vez más, hasta que, finalmente, la balanza se inclinase del lado de los bolcheviques. El sistema ruso de los soviets configuraría entonces un poder estatal del tipo del de la Comuna de París.

En un primer momento esta idea de la conquista del poder por los soviets (bolchevizados) y de la inmediata instauración de una dictadura del proletariado en Rusia fue objeto de una enérgica oposición en el seno del partido. Otros dirigentes (bolcheviques) reprochaban a Lenin su abandono del socialismo científico y su retorno a la teoría de una conjura de matiz blanquista. No podían imaginar que la atrasada y semibárbara Rusia, «el país más pequeñoburgués de toda Europa» [7], pudiera colocarse a la cabeza del progreso social. Tras arduas discusiones consiguió Lenin ir imponiendo paulatinamente sus tesis.

Los bolcheviques exigían la inmediata terminación de la guerra, el reparto de los bienes de la nobleza entre los campesinos, el control de los obreros sobre la producción industrial, así como el derecho de autodeterminación para todas las nacionalidades no rusas. Como sus sencillas y elocuentes consignas, paz, tierra, pan y libertad, reflejaban con exactitud los intereses de la población, el número de sus seguidores aumentaba incesantemente. Esto comenzó a manifestarse ya en junio de 1917 cuando el pri-

mer congreso panruso de los soviets, celebrado en Petrogrado, convocó una gran manifestación. Aunque el congreso estaba completamente dominado por los mencheviques y los social-revolucionarios, la inmensa mayoría de los manifestantes desfiló siguiendo las consignas bolcheviques. Unas semanas más tarde, cuando fracasó lamentablemente una ofensiva bélica que había sido intensivamente preparada por el gobierno de coalición y el ejército ruso, bajo los golpes del contraataque alemán, se convirtió en una inmensa hilera de fugitivos, el descontento y la amargura provocaron manifestaciones espontáneas en la capital en las que tomaron parte cientos de miles de obreros, soldados y marinos. Exigían la dimisión del gobierno provisional y la asunción por parte de los soviets de todo el poder político. Se produjeron choques sangrientos con las tropas gubernamentales que costaron unos centenares de muertos y heridos. Las «jornadas de julio» terminaron con la supresión del Partido Bolchevique, a quien se hacía responsable de las manifestaciones. Lenin y otros dirigentes bolcheviques fueron perseguidos como presuntos agentes alemanes. Pero el régimen había revelado su debilidad al tener que solicitar la ayuda de las tropas. Se había hecho evidente que no disponía de base política en el país. La única salida en estas circunstancias era una dictadura militar contrarrevolucionaria o una dictadura que se apoyaba en las masas revolucionarias. La alternativa, como confesó Miliukov, era «Kornilov o Lenin».

Cuando el general Kornilov, el nuevo comandante en jefe del ejército, intentó realmente un golpe de Estado en septiembre de 1917 y el gobierno provisional se vio obligado a recurrir a los partidos soviéticos, los bolcheviques demostraron que su fuerza y su ascendiente sobre las masas estaban intactas. Aprovecharon la libertad de acción de que disponían, movilizaron a los obreros y a los soldados y crearon una milicia obrera armada. Después de que el conato de golpe de Estado de Kornilov fracasara sin lucha y sin derramamiento de sangre, simplemente a través del sabotaje y de la agitación, el proceso de radicalización siguió progresando. Inmediatamente después de que se malograse el golpe de Estado de Kornilov, los bolcheviques obtuvieron la mayoría en los soviets de Petrogrado y Moscú, que, por este motivo, se convirtieron en órganos de un levantamiento potencial. Por otra parte, el gobierno provisional, que, entretanto y después de toda una serie de reestructuraciones del gabinete, estaba fundamentalmente representado por Kerenski, manifestaba ya una clara tndencia a la disolución. En las filas de los mencheviques y los social-revolucionarios imperaban la impotencia y la desorganización.

A mediados de septiembre Lenin exigía por primera vez desde Finlandia, donde se encontraba escondido desde los disturbios de julio, el levantamiento armado. En su opinión, en aquel momento se daban todos los requisitos objetivos y subjetivos para una toma del poder por parte de los bolcheviques. A raíz de esto enunció tres principios merced a los cuales el marxismo se diferenciaba radicalmente del blanquismo por lo que hacía al levantamiento: «Para tener éxito el levantamiento no puede apoyarse en una conjura, en un solo partido, sino que ha de hacerlo en la clase más avanzada. Esto es lo primero. El levantamiento debe apoyarse en el espíritu revolucionario del pueblo. Esto es lo segundo. El levantamiento debe apoyarse en un punto de la historia de la revolución en el que la actividad en las primeras filas del pueblo haya alcanzado su grado máximo y en el que las vacilaciones en las filas del enemigo y en las filas de los amigos débiles, parciales e indecisos de la revolución hayan alcanzado su punto culminante. Esto es lo tercero» [8]. Como, según Lenin, estas tres condiciones se daban ya a mediados de septiembre de 1917, le parecía que esperar más equivalía a traicionar la revolución. Pero por el momento el Comité Central bolchevique permanecía indeciso. Hasta el 10 de octubre no se identificó con la iniciativa de Lenin; entonces proclamó «que el levantamiento armado era inevitable y que los requisitos para su ejecución habían madurado perfectamente» [9].

La preparación y la ejecución del levantamiento fueron confiadas al comité militar revolucionario que había sido fundado a principios de octubre en el soviet de Petrogrado. Estas actividades tenían un carácter defensivo: Trotski, el nuevo presidente del soviet, se dirigía una y otra vez a los obreros y a la guarnición para que protegiesen a la capital de la revolución del enemigo interior y exterior. En este sentido el comité militar revolucionario actuaba simultáneamente como órgano defensivo y subversivo, preparando la toma del poder por parte de los bolcheviques en forma legal dentro del marco de la democracia soviética. El 24 de octubre el gobierno provisional emprendió un último intento de recuperar la iniciativa, ordenando la ocupación de una imprenta bolchevique, así como la de varios puentes. Ante esto el comité militar revolucionario entró en acción, hizo que la imprenta fuese abierta de nuevo por soldados revolucionarios y ordenó que los puentes fuesen vigilados. En la noche del 24 al 25 de octubre había ocupado todos los puntos estratégicos importantes de la capital. Apenas encontró resistencia. A la mañana siguiente el comité militar revolucionario podía proclamar ya el final del gobierno provisional: «El gobierno provisional ha sido derribado. El poder estatal ha pasado a manos del órgano del soviet de los repre-

sentantes de los trabajadores y soldados de Petrogrado, el comité militar revolucionario... La causa por la que ha luchado el pueblo: la oferta inmediata de una paz democrática, la abolición del derecho de los terratenientes a la propiedad del suelo, el control de los trabajadores sobre la producción y la formación de un Gobierno soviético, está garantizada» [10]. Por la tarde, el soviet de Petrogrado confirmó la toma del poder. El segundo congreso panruso de los soviets, dominado por los bolcheviques, que se reunió a última hora de la tarde del 25 de octubre, emitió una serie de llamamientos y proclamas cuyo objetivo era asegurar el traspaso del poder a los soviets locales de todo el país. Aprobó además tres decretos fundamentales: un decreto sobre la paz que contenía una oferta de paz inmediata «sin anexiones ni indemnizaciones», el decreto sobre el suelo que desposeía a todos los terratenientes y que ponía la tierra a disposición de los comités locales de campesinos y de los soviets y un decreto sobre la formación de un gobierno provisional de obreros y campesinos, el Consejo de los Comisarios del Pueblo, cuya presidencia asumió Lenin [11].

b) Los movimientos sociales de masas

El proceso revolucionario que, entre febrero y octubre de 1917, había llevado a la liquidación del antiguo orden económico y político, fue protagonizado principalmente por las masas. «El rasgo más indiscutible de la revolución es la ingerencia directa de las masas en los acontecimientos históricos», escribe Trotski [12]. Su actividad se manifestó en tres grandes movimientos sociales que formaban el telón de fondo de la toma del poder por los bolcheviques: el amotinamiento del ejército, la rebelión de los campesinos y la radicalización de los obreros.

El amotinamiento del ejército, que en la época de la revolución de febrero afectaba a casi 9 millones de hombres, campesinos en su mayor parte, se inició en las semanas que siguieron inmediatamente al cambio de régimen. Tres años de guerra infructuosa, la deficiente alimentación y las constantes dificultades de transporte habían provocado la insatisfacción y la amargura de los soldados, que, después del derrumbamiento de la antigua autoridad, se manifestó a través de la desobediencia y las deserciones. En muchos casos los soldados creyeron que con el derrumbamiento del zarismo iba a terminar la guerra: en ello veían el sentido fundamental de la revolución. Por esto intentaban evitar cualquier acción bélica y esperaban a que se pactase definitivamente la paz. Era cada vez más frecuente la confraternización de las tropas rusas con las tropas alemanas o austríacas. «En el ejército se están

desarrollando sentimientos pacifistas», escribía el comandante en jefe, general Alekseev, al ministro de la guerra en abril de 1917 [13]. Cuando se esparció por el frente el rumor de que en Rusia se estaba repartiendo el suelo, cada vez eran más los soldados que intentaban volver a sus casas, con lo que creció el número de deserciones. Los oficiales que intentaban restablecer la obediencia fueron apaleados y, en algunos casos, linchados. «Los oficiales se encuentran en una terrible situación», se quejaba el general Denikin. «Son injuriados, golpeados y asesinados» [14].

Mientras que la fatiga de guerra se manifestaba principalmente a través del derrumbamiento de la disciplina, los soldados comenzaron a desarrollar más tarde una intensa actividad política. Crearon sus propios órganos para poder imponer sus intereses de una manera más eficaz frente a las que hasta entonces habían sido las autoridades militares. A nivel de compañía, regimiento y ejército se eligieron comités especiales que, al igual que los soviets, se atribuyeron crecientes facultades de mando y administración. No estaban dispuestos a obedecer sin más las órdenes del gobierno provisional y colaborar lealmente con sus comisarios. Basaban su poder en la «Orden número 1», que, según el informe del testigo ocular Sujanov, había sido promulgada en los primeros días del levantamiento de febrero bajo los dictados de una comisión de soldados [15]. Según ésta, toda orden militar tenía que estar de acuerdo con la política de los soviets y debía ser legitimada por el correspondiente comité de soldados. Las armas fueron asimismo sometidas al control de este comité. Las ordenanzas zaristas, que desembocaban en la discriminación del soldado raso, perdieron toda vigencia, extremo que fue confirmado una vez más en una declaración especial de los derechos del soldado. De esta forma el antiguo cuerpo de oficiales quedó completamente desposeído de su poder y no pudo restablecer la autoridad y la disciplina en el ejército. Cuando en el verano de 1917 se comenzaba a vislumbrar con creciente precisión la derrota total de las tropas rusas después del fracaso de la ofensiva, el proceso de descomposición escapó a cualquier control. Hasta los comités resultaron impotentes. Nadie podía detener a los soldados que abandonaban masivamente el frente para dirigirse a sus casas y participar en el reparto de tierras. Fueron vanos los intentos del gobierno provisional de reforzar la disciplina militar estableciendo la pena capital en el frente y de incrementar la contundencia del ejército a través del reclutamiento de tropas de choque voluntarias y la creación de unidades femeninas. Cuando, en octubre de 1917, se llegó en la capital a la lucha decisiva por el poder, apenas si pudo reunir para su defensa un grupo de cadetes de las Academias mi-

litares, un batallón de mujeres y algunos cosacos. Con esto quedaba sellada su derrota.

Uno de los motivos principales de la sublevación del ejército ruso fue el movimiento de los campesinos que iba dirigido a realizar un reparto de los bienes de la nobleza y a conseguir una nivelación general de la propiedad rural. Los campesinos hicieron responsables a los dueños de la tierra de su estado de indigencia. Anhelaban la desaparición de las pesadas cargas de los contratos de aparcería, un pedazo de las tierras del terrateniente más próximo y una vaca o un caballo de su establo. La caída de la autocracia, que tuvo como consecuencia el derrumbamiento de la autoridad administrativa en el campo, les ofrecía la posibilidad de convertir en un hecho su viejo sueño de la distribución de las tierras negras. En los primeros momentos, los disturbios fueron no obstante esporádicos. El invierno y también el aislamiento y la falta de información de los campesinos frenaron su actividad. Además, no habían olvidado aún las expediciones de castigo que siguieron a la revuelta de 1905. Pero cuando los campesinos se dieron cuenta de la debilidad e inoperancia del poder central comenzaron a atacar con creciente ahínco los derechos de los terratenientes: llevaban su ganado a los pastos de los señores, cortaban madera en los bosques privados y se negaban a pagar las rentas. Las expulsiones de los propietarios, junto con sus administradores y capataces, se hicieron cada vez más frecuentes. Un terrateniente informó al ministro de agricultura que «una ola de disturbios se ha extendido por el país, lo que hace que la mayoría de los propietarios piensen que lo razonable es abandonar rápidamente sus propiedades y emigrar a la ciudad» [16]. El Gobierno, por su parte, advertía insistentemente de los peligros de una violenta apropiación de las fincas rústicas que, en su opinión, iba a conducir a la arbitrariedad y el caos en el campo y a aumentar la escasez de alimentos en las ciudades. Pero le faltaba el poder necesario para conferir energía a sus advertencias.

Mientras los disturbios rurales continuaban proliferando por todo el país, en mayo de 1917 tenía lugar en Petrogrado el primer congreso panruso de los diputados de los campesinos. Los delegados entregaron al Congreso un modelo de reglamento para la cuestión agraria que estaba basado en las resoluciones adoptadas por un total de 242 asambleas locales y que expresaba con gran exactitud los deseos de los campesinos. Exigían ante todo la abolición de la propiedad privada del suelo, la desposesión sin derecho a indemnizaciones de todos los grandes terratenientes y una utilización equitativa del suelo. Se trataba de exigencias que ya estaban contempladas en el programa del Partido Social-revolucionario. En todos los demás congresos y asambleas que se cele-

braron en aquella época en el país se exigieron medidas similares. Se eligieron comités y soviets que asumieron las funciones que hasta el momento habían desempeñado las autoridades locales y que intentaban cumplir los deseos de los campesinos. Los comités rurales, designados por el gobierno para la solución de los casos en litigio, comenzaron a repartir sistemáticamente la propiedad rústica. Soviets de campesinos se hicieron cargo de las propiedades del Estado, la Iglesia y los terratenientes, para administrarlas hasta que se regulasen definitivamente las relaciones de propiedad.

Entre abril y junio el movimiento campesino se extendió por todo el país. No era raro que los soldados que habían vuelto del frente se colocasen a su cabeza. El movimiento no se dirigía ya solamente contra los grandes terratenientes, sino a veces también contra los agricultores más acomodados que durante la reforma agraria de Stolypin habían abandonado la comunidad local. En muchos distritos se les obligó a regresar a la comunidad. El gobierno provisional, cuando se sintió suficientemente fuerte después de la represión de los disturbios de julio, emprendió expediciones de castigo, detenciones y procesos contra la sublevación rural. Los campesinos reaccionaron como ante una provocación. Su movimiento adquirió un matiz cada vez más violento, principalmente en las zonas en las que el sistema de aparcería estaba más extendido. No tenían ya consideraciones frente a los terratenientes; su odio, contenido durante tanto tiempo, se descargó en saqueos, destrucciones e incendios desenfrenados; las casas señoriales y los edificios de labranza fueron devastados. Las propiedades de los señores, aperos de labranza, muebles, vajillas, etc., fueron repartidas por igual entre los saqueadores, para eliminar así cualquier motivo para el retorno del dueño.

Durante el otoño, cuando a causa de la sementera de invierno hubo que regular las cuestiones de las tierras y las aparcerías, la sublevación campesina alcanzó su punto culminante. Se convirtió en una verdadera guerra en la que tomaron parte pueblos y, en ocasiones, distritos enteros. La transformación radical de las antiguas relaciones agrarias estaba ya muy avanzada cuando el Partido Bolchevique se hizo con el poder en Petrogrado.

Entretanto los obreros rusos habían experimentado un proceso de radicalización. La lucha por el poder en las fábricas comenzó inmediatamente después de la revolución de febrero. El personal de las fábricas comenzó por eliminar el antiguo concepto del trabajo e impuso el aumento de salarios y la reducción de la jornada laboral a ocho horas. En marzo de 1917 los soviets de Petrogrado y de Moscú obligaron a las asociaciones de empresarios locales a adoptar la jornada de ocho horas. Claro está que

las mejoras materiales alcanzadas por los trabajadores en su lucha contra los empresarios quedaron anuladas por el proceso inflacionario que aquejaba al país. Ya en marzo los precios de los artículos de consumo masivo eran cinco o seis veces más elevados que al comienzo de la guerra. El salario real de los trabajadores de la industria descendió a la mitad a lo largo de aquel año. La industria del país trabajaba casi exclusivamente para los militares, por lo que la producción de bienes de consumo se redujo considerablemente. En estas circunstancias aumentó la carestía de mercancías y comenzó la especulación con los bienes de consumo de primera necesidad. Como la cosecha de 1917 no había sido especialmente buena y su aprovechamiento resultaba dificultado por los disturbios de los campesinos y los problemas de transporte, el nivel de vida de las ciudades y de las áreas industriales comenzó a descender incesantemente. El monopolio estatal de los cereales, establecido por el gobierno provisional a finales de marzo, fue poco efectivo, ya que su puesta en marcha resultó imposibilitada por la ausencia de recursos administrativos. Mientras que en la primavera la ración diaria de pan era de medio kilo por persona, poco después hubo de ser reducida a 400 gramos y finalmente a 200 gramos, que ni siquiera podía ser distribuida a todos con regularidad.

Los trabajadores consideraban que los principales responsables del empeoramiento del nivel de vida eran los empresarios, que, al parecer, estaban realizando pingües beneficios con la especulación y la guerra, por lo que aumentaban incesantemente sus exigencias. Los empresarios intentaban defenderse con limitaciones de la producción y *lock-outs*. A finales de mayo el periódico del soviet de Petrogrado informaba: «Aumenta la resistencia del grupo de los empresarios contra las exigencias de los trabajadores. Los empresarios ejercen una especie de resistencia pasiva y recurren al *lock-out* encubierto». Después de los disturbios de julio en Petrogrado, el *lock-out* adquirió un carácter masivo. Las discusiones entre ambas partes se agriaron considerablemente. Cuando Riabušinski, un conocido industrial, afirmó que «la huesuda mano del hambre y de la miseria popular» era necesaria para hacer que «los miembros de los diferentes soviets y comités» entrasen en razón, su exabrupto, difundido por la prensa a todos los rincones del país, provocó una verdadera agitación entre los obreros. El movimiento huelguístico que conmocionaba a toda la industria no remitió ya. Pero el gobierno provisional no estaba en condiciones de impedir las huelgas y los *lock-outs*. Sus innumerables llamamientos, advertencias y tentativas de mediación resultaron ineficaces en una situación de creciente tensión social.

A la cabeza del movimiento obrero estaban los consejos de los diputados de los obreros, los sindicatos y, principalmente, los comités de empresa, que representaban un nuevo tipo de organización obrera. Los comités de empresa se formaron inmediatamente después de la revolución de febrero en todas las zonas industriales y no tardaron en convertirse en los verdaderos señores de las factorías y los talleres. Elegidos directamente por el personal, ejercían una enorme influencia entre los trabajadores. No se limitaban solamente a eliminar a los encargados y los jefes impopulares, sino que vigilaban también a la dirección de la empresa, determinaban los salarios y decidían sobre admisiones y despidos. A menudo obligaban a los propietarios a continuar la producción contra su voluntad, impidiendo así despidos masivos. Cuando un propietario o una dirección abandonaba la empresa, los comités de empresa asumían, por regla general, las funciones administrativas. El gobierno provisional carecía de recursos para limitar su poder por medios legales. Claro está que la actividad de los comités de empresa se manifestaba en ocasiones de forma harto arbitraria. A menudo utilizaban su poder para conseguir ventajas para el personal de la empresa sin considerar la incidencia de estas medidas en el conjunto de la economía. Intervenían, sin plan alguno, en el desarrollo de la empresa y en la marcha de los negocios, atormentaban al personal directivo y confiscaban la producción para subvenir sus propias necesidades. La exigencia de «la fábrica para los trabajadores» se tomó, por así decirlo, al pie de la letra. El mérito de los comités de empresa consistió principalmente en que consiguieron que, en una época de perturbaciones económicas, quedasen protegidos los intereses inmediatos de los trabajadores. El control de los obreros ejercido de esta forma fue una de las reivindicaciones revolucionarias más importantes. Los obreros la consideraban como «el artículo primero y fundamental de un nuevo programa económico proletario» [17].

II. *El «comunismo de guerra»*

a) Los comienzos del poder soviético

Inmediatamente después de la Revolución de Octubre el Partido Bolchevique intentó, en primer lugar, extender al país el proceso revolucionario que le había proporcionado el acceso al poder. Esto significaba principalmente, además de proseguir la democratización en el ejército, la legalización de la revolución agraria, así como la toma de posesión de las empresas por parte de los obreros. En este sentido fueron concebidos los primeros

decretos del poder soviético. El decreto sobre la tierra, promulgado por el segundo congreso panruso de los soviets el 26 de octubre de 1917, estaba basado en el modelo de reglamento propuesto en mayo de aquel año en el primer congreso panruso de diputados campesinos que, en sus líneas esenciales, recogía las reivindicaciones tradicionales de los social-revolucionarios. A partir de entonces la tierra no podría ser comprada, vendida o hipotecada ni se podía disponer de ella de ninguna otra forma. Además se estableció una utilización equitativa de la tierra de acuerdo con las posibilidades de trabajo y uso y una redistribución periódica de la misma. «Lo esencial», afirmaba Lenin, «es que el campesinado adquiera la firme convicción de que no existen propietarios en el campo y que se deja en manos de los campesinos la solución de todas las cuestiones y la estructuración de sus condiciones de vida» [1]. La ley agraria de febrero de 1918 reflejaba los deseos de los campesinos tal y como los formulaba el programa de los social-revolucionarios. Según éste, toda la tierra pasaba a ser usufructo del pueblo trabajador. Cualquiera que lo solicitase, independientemente de su sexo, religión o nacionalidad, tenía ahora derecho a una parcela de tierra. El suelo iba a repartirse equitativamente; la aparcería y el trabajo asalariado quedaron prohibidos.

Para igualar las parcelas con mayor precisión, sobre todo en las regiones en donde la tierra era especialmente escasa, no se rehuía la redistribución de las propiedades de los campesinos. No era raro que se incluyese en ella la tierra de los amos. De esta forma se pretendía eliminar cualquier diferenciación entre los campesinos y establecer una igualdad total. De cualquier modo, en general la equiparación de la propiedad rústica sólo se podía realizar en el marco local, dentro de los diferentes distritos administrativos. El sueño de una comunidad rural que abarcase toda Rusia, es decir, de un reparto equitativo de todo el suelo ruso, no era realizable, ya que esto hubiera supuesto la emigración de más de veinte millones de campesinos. Y los campesinos rusos no querían emigrar, sino que pretendían tener un pedazo de suelo en su región. Como consecuencia de esto resultó que en algunas zonas densamente pobladas de Rusia central solamente había media hectárea por persona, mientras que en otros rincones del país grandes extensiones de suelo fértil quedaban sin cultivar.

En la primavera de 1918 el reparto de tierras estaba terminado en la mayor parte del Imperio ruso. Los resultados no satisfacían, sin embargo, en forma alguna los deseos y las esperanzas de los campesinos. A pesar de que se repartieron casi todas las posesiones de los monasterios, el Estado y la corona, que, en conjunto, representaban más de 150 millones de deciatinas, el in-

cremento medio de tierra por cada agricultor fue mínimo y solamente tuvo alguna importancia para los estratos más pobres. En general, la necesidad de tierra quedó insatisfecha. La explicación de esto radica en que los campesinos ya cultivaban antes de la revolución casi la mitad de las grandes fincas rústicas, en su mayor parte como aparceros. Además, después de la nueva legislación agraria. el número de personas con derecho a una parcela de tierra era mayor que antes. La quiebra de la economía rusa y el hambre en las ciudades y en las zonas industriales llevó a millones de gentes al campo, donde, de acuerdo con la ley, les correspondía una parcela de suelo cultivable. A menudo les faltaban los aperos con que trabajar la tierra así obtenida. La que procedía de las antiguas propiedades del Estado exigía fuertes inversiones iniciales para hacerla laborable. Así pues, para la mayoría de los campesinos la revolución agraria no supuso una ganancia de tierras, sino su liberación de los elevados cánones de la aparcería, de las deudas contraídas y de la dependencia semifeudal de los terratenientes, circunstancias que, en el pasado, habían sido la causa de su miseria.

Mientras los campesinos, apoyados por el gobierno soviético, realizaban la redistribución de la tierra, los obreros completaban su dominio sobre la industria. En noviembre de 1917 sus aspiraciones quedaron legalizadas a través del decreto sobre el control de las fábricas que disponía que los comités de empresa o los órganos de control podrían suspender las órdenes del propietario y sustituirlas por sus propias directrices. No se podía prescindir de éste, que, por el contrario, debía seguir al frente de la empresa, a fin de aprovechar al máximo su capacidad técnica y organizativa. Pero pronto quedó de manifiesto que la resistencia activa y pasiva de los antiguos propietarios hacía imposible la colaboración entre la dirección capitalista de la empresa y el personal. Mientras que los obreros no se conformaban casi nunca con ejercer un simple control, sino que intervenían activamente en la marcha de la empresa, los empresarios y los altos empleados no estaban por su parte dispuestos a someterse a los dictados del personal. El pretendido control de los obreros se desviaba en la práctica a una administración de los obreros. La consecuencia de esto fue una ola de expropiaciones espontáneas que se extendió por el país en el invierno de 1917-1918. Este modo de proceder conseguía efectivamente quebrar el poder de los empresarios, pero no era capaz de organizar de nuevo la producción. Los comités de empresa, que ejercían el poder sobre casi toda la industria, no estaban en condiciones de crear una estructura económica y administrativa eficaz que abarcase todo el país. Siempre que la resistencia o las dimisiones de los

antiguos propietarios o directores les obligaban a concentrar su energía en discusiones sobre los asuntos internos de la empresa, las consideraciones sobre la economía en general pasaban a un segundo plano. «El comité de empresa es en muchos aspectos el sucesor del empresario capitalista», advertía un crítico bolchevique a comienzos de 1918. «Contempla todas las relaciones industriales desde la perspectiva de su fábrica o la empresa. Considera que su primer deber consiste en proporcionar a los trabajadores de esa fábrica o de esa empresa una posibilidad de superar estos malos tiempos» [2]. Los empresarios colectivos ocuparon, por así decirlo, el lugar de los empresarios privados; la competencia capitalista dejó paso a una competencia entre cooperativas de producción. A pesar de los éxitos aislados de algunos intentos de planificación económica, la dirección consciente y planificada de la economía popular estaba aún muy lejos. El poder de los comités de empresa, tal y como se había ido desarrollando durante el invierno de 1917-1918, amenazaba con socavar paulatinamente la base económica de la revolución.

Estas circunstancias indujeron a los dirigentes soviéticos a introducir una modificación en su política industrial. Aprovecharon el «respiro» concedido al país por la firma de la paz de Brest-Litovsk [3] a comienzos de marzo de 1918 para enfrentarse a las aspiraciones sindicalistas de los obreros y para trabajar en pro de la instauración de una rígida organización obrera. Hasta el momento habían estimulado siempre la propia iniciativa de los trabajadores y la espontaneidad, pero desde entonces comenzaron a exigirles disciplina, orden y organización. A este respecto desarrolló Lenin su teoría de la fase económica de transición basada en un capitalismo de Estado. «Capitalismo de Estado» significaba en aquellos momentos un capitalismo sometido al control estatal que tenía la misión de alcanzar en el menor plazo posible el desarrollo industrial de Rusia y promover el nivel de desarrollo de las fuerzas técnicas productivas que, según Marx, era un requisito para el socialismo. Para ello había que aprovechar los métodos capitalistas de producción y distribución, delegar las funciones directivas en especialistas burgueses, promulgar una rígida reglamentación del trabajo y someterla a la jurisdicción de tribunales disciplinarios, centralizar las funciones directivas en materia económica y pasar a una dirección individual de todas las empresas. En opinión de Lenin este sistema representaba para la atrasada Rusia, en donde predominaban las empresas pequeñas y muy pequeñas y en donde la gran industria y las redes ferroviarias estaban completamente destruidas, la única posibilidad viable de reconstruir la economía. Explicaba que había cinco formaciones socioeconómicas que constituían el contradictorio sistema económico ruso: la eco-

nomía rural patriarcal (economía doméstica cerrada), la producción de mercancías a pequeña escala (venta de cereales por los campesinos), el capitalismo privado (mercado libre), el capitalismo de Estado (empresas capitalistas bajo control estatal) y el socialismo (empresas nacionalizadas). Lenin argumentaba que no se podía pasar directamente al socialismo a partir de las dos primeras formas económicas precapitalistas. Consideraba que el logro de una economía industrializada y racionalizada, como era la que representaba el capitalismo de Estado, constituía un requisito previo. Pensaba que la economía de guerra alemana era un modelo ejemplar de capitalismo de Estado y que había que aplicarlo a las circunstancias rusas. Exigía «aprender del capitalismo de Estado alemán, adoptarlo con toda energía, no retroceder ante métodos dictatoriales para acelerar más esta adquisición de lo que [el Zar] Pedro aceleró la adopción de la cultura occidental por la bárbara Rusia» [4].

Los dirigentes soviéticos se esforzaron por lograr una colaboración en este sentido con una serie de grupos de capitalistas privados. El intento más serio en esta dirección fue el llamado proyecto Meščerskij. Meščerskij, director de un gigantesco complejo industrial que daba trabajo a cerca de 60.000 operarios y cuyo centro estaba formado por las factorías de Sormovo y Kolomna, se había dedicado ya desde la Revolución de Octubre a planear la fundación de un supertrust capitalista estatal. Por encargo del poder soviético elaboró el proyecto de una «sociedad nacional» que iba a estar organizada como un trust y que, con 300.000 trabajadores y un capital base de 1.500 millones de rublos iba a abarcar a casi la totalidad de la industria pesada rusa. Como objetivo inmediato de este trust combinado se señaló la reconstrucción de la red de comunicaciones. Pero como Meščerskij y sus colaboradores exigían una parte importante de las acciones, así como los puestos directivos de la sociedad nacional, y como además las organizaciones de obreros de las empresas afectadas protestaban incesantemente ante la idea de semejante colaboración, el proyecto de la sociedad nacional, al igual que una serie de planes similares, fue suspendido.

La decisión sobre la política industrial a seguir fue adoptada en las mismas empresas en que estaban teniendo lugar los grandes conflictos sociales. Las tentativas de introducir un capitalismo de Estado fracasaban generalmente ante la resistencia de los obreros, que utilizaban su posición de poder para desplazar completamente a los empresarios y a los altos empleados. Mientras que éstos, antes de la Revolución de Octubre, se habían defendido principalmente a través de lock-outs y restricciones de la producción, ahora abandonaban frecuentemente sus empresas y esperaban

el inminente derrumbamiento del poder soviético; o intentaban sabotear sus directrices. En estas circunstancias lo único que el poder central y los soviets locales podían hacer era confiscar las fábricas afectadas y asumir su administración, si no querían que todo el proceso terminase por escapárseles de las manos. El primer congreso panruso de economía política, que se reunió a finales de mayo de 1918, resolvió finalmente la paulatina y ordenada nacionalización de la industria y la creación de una administración obrera. Poco tiempo después se decretó la nacionalización de toda una serie de ramas de la industria, así como de las empresas más importantes. Paralelamente se dio término a la creación de administraciones obreras en las que el papel más importante corría, en un primer tiempo, a cargo de los comités de empresa y más tarde de los sindicatos. Así comenzó a formarse en el verano de 1918 en la Rusia soviética una organización industrial socialista que estaba basada en el principio de los soviets.

b) La dictadura en los alimentos

El hecho de que se pudiera continuar desarrollando estas formas de organización y extenderlas finalmente a toda la economía era dudoso, ya que apenas existía la posibilidad de incluir al campesinado en un sistema semejante. Los campesinos rusos estaban viviendo su propia revolución, que se dirigía contra los terratenientes y que aspiraba a una igualdad generalizada en todo el país; las luchas políticas de las grandes ciudades les interesaban mucho menos. Cuando la ciudad no pudo ya ofrecerles productos industriales, retuvieron sus propios productos. No existía ya para ellos una obligación de venta desde el momento en que la revolución había eliminado su obligación de pagar los elevados cánones de aparcería. Las grandes explotaciones rústicas, cuyos productos se destinaban principalmente al mercado, estaban destruidas en su mayor parte. El tráfico de mercancías entre campo y ciudad fue sucumbiendo progresivamente y la población de las ciudades y de los centros industriales comenzó a padecer un hambre cada vez más severa. La crisis de alimentos se agudizó mucho más cuando, después de firmada la paz de Brest-Litovsk, las tropas de las potencias centrales ocuparon Ucrania y estallaron disturbios en otras muchas regiones productoras de trigo. En abril de 1918 no se disponía ni siquiera de la mitad del suministro mensual habitual de cereales. En Moscú y Leningrado se llegó a distribuir de 100 a 50 gramos de pan por persona y día. La población rural de los distritos sin recursos agrícolas pasó meses enteros sin recibir pan. Estas circunstancias provocaron que el su-

ministro de trigo se convirtiese en una cuestión vital para el poder soviético. «Podría parecer que se trata de una lucha por el pan», decía Lenin, «en realidad se trata de una lucha por el socialismo» [5].

Los dirigentes soviéticos tomaron la decisión de resolver el problema del suministro de cereales haciendo uso de la violencia; en mayo de 1918 se estableció en todo el país una dictadura en los alimentos. El monopolio estatal del trigo, introducido ya por el gobierno provisional, iba a ser impuesto a cualquier precio, recurriendo a las armas si fuese preciso. Esto significaba la represión completa del comercio privado de cereales y, sobre todo, de la especulación. Todas las existencias podrían ser confiscadas sin indemnización alguna. Los campesinos que retuviesen trigo o lo empleasen en la elaboración de aguardientes tendrían que comparecer ante un tribunal revolucionario y serían castigados a diez años de prisión y de trabajos forzados. El Comisariado del Pueblo para la Alimentación fue investido de plenos poderes para obtener por la fuerza los productos de los campesinos. Así comenzó en los meses anteriores a la nueva cosecha una despiadada lucha por los cereales que iba principalmente dirigida contra los *kulaks*. Se intentó ofrecer a los campesinos artículos textiles, hilos, enseres domésticos y aperos de labranza dentro de las disponibilidades y establecer así un intercambio directo y natural entre la ciudad y el campo. Pero como la producción industrial se había deteriorado hasta tal punto que este intercambio directo quedó reducido a unas pocas excepciones, lo normal era que los órganos estatales responsables del suministro de cereales tuviesen que recurrir a métodos coercitivos. Los dirigentes soviéticos invitaban a los trabajadores de las grandes empresas a crear piquetes de suministro de víveres y a confiscar por sí mismos los excedentes de trigo de los campesinos. Al poco tiempo operaba en toda Rusia y sobre todo en Rusia central y en la zona del norte del Volga todo un ejército de aprovisionamiento. Los piquetes de las ciudades intentaban buscar apoyo para su acción entre los campesinos más pobres y ganarlos para su causa entregándoles la cuarta parte del trigo confiscado. Acudieron a los pobres de los pueblos y les invitaron a formar con ellos una «unión de todos los hambrientos contra los hartos» [6]. Consiguieron quebrar el frente unido que formaban los pueblos contra las ciudades y agudizar los conflictos sociales latentes entre los diferentes estratos del campesinado. La consecuencia lógica de esto era la guerra civil, con todas sus secuelas. En este sentido habló Trotski en una asamblea pública celebrada en Moscú a principios de junio: «Nuestro partido está a favor de la guerra civil. La guerra civil estalla con motivo de la cuestión del pan. Nosotros, los soviets, hemos tomado la iniciativa» [7].

Los estratos más pobres de los pueblos formaron a menudo grupos cerrados en su lucha contra los más ricos. Para apoyar las aspiraciones de estos grupos los dirigentes soviéticos decretaron en junio de 1918 la creación de comités de campesinos pobres y pusieron en sus manos una serie de poderes administrativos. Esto proporcionó a la guerra civil en el campo una base institucional. Con la ayuda de los comités de campesinos pobres, los destacamentos de aprovisionamiento de las ciudades consiguieron requisar las existencias de trigo de las clases acomodadas y mejorar algo el suministro a las ciudades y a las zonas industriales. Estos comités desempeñaron también un papel relevante en la recaudación del impuesto extraordinario de la revolución que gravaba a los estratos pudientes en la ciudad o en el campo. No se limitaban solamente a confiscar excedentes o a recaudar impuestos, sino que aprovechaban su creciente posición de poder en los pueblos para quitar tierras y también en parte ganado y aperos a los campesinos mejor situados y repartirlos entre los más pobres. Esto acabó con la mayor parte de las explotaciones agrarias más grandes. Casi la mitad de los campesinos que antes habían sido pobres se convirtieron en campesinos medios que formaban ahora el sector más importante de la agricultura. Millones de jornaleros se convirtieron en pequeños propietarios sin que por eso llegasen a alcanzar una base vital suficiente. El proceso de nivelación de la población agrícola, que había comenzado ya con la primera fase de la revolución agraria, fue progresando de esta forma.

Los comités de campesinos pobres se inclinaban cada vez más a conservar en el pueblo los excedentes confiscados en vez de enviarlos a la hambrienta ciudad. A la larga apenas si se podía contar con su ayuda para solucionar el problema del aprovisionamiento. Además, su actividad se dirigía cada vez más contra los agricultores medios que constituían ahora la mayoría en los pueblos y de cuya benévola neutralidad dependía el poder soviético. Este fue el motivo de que los comités de campesinos pobres fuesen disueltos a finales de 1918; sus miembros más activos fueron absorbidos por los soviets de los pueblos. El aprovisionamiento fue confiado casi con exclusividad a grupos de obreros armados y a destacamentos del ejército rojo.

La base legal del sistema de requisas estaba formada por la entrega forzosa, establecida en 1919 para el trigo y ampliada posteriormente a casi todos los productos agrícolas. El Estado comenzó fijando las necesidades de víveres y productos agrícolas, prorrateándolas luego entre los diferentes distritos tomando como base criterios económicos diferenciales, como superficie cultivada, magnitud de la cosecha, número de reses y otros similares. Las

cantidades que debía entregar cada campesino venían igualmente determinadas por su capacidad productiva. Había que gravar fundamentalmente a los agricultores que poseyesen más tierras, ganado o aperos. Pero la necesidad de conseguir a cualquier precio víveres para la ciudad hizo que, en la práctica, los campesinos pequeños y medianos fuesen igualmente incluidos en la obligación de entregar una parte de su producción. Todo *pud* [16,38 kg.] de trigo que el campesino no emplease en su propio consumo debía ser cedido al Estado a un precio fijo muy reducido. El comercio libre estaba completamente prohibido, ya que fomentaba el desarrollo de situaciones capitalistas. «El libre comercio con el trigo significa el enriquecimiento a través de trigo», afirmaba Lenin, «y esto significa el retorno al antiguo capitalismo, cosa que jamás permitiremos; lucharemos contra ello, cueste lo que cueste[8]. El Estado solamente podía proporcionar a los campesinos una parte del importe y pagaba normalmente con papel moneda que no tenía ningún valor. Esto obligaba a los destacamentos de aprovisionamiento a utilizar la violencia para forzar a los campesinos a que entregasen sus productos. De esta forma consiguieron proporcionar un mínimo de alimentos a la población hambrienta durante los años de la guerra civil.

La obligación de entrega y el sistema de requisas que formaban la base económica del comunismo de guerra fueron causa de enormes perjuicios para la agricultura. Los campesinos que no obtenían algo a cambio de sus productos se inclinaban cada vez más por una economía doméstica cerrada. Producían casi exclusivamente para su propio consumo e intentaban obtener todos los alimentos y materias primas de su propia granja. Esto no supuso solamente un retroceso en el rendimiento de las cosechas, sino además una igualación de la producción agrícola al nivel más bajo. La economía natural predominaba en forma más acusada que anteriormente. Los dirigentes soviéticos intentaron hacerse al menos con una parte de las antiguas posesiones agrícolas de la nobleza y reconstituirlas sobre nuevas bases, convirtiéndolas en explotaciones estatales modelos, los llamados *sovjoses*. Además fomentaron diversas formas de explotaciones colectivas para las que ya se habían unido los estratos más pobres de los pueblos y algunos obreros de las ciudades y en las que la tierra se cultivaba conjuntamente o, más a menudo, se organizaba toda la producción y el consumo de acuerdo con principios colectivos. Pero esas grandes explotaciones agrícolas solamente disponían de un 3 a un 4 por 100 de toda la superficie agraria útil y carecían de ganado y de aperos de labranza. Los escasos y, por lo general, deficientemente equipados y mal dirigidos *sovjoses* o *koljoses* consumían

normalmente sus propios productos y apenas colaboraban en el aprovisionamiento de las ciudades y de los centros industriales. El Estado fue obligado, por ello, a la explotación desconsiderada de las explotaciones pequeñas y muy pequeñas, que caracterizaban la imagen de la economía agraria rusa después de la revolución.

c) La economía natural proletaria

En el punto culminante de la crisis interna, cuando el poder soviético luchaba desesperadamente contra el hambre, el paro masivo y los disturbios locales que amenazaban su supremacía, se vio enfrentado a nuevos peligros. A finales de mayo de 1918 se sublevó la legión checa[9], lo que supuso la pérdida de todo el ferrocarril transiberiano y, con él, de enormes extensiones territoriales. Pudo formarse así toda una serie de gobiernos contrarrevolucionarios que ampliaron rápidamente su área de influencia, ya que apenas si encontraban alguna oposición. Al mismo tiempo entraron en acción las potencias occidentales, que se sentían provocadas por la retirada rusa de la guerra, por la anulación de las antiguas deudas del Estado y por la nacionalización de la industria que trabajaba en gran parte con capital occidental. Estas potencias desembarcaron tropas en algunas ciudades costeras rusas y proporcionaron apoyo material a todos aquellos grupos que trabajaban para derribar el poder soviético. Los dirigentes soviéticos, que no disponían de un aparato administrativo eficaz ni de un ejército poderoso, se vieron obligados a adoptar de momento una actitud defensiva. A comienzos de septiembre de 1918 se declaró a Rusia «fortaleza sitiada», y su defensa era prioritaria a todos los demás objetivos.

A partir de este momento el desarrollo interno del país comenzó a depender de las condiciones de la guerra civil y de la intervención armada. Todos los intentos de conferir una dirección socialista a la industria rusa estaban llamados al fracaso simplemente porque el país quedó completamente destruido como organismo económico unitario. Además de los territorios que el poder soviético había perdido a raíz de la paz de Brest-Litovsk, provincias industriales y ricas en materias primas como los Urales, la zona del Volga, Siberia, el Turquestán, el Cáucaso y la cuenca del Donetz pasaron temporalmente a manos antisoviéticas. Privada de las materias primas y los combustibles de estas regiones, la industria del norte y del centro de Rusia, que estuvo en manos del poder soviético durante toda la guerra civil, era prácticamente incapaz de producir. Se consiguió sustituir en gran parte la hulla y

el petróleo por madera, turba y lignito, que se extraían en las cercanías de Moscú; pero con todo la capacidad productiva de las empresas descendió enormemente. En esta situación no cabía esperar la más mínima ayuda de fuera. Las potencias occidentales sometieron a Rusia a un bloqueo económico total, con lo que el comercio exterior quedó completamente interrumpido. Al aislamiento del país contribuía en gran medida la inseguridad de la situación económica y política. El poder central no sabía nunca con exactitud con qué territorios podría contar al día siguiente. A lo largo de toda la guerra civil solamente una novena parte de la Rusia europea y una sexta parte de la población estuvieron constantemente bajo su control. La economía de los territorios recuperados por el ejército rojo estaba casi siempre completamente destruida. «El territorio conquistado por los bolcheviques se parecía mucho a un desierto» [10].

Mientras la industria estuviese a disposición del poder soviético tenía que adaptarse a las necesidades provocadas por la guerra. En principio las fábricas de armamento se sometieron a un régimen militar y poco después toda la industria restante. La comisión extraordinaria para el aprovisionamiento del ejército rojo y el consejo de defensa, a quienes estaban sometidos todos los demás órganos administrativos, dirigían la industria a través de comisarios que estaban investidos de plenos poderes. Las organizaciones obreras, que hasta el momento habían administrado las empresas según sus propias concepciones, quedaron así reducidas a ser meros órganos ejecutivos del poder central. La dirección individual sustituyó en todos los niveles al sistema colegiado. El consejo supremo de economía política, que había sido creado inmediatamente después de la Revolución de Octubre, obligaba a las fábricas capaces de funcionar a producir de acuerdo con las necesidades de guerra, sirviéndose para ello de la ayuda de un aparato administrativo muy centralizado. Al mismo tiempo intentaba canalizar toda su actividad a través de administraciones centrales. El gobierno central suministraba las materias primas y los combustibles a las fábricas, que, por su parte, estaban obligadas a entregar toda su producción al Estado. Una organización de este tipo exigía un gigantesco aparato burocrático cuya magnitud creció hasta tal punto que llegó a ensombrecer a la burocracia zarista.

En noviembre de 1918 se nacionalizó todo el comercio interior. El Comisariado del Pueblo para la Alimentación, cuyos órganos realizaban ya el acopio de las entregas forzosas de los campesinos, recibió el encargo de proveer a la población activa de alimentos y bienes de consumo diario. Para poder repartir lo más racional y equitativamente posible los escasos víveres, los dirigentes soviéti-

cos dispusieron que toda la población se agrupase forzosamente en cooperativas que quedarían subordinadas al Comisariado de Alimentación. El reparto era casi siempre gratuito y sometido a rígidas normas. Para ello se dividió a la población de las ciudades en tres categorías: los obreros encargados de labores pesadas, los demás trabajadores y las antiguas clases dominantes. Las raciones se distribuían entre ellos en una proporción de 4, 3 y 1, respectivamente. Pero estas raciones eran tan reducidas que lo que correspondía a la categoría superior bastaba en el mejor de los casos para asegurar una existencia de hambre.

Los campesinos también debían ser paulatinamente incluidos en el sistema de racionamiento. Cuando se extendió el sistema del abastecimiento gratuito, comenzaron a tener menor importancia las relaciones monetarias y de mercado. Los precios oficialmente fijados tenían ya solamente un carácter nominal. Como, a causa del aumento de la inflación, los salarios se pagaban cada vez más frecuentemente en especie, se llegó a una progresiva naturalización de las relaciones económicas.

Así se formó, a lo largo del año 1919, cuando la guerra civil alcanzó su punto culminante, el sistema del comunismo de guerra en el que el Estado intentaba asumir por sí mismo todas las funciones de producción y distribución. Este sistema permitió satisfacer las necesidades más perentorias del ejército rojo y de la población urbana, de forma que la Rusia soviética pudo salir victoriosa de su confrontación con un enemigo superior. Pero no bastó para impedir que continuasen la decadencia económica y el rápido empeoramiento de las condiciones de vida. La población padecía constantemente de hambre, y en invierno, de un frío espantoso. Los habitantes de Moscú solamente recibían la séptima parte de las calorías que habían sido distribuidas por persona y día en Alemania a través del sistema de racionamiento implantado durante la primera guerra mundial. En estas circunstancias la subalimentación y la muerte por hambre eran fenómenos cotidianos. Como la madera disponible se necesitaba como combustible para las fábricas, la mayoría de las viviendas se quedaron sin calefacción por duras que fuesen las condiciones climatológicas. Se declararon epidemias de cólera y principalmente de tifus. Estas condiciones fueron la causa de una incapacidad laboral parcial de la población. La gente huía al campo, en donde existía, cuando menos, una posibilidad de supervivencia, y las ciudades quedaron despobladas. Cuando terminó la guerra civil en 1919-1920 y el poder soviético estuvo firmemente asentado, el país estaba al borde del abismo. *Pravda* decía: «Los trabajadores de la ciudad y en parte también los de los pueblos se estremecen de hambre. Los trenes prácticamente no circulan. Las casas se pudren

y se caen. Las ciudades están llenas de inmundicias. Las epidemias se extienden y en todas partes la muerte cosecha sus víctimas. La industria ha quedado completamente destruida» [11].

El fin provisional de la guerra civil, el levantamiento del bloqueo económico y la firma de los primeros tratados con países extranjeros crearon una situación [12] en la que el poder soviético tenía que intentar encontrar el camino óptimo para la reconstrucción económica. Tenía que decidir si la política que había llevado hasta el momento, basada en un desconsiderado saqueo del campesinado y la subordinación total de la industria a un reglamento militar, iba a ser continuada o si deseaba restablecer las formas de organización que habían surgido en los meses que siguieron a la Revolución de Octubre. Los dirigentes soviéticos resolvieron reconstruir la economía rusa con la ayuda del sistema del comunismo de guerra, que debía ser desarrollado, y pasar directamente y sin etapas intermedias al orden económico y social comunista. En su opinión, esto significaba en primer lugar la lógica implantación de los métodos militares a toda la economía cuyo eje estaba constituido por la llamada militarización del trabajo que Trotski había propuesto a finales de 1919. Toda la población activa del país debería convertirse en un gigantesco ejército laboral en el que cada cual tendría un deber que cumplir y sería castigado como desertor en el caso de que intentase sustraerse al cumplimiento de sus obligaciones. Una parte importante de los campesinos fue asignada a los trabajos en bosques y carreteras, transporte local, extracción de turba y otras tareas en beneficio de la colectividad. Al mismo tiempo muchas unidades militares fueron convertidas en ejércitos laborales que se encargaban de cortar madera, construir carreteras y reparar las vías del ferrocarril. La oganización así conseguida y la metódica utilización de la mano de obra constituyó la base fundamental de la reconstrucción económica. En el futuro, opinaba Trotski, la diferencia entre ejército militar y laboral quedaría completamente anulada: «Se militariza el trabajo y se industrializa el ejército» [13]. Para incrementar la intensidad del trabajo, los dirigentes soviéticos fomentaron igualmente el movimiento de los *subbotniki* (de *subbota* = sábado), es decir, de mano de obra extraordinaria, voluntaria y gratuita. Cada vez fueron mayores los sectores de la población que se vieron arrastrados a realizar trabajos no pagados. En esto veía Lenin la garantía de que la Rusia soviética evolucionaba en dirección al comunismo. «Lo "comunista" comienza allí donde existe a gran escala el trabajo gratuito del individuo por el bien de la colectividad sin que exista la necesidad de que sea impuesto por la autoridad o por el Estado», escribía [14].

De acuerdo con las ideas de los dirigentes soviéticos, la economía rusa debería reconstruirse en un orden predeterminado. En primer lugar, estaba el restablecimiento de la red de comunicaciones; luego se crearía una industria de bienes de equipo y solamente después se pasaría a producir bienes de consumo masivo. No se trataba de hacer que la industria rusa comenzase por recuperar la posición que tenía antes de la guerra. La destrucción a gran escala ofrecía la posibilidad de implantar directamente la más moderna tecnología y evitar así el paso por determinadas etapas intermedias. A este respecto se alimentaban grandes esperanzas en relación con la electrificación de la industria. Una discusión teórica sobre un plan económico unitario condujo, en diciembre de 1920, a la propuesta de un plan de reconstrucción a largo plazo, el plan GOELRO. Estaba construido en torno a la idea de reestructurar todas las ramas de la economía sobre la base de la energía eléctrica. «Comunismo, esto significa poder soviético y electrificación de todo el país», declaraba Lenin [15]. La electricidad ayudaría a elevar la productividad de la industria y la agricultura muy por encima de los niveles del momento. En el plazo de diez a quince años se pretendía doblar la producción industrial respecto a las cifras alcanzadas en 1913, construir 30 grandes centrales eléctricas y crear 20.000 ó 30.000 kilómetros de líneas férreas. Los necesarios recursos financieros, unos 17.000 millones de rublos, se conseguirían principalmente a través de la exportación de productos agrícolas, la adjudicación de concesiones y la obtención de créditos. El plan GOELRO implicaba, pues, la prosperidad de la agricultura y la cooperación económica con las potencias capitalistas.

Entretanto el consejo supremo de economía política había proseguido la nacionalización de la industria ampliando su área de actuación a la industria pequeña y doméstica. Al mismo tiempo se amplió el sistema del abastecimiento gratuito. Aumentó rápidamente, sobre todo en las grandes ciudades, el número de comedores públicos en donde se servían comidas gratuitas: en 1920 casi toda la población de Petrogrado y cerca de la mitad de la de Moscú utilizaron este servicio. Los órganos del Comisariado del Pueblo para la Alimentación proveían a 38 millones de personas de víveres y objetos de uso diario. Los servicios estatales y comunales, como el correo, el teléfono, el telégrafo, el transporte por ferrocarril, la vivienda y otros eran igualmente gratuitos. En muchas zonas el dinero dejó de tener sentido. Se intentaba que todas las relaciones entre las empresas estatales evolucionasen hacia liquidaciones no monetarias cuya base estaba formada en las llamadas unidades de trabajo que correspondían a la productividad media de un obrero normalmente cualificado. Los bancos naciona-

lizados formaban, juntamente con el erario, un organismo de liquidación unitario. Los impuestos, que habían perdido su sentido en estas circunstancias, fueron eliminados. Parecía que la economía monetaria y de mercado iba a poder sustituirse por una «economía natural proletaria».

En el invierno de 1920-1921 se intentó incluir a la agricultura en el sistema de la economía natural proletaria. Los campesinos, que hasta el momento habían estado sometidos a la obligación de entrega, iban a ver su producción regulada por el Estado para poder superar así su crisis de estancamiento. A este efecto se fundó un comité de cosechas cuya misión sería encauzar y vigilar los cultivos desde la primavera. Con ello se quería obligar a los campesinos a ampliar la extensión de sus cultivos y evitar un retorno a una economía de cobertura de las propias necesidades. Los agricultores que obtuviesen resultados sobresalientes recibirían un premio. Y en cualquier caso nadie podría retener excedentes para venderlos en el mercado libre. Al hacer esto, los dirigentes soviéticos consideraban que la regulación estatal de los millones de explotaciones agrícolas aisladas constituiría solamente una fase transitoria. Para el futuro se había previsto la creación de grandes empresas agrícolas que hasta el momento solamente desempeñaban la función de explotaciones modelo, para lo cual había que comenzar por reconstruir las antiguas instalaciones destruidas.

Aunque los dirigentes soviéticos no regatearon ningún esfuerzo para ampliar el sistema de la economía natural proletaria a todos los sectores, no consiguieron suprimir el mercado libre. El comercio privado desempeñaba, como lo había hecho siempre, una función indispensable. Innumerables estraperlistas transportaban, a pesar de toda la vigilancia ejercida, sacos de trigo y de otros alimentos a las ciudades después de haberlos obtenido de los campesinos a cambio de sal y de productos manufacturados. En todos los rincones del país surgieron pequeños mercados que ofrecían al comercio libre nuevas áreas de acción. La mayor parte de los alimentos que recibían las ciudades eran suministrados por el mercado libre y solamente gracias a su ayuda pudo sobrevivir la población urbana. La economía rusa se disgregó, pues, en economía natural proletaria, apoyada por los dirigentes soviéticos con todos sus recursos, y economía privada de mercado, combatida por éstos con no menos energía.

El intento de continuar la política del comunismo de guerra después de las inmensas pérdidas de la guerra civil condujo finalmente, después de algunos éxitos parciales que quedaron anulados por la intervención polaca [16] y por la renovada actividad de tropas contrarrevolucionarias, a la catástrofe económica en el in-

vierno de 1920-1921. La mayor parte de las fábricas estaban completamente paradas o trabajaban sólo unos pocos días al mes. La producción de la industria pesada era de una séptima parte de su antigua capacidad. La producción de hierro colado correspondía a la explotación realizada en tiempos de Pedro I; en toda Rusia apenas si funcionaba aún un alto horno. Todos los trabajadores que no habían sido reclutados por el ejército rojo o que no habían huido al campo para escapar del hambre empleaban la mayor parte de la jornada laboral en producir artículos de uso personal para entregárselos a los campesinos a cambio de víveres. La producción agrícola descendió asimismo a cotas muy inferiores a las alcanzadas en 1913. El resultado de las cosechas disminuyó en un tercio, de forma que, comparado con la producción anterior a la guerra, no bastaba ni siquiera para satisfacer las propias necesidades de los campesinos. La producción de las explotaciones pequeñas se había reducido en dos tercios, como término medio. La red de ferrocarriles estaba completamente paralizada. Se trataba de una recesión de las fuerzas productivas «sin igual en toda la historia de la humanidad» [17].

Entretanto las condiciones de vida en las ciudades se habían hecho insoportable. Los dirigentes soviéticos se vieron obligados a reducir aún más las raciones previstas. No disponían de materias primas y combustibles para mantener en funcionamiento las fábricas más importantes ni tampoco de víveres para alimentar al personal. Los trabajadores no estaban ya dispuestos a seguir soportando tales sacrificios y privaciones. En Petrogrado, Moscú y Kiev se produjeron manifestaciones, huelgas y reuniones de protesta en las que se exigía ropa de invierno, eliminación de las obligaciones laborales y el libre comercio de los alimentos. Un testigo ocular menchevique, Dan, que llegó a Petrogrado a comienzos de febrero de 1921, comentaba: «Las fábricas y los talleres estaban en ebullición, los obreros se reunían para discutir la situación. Sus exigencias se centraban en la abolición de la vigilancia en las carreteras y el levantamiento de todas las limitaciones para la creación de un mercado libre de alimentos. Los obreros impedían que los oradores bolcheviques tomasen la palabra en las fábricas; en las calles los funcionarios bolcheviques eran sacados violentamente de sus coches y amenazados con bastones. Para el día 20 de febrero el movimiento se había convertido en una huelga general» [18]. Entretanto, en el campo se multiplicaban los disturbios y los levantamientos dirigidos contra la brutalidad de los comandos encargados de las confiscaciones. Cuando estos embargos fueron continuados después de la mala cosecha del año 1920, que arruinó a muchos campesinos, el descontento hacia el poder soviético adoptó formas más peligrosas. Casi todas

las regiones que suministraban alimentos para las ciudades y centros industriales fueron afectadas por un movimiento subversivo: «¡Negaos a hacer las entregas! ¡Abajo las tropas de aprovisionamiento! ¡Viva el comercio libre!», ésas y otras parecidas eran las exigencias de los agricultores. Los levantamientos campesinos fueron más numerosos y más violentos en los distritos que habitualmente tenían excedentes de cereales, es decir, en el territorio central, Ucrania y Siberia. En el distrito de Tambov, que estaba sometido a cuantiosas confiscaciones, cerca de 50.000 campesinos se organizaron a principios de 1921 como un verdadero ejército. Un número parecido de campesinos armados operaba en Ucrania. En Siberia occidental los grupos de campesinos militarmente formados eran aún más numerosos. La guerra de guerrillas contra el ejército rojo, que supuso muchas bajas por ambas partes, interrumpió durante semanas las comunicaciones entre Siberia y la Rusia europea. Según datos oficiales eran en total 165 las grandes bandas de campesinos armados que luchaban en el territorio soviético. En el punto culminante del levantamiento, los primeros meses de 1921, no había casi ningún distrito en el que los campesinos no estuviesen luchando contra los órganos del poder soviético. La ola de levantamientos y protestas llegó a su punto más alto a principios de marzo con la sublevación de los soldados y marinos de Kronstadt. Al comienzo se había exigido solamente una mejora del suministro de alimentos y, a consecuencia de esto el restablecimiento del libre comercio entre el campo y la ciudad pero en este momento el levantamiento adquiría un matiz político. Se pedían nuevas elecciones de los soviets, así como libertad para todas las organizaciones socialistas. La revuelta de la fortaleza marítima de Kronstadt era la manifestación de la crisis económica y política más seria que había padecido el poder soviético. Si quería sobrevivir no tenía más alternativa que introducir una modificación fundamental en la política económica que había llevado hasta el momento.

III. *La Nueva Política Económica*

a) La reconstrucción de la economía

El 15 de marzo de 1921, cuando el levantamiento de Kronstadt estaba aún en plena ebullición, el X congreso del Partido Comunista ruso anunció una nueva política agraria. La obligación de entrega, que normalmente debía ser impuesta con las armas, se sustituyó por un impuesto en especie; los campesinos podrían disponer libremente de los excedentes.

No existía ninguna duda respecto a la urgencia de esta medida. «Es necesario», declaraba Lenin, «comunicar a todo el mundo por radio esta misma noche lo que hemos decidido y hacer saber que el congreso del Partido gubernamental ha sustituido en principio la obligación de entrega por un impuesto, con lo que proporciona al agricultor modesto una serie de estímulos para ampliar su explotación e incrementar la superficie de cultivo; que, al emprender este camino, el congreso del Partido corrige el sistema de las relaciones entre proletariado y campesinado, manifestando su convicción de que en esta forma se establecerían sólidas relaciones entre ambos sectores» [1]. Se esperaba, pues, que con la abolición de la obligación de entregar los excedentes y el restablecimiento de la libertad de venta se podía sellar un pacto político con los campesinos. De no existir una alianza duradera de este tipo y a juzgar por las experiencias de los últimos meses, la continuidad del poder soviético estaba en peligro.

Aunque los dirigentes soviéticos pensaron inicialmente limitar el intercambio de mercancías al ámbito local y asentarlo sobre unos principios de economía natural, no tardaron en verse obligados a legalizar el tráfico de mercancías y dinero ante la presión de las fuerzas económicas espontáneas que estaban cobrando vida. Una de las consecuencias de esta medida fue la transformación del impuesto en especie en un impuesto en dinero. La iniciativa privada se desarrollaba libremente no sólo en el ámbito de la agricultura, sino también en el del pequeño comercio y la pequeña empresa que asumieron de nuevo un carácter casi totalmente privado. Así fue como en amplios sectores de la economía del país se desarrollaron relaciones de mercado capitalistas. Pero también en estas condiciones el Estado continuó siendo el sujeto económico más importante. Concentraba en sus manos casi toda la industria pesada, las comunicaciones, la banca y el sistema crediticio, el comercio exterior y una parte preponderante del comercio interior. Desde esta perspectiva de superioridad intentaba controlar la economía privada y encauzar sus ganancias, siempre que fuese posible, hacia la reconstrucción de la industria estatal. Por su parte, las industrias estatales se vieron naturalmente obligadas a orientarse de acuerdo con los principios de la contabilidad comercial, es decir, a someterse a criterios de rentabilidad. En el fondo la Nueva Política Económica, como se designaba al conjunto de medidas adoptadas a partir de marzo de 1921, conducía a una competencia entre la economía privada y la estatal, en la que esta última debía resultar victoriosa.

Pero la Nueva Política Económica llegó demasiado tarde para conseguir que ese mismo año se realizase un mejor cultivo de los campos. El año 1921 trajo una espantosa sequía y una mala co-

secha, principalmente en la zona del Volga, como no se había conocido en Rusia desde hacía tres siglos. La cosecha no llegaba ni a la mitad de lo que había sido el promedio antes de la guerra; se realizaron matanzas masivas que diezmaron la cabaña ganadera; las estadísticas oficiales arrojaban la cifra de cinco millones de personas que morían de hambre en los distritos afectados por la mala cosecha. Solamente en 1922, en que se recogió una cosecha espléndida, comenzó a recuperarse la agricultura. Ni siquiera la mala calidad de la cosecha de 1924 en algunas regiones pudo detener esta marcha ascendente. La Nueva Política Económica, a través de la autorización de la venta libre y más tarde también de los contratos de aparcería y del trabajo asalariado, desató una serie de fuerzas que eliminaron en un plazo muy breve los perjuicios producidos por los años de guerra mundial y civil. En el ejercicio económico 1926-1927 el valor de la producción agrícola, tomando como base del cálculo una cosecha media, alcanzó el 98 por 100 del volumen registrado antes de la guerra. La restauración de la agricultura podía darse por terminada en sus líneas esenciales.

La reconstrucción de la industria, en contraste con los planes del comunismo de guerra, se orientaba igualmente de acuerdo con las necesidades y las posibilidades del mercado. Comenzó en la industria pequeña y doméstica, que necesitaba pocas materias primas y combustibles, de forma que, inmediatamente después de la desaparición de la economía dirigida, pudo reemprender e incluso aumentar su producción. También crecieron rápidamente aquellas ramas de la industria que producían bienes de consumo masivo, porque su producción tenía una salida inmediata y las elevadas ganancias les permitían la autofinanciación. Esta evolución quedó interrumpida en otoño de 1923 por una severa retracción de la demanda, resultante de la creciente discrepancia entre los precios industriales y los precios agrícolas. Mientras que la industria aprovechaba sin contemplaciones la coyuntura exigiendo precios cada vez más altos para su productos, los campesinos obtenían un beneficio tan modesto de la venta de sus mercancías que no estaban en condiciones de pagar los elevados precios industriales. De esta forma cesaron las ventas y el tráfico de mercancías entre campo y ciudad, que había comenzado con la implantación de la Nueva Política Económica, se interrumpió casi por completo. Los dirigentes soviéticos tuvieron que corregir a comienzos de 1924 la política de precios en favor de la agricultura para superar esta crisis de consumo, con lo cual la evolución económica ulterior transcurrió relativamente libre de trabas. La industria ligera obtuvo en el mercado los recursos financieros que necesitaba para su puesta en marcha. Respecto a la industria pesada, que estaba

mucho más quebrantada que las restantes ramas de la industria y que estaba paralizada en su mayor parte, fue necesario que el Estado otorgase subvenciones para detener el proceso de descapitalización y compensar las pérdidas en inmovilizado e instalaciones registradas durante la guerra. Al igual que la producción agrícola, la marcha ascendente de la industria alcanzó por término medio diez años después de la Revolución de Octubre las mismas cotas de rendimiento que antes de la guerra. Aunque los estragos habían sido mayores en Rusia que en Europa occidental y aunque la reconstrucción comenzó más tarde y sin ayuda exterior, se pudo dar por terminado el período de restauración antes que en la mayoría de los demás países. La Nueva Política Económica había superado con esto su primera prueba.

A pesar de todo, aun después de la reconstrucción económica, la Unión Soviética seguía siendo un país agrícola atrasado en el que (de una población total de 147 millones de habitantes) más de 120 millones de personas vivían en pueblos. Los escasos centros industriales se erguían como islas en un mar gigantesco de explotaciones agrarias pequeñas y muy pequeñas. El número de los obreros fabriles (de una población activa de más de 85 millones) apenas llegaba a 2,5 millones, lo que significaba que no había aumentado desde 1913.

Las instalaciones industriales estaban muy deterioradas y habían quedado completamente obsoletas. El economista Bazarov describió las más importantes ramas de la industria como «museos históricos en donde se puede contemplar en funcionamiento toda la evolución industrial desde el siglo XVIII hasta nuestros días y en donde también existe una acusada "desproporción": los siglos XVIII y XIX están mucho mejor representados que el siglo XX»[2]. La consecuencia del atraso técnico y del deterioro era el elevado costo de la mano de obra, las materias primas y los combustibles. En la gran industria los costes medios de producción eran dos o tres veces más altos que en Europa occidental o en los Estados Unidos y superaban incluso a los de la preguerra. Los dirigentes soviéticos no dejaban de desarrollar iniciativas dirigidas a reducir los costes de la industria. Así, en el verano de 1926 se implantó una campaña de austeridad para limitar los gastos del aparato administrativo de la economía. Además se intentó racionalizar la industria de acuerdo con el modelo occidental, lo que era indispensable para abaratar la producción a gran escala. Pero en aquella situación estas medidas solamente podían actuar como un paliativo. Para alcanzar una mejora fundamental hubiera sido necesaria la renovación radical del aparato productivo a fin de lograr una nueva base técnica.

Los elevados costes de fabricación condicionaban los precios in-

dustriales, que eran relativamente altos. Los dirigentes soviéticos no consiguieron hacer realidad el deseado descenso generalizado de los precios, de manera que seguía existiendo la diferencia entre los precios industriales y los agrícolas. A pesar de lo elevado de los precios reinaba en todo el país un auténtico «hambre de mercancías». Este hambre de mercancías, que manifestaba la divergencia entre una demanda con poder adquisitivo, como la de los pueblos, y la oferta de productos industriales, se agudizó aún más con la política de industrialización introducida a mediados de la década del veinte. Para acelerar la reconstrucción de la industria pesada había que privar al circuito económico de recursos cada vez más numerosos sin poder ofrecer una contraprestación inmediatamente. A consecuencia de esto el hambre de mercancías se convirtió en un fenómeno permanente que no se podía suprimir ni con la instauración de una red comercial colectiva y estatal ni con medidas políticas.

Esta creciente necesidad de mercancías condujo finalmente a un estancamiento de la producción agrícola. Como resultaba imposible proporcionar a los campesinos productos industriales baratos en cantidad suficiente, disminuyó notablemente su interés por la venta de sus propios productos. El contingente de trigo que salió al mercado en 1926-1927 no era más que la mitad de lo que había circulado antes de la guerra. Las materias primas vegetales y animales, excepto el algodón y la remolacha azucarera, eran elaboradas o utilizadas en su mayor parte en la misma explotación o en las industrias domésticas de los campesinos. Además de la necesidad de mercancías, las variaciones de la estructura agraria provocadas por la revolución contribuyeron también a crear este estancamiento de la producción. En primer lugar hay que mencionar la fragmentación del suelo. Las posesiones de la nobleza y las grandes explotaciones agrícolas que solían vender casi la mitad de su producción y que antes de la guerra suministraban siete décimas partes del trigo que se comercializaba, fueron sustituidas por un sinnúmero de minifundios que apenas si podían alimentar a sus dueños y que por término medio tenían solamente una participación de cerca del 11 por 100 en el mercado. Estas explotaciones, que entre 1913 y 1927 aumentaron en varios millones, determinaron la estructura del sector agrícola en los años de la Nueva Política Económica. «El solo hecho», declara Stalin, «de que antes de la guerra existiesen de 15 a 16 millones de explotaciones agrícolas individuales y de que ahora existan de 24 a 25 millones revela que actualmente la base principal de nuestra agricultura está formada por pequeñas explotaciones que solamente suministran un mínimo de trigo al mercado» [3]. El ininterrumpido incremento de las explotaciones individuales fue la causa del constante

retroceso de la superficie media de cultivo, que en el año 1927 apenas llegaba a 4 deciatinas [poco más de 4 hectáreas]. Además faltaba ganado y aperos de labranza. El sector agrícola solamente disponía en 1927 de 27.000 tractores, de los que la mitad estaba en manos de los pocos sovjoses y koljoses existentes. La mayor parte de los agricultores sembraban a mano, segaban con hoces y guadañas y trillaban con trillos y otros procedimientos manuales. Según una encuesta del Comisariado del Pueblo para la Agricultura, en 24 millones de fincas sólo había 9 millones de arados y 8 millones de rastrillos. En total había en esta época de 5 a 6 millones de arados primitivos en uso. Los abonos artificiales eran algo completamente desconocido para la mayoría de los campesinos.

Otra de las causas de la baja de la productividad agrícola era la fragmentación de las propias fincas. El origen de este fenómeno radicaba en el permanente proceso de redistribución que estaba relacionado con el concepto tradicional de comunidad. Más de nueve décimas partes de los campesinos participaban, en tiempos de la Nueva Política Económica, en las comunidades de los pueblos, de forma que la modalidad de aprovechamiento de la tierra económicamente más atrasada y menos productiva predominaba con mucho. Aunque la legislación agraria había prohibido los intercambios de tierras demasiado frecuentes, los campesinos realizaban una y otra vez nuevos repartos, a fin de que en caso de una reglamentación definitiva de las relaciones de propiedad, nadie saliese perjudicado. A menudo esta redistribución adquiría el carácter de ataque contra los estratos superiores de los agricultores que estaban cobrando nuevas energías. A consecuencia de esto el minifundismo, que antes de la revolución había impedido ya toda explotación racional, aumentó considerablemente. Los pedazos de tierra que poseía el campesino eran más numerosos y estaban más diseminados que anteriormente. Según datos del Comisariado del Pueblo para la Agricultura, a mediados de la década del veinte una finca se componía por término medio de dieciséis y en algunos lugares hasta de cien minúsculos pedazos de tierra que a menudo distaban mucho entre sí. Esto provocaba la existencia de innumerables caminos y senderos inútiles que, al igual que las grandes distancias, sobre todo en el sur y en el sudeste de Rusia, multiplicaban los costes de la siembra, los fertilizantes y la cosecha. Con esta caótica organización del suelo resultaba imposible realizar una rotación de cosechas como era debido. Las fórmulas más extendidas eran el barbecho trienal y formas de cultivo aún más extensivas. Un aprovechamiento más intensivo y más racional presuponía la reorganización radical del derecho de utilización de la tierra.

Se podía alcanzar una cierta concentración de los recursos agrícolas dentro de su ámbito de circulación a través de la creación de cooperativas. En otoño de 1927 cerca de un tercio de las explotaciones rústicas estaba agrupado en cooperativas de compra y venta que organizaban principalmente el suministro de productos industriales a los campesinos y la venta de la producción agrícola. En la misma época existían en la Unión Soviética solamente 17.860 koljoses, de los que únicamente 14.500 estaban organizados. Si no se realizaba una mayor concentración de las fuerzas productivas y sobre todo del suelo, la agricultura carecía de futuro. La única forma de asegurar en la Unión Soviética una base duradera para la alimentación, la obtención de materias primas y la exportación consistía en la posibilidad de interrumpir el proceso de fragmentación del suelo y en aumentar considerablemente el número de explotaciones grandes.

b) La diferenciación social del campesinado

Poco tiempo después del comienzo de la Nueva Política Económica se reinició en el campo el proceso de diferenciación social que había nacido a raíz de la reforma agraria de Stolypin y que había sido interrumpido por la revolución y por el comunismo de guerra. «La historia volvió a tomar el hilo y continuó hilándolo» [4]. El proletariado rural, por una parte, y el número de campesinos acomodados, por otra, comenzaron a aumentar. La base para la ampliación de las explotaciones agrarias era el incremento de la superficie de cultivo. En principio se realizó cultivando los campos que durante la guerra habían estado en barbecho, pero a partir de la mitad de la década de los veinte, cuando se agotaron las antiguas reservas de tierra, las explotaciones mayores crecieron a expensas de las medianas y las más pequeñas. Como el suelo no se podía vender, los arriendos eran la forma más importante de ampliación. Generalmente los más acomodados tomaban en arriendo las tierras de los más pobres, ya que éstos no podían cultivarlas por falta de ganado y de aperos. El aparcero, como sucedía antes de la revolución, era siempre el más pobre, que apenas poseía aperos de labranza y que no podía hipotecar ni vender la tierra. La mayoría de los propietarios eran campesinos medios, pero los estratos superiores del campesinado concentraban la mayor parte de la superficie sometida a este régimen jurídico. Además de esto, la posesión y el alquiler de aperos de labranza y la contratación de jornaleros contribuyeron al fortalecimiento de este sector.

Pero no resultaba fácil reflejar cuantitativamente el proceso de

diferenciación social. Los intentos de la estadística soviética de clasificar a los campesinos de acuerdo con el tamaño de la superficie de cultivo o con la posesión del ganado resultaron insuficientes, aunque solamente fuese porque las diferencias regionales en la forma de utilización del suelo y en la significación de la cría de ganado eran extraordinariamente acusadas y porque a menudo existían ingresos no procedentes de la agricultura que desempeñaban un papel muy importante. Esta fue la causa de que, además de la propiedad de la tierra y del ganado, hubiese que tomar en cuenta el trabajo asalariado, los contratos de arriendo, la inversión en equipo y las estadísticas fiscales. Con todos estos criterios fue posible dividir la población rural en cuatro grandes estratos: el proletariado rural, los campesinos pobres, los campesinos medios y los *kulaks*. Al proletariado rural pertenecían todos aquellos habitantes del campo que trabajaban para campesinos de estratos superiores o en explotaciones comunales o estatales o en fincas en las que faltaba el cabeza de familia. Los campesinos pobres eran dueños de explotaciones minúsculas, insuficientemente pertrechadas de ganado y aperos. Para alcanzar unos ingresos que les permitiesen subsistir, estos semicampesinos se veían obligados a alquilar los aperos de labranza, arrendar sus tierras o buscar un empleo adicional. El grupo más numeroso estaba formado por los campesinos medios. Normalmente poseían tierras y aperos en cantidad suficiente para ganarse el sustento con la ayuda de sus familias y para economizar cuando menos un pequeño excedente. Excepcionalmente contrataban jornaleros, sobre todo en la época de la cosecha. En el caso de que tomasen otras tierras en arriendo las cultivaban por sí mismos. Por el contrario, los *kulaks* contrataban sistemáticamente mano de obra asalariada a fin de producir más de lo que necesitaban para cubrir su propio consumo. Se trataba de los campesinos acomodados, los ricos del pueblo o pequeños capitalistas rurales, cuyas explotaciones eran dirigidas de una forma más racional y estaban orientadas a la consecución de un beneficio. Disponían de una superficie de cultivo que, por término medio, solía ser grande; además tomaban otras tierras en arriendo y alquilaban ganado y aperos a los campesinos más necesitados. En algunas comarcas tenían algún negocio auxiliar o se dedicaban al comercio. A menudo prestaban dinero a los demás campesinos exigiéndoles normalmente un interés usurario. Los reductos más fuertes de los *kulaks* estaban, por una parte, en los distritos periféricos de la República Federal Socialista Soviética Rusa (RSFSR) y en las repúblicas periféricas, sobre todo en Uzbekistán, Georgia y Bielorrusia, y, por otra, en las regiones que habitualmente producían excedentes agrícolas, es decir, en regiones con cultivos extensivos de cereales o cultivos especiales, como,

por ejemplo, el norte del Cáucaso o Crimea. En el año 1926-1927 el proletariado rural estaba compuesto por 5,8 millones de personas; los campesinos pobres eran 22,4 millones; los campesinos medios, 76,7 millones, y los *kulaks,* 4,9 millones.

Esta estructuración social del pueblo dio lugar a una serie de graves problemas. Al igual que antes, existía un grupo social importante que si bien poseía un pequeño pedazo de tierra, no tenía aperos para cultivarla y que tampoco conseguía ingresos suficientes con otras actividades económicas, de forma que vegetaba al borde del mínimo existencial, a un nivel más bajo que el del proletariado rural. Estos millones de campesinos pobres formaban la superpoblación rural, cuyos orígenes residían en la estructura socioeconómica de la Rusia zarista. La diferenciación de la población rural relacionada con la evolución capitalista no condujo aquí, como en Europa occidental, a la proletarización y a la emigración a regiones industrializadas, sino al nacimiento de un estrato de campesinos semiproletarios. Los campesinos depauperados no quedaban ligados a la gleba y a la comunidad solamente por el sistema de redención de deudas por el trabajo y por la antigua tradición rural; sucedía también que la insuficiente demanda de la industria, que aún estaba poco desarrollada, apenas le ofrecía la posibilidad de encontrar una ocupación adicional fuera del pueblo. La revolución agraria no había cambiado sustancialmente esta situación, ya que seguía habiendo hambre de tierra en el campo y la insuficiencia de los aperos de labranza se hizo más acusada al multiplicarse las explotaciones. Sin embargo, la densidad de población no cesó de aumentar en el campo. La emigración de campesinos cesó en los años del hambre y se recibieron grandes contingentes de gente de las ciudades y de los distritos industriales. Cuando comenzó la Nueva Política Económica se inició de nuevo la emigración rural, con lo que todos los años eran cientos de miles los campesinos que buscaban trabajo en los distritos industriales. Este éxodo, que significaba para las ciudades un creciente número de parados, no llegaba a absorber, sin embargo, ni un tercio del incremento natural de la población del campo, por lo que se hizo cada vez más acusada la discrepancia entre la magnitud de la población y la capacidad de producción agraria.

La superpoblación del campo estaba muy irregularmente repartida por el país según las diferencias regionales en la estructura socioeconómica de la agricultura. Desde esta perspectiva, el territorio europeo de la Unión Soviética era susceptible de ser dividido en cuatro regiones diferentes. Las más superpobladas eran la región central de tierra negra, el medio Volga, Bielorrusia, Daguestán, la República de los Baškiros y algunas zonas de Ucrania, zona que en el siglo XIX ya había sido designada como «región depau-

perada». Aquí, al igual que antes de la guerra, cuando predominaban las grandes explotaciones en su forma precapitalista, reinaba una miseria atroz. La gran masa de los campesinos eran campesinos pobres; apenas había explotaciones mayores. Como no había ciudades o centros industriales, no existía una demanda de mano de obra y los modestos agricultores intentaban ganarse el sustento en sus minúsculos pedazos de tierra. También había una superpoblación, cuando menos parcial, en una segunda región que abarcaba determinadas zonas de Ucrania y de los Urales. Predominaban las explotaciones pequeñas y medianas y solamente había unas pocas explotaciones grandes. Los ingresos no procedentes de la agricultura desempeñaban un papel muy importante. Por el contrario, una tercera región que comprendía Crimea, el norte del Cáucaso, el bajo Volga y Ucrania meridional no podía calificarse de superpoblada. La agricultura, que aquí representaba la principal fuente de beneficios, proporcionaba grandes excedentes de cereales. Había muchas explotaciones grandes que daban trabajo a operarios asalariados. Reinaba un relativo bienestar y Crimea, con sus cultivos intensivos, y el norte del Cáucaso, con sus cultivos extensivos de trigo, ocupaban los primeros lugares. Una cuarta región, que comprendía la comarca nordoriental y las zonas de Moscú y Leningrado tampoco era susceptible de ser calificada de superpoblada. El relativo bienestar que caracterizaba a esta región procedía en su mayor parte de ingresos no agrícolas, ya que la industria proporcionaba suficientes puestos de trabajo. La agricultura, formada en gran parte por explotaciones pequeñas, desempeñaba un papel secundario; solamente la industria láctea estaba algo más desarrollada.

A diferencia del centro, el oeste y el sudoeste de la Unión Soviética europea, que estaban completamente superpoblados, el este, sobre todo Siberia, apenas estaba habitado, lo que ofrecía grandes posibilidades a una colonización interna. Claro está que ésta exigía la realización de enormes inversiones. La parte asiática de la Unión Soviética necesitaba ser habilitada, había que hacerla cultivable. Había que desecar gigantescos territorios pantanosos y desbrozar grandes bosques o, como sucedía en las estepas del Kirguistán, realizar amplios trabajos de mejoramiento y crear un sistema de irrigación. Muchos campesinos se inscribieron en la oficina estatal de emigración y además hubo un éxodo espontáneo hacia el este, pero los medios disponibles no alcanzaban para crear nuevas fincas en cantidad suficiente y realizar los trabajos previos necesarios para ello. Por este motivo, desde un principio la emigración era algo que solamente estaba al alcance de los campesinos acomodados. Y de todas formas, la emigración interna, aun cuando hubiera sido más importante, solamente podía desempeñar

una función auxiliar. En último término el problema de la superpoblación en el campo sólo se podía solucionar a través de la industrialización y el consiguiente paso a unas formas de producción agraria intensivas y racionalizadas.

Mientras que, por una parte, existía un amplio sector de la población rural que no encontraba suficientes posibilidades de trabajar o de alimentarse, había, por otra, un pequeño grupo de campesinos que conseguía concentrar en sus manos cada vez más tierras, aperos, dinero y existencias y que, sobre esta base, empleaba cada vez más mano de obra asalariada. Como disponían de capital y de trabajo a unos niveles relativamente buenos y como sus explotaciones estaban mejor organizadas, el rendimiento de las posesiones de los *kulaks* estaba muy por encima de la media y superaba en algunos casos los resultados de los koljoses. El poder económico de los *kulaks* era mucho mayor que su número. Aunque solamente poseían un 4 por 100 de las fincas, disponían casi del 13 por 100 de toda la superficie agraria útil y de más del 15 por 100 de la superficie de cultivo. Tres cuartas partes de ellos, es decir, más de medio millón, poseían fincas de 16 o más deciatinas. Claro está que la nacionalización excluía la posibilidad de una concentración del suelo a niveles anteriores a la revolución. Pero algunos *kulaks* disponían de grandes cantidades de tierras arrendadas, a menudo más de 100 deciatinas, en donde daban trabajo a numerosos jornaleros. Aumentaba constantemente el número de campesinos modestos que arrendaban sus tierras a los *kulaks* o que les pedían trabajo. Las explotaciones de los *kulaks,* al hacerse cargo de tierras que, en otro caso, iban a permanecer incultas, posibilitando así a millones de campesinos pobres y peones un empleo productivo de su capacidad de trabajo, ejercían una función económica importante. Pero su verdadera importancia radicaba en el hecho de que poseían la mayor parte, y la más moderna, de los medios de producción, que, en parte, alquilaban a otros agricultores. Como los *kulaks* poseían también las mayores existencias de trigo y de dinero, con las que a menudo ayudaban a los campesinos más pobres del pueblo, la dependencia de éstos hacia aquéllos fue cada vez mayor. Sobre la base las relaciones económicas generales a través de las cuales los *kulaks* obtuvieron una posición económica preponderante en la producción agraria, se reproducían antiguas relaciones de dependencia y de explotación que la revolución creía haber extirpado para siempre.

La elevada productividad de sus explotaciones hacía que los *kulaks* desempeñasen un papel importante en el mercado. No se limitaban a suministrar sus productos a los restantes habitantes del pueblo, sino que además producían en gran parte para la

venta fuera del pueblo. Su participación en el mercado era aproximadamente el doble que la de las demás explotaciones privadas. La parte de los *kulaks* en la producción comercializada durante el ejercicio de 1926-1927 era de 1/5 de trigo y 1/7 de los demás productos. «Era un poder relativamente importante con el que había que contar»[5]. Los *kulaks* supieron sacar provecho de la situación favorable del mercado. En el ejercicio económico de 1925-1926 consiguieron aumentar el precio del trigo a través de la retención de sus excedentes hasta el punto de provocar graves perturbaciones en la circulación de mercancías y obligar finalmente a que se revisase todo el planeamiento económico. Como la mayoría de los campesinos orientaba su conducta comercial en el sentido indicado por los *kulaks,* existía el peligro de que quedasen interrumpidas las relaciones económicas entre campo y ciudad.

Los *kulaks* ocuparon también un lugar cada vez más importante en la vida política de los pueblos. En la comunidad agraria, la asociación de los propietarios de las tierras tenía, por lo común, una acusada influencia. Como las comunidades agrarias marginaban a menudo completamente a los soviets a causa de sus mayores posibilidades económicas, los estratos superiores del campesinado recuperaron de hecho sus antiguos derechos, que les habían sido arrebatados por la revolución. Desarrollaron paulatinamente una conciencia política y comenzaron a manifestar las primeras iniciativas para la fundación de un partido autónomo del campesinado. Cuando en 1925-1926 las elecciones a los soviets que hasta el momento, según Stalin, «no habían sido elecciones verdaderas, sino un mero procedimiento burocrático»[6], se realizaron con relativa libertad, los estratos superiores del campesinado desarrollaron una actividad febril y consiguieron colocar a la mayoría de sus representantes en los soviets locales. Los comunistas constituían una minoría impotente y en muchas ocasiones dependían en alguna forma de los *kulaks.* También en el siguiente año, a pesar de que se promulgó una nueva ley electoral que privaba a los *kulaks* del derecho al voto, éstos consiguieron consolidar su posición política, como se desprende de innumerables informes sobre las crecientes tensiones y controversias en los pueblos.

El creciente poder político y económico de los *kulaks* indujo finalmente a los dirigentes soviéticos a introducir en el otoño de 1927 una modificación de su política agraria que, principalmente desde la mitad de la década de los veinte, iba dirigida a eliminar las limitaciones a la acumulación privada en el campo. Mientras que hasta el momento se había tolerado hasta cierto punto el desarrollo de un capitalismo agrario en interés de la acumulación, ahora se imponía todo un sistema de medidas restrictivas encaminado a impedir toda evolución en este sentido. En primer lugar

se dificultó enormemente la firma de contratos de arrendamiento de tierras y la contratación de mano de obra asalariada, lo que obligó a los *kulaks* a reducir el tamaño de sus explotaciones. Se les impidió la venta de aperos de labranza y maquinaria y se les retiraron los créditos y las subvenciones. Tenían que pagar las tarifas más altas por la medición de sus tierras y se les asignaban las parcelas menos productivas y peor situadas. Además se les prohibió alquilar aperos y dedicarse al comercio. También aumentaron sus cargas fiscales. Para eliminar a los *kulaks* como fuerza política se les privó del derecho de voto en la comunidad rural, lo que hasta el momento les había valido para ejercer una considerable influencia. Los dirigentes soviéticos, al tiempo que intentaban quebrar el poder económico y político de los *kulaks* en los pueblos a través de medidas puramente administrativas, desarrollaron un ambicioso programa de promoción de las explotaciones agrícolas más pequeñas. Para aumentar su rendimiento se les proporcionaron semillas y aperos, además de concederles exenciones fiscales. Gracias a esta limitación de las explotaciones grandes y a la relativa promoción de las pequeñas, a partir del otoño de 1927 y después de la creciente diferenciación social relacionada con el alza económica registrada a raíz de la Nueva Política Económica, comenzó a insinuarse un nuevo proceso de nivelación en el campo.

c) El programa de industrialización

Desde un principio, los bolcheviques no tuvieron dudas de que no podrían consolidar su poder a la larga en un país agrícola atrasado. La agricultura dividida en muchos millones de explotaciones pequeñas y muy pequeñas no constituía una base social estable. En diciembre de 1920, Lenin había declarado ya en relación con la discusión del plan GOELRO: «Mientras vivamos en un país pequeñoburgués, Rusia presentará una base económica más favorable para el capitalismo que para el comunismo». Y añadió: «Solamente cuando el país esté electrificado, cuando la industria, la agricultura y las comunicaciones descansen sobre una base técnica moderna semejante a la de los países industriales más avanzados, solamente entonces podremos considerar nuestra victoria como definitiva» [7]. Los dirigentes soviéticos seguían, pues, aferrados a la idea marxista tradicional de que el socialismo solamente puede desarrollarse sobre la base de una capacidad productiva con un alto grado de desarrollo tecnológico. Esperaban que la industrialización no solamente aportase al país una industria moderna y

avanzada, sino que además permitiese reestructurar la agricultura sobre una base técnica diferente.

No alimentaban ilusión alguna sobre las inmensas dificultades relacionadas con la industrialización de un país agrícola atrasado, principalmente desde que había quedado de manifiesto que los países extranjeros no estaban dispuestos a prestar una ayuda económica de consideración, contra lo que se había supuesto en un primer momento. Los dirigentes soviéticos habían realizado desde el comienzo de los años veinte un gran esfuerzo encaminado a obtener créditos oficiales de los países occidentales o inversiones directas del sector privado y a este efecto habían ofrecido la adjudicación de concesiones para la explotación de las riquezas naturales rusas a grupos de capitalistas privados, así como la participación de éstos a título lucrativo en empresas industriales o comerciales. En las conferencias internacionales celebradas en Génova y en La Haya en 1922 los soviéticos intentaron convencer a los gobiernos europeos para una cooperación económica a largo plazo. Pero éstos exigieron ante todo el reconocimiento de las deudas contraídas por Rusia antes y durante la guerra, así como la devolución de todas las propiedades extranjeras nacionalizadas. La aceptación de estas exigencias hubiese supuesto para Rusia la misma dependencia que China o India. A consecuencia de esto todo esfuerzo encaminado a conseguir créditos a largo plazo estaba destinado al fracaso. El único crédito importante que consiguió la Unión Soviética fue un crédito alemán de 300 millones de marcos en 1926. El ambicioso programa de concesiones sobre el que Lenin había puesto sus mayores esperanzas fracasó también casi completamente a pesar de las favorables perspectivas de beneficio para el capital extranjero. Razones de tipo político y las desfavorables condiciones de trabajo dificultaron las inversiones de capital a largo plazo. En el ejercicio económico de 1926-1927 las inversiones extranjeras en bienes de equipo para la industria representaron menos del 1 por 100. Los concesionarios sólo daban trabajo a 25.000 operarios fijos, a los que había que añadir unos 30.000 eventuales. La producción anual de todas las empresas en régimen de concesión no llegaba a 60 millones de rublos, lo que representaba muy poco dentro de una producción total de 9.000 millones. Incluso las relaciones comerciales, tan deseadas en un principio, aportaron una ganancia muy modesta. Como la industria rusa necesitaba determinadas máquinas y materias primas procedentes del extranjero, pero a su vez no disponía apenas de excedentes para la exportación, casi todos los ejercicios económicos arrojaban al cierre una balanza de pagos deficitaria. En estas condiciones el ritmo de industrialización quedó casi exclusivamente subordinado a la acumulación interna de capital. En este sentido

el primer plan general elaborado después de la puesta en marcha de la Nueva Política Económica señalaba como factor decisivo para el crecimiento económico «la magnitud de la acumulación nacional en su forma material..., es decir, el conjunto de todos los bienes producidos que quedan una vez satisfechas las necesidades de la reproducción simple y que de esta manera proporcionan la base material para la reproducción ampliada y para la reconstrucción» [8].

El programa de industrialización desarrollado en la época de la Nueva Política Económica no se adaptaba al modelo del proceso de industrialización capitalista que había partido de aquellos sectores de la producción que estaban más próximos al consumidor, sino que consideraba prioritario el desarrollo de la industria pesada. Entre los dirigentes soviéticos no había diferencias de opinión respecto a esta cuestión básica. El XIV Congreso del Partido, celebrado en 1925, exigía ya «la transformación de la Unión Soviética de país importador de maquinaria y equipo en un país capaz de satisfacer sus necesidades en este sector con una producción propia» [9]. Declaraba como línea general del partido la industrialización representada por el sector de bienes de equipo, muy semejante a la industria pesada, ya que ésta era la única forma de garantizar la independencia política y económica del país; no parecía que fuese viable a la larga un Estado socialista que no poseyese una industria pesada propia. Naturalmente este desarrollo de la industria pesada debería tener lugar «dentro de un equilibrio económico dinámico» en el que se combinarían tres objetivos diferentes: el desarrollo de la capacidad productiva, la elevación del nivel de vida y la ampliación de las formas económicas socialistas. Todas las opiniones coincidían en que el desarrollo de la industria pesada no debía realizarse a costa de descuidar los demás sectores económicos. En interés mismo de una acumulación acelerada se hacía ya indispensable una simultánea y rápida reconstrucción de la industria ligera, cuyas empresas trabajarían inmediatamente de una forma efectiva y rentable. Pero ante todo había que respetar determinadas proporciones entre agricultura e industria. Los recursos de la agricultura, que constituían la base de la reconstrucción industrial como base de un mercado interior, como productora de materias primas y como suministradora de alimentos, sólo serían tenidos en cuenta en la medida en que lo permitiesen los intereses de su propio crecimiento. El XV Congreso del Partido, celebrado en diciembre de 1927, subrayó una vez más la importancia capital del equilibrio económico en la fase de industrialización que iba a comenzar. Advertía de los peligros que encerraba una primacía demasiado acusada de la industria pesada y una transferencia excesiva de re-

cursos del sector agrario al sector industrial. A este respecto, Rykov, que desde la muerte de Lenin (1924) era presidente del consejo de los comisarios del pueblo, declaró que existía una relación inversa de rendimiento entre la industria y la agricultura. Afirmaba que, en una primera fase, era inevitable una aportación de la agricultura, así como de los demás sectores de la economía, a la industrialización. «Pero más tarde, cuando la industria se haya fortalecido y el nivel de desarrollo industrial del país sea muy superior al actual, cabe también pensar en la posibilidad inversa: la transferencia de recursos de la industria a la agricultura, a fin de que ésta se pueda desarrollar hacia el socialismo» [10].

El equilibrio económico dinámico era también el principio determinante de la planificación en perspectiva. En el año 1925 el comité estatal de planificación y el consejo económico supremo, los más altos órganos económicos en tiempos de la Nueva Política Económica, habían recibido el encargo de elaborar un plan quinquenal de desarrollo económico. El período de cinco años fue preferido porque respondía mejor a la situación de la industria y la agricultura soviéticas: en este lapso de tiempo se podían edificar grandes naves industriales y era posible calcular con suficiente aproximación la magnitud de una cosecha media. El objetivo fundamental del plan quinquenal consistía en garantizar una reproducción ampliada de toda la economía, basada en la industrialización y con el menor número posible de crisis, en la que había que determinar con la mayor precisión el ritmo de crecimiento y la tendencia de la evolución. Esta tarea resultaba ya extraordinariamente difícil solamente por el hecho de que se desconocía la magnitud exacta de la acumulación de capital, real y potencial, bajo las condiciones de la Nueva Política Económica. Sin embargo, y desatendiendo la extrema penuria de capitales, se señalaron ya desde un principio tasas de crecimiento muy elevadas (10-20 por 100) que superaban con mucho el ritmo del desarrollo en los países industriales más avanzados (2-4 por 100). La Rusia zarista, al haber sido una de las últimas en incorporarse a la moderna tecnología, había sabido aprovecharse de sus posibilidades y en unos pocos años había creado una gran industria en medio de una economía agrícola primitiva. Se pensaba que los métodos de planificación económica permitirían superar con creces las tasas de crecimiento más altas registradas hasta el momento. Los organismos de planificación vieron confirmada esta idea a través de las experiencias iniciales de la fase de industrialización. Entre 1926 y 1929 la producción industrial alcanzó resultados que superaban ampliamente las expectativas iniciales. A pesar de todas las dificultades originadas por la escasez de capital, siempre resultó posible descubrir nuevas reservas de crecimiento. A este respecto hay que

mencionar sobre todo el sistema de tres turnos, que sirvió para emplear al máximo las instalaciones disponibles y que fue implantado en primer lugar en la industria textil a partir del invierno de 1927-1928.

Impresionados por sus primeros éxitos, los organismos planificadores se propusieron objetivos industriales cada vez más elevados. Mientras que todos los proyectos de planes habían considerado originalmente como mucho una duplicación de la producción industrial en el quinquenio, la configuración final del primer plan quinquenal contemplaba un crecimiento óptimo del 180 por 100 y un crecimiento del 135 por 100 en el peor de los casos. La elaboración de dos variantes diferentes iba a permitir salir al paso de los factores de incertidumbre relacionados con el escaso conocimiento de las posibilidades económicas, la influencia de factores meteorológicos, la incidencia de la economía mundial y la situación política y militar del país. La realización de la variante óptima suponía que durante el quinquenio no se registrase una cosecha verdaderamente mala, que se ampliasen las conexiones con la economía mundial a través de la exportación de productos agrícolas y de la consecución de créditos a largo plazo, que hubiese una evolución favorable de los costos de producción en la industria y del rendimiento de las cosechas y que finalmente la cantidad destinada a cubrir las necesidades de equipo fuese mínima. A pesar de que la realización del programa óptimo estaba expresamente vinculada a los requisitos mencionados, los dirigentes soviéticos, tras intensas discusiones, resolvieron adoptar en cualquier caso esta variante como obligatoria. Así fue confirmado el plan quinquenal por el XVI Congreso del Partido y por el V Congreso de los Soviets en mayo de 1926 como programa de industrialización definitivo —así se consideró entonces— para el quinquenio 1928/29-1932/33.

Como base del primer plan quinquenal se preveía un amplio programa de inversiones. En total se destinaba a inversiones el 40 por 100 del producto nacional que a lo largo del quinquenio debía duplicarse. En el sector industrial había que promocionar sobre todo la construcción de maquinaria y la producción de energía. A fin de superar la distribución unilateral de la capacidad productiva heredada de la industrialización de la preguerra, orientada al beneficio, los planes sobre localización de las nuevas empresas siguieron el criterio de la proximidad de las fuentes de energía y materias primas, considerando especialmente las regiones más atrasadas pobladas por minorías nacionales. Fundamentalmente sólo estaba prevista la construcción de grandes empresas, de manera que la industria doméstica, que hasta el momento había desempeñado en Rusia un papel primordial, tenía que pasar a un plano secundario. Aunque las instalaciones proyectadas exigían una par-

te constantemente creciente del producto nacional, el consumo de la población activa tenía que ir creciendo igualmente de año en año. Se había previsto un incremento de casi un 150 por 100 en la producción de bienes de consumo, de forma que, a finales del quinquenio, se pudiese elevar considerablemente el nivel de consumo de alimentos y otros artículos de primera necesidad. De esta forma se esperaba eliminar el hambre de mercancías, que actuaba como un freno en el tráfico de bienes entre el campo y la ciudad, y estabilizar definitivamente el equilibrio del mercado. «Debemos subordinar nuestro trabajo a la tarea de asegurar este equilibrio», se decía en las directivas del plan [11]. El plan quinquenal intentaba, pues, y ahí radicaba su importancia, vincular el desarrollo técnico de la capacidad productiva con la constante elevación del nivel de vida.

La posibilidad de alcanzar los objetivos del plan quinquenal dependía sobre todo de la posibilidad de estructurar de una forma efectiva y racional la reconstrucción industrial. La industrialización iba a ser realizada «por mano de obra atrasada», como dijo Rykov en una ocasión. Escaseaban sobre todo los técnicos especializados. Mientras en los estados de Europa occidental la proporción de personal técnico respecto al número total de personal empleado era de un 10 a un 15 por 100, en la Unión Soviética era solamente de un 1 a un 2 por 100,y si se consideraba solamente a los ingenieros, de un 0,62 por 100. En el año 1928 había en toda la Unión Soviética solamente 24.200 técnicos e ingenieros con una formación especializada, de los que unos 250 eran extranjeros. La preparación profesional de los directores de empresa era muy deficiente. En su mayor parte eran antiguos obreros que en sus nuevos puestos habían adquirido un mínimo de conocimientos técnicos y económicos y que apenas estaban en condiciones de resolver los problemas organizativos que surgieron a raíz de la revolución tecnológica. No solamente faltaban directivos técnicos y económicos, sino también mano de obra especializada, ya que el número de los antiguos obreros formados había disminuido considerablemente después de la guerra civil. Mientras que durante el período de reconstrucción económica se empleaba principalmente a antiguos obreros que durante la guerra civil habían buscado refugio en el campo, ahora se trataba cada vez con mayor frecuencia de obreros agrícolas y campesinos pobres que no habían tenido jamás contacto alguno con la industria y que aun trabajando en fábricas se sentían vinculados a sus pueblos. Precisamente cuando comenzó la reconstrucción industrial y aumentó la demanda de mano de obra a todos los niveles, el nivel técnico y cultural medio de los trabajadores rusos manifestó una tendencia a descender a causa de esta afluen-

cia de gentes del campo, lo que condujo a un incremento de los problemas disciplinarios.

Otro requisito fundamental, del que dependía en gran medida el éxito del plan quinquenal, era la estabilidad de las relaciones de mercado. El plan implicaba que la industrialización del país se llevase a cabo con los recursos y los métodos de la Nueva Política Económica, es decir, dentro del marco de una economía de mercado controlada por el Estado. Esto presuponía, en primer lugar, que el tráfico de mercancías entre el campo y la ciudad discurriese sin trabas. La oferta agrícola tenía que aumentar constantemente, a fin de poder alimentar al creciente número de trabajadores industriales y proveer a la industria de materias primas. Pero el hecho de que la masa de explotaciones aisladas que el plan quinquenal consideraba también como base de la producción agraria pudiese ser estimulada a incrementar su oferta con la ayuda de medidas políticas, fiscales y de control de precios, teniendo en cuenta la presencia del hambre de mercancías, era, de acuerdo con las experiencias recogidas hasta el momento, cuando menos dudoso.

d) La quiebra del mercado de cereales

El futuro de la Nueva Política Económica se decidió en el mercado de cereales que era de extraordinaria importancia para la economía rusa. En los años veinte más de cuatro quintas partes de toda la superficie cultivada se habían dedicado a cereales. Como término medio, sólo una tercera parte de la cosecha salía al mercado y la población rural compraba una cantidad considerable. Esto se explicaba por la demanda de los distritos que producían materias primas agrícolas o en los que predominaba la industria doméstica; a esto había que añadir que la población rural había aumentado en cerca de un 7 por 100 desde la guerra y que el consumo propio había aumentado debido a que ya no se veían forzados a vender sus últimas provisiones para hacer frente a la ineludible obligación de pagar. A causa de esto la cantidad de cereales que quedaba para el abastecimiento de las ciudades y para la exportación si la cosecha había sido normal era relativamente pequeña.

Además, y a consecuencia de lo desfavorable de las condiciones meteorológicas en la Unión Soviética, había que contar con que las malas cosechas serían frecuentes. En la primera década después de la Revolución de Octubre había habido tres años de hambre, cinco de cosechas malas y solamente tres de buenas cosechas. A menudo el resultado previsto de la cosecha quedaba

considerablemente reducido en el último momento a causa de los efectos de vientos cálidos y por la interrupción de las lluvias. Pero sobre todo no existía la seguridad de que los campesinos sacaran sus excedentes al mercado mientras no se les ofreciese a cambio un surtido suficiente de productos industriales. A menudo preferían consumir el trigo, almacenar unas reservas mayores o especular. Este era el motivo de que toda la opinión pública estuviese pendiente de la campaña de cereales que esencialmente estaba en manos de los organismos de compra colectivos o estatales.

En el año 1927-1928 se esperaba en principio una elevada oferta de cereales. El resultado fue el de una cosecha normal y como en los dos años anteriores las cosechas habían sido buenas, los campesinos disponían de excedentes relativamente elevados. Esto proporcionaba la convicción de que las compras de cereales serían especialmente cuantiosas. Pero pronto quedó de manifiesto que estas esperanzas no se cumplirían y que, por el contrario, las compras de trigo iban a quedar muy por debajo de lo previsto en el plan. Los campesinos, que por el resultado de los años anteriores, tenían ya un poder adquisitivo francamente elevado, retenían sus productos porque no podían obtener a cambio productos industriales. A consecuencia de esto hubo que reducir la exportación y finalmente hubo que interrumpirla completamente. Además hubo dificultades para el abastecimiento del mercado interior; empezaban a formarse largas colas delante de las tiendas de productos alimenticios. Pero los dirigentes soviéticos no realizaron ningún esfuerzo encaminado a eliminar el déficit del mercado de trigo, de forma que hacia finales de año se llegó a una verdadera crisis cuyos efectos pusieron en peligro la ejecución de todo el plan económico.

En esta situación, de la que en parte eran responsables por algunas omisiones, los dirigentes soviéticos no tuvieron otra salida sino una rápida acción de emergencia a menos que quisieran elevar los precios de los cereales o importarlos del extranjero, con lo que se ponía en peligro todo el programa de industrialización. A principios de enero de 1928 altos funcionarios del partido y del Estado viajaron al campo, en donde dictaron una serie de «medidas extraordinarias» que confirieron a la campaña de abastecimiento un carácter cada vez más coactivo.

Se exigía a los campesinos entregar sus excedentes de cereales a unos precios fijados por el Estado. Si se negaban se les requisaban los excedentes en virtud de las leyes contra la especulación y se repartía una cuarta parte del trigo confiscado entre los campesinos pobres, a fin de satisfacer sus necesidades y de atraerlos al lado de los órganos soviéticos. Aunque las recaudaciones forzo-

sas sólo se dirigían formalmente contra los *kulaks,* «los verdaderos poseedores de grandes excedentes de cereales» [12], de hecho afectaban a todo el campesinado, y en primer lugar a los campesinos medios que en conjunto producían la mayor cantidad de cereales. También se tomaron medidas represivas de tipo administrativo contra el comercio privado, que hasta el momento había servido para satisfacer las necesidades de los campesinos que carecían de cereales, de las pequeñas empresas domésticas y de las pequeñas ciudades. En la misma forma se procedió en contra de los molinos privados. Las autoridades locales, instigadas constantemente por las directivas de los órganos centrales para la elevación de los aprovisionamientos, no retrocedían ante el empleo de la violencia.

Durante un tiempo pareció que, con la ayuda de las confiscaciones, se había podido eliminar el déficit de cereales. Pero después de algunos éxitos iniciales, la magnitud de los aprovisionamientos comenzó a descender y hubo que emplear medidas coercitivas a gran escala. «Pero había que conseguir trigo», afirmó Stalin lapidariamente. «Esto motivó nuevas medidas extraordinarias, arbitrariedades administrativas, infracciones de la legalidad revolucionaria, registros ilegales, etc., lo que condujo al empeoramiento de la situación política del país y puso en peligro el nexo entre los campesinos y los obreros» [13]. Pero como la mayoría de los campesinos, a diferencia de los meses de invierno, no disponía ya de excedentes en grandes cantidades y como se acordaba del hambre de 1921 y se negaba a entregar sus últimas existencias, el renovado empleo de la violencia apenas si tuvo éxito. En vez de eso el recurso a nuevas medidas coercitivas no hizo sino incrementar la tensión política en el país. Mientras que las organizaciones del partido y las organizaciones soviéticas habían sido apoyadas en un principio por los campesinos pobres, la actitud de éstos se hizo ahora más hostil, porque indirectamente resultaban afectados por las confiscaciones: después de la requisa de los excedentes y de la eliminación de los mercados locales, los estratos superiores del campesinado no estaban casi en condiciones de vender cereales a los campesinos más pobres, cuyas reservas comenzaban a declinar ya hacia la primavera. Fue así como se constituyó rápidamente una comunidad de intereses de todos los estratos del campesinado en contra del poder soviético. En el campo reinaban el miedo y el pánico y en cualquier momento podían dar lugar a un levantamiento. Este estado de ánimo se iba extendiendo cada vez más por la ciudad y por los centros industriales. El poder soviético se encontraba ante una de las crisis políticas internas más graves desde los comienzos de la Nueva Política Económica.

A fin de evitar un empeoramiento de la situación se restableció escalonadamente la libertad de las relaciones comerciales. Los dirigentes soviéticos destacaron a este respecto que la Nueva Política Económica era el único camino para establecer en Rusia un nuevo orden económico y político. Añadían que no había que pensar en un retorno al sistema del comunismo de guerra basado en las entregas obligatorias. En julio de 1928 los dirigentes soviéticos decidieron suspender definitivamente todas las medidas extraordinarias y aumentar escalonadamente el precio de los cereales de un 10 a un 20 por 100 según las regiones y las clases. Para salir al paso de futuras dificultades se iban a establecer, sobre todo en los distritos predominantemente agrícolas, grandes explotaciones estatales, las llamadas fábricas de cereales. Simultáneamente se realizó una campaña a gran escala encaminada a la introducción de simples normas de carácter agrícola que en el curso de una década conducirían a una duplicación de los resultados de las cosechas.

Pero cuando en el invierno de 1928-1929 el suministro de cereales resultó, como el año anterior, muy inferior a lo planificado, se recurrió de nuevo, a pesar de las decisiones que pocos meses antes se habían adoptado, a tomar medidas coercitivas. Los campesinos que retuviesen trigo serían excluidos de las comunidades, lo que significaba que ya no tenían derecho a recibir productos industriales y créditos. Las autoridades organizaron asambleas a nivel local, a fin de ejercer una presión masiva con la ayuda de funcionarios del partido. Si los campesinos no se plegaban a la exigencia de entregar cereales, se les condenaba a una elevada multa o se les deportaba. Los campesinos acomodados intentaron defenderse por todos los medios. La prensa recogía casi diariamente las noticias de incendios, asesinatos y homicidios en el campo. Innumerables delegados locales y funcionarios cayeron víctimas de este contraterror originado por una ira y una desesperación exacerbadas. Y a pesar del empleo de las más rigurosas medidas coercitivas resultó imposible incrementar el suministro de cereales, con lo que no se cumplió el plan original; en último término se recogieron cerca de 2 millones de toneladas menos que el año anterior. Un severo racionamiento fue la única solución para poder pasar el año 1929 sin importaciones de cereales.

Tras las experiencias de los años 1927-1928 y 1928-1929, los dirigentes soviéticos dudaban ya desde un principio de poder encauzar la campaña de 1929-1930 solamente a través de la regulación política de los precios. Estaban convencidos de que el sistema de abastecimiento de cereales que se había practicado hasta el momento, basado en la libre oferta de los campesinos, había fracasado definitivamente. Por este motivo, y en contra de todas

las declaraciones que habían hecho hasta el momento, poco tiempo antes de la cosecha decretaron la obligatoriedad de entregar los excedentes, tal y como había sido establecido en la época del comunismo de guerra. Las organizaciones soviéticas y locales del partido tenían que determinar los excedentes de los campesinos y establecer contingentes fijos para las diferentes explotaciones que serían confirmados por las asambleas locales. Con eso se pretendía que los campesinos cumpliesen el plan local de suministro. Se nombraron comisiones especiales, cuyo cometido era controlar la entrega de los cupos convenidos. A este respecto los soviets locales recibieron atribuciones para conceder premios e imponer castigos. Podían imponer a los campesinos que intentasen sustraerse a su obligación de entregar los excedentes elevadas multas, y siempre que fuese necesario, podían subastar sus posesiones. En el caso de que determinados grupos de campesinos opusiesen resistencia contra el plan de aprovisionamiento aprobado por la asamblea local, los soviets locales estaban facultados para recurrir a procedimientos penales. Así perdió el campesinado la posibilidad de disponer libremente de sus excedentes. El comercio quedó interrumpido y surgió un mercado clandestino de cereales. El conjunto de las medidas adoptadas para la nueva campaña significaba un inequívoco abandono de los principios de la Nueva Política Económica.

Los dirigentes soviéticos exigían a las organizaciones locales de los soviets y del partido que impusiesen sin contemplaciones las nuevas directrices y no retrocedían tampoco ante la necesidad de recurrir al ejército. Mientras que en los años pasados se dejaba a los campesinos un mínimo de cereales para pan, piensos y semillas, ahora se les retiraban todas sus provisiones. Para mejorar su posición, los campesinos pobres, que ahora ejercían el poder en los pueblos con la ayuda de los obreros y de los funcionarios, elevaron los contingentes a entregar por los campesinos más acomodados en tal medida que a éstos les resultaba imposible realizar tal entrega. A consecuencia de esto, los *kulaks* se vieron obligados a vender no solamente el ganado y los aperos, sino a menudo también el mobiliario, los enseres domésticos y la casa para poder comprar los cereales que les faltaban. Pero como el comercio privado había sido reprimido, esta posibilidad desapareció también al poco tiempo. Por este motivo las confiscaciones, subastas y emigraciones forzosas estuvieron a la orden del día en los pueblos rusos a partir del verano de 1929. Las explotaciones de los estratos más acomodados, especialmente las de los *kulaks*, fueron liquidadas masivamente. Como muchos campesinos adoptaban una actitud defensiva contra las imposiciones de las comisiones locales de aprovisionamiento, se produjeron una y otra

vez encuentros violentos. La caza de cereales iba acompañada de terror y contraterror. En el campo, principalmente en los distritos del sur, se había llegado a una situación de guerra civil. A costa de brutales medidas coercitivas fue posible cumplir el plan central de aprovisionamiento para finales de año. Pero este resultado, que por primera vez permitía la creación de una gran reserva estatal de trigo, fue conseguido al precio de la destrucción masiva de las explotaciones agrarias.

La persecución de los *kulaks* continuó también después de la clausura de la campaña cerealista. Los campesinos que habían sido expulsados de sus casas y de sus tierras fueron objeto de un boicot económico y político total. No podían conseguir trabajo ni alojamiento. Los sindicatos estaban tan cerrados para ellos como las comunidades o los koljoses. Los dirigentes soviéticos no parecían haber resuelto en un primer momento lo que iba a pasar con los *kulaks* y sus familias, que eran unos cuantos millones de personas. En el invierno de 1929-1930 cientos de miles de familias de *kulaks* fueron deportadas. Estas deportaciones se realizaban en la forma más espantosa, lo que costó la vida a muchas personas. A principios de 1930 apareció una ley que dividía a los *kulaks* en tres grupos de acuerdo con un criterio político: el primer grupo fue internado en campos de concentración, el segundo fue deportado a regiones remotas, principalmente a Siberia y al Lejano Oriente y condenado a trabajos forzados, y al tercer grupo, después de la confiscación de todos sus bienes, se le asignó nuevas tierras al margen del sistema colectivo. De esta forma quedó legalmente sancionada la «liquidación de los *kulaks* como clase» [14].

El terror sistemático de la campaña 1929-1930 destrozó definitivamente la concepción agraria de la Nueva Política Económica que había permitido a los campesinos el aprovechamiento privado del suelo y el libre acceso al mercado. Esto demostró a todos los agricultores la falta de perspectivas de una existencia autónoma; no había ya ninguna posibilidad de salir adelante con las tierras propias. Los pueblos rusos que se habían empobrecido más y más a través de las confiscaciones, que a partir del invierno de 1927-1928 se llevaban a cabo a la manera del comunismo de guerra, habían perdido toda perspectiva de desarrollo. La pobreza y la miseria caracterizaban la vida en el campo hasta unos extremos desconocidos anteriormente. Bajo estas circunstancias solamente quedaba una solución: entrar en los koljoses que los dirigentes soviéticos promocionaban con gran energía, recurriendo a todo tipo de medidas administrativas. La mayoría de los campesinos, cuyo nivel de vida había descendido enormemente, comenzó a orientarse en este sentido después de ver cerradas todas las salidas. En el koljos se les garantizaba, a ellos y a sus familias, cuan-

do menos, el mínimo vital. Cuanto más crecía la penuria económica en el campo a causa de las requisas, tanto más fuerte era el flujo hacia los koljoses, de forma que finalmente se convirtió en un verdadero movimiento de masas que dio comienzo a la transformación de la situación agraria.

IV. EL ESTALINISMO[1]

a) La colectivización

En la Unión Soviética existían una serie de condiciones favorables para el paso a la gran empresa agrícola colectiva; condiciones dadas, por una parte, por la vieja estructura de la economía rural rusa y, por otra, por las condiciones geográficas del país. La forma de vida y de trabajo de los campesinos rusos la determinaban generalmente sus vínculos tradicionales con la comunidad rural, que se basaba en el principio de la distribución periódica de las tierras. La explotación privada del suelo estaba mucho menos arraigada que en la Europa occidental, y la masa campesina, por lo tanto, no se sentía tan ligada a la propiedad del suelo. Como en Rusia existían formas de explotación comunal del suelo, y, sobre todo, como la propiedad privada del suelo había sido abolida de manera formal por la revolución, las formas de la economía individual resultaban fácilmente superables. El desarrollo de la técnica moderna parecía exigir directamente la fusión de las pequeñas y minúsculas economías agrícolas. El uso de tractores, por ejemplo, que constituyen la base energética de la agricultura moderna, sólo era rentable en amplias superficies de terreno. Las vastas estepas del sur y del sudeste del país, en donde el clima continental favorecía un cultivo extenso de cereales, constituían «el terreno adecuado para el futuro del tractor»[2]. Los trabajos del campo se limitaban principalmente a arar, sembrar y recolectar, trabajos que permitían una mecanización fácil. El tractor, además de remediar la carencia de animales de tiro, hacía menos fatigoso el trabajo, permitía incrementar el rendimiento de las cosechas y, sobre todo, reducía los costos de producción agrícola. Al sustituir las granjas minúsculas por las granjas colectivizadas y mecanizadas tendría que haberse operado un aumento extraordinario en la producción agrícola.

Pero la forma caótica y apresurada en que se llevó a cabo la colectivización provocó todo lo contrario. El gobierno, que después de los desórdenes que siguieron a las últimas campañas para el aprovisionamiento de cereales no encontraba otra solución para frenar la caída de las granjas indi-

viduales, empujó al país hacia el colectivismo masivo sin haber creado previamente las medidas de organización más elementales ni las condiciones técnicas necesarias. Ya en el verano del año 1929 exigió a todas las organizaciones del partido de las regiones cereales más importantes que acelerasen al máximo el ritmo colectivista. Muchas organizaciones locales intentaron colectivizar en un plazo mínimo provincias enteras. Diariamente, la prensa anunciaba la creación de miles de nuevas empresas colectivas. En el sur, sudeste y este del país, este movimiento adquirió en seguida aspecto de avalancha. «A partir del segundo semestre del año 1929, y como en los días de la revolución, el campo era un hervidero» [3]. De julio a septiembre de 1929 se fusionaron en granjas colectivas más de novecientas mil fincas privadas, casi tantas como habían adoptado aquella solución durante los doce años anteriores. De octubre a diciembre del mismo año sumaban ya 2,4 millones las fincas que adoptaron aquella solución, es decir, a una media de casi treinta mil cada día. El número de fusiones aumentaba de mes en mes, de modo que el plan agrario, según el cual durante el primer quinquenio (1928-1929 a 1932-1933) debería haberse colectivizado sólo una séptima parte de las fincas, quedó totalmente superado. A primeros de enero de 1930 el gobierno presentó un nuevo plan; según éste, el proceso colectivista debería estar concluido para la primavera de 1931 en las regiones del norte del Cáucaso, así como en la cuenca media y baja del Volga, y para la primavera de 1932 en Ucrania, en la zona central de las tierras negras, en Siberia, en los Urales y en Kazajastán. Sólo para las regiones subvencionadas que tenían que comprar cereales y las repúblicas de la periferia se fijaron plazos de tiempo más largos.

Las organizaciones locales del partido no se sujetaron, sin embargo, a las directrices de los órganos centrales, sino que, bajo el lema de «¡Quién consigue más!», incitaban a los campesinos a fusionar sus fincas, sin preocuparse de establecer una organización eficiente. De modo que, en los primeros meses del año 1930, la Unión Soviética hervía en un auténtico delirio colectivista. Las necesidades económicas y las preocupaciones vitales, la propaganda y la presión administrativa impulsaron a los campesinos al colectivismo con tales ansias que este movimiento escapó rápidamente al control administrativo. El colectivismo adquirió así un carácter de movimiento de masas campesinas completamente desorganizado, que escapaba a cualquier intento organizador, más aún cuando faltaban unas directrices claras y un modelo en que inspi-

rarse. Este proceso colectivista sobrepasaba además los límites en principio establecidos. Según el periódico *Pravda,* la falta de medios de producción «obligaba a los colectivos nuevos a socializar totalmente los animales de tiro y todos los enseres» [4]. No sólo se socializaban caballos y aperos, sino también casas, vacas, ovejas y cerdos e incluso pollos, a pesar de que —como ya se sabía— a los campesinos les resultaba muy penoso separarse de sus animales. Según cifras de la Comisaría Popular de Agricultura, a principios de marzo del año 1930 existían en la Unión Soviética 110 200 empresas colectivas, que abarcaban un total de 14 264 300 fincas particulares (55 %), mientras que en la misma época se socializaron 9 235 300 cabezas de ganado, aun sin disponer de establos ni piensos en cantidades suficientes.

Este ritmo de colectivización tan precipitado trajo aparejado el que una gran parte de las nuevas empresas fueran «colectividades de papel», que sólo existían en las resoluciones de las organizaciones locales del partido. La opresión y el temor en el campo aumentaron hasta tal grado que entre la población campesina empezó a dominar la amargura y el descontento, que condujo a una oposición pasiva y creciente contra todas las disposiciones administrativas. La dirección soviética era consciente de que, en tales circunstancias, corría serio peligro la cosecha de la primavera entrante. Estas razones obligaron a frenar en principio el ritmo de la colectivización. A primeros de marzo de 1930 toda la prensa soviética publicó un artículo de Stalin con el título de «Los éxitos se nos suben a la cabeza», en donde se criticaba el haber forzado la creación de granjas colectivas. En las semanas siguientes, los periódicos aportaron numerosos ejemplos de uso ilegal de la fuerza, atribuyendo la responsabilidad de la violación de las leyes a las organizaciones locales del partido. A consecuencia de estas denuncias, y debido a su falta de estabilidad, un gran número de empresas agrícolas colectivas se disolvieron. Puesto que, en la mayoría de los casos, el colectivismo había traído consigo aún más dificultades, en vez de las ventajas prometidas, los campesinos empezaron a cultivar nuevamente sus campos por cuenta propia. En las principales regiones cerealistas el porcentaje de fincas socializadas se redujo a la mitad, aproximadamente; en otras provincias se redujo aún mucho más, alcanzando un promedio en todo el país del 23,6 % a primeros de mayo de 1930.

Con las granjas colectivas que habían superado esta situación sin disolverse se intentó convertirlas en una fuerza económica unificada, inspirándose en un estatuto modelo para

el *artel* agrícola. Hasta entonces existían tres tipos distintos de empresas colectivas que se diferenciaban entre sí por su nivel de socialización: la cooperativa para el cultivo común del suelo, el artel agrícola y la comuna. La cooperativa para el cultivo común no llegaba a ser una empresa unificada, pues aunque las tierras particulares formaban un campo común, el trabajo colectivo se reducía al período comprendido entre la arada y la recolección. En el artel agrícola se había colectivizado el aprovechamiento del suelo, los útiles, los animales de tiro y los almacenes, es decir, los medios de producción más importantes, mientras que los huertos para el cultivo de verduras y fruta, las viviendas y en parte las vacas lecheras, así como las aves y el ganado menor, seguían siendo de propiedad privada, de forma que aún se mantenía en parte cierta economía individual. En la comuna, por el contrario, se habían colectivizado, junto con la explotación del suelo, todo el ganado y enseres y todas las edificaciones, incluso las viviendas. El gobierno soviético intentó transformar entonces tanto la cooperativa como la comuna en artel, ya que éste, según su opinión, era el que mejor conjugaba el interés individual de los campesinos con el interés común estatal. En la primavera de 1930, el artel agrícola sustituía casi totalmente a cualquier otra forma de empresa agrícola colectiva.

Después de la cosecha de 1930, el gobierno soviético reanudó todos sus esfuerzos para acelerar el proceso de colectivización, de forma que una vez más se pasó a la formación masiva de nuevas empresas. El número de fincas colectivas, que en el verano de 1930 había alcanzado los seis millones, aproximadamente, aumentó en el plazo de un año en siete millones más, y en el verano de 1931 se habían fusionado otra vez más de la mitad de todas las empresas privadas, formando empresas colectivas. En las regiones cerealistas más importantes se habían colectivizado ya más de las cuatro quintas partes de las fincas, lo que equivalía a casi nueve décimas partes de la superficie de cultivo. Así que, en principio, en estas regiones se pudo dar por concluido el proceso de transformación de la agricultura. A partir de este momento el proceso de colectivización aflojó el ritmo definitivamente. Durante el año siguiente ya no se creó ninguna granja colectiva; aproximadamente dos millones de campesinos ingresaron en las granjas ya existentes. Los esfuerzos de la política agraria se concentraron ahora en conseguir la estabilidad y organización de estas empresas. En el verano de 1932 habían sido colectivizadas aproximadamente quince millones de propiedades privadas, lo que significaba casi las siete décimas partes

de la superficie total de cultivo. Entre tanto se había ampliado además la red de empresas soviéticas, que funcionaban bajo los mismos principios en que se inspiraban las demás empresas estatales. Al sudeste del país, en las regiones de extensas estepas, carentes de bosques, donde dominaba un clima seco, pero con suelo fértil, se crearon millares de estas empresas cerealistas estatales. En toda la Unión Soviética se contaban, aproximadamente, doscientas mil granjas colectivas y más de cuatro mil empresas soviéticas, mientras que las fincas de explotación privada estaban abocadas a la ruina definitiva. El gobierno declaró concluido el período de reorganización de la agricultura con estas palabras: «El partido ha conseguido que la URSS pase de ser un país de minúsculas granjas agrícolas a ser el país con las empresas agrícolas mayores del mundo» [5].

Sin embargo, las grandes empresas agrícolas colectivas no dieron en los primeros tiempos, como se esperaba, resultados superiores a los alcanzados por la agricultura tradicional, basada en propiedades pequeñas. La causa principal del fracaso radicaba en la carencia de herramientas modernas para equipar adecuadamente las granjas recién fundadas, de forma que en general se habían visto obligados a utilizar los aperos más primitivos. Y aunque la industria de maquinaria agrícola había ampliado considerablemente su programa de producción, sólo pudo cubrir una pequeña parte de lo que se necesitaba como equipo técnico. Ni siquiera la importación de tractores y maquinaria agrícola que se incrementó forzosamente en los años 1930 y 1931 pudo prestar la ayuda suficiente. Para aprovechar mejor el fondo existente se organizaron centros para el alquiler de instrumentos y maquinaria, brigadas de tractoristas, estaciones de máquinas y caballos, y, principalmente, estaciones de máquinas agrícolas y de tractores, que además de contar con los repuestos necesarios disponían de una plantilla de especialistas cualificados. A pesar de todos estos esfuerzos, a finales del período de reorganización aún no era posible el trabajo mecanizado ni en una quinta parte de la tierra de labranza. La puesta en servicio de 150 000 tractores no pudo compensar las pérdidas de animales de tiro de que dispuso el campo durante el período de la colectivización apresurada de la agricultura. A finales de 1932, y a pesar de la progresiva mecanización, la agricultura disponía solamente de diez millones de HP, en lugar de los quince millones con que se había contado anteriormente. Como para los tractores faltaban conductores especializados, así como talleres de reparación y piezas de repuesto, las máquinas quedaban a me-

nudo fuera de servicio, pues sufrían un enorme desgaste. Y aunque estos tractores iban equipados con arados muy modernos, los surcos que hacían normalmente no eran más profundos que los obtenidos con la yunta tradicional. En las regiones cerealistas este deficiente laboreo repercutió en la menor productividad de las cosechas. La forma tan arbitraria con que se había llevado a cabo la ampliación de la superficie cultivada no sirvió para compensar la baja producción.

El bajo grado de productividad de las grandes empresas agrícolas era también debido a la mala organización de las mismas y a una gestión no racionalizada. La constitución masiva de granjas cada vez mayores no iba ligada a una consolidación interna; en muy pocos casos se contaba con un plan de trabajo y de organización. Faltaban sobre todo directores de empresas cualificados y agrónomos capaces de organizar la producción agraria en gran escala. Los obreros de la industria, enviados por millares al campo, no estaban tan al corriente en cuanto a los problemas específicos del proceso de producción agrícola como para poder prestar una ayuda eficaz. Lo mismo cabe decir de los campesinos apegados a las tradiciones de la pequeña granja, en general bastante incapacitados ante los problemas que planteaba la gran empresa agrícola colectiva. Cuanto más aumentaban las dimensiones de las granjas, mayores dificultades surgían. Mientras que en los años anteriores se habían formado casi exclusivamente pequeñas granjas colectivas que reagrupaban por término medio entre diez y quince fincas, de repente la dirección soviética optó por la creación de granjas cada vez mayores, pues consideraba que la mecanización y racionalización de los trabajos agrícolas sólo se podía garantizar de ese modo. Con la formación de estas empresas gigantes, que, sobre todo durante la primera fase de este colectivismo en masa, abarcaban entre 50 000 y 100 000 hectáreas, e incluso más, se vino abajo la solidaridad cooperativista en el campo, una solidaridad que, en los colectivos menores, había contribuido a estimular la producción. La nueva posición de los campesinos en el proceso de producción agrícola trajo consigo una menor intensidad en el trabajo, sobre todo porque al principio ni había normas que fijasen los niveles de rendimiento ni estaba claro el sistema de remuneración y reparto de bienes. Mientras que en muchas empresas colectivistas se pagaba según las necesidades de cada uno, en otras se hacía proporcionalmente según la tierra aportada por el campesino. El sistema de pago por rendimiento, es decir, según la cantidad y calidad del trabajo realizado, no llegó a aplicarse al principio más que en casos aislados.

Para hacer frente a la mala organización interna de las nuevas empresas agrícolas, y para poder mantener la producción agraria, el Estado se veía constantemente obligado a intervenir en el proceso de producción, llegando a regular hasta los más mínimos detalles técnicos, de forma que la iniciativa campesina quedó casi por completo anulada. La tutela de cada empresa y la centralización de todas las funciones administrativas y directivas obligó a constituir un gigantesco aparato burocrático, que suponía una carga más para la agricultura, ya que ésta además tenía que financiarlo.

Esta colectivización desordenada, carente de organización, perjudicó notablemente a la ganadería. Si el campesino, antes de entrar en la empresa colectivista, no había sacrificado su ganado, era normal que quedasen los animales encerrados en un corral o plaza de la comunidad rural, donde de momento solían quedar sin pienso ni cuidado alguno. «Las primeras víctimas del colectivismo generalizado son los animales de labranza, para los que no hay establos ni piensos suficientes», señalaba *Pravda* a primeros de marzo de 1930 [6]. Aun cuando durante los dos años siguientes, 1930 y 1931, se iba consiguiendo construir granjas colectivas y estatales para el ganado, éstas no dieron al principio buenos resultados, pues faltaba, además de una buena organización, personal cualificado. Además había que hacer frente a la falta de pienso y a las malas condiciones para criar al ganado más joven, lo que obligaba a menudo a matanzas masivas. En estas condiciones la ganadería iba en retroceso, disminuyendo el número de reses, hasta tal punto que, a los tres años, el patrimonio zootécnico había quedado reducido a menos de la mitad. Estas pérdidas, que a pesar de los mayores esfuerzos sólo podrían ser compensadas al cabo de muchos años, suponían el golpe más serio que la precipitada colectivización había asestado a la agricultura.

En definitiva, la colectivización masiva llevó a un retroceso del proceso de producción agrícola, que dejó pequeñas todas las crisis habidas en la época de la Nueva Política Económica, haciendo descender el rendimiento agrícola a un nivel todavía más lastimoso que el registrado en el período prebélico. En el año 1930, este retroceso quedó encubierto en alguna medida debido a una extraordinaria cosecha, pero al año siguiente, sin embargo, la sequía y los vientos cálidos que afectaron a toda el área comprendida entre el Volga y la Siberia occidental, pasando por los Urales, motivaron una cosecha fatal, que tuvo consecuencias desoladoras para el abastecimiento de la población. Puesto que los órganos creados

para el aprovisionamiento no tenían en cuenta la mala cosecha, y no dudaban en emplear la fuerza para alcanzar sus cuotas, la situación alimenticia adquirió dimensiones catastróficas en todas las regiones agrícolas. El invierno de 1931-1932 registró ya carestía de víveres en algunas partes de la Unión Soviética. Como al año siguiente, y a pesar de una nueva mala cosecha, las requisas se llevaron a cabo con la misma violencia y sin miramiento alguno, en el invierno de 1932-1933 la carestía se transformó en desastre y costó la vida a millones de personas, sobre todo en el sur y sudeste de la Unión Soviética. La carroña de animales, perros y gatos, era a menudo el único alimento. Buscando mejores condiciones de vida, familias enteras de campesinos abandonaron en masa sus pueblos, dejando desiertas grandes áreas de tierra. Los ferrocarriles y las carreteras estaban abarrotadas de campesinos que buscaban inútilmente trabajo y pan. El hambre empezaba a afectar igualmente a ciudades y zonas industriales. La falta de alimentos hizo disminuir considerablemente el rendimiento de los trabajadores, y el entusiasmo que en un principio había sabido despertar el gobierno por su programa de industrialización se tornaba en descontento general. Además, todos aquellos sectores de la industria que necesitaban materias primas agrícolas comenzaron a verse en dificultad. Así que, al final del período de reorganización agraria, toda la economía del país se encontraba al borde del abismo.

b) El sistema de la empresa agrícola colectiva

Después de la colectivización, la agricultura tenía que cumplir la misión de abastecer periódicamente, y en medida suficiente, de víveres y materias primas todos los centros urbanos e industriales, que crecían a un ritmo muy acelerado. El Estado creó un sistema de registro a través del cual podía recoger todos los productos agrícolas, dejando tan sólo un mínimo indispensable para la alimentación de los campesinos. Con esto, el Estado también intentaba eliminar la inseguridad y arbitrariedad que había surgido durante los últimos años con la campaña del suministro. Mientras que, hasta entonces, los campesinos se veían obligados a hacer entregas adicionales —en contra de los contratos vigentes del llamado sistema de contratos—, en 1933 se introdujeron normas fijas para la cesión de todos los productos agrícolas. Estas normas se regían por el programa de cultivo, o según las existencias de ganado, y no podían ser aumentadas. Pero más bien parecían

un pago de impuestos, pues el Estado pagaba sólo precios mínimos, sobre todo respecto a los cereales, bastante por debajo de los costos de producción. Las empresas agrícolas pudieron prever sus obligaciones a largo plazo y efectuar los cálculos necesarios. La normalización de los suministros no supuso, en realidad, ningún alivio para la agricultura. En muchos casos, las cuotas fijadas llegaban a superar las cifras que en años anteriores habían sido exigidas por la fuerza. Y como las cuotas no se regían por la cantidad real de cosecha, sino que se determinaban de antemano según el programa de cultivo, las regiones afectadas por la mala cosecha resultaban las más perjudicadas. De la misma forma, las granjas colectivas que contaban con peores medios de trabajo tenían que afrontar los inconvenientes que se derivaban de tales normas.

Mientras que a las empresas soviéticas se les exigían todos los excedentes, las granjas colectivas tenían que entregar una parte de su producción total, que en el caso de los cereales venía a ser de una tercera a una cuarta parte, pero para otros cultivos y productos alcanzaba a veces la producción total. Incluso las huertas privadas de los campesinos que integraban la colectividad entraban dentro de estas normas de cesión obligatoria, y se les exigían cuotas aún más altas. Cada campesino encuadrado en una granja colectiva tenía que entregar una cantidad determinada de huevos, carne y patatas, independientemente de que poseyera volatería y que cultivase patatas o no. A veces ocurría que muchos campesinos tenían que comprar estos productos en el mercado libre —nuevamente legal desde el año 1932—, para después poder cederlos. Las cuotas obligatorias fijadas para los campesinos independientes eran aún más altas, aunque la media de rendimiento de éstos era inferior a la de las granjas colectivas. Además tenían que dar una tasa por el grano molido de los cereales que servían para el propio consumo. Esta tasa, que era más del doble de lo que se entregaba antes de la primera guerra mundial, no fue abolida hasta el año 1940, en que se fijaron tasas superiores de cesión obligatoria. También los obreros, empleados o artesanos que vivían en el campo y disponían de pequeñas huertas estaban obligados a entregar determinadas cuotas, de modo que quedaba comprendida dentro de este sistema la totalidad de la producción agrícola.

En la provisión de productos agrícolas también jugó un papel muy importante la compensación en especie que debían efectuar las granjas colectivas a cambio de los servicios técnicos prestados por las estaciones estatales de máquinas y tractores. Como las granjas no podían contar con piezas de

recambio modernas, tenían que acudir a las estaciones de servicio, cada vez más imprescindibles para el trabajo agrícola. El sistema de compensación en especie no se fundamentaba en la cosecha efectiva, sino en la llamada cosecha biológica, es decir, que se calculaba por el cultivo en tallo, de modo que estos pagos solían ser muy superiores. Además se establecía que las granjas que superaban las previsiones de la cosecha debían abonar pagos adicionales. Cuanto más progresaba la mecanización de la agricultura —sobre todo en cuanto a cereales— y aumentaban los trabajos realizados por las estaciones de tractores y máquinas agrícolas, mayor era la cantidad que la empresa colectivista tenía que abonar en especie. De modo que, a finales de los años treinta, el Estado percibió la mayor parte de la cesión de productos agrícolas única y exclusivamente a través de los pagos en especie efectuados por las granjas a las estaciones de tractores y maquinaria.

Cuando las empresas agrícolas colectivas habían cumplido ya con todas sus obligaciones, que para ellas representaban una gran carga, entonces se les inducía a que cediesen aún más productos. El Estado les pagaba ahora a través de su aparato de cooperativas precios más altos por ellos, así como premios especiales, y les ofrecía a cambio artículos industriales a precios estatales muy bajos. Con ello el Estado confiaba en adquirir todos los excedentes una vez cubiertas las primeras necesidades del campesino. Puesto que estas compras estaban ya planificadas de antemano, tenían que llevarse a cabo fuese como fuese. Y cuando los campesinos querían desentenderse de ellas se les coaccionaba en contra de las prescripciones de las leyes vigentes.

Si los campesinos o las granjas colectivas aún disponían de productos que no necesitaban para su uso propio, una vez cumplidas todas sus entregas y compras obligadas, entonces se les permitía venderlos en el mercado libre koljosiano, mercado que se implantó en el año 1932, año de carestía. Los productos tenían que ser vendidos directamente al consumidor para evitar intermediarios, al contrario que en el período de la Nueva Política Económica. En este mercado koljosiano los precios se regían por la ley de la oferta y la demanda, así que, debido a la escasez, los campesinos conseguían ganancias extraordinarias. En algunos productos los precios del mercado libre eran de cincuenta a cien veces más altos que los estatales. Los mercados koljosianos, situados cerca de las ciudades o centros industriales, eran los más importantes; en ellos se compraba sobre todo fruta, verdura, productos lácteos y huevos. En el año 1940 la población urbana adquiría una quinta parte de todos los

productos alimenticios a través de este mercado. La venta libre de productos agrarios no significaba que las granjas colectivas o los campesinos dispusieran de excedentes. Normalmente vendían sólo para poder hacerse con dinero y comprar los productos industriales más necesarios.

El nuevo sistema para determinar precios y cuotas introducido en el año 1933, y que, con mínimas modificaciones, se mantuvo vigente durante veinte largos años, fue muy efectivo. Gracias a este sistema, el Estado estuvo en condiciones de regular el consumo de la población rural, evitando la acostumbrada acumulación de existencias. De esta forma eliminaba el influjo del campesino sobre el mercado, y así podía poner a disposición del país —independientemente del éxito de las cosechas— mayor cantidad de productos alimenticios y materias primas a costos mínimos, de forma que el proceso de industrialización contaba con una base relativamente segura. Aunque la producción agraria, después de haber sufrido las consecuencias de una colectivización en masa, sólo fue aumentando lentamente el volumen comercial, crecía de forma muy rápida. En el año 1940-1941 se consiguió triplicar la cantidad de cereales con respecto al año 1928-1929, último año de la Nueva Política Económica. Durante los años inmediatamente anteriores a la segunda guerra mundial, el Estado pudo disponer de más del 40 % de la cosecha en bruto. Y aunque el número de reses había disminuido, el suministro de carne y leche había aumentado enormemente. O sea que la importancia económica de la agricultura aumentaba considerablemente en relación con el período de la Nueva Política Económica.

El extraordinario volumen de negocios vinculado a los productos agrícolas era el resultado casi exclusivo del uso de métodos coercitivos. Mientras que la Nueva Política Económica se proponía desarrollar las relaciones comerciales, con la perspectiva de un intercambio en paridad entre la ciudad y el campo, es decir, a abolir la diferencia de precios entre los productos agrícolas e industriales, el nuevo sistema se basaba principalmente en la abolición casi completa del mercado y en la apertura máxima de la escala de precios. Si se toma como base un índice mínimo de precios para las distintas formas de ventas de productos agrícolas, resulta que en el año 1935, en relación a antes de la guerra, la diferencia en los cereales era de 1 : 7. Lo que significaba que los campesinos tenían que dar una cantidad de cereales siete veces mayor para adquirir la misma cantidad de productos industriales. Para la totalidad de los productos agrícolas (incluidos los ce-

reales) el índice de precios, en los casos más favorables, estaba en una relación de 1 : 3, y normalmente de 1 : 5, respecto al índice de precios de los productos industriales. Y puesto que la producción agraria en total, y en relación al período prebélico, casi no había aumentado, puede suponerse en qué medida había empeorado el poder adquisitivo en el campo. Gracias a la devaluación sistemática de los productos agrarios y a su venta al público a precios muy altos en los centros urbanos, el Estado conseguía márgenes de ganancias muy altos, que representaban una especie de tributo pagado al proceso de industrialización por parte de la agricultura colectivizada.

La función de la agricultura como acumuladora de reservas para la industria determinaba totalmente la organización del trabajo, y sobre todo la distribución de los ingresos. El gobierno consiguió introducir en las granjas colectivas el sistema de trabajo a destajo. Paulatinamente se iba cumpliendo el lema de «El que más y mejor trabaja recibe más; el que no trabaja no recibe nada». Para calcular el rendimiento de trabajo en la agricultura se partía de puntos de referencia distintos a los vigentes en otros sectores de la economía. Como unidad de cálculo se tomaba la llamada jornada de trabajo, y servía de guía la jornada tradicional del campesino, que en realidad correspondía al trabajo de un día de una persona medianamente cualificada. Tampoco había salarios fijos. En vez de recibir una remuneración periódica, los campesinos de las granjas colectivas recibían un anticipo, en dinero o en especie, basado en una tarifa de salario provisional, para que, por lo menos, pudieran ir cubriendo sus necesidades más inmediatas. Se les hacía una especie de recibo con el número de jornadas trabajadas al año. Con este recibo podían cobrar el salario correspondiente, cuya cantidad no se fijaba hasta final de año, después de haber hecho el balance de los ingresos de la empresa. Sólo en ese momento los campesinos de las granjas colectivas se enteraban de si habían ganado algo. Lo que recibían entonces los campesinos, en caso de que al final del período económico resultara que la empresa había trabajado con éxito, era una especie de dividendos.

El beneficio de la empresa —incluso en caso de buena cosecha— era normalmente de poca importancia, ya que las empresas colectivas tenían que satisfacer impuestos muy altos y cumplir con otros muchos compromisos. Hasta no haber cumplido con todos los compromisos cara al Estado, y haber satisfecho las cantidades necesarias de materias primas, simientes y forraje, no se podía determinar la cantidad a re-

partir entre los campesinos de la empresa. Era, digamos, una cifra residual, una cantidad que no dependía directamente de las condiciones internas de la empresa. En general, el salario de los campesinos era tan bajo que éstos no llegaban a cubrir sus necesidades más mínimas en lo que a artículos de consumo general se refería. Aunque los ingresos variaban considerablemente según el año y la región, al final, como mucho, se podían comprar, en el mejor de los casos, unas botas o un abrigo de invierno. Los campesinos de colectividades con bajo rendimiento de trabajo quedaban casi condenados a morir de hambre, a no ser que recibieran una ayuda de los otros. En años de mala cosecha, y al hacer el balance final, resultaba que los campesinos eran deudores a su propia empresa, pues la suma de los salarios a cuenta había rebasado la cantidad de los ingresos correspondientes. A veces, sólo gracias a sus economías particulares podían mantenerse. E incluso en los pocos casos en que se contaba con altos ingresos la situación no era muy distinta, ya que —por lo menos hasta mediados de los años treinta— el poder adquisitivo del dinero descendía sistemáticamente, y además quienes vivían en el campo apenas podían comprar artículos industriales. Los campesinos vivían con la impresión de que su trabajo en las granjas colectivas no estaba remunerado.

En estas circunstancias había que hacerles trabajar casi a la fuerza para sacar mínimos rendimientos. La disciplina laboral que tenía que aceptar la agricultura colectivizada, de hecho no significaba sino la obligación general de trabajar. Esta norma era vigilada por un enorme aparato administrativo y de control, que podía imponer duros castigos y, en casos extremos, podía hasta expulsar a los campesinos de la colectividad. Y como los campesinos de la colectividad no tenían la posibilidad de ganarse la vida fuera de la granja, no podían sino acatar el trabajo; había suficientes razones económicas para mantenerlos ligados a la empresa. Además, después de la colectivización ya no había libertad de residencia; y, en general, la libertad personal había quedado abolida en gran parte. La relación de los campesinos con su empresa tenía un carácter de servidumbre que recordaba a la dependencia vigente en la Edad Media.

Estas condiciones de trabajo condujeron inevitablemente a una fase de estancamiento en la producción agraria, aun después de que el sistema de las granjas colectivas se hubiera consolidado definitivamente. Incluso con la ampliación sistemática de la red de estaciones para tractores y máquinas, apenas aumentó el rendimiento agrícola. En el sector cerealístico,

que seguía siendo el ramo de producción más importante y que, a finales de los años treinta, aún ocupaba casi las tres cuartas partes de la superficie de cultivo, la producción llegaba a duras penas a alcanzar los rendimientos de antes de la guerra, a pesar de la mecanización sistemática. Es decir, los rendimientos de un país atrasado con una agricultura dividida. Incluso teniendo en cuenta las desfavorables condiciones climáticas, el rendimiento medio de ocho a diez quintales métricos por hectárea era extraordinariamente bajo. Una cosecha de cereales comparable a la del período anterior a la primera guerra mundial no se consiguió hasta los años inmediatamente anteriores a la segunda guerra mundial, y gracias a que se amplió la superficie de cultivo. Y como entre tanto había aumentado la población, la cantidad de cereales disponibles per cápita había disminuido una quinta parte respecto al año 1913. Así que aún no se contaba con una base de alimentación segura, a pesar de la creciente producción de patatas y legumbres, sobre todo porque aún no se habían superado las pérdidas de ganado sufridas durante la colectivización masiva.

En el plazo de diez años la agricultura soviética había experimentado cambios fundamentales: en lugar de los veinticinco millones de pequeñas y minúsculas fincas, que sólo poseían aperos muy primitivos, se contaba entonces con unas doscientas cuarenta mil empresas agrícolas colectivas, más de cuatro mil empresas del Soviet, así como cinco mil empresas especiales de aprovisionamiento, que disponían, en total, de más de medio millón de tractores, así como cientos de miles de cosechadoras y otras máquinas modernas. El rendimiento no correspondía en lo más mínimo a las inmensas posibilidades que abría el paso a la gran empresa agrícola mecanizada. La productividad en el trabajo estaba muy por debajo del nivel americano. Aunque el gobierno intentó poco antes de la guerra que aumentara la productividad en la agricultura, corrigiendo el sistema distributivo e introduciendo un mínimo de trabajo obligatorio para todos los campesinos de las colectividades. Pero sin un cambio fundamental en la política agraria que eliminara la relación discriminatoria de la agricultura con respecto a la industria, es decir, que hiciera desaparecer la situación de discriminación económica y jurídica en que se hallaban los campesinos de las colectividades, no podía haber un aumento efectivo de la producción agraria. El sistema vigente conducía al mantenimiento del atraso agrícola que, finalmente —y esto era previsible—, terminó siendo un obstáculo para toda la economía del país.

c) La industrialización acelerada

En otoño de 1929, el gobierno introdujo una nueva política de industrialización que rompía por completo con los objetivos y métodos de la Nueva Política Económica. Al revés que en la primera fase de la nueva organización industrial, en donde se trataba de desarrollar la industria pesada dentro de un relativo equilibrio económico, ahora se trataba, por el contrario, de desarrollar determinadas industrias clave a un ritmo extraordinariamente acelerado. Los medios disponibles se concentraron en unos pocos sectores industriales —producción metalúrgica, construcción de maquinaria y producción de energía— sin tener en cuenta el contexto económico general. No se invertía para lograr óptimos resultados para la economía general, sino para alcanzar un máximo de producción en determinadas ramas industriales. De esta forma, el gobierno esperaba activar más rápidamente el desarrollo económico del país. Mediante una industrialización parcial, que suponía enormes esfuerzos de acumulación a costa del consumo de las masas, el gobierno quería recuperar en un mínimo período de tiempo todo un desarrollo industrial, que en otros países había exigido decenios y aun siglos de esfuerzo.

La nueva estrategia de industrialización se basaba principalmente en explotar aquellas posibilidades hasta ahora no tenidas en cuenta. Dignas de mención son: el año laboral ininterrumpido y la competición en el trabajo. Mientras que hasta entonces sólo había habido alguna que otra rama de la industria que trabajara sin interrupción, a partir de entonces se intentó adaptar todo el aparato industrial a una producción continuada. Según los cálculos realizados, si la industria podía ser mantenida a un ritmo continuado de trabajo, el volumen de producción aumentaría, durante el plan quinquenal, y con sólo doscientos sesenta y tres días laborales al año, en un ciento por ciento como mínimo. Puesto que el año laboral ininterrumpido no debía conducir a alargar la jornada laboral, tuvo que reducirse la semana laboral. En lugar de la jornada de siete horas se introdujo la semana laboral de cinco días, puesta en vigor a partir del otoño de 1929 y para todas las empresas que trabajaban según la nueva reglamentación. Así que los obreros tenían ahora un día de descanso cada cinco de trabajo. Y la empresa estaba en funcionamiento permanente, porque el personal estaba dividido en grupos y cada grupo tenía un día de descanso distinto. Con este nuevo ritmo de trabajo, que rompía por completo con la tradición

existente, el gobierno pretendía además conseguir un rendimiento diario más alto y una curva de rendimiento más homogénea. Por los mismos motivos se introdujo también una constante competición entre los trabajadores. Así como el empresario capitalista compite para conseguir máximas ganancias, así debían rivalizar las empresas, los grupos de obreros y finalmente los propios obreros entre sí para conseguir el máximo rendimiento en la producción. Tal competición, que partió de un llamamiento a la iniciativa propia de cada uno, y respaldada después por un sistema de premios, pareció ser el instrumento adecuado para movilizar toda la energía y capacidad del trabajador. De aquí salieron las llamadas brigadas de choque, que se empleaban para tareas urgentes, principalmente para recuperar retrasos en el plan de producción. El paso al año laboral ininterrumpido y a las competiciones permanentes permitió elevar de modo considerable los objetivos de la industrialización. Bajo el lema de «El plan quinquenal en cuatro años», se sometió la planificación prevista a una revisión radical. La política de inversiones se orientó definitivamente a ampliar la industria pesada.

La tendencia a desarrollar a un ritmo máximo determinadas ramas industriales fue muy favorecida por el colectivismo en masa que comenzó en el año 1929, pues entonces se hizo latente la necesidad de tractores y máquinas agrícolas, y se intentó cubrir estas necesidades mediante numerosas inversiones suplementarias. La construcción de tractores debería aumentar, en relación con las cifras previstas en el plan quinquenal, de cuatro a cinco veces más, de forma que, al final del plan quinquenal, la agricultura, en vez de los 91 000 tractores previstos en un principio, debería recibir 443 000 tractores de producción nacional. Y aunque, en un principio, no se había previsto la producción de cosechadoras, el nuevo plan pretendía lograr al cabo de los cinco años una producción anual de 50 000 máquinas. El cumplimiento de este programa iba a significar para la Unión Soviética que de los seis tractores que a duras penas se construyeron en el año 1923 pasaría a ser el primer país productor de maquinaria agrícola. Al mismo tiempo se planificó un aumento de la producción automovilística, pasando de 100 000 a 250 000 y hasta 300 000 en el último año del plan quinquenal, con objeto de satisfacer mejor las crecientes necesidades de transporte en la agricultura. El desarrollo acelerado de estas industrias —tractores, maquinaria agrícola y automóviles— exigía paralelamente un aumento sensible en la producción de otros ramos industriales, sobre todo en la industria metalúrgica y pe-

trolífera, que tuvieron que aumentar de forma drástica su programa de producción, agudizándose así el carácter impulsivo de la industrialización. Se inició la construcción de numerosas plantas industriales, que en principio estaban proyectadas para una fase de desarrollo posterior. «Ha llegado una época que nos trae progresos con los que nadie había soñado», así se manifestaba Križanovski, presidente de la comisión del plan estatal durante los años de la Nueva Política Económica [7].

Pronto empezaron a registrarse importantes éxitos, que parecían demostrar la efectividad de la nueva política de industrialización. El 1 de mayo de 1930 se inauguró la nueva línea de ferrocarril Turquestán-Siberia (Turksib), 1 500 kilómetros de línea terminados antes de la fecha. En Rostov, a orillas del Don, entró en funcionamiento una importante fábrica de maquinaria agrícola. La fábrica de tractores de Stalingrado, que había sido construida en menos de un año, empezó a producir las primeras máquinas. En Zaporože se construyó la primera máquina agrícola combinada. Varios sectores de la industria habían superado entre tanto su producción, muy por encima de los objetivos trazados en un principio, y pudieron cumplir el plan quinquenal en la mitad del tiempo previsto. En vista de estos éxitos, durante el XVI Congreso del Partido, en junio-julio de 1930, se acordó la creación de un nuevo centro de la industria pesada, el complejo Ural-Kuznets, con el fin de comenzar a preparar el desarrollo económico de las regiones orientales del país.

Este combinado, basado en la unión de los inmensos yacimientos de carbón de la cuenca del Kuznets, en la Siberia occidental, con los yacimientos metalíferos de los Urales, cubriría ya en los años cuarenta la mitad de toda la producción industrial. De esta forma se intentaba acelerar aún más el ritmo de industrialización, a pesar de las inmensas dificultades que entrañaba la realización de un proyecto de tal envergadura. Durante las discusiones referentes al plan del año 1931, que preveía una tasa de incremento de un 45 % para la producción industrial, Stalin rebatió las críticas: «El ritmo no puede ser aminorado. Al contrario, hay que hacer todo lo posible para acelerarlo.» El retraso respecto a los países industrializados de Occidente, enemigos de la Unión Soviética, imponía —según Stalin— una aceleración indiscutible: «Tenemos un retraso de cincuenta a cien años con respecto a los países avanzados, y hemos de recuperar esta distancia en diez años. O lo conseguimos o nos aplastarán» [8].

Sin embargo, debido a un desarrollo unilateral de la indus-

tria y a las crecientes desproporciones, surgieron grandes dificultades, de modo que el aumento medio de la producción bajó en 1932 a un mínimo del 8,5 %. Entonces el gobierno se resignó a aminorar el ritmo de industrialización. Se intentó primeramente acabar los trabajos cuyas inversiones estaban ya en curso, desarrollar algunos sectores de la industria hasta ahora abandonados por completo y, sobre todo, se intentó mejorar el trabajo técnico-organizativo para aprovechar de una forma más racional todo el aparato de producción recientemente creado. Mientras que durante los primeros años se había emprendido a toda costa la construcción de nuevas e inmensas empresas, ahora se empezaban a tener en cuenta los problemas cualitativos. Así que, para el segundo plan quinquenal de 1933 a 1937, los puntos fundamentales de la política de industrialización fueron: aumentar la productividad, reducir los costos y mejorar la calidad de los productos.

El gobierno era consciente de que el trabajo cualitativo de la industria sólo se podía mejorar si se conseguía elevar sensiblemente el nivel cultural y técnico de los trabajadores. Para ello se amplió la red de escuelas profesionales, que desempeñaban un papel principal en la formación de mano de obra cualificada. En las grandes fábricas se crearon rápidamente los llamados combinados de enseñanza, que comprendían un sistema completo de instrucción, desde la alfabetización hasta la escuela superior, pasando por la escuela de enseñanza general primaria de cuatro cursos. A los trabajadores se les exigía que adquirieran un mínimo de formación técnica. Ya en el año 1935 cientos de miles de obreros de la industria pesada afrontaron un examen técnico. Pero, a la larga, la efectividad del aparato de producción sólo podía aumentar si se lograba mejorar fundamentalmente el rendimiento laboral. Esta tarea fue asumida por el movimiento estajanovista, iniciado a mediados del año 1935. El éxito conseguido por el minero Stajanov, con una cuidada preparación, en una mina de la cuenca del Doneck, logrando durante un turno de trabajo extraer 102 toneladas de carbón, es decir, unas catorce veces más de lo fijado por su norma, fue tomado como ejemplo para aumentar las normas de rendimiento en las minas de carbón. De modo análogo, en todos los sectores de la industria se empezaron a utilizar las distintas marcas de producción para aumentar el rendimiento general. Los obreros y las obreras que se proponían como meta la superación de las normas técnicas, de la capacidad de rendimiento proyectada y de los planes de producción existentes obtenían condecoraciones. Con ello se consiguió superar la escasa cualificación y los métodos

inadecuados de trabajo. Puesto que la técnica moderna ofrecía la posibilidad de aumentar considerablemente el rendimiento, a menudo sólo mediante insignificantes mejoras en la organización del trabajo, el movimiento estajanovista trajo consigo un aumento notable de la producción.

A final de los años treinta se había creado ya una poderosa industria pesada con numerosos sectores productivos nuevos. Se habían creado miles de nuevas empresas —gigantescas algunas—, y la mayor parte de las viejas fábricas y talleres habían sido dotados con equipo moderno. De forma que en el sector de la industria pesada ya no existían empresas con maquinaria atrasada. Casi toda la industria había sido electrificada, y además se aprovechaba la corriente industrial para objetivos tecnológicos. La mecanización del proceso de producción había hecho también grandes progresos, sobre todo en la explotación de las minas de carbón. Un gran número de centrales eléctricas nuevas multiplicaron la oferta de energía eléctrica, con lo que pudieron entrar en funcionamiento importantes producciones consumidoras de grandes cantidades de energía (acero, aluminio). Alcanzó particular desarrollo la construcción de máquinas, base fundamental de la industrialización. Mientras que, antes de la primera guerra mundial, Rusia tenía que importar casi la totalidad de las máquinas que necesitaba, ahora la nueva industria estaba en situación de equipar todos los sectores de la economía con equipos muy modernos, de forma que el país se aseguró la independencia económica respecto al extranjero. Sólo algún que otro sistema de máquinas se importaba de los países occidentales. De la construcción de máquinas surgieron decenas de sectores industriales altamente especializados, uno de ellos, la producción de armamento, empezó a alcanzar paulatina importancia.

Durante los años treinta, la división geográfica de la industria había cambiado completamente. Mientras que la industria de la Rusia zarista se había concentrado en las regiones centrales y meridionales, ahora ya quedaban incluidas también en el proceso de industrialización las regiones del norte y este. En los Urales, en las estepas del Asia central, en la taiga de Siberia y en la tundra de las regiones septentrionales se crearon zonas industriales y se construyeron líneas de ferrocarril. El complejo Ural-Kuznets creó las condiciones previas para la explotación industrial de las regiones de la Siberia occidental y del Extremo Oriente, que continuó con la creación de otros centros industriales e hidroeléctricos en Siberia; de manera que el núcleo de las inversiones se iba desplazando

—también por consideraciones estratégicas— cada vez más hacia Oriente. También había cambiado a la par la estructura económica de los centros industriales tradicionales. La industria metalúrgica y minera de Ucrania había sido completamente equipada con maquinaria moderna. Leningrado producía ahora sobre todo máquinas de alta calidad para la industria electrotécnica, así como para la construcción naval y de instrumentos. Moscú, antaño la ciudad del algodón, se había transformado en una ciudad industrial, donde se construían máquinas y se producía electrotecnia. En el año 1940, solamente las empresas de Moscú producían casi el doble de lo que producía toda la industria de la antigua Rusia. Considerando el volumen de producción, la Unión Soviética había superado a Francia, Inglaterra y Alemania, ocupando así el primer lugar en Europa y el segundo en el mundo, después de Estados Unidos. Ahora la Unión Soviética contaba con los medios técnicos y económicos para alcanzar a los países occidentales industrializados en la producción per cápita, en donde aún se encontraba muy atrás. Este objetivo se propuso en el XVIII Congreso del Partido, en marzo de 1939, y se estimó necesario un período de diez a quince años para ello.

El forzado desarrollo de la industria pesada, que se llevó a cabo sin ninguna ayuda del extranjero digna de mención, exigió, sin embargo, extraordinarias renuncias en cuanto al consumo. Las inversiones gigantescas que absorbían la construcción de los altos hornos, las acerías y las fábricas de tractores tuvieron que ser aportadas por la población trabajadora. Se iban alcanzando niveles de producción cada vez más altos, pero que no tenían en cuenta las exigencias inmediatas del consumo. Parecía como si la construcción de una industria de medios de producción fuera considerada un fin absoluto. Había surgido una necesidad enorme de inversiones, sin que, por otra parte, se pudieran ofrecer a las masas los suficientes productos para el consumo. En los años treinta se invertía de un 25 a un 35 % de la renta nacional. Téngase en cuenta, además, que la renta nacional per cápita de la población era extraordinariamente baja.

La industrialización de las regiones del este y lejano oriente del país, que comenzó con la construcción del complejo Ural-Kuznets, supuso un costo especialmente elevado. Para abastecer la industria metalúrgica de los Urales con el carbón de la cuenca del Kuznets era necesario superar, con ayuda del ferrocarril, una distancia de más de dos mil kilómetros. «Una distancia única en el mundo de la metalurgia» [9]. A ello hay que añadir los altos costos secundarios que implicaba la edifi-

cación de centros urbanos y de una red de transportes en territorios inhóspitos y poco poblados. Finalmente, las industrias de suministro quedaron firmemente consolidadas. Las nuevas fábricas producían ya más hierro y acero del que se necesitaba en la región, así que había que añadir nuevos costos de transporte. Y aunque subsistía la posibilidad de obtener la misma producción con costos más bajos, si se hubiera ampliado lo suficiente las instalaciones de la cuenca del Doneck, el gobierno prefirió la construcción del complejo Ural-Kuznets, ya que sólo así resultaba posible la industrialización de Siberia y del Extremo Oriente.

La política de industrialización unilateral, que desde el principio había perjudicado el desarrollo de la industria ligera, originó, sobre todo durante los años treinta, otras muchas desproporciones. Los distintos sectores de la producción y los complejos industriales parciales estaban mal coordinados; había industrias que, por motivos técnicos, dependían de otras, pero no se construían al mismo tiempo; se creaba una industria, y no se tenía en cuenta la necesidad de construir las necesarias industrias complementarias; las plantas para suministro de materias primas y de combustibles se olvidaban tan a menudo como los talleres de reparación o la producción de piezas de repuesto. Mientras que determinados sectores industriales estaban excesivamente sobrecargados de trabajo, en otros no se aprovechaban suficientemente las capacidades de producción. Ordžonikidze, comisario de la Industria Pesada, hablaba, a principios del año 1935, de empresas «que se encuentran entre las mejores, pero que sólo aprovechan sus equipos en un cincuenta o sesenta por ciento» [10]. En estas circunstancias, se supone que abundaban los momentos de paro y de marcha en vacío. Durante mucho tiempo también había quedado olvidado el sistema de transportes. Y aunque la división territorial del trabajo, unida al proceso de industrialización, requería una enorme capacidad de transporte, la red de ferrocarriles estaba muy mal conservada y se ampliaba con excesiva lentitud, lo que suponía un constante obstáculo para la economía. De ahí que persistiese el desequilibrio crónico, y que la industria creciese con sobresaltos. Para poder superar los desequilibrios técnicos más agudos hubo que realizar enormes gastos adicionales.

Los costos de industrialización crecieron particularmente debido a la falta de mano de obra cualificada y de especialistas. Los trabajadores no estaban preparados para hacer frente al rápido desarrollo industrial. Los cursos de formación acelerada, creados a principio de los años treinta, no pudieron cum-

plir sus objetivos. Así que, en vez de contar con obreros cualificados, en principio había que acudir a obreros sin cualificación, que no sabían manejar las complicadas máquinas. Por ignorancia y por falta de capacidad técnica se rompían y dañaban muchas máquinas-herramienta, tractores y camiones. El gobierno veía en estas pérdidas el precio que tenía que pagar el país para crear operarios con la necesaria preparación técnica y en el plazo más breve. «Lo que en Europa se ha conseguido en decenas de años —declaró Stalin— hemos intentado conseguirlo, en líneas generales, en el plazo de tres o cuatro años. Los gastos suplementarios, las máquinas estropeadas y otras pérdidas de este tipo están abundantemente compensadas con los resultados» [11].

No sólo faltaban cientos de miles de obreros cualificados, sino también millares de técnicos e ingenieros. El nivel de cualificación de ingenieros y técnicos era más bajo que en Europa occidental o en Estados Unidos. Los especialistas soviéticos no estaban en condiciones de dominar la técnica occidental más moderna sin ayuda extranjera. Con la colaboración de especialistas extranjeros se logró instalar un moderno aparato de producción, pero las nuevas instalaciones industriales no empezaban a funcionar correctamente hasta pasados unos años. Al principio, por ejemplo, no se conseguía dominar los métodos de producción en cadena, como informaba Ordžonikidze, poniendo el ejemplo de la fábrica de tractores de Stalingrado: «Recuerdo que cuando se inauguró esta fábrica en el verano pudimos hacer un tractor; después pasaron de cuatro a cinco meses sin que pudiéramos suministrar un tractor, ni producir repuestos, ni siquiera montarlo. Al año siguiente, a base de mucho esfuerzo, conseguimos hacer diez tractores diarios; finalmente, pudimos llegar a los veinticinco diarios, y todo esto nos daba mucha satisfacción, pensábamos que íbamos consiguiendo algo» [12]. Lo mismo ocurría en la mayoría de las otras nuevas fábricas y talleres, que en principio nunca alcanzaban los objetivos señalados.

Finalmente, la eficiencia de la política de industrialización se vio también turbada por la relación tan tirante que el gobierno mantenía con los dirigentes de la economía y la técnica. Se les dificultaba constantemente el trabajo y se les hacía responsables de cualquier insuficiencia en el rendimiento de la producción, y ante ello reaccionaban con timidez, pasividad y con temor ante las responsabilidades. En este sentido, la depuración política efectuada entre 1936 y 1938, de la que fueron víctimas numerosos especialistas altamente cualificados, jugó un papel muy negativo. La industria pesada,

sobre todo la metalúrgica, y los transportes fueron los más afectados. Los efectos de estas depuraciones, que en general significaban la detención y ejecución de la víctima, retrasaron todo el aparato económico. Nadie quería después arriesgarse a tomar una decisión, puesto que cada equivocación, fracaso o error era castigado como sabotaje contrarrevolucionario. Por otro lado, nadie se atrevía ya a contradecir una decisión que viniera de los órganos centrales, aunque fuera equivocada, pues corría el riesgo de ser acusado también de sabotaje. Tal situación, que ahogaba y paralizaba cualquier iniciativa, tuvo desoladoras consecuencias para el proceso de industrialización, pues quebró la línea de las inversiones. Durante los años treinta, y en casi todos los ramos de la producción —tanto de la industria pesada como ligera—, se registraron signos de estancamiento, lo que impidió que se pudieran cumplir los objetivos fijados por la planificación. La industria del hierro y del acero fue la más afectada, lo que repercutió en el desarrollo de la industria bélica, particularmente importante para la Unión Soviética, debido al peligro de guerra.

En torno a 1940, el problema fundamental que tenía que afrontar la política industrial soviética era el aumento de la productividad laboral, que Lenin había calificado de «el factor más importante, el decisivo para la victoria del nuevo régimen social» [13]. La industria había adoptado la técnica más moderna, sin pasar previamente por las numerosas etapas tecnológicas intermedias. Pero no se había conseguido desarrollar a un mismo ritmo la capacidad técnica y organizativa de los hombres. Por tanto, la capacidad de rendimiento industrial no correspondía en lo más mínimo a las posibilidades existentes. La prensa no cesaba de dar ejemplos de cómo con el mismo sistema mecánico, y con las mismas máquinas, el rendimiento que se alcanzaba en la Unión Soviética era muy distinto al rendimiento obtenido en los países industriales avanzados. Los costos de producción seguían siendo muy altos, y el éxito en cuanto a la cantidad de productos quedaba oscurecido por la deficiente calidad. La enorme tasa de crecimiento de la producción industrial, que en los países occidentales no cuenta con antecedentes, fue conseguido, en gran parte, debido a una explotación exhaustiva de los recursos humanos y naturales. Sólo se explotaban los yacimientos minerales más ricos y los filones carboníferos más abundantes, de la misma forma que se acababa con los bosques sin preocuparse de la repoblación forestal, o se cultivaba sin abonar. La agricultura colectivista ponía a disposición de la industria grandes contingentes de mano de obra sin cuali-

ficar, con el fin de obtener el máximo rendimiento a base de una opresión muy violenta sobre los obreros. Sin embargo, las posibilidades productivas del aparato técnico quedaban sin aprovechar. En este aspecto —decisivo en lo que a la competencia con los países industriales occidentales se refiere— la industria soviética aún no había logrado demostrar su superioridad.

d) La nueva clase obrera

La transformación de la Unión Soviética de país agrícola en industrial iba unida a una ruptura total con las viejas estructuras sociales; una ruptura sin precedentes en la historia, ni en sus dimensiones ni en su ritmo. Durante el período 1929-1939 la población urbana pasó de 28,7 millones (19 % de la población total) a 56,1 millones (33 % de la población total), mientras que la población rural en este mismo tiempo, y a pesar del índice de natalidad más elevado, disminuyó en 10,2 millones. Este enorme crecimiento de la población urbana se explica, ante todo, por la enorme afluencia de población campesina comenzada al emprenderse la industrialización acelerada del país. Durante el mismo período de tiempo las ciudades y los nuevos centros urbanos acogían anualmente un promedio de casi dos millones de inmigrantes campesinos. La época más afectada por esta transformación social corresponde a los comienzos de los años treinta. En 1931, por ejemplo, las ciudades acogieron a más de cuatro millones de inmigrantes.

La enorme afluencia de mano de obra rural fue posible gracias a la transformación radical de la agricultura, que, en relación con la época de la Nueva Política Económica, acentuó más el excedente potencial de mano de obra. La colectivización originó primeramente un movimiento inverso de la población. Durante el invierno del año 1929-1930 se registró una afluencia hacia el campo de la mano de obra industrial, debido al carácter semirrural de los obreros rusos. Durante los años veinte —igual que antes de la guerra— era muy frecuente la migración temporera. Campesinos que no tenían en el campo suficiente trabajo en la agricultura y se marchaban a trabajar en la industria durante una determinada época del año, sin renunciar por ello a sus trabajos agrícolas. Y mientras estos obreros de fábricas o mineros seguían teniendo su pedacito de tierra que ellos mismos cultivaban, se mantenían ligados a él tanto económica como psicológicamente. Por eso,

al principio de la colectivización regresaron al campo para defender sus intereses. Y como, además, tanto la dirección del partido como la dirección de los sindicatos hizo un llamamiento a sus miembros para que aquellos que tuvieran intereses en el campo apoyaran el movimiento colectivista, ocurrió que —sobre todo en las regiones en que abundaba este tipo de obrero semicampesino— se registró una verdadera retirada de la ciudad, hecho lamentado muy a menudo por la prensa: «Las minas quedan vacías. Mineros, obreros de la construcción, mecánicos, todos quieren ir al campo, a las colectividades» [14]. Pero este proceso de retorno, que abarcaba igualmente a una gran parte de los obreros de la ciudad sin trabajo, fue motivado también por un empeoramiento del nivel de vida en la ciudad, que se dejaba sentir sobre todo en la falta de alimentos y en la penuria de viviendas.

La colectivización no sólo motivó durante su primera fase una inmensa afluencia procedente de las regiones industriales y mineras, sino que frenó también la inmigración campesina. Pues aunque el paso a la gran empresa agrícola ofrecía la posibilidad de racionalizar la mano de obra, en las granjas colectivas se hacía lo posible para retener a sus miembros, ya que, debido a la mala organización del trabajo, resultaba difícil prever qué cantidad de mano de obra se necesitaría. Los campesinos de la colectividad, por otro lado, demostraban poco interés en abandonar sus fincas, ya que temían que, durante el constante proceso de reorganización agraria, pudieran resultar perjudicados, sobre todo a la hora de repartir el trabajo y los beneficios. Para los trabajadores agrícolas y los campesinos pobres, que representaban la mayoría de los inmigrantes, había disminuido la necesidad de ganarse la vida en la ciudad, puesto que en las colectividades tenían asegurado, por lo menos, un mínimo vital. Cuanto más avanzaba el proceso colectivista más disminuía el número de los que pudieran tener algún interés en buscarse un trabajo en la ciudad.

La mayor parte de la mano de obra industrial se reclutaba en principio entre aquellos campesinos que, debido al colectivismo, habían sido despojados de sus casas y sus fincas. La lucha contra los kulaks, que iba dirigida también contra algunos campesinos de la clase media, iba unida casi siempre a un traslado forzoso que abastecía de mano de obra las regiones industriales del norte y este del país. Los campesinos que se iban a las ciudades y a los centros industriales eran, en su mayoría, los que se oponían de alguna forma a la colectivización. Otro motivo que impulsó a numerosos campesinos a

buscar trabajo en la ciudad fue la situación de hambre durante dos inviernos seguidos, 1931-1932 y 1932-1933. Al principio, fueron muy pocos los campesinos que pasaron a formar parte de la mano de obra industrial. Pero los pocos que marcharon, tanto como los demás campesinos que ingresaron en las fábricas, no lo hacían ya de forma temporal como antes, sino definitiva, y no pensaban volver al campo. La nueva clase obrera que se formó en esta época estaba definitivamente desvinculada del campo.

Para superar la escasez de mano de obra que comenzaba a dejarse sentir a comienzos de la industrialización acelerada se pasó al reclutamiento organizado. Las empresas agrícolas colectivas fueron obligadas a ofrecer una cantidad determinada de trabajadores y a no poner impedimento alguno a aquellos campesinos que quisieran emigrar. Para evitar su oposición al reclutamiento se les permitió a las colectividades cobrar una décima parte de la futura retribución del trabajo prestado por los campesinos a la industria. A partir de 1931, a las organizaciones económicas y a las direcciones de las empresas se les permitió tratar directamente con las colectividades o con los campesinos para establecer los correspondientes contratos laborales. Al mismo tiempo, la industria debía poner a disposición de las colectividades agrícolas medios de producción para suplir a los campesinos que se marchaban; intercambiar hombres por máquinas. Sobre esta base se desarrolló una intensa campaña de propaganda, en la que a menudo competían los interesados de las distintas organizaciones industriales y económicas, haciendo promesas exageradas —sobre todo referentes al alojamiento y aprovisionamiento— que después no podían cumplir. En realidad, casi no hubo necesidad de una presión directa para reclutar la mano de obra necesaria. Las empresas agrícolas colectivas no sólo disponían de un gran excedente de mano de obra masculina, sino que además contaban también con suficientes mujeres, jóvenes y niños. Además, la marcha de los campesinos resultaba favorecida por el desnivel económico existente entre el campo y la ciudad. Aunque con el comienzo de la industrialización también empeoraron las condiciones de vida en las ciudades y centros industriales, en el campo el proceso de empobrecimiento y miseria al comenzar el colectivismo adquiría tales dimensiones que a los campesinos no se les hacía demasiado difícil dejar el pueblo. A partir de 1935 este reclutamiento organizado empezó a perder importancia. Ahora se trataba ya de captar las reservas de mano de obra urbana, sobre todo las mujeres, e integrarlas en el proceso laboral, de forma que, a fines del

año 1939, las mujeres participaban en un 43,3 % en el trabajo industrial.

Mientras que el suministro regular de mano de obra de los colectivos agrícolas a la industria se pudo realizar con bastante facilidad, la integración de estos obreros en la industria fue bastante más complicada. Puesto que los salarios y las condiciones de trabajo, en general, no coincidían con lo prometido en un principio, los nuevos obreros no veían otra salida que cambiar constantemente de trabajo. Pasaban de fábrica en fábrica y de mina en mina en busca de mejores condiciones de subsistencia y de vivienda. A esta fluctuación se añadía además una actitud de protesta contra la disciplina industrial que, al revés que en el campo, exigía coordinación y determinadas actividades, integración, subordinación, cumplimiento de todas las instrucciones para ejercer una determinada función dentro del sistema de división del trabajo. En el año 1930 la fluctuación en la industria alcanzó el ciento por ciento. Es decir, que la plantilla había sido cambiada por completo. La situación más catastrófica afectaba a la minería y la metalurgia, donde cada cuatro meses, aproximadamente, había un cambio completo de personal. Este cambio permanente de plantilla, que incluía igualmente a los antiguos obreros cualificados, ejercía un influjo desastroso sobre la organización de la producción, impidiendo la continuidad en el proceso de formación y cualificación profesional.

El gobierno intentó cortar esta inestabilidad, tomando medidas administrativas. Los «desertores del trabajo» eran castigados con retenciones de salario, disminución de las raciones alimenticias o expulsión de los alojamientos de la fábrica, que en la situación vigente suponía perder la única posibilidad de tener una vivienda. Además, cada vez se restringía más la libertad de movimiento de los obreros, hasta tal punto que ya no se podía hablar de una verdadera libertad de residencia. Con relación a esto hay que mencionar la obligación de disponer de pasaporte, que se impuso a finales del año 1932, para facilitar el control sobre el creciente movimiento de la población dentro del país. Este pasaporte servía como carné de trabajo, y debía presentarse cada vez que se cambiaba de ocupación. La dirección de la empresa registraba en él sus anotaciones. En el mes de diciembre de 1938 se hizo obligatorio un carné laboral para todo el que trabajaba. De forma que resultaba muy fácil de controlar cada cambio de trabajo. Al mismo tiempo tuvo lugar una revisión total del derecho laboral, con el objetivo de intensificar las medidas disciplinarias. Toda ausencia injustificada, el abandono antes de la hora del puesto

de trabajo y el ocio durante el mismo eran castigados severamente, incluso con el despido. Los directores de las empresas estaban obligados a imponer el castigo previsto por la ley en cada uno de los casos, aunque se perjudicase la empresa. En caso de que se opusieran podían ser castigados ellos mismos legalmente. En junio del año 1940 fue abolida finalmente la libertad de trabajo. Los castigos para el incumplimiento del orden laboral se intensificaron aún más, hasta tal punto que la disciplina laboral era semejante al sistema de subordinación militar. Pocos meses después, y debido al latente peligro de guerra, fue introducido el servicio obligatorio. El Estado podía a partir de entonces enviar al obrero cualificado a cualquier lugar de trabajo. Se crearon de este modo las premisas para una amplia organización coercitiva del trabajo.

Entre tanto, el trabajo forzado de los presos había adquirido un carácter masivo. Se extendió ante todo a aquellas regiones que, por sus condiciones naturales desfavorables, carecían de mano de obra, es decir, el norte y este del país. Y aunque el trabajo forzado, a un nivel económico general, sólo desempeñaba un papel marginal, sin embargo, en algunos sectores de la economía, se convirtió en algo indispensable; por ejemplo, en la construcción de canales, de vías de ferrocarril, en la economía forestal, o en las minas de oro. Hacia 1940, cuando las depuraciones políticas y las deportaciones masivas se habían convertido en algo cotidiano, el número de personas condenadas a trabajos forzados aumentó al máximo. Según estimaciones muy prudentes, había unos siete millones de personas en campos de trabajo. La ventaja principal, para el Estado, del trabajo forzado, consistía en que podía disponer de él como le pareciera. Dado que su rendimiento era relativamente bajo y el costo de su mantenimiento —que incluía cuotas fijas para un aparato bastante extenso— relativamente alto, el trabajo forzado fue económicamente poco rentable desde el principio hasta el fin.

Mientras que la Unión Soviética intentaba imponer una disciplina laboral a base de métodos coercitivos, por otro lado estaba muy interesada en despertar entre los obreros un interés hacia su trabajo creando importantes diferencias salariales. Bajo el lema de «lucha contra el igualitarismo», en el año 1931 se empezó a modificar el sistema de tarifas, creándose considerables diferencias salariales entre trabajos ligeros y pesados, y entre trabajos cualificados y no cualificados. Para alcanzar mejores rendimientos se intensificó el sistema de premios existente. Ante todo, se transformó en muchas industrias el sistema de salarios y se implantó el sistema de salarios por

rendimiento, lo que suponía que cada aumento en el rendimiento incluía un aumento proporcional del salario. Sin embargo, esta nueva política salarial no alcanzó el éxito esperado debido a la progresiva devaluación del dinero que acompañó a la industrialización forzada. Mientras duró la inflación, hasta los salarios más altos carecían de atractivo. También el sistema de racionamiento implantado desde el año 1929-1930 en todo el país se orientaba cada vez más hacia el rendimiento en el trabajo, y además muchos de los premios que se repartían lo eran en especie. A pesar de todo, esos esfuerzos resultaron insuficientes, pues la miseria material que reinaba provocaba indudablemente tendencias igualitarias en las empresas. Muchos obreros fundaron por iniciativa propia comunas de producción y de consumo. La situación varió, de todas formas, en el momento en que, en el año 1935, se suprimió el racionamiento y se estabilizó el rublo. El nivel de vida dependía ahora de la entidad del salario que seguía siendo muy diferenciado. La política salarial fomentaba sobre todo la creación de los llamados grupos dirigentes, es decir, de los obreros que resultaban especialmente importantes para la producción. Mientras que la mayoría de los obreros cobraban aproximadamente 100 rublos mensuales, había un grupo relativamente reducido que ganaba 1 000 rublos o más. El salario de los obreros stajanovistas que, entre los años 1935 y 1940 estaban en la cúspide de la pirámide salarial, ganaban de veinte a treinta veces más que los obreros de las categorías más bajas. En el XVIII congreso del partido, en marzo de 1939, se citó el ejemplo de un minero que, en el año 1938, había alcanzado un promedio de salario de 3 549 rublos al mes.

El aumento de los márgenes salariales y del sistema de salarios superiores generó acusadas diferencias en el nivel de vida. En 1935, al controlar el aumento del presupuesto general, se registraron enormes diferencias en el consumo per cápita. En algunos artículos alimenticios, la relación existente en el consumo entre el nivel de ingresos máximo y mínimo presentaba la siguiente relación:

carne	1 : 5,7
mantequilla	1 : 17,0
pescado	1 : 1,9
fruta	1 : 6,7
pastelería	1 : 3,4

Con un nivel de vida en general tan bajo, tal diferenciación se dejaba sentir marcadamente, y además los grupos de obreros dirigentes gozaban de numerosas ventajas sociales. «Se les traslada a viviendas nuevas y se les arregla las viejas —escribía Trotski—. No tienen que esperar turno para las casas de reposo o sanatorios, se les envía a casa gratuitamente médicos y maestros, se les regala vales gratuitos para el cine, e incluso a veces el peluquero les corta el pelo y afeita sin que tengan que esperar turno y sin cobrarles nada» [15].

Las marcadas diferencias en el nivel de vida eran causadas por una disminución del salario real. Mientras que durante el período de la Nueva Política Económica el nivel medio de los salarios había ido aumentando constantemente, y a finales de los años veinte ya había superado el nivel de antes de la guerra, desde entonces se registraba una tendencia inversa, que en los años 1931 y 1932 alcanzaba su punto mínimo. Aunque el salario nominal seguía subiendo, debido al desarrollo inflacionista, el salario real se había quedado en la mitad. Hasta 1935 no se notó claramente otra vez una línea ascendente, que, sin embargo, en 1938 —como consecuencia de la escasez y encarecimiento de los productos—, comenzó a mostrar una tendencia nuevamente descendente. El nivel salarial en la Unión Soviética estaba por debajo del nivel de los países industrializados más avanzados. Partiendo de la base del trabajo necesario para la compra de determinados productos, en el año 1938 (con referencia a 9 de los productos alimenticios más importantes) la capacidad de adquisición del salario en Estados Unidos era 7,5 veces superior a la de la Unión Soviética, más de 4 en Gran Bretaña y Suecia, 2,5 en Alemania, 2,2 en Francia, e incluso en países tan atrasados como Polonia, Estonia o Letonia la capacidad era dos veces superior. Al hacer tal comparación internacional de los salarios conviene tener en cuenta que en la Unión Soviética, al contrario que en la mayoría de los países occidentales, ya no había masas de parados. Además existían una serie de factores propios de la legislación laboral soviética que hacían frente al bajo nivel de vida. Ya entonces, un número creciente de miembros de la familia estaba en condiciones de ganar un salario, sobre todo las mujeres, de forma que el presupuesto familiar podía mejorar considerablemente. Otras ventajas sociales, tales como seguros y servicios sanitarios, jugaban un papel muy importante. A éstas hay que añadir los comedores gratuitos, establecidos a principios de los años treinta para asegurar a los obreros una alimentación mínima. Las huertas, la cría de animales y aves, y formas semejantes de abasteci-

miento propio, asumieron posteriormente esta misma función. Sin embargo, en los años treinta, la gran masa de obreros vivía en unas condiciones bastante difíciles. El retroceso del nivel de vida, debido a la rápida industrialización, era aún más palpable dado que la población ya llevaba unos años, durante la Nueva Política Económica, pasando tremendas calamidades, casi comparables con la miseria de antes de la guerra.

El bajo nivel de vida incidió negativamente sobre el rendimiento y la disposición para el trabajo de los obreros. Y aunque el gobierno conseguía aumentar paulatinamente el rendimiento laboral a base del recrudecimiento de las medidas disciplinarias y de una diferenciada política de salarios, sin embargo, a la larga, estos métodos resultaban insuficientes; y en interés de un aparato de producción eficaz era necesario, más tarde o más temprano, mejorar esencialmente las condiciones de alimentación y de vivienda. Además, el proceso de industrialización condujo a una intensificación y diversificación del trabajo que —como consecuencia de las nuevas y variadas cargas— modificó las estructuras de vida y las condiciones de reproducción de la mano de obra. El mínimo vital suponía un mejoramiento de la situación alimenticia, un suministro de artículos industriales de consumo, así como determinados servicios de la civilización moderna. Sin tener en cuenta este contexto, no se podía pensar en un aumento importante de la productividad laboral. Pero para satisfacer cualitativa y cuantitativamente las nuevas necesidades se requería un nuevo giro del desarrollo industrial, un giro tanto económico como interindustrial, y a favor de la fabricación de bienes de consumo, es decir, una orientación completamente nueva de la política económica.

Notas

SIGLAS UTILIZADAS EN LAS NOTAS Y EN LA BIBLIOGRAFIA

AHR	*American Historical Review*
ASEER	*The American Slavic and East European Review*
CSS	*Canadian Slavic Studies*
FzoG	*Forschungen zur osteuropäischen Geschichte*
HZ	*Historische Zeitschrift*
Ist. SSSR	*Istorija SSSR*
JBfGO	*Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*
Kl. Pauly	*Der kleine Pauly. Lexikon der Antike*
L.	Leningrado
LAS	*Lexicon Antiquitatum Slavorum*
M.	Moscú
PSRL	*Polnoe subranie russkich letopisei*
RE	*Realencyclopaedie der klassischen Altertumswissenschaft*
SEER	*The Slavonic and East European Review*
SIE	*Sovetskaia istoričeskaja enciklopedija*
StPbg.	San Petersburgo
VI	*Voprosy istorii*
ZfO	*Zeitschrift für Ostforschung*
ŽMNP	*Žurnal ministerstva narodnogo prosveščenija*

Cap. 1. CONDICIONAMIENTOS GEOGRAFICOS DE LA HISTORIA DE EUROPA ORIENTAL. PREHISTORIA Y PROTOHISTORIA

[1] C. GOEHRKE, «Geographische Grundlagen der russischen Geschichte», *JBfGO*, N. S., 18, 1970, pp. 161 ss. (con importante bibliografía sobre este tema).

[2] Para la protohistoria de Europa oriental, véase K. J. NARR y B. ROLLE, «Vor- und Frühgeschichte», *Handbuch der Geschichte Russlands*, vol. 1, *Das Mittelalter*, a cargo de M. HELLMANN y G. STÖKL.

[3] *RE*, XI, col. 397 ss.; E. J. KRUPNOV, «Kimmerijcy na Savernom Kavkaze», *Drevnie plemena i narodnosti Kavkaja*, M.-L., 1958; *Kl. Pauly*, III, 210-211; H. KOTHE, «Die Herkunft der kimmerischen Reiter», *Klio*, 41, 1963, pp. 11 ss.; *SIE*, 7, col. 757 ss.; *Ist. SSSR*, I, pp. 212 ss.

[4] *RE*, II, col. 757 ss.; M. J. ROSTOVCEV, *Skythien und der Bosporus*, Berlín, 1931; G. BOROFFKA, *Scythian Art*, Londres, 1928; K. SCHEFOLD, «Der skythische Tierstil in Südrussland», *Eurasia Septentrionalis Antiqua*, 12, 1938, páginas 1-78; B. N. GRAKOV, *Skifi*, Kiev, 1947; M. J. ARTOMONOV, «Etnogeografija Skifii», *Uč. zap Len. univ.*, 1949, Ser. ist. Vyp. 13; P. N. ŠUL'C, *Mazvolej Neapolja skifskogo*, M., 1953; *Voprosy skyfosarmatskoj archeologii*, M., 1954; B. N. GRAKOV, *Kamenskoe gorodišče na Dniepre*, M., 1954; *Pamjatniki skifo-sarmatskogo vremeni i Severnom Pričernomor'e*, M., 1958; A. J. TERENOZKIN, *Predskifskij period na dnieprovskom Pravoberež'e*, Kiev, 1961; Id., *Lesostepnye kul'tury skifskogo vremeni*, M., 1962; *LAS*, I, 1961, pp. 152-153; A. P. SMIRNOV, Skifi, M., 1966; I. BRASINSKIJ, *Sokrovišča Skifkich carej*, M., 1967; *SIE*, 12, col. 954-957, 1969.

[5] Además de los artículos sobre distintas ciudades en *RE*, véase M. EBERT, *Südrussland im Altertum*, Bonn-Leipzig, 1921; M. ROSTOVZEFF, *Iranians and*

Greeks in South Russia, Oxford, 1922; *Ol'vija I,* Kiev, 1940; *Archeologičeskie pamiatniki Bospora i Chersonesa,* M.-L., 1941; G. D. BELOV, *Chersones Tavričeskij,* L., 1948; T. N. KNIPOVIC, *Tanais,* M.-L., 1949; V. F. GAJDUKEVIC, *Bosporskoe carstvo,* M.-L., 1949; L. M. SLAVIN, *Drevnyj gorod Ol'vija,* Kiev, 1951; S. A. ŽEBELEV, *Severnoe Pričernomor'e,* M.-L., 1953; *Bosporskie goroda,* I, II, M.-L., 1952-1958; *Materialy po archeologii Iugo-Zapadnogo Kryma (Chersones, Mangup),* M.-L., 1953; *Antičnye goroda Severnogo Pričernomor'ja,* 1, M.-L., 1955; *Ol'via i Nižnee Pobuž'e antičnuju epochu,* M.-L., 1956; *Fanagorija,* M., 1956; *Pantikapej,* M., 1957; *Nekropoli bosporskich gorodov,* M.-L., 1959; N. D. BLAVATSKIJ, *Antičnaja archeologija Severnogo Pričernomor'ja,* M., 1961; E. G. SUROV, *Chersones Tavričeskij,* Sverdlovsk, 1961; D. B. SELOV, *Nekropol' Tanaisa,* M., 1961; *Pantikapej,* M., 1962; *SIE,* 2, col. 642-646 (V. F. GAJDUKEVIC, 1962); *Ol'vija. Temenos i Agora,* M.-L., 1964; *Kl. Pauly,* I, col. 931-934, 1143-1145, 1964.

[6] J. HARMATTA, *Studies on the History of the Sarmatians,* Budapest, 1950; K. F. SMIRNOV, *Répartition des tribus sarmates en Europe Orientale,* VIe Congrès international des sciences préhistoriques et protohistoriques, M., 1962; Id., *Savromaty,* M., 1964; *SIE,* 12, col. 559-560 (K. F. SMIRNOV, 1969).

[7] Véase la bibliografía sobre los godos y los gépidos en *LAS,* II, 1964, páginas 121 ss.; sobre la cultura de Černjakov, que ha sido muy discutida por los arqueólogos soviéticos también en relación con los godos, véase E. A. SYMONOVIC, «Ob edinstve i zazličijach pamjatnikov černjachovskoj kul'tury», *Sovetskaia Archeologiia,* 29/30, 1959, pp. 84-107; sobre la cultura de Zarubincy, véase *Pamiatniki zarubineskoi kul'tury,* M.-L., 1959; *SIE,* 5, 1964, p. 626.

[8] La bibliografía sobre el problema del lugar de origen de los eslavos es examinada a fondo en la obra enciclopédica de H. LOWMIANSKI, *Poszatki Polski,* vol. I, Varsovia, 1964, especialmente pp. 71 ss.

[9] Sobre los problemas lingüísticos, véase V. KIPARSKY, «The Earliest Contacts of the Russians with the Finns and Balts», *Oxford Slavonic Papers,* vol. 3, 1952, páginas 67 ss.; sobre los hallazgos arqueológicos, véase P. N. TRET'JAKOV, *Finno-Ugry, Balty i Slaviane na Dniepre i Volge,* M.-L., 1966; la historiografía soviética admite ahora lo que ya hace mucho tiempo habían demostrado M. VASMER, *Über die Ostgrenze der baltischen Stämme,* Berlín, 1932, y *Die alten Revölkerungsverhältnisse Russlands im Lichte der Sprachforschung,* Berlín, 1941, y C. ENGEL, «Die baltische Besiedlung Weiss- und Mittelrusslands in vorgeschichtlicher Zeit», *Liber secularis litterarum societatis esthonicae,* Dorpat, 1938, páginas 904-910.

[10] D. M. DUNLOP, *The History of the Jewish Khazars,* Princeton, N. J., 1954; M. I. ARTAMONOV, *Istoriia Chazar,* L., 1962; recientemente se ha replanteado el problema de los propios jázaros, el grupo dominante del reino y de su capital; véase al respecto el informe sobre las excavaciones arqueológicas de L. N. GUMILEV, *Otkrytie Chazarii,* M., 1966.

[11] Sobre las relaciones báltico-escandinavas, véase B. NERMAN, *Die Verbindungen zwischen Skandinavien und dem Ostbalticum in der jüngeren Eisenzeit,* Estocolmo, 1929; P. JOHANSEN, *Nordische Mission, Revals Gründung und die Schwedensiendlung in Estland,* Estocolmo, 1951; M. HELLMANN, *Das Lettenland im Mittelalter,* Graz-Colonia, 1954; B. NERMAN, *Grobin-Saeburg,* Estocolmo, 1958.

[12] La literatura sobre la cuestión de los varegos es inmensa. Sobre la controversia en la Academia, véase M. I. RADOVSKIJ, *M. V. Lomonosov i Petersburskaja Akademija Nauk,* M.-L., 1961; sobre la cuestión de los varegos, véase el panorama de I. P. ŠASKOL'SKIJ, *Normanskaia teoriia v sovremennoi buržuaznoi nauke,* M.-L., 1965, que, a pesar del tono polémico, proporciona una buena información sobre la problemática y la literatura; es importante también A. N. NASONOV, *«Russkaia zemlia» i obrazovanie Drevnerusskogo gosudarstva,* M., 1951.

[13] Véase P. M. TRET-KAJOB, *Vostočno-slavianskie plemena,* 2.ª ed., M., 1953; I. I. LJAPUSKIN, *Gorodišče Novotroickoe. O kul'ture vostočnych slavian v period složeniia Kievskogo gosudarstva,* M.-L., 1958; *Slaviane nakanune obrazovaniia Kievskoj Rusi,* M., 1963.

[14] Recientemente se ha demostrado, frente a las antiguas tesis contrarias, que los eslavos, al tomar posesión de la tierra, la roturaron en gran medida y no se limitaron a asentarse en territorios ya abiertos; véase, por ejemplo, J. HERRMANN-E. LANGE, «Einige Probleme der archäologischen Forschung der frühmittelalterlichen Agrargeschichte der Nordwestslaven», *Slovenska Archeologia,* 18, 1970, pp. 79-86.

2. EL PERIODO DE KIEV

2.I. ORIGENES DEL PRINCIPADO DE KIEV

[1] Sobre el problema de la caballería entre los godos, véase G. VERNADSKY, *Der sarmatische Hintergrund der germanischen Völkerwanderung*, pp. 367 ss.

[2] En los alrededores de la ciudad hay un Ugorskoe (*gora* = montaña) con resonancias húngaras.

[3] Véase, a este respecto, G. VERNADSKY, M. DE FERDINANDY, *Studien zur ungarischen Frühgeschichte*, Munich, 1957, pp. 26 ss., también sobre ulteriores asentamientos magiares en Europa oriental («Lebedia», entre el curso superior del Donetz, el Don, Podolia y la cuenca del Ingul).

[4] Véase, a este respecto, la bibliografía citada en Z. VÁNA, *Einführung in die Frühgeschichte der Slaven*, Naumünster, 1970, pp. 135 ss.; para la actividad de roturación, véase la investigación citada en la nota 14 de la sección I.

[5] Sobre el problema de la estructura de la familia, de la tribu y de la estirpe en el período protoeslavo, véase el estudio crítico de J. ADAMUS, *Polska teoria rodowa*, Lódz, 1958; K. ZERNACK, *Die burgstädtischen Volksversammlungen bei den Ost- und Westslaven*, Wiesbaden, 1967, pp. 258 ss.; M. HELLMANN, «Slavisches, insbes. ostslavisches Herrschertum», *Das Königtum*, a cargo de Th. Mayer, Lindau-Constanza, 1955, pp. 243 ss. La teoría marxista de la estirpe (*rodovoj byt*), siguiendo a Engels, ve en el *rod* una «colectividad unida por lazos de sangre», en la que dominaban el trabajo colectivo y la propiedad común. Véase L. A. FAJNBERG, «Rod», *SIE*, vol. 12, M., 1969, col. 103-105 (con bibl.).

[6] Véase al respecto F. GRAUS, «Raně strědověkě družiny a jejích vyznam privzniku státu ve strědni Evurope», *Čekoslovensky Časopis Historisky*, XIII, 1965, pp. 1 ss.; Id., «Deutsche und slavische Verfassungsgeschichte», *HZ*, 197, 1963, pp. 307 ss.

[7] La tesis fue defendida por ADOLF STENDER-PETERSEN, «Die vier Etappen der russich-varägischen Beziehungen», *JBfGO*, N. S., vol. 2, 1954, pp. 137 ss.; toda la bibliografía ha sido examinada y discutida por H. PASZIEWICZ, *The Origin of Russia*, pp. 107 ss., e Id., *The Making the Russian Nation;* véase el cuadro general en J. P. ŠASKOL'SKIJ, *Normanskaia teoriia*, pp. 14 ss.; M. HELLMANN, «Einheimische und äussere Faktoren bei der Entstehung des mittelalterlichen Russland», *I Normanni e la loro espansione in Europea nell'alto medioevo*, Spoleto, 1969, pp. 207 ss.; Id., «Neue Forschungen zur Frühgeschichte des Kiever Reiches», *Frühmittelalterliche Studien*, vol. II, 1968, pp. 398 ss.

[8] Véase al respecto G. v. RAUCH, «Frühe christliche Spuren in Russland», *Saeculum*, vol. 7, 1956, pp. 40 ss.; M. DE TAUBE, *Rome et la Russie avant l'invasion des Tatars*, I, París, 1947, pp. 83 ss.

[9] Sobre los tratados griegos existe una amplia bibliografía. Véase G. OSTROGORSKY, *Geschichte des byzantinischen Staates*, 3.ª ed., Munich, 1963, p. 215, n. 1. Las fechas no son seguras; Ostrogorsky opta por septiembre del 911. Hay, sin embargo, motivos para fijar en el 2 de septiembre la fecha en que fue estipulado el primer tratado griego, y en el período comprendido entre mediados de diciembre del 944 y finales de enero del 945 la fecha del segundo.

[10] Sobre el bautizo de Olga (si tuvo lugar en Kiev o en Constantinopla, si en el 955 o en el 957), véase M. V. LEVCENKO, *Očerki po istorii ruskovizantiiskich otnošenii*, M., 1956, pp. 217 ss.; G. OSTROGORSKY, «Vizantiia i Kievskaia kniagina Ol'ga», *To Honor R. Jakobson*, vol. II, La Haya-París, 1967, pp. 1458 ss.

2.II. EL INGRESO DE KIEV EN EL SISTEMA DE ESTADOS EUROPEOS EN LA EDAD MEDIA

[1] Las monedas llevaban el nombre de Otón (probablemente Otón el Grande y no Otón III) y el de la emperatriz Adelaida, segunda mujer de Otón el Grande. Véase V. M. POTIN, *Drevnaia Rus'i evropeiskie gosudarstva v X-XII vv*, L., 1968, pp. 155 ss.

[2] El parentesco de Maluša con el príncipe de los drevlianos, Mal (de quien suele considerarse la hija), fue supuesto por primera vez por D. J. PROZOROVSKIJ, «O rodstve sv. Vladimira po materi», *Zapiski Imp. Akademii Nauk*, volumen 5, 1, StPbg., 1864, pp. 17-26; véase también el reciente escrito de A. M. ČLENOV, «Zur Frage der Schuld an der Ermordung des Fürsten Boris», *JBfGO*, N. S., 19, 1971, pp. 321-346, especialmente pp. 335 ss., en el que se

utilizan los resultados de las nuevas excavaciones efectuadas en Kiev, que podrían referirse al asentamiento de los drevlianos en el siglo VI.

[3] Véase a este respecto G. RHODE, *Die Ostgrenze Polens,* I, Colonia-Graz, 1955, pp. 32 ss.

[4] *Povest' vremennych let* (manuscrito laurentino, edición a cargo de D. S. LICHACEV y V. P. ADRIANOVA-PERETC, M.-L., 1950, I, pp. 75-80, II (comentarios), páginas 335-338; sobre los problemas del bautizo de Vladimiro y la *Historia del bautismo de Korsun',* véase L. MÜLLER, *Zum Problem des hierarchischen Status und der jurisdiktionellen Abhängigkeit der russischen Kirche vor 1039,* Colonia-Braunsfeld, 1. pp. 19-22.

[5] Sobre las excavaciones relativas a la «iglesia de los diezmos», véase M. K. KARGER, *Drevnyj Kiev,* II, M.-L., 1969, pp. 9-59.

[6] El concepto fue formulado por F. DÖLGER, «Die "Familie der Könige" im Mittelalter», *Byzanz und die europäische Staatenwelt,* Ettal, 1953, pp. 34-69.

[7] A. M. AMMANN, S. J., *Untersuchungen zur Geschichte der kirchlichen Kultur und des religiösen Lebens bei den Ostslaven,* Würzburg, 1955, especialmente pp. 41-78.

[8] La carta de Bruno de Querfurt al emperador Enrique II está reproducida en S. BRUNO DI QUERFURT, *Vita dei cinque fratelli,* edición a cargo de B. IGNESTI, Tívoli, 1951, pp. 155-160.

[9] C. GOEHRKE, «Wüstungsperioden des frühen und hohem Mittelalters in Osteuropa», *JBfGO,* N. S., 16, 1968, pp. 22-25.

[10] *Povest' vremennych let,* I, pp. 95 ss. Véase además A. M. ČLENOV, *Zur Frage...* (cit en nota 2), pp. 322 ss.

[11] Esto lo cuenta su compañero de escuela, también él obispo, Thietmar de Merseburgo, en su *Chronicon,* edición a cargo de L. MÜLLER, Wiesbaden, 1962.

[12] *Povest' vremennych let,* I, pp. 100 ss.

[13] La inscripción se encuentra reproducida en S. A. VYSOCKJI, *Drevnerusskie nadpisi Sofii Kievskoi,* Kiev, 1966, pp. 39-40 y cuadro IX.

[14] *Des Metropoliten Ilarion Lobrede auf Vladimir den Heiligen und Glaubensbekenntnis,* edición a cargo de L. MÜLLER, Wiesbaden, 1962.

[15] Una descripción excelente se encuentra en M. K. KARGER, *Drevni Kiev,* II, pp. 98-206.

[16] Edición clásica en tres volúmenes: *Pravda Russkaja,* editada por B. D. GREKOV, M.-L., 1940-1963.

[17] Puede considerarse cosa cierta que el rescate de sangre *(vira)* pertenece al derecho consuetudinario escandinavo. *Pravda Russkaja,* I, pp. 73, 81 y *pássim.*

[18] Se ha pensado, entre otros, en un origen derivado del ámbito de los jinetes nómadas.

[19] H. JABLONOWSKI, «Das Problem bäuerlicher Abhängigkeit im Kiever Reich», *Vasmer Festschrift,* Berlín, 1956, pp. 193-198; puesto que la denominación de los campesinos libres (*smerdy* = malolientes) es común a las diversas lenguas eslavas y aparece también entre los eslavos occidentales y meridionales, debieron existir diferenciaciones (y difamaciones) también en época muy antigua.

[20] Véase al respecto M. HELLMANN, «Zum Problem der ostslawischen Landgemeinde», *Die Anfänge der Landgemeinde und ihr Wesen,* edición a cargo de Th. MAYER, vol. II, Stuttgart, 1964, pp. 255-272.

[21] *Pravda Russkaja,* I, pp. 70, 79 y *pássim.*

[22] Véase M. N. TICHOMIROV, *Drevnerusskie goroda,* M., 1956, aunque resulta demasiado esquemático; H. LUDAT, «Frühformen des Städtewesens in Ost-europa», *Studien zu den Anfängen des europäischen Städtewesens,* Lindau-Constanza, 1958, pp. 527-553; M. HELLMANN, «Probleme früher städtischer Sozialstruktur in Osteuropa», *Untersuchungen zur gesellschaftlichen Struktur der mittelalterlichen Städte in Europa,* Constanza-Stuttgart, 1966, pp. 379-402 (con ulterior bibliografía).

[23] Véase K. ZERNACK, *Die burgstädtischen Volksversammlungen bei den Ost- und Westslaven,* Wiesbaden, 1967, pp. 29 ss.

2.III. EL REINO DE KIEV ENTRE EL CENTRALISMO Y EL FEDERALISMO

[1] *Zur Periodisierung des Feudalismus und Kapitalismus in der geschichtlichen Entwicklung der UdSSR. Diskussionsbeiträge,* editado por E. WÄDEKIN, Berlín Oriental, 1952; G. STÖKL, «Russisches Mittelalter und sowjetische Mediaevistik», *JBfGO,* N. S., 3, 1958, pp. 1-40, 105-122.

[2] M. HELLMANN, «Herrschaftliche und genossenschaftliche Elemente in der mittelalterlichen Verfassungsgeschichte der Slawen», *ZfO*, 7, 1958, pp. 321-338.

[3] Las relaciones de Iziaslav con Roma han sido estudiadas por A. W. ZIEGLER, «Gregor VII. und der Kiewer Grossfürst Izjaslaw», *Studi gregoriani*, I, 1947, páginas 392 ss.; G. HOFMANN, «Papst Gregor VII. und der christliche Osten», *ibíd.*, pp. 169 ss.; V. MEYSTOWICZ, «L'union de Kiev avec Rome sous Grégoire VII. Avec notes sur les précédents et la rôle de la Pologne pour cette union», *ibíd.*, 5, 1956, pp. 83 ss.; T. GRUDZINSKI, *Polytika papieza Grzegorza VII wobec pánstw Europy środkowey i wschodnjej (1073-1080)*, Torun, 1959. Sobre las relaciones de los príncipes de Kiev con Occidente en el siglo XI: RAISSA BLOCH, «Verwandtschaftliche Beziehungen des sächsischen Adels zum russischen Fürstenhause im XI. Jh.», *Festschrift A. Brackmann*, Weimar, 1931, pp. 184 ss.; M. HELLMANN, «Die Heirats-politik Jaroslavs des Weisen», *FzoG*, 8, 1962, páginas 7 ss.

[4] La *Instrucción* de Vladimiro Monómaco sólo nos ha sido transmitida en el manuscrito laurentino de la *Crónica de los años pasados (Povest'vremennych let)* de 1377. Véase al respecto la edición de la *Povest'* de D. S. LICHACEV y V. P. ADRIANOVA-PERETC, M.-L., 1950, y la bibliografía allí citada en el volumen II, pp. 425 ss. Traducción alemana de R. TRAUTMANN en *Die altrussische Nestorchronik*, Leipzig, 1931, pp. 194 ss. Falta sin embargo un estudio de esta obra desde un punto de vista comparativo.

[5] Sobre cuanto sigue, véase K. ZERNACK, *Die burgstädtischen Volksversammlungen bei den Ost- und Westslaven*, Wiesbaden, 1967, especialmente pp. 126 ss.; C. GOEHRKE, «Die Sozialstruktur des mittelalterlichen Novgorod», *Untersuchungen zur gesellschafrlichen Struktur der mittelalterlichen Städte in Europa*, edición a cargo de Th. MAYER, Constanza-Stuttgart, 1966, pp. 357 ss.; M. HELLMANN, «Probleme früher städtischer Sozialstruktur in Osteuropa», *ibíd.*, pp. 379 ss. (con ulterior bibliografía).

[6] ZERNACK, *Die burgstädtischen Volksversammlungen*, pp. 84 ss.; véase además la obra monumental sobre la arqueología de Kiev de M. K. KARGER, *Drevnyj Kiev*, 2 vols., Kiev, 1958-1961.

[7] Véase la obra, aún fundamental, de M. HRUSEVSKYJ, *Istoriia Ukrainy-Rusi*, 10 vols., 1898-1936; P. HRYCAK, *Halyčko-volynška deržava*, Nueva York, 1958; la exposición de V. T. PASUTO, *Očerki por istorii galicko volynskoj Rusi*, M., 1950, a causa de sus tendencias políticas sólo es utilizable en parte.

[8] ZERNACK, *Die burgstädtischen Volksversammlungen*, pp. 55 s., 87 ss.; M. N. TICHOMIROV, *Drevnerusskie goroda*, 2.ª ed., M., 1956, pp. 401 ss.; M. K. LJUBAVSKIJ, *Obrazovanie osnovnoi gosudarstvennoi territorii velikorusskoi narodnosti. Zaselenie i ob-edinenie centra*, M., 1929 (aún importante); C. GOEHRKE, «Wüstungperioden des frühen und hohen Mittelalters in Osteuropa», *JBfGO*, N. S., 16, 1968, pp. 1 ss., especialmente 2 ss.

[9] ZERNACK, *Die burgstädtischen Volksversammlungen*, pp. 113 ss.; P. V. GOLUBOVSKIJ, *Istorija Smolenskoj zemli do načala XV veka*, M., 1895, pp. 259 ss.; V. E. DANILEVIC, *Očerk istorii Poločkoi zemli do kanca XIV stoletija*, Kiev, 1896 (ambas obras son todavía importantes); A. L. MONGAIT, *Rjazanskaja zemlja*, M., 1961.

[10] Además de las exposiciones generales sobre la historia de la Iglesia rusa, remitimos especialmente a W. PHILIPP, *Ansätze zum geschichtlichen und politischen Denken im Kiever Russland*, 1940, reedit. Darmstadt, 1967; G. STÖKL, «Die politische Religiosität des Mittelalters und die Entwicklung des Moskauer Staates», *Saeculum*, 2, 1951, pp. 393 ss.; I. SMOLITSCH, *Russisches Mönchtum*, Würzburg, 1953; G. FEDOTOV, *The Russian Religious Mind. Kievan Christianity*, 1946, reedit. Nueva York, 1960.

[11] Sobre cuanto sigue son utilizables, aunque con gran prudencia, las observaciones de K. RAHBEK SCHMIDT, *Soziale Terminologie in russischen Texten des frühen Mittelalters (bis zum Jahre 1240)*, Copenhague, 1964.

[12] A este respecto es fundamental la obra de C. GOEHRKE, *Einwohnerzahl und Bevölkerungsdichte altrussischer Städte* (en preparación).

2.IV. DECADENCIA Y OCASO DEL REINO DE KIEV

[1] N. DE BAUMGARTEN, «Généalogies et mariages occidentaux des Rurikides Russes du Xe au XIIIe siècles», *Orientalia christiana*, 9, 1927; M. v. TAUBE, «Russische und litauische Fürsten and der Düna zur Zeit der deutschen Eroberung Livlands», *Jahrbücher für Kultur und Geschichte der Slaven*, N. S., 11,

1936, pp. 367 ss.; sigue siendo insuperada la obra de O. BALZER, *Genealogia Piastów,* Cracovia, 1895; W. DWORZACZEK, *Genealogia,* Varsovia, 1959; casi todas las tablas genealógicas contienen hipótesis o errores, ya que los testimonios de las fuentes son en muchos aspectos inciertos y las fuentes paleo-rusas no mencionan los lazos con Occidente.

2 Sobre cuanto sigue, véase M. HELLMANN, *Das Lettenland im Mittelalter,* Münster-Colonia, 1954; G. GNEGEL-WALTSCHIES, *Bischof Albert von Riga,* Hamburgo, 1958; P. JOHANSEN, *Nordische Mission, Revals Gründung und die Schwedensiedlung in Estland,* Estocolmo, 1951; la fuente principal, el *Chronicon Livoniae* de Enrique el Letón, ha sido reeditada por L. ARBUSOW y A. BAUER, Hannover, 1955 *(Monumenta Germaniae Historica SS. rer. Germ. in usum scholarum).*

3 Obra fundamental: H. LOWMIANSKI, *Studia nad poczatkami spoleczenstwa panstwa Litewskiego,* 2 vols., Vilna, 1931; la exposición más reciente es la de J. OCHMANSKI, *Historia Litwy,* Wroclaw-Varsovia-Cracovia, 1967, con abundante material bibliográfico; sobre la protohistoria, véase M. HELLMANN, «Zu den Anfängen des litauischen Reiches», *JBfGO,* N. S., 4, 1956, pp. 159 ss.

4 Sobre cuanto sigue, véase G. VERNADSKY, *The Mongols in Russia,* New Haven, 1953; B. SPULER, *Die Goldene Horde. Die Mongolen in Russland (1223-1502),* Leipzig, 1943, reedit. 1965; Id., «Die Mongolenzeit», *Handbuch der Orientalistik,* II, Berlín, 1948; B. D. GREKOV-A. JU. JAKUBOVSKIJ, *Zolotaia orda i ee padenie,* 2.ª ed., M., 1950; M. DE FERDINANDY, *Tschingis Khan,* Hamburgo, 1958.

3. EL PERIODO MOSCOVITA

3.I. LA EPOCA DEL DOMINIO MONGOL DIRECTO Y SUS CONSECUENCIAS PARA LA HISTORIA DE RUSIA

1 Inicialmente, la capa superior de la Horda de Oro era de origen mongol. Solamente después de la conversión definitiva al islamismo, acaecida bajo el jan Özbeg, esta capa superior se fundió con las poblaciones de lengua turca asentadas en el territorio, dando origen a un nuevo pueblo turcófono que la historiografía denomina «tártaro». Esta denominación se remonta al nombre de la estirpe mongola de los *tātar,* aniquilada por Gengis Jan en el año 1202. El nombre perduró como denominación general del pueblo mongol entre los eslavos orientales y en Occidente (probablemente por relación con el Tártaro de la Antigüedad, de donde viene la versión incorrecta de «tártaros»).

2 Véase M. B. ZDAN, «The Dependence of Halych-Volyn' Rus' on the Golden Horde», *SEER,* 35, 1956-1957, pp. 502-522; V. V. KARGALOV, «Suščestvovala li na Rusi 'voenno-političeskaia baskačeskaia, organizaciia' mongol'skich feodalov?», *Ist. SSSR,* 1962, vol. 1, pp. 161-165.

3 A. N. NASONOV, *Mongoly i Rus' (Istoriia tatarskoi politiki na Rusi),* M.-L., 1940, pp. 15-22; G. VERNADSKY, *The Mongols and Russia,* New Haven, 1953, páginas 219 ss. *(A History of Russia,* vol. 3).

4 *PSRL,* 2, col. 843.

5 Queda aún por indagar a fondo, contra la opinión difundida de que los grandes duques de Moscú fueron los únicos legítimos exactores de los tributos de la Horda, en qué medida es cierta la tesis de que también los príncipes de Tver', de Riazán, y probablemente también de Nižnij-Novgorod-Suzdal', a partir, como muy tarde, del decenio 1330-1340, estuvieron directamente sujetos al jan desde el punto de vista fiscal (así en NASONOV, *Mongoly,* 1940, pp. 103-105).

6 Una exposición exhaustiva se encuentra en J. L. I. FENNELL, *The Emergence of Moscow 1304-1359,* Londres, 1968.

7 La mayoría de los prerrevolucionarios ucranianos y de los escritores exiliados afirman tajantemente que el sentimiento de la nacionalidad ucraniana estaba ya plenamente desarrollado en el reino de Kiev y que jamás existió un pueblo paleorruso unitario. Sobre estos argumentos, véase la obra reciente de M. ČUBATYI, *Kniaža Rus'-Ukräina ta vynyknennia tr'och schidn'o-slov-ians'kych nacii,* Nueva York-París, 1964.

8 El papel del sustrato báltico oriental o fino-ugrio en la determinación étnica de los bielorrusos y los grandes rusos es una cuestión aún muy controvertida. Véase V. V. SEDOV, «Ešče raz proischozdenii belorusov», *Sovetskaia etnografiia,* 1969, 1, pp. 105-120.

[9] Un panorama de todas las opiniones al respecto, no siempre originales, se encuentra en B. SPULER, «Die Goldene Horde und Russlands Schicksal», *Saeculum,* 6, 1955, pp. 397, 406.

[10] V. V. KARGALOV, «Drevnie goroda Rusi», *Prepodavanie istorii v škole,* 1, 1963, p. 59.

3.II. LA CONSOLIDACION ECONOMICA DE LA RUSIA PRIMITIVA Y EL AUGE DE LOS GRANDES DUQUES DE MOSCU

[1] Por campesinos «negros» *(černye krest'jane)* —el concepto aparece ya en las fuentes de finales del siglo XIV— se entienden los agricultores totalmente sujetos a las obligaciones fiscales y aún no vinculados a la propiedad del suelo, en contraposición con las tierras «blancas», que pertenecían a terratenientes, estaban exentas de impuestos y eran trabajadas por esclavos. El concepto de tierras «blancas» se extendió a partir del siglo XVI a las posesiones de tierras en general, aunque éstas fuesen cultivadas por campesinos sujetos al pago de impuestos. «Blanco» pasó así a significar la exención de los campesinos dependientes de señores del pago de impuestos al Estado.

[2] Así se expresaba aún el maestro de la antigua historiografía social rusa V. O. KLJUCEVSKIJ. Véase la traducción alemana de su «Curso de historia rusa»: W. KLIUTSCHEWSKIJ, *Geschichte Russlands,* edición a cargo de F. BRAUN y R. v. WALTER, vol. I, Stuttgart-Leipzig-Berlín, 1925, pp. 320 ss.

[3] No es casual que con el período de colonización interna comenzara a imponerse el toponímico *Derevnja* (de *derevo,* árbol) para los asentamientos relacionados con la roturación de tierras vírgenes. En el territorio de Novgorod esta denominación no fue introducida hasta 1478 por funcionarios del fisco moscovita.

[4] Para informaciones más detalladas, véase C. GOEHRKE, *Die Theorien über Entstehung und Entwicklung des «Mir»,* Wiesbaden,, 1964.

[5] Para una valoración de los *starozil'cy,* véase sobre todo P. E. MICHAJLOV, «K voprosu o proischoždenii zemel'nago staržil'stva», *ŽMNP,* N. S., 6, 1910, 2, pp. 318-357, que combate por primera vez la teoría difundida hasta ahora según la cual los *starozil'cy* fueron los primeros campesinos privados del derecho a desplazarse libremente.

[6] Recordemos, a título de referencia, que en el territorio alemán, mucho más pequeño, surgieron en la Baja Edad Media 26 ciudades con más de 10.000 habitante. (Véase M. AMMANN, «Wie gross war die mittelalterliche Stadt?», *Studium generale,* 9, 1956, pp. 503-506.)

[7] Véase M. N. TICHOMIROV, «O kupečeskich i remeslennych ob-edinenijach v drevenej Rusi (XI-XV v.)», *VI,* 1, 1945, pp. 22-23.

[8] La consigna era «colonización de los monasterios». Así, por ejemplo, en el libro, por otra parte excelente, de I. SMOLITSCH *Russisches Mönchtum. Entstehung, Entwicklung und Wesen 988-1917,* Würzburg, 1953, especialmente pp. 91 y siguientes.

[9] Debemos este reconocimiento a I. U. BUDOVNIC, *Monastyri na Rusi i bor'ba s nimi krest'jan v. XIV-XVI vekach (po «žitijam svjatych»),* M., 1966. Por lo demás, el libro se caracteriza por la más absoluta incomprensión del autor hacia los impulsos religiosos de los fundadores de los monasterios, impulsos que, coherentemente con su postura rígidamente marxista, reduce al deseo de ganancias materiales y al ansia de poder.

[10] El argumento es tratado más a fondo en el artículo «Feudalismus», de *Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft. Eine vergleichende Enzyklopädie,* volumen II, 1968, col. 477-490.

[11] La exposición mejor y más articulada es en la actualidad: W. SCHULZ, «Die Immunität im nordöstlichen Russland des 14. und 15. Jahrhunderts. Untersuchungen zu Grundbesitz und Herrschaftsverhältnissen», *FzoG,* 8, 1962, páginas 26-281.

[12] Véase D. GERHARD, «Regionalismus und ständisches Wesen als ein Grundthema europäischer Geschichte», *HZ,* 174, 1952, pp. 307-337, reeditado en *Herrschaft und Staat im Mittelalter,* Darmstadt, 1960, pp. 332-364 *(Wege der Forschung,* II).

3.III. LOS COMIENZOS DE LA AUTOCRACIA Y SU REPERCUSION SOBRE LA SOCIEDAD

[1] P. A. CHROMOV, *Ékonomičeskoe razvitie Rossii,* M., 1967, pp. 171 ss.

[2] Una polémica a fondo con las tesis de la historiografía soviética se en-

cuentra en W. SCHULZ, «Zur Problematik der Entstehungsgeschichte des Moskauer Staates», *JBfGO*, 13, 1965, pp. 381-410.

[3] Un estudio más profundo de la política exterior de Iván III se encuentra en J. L. I. FENNELL, *Ivan the Great of Moscow*, Londres, 1961.

[4] Los reflejos del desarrollo de la autocracia en la literatura contemporánea son estudiados por W. PHILIPP, «Die gedankliche Begründung der Moskauer Autokratie bei ihrer Entstehung (1458-1522)», *FzoG*, 15, 1970, pp. 59-118.

[5] El abuelo materno de Demetrio, Esteban de Moldavia, fue deportado a Lituania; Iván no pudo seguir favoreciendo la secta herética de los «judaizantes», abiertamente sostenida por la madre de Demetrio, Elena, sin entrar en conflicto con la Iglesia ortodoxa.

[6] Así, recientemente, R. STUPPERICH, «Überblick über die Geschichte der Russischen Orthodoxen Kirche unter besonderer Berücksichtigung ihres Verhältnisses zum Staat», *Die Russische Orthodoxe Kirche in Lehre und Leben*, edición a cargo de R. STUPPERICH, Witten, 1966, pp. 28 ss.

[7] G. ALEF, «The Adoption of the Muscovite Two-Headed Eagle: A Discordant View», *Speculum*, 41, 1966, pp. 1-21; R. BINNER, «Zur Datierung des 'Samoderžec' in der russischen Herrschertitulatur», *Saeculum*, 20, 1969, pp. 57-68. Más extensamente: M. HELLMANN, «Moskau und Byzanz», *JBfGO*, 17, 1969, páginas 321-344.

[8] A. MICHEL, *Die Kaisermacht in der Ostkirche (843-1204)*, Darmstadt, 1959.

[9] Es digno de mención el hecho de que el vocablo «zar» no estuviera relacionado con el título de *basileus*, sino con èl de corregente.

[10] H. SCHAEDER, *Moskau, das Dritte Rom. Studien zur Geschichte der politischen Theorien in der slawischen Welt*, 2.ª ed., Darmstadt, 1957; W. LETTENBAUER, *Moskau, das Dritte Rom. Zur Geschichte einer politischen Theorie*, Munich, 1961.

[11] Véase H.-D. DÖPMANN, *Der Einfluss der Kirche auf die moskowitische Staatsidee. Staats- und Gesellschaftsdenken bei Josif Volockij und Nil Sorskij*, Berlín, 1967.

[12] A. A. ZIMIN, «Iz istorii pomestnogo zemlevladenija na Rusi», *VI*, 11, 1959, pp. 130-142, subraya acertadamente las raíces históricas del sistema *pomest'e*, pero, al insistir excesivamente en los factores socioeconómicos, da la impresión de que este sistema surgió casi por una necesidad intrínseca, independientemente de la voluntad de Iván III y de las circunstancias políticas.

[13] Véase A. K. LEONT'EV, *Obrazovanie prikaznoi sistemy upravleniia v russkom gosudarstve*, M., 1961.

[14] Mayores detalles en G. ALEF, «Reflections on the Boyar Duma in the Reign of Ivan III», *SEER*, 45, 1967, pp. 76-123.

[15] Sobre la oposición durante el reinado de Iván III se encuentra una exposición más detallada en FENNELL, *Ivan the Great*, pp. 287-352. El papel de la nobleza en la historia de las estructuras sociales es examinado sobre una base más amplia en G. ALEF, «The Crisis of the Muscovite Aristocracy: A Factor in the Growth of Monarchical Power», *FzoG*, 15, 1970, pp. 15-58.

[16] J. SPÖRL, «Gedanken um Widerstanderecht und Tyrannenmord im Mittelalter», *Widerstandsrecht und Grenzen der Staatsgewalt*, Berlín, 1956, pp. 11-32.

[17] D. P. HAMMER, «Russia and the Roman Law», *ASEER*, 16, 1957, pp. 1-13.

[18] Fundamental, sobre este tema, es G. STÖKL, «Religiös-soziale Bewegungen in der Geschichte Ost- und Südosteuropas», *Ostdeutsche Wissenschaft*, 2, 1955, páginas 257-275.

[19] Véase E. v. PUTTKAMER, «Grundlinien des Widerstandsrechtes in der Verfassungsgeschichte Osteuropas», *Spiegel der Geschichte. Festgabe für M. Braubach zum 10.4.1964*, Münster, 1964, pp. 198-219; G. RHODE, «Staaten-Union und Adelsstaat. Zur Entwicklung von Staatsdenken und Staatsgestaltung in Osteuropa, vor allem in Polen/Litauen, im 16. Jh.», *ZfO*, 9, 1960, pp. 185-215.

[20] Un interesante intento de diferenciar por regiones la entidad de las inversiones de los comerciantes occidentales en Europa centro-oriental y oriental ha sido emprendido por M. MALOWIST, «Uwagi o roli kapitalu kupieckiego w Europie Wschodniej w póznym średniowieczu», *Przeglad historyczny*, 56, 1965, páginas 220-231, que en mi opinión concede excesiva importancia a la acumulación de capital (en el sentido de «acumulación originaria» de Marx) en el desarrollo del urbanismo. Un papel al menos igualmente importante debe ser reconocido a los intercambios directos entre ciudad y campo, es decir, a la concentración de los centros habitados y de la población.

[21] El estudio más reciente es el de A. D. GORSKIJ, «Ob ograničenii krest'jarskich perechodov na Rusi v XV v. (K voprosu o Jur'eve dne)», *Ežegodnik po agrarnoi istorii Vostočnoi Evropy 1963*, Vilna, 1964, pp. 132-144.

[1] Sobre Iván se aconseja B. NORRETRANDERS, *The Shaping of Czardom under Ivan Groznyj*, Copenhague, 1964; M. HELLMANN, *Iwan der Schreckliche. Moskau an der Schwelle der Neuzeit*, Gotinga, 1966.
[2] W. CONZE, *Agrarverfassung und Bevölkerung in Litauen und Weissrussland. 1. Die Hufenverfassung im ehem. Grossfürstentum Litauen*, Leipzig, 1940.
[3] Véase, por ejemplo, M. N. TICHOMIROV, «Soslovno-predstavitel'nye učreždenija (zemskie sobory) v Rossii XVI veka», *VI*, 5, 1958, pp. 3-22.
[4] G. STÖKL, «Der Moskauer Zemskij Sobor. Forschungsproblem und politisches Leitbild», *JBfGO*, 8, 1960, pp. 149-170.
[5] G. STÖKL, «Gab es im Moskauer Staat 'Stände'?», *JBfGO*, 11, 1963, páginas 321-342.
[6] STÖKL, *ibíd.*, p. 323.
[7] Una exposición más detallada en A. A. ZIMIN, *Reformy Ivana Groznogo*, M., 1960.
[8] A. A. ZIMIN, *Opričnina Ivana Groznogo*, M., 1964.
[9] Véase V. I. KORECKIJ, *Zakrepoščenie krest'jan i klassovaja bor'ba v Rossii vo vtoroj polovine XVI veka*, M., 1970, que utiliza toda la bibliografía importante.
[10] Sobre el modo en que la historiografía soviética explica la vinculación de los campesinos a la gleba, hay una exposición detallada en C. GOEHRKE, «Leibeigenschaft», *Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft. Eine vergleichende Enzyklopädie*, vol. III, 1969, col. 1399-1410.
[11] En la historiografía occidental sobre este aspecto de los problemas: A. ECK, «L'asservissement du paysan russe», *Le servage*, 2.ª ed., Bruselas, 1959, pp. 243-263, con la colaboración de M. SZEFTEL, pp. 263-274; J. BLUM, «The Rise of Serfdom in Eastern Europe», *AHR*, 62, 1956-1957, pp. 807-836.
[12] Ofrece un panorama bien esbozado P. ROSTANKOWSKI, *Siedlungsentwicklung und Siedlungsformen in den Ländern der russischen Kosakenheere*, Berlín, 1969, páginas 9-17.

3.V. TRADICION MOSCOVITA E INICIOS DE LA «EUROPEIZACION»

[1] Esta gradual integración en el juego de la política europea es estudiada de modo magistral, siguiendo el ejemplo de las relaciones con Francia, por F. GRÖNEBAUM, *Frankreich in Ost- und Nordeuropa. Die französisch-russischen Beziehungen von 1648-1689*, Wiesbaden, 1968.
[2] A. N. SACHAROV, *Russkaja derevnja XVII veka*, M., 1966.
[3] Una exposición exhaustiva: «Disskussija o rassloenii krest'janstva v epochu pozdnego feodalizma», *Ist. SSSR*, 1, 1966, pp. 70-81.
[4] Todos los grupos citados pertenecen a la categoría de simples hombres de servicio, enrolados sobre la base de contactos *(po priboru)*.
Cosacos urbanos: tropas cosacas permanentes, integradas en el sistema militar moscovita, en contraposición a las bandas de los cosacos del Don y el Dniéper, que en el siglo XVII eran todavía semiautónomas.
Piqueros (en ruso: *kopejščiki*): infantes y lanceros a caballo armados de picas o lanzas.
Artilleros (en ruso: *puškari*): soldados de artillería en las fortalezas de los centros urbanos. Desde mediados del siglo XVI este servicio fue hereditario.
Strel'cy: creados a mediados del siglo XVI, en el marco de las reformas de Iván IV, como tropa de infantería permanente armada de mosquetones. El servicio militar en esta unidad era hereditario y el sueldo, en especie y en dinero, era exiguo, por lo que con frecuencia era redondeado con ingresos procedentes de pequeñas actividades comerciales y artesanales.
[5] Véase también S. H. BARON, «The Weber Thesis and the Failure of Capitalist Development in 'Early Modern' Russia», *JBfGO*, 18, 1970, pp. 321-326, que, sin embargo, no aclara bien las causas lejanas.
[6] Véase el volumen colectivo *Absoliutizm v Rossii (XVII-XVIII vv.)*, M., 1964.

4. EL IMPERIO RUSO, DE PEDRO EL GRANDE A LA REVOLUCION DE FEBRERO

4.1. LA CONSTRUCCION DEL IMPERIO

[1] Una enorme cantidad de documentos y una rica bibliografía en muchas lenguas han sido tenidos en cuenta en la importante biografía de R. WITTRAM, *Peter I. Czar und Kaiser,* 2 vols., Gotinga, 1964, que también aquí ha sido utilizada —aunque con diversas puntualizaciones y valoraciones— y a la que remitimos como base de toda ulterior investigación. Existe, del mismo autor, otra biografía más breve, anterior en diez años a la segunda *(Peter der Grosse Der Eintritt Russlands in die Neuzeit,* Berlín, 1954) que se justifica por sí misma. Dada la gran extensión de la bibliografía, sólo se han citado las obras importantes o clásicas; sólo excepcionalmente se han podido justificar discrepancias.

[2] Véase al respecto, además de WITTRAM, *op. cit.*, el manual, de gran riqueza en materiales, de E. AMBURGER, *Geschichte der Behördenorganisation Russlands von Peter dem Grossen bis 1917,* Leiden, 1966 *(Studien zur Geschichte Osteuropas,* vol X).

[3] N. A. VOSKRESENSKIJ (ed.), *Zakonodatel'nye akty Petra I. Akty o vysšich gosudarstvennych ustanovlenijach,* t. I, M.-L., 1945, p. 199.

[4] Véase el reciente W. LENZ (ed.), *Deutsch-baltisches biographisches Lexikon 1710-1960,* Colonia/Viena, 1970.

[5] Sobre el desarrollo de la burocracia, N. F. DEMIDOVA en *Absoliutizm v Rossii XVII-XVIII vv.,* M., 1964, pp. 206-242.

[6] V. GER'E (GUERRIER, ed.), *Sbornik pisem i memorialov Lejbnica otnosiaščichsa k Rossii i Petru Celikomu,* StPbg., 1873 (también en edición alemana); para el fondo es importante J. BARUZI, *Leibniz et l'organisation religieuse de la Terre,* París, 1907.

[7] E. AMBURGER, *Beiträge zur Geschichte der deutsch-russischen kulturellen Beziehungen,* Giessen, 1962 *(Giessener Abhandlungen zur Agrar- und Wirtschaftsforschung des europäischen Ostens,* vol. XIV); sobre las relaciones ruso-alemanas, además de la serie de trabajos editados en Berlín Oriental, véase la vasta reseña bibliográfica de M. RAEFF, «Les Slaves, les Allemands et les 'Lumières'», *CSS,* subtítulo francés), vol. I, 1967, pp. 521-557.

[8] Una exposición particularizada de G. BISSONETTE se encuentra en *Essays in Russian and Soviet History in Honor of Geroid Tanquary Robinson,* Leiden, 1963 *(Studien zur Geschichte Osteuropas,* vol. VIII), pp. 3-19. Para una exposición general, véanse los trabajos de SMOLITSCH y WITTRAM.

[9] Además de WITTRAM, *op. cit.,* vol. II, cap. 12, véase Id., «Peters des Grossen Verhältnis zur Religion und den Kirchen», *HZ,* 173/2, 1952, ahora en *Russland, Europa und der deutsche Osten,* Munich, 1960 *(Beiträge zur europäischen Geschichte,* vol. II), pp. 85-120.

[10] Además de WITTRAM, *op. cit.,* vol. II, cap. 11, es importante A. L. ŠAPIRO en *Očerki po istorii SSSR. Period feodalizma. Rossiia v periov četverti XVIII v., Preobrazovania Petra,* I, M., 1954, pp. 152-185.

[11] M. RAEFF, *Origins of the Russian Intelligentsia. The Eighteenth-Century Nobility,* Nueva York, 1966. Excelente sobre el siglo XVIII la obra reciente del mismo autor *Imperial Russia 1682-1825. The Forming of Age of Modern Russia,* Nueva York, 1971; remitimos aquí de una vez por todas a la bibliografía que cierra el presente volumen.

[12] H. FLEISCHHACKER, en *JBfGO,* vol. VI, 1943, pp. 201-274; véase RAEFF, *Origins,* p. 194.

[13] K. H. RUFFMANN, «Russischer Adel als Sondertyp der europäischen Adelswelt», *JBfGO,* N. S., 9, 1961, pp. 161-178; véase la obra, importante, aunque tenga ya varios decenios, de A. V. ROMANOVIC-SLAVANTINSKIJ, *Dvorjanstvo v Rossii ot načala XVIII v. do otmeny krepostnogo prava,* 2.ª ed., Kiev, 1912.

[14] RAEFF, *Origins,* cap. III; W. R. AUGUSTINE, «Notes towards a Portrait of the Eighteenth-Century Russian Nobility», *CSS* (véanse las indicaciones bibliográficas de la nota 17), pp. 374-425. En cuanto a la cultura de la nobleza rural contienen numerosa información los recuerdos de S. BOLOTOV, 4 vol., M., 1873.

[15] Una reseña de los *ukazy* concernientes a los campesinos de las tierras señoriales se encuentra en VLADIMIRSKIJ-BUDANOV, 6.ª ed., pp. 234-238.

[16] M. RAEFF, «The Domestic Policies of Peter III and his Overthrow», *AHR,* volumen LXXV, 1970, pp. 1289-1310.

[17] Falta todavía una biografía científica de Catalina II; en los Estados Uni-

dos se están haciendo muchos estudios sobre su época; véase el número especial *The Reign of Catherine II*, de *CSS*, vol. IV, n. 3, 1970.

[18] Sobre la reforma de 1775, véase M. P. PAVLOV-SIL'VANSKAIA, en *Absoliutizm v Rossii, op. cit.*, pp. 460-492; además, R. E. JONES sobre los motivos de la reforma, y J. P. LE DONNE, sobre la administración policíaca en el ya citado volumen especial de *CSS*, pp. 497-512 y pp. 513-528.

[19] A. A. KIZEVETTER, *Posadskaia obščina v Rossii XVIII v.*, 1903; JU. R. KLOKMAN, *Social'no-ekonomičeskaia istoriia russkogo goroda*, M., 1967.

[20] G. SACKE, *Die Gesetzgebende Kommission Karharinas II.*, Breslau, 1940 (*JBfGO*, Beiheft 2); sobre la comisión encargada del sistema administrativo, véase K. R. MORRISON, en *CSS, ibíd.*, pp. 464-484.

[21] R. WITTRAM, *Peters des Grossen Interessen an Asien*, Gotinga, 1957 (*Nachrichten der Akademie der Wissenschaften in Göttingen. Philologisch-historische Klasse*, 1957, N. 1).

[22] E. v. PUTTKAMER, *Frankreich, Russland und der polnische Thron 1733*, Königsberg, 1937 (*Osteuropäische Forschungen*, N. S., vol. XXIV).

[23] D. GERHARD, *England und der Aufstieg Russlands*, Munich, 1933.

[24] H. KAPLAN, *The First Partition of Poland*, Londres-Nueva York, 1962.

[25] I. DE MADARIAGA, *Britain, Russia and the Armed Neutrality of 1870*, New Haven, 1962. Para el «sistema nórdico» de los años 1762-1772, véase la última reseña de D. M. GRIFFITHS, en *CSS, ibíd.*, pp. 547-569.

[26] E. HOESCH, «Das sogennante 'Griechische Projekt, Katharinas II.», *JBfGO*, N. S., 12, 1964, pp. 168-206.

[27] E. I. DRUZININA, *Kučuk-Kainardžiiskii mir 1774 goda*, M., 1955.

[28] H. AUERBACH, *Die Besiedlung des Südukraine in den Jahren 1774-1787*, Wiesbaden, 1965 (*Veröffentlichungen des Osteuropa-Instituts München*, volumen XXV); N. D. POLONS'KA-VASYLENKO, *The Settlement of the Southern Ukraine 1750-1775*, Nueva York, 1955 (*The Annals of the Ukrainian Academy of Arts and Sciences in the U. S.*, vol. IV-V); E. I. DRUZININA, *Severnoe pričernomor'e v 1775 do 1880 gg.*, M., 1959.

[29] WRITTAM, *op. cit.*, vol. II, cap. 11.

[30] Véase nota 15.

[31] Además de la antigua exposición de SEMESVKIJ, 2 vol., 1881 y 1901, véase ahora M. T. BELJAVISKIJ, *Krest'ianskoe dviženie i krest'ianskii vopros v Rossii nakanune vosstaniia E. I. Pugačeva*, M., 1965.

[32] Una reseña crítica de la literatura soviética sobre la revuelta de Pugačëv se encuentra en *CSS, ibíd.*, pp. 602-617 (J. T. ALEXANDER); el libro de ALEXANDER *Autocratic Politics in a National Crisis: The Imperial Russian Government and Pugachev's Revolt*, Bloomington, Indiana, 1969, intenta aclarar la problemática social de aquel tiempo.

[33] M. CONFINO, *Domaines et seigneurs en Russie vers la fin du XVIIIe siècle. Etude de structures agraires et de mentalités économiques*, París, 1963 (*Collection historique de l'Institut d'Etudes slaves*, vol. XVIII).

[34] Además de la literatura citada en la nota 28, véase BORIS BARON NOLDE, *La formation de l'Empire russe. Etudes, notes et documents*, t. II, París, 1952 (*Collection historique de l'Institut d'Etudes slaves*, vol. XV).

[35] V. A. GOLOBUCKIJ, *Zaborožckoe kazačestvo*, Kiev, 1957, cap. 13 y 14. V. A. MJAKOTIN, *Očerki social'noj istorii Ukrainy XVII-XVIII vv.*, 3 vol. Praga, 1926.

[36] A. M. STANISLAVSKAJA, *Russko-angliiskie otnošeniia i problemy Sredizemnomo'ia 1798-1807*, M., 1962, p. 31.

[37] No existe una historia científica global de los cosacos. Una panorámica de fácil lectura es PH. LONGWORTH, *The Cossacks*, Londres, 1969, con bibliografía; S. G. SVATIKOV, *Rossiia i Don 1549-1917*, Belgrado, 1924.

[38] S. BLANC, «La politique économique de Pierre le Grand», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, vol. III, 1962, pp. 122-139. A. KAHAN, «Continuity in Economic Activity and Policy during the Post-Petrine Period in Russia», *Journal of Economic History*, vol. XXV, 1965, pp. 61-85.

[39] R. PORTAL, *L'Oural au XVIIIe siècle*, París, 1950 (*Collection historique de l'Institut d'Etudes slaves*, vol. XIV); N. I. PAVLENKO, *Istoriia metallurgii v Rossii XVIII veka. Zavody i zavodovladel'cy*, M., 1965.

4.II. EL APOGEO DE LA AUTOCRACIA

[1] RAEFF, *Origins*, con ulterior bibliografía.

[2] V. LEONTOVITSCH, *Geschichte des Liberalismus in Russland*, Frankfurt,

1957 (*Frankfurter Wissenschaftliche Beiträge, Kulturwissenschaftliche Reine,* volumen X); BARON S. A. KORFF, *Dvorjanstvo i ego soslovnoe upravlenie za stoletie 1762-1855,* StPbg., 1906.

[3] Véase, además de los escritos filosóficos de Radiščev, A. MCCONNELL, *A Russian Philosopher: Alexander Radishchev 1749-1802,* La Haya, 1964.

[4] M. M. STRANGE, *Russkoe obščestvo i francuzskaia revoliuciia 1789-1794 gg.,* M., 1956. Véase también H. ROGGER, *National Consciousness in the 18th Century Russia,* Cambridge, Mass., 1960.

[5] M. V. KLOCKOV, *Očerk pravitel'stvuiuščei deiatel'nosti Pavla I,* StPbg., 1916; C. SCHARF, «Staatsauffassung und Regierungsprogramm eines aufgeklärten Selbstherrschers: Die Instruktion des Grossfürsten Paul 1786», *Studien zur europäischen Geschichte. Gedenkschrift Martin Göhring,* Wiesbaden, 1968, pp. 91-106.

[6] V. GRAF ZUBOW, *Zar Paul I., Mensch und Schicksal,* Stuttgart, 1963.

[7] Una exposición fundamentada en las fuentes se encuentra en ZUBOW, *op. cit.*

[8] Una reciente exposición general se encuentra en G. LEFÈBVRE, *Napoléon,* 4.ª ed., París, 1953 (*Peuples et civilisations,* vol. XIV).

[9] Escritos de P. ROUET DE JOURNEL, cit. en ZUBOW, *op. cit.,* pp. 44-48.

[10] Memorias de Rostopčin, en *Russkii archiv,* 1878, vol. pp. 103-110.

[11] P. SCHEIBERT, «Quelques changements dans le côde maritime», *Festschrift Percy Ernst Schramm,* vol. II, Wiesbaden, 1964, pp. 145-153.

[12] Una útil reseña de A. MCCONNELL, *Tsar Alexander I, Paternalistic Reformer,* Nueva York, 1970, recapitula los resultados de las investigaciones; no estoy de acuerdo con el subtítulo del libro. Para el siglo XIX remitimos, de una vez por todas, como base para ulteriores estudios, a la obra amplia y concienzuda de H. SETON-WATSON, *The Russian Empire 1081-1917,* Oxford, 1967, 813 páginas.

[13] Sobre éste, lo mejor que se ha escrito es todavía el ensayo de A. A. KIZEVETTER, *Istoričeskie očerki,* M., 1912, pp. 362-401.

[14] Sobre las cuestiones vinculadas a la reforma del Estado, véase M. RAEFF, *Michael Speransky, Statesman of Imperial Russia 1772-1839,* La Haya, 2.ª ed., 1968; además de P. SCHEIBERT en *JBfGO,* N. S., 6, 1958, pp. 449-467, la amplia descripción de las premisas de los proyectos de reforma de M. RAEFF, en *Cahiers du Monde Russe et Soviétique,* vol. II, 1961, pp. 415-433, y A. MCCONNELL, en *Slavic Review,* vol. XXVIII, 1969, pp. 373-393.

[15] Esta problemática fue de hecho rehusada (§ 74 de las leyes fundamentales del Imperio ruso).

[16] Los protocolos de las discusiones del «Comité íntimo» son reproducidos en GRAND DUC NICOLAS MIKHAILOVICH, *Le comte Paul Stroganov,* 3 vol., París, 1905.

[17] F. MAURACH, *Der russische Reichstrat,* Berlín, 1939.

[18] «Ningún órgano superior del gobierno dispone de una autoridad independiente, sino que se limitan todos a prestar ayuda al monarca en la imposición de la autoridad.» Así reza, concisamente, la exposición clásica de N. M. KORKUNOV, *Russkoe gosudarstvennoe pravo,* vol. II, StPbg., 1893, p. 27.

[19] Además de RAEFF, etc. (véase nota 14), véase la publicación de las fuentes, aunque incompleta, de S. N. VALK (ed.), *M. M. Speranskii Proekty i zapiski,* M.-L., 1961.

[20] SCHEIBERT, *op. cit.,* p. 462. Por lo demás, Alejandro dio 731.000 desiatinas de tierras a sus favoritos.

[21] Sobre la política exterior en general, P. K. GRIMSTED, *The Foreign Ministers of Alexander I. Political Attitudes and the Conduct of Russian Diplomacy 1801-1825,* Berkeley y Los Angeles, 1969, obra de carácter sobre todo biográfico, pero extraordinariamente rica en materiales de archivo. Sobre el problema de la neutralidad armada, SCHEIBERT, *Quelques..., op. cit.*

[22] Véase al respecto U. KRÜGER-LÖWENSTEIN, *Russland und das Ende des Deutschen Reiches 1801-1803,* Wiesbaden, 1972.

[23] Sobre todo el período, A. VANDAL, *Napoléon et Alexandre I. L'alliance russe sous le premier Empire,* 2 vols., París, 1891-1896, que sigue siendo útil, junto a la literatura más reciente; para la política finlandesa de Speranskij, véanse unas memorias seguramente suyas, editadas por P. SCHEIBERT en *FzoG,* volumen VII, 1959, pp. 26-58. Sobre el bloqueo continental, véase la obra póstuma de M. F. ZLOTNIKOV, *Kontinental'naia blokada i Rossiia,* M.-L., 1966; es interesante el panorama de E. TARLE en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft,* vol. XCIV, 1933, pp. 70-106.

[24] *Krest'janskoe dviženie v Rossii v 1796-1825 gg. Dokumenty,* M.-L., 1961, páginas 280-308.

[25] De la vasta literatura sobre este tema citamos, además de la conocida obra

de K. GRIEWANK, *Der Wiener Kongress und die europäische Restauration 1814/1815*, 2.ª ed., Leipzig, 1954; L. A. ZAK, *Monarchi protiv narodov. Diplomatičeskaia bor'ba na razvalinach Napoleonvskoi imperii*, M., 1966, que aporta nuevos materiales. Sobre la redacción del texto del tratado, W. NÄF, *Zur Geschichte der Heiligen Allianz*, Berna, 1928 *(Berber Untersuchungen zur allgemeinen Geschichte*, N. 1).

[26] Sobre *L'Etat actuel de l'Allemagne*, de Sturdza, C. BRINKMANN, en *HZ*, volumen CXX, 1919, pp. 80-103.

[27] Exposición general en R. F. LESLIE, *Polish Politics and the Revolution of November 1930*, Londres, 1956.

[28] Los documentos oficiales relativos a los decembristas están reproducidos en la gran recopilación: *Vosstanie dekabristov, Dokumenty*, M.-L., 1927 ss.; en el volumen VII, 1958, figuran la *Russkaja pravda*, de Pestel, y los materiales correspondientes. La exposición soviética oficial, rica en materiales, es M. V. NECKINA, *Dviženie dekabristov*, 2 vols., M., 1955.

[29] H. LEMBERG, *Die nationale Gedankenwelt der Dekabristen*, Colonia/Graz, 1963 *(Kölner historische Abhandlungen*, vol. VII), contiene implícitamente una exposición de su pensamiento sobre el Estado.

[30] Sobre la época de Nicolás I, P. SCHIEMANN, *Gesschichte Russlands unter Kaiser Nikolaus I.*, Berlín, 1904-1919 (el primer volumen se refiere sólo a Alejandro I; los sucesivos continúan siendo fundamentales para la política exterior); M. POLIEVTKOV, *Nikolai I. Biografiia i obzor carstvovaniia*, M., 1918 (también para la política interior); N. V. RIASANOVSKY, *Nicholas I and Official Nationality in Russia 1825-1855*, Berkeley-Los Angeles, 2.ª ed., 1967, trata bajo este aspecto toda la política rusa de la época.

[31] P. S. SQUIRE, *The Third Department. The Establishment and Practices of the Political Police in the Russia of Nicholas I*, Cambridge, 1968, trata, entre otros, del problema de la organización; S. MONAS, *The Third Section. Police and Society in Russia under Nicholas I*, Cambridge, Mass., 1961 *(Russian Research Center Studies*, 42), no estudia los efectos sobre la vida cultural.

[32] W. M. PINTNER, *Russian Economic Policy under Nicholas I*, Ithaca, Nueva York, 1967.

[33] M. GERSCHENKRON, *Europe in the Russian Mirror. Four Lectures in Economic History*, Cambridge, 1970.

[34] F. KAISER, *Die russische Justizreform von 1864*, Leiden, 1972.

[35] H. J. TORKE, «Des russische Beamtentum in der ersten Hälfte des 19. Jahrhunderts», Berlín, 1967, número especial de *FzoG*, vol. XIII (con muchos detalles e ideas).

[36] Además de M. RAEFF, *Siberia and the Reforms of 1822*, Seattle, 1956, la obra magistral de F. X. COQUIN, *La Sibérie. Peuplement et immigration paysanne au XIX siècle*, París, 1969, 789 pp. *(Collection historique de l'Institut d'Etudes Slaves*, vol. XX).

[37] En resumen: H. JABLONOWSKI, en *Festschrift für Margarete Woltner zum 70. Geburtstag*, Heidelberg, 1967, pp. 108-112, con bibliografía.

[38] J. HOFFMANN, «Die Politik der Mächte in der Endphase der Kaukasuskriege», *JBfGO*, N. S., 17, 1969, pp. 215-258.

[39] V. J. PURYEAR, *England, Russia and the Straits Question 1844-1856*, Berkeley, 1931, reedit. 1965 *(University of California Publications in History*, volumen XX); H. TEMPERLEY, *England and the Near East. The Crimea*, Londres, 1936, reedit. 1964.

[40] Sobre el estado de las investigaciones, véanse las exhaustivas exposiciones de E. HOESCH (para el período 1940-1960), en *JBfGO*, N. S., 9, 1961, pp. 399-434, y W. BAUMGART, en *JBfGO*, N. S., 19, 1971, pp. 49-109, 243-264, 371-400).

[41] T. W. RIKER, *The Making of Rumania*, Oxford, 1931; B. JELAVICH, *Russia and the Rumanian National Cause 1858-1859*, Bloomington, Indiana, 1959 *(Indiana University Publications, Slavic and East European Series*, vol. XVII).

[42] Sobre el proyecto de un bloqueo marítimo de la costa caucasiana después de 1856, J. HOFFMANN, en *FzoG*, vol. XI, 1966, pp. 130-175.

4.III. EN EL CAMINO DE LA TRANSFORMACION

[1] M. MALIA, *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism 1812-1855*, Cambridge, Mass., 1961 *(Russian Research Center Studies*, vol. XXXIX); P. SCHEIBERT, *Von Bakunin zu Lenin. Geschichte der rusischen revolutionären Ideologien 1840-1895*, vol. I, Leiden, 1957 *(Studien zur Geschichte Osteuropas*, volumen III).

[2] Sobre un importante eslavófilo, E. MULLER, *Russischer Intellekt in europäischer Krise. Ivan V. Kireevskii (1806-1856)*, Colonia-Graz, 1966 (*Beiträge zur Geschichte Osteuropas*, vol. V); U. PICHT, *M. P. Pogodin und die Slavische Frage. Ein Beitrag zur Geschichte des Panslavismus*, Stuttgart, 1969 (*Kieler historische Studien*, vol. VIII); M. B. PETROVICH, *The Emergence of Russian Panslavism 1856 to 1870*, Nueva York, 1956.

[3] N. M. DRUZININ, *Gosudarstvennye krest'iane i reforma P. D. Kiseleva*, 2 volúmenes, M., 1946-1958.

[4] M. CONFINO, *Systèmes agraires et progrès agricole. L'assolement triennal en Russie aux XVIII-XIX siècles. Etudes d'économie et de sociologie rurales*, París, 1969 (*Etudes sur l'histoire, l'économie et la sociologie des Pays Slaves*, vol. XIV).

[5] Sobre la última bibliografía soviética, véase la obra recentísima de P. SCHEIBERT, *Die russische Agrarreform von 1861. Probleme ihrer Erforschung*, Colonia, 1973.

[6] P. A. ZAJONCKOVSKII, *Otmena krepostnogo prava v Rossii*, 3.ª ed., M., 1968; Id., *Provedenie v žizn' krest'ianskoi reformy 1861*, M., 1958; R. PORTAL, *Le Statut des paysans libérés du servage 1861-1961. Recueil d'articles et de documents*, París, 1963 (*Etudes sur l'histoire, l'economie et la sociologie des Pays Slaves*, vol. VI); T. EMMONS, *The Russian Landed Gentry and the Peasant Emancipation of 1861*, Cambridge, 1968.

[7] V. V. GARMIZA, *Podgotovka zemskoi reformy 1864 goda*, M., 1957.

[8] Una exposición exhaustiva en KAISER, *op. cit.*; sobre la codificación del derecho hasta el *svod zakonov* (código de leyes), véase también N. REICH, en *Jus commune*, vol. III, 1970, pp. 152-185.

[9] SETON-WATSON, *op. cit.*, p. 353.

[10] O. W. MÜLLER, *Intelligencija. Untersuchungen zur Geschichte eines politischen Schlagworts*, Frankfurt, 1971 (*Frankfurter Abhandlungen zur Slavistik*, volumen XVII).

[11] F. VENTURI, *Il populismo russo*, Einaudi, Turín, 1952 (hay trad. esp., Alianza Edit., Madrid, 1975); Id., *Esuli russi in Piemonte dopo il '48*, Einaudi, Turín, 1959.

[12] Además de la panorámica de F. A. MILLER, *Dimitri Miliutin and the Reform Era in Russia*, Nashville, Tennessee, 1968, véase la reseña bibliográfica de P. v. WAHLDE, en *CSS*, vol. III, 1969, pp. 400-414; H. P. STEIN, «Der Offizier des russischen Heeres im Zeitabschnitt zwischen Reform und Revolution 1861-1905», *FzoG*, vol. XIII, 1967, pp. 346-507.

[13] SETON-WATSON, *op. cit.*, p. 389.

[14] R. F. LESLIE, *Reform and Insurrection in Poland 1856-1865*, Londres, 1963. Sobre la enorme literatura surgida en Polonia y en la Unión Soviética con ocasión del centenario es imposible citar obras individuales.

[15] I. I. KOSTJUSKO, *Krest'ianskaia reforma 1864 goda v. Carstve Pol'skom*, M., 1962. Véase, de comienzos de nuestro siglo, la novela de W. REYMONT, *Die Bauern (Chlopi)*, 1904-1909.

[16] E. S. VILENSKAJA, *Revoliucionnie podpol'e v Rossii. 60-e gody XIX v.*, M., 1965; además de VENTURI, *op. cit.*, E. LAMPERT, *Sons against Fathers. Studies in Russian Radicalism and Revolution*, Oxford, 1965, entre otros, para Černyševskij y Dobroljubov.

[17] A. COQUART, *Dimitri Pisarev (1840-1868) et l'idéologie du nihilisme russe*, París, 1946 (*Bibliothèque russe de l'Institut d'Etudes Slaves*, t. XXI).

[18] A. LEHNING (ed.), *Michel Bakounine et ses relations avec Sergej Nečaev 1870 à 1872*, Leiden, 1972 (*Archives Bakounine*, t. IV).

[19] J. M. MEIJER, *Knowledge and Revolution. The Russian Colony in Zuerich (1870-1873). A Contribution to the Study of Russian Populism*, Assen, 1955.

[20] Véase al respecto la nueva edición holandesa de los inéditos de Bakunin, 3 vols.

[21] B. SAPIR (ed.), *«Vpered!» 1873-1877. Materialy iz archiva Valeriana Nikolaeviča Smirnova* (subtítulo inglés, «Vpered», es decir, el periódico inglés de este nombre, fundado por Lavrov), vol. I (historia del periódico, texto también en inglés), Dordrecht, 1970.

[22] R. E. ZELNIK, *Labor and Society in Tsarist Russia. The Factory Workers of St. Petersburg 1855-1870*, Stanford, 1970.

[23] Entre las personas encarceladas desde 1873 a 1877 figuraban 279 nobles, 117 funcionarios no nobles o sus hijos, 197 hijos de sacerdotes, 73 hijos de comerciantes, 92 pequeños burgueses, 138 campesinos o hijos de campesinos, 68 judíos.

[24] De uno de los programas. *Literatura Narodnoj Voli*, París, 1905, p. 869.

[25] S. S. VOLK, *Narodnaia Volia 1879-1882*, M.-L., 1966.

[26] Cuanto precede se funda en una reelaboración de las fuentes que discrepa en parte con la obra fundamental de VENTURI.

[27] P. A. ZAJOUCKOVSKIJ, *Krizis samoderžaviia na rubeže 1870-1880 godov*, M., 1966, fundamental, como también las otras obras de este historiador.

[28] Véase la obra, rica en materiales, R. F. BYRNES, *Podebonostsev. His Life and Thought*, Bloomington, 1968. Un aspecto importante ha sido analizado más detenidamente por G. SIMON, *Konstantin Petrovič Pobenoscev und die Kirchenpolitik des Heiligen Synod*, Gotinga, 1969. Sobre el fondo espiritual, véase también E. C. THADEN, *Conservative Nationalism in Nineteenth-Century Russia*, Seattle, 1964.

[29] P. A. ZAJONZKOVSKIJ, *Rossiiskoe samoderžavie v konze XIX stoletiia (Političeskaja reakcija 80ch- načala 90ch godov)*, M., 1970.

[30] G. T. ROBINSON, *Rural Russia under the Old Régime. A History of the Landlord-Peasant World and a Prologue to the Peasant Revolution of 1917*, 3.ª ed., Nueva York, 1961; A. GERSCHENKRON, «Agrarian Policies and Industrialization: Russia 1861-1917», en H. J. HABAKUK & M. POSTAN (eds.), *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. VI, Cambridge, 1966, pp. 706-800. Para los aspectos financieros: P. L. KOVAN'KO, *Reforma 19 fevralja 1861 goda i eia posledstviia s finansovoi točki zreniia*, Kiev, 1914.

[31] Es importante para esta problemática J. NÖTZOLD, *Wirtschaftspolitische Alternativen der Entwicklung Russlands in der Ära Witte und Stolypin*, Berlín, 1966 (*Veroffentlichungen der Osteuropa-Instituts München. Wirtschaft und Gesellschaft*, N. 4).

[32] A. M. ANFIMOV, *Krupnoe pomeščič'e chozjaistvo Evropeijskoj Rossii konca XIX-načala XX vv.*, M., 1969, es utilizable sólo dentro de ciertos límites, a causa de la definición demasiado mecánica de «latifundio».

[33] Sobre la industrialización, además de GERSCHENKRON, *op. cit.*, y de R. PORTAL, *ibid.*, pp. 801-863 (ambos con bibliografía), son importantes, desde el punto de vista metodológico: A. GERSCHENKRON, *Economical Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge, Mass., 1962; Th. von H. LAUE, *Sergei Witte and the Industrialization of Russia*, Nueva York-Londres, 1963.

[34] J. P. MCKAY, *Pioneers for Profit. Foreign Entrepreneurship and Russian Industrialization*, Chicago, 1970; J. MAL, *Das deutsche Kapital in Russland 1850 bis 1894*, Berlín, 1970 (*Veroffentlichungen des Historischen Instituts der Universität Greifswald*, vol. IV).

[35] E. SCHÜLE, *Russland und Frankreich vom Ausgang des Krimkrieges bis zum italienischen Kriege 1856-1859*, Königsberg, 1935 (*Osteuropäische Froschungen*, N. S., vol. XIX).

[36] W. E. MOSSE, *The European Powers and the German Question 1848-1871 with Special Reference to England and Russia*, Cambridge, 1958. Sobre la Comuna, B. P. KOZ'MIN, *Russkaia sekciia I Internacionala*, M., 1957.

[37] Sobre el significado de la conquista de la costa, véase COQUIN, *op. cit.*, páginas 634-657.

[38] R. A. PIERCE, *Russian Central Asia 1867-1917*, Berkeley, 1960; S. BECKER, *Russia's Protectorates in Central Asia: Buchara and Khiva 1865-1924*, Cambridge, Mass., 1968. Sobre la política de los generales en el Turquestán en el período 1836-1866, véase D. MACKENZIE, en *CSSS*, vol. III, 1969, pp. 286-311. Para la vida cultural, H. CARRÈRE D'ENCAUSSE, *Réforme et révolution chez les musulmans de l'Empire Russe. Bukhara 1867-1924*, París, 1965.

[39] B. H. SUMNER, *Russia and the Balkans 1870-1880*, Londres, 1937.

[40] H. HÜNIGEN, *N. P. Ignat'ev und die russische Balkanpolitik 1875-1878*, Gotinga, 1968 (*Göttinger Bausteine zur Geschichtswissenschaft*, vol. XL).

[41] W. N. MEDLICOTT, *The Congress of Berlin and after*, 2.ª ed., Londres, 1963.

[42] C. JELAVICH, *Tsarist Russia and Balkan Nationalism. Russian Influence in the Internal Affairs of Bulgaria and Serbia*, Berkeley-Los Angeles, 1958.

[43] D. A. MILJUTIN, *Dnevnik* (Diario), vol. II, *1876-1877*, M., 1949.

[44] H. U. WEHLER en M. STÜRMER (ed.), *Das kaiserliche Deutschland. Politik und Gesellschaft 1870-1918*, Düsseldorf, 1970, pp. 235-264.

[45] P. JAKOBS, *Das Werden des französisch-russischen Zweibundes 1890-1894*, Wiesbaden, 1968 (*Marburger Abhandlungen zur Geschichte und Kultur Osteuropas*, vol. VIII).

[46] A. MALOZEMOFF, *Russian far Eastern Policy 1881-1904. With Special Emphasis on the Causes of the Russo-Japanese War*, Berkeley-Los Angeles, 1958.

[1] C. E. Black (ed.), *The Transformation of Russian Society. Aspects of Social Change since 1861,* Cambridge, Mass., 1960; vasto panorama, sigue los cambios sociales hasta el período soviético. Una reseña debida a varios autores, con estimulantes contribuciones, es *Russlands Aufbruch ins 20. Jahrhundert. Politik-Gesellschaft-Kultur 1894-1917,* Olten-Friburgo, 1970.

[2] R. Pipes, *Struve, Liberal on the Left, 1870-1905,* Cambridge, Mass., 1970 *(Russian Research Center Studies,* vol. LXIX); G. Fisher, *Russian Liberalism. From Gentry to Intelligentsia,* Cambridge, Mass., 1958 (misma serie, vol. XXX); V. Zilli, *La Rivoluzione russa del 1905. La formazione dei partiti politici (1881-1904),* Nápoles, 1963, 769 pp., es indispensable para todo el movimiento político de esta época.

[3] A pesar de la existencia de una enorme bibliografía, anclada por lo general en posturas partidistas, falta una exposición de conjunto de los años 1904-1906. Ofrece un nuevo panorama, más profundo, S. Harcave, *The Russian Revolution of 1905,* Londres, 1970, aparecido antes con el título *First Blood,* Londres, 1964, con algunos documentos importantes en apéndice. Hay material ingente en la obra colectiva menchevique J. Martov et al. (ed.), *Obščestvennoe dviženie v Rossii v načala XX veka,* 4 vol. StPbg, 1909-1914; S. M. Schwartz, *The Russian Revolution of 1905: The Workers Movement,* Chicago, 1967.

[4] Sobre el movimiento de las nacionalidades en torno a 1905 se encuentra mucho material en Martov et al. (eds.), *op. cit.* No podemos citar aquí obras individuales sobre cada nacionalidad, y mucho menos sobre la posición de los partidos frente a este problema. Recordemos sólo la primera reseña: A. I. Kastel'janskij (ed.), *Formy nacional-nogo dviženiia v sovremennych gosudarstvach,* StPbg., 1910.

[5] Sobre los socialistas, Zilli, *op. cit.;* D. Geyer, *Lenin in der russischen Sozialdemokratie. Die Arbeiterbewegung im Zarenreich als Organisations-problem der revolutionärem Intelligenz 1890-1903,* Colonia-Graz, 1962 *(Beiträge zur Geschichte Osteuropas,* vol. III); existen además numerosas contribuciones inglesas y americanas sobre la protohistoria de la socialdemocracia rusa; la más reciente es Pipes, *op. cit.* Los orígenes del movimiento socialrevolucionario, en cambio, no han encontrado más historiador moderno que Zilli. Sobre el anarquismo ruso, P. Avrich, *The Russian Anarchists,* Princeton, 1967.

[6] O. Anweiler, *Die Rätebewegung in Russland 1905-1921,* Leiden, 1958 *(Studien zur Geschichte Osteuropas,* vol. V).

[7] A. Fischer, *Russische Sozialdemokratie und bewaffneter Aufstand im Jahr 1905,* Wiesbaden, 1967 *(Frankfurter Abhandlungen zur Osteuropäischen Geschichte,* vol. II).

[8] A. Palme, *Die russische Verfassung,* Berlín, 1910.

[9] Faltan obras de conjunto sobre las cuatro dumas; de sus trabajos sólo se han publicado las actas de las sesiones plenarias y de la comisión del presupuesto. Dos importantes estudios parciales: A. Levin, *The Second Duma. A Study of the Social-Democratic Party and the Russian Constitutional Experiment,* New Haven, Conn., 1940; S. L. Levitsky, *The Russian Duma. Studies in Parliamentary Procedure, 1906-1907,* Nueva York, 1958. Véase también, del mismo autor, «Interpellation und Verfahrensfragen in der russischen Duma», *FzoG,* volumen VI, 1958, pp. 170-207. Sobre el origen de los «cadetes», Fischer, *op. cit.;* Pipes, *op. cit.* Sobre los partidos de derechas, H. Rogger, en *California Slavic Studies,* vol. III, 1964, pp. 66-94.

[10] Sobre los octubristas y los laboristas no hay nada escrito.

[11] Sobre la tercera y la cuarta Dumas vale aún la pena leer O. Hoetzsch, *Russland. Eine Einführung auf Grund seiner Geschichte,* Berlín, 1913, que adopta un punto de vista moderado. Por parte soviética, véanse los libros recientes de A. J. Avrech.

[12] Hoetzsch, *op. cit.,* p. 178.

[13] No existe una amplia biografía de Stolypin; sobre su política interior, véase E. Chmielewski, en *CSS,* vol. VII, 1964, y vol. IV, 1967; las memorias de Kokovcev son una importante fuente y también la única que citamos aquí: V. N. Kokovcev, *Iz moego prošlogo,* 2 vol., París, 1933; ed. inglesa un poco reducida: *Out of my Past,* Stanford, Calif., 1935.

[14] Sir B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy,* 2.ª ed., Nueva York, 1961; H. Rogger, sobre Rusia en 1914, en *Journal of Contemporary History,* vol. I, 1961, N. 4, pp. 55-120.

[15] Sobre la reforma de Stolypin existen numerosas y buenas exposiciones contemporáneas (por ejemplo, B. Preyer, 1914). Una reseña se encuentra en Ro-

BINSON, *op. cit.*, último capítulo; S. M. DUBROVSKIJ, *Stolypinskaja reforma*, M., 1925; 3.ª ed., M., 1963.

[16] E. C. THADEN, *Russia and the Balkan Alliance of 1912*, University Park, Penns., 1965.

[17] Entre las numerosas memorias se recomienda FREIHERR V. TAUBE, *Der grossen Katastrophe entgegen. Die russisbhe Politik der Vorkriegszeit und das Ende des Zarenreiches (1904-1917)*, Leipzig, 1937.

[18] Sobre la política exterior del período bélico: C. J. SMITH, *The Russian Struggle for Power 1914-1917*, Nueva York, 1956; A DALLIN et al., *Russian Diplomacy and Eastern Europe 1914-1917*, Nueva York, 1963.

[19] Sobre la política interior del período bélico, véase PARES, *op. cit.*, que utiliza los resultados de la comisión de encuesta del gobierno provisional de 1917. Determinados aspectos son tratados en la colección de la Carnegie Foundation *Social and Economic History of the World War;* A. N. ANTSIFEROV, *Russian Agriculture during the War;* M. T. FLORINSKY, *The End of the Russian Empire;* N. N. GOLOVIN, *The Russian Army in the World War;* P. P. GRONSKY y N. ASTROV, *The War and the Russian Government;* D. M. ODINETZ y P. J. NOVGOROTSOV, *Russian Schools and Universities during the World War;* T. I. POLNER, *Russian Local Government during the War and the Union of Zemstvos;* S. O. ZAGORSKY, *State Control of Industry during the War* (todos, New Haven, Conn., 1929-1931). Estos preciosos volúmenes son, sin embargo, raros y no he podido verlos todos.

[20] Sobre la revolución de febrero y sobre el gobierno provisional: R. P. BROWDER y A. F. KERENSKY (eds.), *The Russian Provisional Governement. Documents*, 3 vols., Stanford, 1961; R. WITTRAM, *Studien zum Selbstverständnis des 1. und 2. Kabinetts der russischen Provisorischen Regierung (März bis Juli 1917)*, Gotinga, 1971 *(Abhandlungen der Akademie der Wissenschaften in Göttingen, Phil.-Hist. Klasse*, 3.ª S, N. 78, fundamental); G. WETTIG, «Die Rolle der Armee im revolutionärem Machtkampf 1917», *FzoG*, vol. XII, 1967, pp. 46-389; D. GEYER, *Die russische Revolution. Historische Probleme und Perspektiven*, Stuttgart, 1968, obra de estimulante polémica; R. A. WADE, *The Russian Search for Peace: February-October 1917*, Stanford, 1969.

5. LA UNION SOVIETICA (1917-1941)

5.I. DE FEBRERO A OCTUBRE DE 1917

[1] La presente contribución se ocupa principalmente de los procesos y relaciones socioeconómicos más importantes que determinaron el desarrollo del orden social y económico soviético. Sobre los aspectos políticos de este desarrollo véanse: R. V. DANIELS, *The Conscience of the Revolution*, Cambridge, Mass., 1960, y T. H. RIGBY, *Communist Party Membership in the U. S. S. R. 1917-1967*, Princeton, N. J., 1968.

[2] W. H. CHAMBERLIN, *History of the Russian Revolution*, 1935. *(Die russische Revolution 1917-1921*, Frankfurt/Main, 1958, vol. I, p. 68.)

[3] R. H. BRUCE LOCKHART, *Die beiden Revolutionen*, Düsseldorf, 1957, p. 118.

[4] El texto está publicado en M. HELLMANN (ed.), *Die Russische Revolution 1917*, Munich, 1964, pp. 181 ss. Véase D. GEYER, «Die russischen Räte und die Friedensfrage», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 1957, pp. 220-240.

[5] Cit. en CHAMBERLIN, *op. cit.*, trad. alemana, *Die russische Revolution 1917-1921*, Frankfurt/Main, 1958, vol. I, p. 137.

[6] V. I. LENIN, *Obras*, ed. esp., t. XXIV, p. 12.

[7] *Sed'maia (Aprel'skaia) vserossiiskaia konferencia RSDP (B), Aprel' 1917 g., Protokoly*, M., 1958, p. 107.

[8] V. I. LENIN, *Obras*, ed. esp., t. XXVI, p. 12.

[9] *Ibíd.*, p. 178.

[10] *Ibíd.*, p. 225.

[11] En su composición originaria, el Consejo de los Comisarios del Pueblo estaba formado por las siguientes personas: V. I. Ulianov (Lenin), Presidente; A. I. Rikov, Interior; V. P. Miliutin, Agricultura; A. G. Šliapnikov, Trabajo; V. A. Ovseenko (Antonov) y N. V. Krilenko, Guerra y Marina; V. P. Noguin, Comercio e Industria; A. V. Lunačarski, Instrucción Pública; I. I. Skvorcov (Stepanov), Hacienda; L. D. Bronštein (Trotski), Asuntos Exteriores; G. I. Oppokov (Lomov), Justicia; I. A. Teodorovič, Abastecimientos; N. P. Avilov (Glabov), Correos y Telégrafos; J. V. Džugašvili (Stalin), Nacionalidades. El puesto de comisario del pueblo para Ferrocarriles quedó en principio vacante.

[12] L. TROTSKI, *Storia della rivoluzione russa,* Sugar, Milano, 1964, cap. I.
[13] Véase A. ŠLIAPNIKOV, *Semnadtsati god,* 4 vols., M., 1925-1931, vol. II, página 236.
[14] La afirmación está extraída de un discurso pronunciado por el general Denikin en una reunión militar secreta en el cuartel general, en julio de 1917. Las actas de la reunión fueron publicadas en *Krasnaia letopiš,* 1923, N. 6, páginas 9-64.
[15] Véase N. N. SUJANOV, *1917. Tagebuch der russischen Revolution,* edición a cargo de N. EHLERT, Munich, 1967, p. 122. Véase también G. WETTIG, «Die Rolle der Armee im revolutionären Machtkampf 1917», *FzoG,* 1967, pp. 148 ss.
[16] Véase ŠLIAPNIKOV, vol. III, p. 330.
[17] M. TOMSKI, *Abhandlungen über die Gewerkschaftsbewegung in Russland,* Hamburgo, 1921, p. 43.

5.II. EL «COMUNISMO DE GUERRA»

[1] V. I. LENIN, *Obras,* t. XXVI, p. 247.
[2] I. I. STEPANOV-SKVORKOV, *Ot rabočego kontrola k rabočemu upravleniu,* M., 1918, pp. 5-6.
[3] El 3 de marzo de 1918 se firmó en Brest-Litovsk un tratado de paz entre Rusia, por una parte, y Alemania, Austro-Hungría, Bulgaria y Turquía, por otra. En virtud de este tratado, la Rusia soviética perdió Letonia, Lituania, Estonia, Polonia, Ucrania, parte de Bielorrusia y algunos otros territorios. En ulteriores negociaciones el gobierno soviético debía comprometerse a pagar a Alemania una contribución de seis mil millones de marcos-oro.
[4] V. I. LENIN, *Obras,* t. XXVII, p. 329. (Lenin alude al zar Pedro el Grande.)
[5] V. I. LENIN, *ibíd,* p. 462.
[6] *Bednota,* 14 de abril de 1918.
[7] L. D. TROTSKI, *Kak vooružalaš revolutsia,* 3 vols., M., 1923, vol. I, p. 71.
[8] V. I. LENIN, *Obras,* t. XXX, p. 144.
[9] La legión checa, un ejército de 40.000-50.000 hombres bien armados, estaba formada por antiguos miembros del ejército austro-húngaro, que durante la guerra habían sido capturados por los rusos. El gobierno soviético había equipado la legión con el fin de embarcarla para Europa occidental, pasando por Siberia y Extremo Oriente. Pero cuando los rusos decidieron desarmar a la legión, ésta se puso a la defensiva y se produjo una sublevación.
[10] CHAMBERLIN, *op. cit.,* trad. alemana, vol. II, p. 273.
[11] *Pravda,* 26 de febrero de 1920.
[12] La victoria del ejército rojo sobre los ejércitos de Kolčak, Denikin y Judenič significó la destrucción de las fuerzas militares más importantes de la contrarrevolución. En enero de 1920, el Consejo Supremo de la Entente decidió imponer un bloqueo económico a la Unión Soviética. El 2 de febrero, la Unión Soviética concluyó un tratado de paz con Estonia, rompiendo así por primera vez su aislamiento diplomático total. Siguieron tratados para el intercambio de prisioneros con Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia, Dinamarca, Austria y Hungría.
[13] Discurso en el IX Congreso del Partido, en *Deviati s'ead RKP(b), mart-april' 1920 g., Protokoly,* M., 1960, p. 396.
[14] V. I. LENIN, *Obras,* t. XXX, p. 282.
[15] *Ibíd.,* t. XXXI, pp 493-494.
[16] A finales de abril de 1920, tropas polacas iniciaron una ofensiva contra Ucrania. Durante varios meses, los encuentros fueron durísimos. Sólo el 12 de octubre se concluyó en Riga una paz preliminar, a la que siguió, el 18 de marzo de 1921, un tratado de paz. De acuerdo con este tratado, Polonia obtenía la Ucrania occidental y la Bielorrusia occidental.
[17] L. KRICMAN, *Geroičeski period velikoi russkoi revoliucii,* 2.ª ed., M.-L., 1926, p. 153.
[18] T. DAN, *Gewerkschaften und Politik in der Sowjetunion,* Berlín-Stuttgart, 1923, pp. 101 ss.

5.III. LA NUEVA POLITICA ECONOMICA

[1] V. I. LENIN, *Obras,* t. XXXII, pp. 220-221.
[2] V. BAZAROV, «O našioj joziaistviennii perspektivaj i perspektivnij planaj», *Ekonomičeskoe obozrenie,* 1927, N. 5, p. 35.

[3] J. V. Stalin, *Werke*, vol. XII, Berlín, 1954, pp. 74-75.
[4] Contribución de Preobraženski a la discusión sobre el problema de la industrialización, en *Vestnik Kommunističeskoi Akademii*, 1926, N. 17, p. 232.
[5] Stalin, *Werke*, vol. XII, Berlín, 1955, p. 148.
[6] Stalin, «Preguntas y respuestas», V, *Pravda*, 139-145, 21-28 de junio de 1925.
[7] V. I. Lenin, *Obras*, t. XXXI, p. 494.
[8] *Kontrol'nie Cifri narodnovo joziastva na 1925/26 g.*, M.-L., 1925.
[9] M. *Savel'ev. Direktivy VKP(b) v oblasti joziastvennoi politiki za desiat' let (1917-1927)*, M., 1928, p. 51. Sobre la base de esta exigencia, el XIV Congreso del Partido fue llamado más tarde el «congreso del partido sobre la industrialización».
[10] *Piatnadisiati s-ezd RKP(b). Stenografičeski otčet*, 2 partes, M., 1961 y 1962, parte II, p. 868.
[11] *Piatiletni plan narodno-joziastvennovo stroitel'stva SSSR*, vols. I-III, M., 1929, vol. I, p. 104.
[12] Stalin, *Werke*, vol. XI, Berlín, 1954, p. 16.
[13] Stalin, *Werke*, vol. XI, Berlín, 1954, p. 183.
[14] *Pravda*, 1 de febrero de 1930; véase también la exposición de Iakovlev en *Izvestija*, 20 de enero de 1930.

5.IV. EL ESTALINISMO

[1] Bajo el término genérico de estalinismo no entendemos aquí —en el sentido de la teoría del totalitarismo— instituciones y fenómenos políticos tales como gobierno monopartidista, terror, culto de la personalidad, etc., sino el sistema socioeconómico que se formó en relación con la industrialización a marchas forzadas y la colectivización masiva.
[2] O. Schiller, «Die Kollektivierung der sowjetrussischen Landwirtschaft», *Berichte über Landwirtschaft*, N. S., vol. XI, N. 3, p. 447.
[3] *Ist. SSSR*, vol. VIII, M., 1967, p. 540.
[4] *Pravda*, 11 de noviembre de 1929.
[5] Stalin, «Los resultados del plan quinquenal», IV, 7 de enero de 1933.
[6] *Pravda*, 9 de marzo de 1930.
[7] *Internationale Presse-Korrespondenz*, 1929, N. 116, p. 2728.
[8] Stalin, «Sobre las tareas de los economistas», *Pravda*, N. 35, 5 de febrero de 1931.
[9] R. Raupach, «Die Grundbedingungen der Sowjetwirtschaft», *Die Wirtschaftssysteme der Staaten Osteuropas und der Volksrepublik China. Schriften des Vereins für Sozialpolitik*, N. S., vol. XXIII, N. 1, p. 106.
[10] G. K. Ordzonikidze, (Bericht des Volkskommissars für Schwerindustrie», *Sowjetunion 1935*, M.-L., 1935, p. 282. Véase también V. W. Kuibyschew, «Vom. VI. zum VII. Sowjetkongress der UdSSR», *ibíd.*, pp. 145-217.
[11] *Pravda*, 29 de diciembre de 1934.
[12] G. K. Ordzonikidze, *Izbrannie stati i reči*, M., 1945, p. 274.
[13] V. I. Lenin, *Obras*, t. XXIX, p. 419.
[14] *Za industrializasia*, 22 de marzo de 1930.
[15] L. Trotski, *La revoluzione tradita*, Schwartz, Milano, 1956.

Bibliografía crítica

ALEKSEEV, Ju. G., *Agrarnaia i social'naia istoriia Severo-vostočnoi Rusi XV-XVI vv. Pereiaslavskii uezd* (Historia agraria y social de la Rus' nordoriental en los siglos XV y XVI. El distrito de Perejeslavl'-Zalesski), M.-L., 1966. [Excelente estudio analítico del desarrollo de la situación económico-social en un distrito de la Rus' nordoriental.]

ALEXEIEV, N. N., «Beiträge zur Geschichte des russischen Absolutismus im 18. Jh.», *FzoG*, 6, 1958, pp. 7-81.

AMBURGER, E., *Die Anwerbung ausländischer Arbeitskräfte für die Wirtschaft Russlands vom 15. bis ins 19. Jahrhundert*, Wiesbaden, 1968 (*Giessener Abhandlungen zur Agrar- und Wirtschaftsforschung des europäischen Ostens*, volumen XLII).

— *Geschichte der Behördenorganisation Russlands von Peter dem Grossen bis 1917*, Leiden, 1966 (*Studien zur Geschichte Osteuropas*, vol. X).

BACHRUSIN, S. V., *Očerki po istorii remesla, torgovli i gorodov centralizovannogo gosudarstva XVI-načala XVII veka. K voprosu o predposylkach vserossiiskogo rynka* (Estudios de historia del artesanado, del comercio y de la ciudad del Estado centralizado ruso del siglo XVI y comienzos del XVII. A propósito de las premisas del mercado panruso), M., 1952. [Apunte póstumo de un proyecto de historia social y económica, rico en materiales y con perspectivas interesantes; sin embargo, están todavía por ampliar y profundizar las conclusiones sobre los comienzos de un mercado interno panruso.]

BLUM, L., *Lord and Peasant in Russia from the Ninth to the Nineteenth Century*, Princeton-Nueva York, 1961. [Util panorama con abundante bibliografía.]

ČEREPNIN, L. V., *Obrazovanie russkogo centralizovannogo gosudarstva v XIV-XV vekach. Očerki social'no-ekonomičeskoi i političeskoi istorii Rusi* (La formación del Estado centralizado ruso en los siglos XIV-XV Estudios de historia socioeconómica y política de la Rus'), M., 1960. [Estudio rico en materiales, cuyo error fundamental consiste en el intento de ver unilateralmente en la progresiva división social del trabajo y en las relaciones mercancía-dinero la causa de la «centralización» del Estado moscovita.]

CHAMBERLIN, W. H., *History of the Russian Revolution*, 1935; trad. alemana, *Die russische Revolution 1917-1921*, 2 vols., Frankfurt/Main, 1958. [Panorama popular y al mismo tiempo de buen nivel informativo en el que se ponen de manifiesto las relaciones con la historia social.]

EHRLICH, A., *The Soviet Industrialization Debate 1924-1928*, Cambridge, Mass., 1960. [Obra de orientación teórica, trata de señalar las diversas alternativas de la política de industrialización soviética.]

FLORINSKY, M. T., *Towards an understanding of the USSR. A Study in Government, Politics, and Economic Planning*, Nueva York, 1939, ed. rev., 1951. [Buena introducción a las relaciones entre desarrollo económico y político.]

— *Russia, a History and an Interpretation*, 2 vols., Nueva York, 1947.

FLOROVSKIJ, G. T., *Puti russkogo bogosloviia* (Caminos de la teología rusa), París, 1937.

GERSCHENKRON, A., «Agrarian Policies and Industrialization: Russia 1861-1917», *The Cambridge Economic History of Europe*, VI, 2, Cambridge, 1966, páginas 706-800.

GEYER, D., *Die russische Revolution. Historische Probleme und Perspektiven*, Stuttgart-Berlín-Colonia-Maguncia, 1968. [Discusión de los problemas históricos puesta al día con los resultados de las investigaciones más recientes, es útil para familiarizarse con la problemática y las interpretaciones de la historiografía moderna.]

GOEHRKE, C., *Die Wüstungen in der Moskauer Rus'. Studien zur Siedlungs-, Bevölkerungs- und Sozialgeschichte,* Wiesbaden, 1968 *(Quellen und Studien zur Geschichte der östlichen Europa,* 1). [Análisis de la relación entre las crisis económicas y demográficas y las transformaciones de la situación socioeconómica desde el siglo XIV hasta comienzos del XVIII.]
Goroda feodal'noi Rossii. Sbornik statei pamiati N. V. Ustiugova (Las ciudades de la Rusia feudal. Recopilación de ensayos en memoria de N. V. Ustjugov), M. 1966. [Las contribuciones tratan de problemas de historia social, económica y constitucional del urbanismo ruso desde la Alta Edad Media hasta comienzos del XIX.]
GREKOV, B. D., *Krest'iane na Rusi a drevneišich vremen do XVII veka* (Los campesinos en la Rus' desde los tiempos más antiguos hasta el siglo XVII), 2 vols., M., 1952; trad. alemana, *Die Bauers in der Rus' von den ältesten Zeiten bis zum 17. Jh.,* 2 vols. Berlín Oriental, 1958-1959. [Estudio rico en materiales, pero rígidamente dogmático en líneas generales; mala traducción alemana.]
HELLMANN, M., *Grundzüge der Geschichte Litauens und des litauischen Volkes,* Darmstadt, 1966. [Importante compendio que incluye también la historia de los territorios eslavos orientales que entraron a formar parte del gran ducado de Lituania; no se ocupa, sin embargo, de la historia social.]
— «Herrschaftliche und genossenschaftliche Elemente in der mittelalterlichen Verfassungsgeschichte der Slaven», *ZfO,* 7, 1958, pp. 321-338.
— «Probleme des Feudalismus in Russland», *Studien zum mittelalterlichen Lehenswesen,* Lindau-Constanza, 1960 *(Vorträge und Forschungen,* vol. V), páginas 235-258.
HOFFMANN, W., *Die Arbeitsverfassung der Sowejetunion,* Berlín, 1956. [Hace derivar la llamada constitución de la economía y del trabajo de la industrialización acelerada, que es considerada «el acontecimiento decisivo de la época soviética» (p. VIII).]
Istorija Kul'tury drevnej Rusi (Historia de la cultura de la antigua Rus'), edición a cargo de B. D. GREKOV y M. L. ARTAMANOV, 2 vols., M., 1951. [De la obra existe una edición alemana de B. WIDERA, Berlín, 1960; obra clásica de finales del período estalinista para la historia de la cultura rusa; la edición alemana está «enmendada» y resulta inutilizable.]
JAKOVLEV, A., *Cholopstvo i cholopy v Moskvskom gosudarstve v XVII veke* (Esclavitud y esclavos en el reino de Moscú en el siglo XVII), vol. I, M.-L., 1943.
JASNY, N., *The Socialized Agriculture of the USSR,* Stanford, Calif., 1949. [Obra clásica sobre la historia de la agricultura soviética, contiene numerosas estadísticas sobre el desarrollo de la producción agrícola.]
— *Soviet Industrialization 1928-1952,* Chicago, 1961. [Sobre la base de cálculos muy minuciosos, intenta ofrecer una periodización del desarrollo industrial soviético, prescindiendo de los planes quinquenales.]
KARGALOV, V. V., *Vnešnepolitičeskie faktory razvitiia feodal'noj Rusi. Feodal'naja Rus' i Kočevniki* (Factores de política exterior del desarrollo de la Rus' feudal. La Rus' feudal y nómada), M., 1967. [Toma en consideración algunas fuerzas históricas hasta ahora descuidadas por la historiografía soviética.]
KOCIN, G. E., *Sel'skoe choziastvo na Rusi v period obrazovaniia russkogo centralizovannogo gosudarstva kones XIII — načala XVI veka* (La agricultura en la Rus' en el período de formación del Estado centralizado ruso de finales del siglo XIII a comienzos del XVI), M.-L., 1965. [Ofrece una panorámica del estado de las investigaciones sobre la historia social de la agricultura.]
LEWIN, M., *La pavsanneire et le pouvoir soviétique 1928-1930,* París, 1966; ed. ingl., *Russian Peasants and Soviet Power,* Londres, 1968. [Estudia la situación en el sector rural y las discusiones y actos del gobierno soviético.]
LJUBAVSKIJ, M. K., *Obrazovanie osnovnoi gosudarstvennoi territorii veliko-russkoi narodnosti. Zaselenie i ob-edinenie centra* (La formación del territorio central estatal del pueblo gran ruso. Colonización y empobrecimiento del centro), L., 1929. [Sigue siendo el trabajo fundamental sobre la colonización de la Rus' nordoriental.]
LORIMER, F., *The Population of the Soviet Union,* Ginebra, 1946. [Es el mejor estudio sobre el movimiento de la población relacionado con el desarrollo industrial.]
MEDLIN, W.-K., *Moscow and East Rome. A Political Study of the Relations of Church and State in Muscovite Russia,* tesis, Ginebra, 1952.
NEUBAUER, H., *Car und Selbstherrscher. Beiträge zur Geschichte der Autokratie in Russland,* Wiesbaden, 1964.

Nove, A., *An Economic History of the USSR*, Baltimore, 1969. [Historia económica que tiene en cuenta los resultados de las investigaciones más recientes.]
Očerki istorii SSSR (Estudios de historia de la Unión Soviética), edición a cargo de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, dirigida por M. Druzinin y A. L. Sidorov, M., 1953 ss.
Očerki russkoj kul'tury XIII-XV vekov (Estudios sobre la cultura rusa de los siglos XIII-XV), I *Material'naia kul'tura*, II *Duchovnaia kul'tura*, edición a cargo de un equipo de redacción dirigido por A. V. Arcichovskij, M., 1970. [Continuación de la *Istoriia kul'tury drevnei Rusi*, con la colaboración de los mejores especialistas; buena reseña de la historiografía.]
Pochilevic, D. L., *Krest'iane Belorussii i Litvy v XVI-XVIII vv.* (Los campesinos de Bielorrusia y Lituania en los siglos XVI-XVIII), L'vov, 1957. [Útil panorama.]
Portal, R., «The Industrialization of Russia», *The Cambridge Economic History of Europe*, VI, 2, Cambridge, 1966, pp. 801-874.
Raeff, M., *Imperial Russia 1682-1825. The Coming of Age of Modern Russia*, Nueva York, 1971 *(Borzoi History of Russia*, vol. IV).
Rauch, G., «Volk un Staat in der russischen Geschichte. Zum Problem der Autokratie in Russland», *Europa-Archiv*, 6, 1952, pp. 5113-5120.
Romanovic-Slaviatinskij, A., *Dvorianstvo v Rossii ot načala XIII veka do otmeny krepostnogo prava. Svod materiala i priugoto-vitel'nye etiudy dlia istoričeskago izsledovaniia* (La nobleza en Rusia desde comienzos del siglo XIII hasta la abolición de la servidumbre), Kiev, 1912.
Roznov, N. A., *Sel-skoe joziatsvo Moskovskoi Rusi v XVI veke* (La agricultura en la Rus' moscovita en el siglo XVI), M., 1899. [Sigue siendo una obra fundamental por la riqueza de materiales, aunque sus conclusiones sobre las transformaciones de las formas económicas no sean ya aceptadas en buena parte.]
Rubinstein, N. L., *Sel'skoe joziatsvo Rossii vo vtoroi polovine XVIII v. (istoriko-ekonomičeskii očerk)* (La agricultura de Rusia en la segunda mitad del siglo XVIII. Estudio histórico-económico), M., 1957.
Rybakov, B. A., *Remeslo drevnei Rusi* (El artesanado de la antigua Rus'), s. l., 1948 [Estudio rico en materiales sobre el período que va hasta el siglo XV.]
Sacharov, A. M., *Goroda Severo-Vostočnoi Rusi XIV-XV vekov* (Las ciudades del nordeste de la Rus' en los siglos XIV-XV), M., 1959. [Estudio crítico muy prudente en sus conclusiones sobre los comienzos del urbanismo moscovita.]
Schwarz, S. M., *Labor in the Soviet Union*, Nueva York, 1952. [Exposición histórica de la situación del trabajo, no se limita a las leyes y reglamentaciones, sino que trata sobre todo de las consecuencias prácticas.]
Smolitsch, I., *Geschichte der russischer Kirche 1700-1917*, vol. I, Leiden, 1964 *(Studien zur Geschichte Osteuropas*, vol. IX).
Spuler, B., *Die Goldene Horde. Die Mongolen in Russland 1223-1502*, Leipzig, 1943; 2.ª ed. invariada con el título *Geschichte der Mongolen. Nach östlichen und europäischen Zeugnissen des 13. u 14. Jh.*, Zurich, 1968. [Obra clásica.]
Stökl, G., *Russische Geschichte von den Anfängen bis zur Gegenwart*, 2.ª ed. ampl., Stuttgart, 1965. [Hoy en día es la mejor exposición en un solo volumen.]
Tschizewskij, D., *Das heilige Russland. Russische Geistesgeschichte*, I, *10.-17. Jh.*, Hamburgo, 1959 *(Rohwolts deutsche Enzyklopädie*, 84).
— *Russland zwischen Ost und West. Russische Geistesgeschichte*, II, *18.-20. Jh.*, Hamburgo, 1961 *(Rohwolts deutsche Enzyklopädie*, 122).
Tschizewskij, D., y D. Groh (eds.), *Europa und Russland, Texte zum Problem des europäischen und russischen Selbstverstandnisses*, Darmstadt, 1959.
Vladimiskij-Budanov, M. F., *Obzor istorii russkogo prava* (Compendio de historia del derecho ruso), 6.ª ed., StPbg.-Kiev, 1909.
Zernack, K., *Die burgstädtischen Volksversammlungen bei den Ost- und Westslaven. Studien zur verfassungsgeschichtlichen Bedeutung der Veče*, Wiesbaden, 1967.

Indice alfabético

Aberdeen, G. H., conde de (1784-1860), 204
Adašev, Alejandro, 135
Adelaida, 30
Adrián, patriarca, 172
Adrianápolis, 203
Afganistán, 230
Ahmed, jan mongol, 111
Alberto de Buxhövden, 62
Alejandro de Battenberg, 231
Alejandro de Lituania, rey de Polonia (1460-1506), 111
Alejandro Nevski (1220-1263), 66-71, 79, 84
Alejandro, nieto de Catalina II, 190, 200, 203, 214
Alejandro I, zar (1777-1825), 192, 195-197, 199, 210
Alejandro III, zar (1845-1894), 220, 233
Alejo, hijo de Pedro I (1690-1718), 172-174
Alejo Michailovič, zar (1629-1676), 149, 155, 159, 160
Alejo, metropolitano (1354-1378), 97
Alekseev, M. V. (1857-1918), 265
Algirdas, gran duque de Lituania, 81
Alvensleben, Convención de, 215
Ana Ivanovna, zarina (1693-1740), 174, 175
Ana, hija de Yaroslav, 40
Anastasia, esposa de Andrés I de Hungría, 40
Anastasia, esposa de Iván IV, 132
Andrés I, rey de Hungría (1046-1060), 40
Andrés «Bogoljubski» (1111-1174), 57, 83
Andrés Yaroslavič de Vladimir, 66
Andronovo, cultura de, 10
Andrusovo, 149
Anhalt-Zerbst, familia, 178
Arakčeev, A. A. (1769-1834), 192, 199
Aristóteles, 206
Arkángel, 140, 189
Armenia, 203
Arne, Ture, 17
Arnolfo de Carintia, emperador (m. 899), 27
Arqueanactis, 12
Askold, 25, 26
Astracán, 126, 127
Atanarico, 13
Ateas, 11
Augusto II de Sajonia y Polonia (1679 - 1733), 165
Austerlitz, 197
Avvakum, arzobispo, 159
Azerbaiján (Azerbajdžan), 203
Azov, 164

Babeuf, F.-N. (1760-1797), 200
Bakú, 226
Bakunin, Mihail (1814-1876), 206, 215-218
Basilio I, 99-101, 110, 115, 119
Basilio II, emperador bizantino (976-1025), 33, 99, 100, 108, 110, 114, 116, 119, 125
Basilio III, 115, 117, 119, 121, 122
Basilio Šuiskij, 131, 143
Basilio Yaroslavič, 69
Bātū, jan de la Horda de Oro, 63-67, 69, 70, 79
Bayan, jan de los ávaros, 14
Bayer, G. S., historiador, 17
Bazarov, 288
Bela Veža, 16
Bela IV, rey de Hungría (1235-1270), 64, 66
Belgorod, 42, 46
Beloozero, 18, 25, 26, 74, 97, 102
Berke, jan de la Horda de Oro (1257-1266), 67, 68
Besarabia, 182
Biron, Ernest Johann (von Bühren), 174
Bironovščina, 174
Bismarck-Schönhausen, Otto von (1815-1898), 225, 228, 231
Bizancio, bizantinos, 4, 8, 27, 29, 30, 32, 33, 35-37, 40, 41, 51, 52, 54, 60, 114-116
Björkö, 249
Bogdan Chmel'nyckyj, 148, 149
Bogoljubovo, 57
Boleslao I el Valiente (Chobry), rey de Polonia (967-1025), 39
Boleslao II el Generoso, rey de Polonia (1039-1081), 49, 50
Bolotnikov, Iván, 155
Boris, príncipe búlgaro, 30, 38
Boris, hijo de Vladimir el Santo, 37
Brandemburgo, 149
Breslavia, 64
Brest (Brest-Litovsk), 81, 272, 274, 278
Briačislav Iziaslavič, nieto de Yaroslav el Sabio, 39
Bruno de Querfurt, 37
Brunswick, duque de, 174
Brusilov, Aleksej Alekseevič (1853-1926), 253
Bulgar, Bulgaria, 31, 33
Bulygin, Aleksandr Grigor'evič (1851 - 1919), 239, 240
Bunge, N. Cristianovič (1823-1895), 221
Burchard de Tréveris, 51
Burundai, emir tártaro, 71

Caffa, 78
Carlos XI, rey de Suecia, 166

Carlos XII, rey de Suecia, 164-166
Carlos de Mecklenburgo, 166
Casimiro I, rey de Polonia (1016-1058), 39, 40
Casimiro III, rey de Polonia (1309-1370), 80
Casimiro IV, rey de Polonia (1424-1492), 110, 111
Castlereagh, Robert Stewart, marqués, vizconde de Londonderry (1769-1822), 198
Catalina I, emperatriz de Rusia (1684-1727), 174
Catalina II, gran emperatriz de Rusia (1729-1796), 177-181, 187, 190, 192, 194
Černjacob, cultura de, 13, 14
Černov, Viktor Michajlovič, 257
Černysevskij, N. G., 215
Červen, 39
Čita, 240
Clemente de Smolensko, 61
Conrado II (990-1039), 39
Conrado III Hohenstaufen (1093-1152), 61
Constantino, hermano de Alejandro I, 200
Constantino, hijo de Vsevolod III, 63
Constantino VII, emperador de Oriente (912-959), 29
Constantino VIII, emperador de Oriente (959-1028), 33
Constantino IX Monómaco (950-1028), 40
Constantino/Cirilo, apóstol de los eslavos, 16, 34
Copenhagen, 192
Cracovia, 33, 64
Crimea, guerra de, 2, 203, 204, 227
Curlandia, 174, 181

Chernigov, 41, 42, 47-51, 64, 70, 97
Cholmogory, 140
Choriv, 23
Chrustalev-Nosar', G. S., 242

Dan, F. J., 284
Daniel Romanovič de Galitzia-Volinia, 66, 71, 73
Danilov, 56
Delcassé, Théophile, 233
Demetrio Ivanovič, 97, 98, 115
Demetrio, gran duque de Vladimir, 115
Demetrio Donskoj, 98, 100, 116, 118
Demetrio Šemjaka, hijo de Yuri de Galič, 100
Demetrio, primer falso Demetrio, 129, 131, 158
Demetrio, segundo falso Demetrio, 129, 131, 133
Demidov, Nikita, 155, 188
Denikin, Anton Ivanovič, 265
Deulino, tratado de (1618), 127
Diderot, Denis (1713-1784), 178
Dir, 25, 26
Dobrinia, 31, 32
Dolgoruki, J. F., 161, 174
Dorogobuž, 56
Dostoyevski, Fëdor Michajlovič (1821-1881), 216
Duma, 194, 195, 239-241, 243-245, 247, 251, 252, 254-256
Durnovo, Pëtr Nicolaevič, 241, 243

Edigü, emir mongol, 99, 100
Elena, hermana de Iván III, 111
Enrique I de Francia (1011-1060), 40
Enrique II, emperador (973-1024), 39
Enrique II de Breslavia (m. 1241), 64
Enrique III, emperador (1017-1056), 40, 51
Enrique IV, emperador (1050-1106), 51
Eriván, 203
Ermak Timofeevič, 128
Ermanarico, rey de los ostrogodos (m. 375), 13
Esteban Báthory, rey de Polonia (1533 - 1586), 128
Estonia, 165
Eufrasia-Adelaida de Stade, esposa de Enrique IV, 51

Fat'janovo, 9
Federico Barbarroja, 57
Federico Guillermo I, rey de Prusia (1688-1740), 162, 166, 180
Federico II el Grande, rey de Prusia (1712-1786), 191
Fedor Ivanovič (Teodoro I, zar de Rusia, 1557-1598), 129, 143
Filarete, patriarca, 160
Filoteo de Pskov, 117
Focio, 26
Francisco Fernando, heredero del trono austríaco, 250

Galič, 56
Gapon, Georgij Apollonovič (1870-1906), 236, 237
Gengis Jan (Temujin, 1160-1227), 63
Gertrudis, hija de Mieszko II, 40
Geza II, rey de Hungría (1141-1161), 61
Giers, Nikolaj Karlovič, 233
Gleb, hijo de Vladimiro el Santo, 38, 57
Godunov, Boris (1552-1605), 129, 133, 145
GOELRO, plan para la electrificación y la reorganización de la industria rusa, 282, 297
Golicyn, Vasilij Vasil'evič, 150, 161, 175
Gorčakov, Aleksandr Michajlovič, 227, 228, 231
Goremykin, Iván Logginovič, 251
Gorodec, 79
Gotlandia, 77
Göyük, Gran Jan, 66
Grecov, Boris Dmitrievič, 142
Gregorio VII, papa (1073-1085), 51
Guedimin, 73, 80
Guillermo II, emperador de Alemania (1859-1941), 233
Gustavo Adolfo de Suecia (1594-1632), 148, 150
Gyda, esposa de Vladimir II, 52

Habsburgo, los, 149, 150, 180
Harald Hardraade (el Despiadado), rey de Noruega, 40
Haroldo II, rey de Inglaterra (c. 1022-1066), 52
Herder, Johann Gottfried, 180
Hermógenes, 131
Heródoto, 10, 11
Herzen, A. I., 206, 212, 218, 235
Hilarión, monje ruso, 40, 41

Hitler, Adolf (1889-1945), 197
Hohenzollern, familia de los, 251
Horda de Oro, 78, 80, 82-85, 97-99

Igna'tev, Nikolaj Pavlovič, 231
Igor, hijo de Yaroslav, 48
Igor, príncipe de Kiev, 26, 27-29, 32, 33
Ingigerd-Irene, esposa de Yaroslav, 39, 41
Inocencio IV, papa (1195-1254), 66
Isabel, esposa del rey Harald Hardraade de Noruega, 40
Isabel, hija de Pedro el Grande, 175-178, 180
Itil, 16
Iván I Danilovič Kalita (1325-1340), 40, 69, 73, 74, 79, 100, 102, 117
Iván II Ivanovič, llamado el Bello, Gran Duque de Vladimir y Moscú (1326-1359), 97, 115
Iván III Vasil'evič, Gran Duque de Moscú y de toda la Rusia (1440-1505), 5, 110, 111, 113-117, 119-121, 125, 126
Iván IV, el Terrible, 5, 8, 115, 117, 118, 120, 122, 126-129, 131, 132, 135-138, 140, 142, 145, 146, 157
Iván V Alekseevič, zar de Rusia (1666-1696), 174
Iván VI, Antonovič, zar de Rusia (1740-1764), 174
Iván Bolotnikov, 131
Iván Peresvetov, 136
Iván, hermano de Pedro, 174
Iziaslav III Mstislavovič, Gran Duque de Kiev (1097-1154), 61
Iziaslav, hijo de Vladimiro, 32, 49, 50
Iziaslav, hijo de Yaroslav, 40, 48, 51, 61

Jakun (Hakon), 28
Jam Zapol'kij, 128
Jassy, 182
Jonás, 114
Jorge Mniszech, 129
José de Volokolamsk, abad, 117, 126
José II, emperador (1741-1790), 201
Juan I Zimisces, emperador (924-976), 31, 34
Justiniano, 116
Juzovka, 225

Kamčatka, 204
Kamenev, Lev Borisovič, 260
Kamenskoe, el gorodišče de, 11
Kant, Inmanuel, 180, 206
Karakorum, 63, 64, 66, 76
Karakozov, Dimitri Vladimirovič, 215
Karasuk, cultura de, 10
Kaufmann, Konstantin Petrovič, 230
Kazán, 126, 127
Kerensky, Alekxandr Fedorovič (1881 - 1970), 255-257, 262
Kestutis, 80
Kiev, reino de, 1, 8, 17-19, 21-58, 60, 61, 63, 64, 70, 71, 77, 79-81, 83, 94-97, 99, 101, 102, 111, 113, 114, 120, 150, 160, 180, 217, 257, 284
Kij, 19, 23, 25
Ključevskij, V. Osiprovič, 3
Kokovcon, Vladimir Nikolaevič, 247, 251
Kolomna, 273
Königsberg, 180
Kornilov, Lavr Georgievič, 262
Kostroma, 77
Kovalevskaia, Sonia, 216
Krevo, 99
Križanovski, G. M., 326
Kronstadt, 285
Kropotkin, Pëtr Alekseevič (1842-1921), 217
Kubán, cultura de, 10
Kulikovo, 98
Kurbskij, A. M. (1528-1583), 102, 133, 137
Kurbskoe, 102

Ladislao IV, rey de Polonia (1595-1648), 131, 133, 148
Lavrov, Pëtr Lavrovič, 216-218
Leibniz, Gottfried Wilhelm, 171
Lenin, Vladimir Il'ič Ul'janov (1870-1924), 5, 151, 163, 209, 211, 255, 258, 260-264, 270, 272, 273, 277, 282, 286, 297, 332
Livonia, 93, 165
Ljubeč, 51
Lomonosov, Michail Vasil'evič, 17
Loris-Melikov, Michail Tarielovič, 220, 223
Lübeck, 61
Lublin, 129
Luck, 56
Luis II el Piadoso, 18
Luis XIV, rey de Francia (1638-1715), 150
Lvov, Georgij Evgen'evič, 256, 257

Macario, metropolitano, 132, 135
Mačechnin, K. G., 161
Mal, príncipe de Derevliana, 29, 31
Mamāi, emir mongol, 98, 99
Manuel I Comneno, emperador de Oriente (1120-1180), 61
María Teresa, emperatriz (1717-1780), 179
Marina, esposa del falso Demetrio, 129
Marselis, Peter, 158
Marx, Karl (1818-1883), 206, 216, 218, 272
Matveev, A. S., 161
Mazepa, atamán de los cosacos (1652-1709), 165
Meinhard, misionero alemán, 62
Mengli - Girāi, jan de Krimea, 111
Menšikov, Aleksandr Danilovič (1672-1729), 174
Meščerskij, A. P., 273
Metodio, apóstol de los eslavos, 34
Metternich-Winneburg, Klemens Wenzel Lothar, príncipe de (1773-1859), 198, 199
Mieszko I, rey de Polonia, 33
Mieszko II, rey de Polonia, 39
Miguel III (Federovič Romanov), zar de Rusia (1596 - 1645), 26, 131, 133, 143, 148, 160
Miguel Borisovič de Tver', 111
Mileto, 11
Milinkov, Pavel Nicolaevič (1859-1945), 239, 254, 256, 257, 260, 262
Miljutin, D. A., 213, 214
Mindaugas, 80
Mitrídates VI Eupátor, 12
Mniszech, voivoda de Sandomierz, 129
Molotov, Vjaceslav Michajlovič, 197

Möngkä Temür, jan de la Horda de Oro, 68, 78
Montenegro, 250
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de (1689 - 1755), 179, 194
Morozov, B. I., 155, 219
Mstislav-Harald, hijo de Vladimiro II, 38, 39, 41, 48, 52, 53
Müller, Gerhard Friedrich, 17
Münnich (C. A. Minich, conde, 1683-1767), 174
Murom, 48

Napoleón I Bonaparte (1769-1821), 178, 191, 192, 196-199
Napoleón III Bonaparte (1808-1873), 227
Narodnaja Volja (Libertad o voluntad del pueblo), grupo, 219
Narodniki (no populistas), 219
Narva, 140, 164
Nasonov, 18
Nečaev, Sergej, 216
Nelson, Horacio (1758-1805), 192, 196
Nerčinsk, 148
Nicea, 83
Nicolás I Romanov, zar de Rusia (1796-1855), 184, 199-203, 205, 207
Nicolás II Romanov, zar de Rusia (1868-1918), 236, 243
Nicolás Nikolaievič, Gran Duque ruso (1859-1919), 252
Nikon, patriarca, 159, 160, 172
Nil Sorskij, 121
Nižnij-Novgorod, 77, 79, 139
Nobel, Alfred Bernhard, 226
Nogai, emir mongol, 68, 69, 127
Novgorod, 8, 17, 26, 29, 31-33, 37, 41, 42, 46-50, 52-54, 57, 59-61, 64, 66-70, 73-78, 85-87, 90, 92-95, 107, 108, 110, 111, 119, 120, 124, 132, 137, 139
Novisil'cev, Nikolai Nikolaevič, 193
Nystad, 180

Obručev, Nicolai Nicolaevič, 212, 233
Ögödei, hijo de Gengis Jan, 63, 64
Olaf Skötkonung, rey de Suecia, 39
Oleg, hijo de Svjatoslav, 26-29, 31, 32
Olga (Helga), princesa de Kiev, 28-31, 37, 44
Oliva, 149
Ordin-Naščokin, A. L., 161
Ordžonikidze, G. K. (1886-1937), 330, 331
Ostermann, H. J. F., 174
Otón I el Grande (912-973), 30, 34
Otón II, emperador y rey de Germania (955-983), 34
Otón III, emperador y rey de Germania (980-1002), 40
Ovruč, 76
Owen, Robert, 201
Ozbeg, jan de la Horda de Oro, 69, 70

Pablo, hijo de Catalina II, 178, 190-192, 200
Paleólogo, Jorge-Mauricio, 115, 251
Palmerston, H. J. T. (1784-1865), 204
Panin, Nikita Ivanovič (1718-1783), 197
Panticapea (Kerch), 12
Pašic, Nicola (1845-1926), 250
Patrikeev, Vassian, 121
Pedro I el Grande (1672-1725), 4, 5, 91, 96, 146, 152, 157, 159-175, 179, 180, 182, 183, 185, 188, 194-196, 201, 206, 284
Pedro II, emperador de Rusia (1728-1762), 174
Pedro III (Pëtr Fëdorovič) (1728-1762), 177, 180, 185
Perejaslavl', 48, 50, 64, 70
Perejaslav-Zalesski, 70, 79, 149
Permeyšl, 56
Pestel', Pavel I (1793-1826), 200
Pinsk, 48
Pisarev, Dmitrij Ivanovič (1840-1868), 216
Pitt, William, 197
Plano Carpini, 76, 77
Plehve, Vjaceslav Konstantinovič von (1844-1904), 235, 236
Pobedonoscev, K. P., 220
Polivanov, A. A., 253
Poljanovka, 148
Polock, 25, 29, 32, 33, 39, 46-50, 57, 61, 62, 64, 80, 93, 94, 128
Polonia, 33, 39, 40, 50, 56, 64, 80, 81, 84, 94, 99 110, 111, 113, 122, 124, 134, 144, 145, 148-150, 165, 175, 180-182, 198-200, 215, 225, 227, 252, 339
Poltava, 165
Port Arthur, 235
Portsmouth, paz de, 240
Possevino, Antonio, 128
Potëmkin, P. I., 161
Protopopov, A. D., 255
Pskov, 29, 54, 77, 85, 92, 94, 95, 107, 110, 111, 139
Pugačëv, Emeljan Ivanovič (c. 1730-1775), 185, 187
Puškin, Aleksandr Sergeevič, 201

Radim, 19
Radiščev, A. N., 190
Rasputín, Grigorij Efimovič (1871-1916), 247, 251, 253, 254
Razin (Sten'ka), 155
Reinbern von Kolberg, 39
Reutern, M. Ch., 221
Riabušinski, P. P., 268
Riazán, 70, 97, 98, 111, 114
Richenza, esposa de Mieszko II, 40
Riga, 78
Ringold (Rimgaudas), 62
Rjurik, 25-27
Rogneda, 32, 37
Rogvolod (Ragnvald), 32
Román Mstislavič (1170-1205), 56
Romny-Borševskoe, cultura de, 14
Rostislav, nieto de Vladimiro II, 58
Rostislav, nieto de Yaroslav el Sabio, 56
Rostopčin, Fedor Vasil'evič, 192
Rostov, 37, 47, 48, 50, 56, 57, 69, 102, 110
Ruza, 94
Rykov, Aleksej Ivanovič, 300

Saltov-Majackoe, cultura de, 14
Samuel, rey de Bulgaria Occidental, 33
Sandomierz, 129
San Sergio de Redonež, 104
Santa Sofía, 181
Sarai, 64, 67, 76, 83, 98

Sarkel, 16
Sazonov, Sergei Dmitrievič, 252
Sceck, 23
Schlözer, August Ludwig, 17
Schubert, von, 216
Segismundo II Augusto, rey de Polonia y Gran Duque de Lituania (1520-1572), 129, 148
Segismundo III Vasa, rey de Polonia y de Suecia (1566-1632), 131
Serbia, 232
Sergio Alexandrovič, 238
Serpuchov, 94
Silesia, 180
Silvestre, sacerdote, 135
Simeón I el Grande, zar (m. 927), 27
Simeón de Polock, 160
Sipiagin, D. S., 235
Smolensko, 6, 8, 19, 29, 48, 50, 58, 59, 62, 64, 77, 80, 93, 99, 111, 149
Sofía, hermana de Pedro I, 161, 162
Sormovo, 273
Speranskij, Mihail M. (1772-1839), 195-197, 203
Stajanov, A. G., 327
Stalin, Iosif Vissrionovič Džugašvili (1879-1953), 260, 289, 296, 326, 331
Stendhal (Henri Beyle), 198
Stökl, G., 127, 132, 133
Stolbovo, tratado de (1617), 127
Stolypin, Pëtr Arkad'evič (1862-1911), 226, 245-249, 267, 291
Stroganov, familia, 82, 128, 188, 190
Struve, Pëtr Berkgardovič (1870-1944), 235
Stürmer, Boris Vladimirovič (1848-1917), 253
Suchomlinov, Vladimir Alesandrovič, 251
Sujanov, N. N., 265
Suzdal, 56, 57, 61, 64, 73, 92, 97
Sviatopolk-Mirskij, príncipe, 235, 236
Sviatopolk, hijo de Iziaslav, 51
Sviatopolk, hijo de Vladimir el Santo, 37-39, 52
Sviatoslav, hijo de Igor, 28-33, 38, 49, 51
Sviatoslav, hijo de Yaroslav, 40, 48, 50

Taganrog, 200
Tambov, 285
Tannenberg, 251
Teófano, esposa de Otón II, 34
Teófilo, 18
Teognosto, 79
Teschen (Těšin), 181
Thietmar de Merseburgo, 36
Thomsen, W., 17, 18
Tilsit, 197, 198
Tkačëv, Pëtr Nikitič, 220
Tmutarakan, 38, 48, 52, 54
Tolstoi Lev N. (1828-1910), 198
Trediakovski, Vasilij Kirillovič (1703-1769), 17
Tripolje, cultura de, 9
Trotski, Lev Davidovič (1879-1940), 242, 263, 264, 275, 281, 339
Tuqtamiš, jan, 98, 99
Turov, 37, 48, 80
Turquestán, 63, 203, 228, 232, 278
Tušino, 133
Tver', 97, 98, 110, 118
Uglič, 77, 102
Ural-Kuznets, 328-330
Uspenskij, G. I., 218, 219

Valdemar II, el Victorioso, rey de Dinamarca 1170-1241), 62
Veče (asamblea popular de los ciudadanos), 49, 50, 53, 54, 57, 84, 85
Velikij Ustjug, 74, 75
Vereščagin, A. V., 231
Veselovskij, S. B., 142
Viačeslav, hijo de Yaroslav, 37, 48, 49
Viatka, 108
Viatko, 19
Vilna, 81
Vislanes (tribu polaca), 33
Vladimir de Volinia, 68
Vladimir (junto al Kljaz'ma), 57, 60, 64, 66, 69, 71, 73, 75, 79, 83, 96-98
Vladimir-Volinsk, 38, 48, 54, 56
Vladimiro, hijo de Yaroslav, 48
Vladimiro I, príncipe de Kiev, llamado el Santo, 5, 31-38, 41, 42, 46, 48, 54
Vladimiro II, Monómaco, Gran Duque de Kiev, 52, 53, 56-58
Vladivostok, 228
Voltaire, F.-M. Arouet (1694-1778), 178, 190
Vsevolod III, hijo de Yuri Dolgoruki (1176-1212), 57, 63
Vsevolod, hijo de Vladimiro el Santo, 38, 40, 48-51
Vyborg, manifiesto de, 245
Vytautas (Witold), 99, 100
Vytenis, 80

Wiek, 62
Wielopolski, Aleksander, 214
Winius, Andreas, 158
Witte, S. Julevič (1849-1915), 225, 234, 240, 241, 243, 245, 247, 251

Yaropolk, hijo de Iziaslav, 51
Yaropolk, hijo de Sviatoslav, 31, 32
Yaroslav el Sabio (1019-1054), 37-42, 46-51, 56, 58
Yaroslavl', 77, 102, 110
Yesilköy, Tratado, 231
Yuri de Galič (1374-1434), 100
Yuri «Dolgoruki» (hijo de Vladimiro II), 57, 61, 83
Yuri II, hijo de Vsevolod III, 63, 64, 73, 74

Zarubincy, cultura de, 14
Zemstva, 211, 213, 220, 222, 234-236, 244, 245, 247, 251, 256
Zósima, metropolitano, 117

Indice de ilustraciones

1. Los pueblos de Europa oriental al comienzo del siglo x. 20
2. El reino de Kiev en la segunda mitad del siglo XII ... 55
3. Zonas de vegetación y movimientos de colonización en los siglos XIII-XV 72
4. La Europa oriental al subir Iván III al trono (1462) ... 112
5. La Europa oriental en la segunda mitad del siglo XVI. 130
6. La Europa oriental en el siglo XVII 147
7. La expansión territorial del Estado ruso desde Pedro el Grande hasta 1914 229